This is a digital copy of a book that was preserved for generations on library shelves before it was carefully scanned by Google as part of a project to make the world's books discoverable online.

It has survived long enough for the copyright to expire and the book to enter the public domain. A public domain book is one that was never subject to copyright or whose legal copyright term has expired. Whether a book is in the public domain may vary country to country. Public domain books are our gateways to the past, representing a wealth of history, culture and knowledge that's often difficult to discover.

Marks, notations and other marginalia present in the original volume will appear in this file - a reminder of this book's long journey from the publisher to a library and finally to you.

Usage guidelines

Google is proud to partner with libraries to digitize public domain materials and make them widely accessible. Public domain books belong to the public and we are merely their custodians. Nevertheless, this work is expensive, so in order to keep providing this resource, we have taken steps to prevent abuse by commercial parties, including placing technical restrictions on automated querying.

We also ask that you:

+ *Make non-commercial use of the files* We designed Google Book Search for use by individuals, and we request that you use these files for personal, non-commercial purposes.

+ *Refrain from automated querying* Do not send automated queries of any sort to Google's system: If you are conducting research on machine translation, optical character recognition or other areas where access to a large amount of text is helpful, please contact us. We encourage the use of public domain materials for these purposes and may be able to help.

+ *Maintain attribution* The Google "watermark" you see on each file is essential for informing people about this project and helping them find additional materials through Google Book Search. Please do not remove it.

+ *Keep it legal* Whatever your use, remember that you are responsible for ensuring that what you are doing is legal. Do not assume that just because we believe a book is in the public domain for users in the United States, that the work is also in the public domain for users in other countries. Whether a book is still in copyright varies from country to country, and we can't offer guidance on whether any specific use of any specific book is allowed. Please do not assume that a book's appearance in Google Book Search means it can be used in any manner anywhere in the world. Copyright infringement liability can be quite severe.

About Google Book Search

Google's mission is to organize the world's information and to make it universally accessible and useful. Google Book Search helps readers discover the world's books while helping authors and publishers reach new audiences. You can search through the full text of this book on the web at `http://books.google.com/`

UC-NRLF
$B 279 749

SIGILLVM · VNIVERSITATIS · CALIFORNIENSIS
FIAT LVX
MDCCCLXVIII
EX LIBRIS

788
d
1605
1905 cu
v. 1

ENCICLOPEDIA LITERARIA

Tomo VII

MIGUEL DE CERVANTES

EL INGENIOSO HIDALGO

DON QUIXOTE DE LA MANCHA

Edición facsímile de la impresa en Madrid
en el año 1605, por Juan de la Cuesta

PRIMERA PARTE

BARCELONA
LIBRERÍA CIENTÍFICO-LITERARIA
TOLEDANO LÓPEZ & C.ª
4, Elisabets, 4

EL INGENIOSO HIDALGO DON QVIXOTE DE LA MANCHA,

Compuesto por Miguel de Ceruantes Saauedra.

DIRIGIDO AL DVQVE DE BEIAR, Marques de Gibraleon, Conde de Benalcaçar, y Bañares Vizconde de la Puebla de Alcozer, Señor de las villas de Capilla, Curiel, y Burguillos.

Año, 1605.

CON PRIVILEGIO,
EN MADRID Por Iuan de la Cuesta.

Vendese en casa de Francisco de Robles, librero del Rey nro señor

TASSA.

YO Iuan Gallo de Andrada escriuano de Camara del Rey nuestro señor de los que residen en su Consejo, certifico, y doy fé, que auiendo visto por los señores del vn libro intitulado, *El ingenioso hidalgo de la Mancha*, compuesto por Miguel de Ceruantes Saauedra: tassaron cada pliego del dicho libro a tres marauedis y medio, el qual tiene ochenta y tres pliegos, que al dicho precio monta el dicho libro docientos y nouenta marauedis y medio, en que se ha de vender en papel, y dieron licencia para que a este precio se pueda vender: y mandaron que esta tassa se ponga al principio del dicho libro, y no se pueda vender sin ella: y para que dello cõste di la presente en Valladolid, a veinte dias del mes de Deziembre, de mil y seyscientos y quatro años.

Iuan Gallo de Andrada.

287149

Testimonio de las Erratas.

ESTE Libro no tiene cosa digna que no corresponda a su original: en testimonio de lo auer correcto di esta fee. En el Colegio de la Madre de Dios de los Teologos de la Uniuersidad de Alcala, en primero de Diziembre, de. 1604. Años.

El Licenciado Francisco
Murcia de la Llana.

POR

EL REY.

POr quanto, por parte de vos Miguel de Ceruantes, nos fue fecha relacion, que auiades cõpuesto vn libro intitulado, *El ingenioso Hidalgo de la Mancha*, el qual osauia costado mucho trabajo, y era muy vtil, y prouechoso, nos pedistes, y suplicastes, os mandassemos dar licẽcia y facultad, para le poder imprimir, y preuilegio por el tiẽpo que fuessemos seruidos, o como la nuestra merced fuesse. Lo qual visto por los del nuestro Consejo, por quãto en el dicho libro se hizieron las diligencias que la prematica vltimamente por nos fecha, sobre la impresion de los libros dispone, fue acordado, que deuiamos mandar dar esta nuestra cedula para vos, en la dicha razon, y nos tuuimoslo por bien. Por la qual, por os hazer bien y merced, os damos licencia y facultad, para que vos, o la persona q̃ vuestro poder huuiere, y no otra alguna, podays imprimir el dicho libro, intitulado, *El ingenioso Hidalgo de la Mancha*, q̃ de suso se haze mencio, en todos estos nuestros Reynos de Castilla, por tiempo y espacio de diez años, que corran, y se cuenté desde el dicho dia de la data desta nuestra cedula. So pena, que la persona, o personas, que sin tener vuestro poder lo imprimiere, o vendiere: o hiziere imprimir, o vender, por el mesmo caso pierda la impression que hiziere, con los moldes, y aparejos della: y mas incurra en pena de cincuenta mil marauedis, cada vez q̃ lo cótrario hiziere. La qual dicha pena, sea la tercia parte para la persona que lo acusare: y la otra tercia parte, para nuestra Camara: y la otra tercia parte, para el juez que lo sentenciare. Con tanto, que todas las vezes que huuieredes de hazer imprimir el dicho libro, durante el tiempo de los dichos diez años, le traygais al nuestro Consejo, juntamente con el original que en el fue visto,

que va rubricado cada plana, y firmado al fin del, de Iuan Gallo de Andrada, nuestro escriuano de Camara, de los que en el residen, para saber si la dicha impresion está conforme el original: o traygays fé en publica forma, de como por Corretor nombrado por nuestro mandado, se vio, y corrigio la dicha impresion, por el original, y se imprimio conforme a el, y quedan impressas las erratas por el apuntadas, para cada vn libro de los que assi fueren impressos, para que se tassé el precio que por cada volume huuieredes de auer. Y mandamos al Impressor que assi imprimiere el dicho libro, no imprima el principio, ni el primer pliego del, ni entregue mas de vn solo libro, con el original al Autor, o persona a cuya costa lo imprimiere, ni otro alguno, para efeto de la dicha correcion, y tassa, hasta q̃ antes, y primero el dicho libro esté corregido, y tassado por los del nuestro Consejo: y estando hecho, y no de otra manera, pueda imprimir el dicho principio, y primer pliego, y sucessiuamẽte ponga esta nuestra cedula, y la aprouacio, tassa, y erratas, so pena de caer, é incurrir en las penas cõtenidas en las leyes, y prematicas destos nuestros Reynos. Y mandamos a los del nuestro Consejo, y a otras qualesquier justicias dellos, guarden, y cumplan esta nuestra cedula, y lo en ella contenido. Fecha en Valladolid, a veynte y seys dias del mes de Setiembre, de mil y seyscientos y quatro años.

YO EL REY.

Por mandado del Rey nuestro señor.

Iuan de Amezqueta.

AL DVQVE DE BEIAR, MARQVES DE Gibraleon, Conde de Benalcaçar, y Bañares, Vizconde de la Puebla de Alcozer, Señor de las villas de Capilla, Curiel, y Burguillos.

NFE Del buen acogimiento, y honra, que haze vueſtra Excelencia a toda ſuerte de libros, como Principe tan inclinado a fauorecer las buenas artes, mayormente, las que por ſu nobleza no ſe abaten al ſeruicio y grangerias del vulgo, he determinado de ſacar a luz al ingenioſo hidalgo don Quixote de la Mancha, al abrigo del clariſsimo nombre de vueſtra Excelencia, a quien, con el acatamiento que deuo a tanta grandeza, ſuplico, le reciba agradablemente en ſu proteccion, para que a ſu ſombra, aunque

aunque desnudo de aquel precioso ornamento de elegancia, y erudicion, de que suelen andar vestidas las obras que se componen en las casas de los hombres que saben, o se parecer seguramente en el juyzio de algunos, que continiendose en los limites de su ignorancia, suelen cõdenar con mas rigor, y menos justicia, los trabajos agenos que poniendo los ojos la prudencia de vuestra Excelencia en mi buen desseo, fio, que no desdeñará la cortedad de tan humilde seruicio.

Miguel de Ceruantes
Saauedra.

DESOCV.

Prologo.

DESOCVPADO Lector, sin juramento me podras creer, que quisiera que este libro como hijo del entendimiento, fuera el mas hermoso, el mas gallardo, y mas discreto, q̃ pudiera imaginarse. Pero no he podido yo contravenir al orden de naturaleza, que en ella, cada cosa engendra su semejante. Y assi, que podra engendrar el estéril, y mal cultiuado ingenio mio, sino la historia de vn hijo seco, auellanado, antojadizo, y lleno de pẽsamiẽtos varios, y nunca imaginados de otro alguno, bien como quien se engendrò en vna carcel, donde toda incomodidad tiene su assiento, y dóde todo triste ruydo haze su habitacion. El sossiego, el lugar apazible, la amenidad de los cãpos, la serenidad de los cielos, el murmurar de las fuentes, la quietud del espiritu, son grande parte para que las musas mas esteriles, se muestrẽ fecundas, y ofrezcan partos al mundo, q̃ le colmen de marauilla, y de contento. Acontece tener vn padre vn hijo feo, y sin gracia alguna, y el amor que le tiene, le pone vna venda en los ojos, para q̃ no vea sus faltas, antes las juzga por discreciones, y lindezas, y las cuẽta a sus amigos, por agudezas, y donayres. Pero yo, que aunque parezco padre, soy padrastro de don Quixote: no quiero yrme con la corriente del vso, ni suplicarte, casi con las lagrimas en los ojos, como otros hazen, Lector carissimo, que perdones, o dissimules las faltas que en este mi hijo vieres, y ni eres su pariẽte, ni su amigo, y tienes tu alma en tu cuerpo, y tu libre aluedrio, como el mas pintado y estas en tu casa, donde eres señor della, como el Rey de sus alcaualas, y sabes lo que comunmente se dize, que debaxo de mi manto, al

Rey mato. Todo lo qual te essenta, y haze libre de todo respecto, y obligacion, y assi puedes dezir de la historia, todo aquello q̃ te pareciere, sin temor que te calunie por el mal, ni te premien por el bien que dixeres della.

Solo quisiera dartela monda, y desnuda, sin el hornato de Prologo, ni de la inumerabilidad, y catalogo, de los acostumbrados Sonetos, Epigramas, y Elogios, q̃ al principio de los libros suelé ponerse. Porque te se dezir, que aunque me costò algun trabajo componerla, ninguno tuue por mayor, que hazer esta prefacion que vas leyendo. Muchas vezes tome la pluma para escriuille, y muchas la dexè, por no saber lo que escriuiria: y estando vna suspenso, con el papel delante, la pluma en la oreja, el codo en el bufete, y la mano en la mexilla, pensando lo que diria, entrò a deshora vn amigo mio, gracioso, y bien entẽdido. El qual viendome tan imaginatiuo, me preguntò la causa, y no encubriendosela yo, le dixe, Que pensaua en el Prologo que auia de hazer, a la historia de don Quixote, y que me tenia de suerte, que ni queria hazerle, ni menos sacar a luz las hazañas de tan noble caualiero. Porq̃ como quereys vos que no me tenga confuso, el que dirà el antiguo legislador, que llaman vulgo, quando vea que al cabo de tantos años como ha que duermo, en el silencio del oluido, salgo aora con todos mis años acuestas, con vna leyenda seca como vn esparto, agena de inuencion, mengnada de estilo, pobre de cócetos, y falta de toda erudició, y doctrina: sin acotaciones en las margenes, y sin anotaciones en el fin del libro, como veo que estan otros libros, aunque seã fabulosos, y profanos, tan llenos de sentencias de Aristoteles, de Platò, y de toda la caterua de filosofos, q̃ admiran a los leyentes, y tienen a sus autores por hombres leydos, eruditos, y eloquẽtes? Pues q̃ quando citan la diuina escritura, no diran sino q̃ son vnos

santos

ſantos Tomaſes, y otros Doctores de la Yglesia, guardá do en eſto vn decoro tan ingenioſo, q̃ en vn renglon han pintado vn enamorado deſtraydo, y en otro hazẽ vn ſer monzico Chriſtiano, que es vn contẽto, y vn regalo, oylle, o leelle. De todo eſto ha de carecer mi libro, porque ni tengo que acotar en el margen, ni que anotar en el fin, ni menos ſe que autores ſigo en el, para ponerlos al principio, como hazẽ todos, por las letras del A. B. C. Comẽçando en Ariſtoteles, y acabado en Xenofonte, y en Zoylo, o Zeuxis, aunque fue maldiciente el vno, y pintor el otro. Tambiẽ ha de carecer mi libro de Sonetos al principio, a lo menos de Sonetos, cuyos autores ſean Duques, Marqueſes, Condes, Obiſpos, Damas, o Poetas, celeberrimos. Aunque ſi yo los pidieſſe a dos, o tres oficiales amigos, yo ſe que me los dariã, y tales, que no les yguallaſſen los de aquellos que tienen mas nõbre en nueſtra Eſpaña

En fin (dixo, y amigo mio, proſegui, yo determino, que el ſeñor don Quixote, ſe quede ſepultado en ſus archiuos, en la Mancha, haſta que el cielo depare quien le adorne de tantas coſas como le faltan, porque yo me hallo incapaz de remediarlas, por mi inſuficiencia, y pocas letras, y porque naturalmente ſoy poltron, y perezoſo, de andarme buſcando autores, que digan lo que yo me ſe dezir ſin ellos. De aqui nace la ſuſpenſion, y eleuamiẽto, amigo, en que me hallaſtes, baſtante cauſa para ponerme en ella, la que de mi aueys oydo. Oyendo lo qual mi amigo, dandoſe vna palmadá en la frente, y diſparando en vna carga de riſa, me dixo: Por Dios hermano, que agora me acabo de deſengañar, de vn engaño en que he eſtado, todo el mucho tiepo que ha que os conozco, en el qual ſiempre os he tenido por diſcreto, y prudente, en todas vueſtras aciones. Pero agora veo, que eſtays tan lexos de ſerlo, cõmo lo eſtá el cielo de la tierra.

¶ ¶ 2 Como

PROLOGO.

Como que es posible, que cosas de tan poco momẽto, y tan faciles de remediar, puedan tener fuerças de suspender, y abfortar vn ingenio tan maduro como el vuestro, y tan hecho a romper, y atropellar por otras dificultades mayores? Alafe, esto no nace de falta de abilidad, sino de sobra de pereza, y penuria de discurso. Quereys ver si es verdad lo que digo? Pues estadme atento, y veteys como en vn abrir, y cerrar de ojos, confundo todas vuestras dificultades, y remedio todas las faltas que dezis, que os suspenden, y acobardan, para dexar de sacar a la luz del mundo, la historia de vuestro famoso don Quixote, luz, y espejo de toda la caualleria andante. Dezid, le repliquè yo, oyendo lo que me dezia: De que modo pensays llenar el vazio de mi temor, y reduzir a claridad, el caos de mi confusion? a lo qual el dixo. Lo primero en que reparays de los Sonetos, Epigramas, o Elogios, que os faltan para el principio, y que sean de personages graues, y de titulo, se puede remediar, en que vos mesmo tomeys algun trabajo en hazerlos, y despues los podeys bautizar, y poner el nóbre que quisieredes, ahijandolos al Preste Iuan de las Indias, o al Emperador de Trapisonda, de quien yo se que ay noticia, que fueron famosos Poetas, y quando no lo ayan sido, y vuiere algunos podantes, y bachilleres, que por detras os muerdan, y murmuren desta verdad, no se os de dos marauedis, porque ya que os aueriguen la mentira, no os han de cortar la mano con que lo escriuistes.

En lo de citar en las margenes, los libros, y autores de donde sacaredes las sentencias, y dichos, que pusieredes en vuestra historia, no ay mas, sino hazer de manera que venga a pelo, algunas sentencias, o latines, que vos se pays de memoria, o alomenos que os cuesten poco trabajo el buscalle. Como sera poner, tratando de Libertad,

y cauti-

y cautiuerio. *Non bene pro toto libertas venditur auro.* Y luego en el margen citar a Oracio, o a quien lo dixo. Si tratardes del poder de la muerte, acudir luego con *Pallida mors æquo pulsat pede pauperum tabernas, Regumque turres.* Si de la amistad, y amor que Dios manda, que se tenga al enemigo, entraros luego al punto por la escritura diuina, que lo podeys hazer con tantico de curiosidad, y dezir las palabras por lo menos, del mismo Dios. *Ego autem dico vobis, diligite inimicos vestros.* Si tratardes de malos pensamientos, acudid con el Euangelio. *De corde exeunt cogitationes malæ.* Si de la instabilidad de los amigos, ahi está Caton que os dara su distico. *Donec eris felix, multos numerabis amicos, tempora si fuerint nubila solus eris.* Y con estos latinicos, y otros tales os tendran si quiera por Gramatico, que el serlo no es de poca honra, y prouecho el dia de oy. En lo que toca el poner anotaciones al fin del libro, seguramente lo podeys hazer desta manera. Si nóbrays algun Gigante en vuestro libro, hazelde que sea el Gigante Golias, y con solo esto, que os costara casi nada, teneys vna grande anotacion, pues podeys poner el Gigante Golias, o Goliat. Fue vn Filisteo, a quien el pastor Dauid mato de vna grã pedrada, en el valle de Terebinto, segun se cuenta en el libro de los Reyes, en el capitulo que vos hallaredes que se escriue.

Tras esto, para mostraros hombre erudito en letras humanas, y Cosmografo, hazed de modo, como en vuestra historia se nombre el rio Tajo, y vereys los luego con otra famosa anotacion, poniendo: El rio Tajo, fue assi dicho, por vn Rey de las Españas: tiene su nacimiento en tal lugar, y muere en el mar Oceano, besando los muros de la famosa Ciudad de Lisboa, y es opinion que tiene las arenas de oro, &c. Si tratardes de ladrones, yo os dire la historia de Caco, que la se de coro. Si de mu

geres rameras, ahi està el Obispo de Mondoñedo, que os prestarà a Lamia, Layda, y Flora, cuya anotacion os dara gran credito. Si de crueles, Ouidio os entregarà a Medea. Si de encantadores, y hechizeras, Homero tiene a Calipso, y Virgilio a Circe. Si de capitanes valerosos, el mesmo Iulio Cesar os prestara a si mismo, en sus Comentarios, y Plutarco os dara mil Alexandros. Si trataredes de amores, con dos onças que sepays de la lengua Toscana, topareys con Leon Hebreo, que os hincha las medidas. Y sino quereys andaros por tierras estrañas, en vuestra casa teneys a Fonseca, del amor de Dios, donde se cifra todo lo q̃ vos, y el mas ingenioso acertare a dessear en tal materia. En resolució no ay mas, sino que vos procureys nombrar estos nombres, o tocar estas historias en la vuestra, que aqui he dicho, y dexadme a mi el cargo de poner las anotaciones, y acotaciones, que yo os voto a tal de llenaros las margenes, y de gastar quatro pliegos en el fin del libro.

Vengamos aora a la citacion de los autores, que los otros libros tienen, que en el vuestro os faltan. El remedio que esto tiene es muy facil, porque no aueys de hazer otra cosa, que buscar vn libro que los acote todos, desde la A. hasta la Z. como vos dezis. Pues esse mismo abecedario pondreys vos en vuestro libro. Que puesto que a la clara se vea la mentira, por la poca necessidad que vos teniades de aprouecharos dellos, no importa nada, y quiça alguno aura tan simple, que crea que de todos os aueys aprouechado, en la simple, y senzilla historia vuestra. Y quando no sirua de otra cosa, por lo menos seruirà aquel largo Catalago de autores, a dar de improuiso autoridad al libro. Y mas, que no aura quien se ponga a aueriguar, si los seguistes, o no los seguistes, no yendole nada en ello. Quanto mas, que si bien cayo en la cuenta,

esse

eſte vueſtro libro, no tiene neceſsidad de ninguna coſa, de aquellas que vos dezis que le falta, porque todo el es vna inuectiua contra los libros de cauallerias, de quien nunca ſe acordò Ariſtoteles, ni dixo nada ſan Baſilio, ni alcançò Ciceron. Ni caen debaxo de la cuenta de ſus fabuloſos diſparates, las puntualidades de la verdad, ni las obſeruaciones de la Aſtrologia, ni le ſon de importancia las medidas Geometricas, ni la confutacion de los argumentos, de quien ſe ſirue la Retorica, ni tiene para que predicar a ninguno, mezclando lo humano con lo diuino, que es vn genero de mezcla, de quien no ſe ha de veſtir ningun Chriſtiano entendimiento. Solo tiene q̃ apro uecharſe de la imitacion, en lo que fuere eſcriuiendo, q̃ quanto ella fuere mas perfecta, tanto mejor ſerà lo que ſe eſcriuiere. Y pues eſta vueſtra eſcritura, no mira a mas, que a deshazer la autoridad, y cabida, que en el mundo, y en el vulgo tienen los libros de cauallerias, no ay para que andeys mendigando ſentencias, de filoſofos cofejos de la diuina Eſcritura, fabulas de Poetas, oraciones de Retoricos, milagros de ſantos: ſino procurar que a la llana, con palabras ſignificantes, honeſtas, y bien colocadas, ſalga vueſtra oració, y periodo ſonoro, y feſtiuo. Pintando en todo lo que alcançaredes, y fuere poſsible vueſtra intencion, dando a entender vueſtros conceptos, ſin intricarlos, y eſcurecerlos. Procurad tambien, que leyẽdo vueſtra hiſtoria el melancolico ſe mueua a riſa, el riſueño la acreciente, el ſimple no ſe enfade, el diſcreto ſe admire de la inuẽcion, el graue no la deſprecie, ni el prudente dexe de alabarla. En efecto, lleuad la mira pueſta a derribar la maquina mal fundada deſtos cauallereſcos libros, aborrecidos de tantos, y alabados de muchos mas, q̃ ſi eſto alcançaſſedes, no auriades alcançado poco. Con ſilencio grande eſtuue eſcuchando, lo que mi amigo me

dezia, y de tal manera se imprimieron en mi sus razones, que sin ponerlas en disputa, las aprouè por buenas, y de ellas mismas quise hazer este Prologo. En el qual veras Lector suaue, la discrecion de mi amigo, la buena ventura mia, en hallar en tiempo tan necesitado, tal consegero, y el aliuio tuyo, en hallar tan sinzera, y tan sin rebuel-tas, la historia del famoso don Quixote de la Mancha, de quien ay opinion por todos los habitadores del distrito del campo de Montiel, que fue el mas casto enamorado, y el mas valiente cauallero, que de muchos años a esta parte se vio en aquellos cótornos. Y o no quiero encare certe el seruicio que te hago, en darte a conocer tan no-ble, y tan honrado cauallero: pero quiero que me agra-dezcas el conocimiento que tẽdras, del famoso Sancho Pança su escudero, en quié a mi parecer te doy cifradas todas las gracias escuderiles, que en la cateruade los libros vanos de cauallerias, estan espar-zidas. Y con esto, Dios te de sa-lud, y a mi no oluide.

VALE.

AL LIBRO DE DON QVIXOte de la Mancha, Vrganda la desconocida.

SI de llegarte a los bue
Libro fueres con letu
No te dira el boquirru
Que no pones bien los de.
Mas si el pan no se te cue
Por yr a manos de idio
Veras de manos a bo
Aun no dar vna en el cla
Si bien se comen las ma
Por mostrar que son curio.
Y pues la espiriencia ense
Que el que a buen arbol se arri
Buena sombra le cobi
En Bexar tu buena estre.
Vn arbol real te ofre
Que dà Principes por fru
En el qual florecio vn Du
Que es nueno Alexandro Ma
Llega a su sombra que a osa
Fauorece la fortu.
De vn noble hidalgo Manche
Contaràs las auentu
A quien ociosas letu
Trastornaron la cabe.
Damas, armas, caualle
Le pronocaron de mo
Que qual Orlando furio
Templado a lo enamora

Alcançò a fuerça de bra
A Dulzinea del Tobo.
Nò indiſcretos hierogli
Eſtampes en el eſcu
Que quando es todo figu
Con raynes y anzos ſe embi.
Si en la direccion te humi
No dirà moſante algu
Que don Aluaro de Lu
Que Anibal el de Carta
Que Rey Franciſco en Eſpa
Se quexa de la fortu.
Pues al cielo no le plu
Que ſalieſſes tan ladi
Como el negro Iuan Lati
Hablar latines rehu.
No me deſpuntes de agu
Ni me alegues con filo
Porque torziendo la bo
Dira el que entiende la le
No vn palmo de las ore
Para que conmigo flo?
No te metas en dibu
Ni en ſaber vidas age
Que en lo que no va ni vie
Paſſar de largo es cordu.
Que ſuelen en caperu
Darles a los que grace
Mas tu quemate las ce
Solo en cobrar buena fa
Que el que imprime neceda
Dalas a cenſo perpe.
Aduierto que es deſati

Siendo

Siendo de vidrio el teja
Tomar piedras en las ma
Para tirar al vezi.
Dexa que el hombre de juy
En las obras que compo
Se vaya con pies de plo
Que el que saca a luz pape
Para entretener douze
Escriue a tontas y a lo.

AMADIS DE GAVLA, A DON Quixote de la Mancha.

SONETO.

TV que imitaste la llorosa vida,
Que tuue ausente, y desdeñado sobre
El gran ribaço de la peña pobre,
De alegre a penitencia reduzida.
Tu a quien los ojos dieron la beuida,
de abundante licor, aunque salobre,
Y alçandote la plata, estaño y cobre,
Te dio la tierra, en tierra la comida.
Biue seguro, de que eternamente,
En tanto almenos que en la quarta esfera,
Sus caualios aguije el rubio Apolo.
Tendras claro renombre de valiente,
Tu patria sera en todas la primera,
Tu sabio autor al mundo vnico y solo.

DON

DON BELIANIS DE GRECIA, A DON Quixote de la Mancha.

SONETO.

Rompi, cortè, abollè, y dixe, y hize,
Mas que en el orbe cauallero andante,
Fuy dieſtro, fuy ualiente, fuy arrogante,
Mil agrauios venguè, cien mil deshize.
Hazañas di a la fama que eternize,
Fuy comedido, y regalado amante,
Fue enano para mi todo Gigante,
Y al duelo en qualquier punto ſatisfize.
Tuue a mis pies poſtrada la fortuna,
Y traxo del copete mi cordura,
A la calua ocaſion al eſtricote.
Mas aunque ſobre el cuerno de la luna,
Siempre ſe vio encumbrada mi ventura,
Tus proezas embidio, o gran Quixote.

LA SEÑORA ORIANA, A DVLzinea del Toboſo

SONETO.

O Quien tuuiera hermoſa Dulzinea,
Por mas comodidad, y mas repoſo,
A Miraflores pueſto en el Toboſo,
Y trocara ſus Londres con tu Aldea.
O quien de tus deſſeos, y librea,
Alma, y cuerpo adornara, y del famoſo
Cauallero, que hiziſte venturoſo,
Mirara alguna deſigual pelea.
O quien tan caſtamente ſe eſcapara
Del ſeñor Amadis, como tu hiziſte,
Del comedido hidalgo don Quixote.

Que

Que assi embidiada fuera, y no embidiara,
Y fuera alegre el tiempo que fue triste,
Y gozara los gustos sin escote.

GANDALIN ESCVDERO DE AMADIS de Gaula, a Sancho Pança, escudero de don Quixote.

SONETO.

Salue varon famoso, a quien fortuna,
Quando en el trato escuderil te puso,
Tan blanda, y cuerdamente lo dispuso,
Que lo passaste sin desgracia alguna.
Y a la açada, o la hoz poco repugna,
Al andante exercicio, ya está en vso,
La llaneza escudera con que acuso,
Al soberuio que intenta hollar la Luna.
Embidio a tu jumento, y a tu nombre,
Y a tus alforjas ygualmente se imbidio,
Que mostraron tu cuerda prouidencia.
Salue otra vez, o Sancho tan buen hombre,
Que a solo tu nuestro Español Ouidio,
Con buz coróna te haze reberencia.

DEL DONOSO POETA ENTREVERADO. A Sancho Pança, y Rozinante.

SOy Sancho Pança escude
Del Manchego don Quixo
Puse pieses o poluoro
Por viuir a lo discre.

Que el tacito Villadie
Toda su razon de esta
Cifrò en vna retira
Segun fiente Celesti
Libró en mi opinion diui
Si encubriera mas lo huma.

A ROZINANTE

SOy Rozinante el famo
Bisnieto del gran Babio
Por pecados de flaque
Fuy a poder de vn don Quixo.
Parejas corri a lo flo
Mas por vna de caua
No se me escapò ceua,
Que esto saquè a Lazari
Quando para hurtar el vi
Al ciego le di la pa.

ORLANDO FVRIOSO, A DON QVIxote de la Mancha.

SONETO.

SIno eres Par, tampoco le has tenido,
Que par pudieras ser entre mil pares,
Ni puede auerle donde tu te hallares,
Inuito vencedor, jamas vencido.
Orlando soy Quixote, que perdido,
Por Angelica vi remotos mares,
Ofreciendo a la fama en sus altares,
Aquel valor, que respetò el olvido.

Yo puedo ſer tu yguál, que eſte decoro,
Se deue a tus proezas, y a tu fama,
Pueſto que como yo perdiſte el ſeſo.
Mas ſerlo has mio, ſi al ſoberuio Moro,
Y Cita fiero domas, que oy nos llama,
Yguales en amor con mal ſucceſſo.

EL CAVALLERO DEL FEBO, A DON Quixote de la Mancha.

SONETO.

A Vueſtra eſpada no ygualò la mia,
Phebo Eſpañol, curioſo corteſano,
Ni a la alta gloria de valor mi mano,
Que rayo fue do nace, y muere el dia.
Imperios deſpreciè, la Monarquia,
Que me ofrecio el Oriente (roxo) en vano,
Dexê por ver el roſtro ſoberano,
De Claridiana aurora hermoſa mia.
Amela por milagro vnico, y raro,
Y auſente en ſu deſgracia el propio infierno
Temio mi braço que domò ſu rabia
Mas vos Godo Quixote, iluſtre, y claro,
Por Dulzinea ſoys al mundo eterno,
Y ella por vos famoſa, honeſta, y ſabia.

DE SOLISDAN, A DON QVIXOTE de la Mancha.

SONETO.

MAguer ſeñor Quixote, que ſandezes
Vos, engan el cerbelo cerrambado,

Nunca

Nunca ſereys de alguno reprochado,
Por home de obras viles y ſoezes.
Seran vueſſas fazañas los ſoezes,
Pues tuertos desfaziendo aueys andado,
Siendo vegadas mil apaleado,
Por follones cautiuos, y rahezes.
Y ſi la vueſſa linda Dulzinea,
Deſſaguiſado contra vos comete,
Ni a vueſſas cuytas muestra buen talante.
En tal deſman vueſſo conorte ſea,
Que Sancho Pança fue mal alcaguete,
Necio el, dura ella, y vos no amante.

DIALAGO ENTRE BABIECA, y Rozinante.

SONETO.

B. COmo eſtays Rozinante tan delgado?
R. Porque nunca ſe come, y ſe trabaja,
B. Pues que es de la ceuada, y de la paja?
R. No me dexa mi amo ni vn boeado.
B. Andà ſeñor que eſtays muy malcriado.
Pues vueſtra lengua de aſno al amo vltraja,
R. Aſno ſe es de la cuna a la mortaja,
Quereyſlo ver, miraldo enamorado.
B. Es necedad amar? R Nó es gran prudencia.
B. Metafiſico eſtays. R Es que no como.
B. Quexaos del eſcudero. R. No es baſtame.
Como me he de quexar en mi dolencia,
Si el amo, y eſcudero, o may ordomo,
Son tan Rozines como Rozinante.

PRI

PRIMERA PARTE DEL INGENIOSO hidalgo don Quixote de la Mancha.

Capitulo Primero. Que trata de la condicion, y exercicio del famoso hidalgo don Quixote de la Mancha.

N Vn lugar de la Mancha, de cuyo nombre no quiero acordarme, no ha mucho tiempo que viuia vn hidalgo de los de lança en astillero, adarga antigua, rozin flaco, y galgo corredor. Vna olla de algo mas vaca que carnero, salpicon las mas noches, duelos y quebrãtos los Sabados, lantejas los Viernes, algun palomino de añadidura los Domingos: consumian las tres partes de su hazienda. El resto della concluian, sayo de velarte, calças de velludo para las fiestas, con sus pantuflos de

lo meſmo, y los dias de entreſemana ſe honrraua cõ ſu vellori de lo mas fino. Tenia en ſu caſa vna ama que paſſaua de los quarenta, y vna ſobrina que no llegaua a los veynte, y vn moço de cãpo y plaça, que aſsi enſillaua el rozin, como tomaua la podadera. Friſaua la edad de nueſtro hidalgo con los cincuenta años. Era de complexiõ recia, ſeco de carnes, enjuto de roſtro, gran madrugador, y amigo de la caça. Quieren dezir, que tenia el ſobrenõbre de Quixada, o Queſada, q̃ en eſto ay alguna diferencia en los autores que deſte caſo eſcriuen: aunque por conjeturas verosimiles ſe dexa entender que ſe llamaua Quexana. Pero eſto importa poco a nueſtro cuento, baſta que en la narracion del, no ſe ſalga vn punto de la verdad. Es pues de ſaber, q̃ eſte ſobredicho hidalgo, los ratos que eſtaua ocioſo (que eran los mas del año) ſe daua a leer libros de caualleria, con tanta aficion y guſto, que oluidó caſi de todo punto el exercicio de la caça, y aun la adminiſtraciõ de ſu hazienda. y llegô a tãto ſu curioſidad, y deſatino en eſto, q̃ vendio muchas hanegas de tierra de ſembradura, para cõprar libros de caualleria en q̃ leer, y aſsi lleuò a ſu caſa todos quãtos pudo auer dellos: y de todos, ningunos le parecian tãbien, como los q̃ cõpuſo el famoſo Feliciano de Silua. Porq̃ la claridad de ſu proſa, y aquellas entricadas razones ſuyas, le parecia̅ de perlas: y mas quando llegaua a leer aq̃llos requiebros, y cartas de deſafios, donde en muchas partes hallaua eſcrito. *La razon de la ſinrazon que a mi razõ ſe haze, de tal manera mi razon enflaqze, que cõ razõ me quexo de la vueſtra fermoſura.* Y tãbien quãdo leia. *Los altos cielos que de vueſtra diuinidad, diuinamente con las eſtrellas os fortifican, y os hazen merecedora del merecimiento q̃ merece la vueſtra grandeza.* Cõ eſtas razones perdia el pobre

bre cuuallero el juyzio, y deluelauase por entẽde rlas y desentrañarles el sentido, q̃ no se lo sacara, ni las entendiera el mesmo Aristoteles, si resucitara para solo ello. No estaua muy bien con las heridas q̃ don Belianis daua, y recebia, porq̃ se imaginaua q̃ por grandes maestros q̃ le huuiessen curado, no dexaria de tener el rostro, y todo el cuerpo lleno de cicatrices, y señales. Pero con todo alabaua en su autor, aq̃l acabar su libro con la promessa de aquella inacabable auentura, y muchas vezes le vino desseo de tomar la pluma, y dalle fin al pie de la letra, como allí se promete: y sin duda alguna lo hiziera, y aũ saliera con ello, si otros mayores y continuos pensamientos no se lo estoruaran. Tuuo muchas vezes cõpetencia con el Cura de su lugar (que era hombre docto, graduado en Ciguença) sobre qual auia sido mejor cauallero, Palmerin de Ingalaterra, o Amadis dẽ Gaula: mas Maese Nicolas, barbero del mesmo pueblo, dezia, q̃ ninguno llegaua al cauallero del Febo, y que si alguno se le podia cõparar, era don Galaor, hermano de Amadis de Gaula, porque tenia muy acomodada condicion para todo, que no era cauallero melindroso, ni tan lloron como su hermano, y que en lo de la valentia no le yua en ẽga. En resolucion, l se enfrascò tanto en su letura, que se le passaua las noches leyẽdo de claro en claro, y los dias de turbio en turbio: y assi del poco dormir, y del mucho leer, se le secò el celebro de manera, q̃ vino a perder el juyzio. Llenosele la fantasia de todo aq̃llo que leia en los libros, assi de encantamentos, como de pẽdencias, batallas, desafios, heridas, requiebros, amores, tormentas, y disparates imposibles. Y assẽtosele de tal modo en la imaginaciõ, q̃ era verdad toda aquella maquina de aquellas sonadas soñadas inuenciones q̃ leia, q̃ para el

no auia otra hiſtoria mas cierta en el mũdo. Dezia el, q̃ el Cid Ruydiaz auia ſido muy buen cauallero, pero q̃ no tenia q̃ ver con el cauallero de la Ardiente eſpada, q̃ de ſolo vn reues auia partido por medio dos fieros, y deſcomunales gigãtes. Mejor eſtaua co Bernardo del Carpio, porque en Ronçeſualles auia muerto a Roldã el encamado, valiendoſe de la induſtria de Hercules, quando ahogò a Anteo el hijo de la Tierra entre los braços. Dezia mucho bien del Gigante Morgate, porque con ſer de aquella generacion Gigantea, que todos ſon ſoberuios y deſcomedidos, el ſolo era afable y bien criado. Pero ſobre todos eſtaua bien con Reynaldos de Montaluan, y mas quando le veia ſalir de ſu caſtillo, y robar quantos topaua: y quando en Allende robò aquel idolo de Mahoma, que era todo de oro, ſegun dize ſu hiſtoria. Diera el por dar vna mano de cozes al traydor de Galalon, al alma que tenia, y aun a ſu ſobrina de añadidura. En efeto, rematado ya ſu juyzio, vino a dar en el mas eſtraño penſamiento, que jamas dio loco en el mundo, y fue, que le parecio conuenible y neceſſario, aſsi para el aumento de ſu honra como para el ſeruicio de ſu republica, hazerſe cauallero andante, y yrſe por todo el mundo cõ ſus armas y cauallo a buſcar las auenturas, y a exercitarſe en todo aquello que el auia leydo que los caualleros andantes ſe exercitauan, deshaziendo todo genero de agrauio, y poniendoſe en ocaſiones, y peligros, donde acabandolos, cobraſe eterno nombre y fama. Y maginauaſe el pobre, ya cõronado por el valor de ſu braço, por lo menos del Imperio de Trapiſonda y aſsi con eſtos tan agradables penſamientos, lleuado del eſtraño guſto que en ellos ſentia, ſe dio priesſa a poner en efeto lo que deſſeaua. Y lo primero

que

que hizo, fue limpiar vnas armas que auian sido de sus visabuelos, que tomadas de orin, y llenas de moho, luégos siglos auia que estauan puestas y oluidadas en vn rincó. Limpiolas, y adereçolas lo mejor que pudo, pero vio que tenian vna gran falta, y era que no tenian zelada de encaxe, sino morrion simple, mas a este suplio su industria porque de cartones hizo vn modo de media zelada, que encaxada có el morrion, haziá vna apariencia de zelada entera: es verdad que para prouar si era fuerte, y podia estar al riesgo de vna cuchillada, facò su espada y le dio dos golpes, y con el primero, y en vn punto, deshizo lo que auia hecho en vna semana: y no dexò de parecerle mal, la facilidad con que la auia hecho pedaços: y por assegurarse deste peligro, la tornò a hazer de nueuo, poniendole vnas barras de hierro por de dentro, de tal manera que el quedò satisfecho de su fortaleza: y sin querer hazer nueua experiencia della, la diputò, y tuuo por zelada finissima de encaxe. Fue luego a ver su rozin, y aunque tenia mas quartos que vn real, y mas tachas que el cauallo de Gonela, *que tantum pellis, & ossa fuit*, le parecio que ni el Buzefalo de Alexandro, ni Babieca el del Cid con el se y gualauan. Quatro dias se le passaron en imaginar que nombre le pondria, porque (segun se dezia el a si mesmo) no era razon que cauallo de cauallero tan famoso, y tan bueno el por si, estuuiesse sin nombre conocido, y ansi procuraua acomodarsele, de manera que declarasse quien auia sido; antes que fuesse de cauallero andante: y lo que era entonces, pues estaua muy puesto en razon, que mudando su señor estado mudasse el tambien el nombre, y cobrasse famoso, y de estruēdo, como cóuenia a la nueua orden, y al nueuo exercicio que ya professaua: y assi

despues de muchos nombres que formò, borrò, y quitò, añadio, deshizo, y tornò a hazer en su memoria, è imaginacion: al fin le vino a llamar Rozinante. Nombre a su parecer, alto, sonoro, y significativo, de lo que auia sido quando fue rozin antes de lo que aora era que era antes, y primero de todos los rozines del mundo. Puesto nombre, y tan a su gusto a su caballo, quiso ponerse le a si mismo. y en este pensamiento duro otros ocho dias: y al cabo se vino a llamar don Quixote. de donde (como queda dixo) tomaron ocasion los autores desta tan verdadera historia, que sin duda se deuia de llamar Quixada, y no Quesada, como otros quisieron dezir: pero acordandose que el valeroso Amadis, no solo se auia contentado con llamarse Amadis a secas, sino que añadio el nombre de su Reyno y patria por Hepila famosa, y se llamò Amadis de Gaula, assi quiso como buen caballero, añadir al suyo el nombre de la suya y llamarse don Quixote de la Mâcha, con que a su parecer declaraua muy al viuo su linage y patria, y la honraua con tomar el sobrenombre della Limpias pues tus armas, hecho del morrion zelada, puesto nombre a su rozin, y confirmandose a si mismo, se dio a entender que no le faltaua otra cosa, sino buscar vna dama de quien enamorarse: porque el caballero andante sin amores, era arbol sin hojas, y sin fruto, y cuerpo sin alma. Deziase el: Si yo por malos de mis pecados, o por mi buena suerte, me encuentro por ahi con algun Gigante (como de ordinario les acontece a los caualleros andantes) y le derribo de vn encuentro, o le parto por mitad del cuerpo, o finalmente le vençò, y le rindo, no sera bien tener a quien embiarle presentado? y que entre y se hinque de rodillas ante mi dulce señora, y diga con voz humil-

humilde y rẽdido: Yo señora soy el Gigante Caraculiambro, señor de la Insula Malindrania, a quien vencioen singular batalla el jamas, como se deue alabado cauallero don Quixote de la Mácha, el qual me mando que me presentasse ante vuestra merced, para que la vuestra grandeza disponga de mi a su talante. O como se holgò nuestro buen cauallero, quando huuo hecho este discurso, y mas quando hallò a quien dar nóbre de su dama: y fue a lo que se cree, que en vn lugar cerca del suyo, auia vna moça labradora de muy buen parecer, de quien el vn tiempo anduuo enamorado (aunque segun se entiende, ella jamas lo supo, ni le dio cata dello). Llamauase Aldonça Lorenço, y a esta le parecio ser bien darle titulo de señora de sus pensamientos: y buscandole nombre que no desdixesse mucho del suyo, y q̃ tirasse, y se encaminasse al de Princesa, y gran señora, vino a llamarla Dulcinea del Toboso, porque era natural del Toboso: nombre a su parecer musico, y peregrino, y significatiuo, como todos los demas que a el, y a sus cosas auia puesto.

Cap. II. Que trata de la primera salida que de su tierra hizo el ingenioso don Quixote.

HECHAS pues estas preuenciones, no quiso aguardar mas tiempo a poner en efeto su pensamiento, apretandole a ello la falta que el pensaua que hazia en el mundo su tardança, segun eran los agrauios que pensaua deshazer, tuertos que endereçar, sinrazones que emendar, y abusos que mejorar, y deudas que satisfazer. Y assi sin dar parte a persona alguna

de su intencion, y sin que nadie le viesse, vna mañana antes del dia, que era vno de los caluroſos del mes de Iulio, se armò de todas sus armas, subio sobre Rocinante, puesta su mal compuesta zelada, embraço su adarga, tomò su lança, y por la puerta falsa de vn corral salio al campo con grandissimo contento, y alboroço, de ver con quanta facilidad auia dado principio a su buen desseo: mas apenas se vio en el campo, quando le assaltò vn pensamiento terrible, y tal, que por poco le hiziera dexar la comencada empresa: y fue, que le vino a la memoria que no era armado caualler, y que conforme a ley de caualleria, ni podia, ni deuia tomar armas con ningun caualler: y puesto que lo fuera, auia de lleuar armas blancas, como nouel caualler, sin empresa en el escudo, hasta que por su esfuerço la ganasse. Estos pensamientos le hizieron titubear en su proposito: mas pudiendo mas su locura que otra razon alguna, propuso de hazerse armar caualler del primero que topasse, a imitacion de otros muchos que assi lo hizieron, segun el auia leydo en los libros, que tal le tenian. En lo de las armas blancas, pensaua limpiarlas de manera, en teniendo lugar, que lo fuessen mas que vn armino: y con esto se quieto, y prosiguio su camino, sin lleuar otro que aquel q̃ su caballo queria, creyendo que en aquello consistia la fuerça de las auenturas. Yendo pues caminando nuestro flamante auenturero, y ua hablando consigo mesmo, y diziendo: Quié duda, sino q̃ en los venideros tiempos, quando salga a luz la verdadera historia de mis famosos hechos, que el sabio que los escriuiere, no ponga quando llegue a contar esta mi primera salida tan demañana, desta manera? Apenas auia el rubicundo Apolo, tendido por la faz de la ancha, y espacioso

ciosa tierra, las doradas hebras de sus hermosos cabellos, y apenas los pequeños y pintados paxarillos cõ sus harpadas lenguas, auian saludado cõ dulce, y meliflua armonia, la venida de la rosada Aurora, que dexãdo la blanda cama del zeloso marido, por las puertas, y balcones del Manchego orizonte, a los mortales se mostraua, quando el famoso cauallero don Quixote de la Mancha, dexãdo las ociosas plumas, subio sobre su famoso cauallo Rozinante, y començò a caminar por el antiguo, y conocido campo de Montiel (y era la verdad que por el caminaua) y añadio diziendo: Dichosa edad, y siglo dichoso, aquel adonde saldran a luz las famosas hazañas mias, dignas de entallarse en bronzes, esculpirse en marmoles, y pintarse en tablas, para memoria en lo futuro. O tu sabio encantador, quien quiera que seas, a quien ha de tocar el ser coronista desta peregrina historia, ruegote que no te olui-des de mi buen Rozinante, compañero eterno mio en todos mis caminos, y carreras. Luego boluia dizié-do (como si verdaderamente fuera enamorado) O Princesa Dulcinea, señora deste cautiuo coraçon, mu-cho agrauio me auedes fecho en despedirme, y repro-charme cõ el fuguroso afincamiento, de mãdarme no parecer ante la vuestra fermosura: Plegaos señora, de membraros deste vuestro sujeto coraçon, que tan-tas cuytas por vuestro amor padece. Cõ estos yua en-sartando otros disparates, todos al modo de los que sus libros le auian enseñado, imitando en quanto po-dia su lenguaje. Con esto caminaua tan despacio, y el sol entraua tan apriesa, y con tanto ardor, que fuera bastante a derretirle los sesos (si algunos tuuiera). Ca-si todo aquel dia caminò sin acontecerle cosa que de contar fuesse, de lo qual se desesperaua, porque

quisiera topar luego, luego, con quien hazer experiencia del valor de su fuerte braço. Autores ay q̃ dizen que la primera auentura que le auino, fue la del puerto Lapice, otros dizen, que la de los molinos de viento. Pero lo que yo he podido aueriguar en este caso, y lo que he hallado escrito en los anales de la Mancha, es, que el anduuo todo aquel dia, y al anochecer, su rozin y el, se hallaró cansados, y muertos de hambre: y que mirando a todas partes, por ver si descubriria algun castillo, o alguna majada de pastores donde recogerse, y adonde pudiesse remediar su mucha hambre, y necessidad: vio no lexos del camino por donde yua vna venta, que fue como si viera vna estrella, que no a los portales, sino a los alcaçares de su redencion le encaminaua. Diose priessa a caminar, y llegò a ella, a tiempo que anochecia: estauan acaso a la puerta dos mugeres moças, destas que llaman del partido, las quales yuan a Seuilla con vnos harrieros, que en la venta aquella noche acertaron a hazer jornada: y como a nuestro auenturero, todo quanto pésaua, veia, o imaginaua, le parecia ser hecho, y passar al modo de lo que auia leydo, luego que vio la venta, se le representò que era vn castillo con sus quatro torres y chapiteles de luziente plata, sin faltarle su puente leuadiza, y honda caua, con todos aquellos aderentes que semejantes castillos se pintá. Fuesse llegando a la venta, que a el le parecia castillo, y a poco trecho della, detuuo las riendas a Rozinante, esperando que algun Enano se pusiesse entre las almenas, a dar señal con alguna trompeta, de que llegaua caualliero al castillo. Pero como vio que se tardauan, y que Rozinante se daua priessa por llegar a la caualleriza, se llegò a la puerta de la venta, y vio a las dos

des-

deſtraydas moças que alli eſtauan, q̃ a el le parecieron dos hermoſas donzellas, o dos graciosas damas, q̃ delãte de la puerta del caſtillo ſe eſtauan ſolazando En eſto ſucedio a caſo, q̃ vn porquero que andaua recogiendo de vnos raſtrojos vna manada de puercos (que ſin perdon aſsi ſe llaman) tocó vn cuerno, a cuya ſeñal ellos ſe recogen y al inſtante ſe le repreſentò a don Quixote lo que deſſeaua, que era que algun Enano hazia ſeñal de ſu venida: y aſsi con eſtraño contento llegò a la venta y a las damas. Las quales como vieron venir vn hombre de aquella ſuerte, armado, y con lãça y adarga, llenas de miedo ſe yuan a entrar en la venta: pero don Quixote, coligiendo por ſu huyda ſu miedo, alçandoſe la viſera de papelon, y deſcubriendo ſu ſeco y poluoroſo roſtro, cõ gentil talãte, y voz reposada les dixo: No fuyan las vras mercedes, ni teman deſaguiſado alguno, q̃ a la orden de caualleria q̃ profeſſo, nõ toca, ni atañe fazerle a ninguno, quãto mas a tan altas dõzellas, como vrias preſencias demueſtran. Mirauanle las moças, y andauan con los ojos buſcandole el roſtro, que la mala viſera le encubria. Mas como ſe oyeron llamar dõzellas, coſa tan fuera de ſu profeſsion, no pudieron tener la riſa, y fue de manera, que don Quixote vino a correrſe, y a dezirles Bié parece la meſura en las hermoſas, y es mucha ſandez a demas la riſa q̃ de leue cauſa procede: pero nõ vos lo digo porque os acuyredes, ni moſtredes mal talante, q̃ el mio non es de al que de ſeruiros. El lenguaje no entendido de las ſeñoras, y el mal talle de nro caualliero, acrecentaua en ellas la riſa, y en el el enojo, y paſſara muy adelante ſi a aquel punto no ſaliera el ventero, hõbre, que por ſer muy gordo, era muy pacifico, el qual viendo aquella figura contrahecha, armada de armas

tan

tan desigualés, como eran la brida, lança, adarga, y coselete: no estuuo en nada en acompañar a las donzellas, en las muestras de su contento. Mas en efeto, temiendo la maquina de tantos pertrechos, determinò de hablarlo comedidamente, y assi le dixo: Si vuestra merced, señor caualleró busca posada, amen del lecho (porque en esta venta no ay ninguno) todo lo demas se hallará en ella en mucha abundancia. Viendo dó Quixote la humildad del Alcayde de la fortaleza, que tal le parecio a el el ventero, y la venta, respondio: Para mi señor Castellano, qualquiera cosa basta, porque mis arreos son las armas, mi descanso el pelear, &c. Pensò el huesped, que el auerle llamado Castellano, auia sido por auerle parecido de los sanos de Castilla, aunque el era Andaluz, y de los de la playa de SanLucar: no menos ladró, que Caco, ni menos maleante, que estudiantado paje. Y assi le respondio: Segun esso, las camas de vuestra merced seran duras peñas, y su dormir siempre velar: y siendo assi, bien se puede apear, con seguridad de hallar en esta choça ocasion, y ocasiones para no dormir en todo vn año, quanto mas en vna noche. Y diziendo esto, fue a tener el estribo a dó Quixote, el qual se apeò cò mucha dificultad, y trabaxo, como aquel que en todo aql dia no se auia desayunado. Dixo luego al huesped, que le tuuiesse mucho cuydado de su caballo, porque era la mejor pieça que comia pan en el mundo. Mirole el ventero, y no le parecio tan bueno como don Quixote dezia, ni aun la mitad: y acomodandole en la caualleriza, boluio à ver lo que su huesped mandaua, al qual estauan desarmando las donzellas, que ya le auian reconciliado con el, las quales, aunque le auian quitado el peto, y el espaldar, jamas sopie-

ſupieron, ni pudieron deſencaxarle la gola, ni quitalle la contrahecha zelada, que traîa atada con vnas cintas verdes, y era meneſter cortarlas, por no poderſe quitar los ñudos, mas el no lo quiſo conſentir en ninguna manera, y aſsi ſe quedò toda aquella noche con la zelada pueſta, que era la mas graciosa, y eſtraña figura q̃ ſe pudiera penſar: y al deſarmarle (como el ſe imaginaua que aquellas traydas y lleuadas que le deſarmauan, erá algunas principales ſeñoras, y damas de aquel caſtillo) les dixo cón mucho donayre: Nunca fuera caualleto de damas tambien ſeruido, como fuera don Quixote quando de ſu aldea vino, donzellas curauan del, Princeſas del ſu rozino. O Rozinante, que eſte es el nombre ſeñoras mias de mi cauallo, y don Quixote de la Mancha el mio: que pueſto que no quiſiera deſcubrirme, faſta que las fazañas fechas en vueſtro ſeruicio y pro, me deſcubrieran, la fuerça de acomodar al propoſito preſente eſte romance viejo de Lançarote, ha ſido cauſa que ſepays mi nombre antes de toda ſazon: pero tiempo vendra en que las vueſtras ſeñorias me manden, y yo obedezca, y el valor de mi braço deſcubra el deſſeo que tengo de ſeruiros. Las moças que no eſtauan hechas a oyr ſeme antes retoricas, no reſpondian palabra: ſolo le preguntaró, ſi queria comer alguna coſa: Qualquiera yantaria yo, reſpondio don Quixote, porque a lo que entiendo me haria mucho al caſo. A dicha a certò a ſer Viernes aql dia, y no auia en toda la venta ſino vnas raciones de vn peſcado, que en Caſtilla llaman abadexo, y en Andaluzia bacallao, y en otras partes curadillo, y en otras truchuela. Preguntaronle, ſi por ventura comeria ſu merced truchuela, que no auia otro peſcado que dalle a comer. Como aya muchas truchuelas, reſpondio

don

don Quixote, podran seruir de vna trucha, porque esso se me da que me den ocho reales en senzillos, q̃ en vna pieça de a ocho Quãto mas que podria ser q̃ fuessen estas truchuelas como la ternera, q̃ es mejor que la vaca, y el cabrito, que el cabron. Pero sea lo q̃ fuere venga luego, que el trabajo y peso de las armas, no se puede lleuar sin el gouierno de las tripas. Pusieróle la mesa a la puerta de la venta por el fresco, y truxole el huesped vna porció del mal remojado, y peor cozido bacallao, y vn pan tan negro, y mugriento como sus armas. pero era materia de grande risa verle comer, porque como tenia puesta la zelada, y alçada la visera, no podia poner nada en la boca con sus manos, si otro no se lo daua y ponia, y ansi vna de aquellas señoras [illegible] deste menester, mas al darle de beuer no fue possible ni lo fuera si el ventero no horadara vna caña, y puesto el vn cabo en la boca, por el otro le yua echando el vino: y todo esto lo recebia en paciécia, a trueco de no romper las cintas de la zelada Estãdo en esto, llegò a caso a la venta vn castrador de puercos, y assi como llegò, sonò su siluato de cañas, quatro, o cinco vezes, con lo qual acabó de confirmar don Quixote, que estaua en algun famoso castillo, y que le seruian con musica, y que el abadexo eran truchas, el pan candeal, y las rameras, damas, y el ventero Castellano del castillo, y con esto daua por bien empleada su determinacion, y salida. Mas lo que mas le fatigaua, era el no verse armado cauallero, por parecerle que no se podria poner legitimamente en auentura alguna, sin recebir la orden de caualleria.

Cap. III. Donde se cuenta la graciosa manera que tuuo don Quixote en armarse cauallero.

YAsi fatigado deste pésamiento, abreuiò su venteril y limitada cena, la qual acabada llamò al ventero, y encerrandose con el on la caualleriza, se hincò de rodillas ante el, diziendole: No me leuantaré jamas de donde estoy valeroso cauallero, fasta q̃ la vuestra cortesia me otorgue vn dó que pedirle quiero, el qual redũdará en alabança vuestra, y en pro del genero humano: el vẽtero q̃ vio a su huesped a sus pies, y oyò semejates razones, estaua confuso mirádole, sin saber que hazerse, ni dezirle, y porfiaua con el q̃ se leuantase, y jamas quiso, hasta que le huuo de dezir que el le otorgaua el don q̃ le pedia. No esperaua yo menos de la grã magnificẽcia vra señor mio, respondio don Quixote, y assi os digo que el don que os he pedido, y de vuestra liberalidad me ha sido otorgado, es, que mañana en aquel dia me aueys de armar cauallero, y esta noche en la capilla deste vuestro castillo velare las armas: y mañana, como tengo dicho, se cumplirá lo que tãto desseo para poder como se deue yr por todas las quatro partes del mũdo, buscãdo las auẽturas, en pro de los menesterosos, como está a cargo de la caualleria, y de los caualleros andantes, como yo soy, cuyo desseo a semejantes fazañas es inclinado. El vẽtero (q̃ como esta dicho) ora vn poco socarron, y ya tenia algunos barrũtos de la falta de juyzio de su huesped, acabò de creerlo quãdo acabò de oyrle semejantes razones, y por tener q̃ reyr aquella noche, determinò de seguirle el humor, y assi le dixo que andaua muy acertado en lo que desseaua, y pedia, y q̃ tal prosupuesto era propio, y natural de los

de los caualleros tan principales como el parecia, y como su gallarda presencia mostraua: y que el assi mesmo en los años de su mocedad, se auia dado a aql honroso exercicio, andando por diuersas partes del mundo, buscando sus auenturas, sin que huuiesse dexado los percheles de Malaga, islas de Reayan, compas de Seuilla, azoguejo de Segouia, la oliuera de Valencia, rondilla de Granada, playa de SanLucar, potro de Cordoua, y las ventillas de Toledo, y otras diuersas partes, donde auia exercitado la ligereza de sus pies, sutileza de sus manos, haziendo muchos tuertos, requestando muchas viudas, deshaziēdo algunas dōzellas, y engañando a algunos pupilos, y finalmēte dādose a conocer por quantas audiencias y tribunales ay casi en toda España, y que a lo vltimo se auia venido a recoger a aquel su castillo, donde viuia con su hazié da, y con las agenas, recogiendo en el a todos los caualleros andantes, de qualquiera calidad, y condicion que fuessen, solo por la mucha aficion que les tenia, y porque partiessen con el de sus aueres, en pago de su buen desseo. Dixole tambien, que en aquel su castillo no auia capilla alguna donde poder velar las armas, porque estaua derribada para hazerla de nueuo: pero que en caso de necesidad, el sabia que se podian velar donde quiera, y que aquella noche las podria velar en vn patio del castillo, que a la mañana, siendo Dios seruido, se harian las deuidas ceremonias, demanera que el quedasse armado cauallero, y tan cauallero que no pudiesse ser mas en el mundo. Preguntole si traía dineros, respondio don Quixote, que no traia blanca, porque el nunca auia leydo en las historias de los caualleros andantes, que ninguno los huuiesse traydo. A esto dixo el ventero, que se engañaua, que

puesto

puesto caso q̃ enlas hiſtorias no ſe eſcriuia,por auerles parecido a los autores dellas, q̃ no era meneſter eſcreuir vna coſa tan clara,y tã neceſſaria de traerſe, como eran dineros,y camiſas limpias,no por eſſo ſe auia de creer q̃ no los truxerõ:y aſsi tuuieſſe por cierto y aueriguado, q̃ todos los caualleros andãtes, de que tãtos libros eſtan llenos,y areſtados,lleuauan bien herradas las bolſas por lo q̃ pudieſſe ſucederles,y q̃ aſsi miſmo lleuauan camiſas,y vna arqueta pequeña llena de vnguentos,para curar las heridas que recebian, porque no todas vezes en los campos,y deſiertos donde ſe combatian,y ſalian heridos,auia quié los curaſſe, ſi ya no era que tenian algun ſabio encantador por amigo, que luego los ſocorria,trayendo por el ayre en alguna nuue alguna donzella,o Enano, con alguna redoma de agua de tal virtud,que en guſtando alguna gota della, luego al punto quedauan ſanos de ſus llagas,y heridas,como ſi mal alguno huuiſſen tenido, mas que en tanto que eſto no hunieſſe, tuuieron los paſſados caualleros por coſa acertada,q̃ ſus eſcuderos fueſſen proueydos de dineros, y de otras coſas neceſſarias, como eran hilas,y vnguentos para curarſe:y quando ſucedia que los tales caualleros no tenian eſcuderos(que eran pocas,y raras vezes)ellos meſmos lo lleuauan todo en vnas alforjas muy ſutiles,que caſi no ſe parecian, á las ancas del cauallo,como que era otra coſa de mas ímportancia:porque no ſiendo por ocaſion ſemejante,eſto de lleuar alforjas,no fue muy admitido entre los caualleros andantes: y por eſto le daua por conſejo,pues aun ſe lo podia mandar como a ſu ahijado,que tã preſto lo auia de ſer, que no caminaſſe de alli adelante ſin dineros,y ſin las preuenciones referidas, y que veria quan bien ſe hallaua con ellas,

quando menos se pensase Prometiole don Quixote, de hazer lo que se le aconsejaua, con toda puntualidad. Y assi se dio luego orden como velasse las armas, en vn corral grande, que a vn lado de la venta estaua y recogiendolas don Quixote todas, las puso sobre vna pila que junto a vn pozo estaua. Y embraçando su adarga, asio de su lança, y con gentil continente se començo a passear delante de la pila: y quando començó el passeo, començaua a cerrar la noche. Cómo el ventero a todos quantos estauan en la venta, la locura de su huesped, la vela de las armas, y la armazon de caualleria que esperaua. Admiraronse de tan estraño genero de locura, y fueronselo a mirar delde lexos y vieron que con sossegado ademan, vnas vezes se passeaua, otras arrimado a su lança, ponia los ojos en las armas, sin quitarlos por vn buen espacio dellas. A cabò de cerrar la noche, pero con tanta claridad de la luna que podia competir con el que se la prestaua de manera que quanto el nouel caualliero hazia, era bien visto de todos. Antojosele en esto a vno de los harrieros que estauan en la venta, yr a dar agua a su requa, y fue menester quitar las armas de don Quixote, que estauan sobre la pila, el qual viendole llegar, en voz alta le dixo O tu quienquiera que seas, atreuido caualliero, que llegas a tocar las armas del mas valeroso andante que jamas se ciño espada mira lo que hazes, y no las toques, sino quieres dexar la vida, en pago de tu atreuimiento No se curo el harriero destas razones (y fuera mejor que se curara, porque fuera curarse en salud) antes trauando de las correas, las arrojò gran trecho de si. Lo qual visto por don Quixote, alço los ojos al cielo, y puesto el pensamiento, a lo que parecio, en su señora Dulzinea, dixo:

Aco-

Acorredme señora mia en esta primera afrenta, que a este vuestro auassallado pecho se le ofrece. no me desfallezca en este primero trãce vuestro fauor, y amparo. y diziendo estas y otras semejantes razones, soltando la adarga, alçò la lança a dos manos, y dio con ella tan gran golpe al harriero en la cabeça, que le derribò en el suelo tan maltrecho, que si segundara con otro, no tuuiera necessidad de maestro que le curara. Hecho esto, recogio sus armas, y tornò a passearse con el mismo reposo que primero. Desde alli a poco, sin saberse lo que auia passado (porque aun estaua aturdido el harriero) llegò otro con la mesma intencion, de dar agua a sus mulos, y llegando a quitar las armas, para desembaraçar la pila, sin hablar don Quixote palabra, y sin pedir fauor a nadie, soltò otra vez la adarga, y alçó otra vez la lança, y sin hazerla pedaços, hizo mas de tres la cabeça del segundo harriero, porq̃ se la abrio por quatro al ruydo acudio toda la gente de la vẽta, y entre ellos el vẽtero. Viendo esto dó Quixote, embraçò su adarga, y puesta mano a su espada dixo: O señora de la fermosura, esfuerço, y vigor del debilitado coraçó mio, aora es tiempo q̃ buelues los ojos de tu grãdeza, a este tu cautiuo cauallero, que tamaña auentura està atendiendo. Con esto cobrò a su parecer tanto animo, que si le acometieran todos los harrieros del mundo, no boluiera el pie atras. Los compañeros de los heridos, que tales los vieron, començaron desde lexos a llouer piedras sobre don Quixote, el qual lo mejor que podia, se reparaua con su adarga: y no se osaua apartar de la pila, por no desamparar las armas. El ventero daua vozes q̃ le dexassen, porq̃ ya les auia dicho como era loco, y q̃ por loco se librarìa, aunq̃ los mataſſe a todos. Tãbiẽ dó Quixote

les daua mayores, llamãdolos de aleuoſos, y traydores, y q̃ el ſeñor del caſtillo era vn follon, y mal nacido caualler, pues de tal manera conſentia q̃ ſe trataſſen los andantes caualleros: y q̃ ſi el huuiera recebido la orde de caualleria, que el le diera a entender ſu aleuoſia: Pero de voſotros, ſoez y baxa canalla, no hago caſo alguno: Tirad, llegad, venid, y ofendedme en quãto pudieredes, que voſotros vereys el pago q̃ lleuays de vueſtra ſandez, y demaſia. Dezia eſto con tanto brio, y denuedo, q̃ infundio vn terrible temor en los que le acometian: y aſsi por eſto, como por las perſuaſiones del ventero, le dexaron de tirar: y el dexò retirar a los heridos, y tornò a la vela de ſus armas, cõ la miſma quietud y ſoſsiego q̃ primero. No le pareciò bié al vẽtero las burlas de ſu hueſped, y determinò abreuiar, y darle la negra orden de caualleria, luego antes q̃ otra deſgracia ſucedieſſe. Y aſsi llegandoſe a el, ſe deſculpò de la inſolencia q̃ aq̃lla gente baxa con el auia vſado, ſin q̃ el ſupieſſe coſa alguna: pero q̃ bien caſtigados quedauan de ſu atreuimiento. Dixole como ya le auia dicho, q̃ en aquel caſtillo no auia capilla, y para lo q̃ reſtaua de hazer, tãpoco era neceſſaria, q̃ todo el toque de quedar armado cauallero, cõſiſtia en la peſcoçada, y en el eſpaldarazo, ſegun el tenia noticia del ceremonial de la orden, y que aquello en mitad de vn campo ſe podia hazer: y que ya auia cumplido con lo q̃ tocaua al velar de las armas, q̃ con ſolas dos horas de vela ſe cumplia quãto mas, que el auia eſtado mas de quatro. Todo ſe lo creyo dõ Quixote, q̃ el eſtaua alli prõto para obedecerle, y q̃ concluyeſſe con la mayor breuedad q̃ pudieſſe: porq̃ ſi fueſſe otra vez acometido, y ſe vieſſe armado cauallero, no pẽſaua dexar perſona viua en el caſtillo, eceto aq̃llas q̃ el le mãdaſſe, a quié por ſu reſ-

ſu reſpeto dexaria. Aduertido, y medroſo deſto el Caſtellano, truxo luego vn libro donde aſſentaua la paja, y cenada que daua a los harrieros: y con vn cabo de vela que le traía vn muchacho, y cõ las dos ya dichas donzellas, ſe vino adonde don Quixote eſtaua: al qual mandò hincar de rodillas, y leyendo en ſu manual (como que dezia alguna deuota oraciõ) en mitad de la leyẽda, alçò la mano, y diole ſobre el cuello vn buẽ golpe, y tras el con ſu meſma eſpada vn gentil eſpaldarazo (ſiempre murmurando entre dientes, como que rezaua). Hecho eſto, mandò a vna de aquellas damas q̃ le ciñeſſe la eſpada, la qual lo hizo con mucha deſembòltura, y diſcreciõ, porque no fue meneſter poca, para no rebentar de riſa, a cada punto de las ceremonias: pero las proezas que ya auian viſto del nouel caualliero, les tenia la riſa a raya. Al ceñirle la eſpada, dixo la buena ſeñora: Dios haga a vueſtra merced muy venturoſo cauallero, y le de ventura en lides. Don Quixote le pregũtò como ſe llamaua, porque el ſupieſſe de alli adelante a quien quedaua obligado, por la merced recebida, porque penſaua darle alguna parte de la honra que alcançaſſe por el valor de ſu braço. Ella reſpondio con mucha humildad, que ſe llamaua la Toloſa, y que era hija de vn remendon natural de Toledo, que viuia a las tendillas de Sâchobienaya, y q̃ donde quiera que ella eſtuuieſſe le ſeruiria, y le tẽdria por ſeñor. Don Quixote le replicò, que por ſu amor le hizieſſe merced que de alli adelante ſe puſieſſe don, y ſe llamaſſe doña Toloſa. Ella ſe lo prometio, y la otra le calçò la eſpuela, con la qual le paſsò caſi el miſmo coloquio, que con la de la eſpada. Preguntole ſu nombre, y dixo que ſe llamaua la Molinera, y que era hija de vn honrado molinero de Antequera: a la qual tambien

rogô don Quixote, que se pusiesse don, y se llamasse doña Molinera, ofreciendole nueuos seruicios, y mercedes. Hechas pues de galope, y apriſſa, las hasta allí nunca vistas ceremonias, no vio la hora don Quixote de verse acaualło, y salir buscando las auenturas, y ensillando luego a Rozinante, subio en el, y abrançando a su huesped, le dixo cosas tan estrañas, agradeciéndole la merced de auerle armado caualłero, que no es posible acertar a referirlas. El ventero por verle ya fuera de la venta, con no menos retoricas, aunque cō mas breues palabras, respondio a las suyas, y sin pedirel la costa de la posada, le dexô yr a la buen hora

Cap. IIII. De lo que le sucedio a nuestro caualłero quando salio de la venta.

A del Alua seria, quando don Quixote salio de la venta, tan contento, tan gallardo, tan alboroçado, por verse ya armado caualłero, que el gozo le rebentaua por las cinchas del caualło. Mas viniendole a la memoria los cōsejos de su huesped, cerca de las preuenciones tan necessarias que auia de lleuar consigo, especialłmente la de los dineros, y camisas. Determinô boluer a su casa, y acomodarse de todo, y de vn escudero: haziendo cuenta de recebir a vn labrador vezino suyo, que era pobre, y con hijos: pero muy a proposito para el oficio escuderil, de la caualłeria. Con este pensamiento, guiò a Rozinante hâzia su aldea: el qual casi conociendo la querencia, con tanta gana començò a caminar, que parecia q̄ no ponia los pies en el suelo. No auia andado mucho, quando le parecio q̄ a su diestra mano, dela espessura de vn bosque q̄ allí estaua, salian vnas vozes

deli-

delicadas, como de persona q̃ se quexaua. Y a penas las huuo oydo, quando dixo: Gracias doy al cielo, por la merced q̃ me haze, pues tã presto me pone ocasiones delante, donde yo pueda cumplir con lo q̃ deuo a mi profession, y dóde pueda coger el fruto de mis buenos desseos. Estas vozes, sin duda, son de algun menesteroso, o menesterosa, q̃ ha menester mi fauor y ayuda: y boluiendo las riẽdas, encaminò a Rozinante hàzia donde le parecio q̃ las vozes salian. Y a pocos passos q̃ entrò por el bosque, vio atada vna yegua a vna enzina, y atado en otra avn muchacho, desnudo de medio cuerpo arriba, hasta de edad de quinze años, q̃ era el q̃ las vozes daua. y no sin causa, por q̃ le estaua dãdo con vna pretina muchos açotes, vn labrador de buẽ talle: y cada açote le acõpañaua con vna reprehension, y consejo. Porque dezia, la lengua queda, y los ojos listos, y el muchacho respondia: No lo hare otra vez, señor mio, por la passion de Dios, q̃ no lo hare otra vez, y yo prometo de tener de aqui adelãte mas cuydado con el hato. Y viendo don Quixote lo q̃ passaua, con voz ayrada dixo: Descortes cauallero, mal parece tomaros con quiẽ defender no se puede, subid sobre vño cauallo, y tomad vña lança (q̃ tãbien tenia vna lãça arrimada a la enzina, adonde estaua arrimada la yegua) q̃ yo os hare conocer ser de cobardes lo q̃ estays haziẽdo. El labrador q̃ vio sobre si aq̃lla figura llena de armas, blandiendo la lança sobre su rostro, tuuose por muerto, y con buenas palabras respondio: Señor cauallero, este muchacho q̃ estoy castigando, es vn mi criado, que me sirue de guardar vna manada de ouejas, q̃ tengo en estos contornos: el qual es tan descuydado, que cada dia me falta vna, y porque castigo su descuydo, o vellaqueria, dize que lo hago de miserable,

por no pagalle la soldada que le deuo, y en Dios, y en mi anima que miente. Miente delante de mi, ruyn villano, dixo don Quixote: Por el sol que nos alumbra, que estoy por passaros de parte a parte con esta lança, pagadle luego sin mas replica, sino por el Dios que nos rige que os concluya, y aniquile en este punto desatadlo luego. El labrador baxò la cabeça, y sin responder palabra desatò a su criado. Al qual preguntò don Quixote, que quãto le deuia su amo: el dixo que nueue meses, a siete reales cada mes. Hizo la cuenta don Quixote, y hallò que montauan sesenta y tres reales: y dixole al labrador, que al momento los desembolsasse, sino queria morir por ello. Respondio el medroso villano, que para el passo en que estaua, y juramento que auia hecho (y aun no auia jurado nada) que no eran tantos: porque se le auian de descontar, y recebir en cuenta, tres pares de çapatos que le auia dado, y vn real de dos sangrias que le auian hecho estando enfermo. Bien està todo esso, replicò don Quixote pero quedense los çapatos, y las sangrias, por los açotes que sin culpa le aueys dado que si el rompiò el cuero de los çapatos que vos pagastes, vos le aueys rompido el de su cuerpo: y si le sacò el barbero sangre estando enfermo, vos en sanidad se la aueys sacado assi que por esta parte no os deue nada. El daño està señor caualleiro, en que no tengo aqui dineros: vengase Andres comigo a mi casa, q̃ yo se los pagarè vn real sobre otro. Yrme yo con el, dixo el muchacho, mas mal año, no señor, ni por pienso porque en viendose solo, me desuella como a vn san Bartolome. No hara tal, replicò don Quixote, basta que yo se lo mande, para que me tẽga respeto: y con que el me lo jure, por la ley de caualleria q̃ ha recebido, le dexarè yr libre, y asseguraré la pa-

la paga. Mire vuestra merced señor lo que dize, dixo el muchacho: que este mi amo no es caualliero, ni ha recebido orden de caualleria alguna, que es Iuan Haldudo el rico, el vezino del Quintanar. Importa poco esso, respondio don Quixote, que Haldudos puede auer caualleros: quanto mas, que cada vno es hijo de sus obras. Assi es verdad, dixo Andres: pero este mi amo de que obras es hijo, pues me niega mi soldada, y mi sudor, y trabajo? No niego hermano Andres, respondio el labrador, y hazedme plazer de veniros cómigo, que yo juro por todas las ordenes que de caualllerias ay en el mundo, de pagaros como tengo dicho, vn real sobre otro: y aun sahumados. Del sahumerio os hago gracia, dixo don Quixote, dadselos en reales, que con esso me contento: y mirad que lo cumplays como lo aueys jurado, sino por el mismo juramento os juro, de boluer a buscaros, y a castigaros, y que os tengo de hallar, aunque os escondays mas que vna lagartija: y si quereys saber quien os manda esto, para quedar con mas veras obligado a cumplirlo: Sabed q̃ yo soy el valeroso don Quixote de la Mancha, el desfazedor de agrauios, y sinrazones, y a Dios quedad: y no se os parta de las mientes, lo prometido, y jurado, so pena de la pena pronunciada. Y en diziendo esto, picò a su Rozinante, y en breue espacio se apartò dellos. Siguiole el labrador con los ojos, y quãdo vio que auia traspuesto del bosque, y que ya no parecia, boluiose a su criado Andres, y dixole: Venid aca hijo mio, que os quiero pagar lo que os deuo, como aquel deshazedor de agrauios me dexò mandado. Esso juro yo, dixo Andres, y como que andara vuestra merced acertado, en cumplir el mandamiento de aquel buen caualliero que mil años viua: que segun es de valeroso,

y de buen juez: Viue Roque que sino me paga, q̃ buel-
ua y execute lo que dixo. Tambien lo juro yo, dixo
el labrador: pero por lo mucho que os quiero, quiero
acrecentar la deuda, por acrecentar la paga. Y asien-
dole del braço, le tornò a atar a la enzina: donde le dio
cantos açotes, que le dexò por muerto: Llamad señor
Andres aora, dezia el labrador, al desfazedor de agra
uios, vereys como no desfaze aqueste, aunque creo q̃
no està acabado de hazer, porq̃ me viene ̃gana de des-
collaros viuo, como vos temiades: pero al fin le desa-
tò, y le dio licencia que fuesse a buscar su juez, para q̃
executasse la pronunciada sentencia. Andres se par-
tio algo mohino, jurãdo de yr a buscar al valeroso dõ
Quixote de la Mancha, y contalle punto por punto lo
que auia passado, y que se lo auia de pagar con las se-
senas. Pero con todo esto, el se partio llorando, y su
amo se quedò riendo. Y desta manera deshizo el agra
uio el valeroso don Quixote: el qual contentissimo
de lo sucedido, pareciendole que auia dado felicis-
simo, y alto principio a sus caualleria, con gran sa-
tisfacion de si mismo, yua caminando hazia su aldea,
diziendo a media voz: Bien te puedes llamar dicho-
sa sobre quantas oy viuen en la tierra. O sobre las
bellas, bella Dulzinea del Toboso, pues te cu-
po en suerte, tener sujeto, y rendido a toda tu vo-
luntad, ẽ talante, a vn tan valiente, y tan nombra-
do caualler, como lo es, y sera don Quixote de
la Mancha. El qual (como el mundo sabe)
ayer rescibio la orden de caualleria, y oy ha des-
fecho el mayor tuerto y agrauio, que formò la sin-
razon, y cometio la crueldad. Oy quitò el latigo de
la mano, a aquel despiadado enemigo, que tan sin oca-
sion vapulaua a aquel delicado infante. En esto llegò

a vn

vn camino que en quatro se dinidia. Y luego se le vino a la imaginacion las encruzexadas donde los caualleros andantes se ponian a pensar qual camino de aquellos tomarian: y por imitarlos estuuo vn rato quedo, y al cabo de auerlo muy bien pensado, soltò la rienda a Rozinante, dexando a la voluntad del rozin la suya, el qual siguio su primer intento, que fue el yrse camino de su caualleriza. Y auiendo andado como dos millas, descubrio don Quixote vn grande tropel de gente, que como despues se supo, eran vnos mercaderes Toledanos, que yuan a comprar seda a Murcia. Eran seys, y venian con sus quitasoles, con otros quatro criados a caballo, y tres moços de mulas a pie. A penas los diuisò don Quixote, quando se imaginó ser cosa de nueua auentura. Y por imitar en todo, quanto a el le parecia posible, los passos que auia leydo en sus libros, le parecio venir alli de molde vno que pensaua hazer. Y assi con gentil continente, y denuedo se afirmò bien en los estribos, apreto la lança, llegò la adarga al pecho: y puesto en la mitad del camino, estuuo esperando que aquellos caualleros andantes llegassen, que ya el por tales los tenia y juzgaua: y quando llegaron a trecho que se pudieron ver, y oyr, leuantò don Quixote la voz, y con ademan arrogante, dixo: Todo el mundo se tenga, si todo el mundo no confiessa, que no ay en el mundo todo, donzella mas hermosa que la Emperatriz de la Mancha la simpar Dulzinea del Toboso. Pararonse los mercaderes al sonidestas razones, y a ver la estraña figura del que las dezia: y por la figura, y por las razones, luego echaron de ver la locura de su dueño, mas quisieron ver despacio en que paraua aquella confession que se les pedia:

y vno

y vno dellos que era vn poco burlon, y muy mucho discreto, le dixo: Señor caualliero, nosotros no conocemos quien sea essa buena señora que dezis, mostradnosla, que si ella fuere de tanta hermosura como significays, de buena gana, y sin apremio alguno cófessaremos la verdad, que por parte vuestra nos es pedida. Si os la mostrara, replicò dó Quixote, que hizierades vosotros en confessar vna verdad tan notoria: la importancia està, en que sin verla lo aueis de creer, confessar, afirmar, jurar, y defender: donde no conmigo soys en batalla, gente descomunal, y soberuia Que aora vengays vno a vno (como pide la ordé de caualleria) ora todos juntos, como es costúbre, y mala vsança de los de vuestra ralea, aqui os aguardo y espero, confiado en la razon que de mi parte tengo. Señor caualliero, replicò el mercader, suplico a vuestra merced, en nombre de todos estos principes que aqui estamos, q̃ porque no encarguemos nuestras conciencias, confessando vna cosa por nosotros jamas vista, ni oyda, y mas siendo tan en perjuyzio de las Emperatrizes, y Reynas del Alcarria, y Estremadura, que vuestra merced sea seruido de mostrarnos algun retrato de essa señora, aũque sea tamaño como vn grano de trigo, que por el hilo se sacarà el ouillo y quedaremos con esto satisfechos, y seguros, y vuestra merced quedarà contento y pagado y aun creo que estamos ya tan de su parte, que aunque su retrato nos muestre, que es tuerta de vn ojo, y que del otro le mana bermellon, y piedra açuffre, có todo esso por complazer a vuestra merced, diremos en su fauor todo lo que quisiere No le mana, canalla infame, respondio don Quixote encẽdido en colera, no le mana digo esso q̃ dezis, sino ambar, y algalia entre algodones: y no es tuerta, ni corcoba-

robada, sino mas derecha q̃ vn huso de Guadarrama: pero vosotros pagareys la grãde blasfemia que aueys dicho, contra tamaña beldad, como es la de mi señora. Y en diziendo esto, arremetio cõ la lança baxa, cõtra el que lo auia dicho, con tanta furia, y enojo, que si la buena suerte no hiziera, que en la mitad del camino tropeçara, y cayera Rozinante, lo passara mal el arreuido mercader. Cayò Rozinante, y fue rodando su amo vna buena pieça por el campo, y queriendose leuantar, jamas pudo: tal embaraço le causauan la lança, adarga, espuelas, y celada, con el peso de las antiguas armas. Y entre tanto q̃ pugnaua por leuantarse, y no podia estaua diziendo: Non fuyais gente cobarde, gente cautiua: atended que no por culpa mia, sino de mi caualllo, estoy aqui tendido. Vn moço de mulas, de los que alli venian, que no deuia de ser muy bien intẽcionado, oyendo dezir al pobre caydo tantas arrogancias: no lo pudo sufrir, sin darle la respuesta en las costillas. Y llegandose a el, tomò la lança, y despues de auerla hecho pedaços, con vno dellos començò a dar a nuestro don Quixote tãtos palos, que a despecho, y pesar de sus armas, le molio como cibera. Dauanle voces sus amos, que no le diesse tanto, y que le dexasse: pero estaua ya el moço picado, y no quiso dexar el juego, hasta embidar todo el resto de su colera: y acudiẽdo por los demas troços de la lança, los acabò de deshazer sobre el miserable caydo, que con toda aquella tẽpestad de palos que sobre el via, no cerraua la boca, amenazando al cielo y a la tierra, y a los Malandrines, que tal le parecian. Cansose el moço, y los mercaderes siguieron su camino, lleuando que contar en todo el, del pobre apaleado. El qual despues que se vio solo tornò a prouar si podia leuãtarse: pero sino lo pudo

hazer

hazer quando lano, y bueno, como lo haria molido, y casi deshecho: y aun se tenia por dichoso, pareciendole que aquella era propia desgracia de caualleros andantes, y toda la atribuia a la falta de su caualio, y no era posible leuantarse, segun tenia brumado todo el cuerpo.

Cap. V. Donde se prosigue la narracion de la desgracia de nuestro caualiero.

Viendo pues que en efeto no podia menearse, acordò de acogerse a su ordinario remedio, que era pẽsar en algun passo de sus libros, y truxole su locura a la memoria, aquel de Valdouinos, y del Marques de Mantua, quando Carloto le dexò herido en la montiña, historia sabida de los niños, no ignorada de los moços, celebrada, y aun creyda de los viejos: y con todo esto, no mas verdadera q̃ los milagros de Mahoma. Esta pues le parecio a el que le venia de molde para el passo en que se hallaua: y assi con muestras de grande sentimiẽto, se començò a bolcar por la tierra, y a dezir con debilitado aliento, lo mesmo que dizé dezia el herido caualiero del bosque: Donde estas señora mia que no te duele mi mal? o no lo sabes señora, o eres falsa, y desleal. Y desta manera fue prosiguiendo el romance, hasta aquellos versos que dizen O noble Marques de Mantua, mi tio y señor carnal. Y quiso la suerte, que quando llegò a este verso, acerto a passar por alli, vn labrador de su mesmo lugar, y vezino suyo, que venia de lleuar vna carga de trigo al molino: el qual viendo aquel hombre alli tendido, se llegò a el, y le preguntò

punto que quien era, y que mal sentia, que tan tristemente se quexaua? Don Quixote, creyo sin duda, que aquel era el Marques de Mantua su tio, y assi no le respondio otra cosa, sino fue proseguir en su romance, donde le daua cuenta de su desgracia, y de los amores del hijo del Emperante con su esposa todo de la mesma manera que el romance lo canta. El labrador estaua admirado, oyendo aquellos disparates y quitandole la visera, que ya estaua hecha pedaços de los palos, le limpio el rostro, que le tenia cubierto de polvo. Y apenas le huuo limpiado, quando le conocio, y le dixo: Señor Quixana (que assi se deuia de llamar quando el tenia juyzio, y no auia passado de hidalgo sossegado, a caualliero andante) quien a puesto a vuestra merced desta suerte: pero el seguia con su romance a quanto le preguntaua. Viendo esto el buen hombre, lo mejor que pudo, le quitò el peto, y espaldar, para ver si tenia alguna herida: pero no vio sangre, ni señal alguna. Procurò leuantarle del suelo, y no con poco trabajo, le subio sobre su jumento por parecer caualleria mas sossegada. Recogio las armas, hasta las astillas de la lança, y liolas sobre Rozinante, al qual tomó de la rienda, y del cabestro al asno, y se encaminò hàzia su pueblo, bien pensatiuo de oyr los disparates que don Quixote dezia, y no menos yua don Quixote, que de puro molido, y quebrantado no se podia tener sobre el borrico, y de quando en quando daua vnos suspiros que los ponia en el cielo, de modo que de nuevo obligò a que el labrador le preguntasse, le dixesse, que mal sentia: y no parece sino que el diablo le traia a la memoria, los cuentos acomodados a sus sucessos: porque en aquel

punto,

punto,oluidandoſe de Valdouinos, ſe acordo del M
ro Abindarraez, quando el Alcayde de Antequer
Rodrigo de Naruaez le prendio, y lleuò cautiuo a
Alcaydia. De ſuerte,que quando el labrador le bol
a preguntar que como eſtaua,y que ſentia, le reſpo
dio las meſmas palabras,y razones,q̃ el cautiuo Abe
zerrago reſpondia a Rodrigo de Naruaez, del me
mo modo que el auia leydo la hiſtoria en la Diana
lorge de Montemayor donde ſe eſcriue: aprouechã
doſe della tan a propoſito,que el labrador ſe yua dan
do al diablo,de oyr tanta maquina de necedades. Po
donde conocio q̃ ſu vezino eſtaua loco,y dauale pri
ſa a llegar al pueblo,por eſcuſar el enfado,que dó Q
xote le cauſaua con ſu larga arẽga. Al cabo de lo qu
dixo: Sepa vueſtra merced,ſeñor dó Rodrigo de Na
uaez,que eſta hermoſa Xarifa que he dicho,es aora
linda Dulzinea del Toboſo,por quien yo he hech
hago,y hare,los mas famoſos hechos de caualleri
que ſe han viſto,vean,ni veran en el mundo. A eſto r
pondio el labrador:Mire vueſtra merced,ſeñor,pec
dor de mi,que yo no ſoy don Rodrigo de Naruaez,
el Marquez de Mantua,ſino Pedro Alonſo ſu vezino
ni vueſtra merced es Valdouinos,ni Abindarraez,ſi
no el honrado hidalgo del ſeñor Quixana: Yo ſe qui
ſoy;reſpondio don Quixote,y ſe que puedo ſer,no ſo
lo los que he dicho,ſino todos los doze Pares de Fra
cia,y aun todos los nueue de la Fama, pues a todas la
hazañas que ellos todos jumos,y cada vno por ſi hi
zieron,ſe auentajaran las mias. En eſtas platicas,
en otras ſemejantes, llegaron al lugar, a la hora qu
anochecia:pero el labrador aguardò a que fueſſe alg
mas noche, porque no vieſſen al molido hidalgo ta
mal cauallero Llegada pues la hora que le parecio
entr

entrò en el pueblo, y en la casa de don Quixote, la qual hallò toda alborotada: y estauan en ella el cura, y el barbero del lugar, que eran grandes amigos de don Quixote, que estaua diziendoles su ama a vozes: Que le parece a vuestra merced, señor Licéciado Pero Perez (que assi se llamaua el cura) de la desgracia de mi señor: tres dias ha que no parecé, el ni el rozin, ni la adarga, ni la lança, ni las armas: desuéturada de mi, que me doy a entender, y assi es ello la verdad, como naci para morir, que estos malditos libros de cauallerias que el tiene, y suele leer tan de ordinario, le han buelto el juyzio q̃ aora me acuerdo auerle oydo dezir muchas vezes hablando entresi, que queria hazerse caualler̃o andãte, è yrse abuscar las auenturas por essos mundos. Encomendados sean a Satanas, y a Barrabas tales libros, que assi han echado a perder el mas delicado entendimiento que auia en toda la Mancha. La sobrina dezia lo mesmo, y aun dezia mas: Sepa señor Maese Nicolas (que este era el nombre del barbero) que muchas vezes le acontecio a mi señor tio, estarse leyendo en estos desalmados libros de desuenturas dos dias con sus noches, al cabo de los quales, arrojaua el libro de las manos, y ponia mano a la espada, y andaua a cuchilladas con las paredes, y quando estaua muy cansado, dezia que auia muerto a quatro Gigantes como quatro torres, y el sudor que sudaua del cansancio, dezia que era sangre de las feridas que auia recebido en la batalla, y beuiasse luego vn gran jarro de agua fria, y quedaua sano y sossegado, diziendo que aquella agua, era vna preciosissima beuida que le auia traydo

el ſabio Eſquife, vn grande encantador y amigo ſuyo: mas yo me tengo la culpa de todo, que no auiſé a vueſtras mercedes de los diſparates de mi ſeñor tio, para que lo remediaran antes de llegar a lo que ha llegado, y quemaran todos eſtos deſcomulgados libros, que tiene muchos, que bien merecen ſer abraſados, como ſi fueſſen de herejes. Eſto digo yo tambien, dixo el cura, y afee que no ſe paſſe el dia de mañana, ſin que dellos no ſe haga acto publico, y ſean condenados al fuego, porque no den ocaſion a quien los leyere, de hazer lo que mi buen amigo deue de auer hecho. Todo eſto eſtauan oyendo el labrador, y don Quixote, con que acabò de entender el labrador la enfermedad de ſu vezino, y aſsi començò a dezir a vozes: Abran vueſtras mercedes al ſeñor Valdouinos, y al ſeñor Marques de Mantua que viene mal ferido, y al ſeñor Moro Abindarraez, que trae cautiuo el valeroſo Rodrigo de Naruaez Alcayde de Antequera. A eſtas vozes ſalieron todos, y como conocieron los vnos a ſu amigo, las otras a ſu amo y tio, que aun no ſe auia apeado del jumento, porque no podia. Corrieron a abraçarle, el dixo: Tenganſe todos, que vengo mal ferido por la culpa de mi cauallo: Lleuenme a mi lecho, y llameſe, ſi fuere poſsible, a la ſabia Vrganda, que cure y cate de mis feridas. Mirà en hora maça, dixo a eſte punto el ama, ſi me dezia a mi bien mi coraçon, del pie que coxeaua mi ſeñor: Suba vueſtra merced en buen hora, que ſin que venga eſſa vrgãda le ſabremos aqui curar. Malditos digo ſean otra vez, y otras ciento, eſtos libros de cauallerias, que tal han parado a vueſ-

vuestra merced. Lleuanrole luego a la cama, y catandole las feridas, no le hallaron ninguna: y el dixo que todo era molimiento, por auer dado vna gran cayda con Rozinante su cauallo, combaziendose con diez Iayanes, los mas desaforados, y atreuidos, que se pudieran fallar en gran parte de la tierra. Tasta, dixo el cura, Iayanes ay en la dança. Para mi santiguada que yo los queme mañana antes que llegue la noche Hizieronle a don Quixote mil preguntas, y a ninguna quiso responder otra cosa, sino que le diessen de comer, y le dexassen dormir, que era lo que mas le importaua. Hizose assi, y el cura se informò muy a la larga del labrador, del modo que auia hallado a don Quixote: el selo contò todo, con los disparates que al hallarle, y al traerle auia dicho, que fue poner mas deseo en el Licenciado, de hazer lo que otro dia hizo, que fue llamar a su amigo el barbero Maese Nicolas, con el qual se vino a casa de don Quixote.

Cap. VI. Del donoso, y grande escrutinio que el cura, y el barbero hizieron, en la libreria de nuestro ingenioso hidalgo.

EL qual aun toda via dormia. Pidio las llaues a la sobrina del aposento, donde estauan los libros, autores del daño, y ella se las dio de muy buena gana: entraron dentro todos, y la ama con ellos, y hallaron mas de cien cuerpos de libros grandes muy

bien enquadernados, y otros pequeños: y assi como el ama los vio, boluioſe a ſalir del apoſento con grã prieſſa, y tornò luego cõn vna eſcudilla de agua bendita, y vn hiſopo, y dixo: Tome vueſtra merced ſeñor Licẽciado, rozie eſte apoſento, no eſtè aqui algun encantador de los muchos que tienen eſtos libros y nos encanten, en pena de las que les queremos dar, echandolos del mundo. Cauſo riſa al Licenciado, la ſimplicidad del ama, y mandò al barbero que le fueſſe dando de aquellos libros vno a vno, para ver de que trataua, pues podia ſer hallar algunos que no mereciеſſen caſtigo de fuego. No, dixo la ſobrina, no ay para que perdonar a ninguno, porque todos han ſido los dañadores: mejor ſerà arrojarllos por las ventanas al patio, y hazer vn rimero dellos, y pegarles fuego, y ſino lleuarlos al corral, y alli ſe hara la hoguera, y no ofenderà el humo. Lo miſmo dixo el ama, tal era la gana que las dos tenian, de la muerte de aquellos inocentes, mas el cura no vino en ello, ſin primero leer ſi quiera los titulos. Y el primero que Maeſe Nicolas le dio en las manos, fue los quatro de Amadis de Gaula, y dixo el cura: Parece coſa de miſterio eſta, porque ſegun he oydo dezir, eſte libro fue el primero de cauallerias que ſe imprimio en Eſpaña, y todos los demas han tomado principio y origen deſte: y aſsi me parece, que como a dogmatizador de vna ſecta tan mala, le deuemos ſin eſcuſa alguna condenar al fuego. No ſeñor, dixo el barbero, que tambien he oydo dezir, que es el mejor de todos los libros que de eſte genero ſe hañ compueſto, y aſsi como a vnico

en ſu

en ſu arte, ſe deue perdonar. Aſsi es verdad, dixo el cura, y por eſſa razon ſe le otorga la vida por aora Veamos eſſotro que eſtà junto a el. Es, dixo el barbero, las Sergas de Eſplandian, hijo legitimo de Amadis de Gaula. Pues en verdad, dixo el cura, que no le ha de valer al hijo la bondad del padre: Tomad ſeñora ama abrid eſſa ventana, y echadle al corral, y dè principio al monton de la hoguera que ſe ha de hazer. Hizo lo aſsi el ama con mucho contento, y el bueno de Eſplandian fue bolando al corral, eſperando con toda paciencia el fuego que le amenazaua. Adelante, dixo el cura. Eſte que viene, dixo el barbero, es Amadis de Grecia: y aun todos los deſte lado, a lo que creo, ſon del meſmo linage de Amadis: Pues vayan todos al corral, dixo el cura, que a trueco de quemar a la Reyna Pintiquinieſtra, y al paſtor Darinel, y a ſus Eglogas, y a las endiabladas y reboeltas razones de ſu autor, quemarè con ellos al padre que me engendrò, ſi anduuiera en figura de caballero andante. De eſſe parecer ſoy yo, dixo el barbero, y aſsi yo, añadio la ſobrina. Pues aſsi es, dixo el ama: Vengan, y al corral con ellos. Dieronſelos, que eran muchos, y ella ahorrò la eſcalera, y dio cò ellos por la ventana abaxo. Quien es eſſe tonel, dixo el cura? Este es, reſpondio el barbero, don Olmante de Laura. El autor de eſſe libro, dixo el cura, fue el meſmo que compuſo a Iardin de flores, y en verdad que no ſepa determinar, qual de los dos libros es mas verdadero, o por dezir mejor, menos mentiroſo: Solo ſe dezir, que eſte yrà al corral, por diſparatado, y arrogante. Eſte que ſe ſigue, es Florimorte de Hircania, dixo el barbero. Ay eſtà el ſeñor Florimorte,

5

replicò el cura: Pues a fe que ha de parar presto en el corral, a pesar de su estraño nacimiento, y tonadas auenturas, que no da lugar a otra cosa la dureza y sequedad de su estilo. Al corral con el, y con esotro, le ñora ama. Que me plaze señor mio, respodia ella: y có mucha alegria executaua lo que le era mãdado. Este es el cauallero Platir, dixo el barbero. Antiguo libro es esse, dixo el cura, y no hallo en el cosa que merezca venia: Acompañe a los demas su replica, y assi fue hecho. Abrioſe otro libro, y vierõ que tenia por titulo, el Cauallero de la Cruz. Por nõbre tan santo como este libro tiene, se podia perdonar su ignorancia, mas tambien se suele dezir, tras la Cruz està el diablo, vaya al fuego. Tomando el barbero otro libro, dixo: Este es Espejo de caualle-rias. Yà conozco a su merced, dixo el cura, ay anda el señor Reynaldos de Montaluan, con sus amigos, y compañeros, mas ladrones que Caco, y los doze Pares, có el verdadero hiſtoriador Turpin: y en verdad que estoy por condenarlos no mas que a destierro perpetuo, si quiera porque tienen parte de la inuencion del famoso Mateo Boyardo, de donde tambien texio, su tela el Christiano Poeta, Ludouico Arioſto, al qual si aqui le hallo, y q̃ habla en otra lengua que la suya, no le guardarè respeto alguno: pero si habla en su Idioma, le pondre sobre mi cabeça. Pues yo le tengo en Italiano, dixo el barbero, mas no le entiendo. Ni aun fuera bien que vos le entendierades, respondio el cura, y aqui le perdonaramos al señor Capitan, que no le hauiera traydo a España, y hecho Castellano, que le quitò mucho de su natural valor: y lo mesmo haran todos aquellos, que

que los libros de verso quisieren boluer en otra lengua,que por mucho cuydado que pongan,y habilidad que muestren,jamas llegaran al punto que ellos tienen en su primer nacimiento. Digo en efeto, que este libro,y todos los que se hallaren,que tratan destas cosas de Francia,le echen,y depositen en vn pozo seco,hasta q̃ con mas acuerdo se vea lo que se ha de hazer dellos,ecetuãdo a vn Bernardo del Carpio que anda por ahi,y a otro llamado Róces valles,que estos en llegando a mis manos, han de estar en das del ama, y dellas en las del fuego, sin remission alguna. Todo lo confirmò el barbero, y lo tuuo por bien,y por cosa muy acertada:por entender q̃ era el cura tan buẽ Christiano,y tan amigo de la verdad, q̃ no diria otra cosa por todas las del mundo. Y abriẽdo otro libro,vio q̃ era Palmerin de Oliua, y junto a el estaua otro,q̃ se llamaua Palmerin de Ingalaterra Lo qual visto por el Licẽciado,dixo:Esta Oliua se haga luego raxas,y se queme,q̃ aun no quedẽ dellas las cenizas : y esta Palma de Ingalaterra se guarde,y se conserue,como a cosa vnica, y se haga para ello otra caxa,como la q̃ hallò Alexãdro en los despojos de Dario,q̃ la diputò para guardar en ella las obras del Poeta Homero. Este libro,señor cópadre, tiene autoridad por dos cosas: la vna, porq̃ el por si es muy bueno:y la otra,porq̃ es fama q̃ le cõpuso vn discreto Rey de Portugal. Todas las auenturas del castillo de Miraguarda sõ bonissimas,vd. grãde artificio las razones cortesanas,y claras,q̃ guardã y miran el decoro del que habla,con mucha propriedad y entendimiento. Digo pues, saluo vro buẽ parecer (señor Maestẽ Nicolas) q̃ este y Amadis de Gaula,

queden libres del fuego, y todos los demas, sin ha
zer mas cala y cata, perezcan. No señor compadre,
replicò el barbero, que este que aqui tengo, es el afa
mado don Belianis. Pues esse, replicò el cura, con la
segunda, tercera, y quarta parte, tienen necessidad
de vn poco de ruybarbo, para purgar la demasiada
colera suya, y es menester quitarles todo aquello del
castillo de la Fama, y otras impertinécias demas im
portácia, para lo qual se les da termino vltramarino,
y como se enmendaré, assi sevsarà có ellos de miseri
cordia, o de justicia: y entáto, tenedlos vos cópadre
en vña casa, mas no los dexeys leer a ninguno. Que
me plaze, respódio el barbero, y sin querer cánfarse
mas en leer libros de cauallerias, mandò al ama, q̃ to
masse todos los grandes, y diesse con ellos en el co
rral. No se dixo á tonta, ni a sorda, sino a quien tenia
mas gana de quemallos, que de echar vna tela, por
grande y delgada que fuera: y asiendo casi ocho de
vna vez, los arrojò por la ventana. Por tomar mu
chos juntos, se le cayò vno a los pies del barbero, q̃
la tomò gana de ver de quien era, y vio que dezia:
Historia del famoso cauallero Tirante el Blanco.
Valame Dios, dixo el cura, dando vna gran voz, que
aqui està Tirante el Blanco: Dadmele aca compa
dre, que hago cuenta que he hallado en el vn teso
ro de contento, y vna mina de passatiempos. Aqui
està don Quirieleyson de Montaluan, valeroso caua
llero, y su hermano Tomas de Montaluan, y el caua
llero Fonseca, con la batalla que el valiente De
triante hizo con el Alano, y las agudezas de la don
zella Plazerdemiuida, con los amores, y embustes
de la viuda Repolada, y la señora Emperatriz, ena

morа-

morada de Ipolito su escudero. Digoos verdad, señor compadre, que por su estilo, es este el mejor libro del mundo: aqui comen los caualleros, y duermen, y mueren en sus camas, y hazen testamẽto antes de su muerte: con estas cosas, de que todos los demas libros deste genero carecen. Con todo esso os digo, que merecia el que le compuso, pues no hizo tantas necedades de industria, que le echaran a galeras, por todos los dias de su vida: Lleuadle a casa, y leedle, y vereys que es verdad quanto del os he dicho. Assi serà, respondio el barbero: pero que haremos destos pequeños libros que quedan? Estos dixo el cura, no deuen de ser de caualleria, sino de Poesia. Y abriendo vno, vio que era la Diana de Iorge de Montemayor, y dixo (creyẽdo q̃ todos los demas eran del mesmo genero): Estos no merecen ser quemados como los demas, porque no hazen, ni haran el daño, que los de caualleria han hecho, que son libros de entendimiento, sin perjuyzio de tercero. A y señor, dixo la sobrina, bien los puede vuestra merced mandar quemar como a los demas, porque no seria mucho, que auiendo sanado mi señor tio, de la enfermedad caualleresca, leyendo estos, se le antojasse de hazerse pastor, y andarse por los bosques y prados, cantando, y tañendo: y lo que seria peor, hazerse poeta, que segun dizen, es enfermedad incurable, y pegadiza. Verdad dize esta donzella, dixo el cura, y serà bien quitarle a nuestro amigo este tropieço, y ocasion delante. Y pues començamos por la Diana de Montemayor, soy de parecer que no se queme, sino que le quite todo aquello q̃ trata de la sabia Felicia, y de la agua encantada,

y casi

y casi todos los versos mayores, y quedese le en ora buena la prosa, y la hóra de ser primero en semejãtes libros. Este que se sigue, dixo el barbero, es la Diana llamada, segunda del Salmantino, y este otro q̃ tiene el mesmo nombre, cuyo autor es Gil Polo. Pues la del Salmantino, respondio el cura, acópañe y acrecriente el numero de los códenados, al corral, y la de Gil Polo se guarde, como si fuera del mesmo Apolo: y passe adelante señor cópadre, y demonos prissa q̃ se va haziendo tarde. Este libro es, dixo el barbero abriendo otro, los diez libros de fortuna de Ama, cópuestos por Antonio de Lofraso Poeta Sardo. Por las ordenes que recebi, dixo el cura, que desde que Apolo fue Apolo, y las Musas Musas, y los Poetas Poetas, tan gracioso, ni tan disparatado libro como este no se ha cópuesto, y que por su camino es el mejor, y el mas vnico de quantos deste genero han salido a la luz del múdo: y el que no le ha leydo puede hazer cuenta que no ha leydo jamas cosa de gusto: Dadmele acá cópadre, q̃ precio mas auerle hallado, que si me dieran vna sotana de raja de Florẽcia. Pusole aparte con grãdissimo gusto, y el barbero prosiguio diziendo: Estos q̃ se siguen, son el Pastor de Iberia, Ninfas de Enares, y Desengaños de zelos. Pues no ay mas que hazer, dixo el cura, sino entregarlos al braço seglar del ama, y no se me pregunte el porque, que seria nũca acabar. Este que viene, es el Pastor de Filida. No es esse pastor, dixo el cura, sino muy discreto cortesano, guardese como joya preciosa. Este grande que aqui viene, se intitula, dixo el barbero, Tesoro de varias Poesias. Como ellas no fueran tantas, dixo el cura; fueran mas estimadas:

menes-

meneſteres que eſte libro ſe eſcarde, y limpio de algunas baxezas q̃ entre ſus grandezas tiene: guardeſe, porque ſu autor es amigo mio, y por reſpeto de otras mas heroycas, y leuantadas obras q̃ ha eſcrito. Eſte es, ſiguio el barbero, el Cãcionero de Lopez Maldonado. Tãbien el autor de eſſe libro, replicò el cura, es grãde amigo mio, y ſus verſos en ſu boca admirã a quiẽ los oye: y tal es la ſuauidad de la voz cõ q̃ los canta, q̃ encanta. Algo largo es en las Eglogas, pero nunca lo bueno fue mucho: guardeſe con los eſcogidos. Pero q̃ libro es eſſe q̃ eſtà junto a el? La Galatea de Miguel de Cerbantes, dixo el barbero. Muchos años ha q̃ es grande amigo mio eſſe Cerbãtes, y ſe q̃ es mas verſado en deſdichas q̃ en verſos. Su libro tiene algo de buena inuencion: propone algo, y no concluye nada: es meneſter eſperar la ſegunda parte q̃ promete, quiça con la emienda alcãçarà del todo la miſericordia q̃ aora ſe le niega, y entretanto que eſte ſe vè, tenedle recluſo en vña poſada. Señor compadre q̃ me plaze, reſpondio el barbero, y aqui vienen tres todos juntos: la Auracana de don Alonſo de Ercila, la Auſtriada de Iuan Ruſo Iurado de Cordoua, y el Monſerrato de Chriſtoual de Virues, Poeta Valenciano. Todos eſſos tres libros, dixo èl cura, ſon los mejores q̃ en verſo heroyco, en légua Caſtellana eſtan eſcritos, y puedẽ cópetir cõ los mas famoſos de Italia: guardenſe como las mas ricas prẽdas de Poeſia que tiene Eſpaña. Canſoſe el cura de ver mas libros, y aſsi a carga cerrada, quiſo q̃ todos los demas ſe quemaſſen: pero ya tenia abierto vno el barbero, q̃ ſe llamaua las Lagrimas de Angelica. Llorarasla yo, dixo el cura, en oyendo el nõbre,

ſi tal

si tal libro huuiera mandado quemar, porque su autor fue vno de los famosos Poetas del mundo, no solo de España, y fue felicissimo en la traducion de algunas fabulas de Ouidio.

Cap. VII. De la segunda salida de nuestro buen caualle-re, don Quixote de la Mancha.

ESTando en esto, començò a dar vozes dò Quixote, diziendo: Aqui, aqui valerosos caualleros, aqui es menester mostrar la fuerça de vuestros valerosos braços, que los cortesanos lleuan lo mejor del torneo. Por acudir a este ruydo, y estruendo, no se passò adelante có el escrutinio de los demas libros q̃ quedauan: y assi se cree que fueron al fuego, sin ser vistos ni oydos, la Carolea, y Leon de España, cò los hechos del Emperador, compuestos por dò Luys de Auila, que sin duda deuian de estar entre los que quedauan: y quiça si el cura los viera, no passaran por tan riguroſa sentencia. Quando llegaron a don Quixote, ya el estaua leuantado de la cama, y proseguia en sus vozes, y en sus desatinos, dàdo cuchilladas, y reueses a todas partes, estando tan despierto, como si nunca huuiera dormido: abraçaronse con el, y por fuerça le boluieron al lecho, y despues que huuo sossegado vn poco, boluiendose a hablar con el cura, le dixo: Por cierto señor Arçobispo Turpin, que es grã mengua de los que nos llamanos doze Pares, dexar tan sin mas, ni mas, lleuar la victoria deste torneo, a los caualleros Cortesanos, auiendo nosotros los aué sureros ganado el prez en los tres dias antecedentes.

Calle

Calle vuestra merced señor compadre, dixo el cura, que Dios será seruido que la suerte se mude, y que lo que oy se pierde, se gane mañana: y atienda vuestra merced a su salud por agora, que me parece que deue de estar demasiadamente cansado, si ya no es que está mal ferido. Ferido no, dixo don Quixote, pero molido y quebrantado, no ay duda en ello, porque aquel bellaco de don Roldan, me ha molido a palos con el tróco de vna enzina, y todo de embidia, porq̃ vè que yo solo soy el opuesto de sus valentías: Mas no me llamaria yo Reynaldos de Montaluan, si en leuantandome deste lecho no me lo pagare, a pesar de todos sus encantamentos, y por agora traigáme de yantar, que se que es lo que mas me hará al caso, y quedese lo del vengarme a mi cargo. Hizieronlo assi, dieronle de comer, y quedose otra vez dormido, y ellos admirados desu locura. Aquella noche quemò, y abraso el ama quántos libros auia en el corral, y en toda la casa: y tales deuieron de arder, que merecian guardarse en perpetuos archiuos, mas no lo permitio su suerte, y la pereza del escrutiñador, y assi se cumplio el refran en ellos, de que pagan a las vezes justos por pecadores. Vno de los remedios que el cura y el barbero dieron por entónces para el mal de su amigo, fue que le murassen, y tapiassen el aposentò de los libros, porque quando se leuántasse, no los hallasse: quiça quitádo la causa, cesaria el efeto, y que dixessen que vn encantador se los auia lleuado, y el aposento y todo, y assi fue hecho con mucha prestteza. De alli a dos dias se leuantò don Quixote, y lo primero que hizo fue a ver sus libros, y como no hallaua el aposento donde le

auia

auia dexado, andaua de vna en otra parte buscandolẽ Llegaua adonde solia tener la puerta, y tentauala con las manos, y boluia y reboluia los ojos por todo sin dezir palabra: pero al cabo de vna buena pieça, preguntò a su ama que hàzia que parte estaua el aposento de sus libros. El ama que ya estaua bien aduertida de lo que auia de responder, le dixo Que aposento, o q̃ nada busca vuestra merced, ya no ay aposento, ni libros en esta casa, porq̃ todo se lo lleuò el mesmo diablo. No era diablo replicò la sobrina, sino vn encantador que vino sobre vna nuue vna noche, despues del dia q̃ vuestra merced de aqui se partio, y apeandose de vna sierpe en que venia caualero, entrò en el aposento, y no se lo que se hizo dẽtro, que acabo de poca pieça salio bolando por el texado, y dexò la casa llena de humo, y quando acordamos a mirar lo que dexaua hecho, no vimos libro, ni aposento alguno, solo se nos acuerda muy bien, a mi y al ama, que al tiempo del partirse aquel mal viejo, dixo en altas vozes, que por enemistad secreta que tenia al dueño de aquellos libros, y aposento, dexaua hecho el daño en aquella casa que despues se veria dixo tambiẽ que se llamaua el sabio Muñaton. Freston diria, dixo don Quixote. No se, respondio el ama, si se llamaua Freston, o Friton, solo se q̃ acabó en ton su nombre. Assi es, dixo don Quixote, que esse es vn sabio encantador grande enemigo mio, que me tiene ojeriza, porque sabe por sus artes y letras que tengo de venir andando los tiempos, a pelear en singular batalla con vn caualero a quien el fauorece, y le tengo de vencer, sin que el lo pueda estoruar, y por esto procura hazerme todos

dos los ſinſabores que puede, y mandole yo, que mal podra el contradezir, ni euitar, lo que por el cielo eſtà ordenado. Quien duda de eſſo, dixo la ſobrina, pero quien le mete a vueſtra merced ſeñor tio en eſſas pendencias, no ſerà mejor eſtarſe pacifico en ſu caſa, y no yrſe por el mundo a buſcar pan de trastrigo, ſin conſiderar que muchos van por lana, y bueluen treſquilados. O ſobrina mia, reſpondio don Quixote, y quan mal que eſtàs en la cuenta, primero que a mi me treſquilen, tendre peladas, y quitadas las baruas a quantos imaginaren tocarme en la punta de vn ſolo cabello. No quiſieron las dos replicarle mas, porque vieron que ſe le encèdia la colera. Es pues el caſo, que el eſtuuo quize dias en caſa muy ſoſſegado, ſin dar mueſtras de querer ſegùdar ſus primeros deuaneos, en los quales dias paſſò graciosiſsimos cuentos con ſus dos compadres el cura, y el barbero. ſobre que el dezia, que la coſa de que mas neceſsidad tenia el mundo, era de caualleros andantes, y de que en el ſe reſucitaſſe la caualleria andanteſca. El cura algunas vezes le contradezia, y otras concedia, porque ſino guardaua eſte artificio, no auia poder auerigua rſe con el. En eſte tiempo ſolicitò don Quixote a vn labrador vezino ſuyo, hóbre de biẽ (ſi es q eſte titulo ſe puede dar al q̃ es pobre), pero de muy poca ſal en la mollera. En reſoluciò, tanto le dixo, tanto le perſuadio, y prometio, q̃ el pobre villano ſe determinò de ſalirſe con el, y ſeruirle de eſcudero. Deziale entre otras coſas don Quixote, q̃ ſe diſpuſieſſe a yr cõel de buena gana, porque tal vez le podia ſuceder auentura, que ganaſſe en quitame alla eſſas pajas alguna Inſula,

y le

y le dexaſſe a el por gouernador della. Cõ eſtas promeſſas, y otras talos, Sancho Pança, que aſsi ſe llamaua el labrador, dexò ſu muger y hijos, y aſentò por eſcudero de ſu vezino. Dio luego don Quixote orden en buſcar dineros: y vendiendo vna coſa, y empeñando otra, y malbaratandolas todas, llegò vna razonable cantidad. Acomodoſe aſsi meſmo de vna rodela q̃ pidio preſtada a vn ſu amigo, y pertrechãdo ſu rota zelada lo mejor que pudo, auiſò a ſu eſcudero Sancho, del dia y la hora que penſaua ponerſe en camino, para que el ſe acomodaſſe de lo que viеſſe que mas le era meneſter. Sobre todo le encargò que lleuaſſe alforjas, è dixo que ſi lleuaria, y que aſsi meſmo penſaua lleuar vn aſno que tenia muy bueno, porq̃ el no eſtaua duecho a andar mucho a pie. En lo del aſno reparò vn poco don Quixote, y imaginãdo ſi ſe le acordaua ſi algun caualleco andante, auia traydo eſcudero caualleco aſnalmente, pero nunca le vino alguno a la memoria: mas con todo eſto determinò que le lleuaſſe, con preſupueſto de acomodarle de mas honrada caualleria en auiendo ocaſiõ para ello, quitandole el caualio al primer deſcortes caualleco q̃ topaſſe. Prouey oſe de camiſas, y de las demas coſas q̃ el pudo, conforme al conſejo que el ventero le auia dado. Todo lo qual hecho, y cumplido, ſin deſpedirſe Pança de ſus hijos, y muger, ni don Quixote de ſu ama, y ſobrina, vna noche ſe ſalieró del lugar, ſin que perſona los vieſſe en la qual caminaron tanto, que al amanecer ſe tuuieron por ſeguros de que no los hallarian aunque los buſcaſſen. Yua Sancho Pãça ſobre ſu jumeto como vn Patriarca, con ſus alforjas, y ſu bota, con mucho deſ-

ſeo-

ſco de verſe ya gouernador de la Inſula que ſu amo le auia prometido. Acerto don Quixote a tomar la miſma derrota, y camino, que el que el auia tomado en ſu primer viaje, que fue por el campo de Montiel, por el qual caminaua con menos peſadumbre que la vez paſſada, porque por ſer la hora de la mañana, y herirles a ſoslayo los rayos del ſol, no les fatigauan. Dixo en eſto Sancho Pança a ſu amo. Mire vueſtra merced, ſeñor cauallero andante, que no ſe le oluide lo que de la Inſula me tiene prometido, que yo la ſabre gouernar por grande que ſea. A lo qual le reſpondio don Quixote: Has de ſaber amigo Sancho Pança, que fue coſtumbre muy vſada de los caualleros andantes antiguos, hazer Gouernadores a ſus eſcuderos, de las Inſulas, o Reynos que ganauan, y yo tengo determinado, de que por mi no falte tan agradecida vſança, antes pienſo auentajarme en ella, porque ellos algunas vezes, y quiça las mas, eſperauan a que ſus eſcuderos fueſſen viejos, y ya deſpues de hartos de ſeruir, y de lleuar malos dias, y peores noches, les dauan algun titulo de Conde, o por lo mucho de Marques, de algun Valle, o Prouincia de poco mas a menos: pero ſi tu viues, y yo viuo, bien podria ſer que antes de ſeys dias ganaſſe yo tal Reyno que tuuieſſe otros a el aderentes, que vinieſſen de molde para coronarte por Rey de vno dellos. Y no lo tengas a mucho, que coſas, y caſos acontecen a los tales caualleros, por modos tan nunca viſtos, ni penſados, que con facilidad te podria dar a vn mas de de lo que te prometo. De eſſa manera, reſpondio Sancho Pança, ſi yo fueſſe Rey por algun milagro

de los que vuestra merced dize, por lo menos Iuana Gutierrez, mi oislo, vendria a ser Reyna, y mis hijos Infantes. Pues quien lo duda, respondio don Quixote. Yo lo dudo, replicò Sancho Pança, porque tengo para mi, que aunque llouiesse Dios Reynos sobre la tierra, ninguno assentaria bien sobre la cabeça de Mari Gutierrez. Sepa señor que no vale dos marauedis para Reyna, Condesa le caera mejor, y aun Dios, y ayuda. Encomiendalo tu a Dios Sancho, respondio don Quixote, que el darà lo que mas le conuenga; pero no apoques tu animo tanto que te vengas a contentar cò menos q̃ con ser Adelantado. No hare señor mio, respondio Sancho, y mas teniendo tan principal amo en vuestra merced, que me sabra dar todo aquello que me estè bié, y yo pueda lleuar.

Cap. VIII. Del buen successo que el valeroso don Quixote tuuo en la espantable, y jamas imaginada auentura de los molinos de viento, con otros successos dignos de felice recordacion.

En esto descubrieron treinta, o quarenta molinos de viento que ay en aquel campo: y assi como don Quixote los vio, dixo a su escudero: La ventura va guiando mas cosas mejor de lo q̃ acertaramos a desear. Porque ves alli amigo Sancho Pança, donde se descubren treynta, o pocos mas desaforados Gigantes con quien pienso hazer batalla, y quitarles a todos las vidas, con cuyos despojos començaremos a cñri-

enriquecer, que esta es buena guerra, y es gran ser-
uicio de Dios, quitar tan mala simiente de sobre
la faz de la tierra. Que Gigantes, dixo Sancho Pan-
ça? Aquellos que alli ves, respondio su amo, de los
braços largos, que los suelen tener algunos de casi
dos leguas. Mire vuestra merced, respondio San-
cho, que aquellos que alli se parecen no son Gigan-
tes, sino molinos de viento, y lo que en ellos pare-
cen braços, son las aspas, que bolteadas del vien-
to, hazen andar la piedra del molino. Bien pare-
ce, respondio don Quixote, que no estàs cursado
en esto de las auenturas: ellos son Gigantes, y si tie-
nes miedo quitate de ahi, y ponte en oracion en el
espacio que yo voy a entrar cõ ellos en fiera, y des-
igual batalla. Y diziẽdo esto, dio de espuelas a su ca-
uallo Rozinante, sin atender a las vozes que su escu-
dero Sancho le daua, aduirtiendole que sin duda
alguna eran molinos de viento, y no Gigantes, aque-
llos que yua a acometer. Pero el yua tan puesto en
que eran Gigantes, que ni ohia las vozes de su escu-
dero Sancho, ni echaua de ver, aunque estaua ya
bien cerca lo que eran, antes yua diziendo en vo-
zes altas: Non fuyades cobardes y viles criaturas,
que vn solo cauallero es el que os acomete. Le-
uantose en esto vn poco de viento, y las grandes
aspas començaron a mouerse, lo qual visto por
don Quixote, dixo: Pues aunque mouais mas
braços que los del Gigante Briareo, me lo aueis
de pagar. Y en diziendo esto, y encomendando-
se de todo coraçon a su señora Dulzinea, pidien-
dole que en tal trance le socorriesse, bien cubier-
to de su rodela, con la lança en el ristre, arremetio

a todo el galope de Rozinante, y encuistio con el primero molino que estaua delante, y dandole vna lançada en el aspa, la boluio el viento con tanta furia, que hizo la lança pedaços, lleuandose tras si al cauallo, y al cauallero, que fue rodando muy mal trecho por el campo. Acudio Sancho Pança a socorrerle, a todo el correr de su asno y quando llegó, hallò que no se podia menear tal fue el golpe que dio con el Rozinante. Valame Dios, dixo Sancho, no le dixe yo a vuestra merced que mirasse bien lo que hazia, que no eran sino molinos de viento, y no lo podia ignorar, sino quien lleuasse otros tales en la cabeça. Calla amigo Sancho, respondio don Quixote, que las cosas de la guerra, mas que otras está sujetas a continua mudança: quanto mas, que yo pienso, y es assi verdad, que aquel sabio Freston que me robò el aposento, y los libros, ha buelto estos Gigantes en molinos, por quitarme la gloria de su vencimiento, tal as la enemistad q̃ me tiene, mas al cabo al cabo, han de poder poco sus malas artes contra la bondad de mi espada. Dios lo haga como puede, respondio Sancho Pança, y ayudandole a leuantar, tornò a subir sobre Rozinante, que medio despaldado estaua: y hablando en la passada auentura, siguieron el camino del puerto Lapice, porque alli dezia don Quixote, que no era posible dexar de hallarse muchas, y diuersas auenturas, por ser lugar muy passagero, sino que yua muy pesaroso por auerle faltado la lança, y diziendosele ota su escudero, le dixo: Yo me acuerdo auer leydo, que vn cauallero Español llamado Diego Perez de Vargas, auiendosele

en

en vna batalla rota la espada, desgajò de vna enzina vn pesado ramo, o tronco, y con el hizo tales cosas aquel dia, y machacò tantos Moros, que le quedò por sobrenombre Machuca, y assi el como sus decendientes, se llamaron desde aquel dia en adelãte, Vargas, y Machuca. Hete dicho esto, porque de la primera enzina, o roble que se me depare, pienso desgajar otro tronco, tal y tã buenocomo aquel, que me imagino y pienso hazer con el tales hazañas, q̃ tu te tengas por bien afortunado, de auer merecido venir a vellas, y a ser testigo de cosas q̃ apenas podrã ser creydas. A la mano de Dios, dixo Sancho, yo lo creo todo assi como vuestra merced lo dize, pero endereceseve vn poco, que parece que va de medio lado, y deue de ser del molimiento de la cayda. Assi es la verdad, respondio don Quixote, y sino me quexo del dolor, es porque no es dado a los caualleros andantes, quexarse de herida alguna, aũque se le salgan las tripas por ella. Si esso es assi, no tengo yo q̃ replicar, respondio Sancho, pero sabe Dios si yo me holgara que vuestra merced se quexara quãdo alguna cosa le doliera. De mi se dezir, que me he de quexar del mas pequeño dolor que tẽga, si ya no se entiende tambien, con los escuderos de los caualleros andantes esso del no quexarse. No se dexò de reyr don Quixote, de la simplicidad de su escudero, y assi le declarò que podia muy bien quexarse, como y quando quisiesse sin gana, o con ella, que hasta entonces no auia leydo cosa en contrario en la orden de caualleria. Dixole Sancho, que mirasse que era hora de comer, respondiole su amo, que por entonces no le hazia menester, que comiesse el quando se le

antojasse. Con esta licencia se acomodò Sancho lo mejor que pudo sobre su jumento, y sacando de las alforjas lo que en ellas auia puesto, yua caminando y comiendo detras de su amo muy de su espacio, y de quando en quando empinaua la bota con tanto gusto, que le pudiera embidiar el mas regalado bodegonero de Malaga. Y en tãto que el yua de aquella manera menudeando tragos, no se le acordaua de ninguna promessa que su amo le huuiesse hecho, ni tenia por ningun trabajo, sino por mucho descanso, andar buscando las auenturas por peligrosas que fuessen. En resolucion, aquella noche la passaron entre vnos arboles: y del vno dellos desgajò don Quixote vn ramo seco, que casi le podia seruir de lança, y puso en el el hierro que quitò de la que se le auia quebrado. Toda aquella noche no durmio don Quixote, pensando en su señora Dulzinea, por acomodarse a lo que auia leydo en sus libros, quando los caualleros passauan sin dormir muchas noches en las floresta, y despoblados, entretenidos con las memorias de sus señoras. No la passò ansi Sancho Pança, que como tenia el estomago lleno, y no de agua de chicoria, de vn sueño se la lleuò toda, y no fueran parte para despertarle (si su amo no lo llamara) los rayos del sol que le dauan en el rostro, ni el canto de las aues, que muchas, y muy regozijadamente la venida del nueuo dia saludauan. Al leuantarse dio vn tiento a la bota, y hallola algo mas flaca que la noche antes, y afligiosele el coraçon, por parecerle que no lleuauan camino de remediar tan presto su falta. No quiso desayunarse don Quixote, porque como està dicho

cho, dio en ſuſtentarſe de ſabroſas memorias. Tornaron a ſu començado camino del puerto Lapice, y a obra de las tres del dia le deſcubrieron. Aqui (dixo en viendole don Quixote) podemos hermano Sancho Pança meter las manos haſta los codos, en eſto que llaman auenturas. Mas aduierte, que aunque me veas en los mayores peligros del mundo, no has de poner mano a tu eſpada para defenderme, ſi ya no vieres que los que me ofendé, es canalla, y gente baxa, que en tal caſo bien puedes ayudarme: pero ſi fueren caualleros, en ninguna manera te es licito, ni concedido por las leyes de caualleria que me ayudes, haſta que ſeas armado caualle ro. Por cierto ſeñor, reſpondio Sancho, que vueſtra merced ſea muy bien obedicido en eſto, y mas, q̃ yo de mio me ſoy pacifico, y enemigo de meterme en ruydos, ni pendencias: bien es verdad, q̃ en lo q̃ tocare a defender mi perſona, no tendre mucha cuẽta con eſſas leyes, pues las diuinas y humanas permitẽ q̃ cada vno ſe defienda de quien quiſiere agruiarle. No digo yo menos, reſpondio dõ Quixote. pero en eſto de ayudarme cõtra caualleros, has de tener a raya tus naturales impetus. Digo q̃ aſsi lo hare, reſpõdio Sancho, y q̃ guardarè eſſe preceto, tãbien como el dia del Domingo. Eſtãdo en eſtas razones, aſomaron por el camino dos frayles de la ordẽ de S Benito, caualleros ſobre dos Dromedarios, q̃ no erã mas pequeñas dos mulas en q̃ venian. Traian ſus antojos de camino, y ſus quitaſoles. Detras dellos venia vn coche, con quatro, o cinco de acauallo que le acompañauan, y dos moços de mulas a pie. Venia en el coche, como deſpues ſe ſupo, vna ſeñora Vizcayna,

que yua a Seuilla donde eſtaua ſu marido, que paſſaua a las Indias con vn muy honroſo cargo. No veniàn los frayles cõ ella, aunque yuan el meſmo camino: mas apenas los diuiſò don Quixote, quando dixo a ſu eſcudero: O yo me engaño, o eſta ha de ſer la mas famoſa auentura que ſe aya viſto, porque aquellos bultos negros que alli parecen, deuen de ſer, y ſon ſin duda algunos encantadores que lleuan hurtada alguna Princeſa en aquel coche, y es meneſter deshazer eſte tuerto a todo mi poderio. Peor ſerà eſto que los molinos de viento, dixo Sancho: Mire ſeñor, que aquellos ſon frayles de ſanBenito, y el coche deue de ſer de alguna gẽte paſſagera. Mire que digo, que mire bien lo que haze, no ſea el diablo q̃ le engañe. Ya te he dicho Sancho, reſpondio don Quixote, que ſabes poco de achaque de auenturas, lo que yo digo es verdad, y aora lo veras: y diziendo eſto ſe adelantò, y ſe puſo en la mitad del camino por donde los frayles venian, y en llegando tan cerca, que a el le parecio que le podriá oyr lo que dixeſſe, en alta voz dixo: Gente endiablada, y deſcomunal, dexad luego al punto las altas Princeſas que en eſſe coche lleuays forçadas, ſino aparejaos a recebir preſta muerte, por juſto caſtigo de vueſtras malas obras. Detuuieron los frayles las riendas, y quedaron admirados, aſsi de la figura de don Quixote, como de ſus razones, a las quales reſpondieron: Señor cauallero, noſotros no ſomos endiablados, ni deſcomunales, ſino dos religioſos de S. Benito que vamos nueſtro camino, y no ſabemos ſi en eſte coche vienen o no, ningunas forçadas Princeſas. Para conmigo no ay palabras blandas, q̃ ya yo os conozco ſemen-

fementida canalla, dixo don Quixote, y sin esperar mas respuesta picò a Rozinante, y la lança baxa arremetio contra el primero frayle, con tâta furia y denuedo, que si el frayle no se dexara caer de la mula, el le hiziera venir al suelo mal de su grado, y aũ mal ferido, sino cayera muerto. El segundo religioso q̃ vio del modo que tratauan a su compañero, puso piernas al castillo de su buena mula, y començò a correr por aquella campaña mas ligero que el mesmo viento. Sancho Pança, que vio en el suelo al frayle, apeandose ligeramente de su asno, arremetio a el, y le començò a quitar los habitos llegaro en esto dos moços de los frayles, y preguntaronle que porque le desnudaua: respondioles Sancho, que aquello le tocaua a el ligitimamente, como despojos de la batalla que su señor don Quixote auia ganado. Los Moços que no sabian de burlas, ni entendian aquello de despojos, ni batallas, viendo que ya don Quixote estaua desuiado de alli, hablando con las que en el coche venian, arremetieron con Sancho, y dieron con el en el suelo, y sin dexarle pelo en las barbas, le molieron a cozes, y le dexaron tendido en el suelo, sin aliento, ni sentido, y sin detenerse vn punto, tornò a subir el frayle, todo temeroso, y acobardado, y sin color en el rostro: y quãdo se vio acauallo, picò tras su compañero, que vn buen espacio de alli le estaua aguardando, y esperando en q̃ paraua aquel sobresalto, y sin querer aguardar el fin de todo aquel començado sucesso, siguieron su camino, haziendose mas cruzes que si lleuaran al diablo a las espaldas. Don Quixote estaua, como se ha dicho, hablando con la señora del coche, diziendole: La vuestra

fermosura señora mia, puede fazer de su persona lo que mas le viniere en talante, porque ya la soberuia de vuestros robadores yaze por el suelo derribada por este mi fuerte braço: y porque no peneys por saber el nombre de vuestro libertador, sabed que yo me llamo don Quixote de la Mancha, caualleró andante, y auenturero, y cautiuo de la sin par y hermosa doña Dulzinea del Toboso, y en pago del beneficio que de mi aueys recebido, no quiero otra cosa, sino que boluays al Toboso, y que de mi parte os presenteys ante esta señora, y le digays lo que por vuestra libertad he fecho. Todo esto que don Quixote dezia, escuchaua vn escudero de los que el coche acompañauan, que era Vizcayno, el qual viendo que no queria dexar passar el coche adelante, sino que dezia que luego auia de dar la buelta al Toboso, se fue para don Quixote, y asiendole de la lança le dixo en mala lengua Castellana, y peor Vizcayna desta manera: Anda caualleró que mal andes, por el Dios que criome, que sino dexas coche, assi te matas como estas ahi Vizcayno. Entendiole muy bien don Quixote, y con mucho sossiego le respondio: Si fueras caualleró como no lo eres, ya yo huuiera castigado tu sandez, y atreuimiento cautiua criatura. A lo qual replicò el Vizcayno: Yo no caualleró: juro a Dios tan mientes como Christiano. Si lança arojas, y espada sacas, el agua quan presto veras que al gato lleuas: Vizcayno por tierra, hidalgo por mar, hidalgo por el diablo, y mientes, que mira si otra dizes cosa. Aora lo veredes dixo agrages, respondio don Quixote, y arojando la lança en el suelo, sacò su espada, y em-

braçò

braçò su rodela, y arremetiò al Vizcayno, con determinacion de quitarle la vida. El Vizcayno que assi le vio venir, aunque quisiera apearse de la mula, que por ser de las malas de alquiler, no auia que fiar en ella, no pudo hazer otra cosa, sino sacar su espada: pero auinole bien, que se hallò junto al coche, de donde pudo tomar vna almohada que le siruio de escudo, y luego se fueron el vno para el otro, como si fueran dos mortales enemigos. La demas gente quisiera ponerlos en paz, mas no pudo, porque dezia el Vizcayno en sus mal trauadas razones, que sino le dexauan acabar su batalla, que el mismo auia de matar a su ama, y a toda la gente que se lo estoruasse. La señora del coche, admirada, y temerosa de lo que veìa, hizo al cochero que se desuiasse de alli algun poco, y desde lexos se puso a mirar la rigurosa contienda. En el discurso de la qual, dio el Vizcayno vna gran cuchillada a don Quixote encima de vn ombro por encima de la rodela, que a darsela sin defensa le abriera hasta la cintura. Don Quixote, que sintio la pesadumbre de aquel desaforado golpe, dio vna gran voz, diziendo: O señora de mi alma Dulzinea, flor de la fermosura, socorred a este vuestro cauallero, que por satisfazer a la vuestra mucha bondad en este riguroso trance se halla. El dezir esto, y el apretar la espada, y el cubrirse bien de su rodela, y el arremeter al Vizcayno, todo fue en vn tiempo, lleuando determinacion de auenturarlo todo a la de vn golpe solo. El Vizcayno que assi le vio venir contra el, bien entendio por su denuedo su coraje, y determinò de hazer lo mesmo que don Quixote: y assi le aguardò bien cubierto de su

de su almohada, sin poder rodear la mula a vna, ni a otra parte, que ya de puro cansada, y no hecha a semejãtes niñerias, no podia dar vn passo Venia pues, como se ha dicho, don Quixote contra el cauto Vizcayno, con la espada en alto, con determinacion de abrirle por medio, y el Vizcayno le aguardaua ansi mesmo, leuantada la espada, y aforrado con su almohada, y todos los circunstantes estauan temerosos, y colgados de lo que auia de suceder de aquellos tamaños golpes con que se amenazauan, y la señora del coche, y las demas criadas suyas, estauã haziendo mil votos, y ofrecimientos a todas las imagenes, y casas de deuocion de España, porque Dios librasse a su escudero, y a ellas, de aquel tan grande peligro en que se hallauan. Pero esta el daño de todo esto, que en este punto, y termino, dexa pendiente el autor desta historia esta batalla, disculpandose, que no hallò mas escrito destas hazañas de don Quixote, de las que dexa referidas. Bien es verdad, que el segundo autor desta obra, no quiso creer que tan curiosa historia estuuiesse entregada a las leyes del oluido, ni que huuiessen sido tan poco curiosos los ingenios de la Mancha, que no tuuiessen en sus archiuos, o en sus escritorios, algunos papeles que deste famoso caualiero tratassen, y assi con esta imaginacion, no se desesperò de hallar el fin desta apazible historia el qual siendole el cielo fauorable, le hallò del modo que se contarâ en la segunda parte.

SEGVNDA PARTE DEL INGENIOSO hidalgo don Quixote de la Mancha.

Cap. IX Donde se concluye y da fin a la estupenda batalla que el gallardo Vizcayno, y el valiẽte Manchego tuuierõ.

DEXAMOS En la primera parte desta historia, al valeroso Vizcayno, y al famoso don Quixote, con las espadas altas, y desnudas, en guisa de descargar dos furibundos fedientes, tales que si en lleno se acertauan; por lo menos se diuidiriã, y fenderiã de arriba abaxo y abririã como vna granada, y q̃ en aquel punto tan dudoso parò, y quedo destroncada tan sabrosa historia, sin que nos diesse noticia su autor donde se podria hallar lo q̃ della faltaua. Causome esto mucha pesadumbre, porq̃ el gusto de auer leydo tan poco se boluia en disgusto, de pensar el mal camino que se ofrecia, para hallar lo mucho q̃ a mi parecer fal-

faltaua de tan sabroso cuento. Pareciome cosa imposible, y fuera de toda buena costumbre, que a tã buen caualliero le huuiesse faltado algun sabio que tomara a cargo el escreuir sus nunca vistas hazañas, cosa q̃ no faltò a ninguno de los caualleros andãtes, de los que dizen las gentes que van a sus auenturas, porque cada vno dellos tenia, vno, o dos sabios como de molde, que no solamente escriuiã sus hechos, sino que pintauan sus mas minimos pensamientos, y niñerias, por mas escondidas que fuessen. Y no auia de ser tan desdichado tan buen caualliero, q̃ le faltasse a el lo que sobrò a Platir, y a otros semejantes. Y assi no podia inclinarme a creer q̃ tan gallarda historia huuiesse quedado manca, y estropeada, y echaua la culpa a la malignidad del tiempo, deuorador, y cõsumidor de todas las cosas: el qual, o la tenia occulta, o consumida. Por otra parte me parecia, q̃ pues entre sus libros se auian hallado tan modernos como Desengaño de zelos, y Ninfas y pastores de Henares, que tambien su historia deuia de ser moderna, y q̃ ya que no estuuiesse escrita, estaria en la memoria de la gente de su aldea, y de las a ella circunuezinas. Esta imaginacion me traia confuso, y desseoso de saber real, y verdaderamẽte, toda la vida y milagros de nuestro famoso Español don Quixote de la Mancha, luz, y espejo de la caualleria Manchega, y el primero que en nuestra edad, y en estos tan calamitosos tiempos se puso al trabajo, y exercicio de las andantes armas, y al desfazer agrauios, socorrer viudas, amparar donzellas, de aquellas que andauan con sus açotes, y palafrenes, y con toda su virginidad acuestas, de monte en monte, y de valle

en va-

en valle: Que si no era que algun follon, o algun villano de acha, y capellina, o algun descomunal Gigante las forçaua. Donzella huuo en los passados tiempos, que al cabo de ochenta años, que en todos ellos no durmio vn dia debaxo de tejado, y se fue tã entera a la sepultura como lo madre q̃ la auia parido. Digo pues, que por estos, y otros muchos respetos, es digno nuestro gallardo Quixote, de cõtinuas y memorables alabanças, y aun a mi no se me deuen negar, por el trabajo, y diligencia que puse, en buscar el fin desta agradable historia. Aunque bien se, que si el cielo, el caso, y la fortuna no me ayudan, el mundo quedarà falto, y sin el passatiempo, y gusto, q̃ bien casi dos horas podra tener el que con atencion la leyere. Passò pues el hallarla en esta manera.

Estando yo vn dia en el Alcana de Toledo, llegò vn muchacho a vender vnos cartapacios, y papeles viejos a vn sedero, y como yo soy aficionado a leer, aunque sean los papeles rotos de las calles, leuado desta mi natural inclinacion, tomè vn cartapacio de los que el muchacho vendia, y vile con caracteres que conoci ser Arauigos. Y puesto que aunque los conocia, no los sabia leer, anduue mirando si parecia por alli algun Morisco Aljamiado que los leyesse: yno fue muy dificultoso hallar interprete semejante, pues aunque le buscara de otra mejor, y mas antigua lengua le hallara. En fin la suerte me deparò vno, que diziendole mi desseo, y poniendole el libro en las manos le abrio por medio, y leyendo vn poco en el, se començò a reyr. Pregumele yo, que de que se reya? y respondiome, que de vna cosa que tenia aquel libro escrita

en el

n el margen por anotació. Dixele que me la dixeſſe, y el ſin dexar la riſa, dixo; Eſtà, como he dicho, aqui en el margé eſcrito eſto. Eſta Dulzinea del Toboſo, tantas vezes en eſta hiſtoria referida, dizé que tuuo la mejor mano para ſalar puercos, que otra muger de toda la Mancha. Quando yo ohi dezir. Dulzinea del Toboſo, quedè aronito, y ſuſpenſo, porque luego ſe me repreſentò que aquellos cartapacios contenian la hiſtoria de don Quixote. Con eſta imaginacion, le di prieſſa que leyeſſe el principio, y haziendolo anſi, boluiendo de improuiſo el Arauigo en Caſtellano, dixo que dezia: Hiſtoria de don Quixote de la Mancha, eſcrita por Cide Hamete Benengeli hiſtoriador Arauigo. Mucha diſcrecion fue meneſter, para diſsimular el contèto que recebi quando llegò à mis oydos el titulo del libro: y ſalteandoſele al ſedero, comprè al muchacho todos los papeles, y cartapacios por medio real: que ſi el tuuiera diſcrecion, y ſupiera lo que yo los deſſeaua, bien ſe pudiera prometer, y lleuar mas de ſeys reales de la compra. Apartemeluego con el Moriſco por el clauſtro de la Igleſia mayor, y roguele me boluieſſe aquellos cartapacios, todos los que tratauan de don Quixote, en lengua Caſtellana, ſin quitarles, ni añadirles nada, ofreciédole la paga que el quiſieſſe. Contètoſe cō dos arrobas de paſſas, y dos fanegas de trigo, y prometio de traduzirlos bien, y fielmente, y cō mucha breuedad. Pero yo por facilitar mas el negocio, y por no dexar dè la mano tan buen hallazgo, le truxe a mi caſa, donde en poco mas de mes y medio, la traduxo toda, del meſmo modo que aqui ſe refiere. Eſtaua en el primero cartapacio pintada

muy

muy al natural la batalla de don Quixote con el Vizcayno, puestos en la mesma postura que la historia cuenta, leuantadas las espadas, el vno cubierto de su rodela, el otro de la almohada y la mula del Vizcayno tan al viuo, que estaua mostrãdo ser de alquiler a tiro de ballesta. Tenia a los pies escrito el Vizcayno vn titulo que dezia, Dó Sancho de Azpetia, que sin duda deuia de ser su nombre, y a los pies de Rozinante estaua otro que dezia, Dó Quixote. Estaua Rozinante marauillosamente pintado, tan largo, y tendido, tan atenuado, y flaco, con tanto espinazo, tã etico confirmado, que mostraua bien al descubierto con quanta aduertẽcia, y propriedad se le auia puesto el nombre de Rozinante. Iunto a el estaua Sancho Pança, que tenia del cabestro a su asno a los pies del qual estaua otro retulo que dezia, Sancho Çancas, y deuia de ser, que tenia a lo que mostraua la pintura: la barriga grande, el talle corto, y las çancas largas, y por esto se le deuio de poner nombre de Pança, y de çancas, que con estos dos sobrenombres le llamã algunas vezes la historia. Otras algunas menudencias auia que aduertir, pero todas son de poca importancia, y que no hazen alcaso a la verdadera relació de la historia, que ninguna es mala como sea verdadera. Si a esta se le puede poner alguna obgecion cerca de su verdad, no podra ser otra, sino auer sido su autor Aranigo, siendo muy propio de los de aquella nacion ser mentirosos: aunque por ser tan nuestros enemigos, antes se puede entender auer quedado falto en ella que demasiado. Y ansi me parece a mi, pues quando pudiera, y deuiera estender la pluma, en las alabanças de tan bué cauallero,

parece que de induſtria las paſſa en ſilencio. Coſa mal hecha, y peor penſada, auiendo, y deuiendo ſer los hiſtoriadores puntuales, verdaderos, y no nada apaſsionados, y que ni el interes, ni el miedo, el rancor, ni la aficion, no les hagan torcer del camino de la verdad, cuya madre es la hiſtoria emula del tiẽpo, depoſito de las acciones, teſtigo de lo paſſado, exemplo, y auiſo de lo preſente, aduertencia de lo por venir. En eſta ſe que ſe hallarà todo lo q̃ ſe acertare a deſſear en la mas apazible: y ſi algo bueno en ella faltare, para mi tengo, que fue por culpa del galgo de ſu autor, antes que por falta del ſujeto. En fin ſu ſegunda parte, ſiguiendo la traducion, comença- ua deſta manera.

Pueſtas, y leuantadas en alto las cortadoras eſpadas de los dos valeroſos y enojados combatientes, no parecia ſino que eſtauan amenazando al cielo, a la tierra, y al abiſmo, tal era el denuedo y continente que tenian. Y el primero que fue a deſcargar el golpe, fue el colerico Vizcayno: el qual fue dado con tanta fuerça, y tanta furia, que a no boluerſele la eſpada en el camino, aquel ſolo golpe fuera baſtante para dar fin a ſu riguroſa contienda y a todas las auẽturas de nueſtro caualliero, mas la buena ſuerte que para mayores coſas le tenia guardado, torciò la eſpada de ſu contrario, de modo, que aunque le acertò en el hombro yzquierdo, no le hizo otro daño que deſarmarle todo aquel lado, lleuandole de camino gran parte de la zelada, con la mitad de la oreja, que todo ello con eſpantoſa ruyna vino al ſuelo, dexandole muy mal trecho. Valame Dios, y quien ſerà aquel que buenamente pueda contar

aora

aora, la rabia que entró en el coraçon de nuestro Manchego, viendose parar de aquella manera! No se diga mas, sino que fue de manera, que se alçó de nueuo en los estribos, y apretando mas la espada en las dos manos, con tal furia descargò sobre el Vizcayno, acertandole de lleno sobre la almohada, y sobre la cabeça, que sin ser parte tan buena defensa, como si cayera sobre el vna montaña, comença a echar sangre por las narizes, y por la boca, y por los oydos, y a dar muestras de caer de la mula abaxo, de donde cayera sin duda, sino se abraçara cõ el cuello: pero con todo esso sacò los pies de los estribos, y luego soltò los braços, y la mula espãtada del terrible golpe, dio a correr por el cãpo, y a pocos corcobos dio con su dueño en tierra. Estauase lo con mucho sossiego mirando don Quixote: y como lo vio caer, saltò de su cauallo, y con mucha ligereza se llegò a el, y poniendole la pũta de la espada en los ojos, le dixo que se rindiesse, sino que le cortaria la cabeça. Estaua el Vizcayno tan turbado, que no podia responder palabra, y el lo passara mal, segun estaua ciego don Quixote, si las señoras del coche, q̃ hasta entonces con gran desmayo auian mirado la pendencia, no fueran a donde estaua, y le pidieran con mucho encarecimiento, les hiziesse tan gran merced, y fauor, de perdonar la vida a aquel su escudero. A lo qual don Quixote respodio, con mucho entono, y grauedad: Por cierto fermosas señoras, yo soy muy contento de hazer lo que me pedis, mas ha de ser con vna condicion y concierto, y es que este cauallero me ha de prometer de yr al lugar del Toboso, y presentarse de mi parte

ante la ſimpar doña Dulzinea, para que ella haga del lo que mas fuere de ſu voluntad. La temeroſa, y deſcóſolada ſeñora, ſin entrar en cuenta de lo que don Quixote pedia, y ſin preguntar quien Dulzinea fueſſe, le prometieron q̃ el eſcudero haria todo aquello que de ſu parte le fueſſe mandado. Pues en fe de eſſa palabra, yo no le hare mas daño, pueſto que me lo tenia bien merecido.

Cap. X. De lo que mas le auino a don Quixote con el Vizcayno, y del peligro en que ſe vio con vna turba de Iangueſes.

YA en eſte tiempo ſe auia leuantado Sancho Pança, algo maltratado de los moços de los frayles, y auia eſtado atento a la batalla de ſu ſeñor don Quixote, y rogaua a Dios en ſu coraçon, fueſſe ſeruido de darle vitoria, y que en ella ganaſſe alguna Inſula de donde le hizieſſe Gouernador, como ſe lo auia prometido. Viendo pues ya acabada la pendencia, y que ſu amo boluia a ſubir ſobre Rozinante, llegò a tenerle el eſtribo: y antes que ſubieſſe ſe hincò de rodillas delante del, y aſiendole dela mano ſe la beſò, y le dixo. Sea vña merced ſeruido, ſeñor dõ Quixote mio, de darme el gouierno dela Inſula q̃ en eſtas guroſa pendencia ſe ha ganado, q̃ por grãde q̃ ſea, yo me ſiento cõ fuerças de ſaberla gouernar, tal, y tan bien, como otro q̃ aya gouernado Inſulas en el mũdo. A lo qual reſpondro don Quixote, aduertid hermano Sancho, q̃ eſta auentura, y las a eſta ſemejantes,

no

no ſon auenturas de Inſulas, ſino de encruzijadas, en las quales no ſe gana otra coſa q̃ ſacar rota la cabeça, o vna oreja menos. Tened paciencia, que auenturas ſe ofreceran donde no ſolamente os pueda hazer Gouernador, ſino mas adelante. Agradecioſele mucho Sancho, y beſandole otra vez la mano, y la falda de la loriga, le ayudò a ſubir ſobre Rozinante, y el ſubiò ſobre ſu aſno, y començò a ſeguir a ſu ſeñor, q̃ a paſſo tirado, ſin deſpedirſe, ni hablar mas con las del coche, ſe entrò por vn boſque que alli junto eſtaua. Seguiale Sancho, a todo el trote de ſu jumento: pero caminaua tanto Rozinante, q̃ viẽdoſe quedar atras, le fue forçoſo dar vozes a ſu amo q̃ ſe aguardaſſe. Hizolo aſsi dõ Quixote, teniendo las riendas a Rozinante, haſta que llegaſſe ſu canſado eſcudero, el qual en llegando le dixo: Pareceme ſeñor, q̃ ſeria acertado y nos a retraer a alguna Igleſia, que ſegun quedò mal trecho aquel con quien os cõbatiſtes, no ſerà mucho que den noticia del caſo a la ſanta Hermandad, y nos prendan: Y a fè que ſi lo hazen, que primero que ſalgamos de la carcel, que nos ha de ſudar el hopo. Calla, dixo don Quixote, y donde has viſto tu, o leydo jamas, que cauallero andãte aya ſido pueſto ante la juſticia por mas homicidios que huuieſſe cometido. Yo no ſe nada de ome cillos, reſpondio Sancho, ni en mi vida le catê a ninguno: ſolo ſe que la ſanta Hermandad tiene que ver con los que pelean en el campo, y en eſſotro no me entremeto. Pues no tengas pena amigo, reſpondio don Quixote, que yo te ſacarè de las manos de los Caldeos, quanto mas de las de la Hermandad. Pero dime por tu vida, has viſto mas valeroſo

roso cauállero, que yo en todo lo descubierto de la tierra? Has leydo en historias otro que tenga, ni aya tenido mas brio en acometer, mas aliento en el perseverar, mas destreza en el herir, ni mas maña en el derribar? La verdad sea, respondio Sancho, que yo no he leydo ninguna historia jamas, porque ni se leer, ni escreuir: mas lo que osaré apostar, es, q̃ mas atreuido amo que vuestra merced, y o no le he seruido en todos los dias de mi vida, y quiera Dios que estos atreuientos no se paguen donde tengo dicho. Lo que le ruego a vuestra merced, es que se cure, que le va mucha sangre de essa oreja, que aqui traygo hilas, y vn poco de vnguento blanco en las alforjas. Todo esso fuera bien escusado, respondio don Quixote, si a mi se me acordara de hazer vna redoma del balsamo de Fierabras, q̃ con sola vna gota, se ahorraran tiempo, y medizinas. Que redoma, y que balsamo es esse, dixo Sancho Pança? Es vn balsamo, respondio don Quixote, de quien tengo la receta en la memoria, con el qual no ay que tener temor a la muerte, ni ay pensar morir de ferida alguna. Y ansi, quando yo le haga, y te le de, no tienes mas que hazer, sino que quando vieres que en alguna batalla me han partido por medio del cuerpo (como muchas vezes suele acontecer): bonitamente la parte del cuerpo que huuiere caydo en el suelo, y con mucha sotiliza, antes que la sangre se yele, la pondras sobre la otra mitad q̃ quedare en la silla, aduirtiẽdo de encaxallo y gualmente, y al justo. Luego me daràs a beuer solos dos tragos del balsamo que he dicho, y veràsme quedar mas sano q̃ vna mançana. Si esso ay, dixo Pança,

yo renuncio desde aqui el gouierno de la prometida Insula, y no quiero otra cosa en pago de mis muchos, y buenos seruicios, sino que vuestra merced me de la receta de esse estremado licor, que para mi tengo q̃ valdra la onça adonde quiera, mas de a dos reales, y no he menester yo mas, para passar esta vida honrada, y desenfadadamẽte. Pero es de saber agora, q̃ tiene mucha costa el hazelle? Có menos de tres reales se pueden hazer tres azumbres, respódio dõ Quixote. Pecador de mi, replicò Sancho, pues a q̃ aguarda vuestra merced a hazelle, y a enseñarmelle? Calla amigo, respondio don Quixote, q̃ mayores secretos pienso enseñarte, y mayores mercedes hazerte: y por agora curemonos, q̃ la oreja me duele mas de lo q̃ yo quisiera. Sacó Sancho de las alforjas hilas y vnguento. Mas quãdo don Quixote llegò a ver rota su celada, pẽsò perder el juyzio, y puesta la mano en la espada, y alçando los ojos al cielo, dixo: Yo hago juramento al Criador de todas las cosas, y a los santos quatro Euangelios, donde mas largamẽte están escritos, de hazer la vida q̃ hizo el grãde Marques de Mantua, quando jurò de vengar la muerte de su sobrino Valdouinos, q̃ fue de no comer pã a mãteles, ni con su muger folgar, y otras cosas que aunque dellas no me acuerdo, las doy aqui por expressadas, hasta tomar entera vengança del que tal desaguisado me hizo. Oyendo esto Sancho, le dixo: Aduierta vuestra merced, señor dõ Quixote, q̃ si el caballero cumpliò lo q̃ se le dexò ordenado, de yse a presentar ante mi señora Dulzinea del Toboso, ya aura cũplido con lo q̃ deuia, y no merece otra pena, sino comete nueuo delito. Has hablado, y apuntado

muy bien, respondio don Quixote, y assi anulo el juramento, en quanto lo que toca a tomar del nueuo vengança: pero hagole, y confirmole de nueuo. de hazer la vida que he dicho, hasta táto que quite por fuerça otra zelada, tal, y tan buena como esta a algú caualiero. Y no pienses Sancho, que assi a humo de pajas hago esto, que bien tengo a quien imitar en ello, que esto mesmo passò al pie de la letra sobre el yelmo de Mambrino, que tan caro le costò a Sacripante. Que dè al diablo vuestra merced tales juramentos, señor mio, replicò Sancho, que son muy en daño de la salud, y muy en perjuyzio de la conciencia Sino digame aora, si a caso en muchos dias no topamos hombre armado con zelada, que hemos de hazer, hase de cumplir el juraméto a despecho de tá tos inconuenientes, ê incomodidades, como serà el dormir vestido, y el no dormir en poblado, y otras mil penitencias que contenia el juraméto de aquel loco viejo del Marques de Mantua, q̃ vuestra merced quiere reualidar aora? Mire vuestra mereed bien, que por todos estos caminos no andan hombres armados, sino harrieros, y carreteros, q̃ no solo no traen zeladas, pero quiça no las han oydo nóbrar en todos los dias de su vida. Engañaste en esso, dixo don Quixote, porque no auremos estado dos horas por estas encruzijadas, quando veamos mas armados que los que vinieró sobre Albraca, a la cóquista de Angelica la Bella. Alto pues, sea assi, dixo Sancho, y a Dios prazga que nos suceda bien, y que se llegue ya el tiempo de ganar esta Insula que tàn cara me cuesta, y muerame yo luego Ya te he dicho Sancho, que no te de esso cuydado alguno, q̃ quádo falta-

ſaltare Inſula, ay eſtà el Reyno de Dinamarca, o el de Soliadiſa, q̃ te vẽdran como anillo al dedo, y mas que por ſer en tierra firme te deues mas alegrar. Pero dexemos eſto para ſu tiempo, y mira ſi traes algo en eſſas alforjas que comamos, porque vamos luego en buſca de algun caſtillo donde aloxemos eſta noche, y hagamos el balſamo que te he dicho, porque yo te boto a Dios, que me va doliendo mucho la oreja. Aqui trayo vna cebolla, y vn poco de queſo, y no ſe quantos mendrugos de pan, dixo Sancho, pero no ſon manjares que pertenecen a tan valiente caualliero como vueſtra merced. Que mal lo entiendes, reſpondio don Quixote, hagote ſaber Sancho, que es honra de los caualleros andantes no comer en vn mes: y ya que coman, ſea de aquello que hallaren mas a mano: y eſto ſe te hiziera cierto, ſi huuieras leydo tantas hiſtorias como yo, que aunque han ſido muchas, en todas ellas no he hallado hecha relacion de que los caualleros andantes comieſſen, ſino era a caſo, y en algunos ſuntuoſos banquetes que les hazian, y los demas dias ſe los paſſauan en flores. Y aunque ſe dexa entender, que no podiã paſſar ſin comer, y ſin hazer todos los otros meneſteres naturales, porque en efeto eran hombres como noſotros, haſe de entender tambiẽ, que andãdo lo mas del tiempo de ſu vida por las floreſtas, y deſpoblados, y ſin cozinero, que ſu mas ordinaria comida ſeria de viandas ruſticas, tales como las que tu aora me ofreces. Aſsi que Sancho amigo, no te congoje lo que a mi me da guſto, ni querras tu hazer mũdo nueuo, ni ſacar la caualleria andãte de ſus quicios. Perdoneme vueſtra merced, dixo Sancho,

que como yo no se leer, ni escreuir, como otra vez he dicho, no se ni he caydo en las reglas de la profession caualleresca, y de aqui adelante yo proueere las alforjas de todo genero de fruta seca para vuestra merced, que es cauallero, y para mi las proueere pues no lo soy, de otras cosas bolatiles, y demas sustancia. No digo yo, Sancho, replicò don Quixote, que sea forçoso a los caualleros andantes, no comer otra cosa sino essas frutas que dizes, sino que su mas ordinario sustento deuia de ser dellas, y de algunas yeruas que hallauan por los campos, que ellos conocian, y yo tambien conozco. Virtud es, respondio Sancho, conocer essas yeruas, que segun yo me voy imaginando, algun dia serà menester vsar de esse conocimiento. Y sacádo en esto, lo que dixo que trahia, comieron los dos en buena paz, y compañia. Pero desseosos de buscar donde alojar aquella noche, acabaron con mucha breuedad su pobre, y seca comida. Subieron luego a cauallo, y dieronse priessa por llegar a poblado antes que anocheciesse: pero faltoles el sol, y la esperança de alcançar lo que desseuan, junto a vnas choças de vnos cabreros, y assi determinaron de passarla alli: que quanto fue de pesadumbre para Sancho no llegar a poblado, fue de contento para su amo, dormirla al cielo descubierto, por parecerle que cada vez que esto le sucedia era hazer vn acto possessiuo que facilitaua la prueua de su caualleria.

Cap. XI. De lo que le ſucedio a don Quixote con vnos cabreros.

FVe recogido de los cabreros con buen animo, y auiendo Sancho, lo mejor q̃ pudo, acomodado a Rozinãte, y a ſu jumẽto, ſe fue tras el olor que deſpedia de ſi ciertos taſajos de cabra, q̃ hiruiendo al fuego en vn caldero eſtauan, y aunq̃ el quiſiera en aquel meſmo punto, ver ſi eſtauan en ſazon de trasladarlos del caldero al eſtomago, lo dexò de hazer, porque los cabreros los quitaron del fuego y tendiẽdo por el ſuelo vnas pieles de ouejas, adereçaró con mucha prieſſa ſu ruſtica meſa, y combidaron a los dos, con mueſtras de muy buena voluntad con lo que tenian. Sentaronſe a la redonda de las pieles ſeis dellos, q̃ eran los q̃ en la majada auia. Auiendo primero có groſſeras ceremonias rogado a don Quixote q̃ ſe ſentaſſe ſobre vn dornajo q̃ buelto del reues le puſieró. Sentoſe don Quixote, y quedauaſe Sancho en pie para ſeruirle la copa, q̃ era hecha de cuerno. Viẽdole en pie ſu amo, le dixo: Porque veas Sancho el bien que en ſi encierra la andante caualleria, y quan apique eſtan los que en qualquiera miniſterio della ſe exercitan, de venir breuemente a ſer honrados, y eſtimados del mundo, quiero que aqui a mi lado, y en compañia deſta buena gente te ſientes, y que ſeas vna meſma coſa conmigo, que ſoy tu amo, y natural ſeñor, que comas en mi plato, y beuas por donde yo beuiere, porque de la caualleria andante ſe puede dezir lo meſmo que del amor, ſe dezir q̃ todas las coſas yguala. Gran merced, dixo Sãcho, pero ſe dezir

a vueſ-

a vuestra merced, que como yo tuuiesse bien de comer, tambien y mejor me lo comeria en pie, y a mis solas, como sentado apar de vn Emperador. Y aun si vaa dezir verdad, mucho mejor me sabe lo que como en mi rincó, sin melindres, ni respetos, aunque sea pan y cebolla, que los gallipauos de otras mesas donde me sea forçoso mascar despacio, beuer poco, limpiarme a menudo, no estornudar, ni toser si me viene gana, ni hazer otras cosas que la soledad, y la libertad traen consigo. Assi, que señor mio, estas horas que vuestra merced quiere darme, por ser ministro, y aderente de la caualleria andante, como lo soy siendo escudero de vuestra merced, conuiertalas en otras cosas que me sean de mas comodo, y prouecho que estas (aunque las doy por bien recebidas) las renuncio para desde aqui al fin del mundo. Con todo esso te has de sentar, porque a quien se humilla Dios le ensalça, y asiendole por el braço, le forçó a que junto del se sentasse. No entendian los cabreros aquella gerigonça de escuderos, y de caualleros andantes, y no hazia otra cosa que comer y callar, y mirar a sus huespedes, que con mucho donayre y gana embaulauan tassajo como el puño. Acabado el seruicio de carne tendieron sobre las zaleas gran cãtidad de bellotas auellanadas, y juntamente pusieró vn medio queso, mas duro que si fuera hecho de argamassa. No estaua en esto ocioso el cuerno, porque andaua a la redonda tan a menudo (ya lleno, ya vazio) como arcaduz de noria, q̃ có facilidad vaziò vn zaque, de dos que estauã de manifiesto. Despues que don Quixote huuo bien satisfecho su estomago, tomò vn puño de bellotas en la mano, y mirandolas

dólas atentamente, soltò la voz a semejantes razones. Dichosa edad, y siglos dichosos, aquellos a quie los antiguos pusierõ nombre de dorados, y no porque en ellos el oro (que en esta nuestra edad de hierro tanto se estima) se alcançasse en aquella venturosa sin fatiga alguna, sino porque entonces los que en ella viuian, ignoraua estas dos palabras de Tuyo, y Mio. Era en aquella santa edad todas las cosas comunes, a nadie le era necessario para alcançar su ordinario sustento otro trabajo que alçar la mano, y alcançarle de las robustas enzinas, que liberalmente les estauan combidando con su dulce y sazonado fruto. Las claras fuentes, y corrientes rios en magnifica abundancia, sabrosas y transparétes aguas los ofrecian. En las quiebras de las penas, y en lo hueco de los arboles, formauan su republica las solicitas y discretas abejas, ofreciendo a qualquiera mano, sin interes alguno, la fertil cosecha de su dulcissimo trabajo. Los valientes alcornoques, despedian de si, sin otro artificio q̃ el de su cortesia, sus anchas y liuianas cortezas, con q̃ se començarõ a cubrir las casas sobre rusticas estacas sustẽtadas, no mas q̃ para defensa de las inclemencias del cielo. Todo era paz entonces, todo amistad, todo concordia: aun no se auia atreuido la pesada reja del corbo arado a abrir, ni visitar las entrañas piadosas de nuestra primera madre, que ella sin ser forçada ofrecia por todas las partes de su fertil, y espacioso seno, lo q̃ pudiesse hartar, sustẽtar, y deleytar a los hijos que entonces la posseian. Entonces si, que andauan las simples, y hermosas ẽgalejas de valle en valle, y de otero en otero, en trença, y en cabello, sin mas vestidos

de

de aquellos que eran menester para cubrir honestamente, lo que la honestidad quiere, y ha querido siempre que se cubra, y no eran sus adornos de los que aora se vsan, a quien la purpura de Tyro, y la por tantos modos martirizada seda encarecen, sino de algunas hojas verdes de lampazos, y yedra, entretexidas, con lo que quiça yuan tan pomposas, y compuestas, como van agora nuestras cortesanas, cõ las raras y peregrinas inuẽciones, que la curiosidad ociosa les ha mostrado. Entonces se decorauan los concetos amorosos del alma, simple, y senzillamente, del mesmo modo, y manera que ella los concebia, sin buscar artificioso rodeo de palabras para encarecerlos. No auia la fraude, el engaño, ni la malicia, mezcladose con la verdad, y llaneza. La justicia se estaua en sus proprios terminos, sin que la osassen turbar, ni ofender los del fauor, y los del interesse, que tanto aora la menoscaban, turban, y persiguen. La ley del encaxe, aun no se auia sentado en el entendimiento del juez, porque entonces no auia que juzgar, ni quien fuesse juzgado. Las donzellas, y la honestidad andauan como tengo dicho, por donde quiera, sola, y señora, sin temor que la agena desemboltura, y lasciuo intento le menoscabassen, y su perdicion nacia de su gusto, y propria voluntad. Y agora en estos nuestros detestables siglos, no està segura ninguna, aunque la oculte, y cierre otro nueuo laberinto como el de Creta, porque alli por los resquicios, o por el ayre, con el zelo de la maldita solicitud, se les entra la amorosa pestilencia, y les haze dar con todo su recogimiento al traste. Para cuya seguridad, andando mas los tiem-

tiempos, y creciendo mas la malicia, se instituyo la orden de los caualleros andantes, para defender las donzellas, amparar las viudas, y socorrer a los huerfanos, y a los menesterosos. Desta orden soy yo hermanos cabreros, a quien agradezco el gassaje, y buē acogimiēto q̄ hazeis a mi, y a mi escudero. Que aūque por ley natural, estan todos los que viuen obligados a fauorecer a los caualleros andātes, todavia, por saber que sin sabervosotros esta obligacion, me acogistes, y regalastes, es razon, que con la volūtad a mi posible, os agradezca la vuestra. Toda esta larga arenga (q̄ se pudiera muy bien escusar) dixo nuestro caualliero, porque las bellotas que le dieron, le truxeron a la memoria la edad dorada. Y antojosele hazer aquel inutil razonamiento a los cabreros, que sin respondelle palabra, embouados, y suspensos le estuuieron escuchando. Sancho, assi mesmo callaua, y comia bellotas, y visitaua muy a menudo el segundo zaque, que porque se enfriasse el vino, le tenian colgado de vn alcornoque. Mas tardò en hablar don Quixote, que en acabarse la cena. Al fin de la qual, vno de los cabreros dixo: Para que con mas veras pueda vuestra merced dezir, señor cauallero andante, que le agassajamos con prōpta, y buena voluntad, queremos darle solaz y contento, cōn hazer que cante vn compañero nuestro, que no tardarà mucho en estar aqui. El qual es vn zagal muy entendido, y muy enamorado, y que sobre todo sabe leer, y escreuir, y es musico de vn rabel, que no ay mas que desear. A penas auia el cabrero acabado de dezir esto, quando llegò a sus oydos el son del rabel, y de alli a poco llegò el q̄ le tañia, que era vn

moço

moço de hasta veynte y dos años, de muy buena gracia. Preguntaronle sus compañeros, si auia cenado, y respondiendo que si, el que auia hecho los ofrecimientos, le dixo: De essa manera Antonio, bié podras hazernos plazer de cátar vn poco, porque vea este señor huesped, que tenemos quien tambié por los montes, y seluas ay quien sepa de musica. Hemosle dicho tus buenas habilidades, y desseamos que las muestres, y nos saques verdaderos. Y assi te ruego por tu vida, que te sientes y cantes el Romãce de tus amores, que te compuso el Beneficiado tu tio, que en el pueblo ha parecido muy bien. Que me plaze, respondio el moço, y sin hazerse mas de rogar, se sentò en el tronco de vna desmochada encina, y templando su rabel, de alli a poco con muy buena gracia, començò a cantar, diziendo dèsta manera.

ANTONIO.

YO se Olalla que me adoras,
Puesto que no me lo has dicho,
Ni aun con los ojos siquiera
Mudas lenguas de amorios.
Porque se que eres sabida,
En que me quieres me afirmo,
Que nunca fue desdichado
Amor que fue conocido.
Bien es verdad, que tal vez
Olalla, me has dado indicio,

Que tienes de bronze el alma,
Y el blanco pecho de risco.
Mas alla entre tus reproches,
Y honestissimos desuios,
Tal vez la esperança muestra
La orilla de su vestido.
Aualançase al señuelo
Mi fè, que nunca ha podido,
Ni menguar por no llamado,
Ni crecer por escogido.
Si el amor es cortesia,
De la que tienes colijo,
Que en fin de mis esperanças,
Ha de ser qual imagino.
Y si son seruicios parte
De hazer vn pecho benigno,
Algunos de los que he hecho
Fortalezen mi partido.
Porque si has mirado en ello,
Mas de vna vez auras visto,
Que me he vistodo enlos Lunes,
Lo que me honraua el Domingo.
Como el amor, y la gala
Andan vn mesmo camino,
En todo tiempo a tus ojos
Quise mostrarme polido.

Dexo el baylar por tu causa,
Ni las musicas te pinto
Que has escuchado a deshoras,
Y al canto del gallo primo.
No cuento las alabanças
Que de tu belleza he dicho,
Que aunque verdaderas hazen,
Ser yo de algunas malquisto.
Teresa del Berrocal,
Yo alabandote me dixo,
Tal piensa que adora a vn Angel,
Y viene a adorar a vn gimio.
Merced a los muchos dixes,
Y a los cabellos postizos,
Y a hipocritas hermosuras,
Que engañan al amor mismo.
Desmentida, y enojose,
Boluio por ella su primo,
Desafiome, y ya sabes
Lo que yo hize, y el hizo.
No te quiero yo a monton,
Ni te pretendo, y te sirvo,
Por lo de barraganía,
Que mas bueno es mi designio.
Coyundas tiene la Iglesia,
Que son lazadas de sirgo,

Pon tu el cuello en la gamella,
Veras como pongo el mio.
Donde no, desde aqui juro
Por el santo mas bendito,
De no salir destas sierras,
Sino para Capuchino.

CON Esto dio el cabrero fin a su canto, y aũque don Quixote le rogò que algo mas cantasse, no lo consintio Sancho Pança, porque estaua mas para dormir, q̃ para oyr canciones. Y ansi dixo a su amo: Bien puede vuestra merced acomodarse desde luego, a donde ha de posar esta noche, que el trabajo q̃ estos buenos hombres tienen todo el dia, no permite que passen las noches cantando. Ya te entiendo Sancho, le respondio don Quixote, que bien se me trasluze, que las visitas del zaque piden mas recõpensa de sueño, que de musica. A todos nos sabe biẽ, bendito sea Dios, respondio Sancho. No lo niego, replicò don Quixote. pero acomodate tu donde quisieres, que los de mi profession, mejor parecen velando que durmiendo. Pero con todo esto, seria bien Sancho, q̃ me bueluas a curar esta oreja, q̃ me va doliẽdo mas de lo q̃ es menester. Hizo Sãcho lo q̃ se le mandaua. Y viẽdo vno de los cabreros la herida, le dixo, q̃ no tuuiesse pena, que el pondria remedio con q̃ facilmente se sanasse. Y tomando algunas hojas de romero, de mucho q̃ por alli auia, las mascò, y las mezclò con vn poco de sal, y aplicãdoselas a la oreja, se la vendò muy bien, assegurandole, q no auia menester otra medicina, y assi fue la verdad.

Cap XII De lo que contó vn cabrero a los que estaua con don Quixote.

Stando en esto, llegò otro moço de lo que les traian del aldea el bastimento, dixo: Sabeis lo que passa en el lugar có pañeros? Como lo podemos saber, resp dio vno dellos: Pues sabed, prosiguiò el moço, q mrio esta mañana, aquel famoso pastor estudiãte ll mado Grisostomo, y se murmura que ha muerto d amores de aquella endiablada moça de Marcela, hija de Guillermo el rico, aquella que se anda en bito de pastora por essos andurriales. Por Marc la diras, dixo vno? Por essa digo, respondio el c brero: Y es lo bueno, que mandò en su testament que le enterrassen en el campo, como si fuera M ro, y que sea al pie de la peña donde està la fuente d alcornoque: porque segun es fama, y el dizen q lo dixo, aquel lugar es a donde el la vio la vez p mera. Y tambien mandô otras cosas, tales que l abades del pueblo, dizen que no se han de cumpl ni es bien que se cumplan, porque parecen de G tiles. A todo lo qual, responde aquel gran su a go Ambrosio, el estudiante, que tambien se vi de pastor con el, que se ha de cumplir todo sin tar nada, como lo dexo mandado Grisostomo, y bre esto anda el pueblo alborotado, mas a lo se dize en fin, se hara lo que Ambrosio, y todos pastores sus amigos quieren, y mañana le vie a enterrar con gran pompa, a donde tengo dic Y tengo para mi, que ha de ser cosa muy de ver, menos, yo no dexarè de yr a verla si supiesse

boluer mañana al lugar. Todos haremos lo meſmo, reſpondieró los cabreros, y echaremos ſuertes a quien ha de quedar a guardar las cabras de todos. Bien dizes Pedro, dixo, aunq̃ no ſerá meneſter vſar de eſſa diligencia, que yo me quedarè por todos: y no lo atribuyas a virtud, y a poca curioſidad mia, ſino a que no me dexa andar el garrancho, q̃ el otro dia me paſsò eſte pie. Con todo eſſo te lo agradecemos, reſpondio Pedro. Y don Quixote rogò a Pedro le dixeſſe, que muerto era aquel, y que paſtora aquella. A lo qual Pedro reſpondio, que lo que ſabia era, que el muerto era vn hijodalgo rico, vezino de vn lugar q̃ eſtaua en aquellas ſierras, el qual auia ſido eſtudiante muchos años en Salamanca. al cabo de los quales auia buelto a ſu lugar, con opinion de muy ſabio, y muy leydo. Principalmente, deziá que ſabia la ciẽcia de las eſtrellas, y de lo que paſſan alla en el cielo, el ſol, y la luna porque puntualmẽte nos dezia el eris del ſol, y de la luna. Eclipſe ſe llama amigo, que no eris, el eſcurecerſe eſſos dos luminares mayores, dixo don Quixote. Mas Pedro, no reparando en niñerias, proſiguiò ſu cuento diziendo: Aſsi meſmo adeuinaua, quando auia de ſer el año abundante, o eſtil. Eſteril quereys dezir amigo, dixo don quixotè? Eſteril, o eſtil, reſpondio Pedro, todo ſe ſale alla. Y digo, que cõ eſtò que dezia, ſe hizieró ſu padre, y ſus amigos que le dauan credito, muy ricos, porque hazianlo que el les aconſejaua, diziẽdoles: Sembrad eſte año cenada, no trigo en eſte, podeis ſembrar garuãços, y no cenada: el que viene ſerá de guilla de azeyte, los tres ſiguientes no ſe cogerá gota. Eſſa ciencia ſe llama Aſtrologia, dixo

don Quixote. No se yo como se llama, replicò Pedro, mas se que todo esto sabia, y aun mas. Finalmente, no pasaron muchos meses despues que vino de Salamanca, quando vn dia remanecio vestido de pastor, con su cayado y pellico, auiendose quitado los habitos largos que como escolar traia, y juntamente se vistio con el de pastor, otro su grande amigo llamado Ambrosio, que auia sido su compañero en los estudios. Oluidauaseme de dezir como Grisostomo el difunto, fue grande hombre de componer coplas, tanto que el hazia los villancicos para la noche del Nacimiento del Señor, y los autos para el dia de Dios, que los representauan los moços de nuestro pueblo, y todos dezian que eran por el cabo. Quando los del lugar vieron tan de improuiso vestidos de pastores a los dos escolares, quedaron admirados, y no podian adiuinar la causa que les auia mouido a hazer aquella tan estraña mudança. Ya en este tiempo era muerto el padre de nuestro Grisostomo, y el quedò heredado en mucha cantidad de hazienda, assi en muebles, como en rayzes, y en no pequeña cantidad de ganado, mayor, y menor, y en gran cantidad de dineros: de todo lo qual quedò el moço señor desoluto, y en verdad que todo lo merecia, que era muy buen compañero, y caritatiuo, y amigo de los buenos, y tenia vna cara como vna bendicion. Despues se vino a entender, que el auerse mudado de traje, no auia sido por otra cosa, que por andarse por estos despoblados, empos de aquella pastora Marcela, que nuestro cagal nombrò denantes, de la qual se auia enamorado el pobre difunto de Gri-

sos-

ſoſtomo. Y quiero os dezir agora, porque es bien que lo ſepais, quien es eſta rapaza, quiça, y aun ſin quiça, no aureis oydo ſemejante coſa en todos los dias de vueſtra vida, aunque viuais mas años que Sarna. Dezid Sarra, replicò don Quixote, no pudiendo ſufrir el trocar de los vocablos del cabrero. Harto viue la ſarna, reſpondio Pedro, y ſi es ſeñor que me aueis de andar çaheriendo a cada paſſo los vocablos, no acabaremos en vn año. Perdodad amigo, dixo don Quixote, que por auer tanta diferencia de ſarna, a Sarra, os lo dixe, pero vos reſpondiſtes muy bien, porque viue mas ſarna que Sarra, y proſeguid vueſtra hiſtoria, que no os replicarè mas en nada. Digo pues, ſeñor mio de mi alma, dixo el cabrero, que en nueſtra aldea huuo vn labrador, aun mas rico que el padre de Griſoſtomo, el qual ſe llamaua Guillermo, y al qual dio Dios, amen de las muchas, y grandes riquezas, vna hija, de cuyo parto murio ſu madre, que fue la mas honrada muger que huuo en todos eſtos contornos, no parece ſino que aora la veo con aquella cara, que del vn cabo tenia el ſol, y del otro la luna, y ſobre todo hazendoſa, y amiga de los pobres, por lo que creo que deue de eſtar ſu anima a la hora de hora, gozando de Dios en el otro mundo. De peſar de la muerte de tan buena muger murio ſu marido Guillermo, dexando a ſu hija Marcela muchacha, y rica, en poder de vn tio ſuyo Sacerdote, y Beneficiado en nueſtro lugar. Crecio la niña con tanta belleza, que nos hazia acordar de la de ſu madre, que la tuuo muy grande, y con todo eſto ſe juzgaua que le auia de paſſar la de la

hija. Y assi fue, que quando llegò a edad de catorze a quinze años, nadie la miraua, que no bendezia a Dios que tan hermosa la auia criado, y los mas quedauan enamorados, y perdidos por ella. Guardauala su tio con mucho recato, y con mucho encerramiẽto. Pero con todo esto, la fama de su mucha hermosura, se estendio de manera, que assi por ella, como por sus muchas riquezas, no solamente de los de nuestro pueblo, sino de los de muchas leguas a la redonda, y de los mejores dellos, era rogado, solicitado, è importunado su tio se la diesse por muger. Mas el (que a las derechas es buen Christiano) aunque quisiera casarla luego, assi como la via de edad, no quiso hazerlo sin su cõsentimiento, sin tener ojo a la ganancia, y grangeria, que le ofrecia el tener la hazienda de la moça, dilatando su casamiẽto. Y a fè que se dixo esto, en mas de vn corrillo en el pueblo, en alabança del buen sacerdote. Que quiero que sepa, señor andante, que en estos lugares cortos, de todo se trata, y de todo se murmura. Y tened para vos, como yo tengo para mi, que deuia de ser demasiadamente bueno el clerigo, que obliga a sus feligreses a que digan bien del, especialmente en las aldeas. Assi es la verdad, dixo don Quixote, y proseguid adelante, que el cuento es muy bueno, y vos buen Pedro, le contais cõ muy buena gracia. La del Señor no me falte; que es la que haze alcaso. Y en lo demas sabreis, que aunque el tio proponia a la sobrina, y le dezia las calidades de cada vno en particular, de los muchos que por muger la pedian, rogãdole que se casasse, y escogiesse a su gusto, jamas ella respondio otra cosa, sino que por entónces no queria casar-

casarse, y que por ser tan muchacha, no se sentia abil para poder llevar la carga del matrimonio. Con estas que daua, al parecer justas escusas, dexaua el tio de importunarla, y esperaua a que entrasse algo mas en edad, y ella supiesse escoger compañia a su gusto. Porque dezia el, y dezia muy bien, que no auian de dar los padres a sus hijos estado contra su voluntad. Pero, heme lo aqui, quando no me cato, que remanece vn dia la melindrosa Marcela hecha pastora: y sin ser parte su tio, ni todos los del pueblo, q̃ se lo desaconsejauan, dio en yrse al campo, con las demas çagalas del lugar, y dio en guardar su mesmo ganado. Y assi como ella salio en publico, y su hermosura se vio al descubierto, no os sabre buenamente dezir, quantos ricos mancebos, hidalgos, y labradores, hã tomado el traje de Grisostomo, y la andan requebrando por essos campos. Vno de los quales, como ya està dicho, fue nuestro difunto, del qual dezian, que la dexaua de querer, y la adoraua. Y no se piense, que porque Marcela se puso en aquella libertad, y vida tan suelta, y de tan poco, o de ningun recogimiento, que por esso ha dado indicio, ni por semejas, que venga en menoscabo de su honestidad, y recato: antes es tanta, y tal la vigilancia con que mira por su honra, que de quantos la siruen y solicitan, ninguno se ha alabado, ni con verdad se podra alabar, que le aya dado alguna pequeña esperãça de alcançar su desseo. Que puesto que no huye, ni se esquiua de la compañia, y conuersacion de los pastores, y los trata cortès, y amigablemẽte, en llegando a descubrirle su intencion qualquiera dellos, aunque sea tan justa y santa, como la del matrimonio, los

arroja de si como cō vn trabuco. Y con esta manera de condicion, haze mas daño en esta tierra, q̄ si por ella entrara la pestilencia, porq̄ su afabilidad, y hermosura, atrae los coraçones de los que la tratan a seruirla, y a amarla: pero su desden, y desengaño, los conduze a terminos de desesperarse, y assi no sabē que dezirle, sino llamarla a vozes cruel, y desagradecida, con otros titulos a este semejante, que bien la calidad de su condicion manifiestan. Y si aqui estuuiessedes señor algun dia, veriades resonar estas sierras, y estos valles, con los lamēros de los desengañados que la siguen. No està muy lexos de aqui vn sitio, donde ay casi dos dozenas de altas hayas, y no ay ninguna que en su lisa corteza, no tenga grauado, y escrito el nombre de Marcela, y encima de alguna, vna corona grauada en el mesmo arbol, como si mas claramente dixera su amante, que Marcela la lleua, y la merece de toda la hermosura humana. Aqui sospira vn pastor, alli se quexa otro, acullà se oyen amorosas canciones, aca desesperadas endechas. Qual ay, que passa todas las horas de la noche sentado al pie de alguna enzina, o peñasco, y alli sin plegar los llorosos ojos, embeuecido, y transportado en sus pensamientos, le hallò el sol a la mañana. Y qual ay, que sin dar vado, ni tregua a sus suspiros, en mitad del ardor de la mas enfadosa siesta del Verano, tendido sobre la ardiente arena, embia sus quexas al piadoso cielo. Y deste, y de aquel, y de aquellos, y de estos, libre, y desenfadadamente, triunfa la hermosa Marcela. Y todos los que la conocemos, estamos esperando en que ha de parar su altiuez, y quien ha de ser el dichoso

que

que ha de venir â domeñar condicion tan terrible, y gozar de hermosura tan estremada. Por ser todo lo que he contado tan aueriguada verdad, me doy a entender, que tambien lo es la q̃ nuestro çagal dixo, que se dezia de la causa de la muerte de Grisostomo. Y assi os acósejo señor, que no dexeis de hallaros mañana a su entierro, que serà muy de ver, porque Grisostomo tiene muchos amigos, y no està de este lugar, a aquel donde manda enterrarse, media legua. En cuydado me lo tengo, dixo don Quixote, y agradezcoos el gusto que me aueis dado, con la narracion de tan sabroso cuento. O, replicò el cabrero, aun no se yo la mitad de los casos sucedidos a los amantes de Marcela, mas podria ser que mañana topassemos en el camino algun pastor que nos los dixesse, y por aora bien serà que os vais a dormir debaxo de techado, porque el sereno os podria dañar la herida, puesto que es tal la medicina que se os ha puesto, que no ay que temer de contrario acidente. Sancho Pança, que ya daua al diablo el tãto hablar del cabrero, solicitò por su parte, que su amo se entrasse a dormir en la choça de Pedro. Hizolo assi, y todo lo mas de la noche se le passò en memorias de su señora Dulzinea, a imitacion de los amantes de Marcela. Sancho Pança se acomodò entre Rozinante, y su jumento, y durmio no como enamorado desfauorecido, sino como hombre molido a cozes.

(?)

Cap

Cap. XIII. Donde se da fin al cuento de la pastora Marcela, con otros sucessos.

MAS A penas començò a descubrirse el dia por los valcones del Oriente, quando los cinco de los seis cabreros se leuãtaron, y fueron a despertar a don Quixote, y a dezille si estaua toda via con proposito de yr a ver el famoso entierro de Grisostomo, y que ellos le harian compañia. Dõ Quixote, que otra cosa no desseaua, se leuantò, y mandò a Sãcho que ensillasse, y enalbardasse al momento, lo qual el hizo con mucha diligencia, y con la mesma se pusieron luego todos en camino. Y no huuieron andado vn quarto de legua, quãdo al cruzar de vna senda, vieron venir hàzia ellos hasta seis pastores, vestidos con pellicos negros, y coronadas las cabeças con guirnaldas de cypres, y de amarga adelfa. Traìa cada vno vn gruesso baston de azebo en la mano. Venian con ellos assi mesmo dos gentiles hombres de acauallo, muy bien adereçados de camino, cõ otros tres moços de apie que los acompañauan. En llegandose a juntar se saludaron cortèsmente, y preguntandose los vnos a los otros donde yuan, supieron que todos se encaminauan al lugar del entierro, y assi començaron a caminar todos juntos. Vno de los de acauallo, hablando con su compañero le dixo: Pareçeme señor Viualdo, que auemos de dar por bien empleada la tardança que hizieremos, en ver este famoso entierro, que no podra dexar de ser famoso, segun estos pastores nos han contado estrañezas

ñezas ansi del muerto pastor, como de la pastora omicida. Assi me lo parece a mi, respondio Vialdo, yno digo yo hazer tardãça devn dia, pero de quatro la hiziera a trueco de verle. Preguntoles don Quixote, que era lo que auian oydo de Marcela, y de Grisostomo. El caminante, dixo, que aquella madrugada auian entrado con aquellos pastores, y que por auerles visto en aquel tan triste traje, les auian preguntado la ocasion porque yuan de aquella manera, que vno dellos se lo contò. Contando la estrañeza, y hermosura, de vna pastora llamada Marcela, y los amores de muchos que la requestauan, con la muerte de aquel Grisostomo, a cuyo entierro yuã. Finalmente, el contò todo lo que Pedro a don Quixote auia contado. Cessò esta platica, y començole otra. Preguntando el que se llamaua Vialdo, a don Quixote, que era la ocasion que le mouia a andar armado de aquella manera por tierra tã pacifica? A lo qual, respondio don Quixote: La profession de mi exercicio, no consiente, ni permite que yo ande de otra manera: El buen passo, el regalo, y el reposo, alla se inuentò para los blandos cortesanos: mas el trabajo, la inquietud, y las armas, solo se inuentaró, è hizieron, para aquellos que el mundo llama caualleros andantes, de los quales, yo aũque indigno, soy el menor de todos. A penas le oyeron esto, quando todos le tuuieron por loco. Y por auerigualo mas, y ver que genero de locura era el suyo, le tornó a preguntar Vialdo, que que queria dezir caualleros andantes? No han vuestras mercedes leydo, respondio don Quixote, los anales è historias de Ingalaterra, donde se tratan las famosas fazañas del Rey Arturo,

Arturo, que continuamente en nuestro Romance Castellano llamamos el Rey Artus, de quien es tradicion antigua, y comun en todo aquel Reyno de la gran Bretaña, que este Rey no murio, sino que por arte de encantamento se conuirtio en cueruo, y que andando los tiempos ha de boluer a reynar, y a cobrar su Reyno, y cetro. A cuya causa, no se prouarà que desde aquel tiempo a este, aya ningun Ingles muerto cueruo alguno. Pues en tiempo deste buen Rey, fue instituyda aquella famosa orden de caualleria, de los caualleros de la tabla Redonda, y passaron sin faltar vn punto, los amores que alli se cuentan, de don Lançarote del Lago, con la Reyna Ginebra, siendo medianera dellos, y sabidora, aquella tan honrada dueña Quintañona, de donde nacio aquel tan sabido romance, y tan decantado en nuestra España: De nunca fuera caualllero de damas tan bien seruido, como fuera Lançarote quando de Bretaña vino. Con aquel progresso tan dulce, y tan suaue, de sus amorosos, y fuertes fechos. Pues desde entónces de mano en mano fue aquella orden de caualleria, estendiendose, y dilatandose por muchas, y diuersas partes del mundo. Y en ella fueron famosos, y conocidos por sus fechos, el valiente Amadis de Gaula, con todos sus hijos, y nietos, hasta la quinta generacion, y el valeroso Felixmarte de Hircania, y el nunca como se deue alabado Tirante el Blanco, y casi que en nuestros dias, vimos, y comunicamos, y oymos al inuencible, y valeroso caualllero don Belianis de Grecia. Esto pues señores, es ser caualllero andante, y la que he dicho, es la orden

den de ſu caualleria. En la qual, como otra vez he dicho, yo aunque pecador, he hecho profeſſion, y lo meſmo que profeſſaron los caualleros referidos profeſſo yo. Y aſsi me voy por eſtas ſoledades, y deſpoblados, buſcando las auenturas, con animo deliberado, de ofrecer mi braço, y mi perſona, a la mas peligroſa que la ſuerte me deparare, en ayuda de los flacos, y meneſterosos. Por eſtas razones que dixo, acabaron de enterarſe los caminantes, que era don Quixote falto de juyyio, y del genero de locura que lo ſeñoreaua, de lo qual recibieron la meſma admiracion, que recibian todos aquellos que de nueuo venian en conocimiento della. Y Vrualdo, que era perſona muy diſcreta, y de alegre condicion, por paſſar ſin peſadumbre el poco camino que dezian que les faltaua al llegar a la ſierra del entierro, quiſo darle ocaſion a que paſſaſſe mas adelante con ſus diſparates. Y aſsi le dixo: Pareceme, ſeñor caualliero andante, que vueſtra merced ha profeſſado vna de las mas eſtrechas profeſsiones que ay en la tierra: y tengo para mi, que aun la de los frayles Cartuxos no es tan eſtrecha. Tan eſtrecha bien podia ſer, reſpondio nueſtro don Quixote: pero tan neceſſaria en el mundo, no eſtoy en dos dedos de ponello en duda. Porque ſi va a dezir verdad, no haze menos el ſoldado que poen en execucion lo que ſu Capitan le manda, que el meſmo Capitan que ſe lo ordena. Quiero dezir, que los religioſos, con toda paz y ſoſsiego, piden al cielo el bien de la tierra: pero los ſoldados, y caualleros, ponemos en execucion lo que ellos pidé, de-

ſen-

tendiendola con el valor de nuestros braços, y filos de nuestras espadas. No debaxo de cubierta, sino al cielo abierto, puestos por blanco de los insufribles rayos del sol en el Verano, y de los erizados yelos del inuierno. Assi, que somos ministros de Dios en la tierra, y braços por quien se executa en ella su justicia. Y como las cosas de la guerra, y las a ellas tocantes, y concernientes, no se pueden poner en execucion, sino sudando, afanando, y trabajando, siguese, que aquellos que la professan, tienen sin duda mayor trabajo q̃ aquellos que en sossegada paz, y reposo, estan rogando a Dios, fauorezca a los que poco pueden. No quiero yo dezir, ni me passa por pensamiento, que es tan buen estado el de caualleros andãte, como el del encerrado religioso, solo quiero inferir por lo que yo padezco, que sin duda es mas trabajoso, y mas aporreado, y mas hambriento, y sediento, miserable, roto, y piojoso, porque no ay duda, sino que los caualleros andantes passados, passaron mucha malauentura, en el discurso de su vida. Y si algunos subieron a ser Emperadores por el valor de su braço, a fe que les costò buen porque de su sangre, y de su sudor: y q̃ si a los q̃ a tal grado subieron les faltaran encantadores, y sabios que los ayudaran, que ellos quedaran bien defraudados de sus desseos, y bien engañados de sus esperanças. De esse parecer estoy yo, replicò el caminante pero vna cosa entre otras muchas me parece muy mal de los caualleros andantes, y es: Que quando se ven en ocasion de acometer vna grãde, y peligrosa auẽtura, en que se vee manifiesto peligro de perder la vida, nũca en aquel instante de acometella

tella se acuerdan de encomendarse a Dios, como cada Christiano està obligado à hazer en peligros semejantes, antes se encomiendan a sus damas, con tanta gana y deuocion, como si ellas fueran su Dios: cosa que me parece que huele algo a Gentilidad. Señor, respondio don Quixote, esso no puede ser menos en ninguna manera, y caeria en mal caso el cauallero andante que otra cosa hiziesse, que ya està en vso, y costumbre en la caualleria andantesca, que el cauallero andante, que al acometer algun gran fecho de armas, tuuiesse su señora delante, buelua a ella los ojos blanda, y amorosamente, como que le pide con ellos le fauorezca, y ampare en el dudoso trance que acomete. Y aun si nadie le oye, està obligado a dezir algunas palabras entre dientes, en que de todo coraçon se le encomiende. Y desto tenemos innumerables exemplos en las historias. Y no se ha de entender por esto, que han de dexar de encomendarse a Dios, que tiempo, y lugar les queda para hazerlo en el discurso de la obra. Con todo esso, replicò el caminante, me queda vn escrupulo, y es, que muchas vezes he leydo, que se trauan palabras entre dos andantes caualleros, y de vna en otra se les viene a encender la colera, y a boluer los caullos, y tomar vna buena pieça del campo, y luego sin mas, ni mas, a todo el correr dellos, se bueluen a encontrar, y en mitad de la corrida se encomiendan a sus damas: y lo que suele suceder del encuentro, es, que el vno cae por las ancas del cauallo, passado con la lança del contrario de parte a parte: y al otro le viene tambien, que a no tenerse a las cri-

nes del ſuyo, no pudiera dexar de venir al ſuelo. Y no ſe yo, como el muerto tuuo lugar para encomendarſe a Dios, en el diſcurſo de eſta tan aceleradа obra Mejor fuera, que las palabras que en la carrera gaſtò, encomendandoſe a ſu dama, las gaſtara en lo que deuia, y eſtaua obligado como Chriſtiano. Quanto mas, que yo tengo para mi, que no todos los caualleros andantes, tienen damas a quien encomendarſe, porque no todos ſon enamorados. Eſſo no puede ſer, reſpondio don Quixote: Digo, que no puede ſer, que aya cauallero andante ſin dama, porque tan proprio, y tan natural, les es a los tales ſer enamorados, como al cielo tener eſtrellas. Y a buen ſeguro, que no ſe aya viſto hiſtoria, donde ſe halle cauallero andante ſin amores: y por el meſmo caſo que eſtuuieſſe ſin ellos, no ſeria tenido por legitimo cauallero, ſino por baſtardo, y que entrò en la fortaleza de la caualleria dicha, no por la puerta, ſino por las bardas, como ſalteador, y ladron. Con todo eſſo, dixo el caminante, me parece (ſi mal no me acuerdo) auer leydo que don Galaor, hermano del valeroſo Amadis de Gaula, nunca tuuo dama ſeñalada a quien pudieſſe encomendarſe: y con todo eſto, no fue tenido en menos, y fue vn muy valiente, y famoſo cauallero. A lo qual, reſpondio nueſtro don Quixote: Señor, vna golondrina ſola no haze Verano. Quanto mas, que yo ſe que de ſecreto eſtaua eſſe cauallero muy bien enamorado: fuera que aquello de querer a todas bien, quantas bien le parecian, era condicion natural, a quien no podia yr a la mano. Pero en reſoluçion, aueriguado eſtà muy bien, que el

tenia

tenia vna sola, a quien el auia hecho señora de su voluntad. a la qual se encomendaua muy a menudo, y muy secretamente, porque se preciò de secreto caualliero. Luego si es de essencia, que todo caualliero andante, aya de ser enamorado (dixo el caminante) bien se puede creer, que vuestra merced lo es, pues es de la profession. Y si es que vuestra merced no se precia de ser tan secreto como don Galaor, con las veras que puedo, le suplico en nombre de toda esta compañia, y en el mio, nos diga el nombre, patria, calidad, y hermosura de su dama, que ella se tendria por dichosa, de que todo el mundo sepa, que es querida, y seruida, de vn tal caualliero como vuestra merced parece. Aqui dio vn gran suspiro don Quixote, y dixo: Yo no podre afirmar, si la dulce mi enemiga, gusta, o no, de que el mundo sepa que yo la siruo, solo se dezir (respondiendo a lo que con tanto comedimiento se me pide) que su nombre es Dulzinea, su patria el Toboso vn lugar de la Mancha, su calidad por lo menos, ha de ser de Princesa, pues es Reyna, y señora mia. Su hermosura sobrehumana, pues en ella se vienen à hazer verdaderos todos los imposibles, y quimericos atributos de belleza, que los Poetas dan a sus damas. Que sus cabellos son oro, su frente campos Eliseos, sus cejas arcos del cielo: sus ojos soles, sus mexillas rosas, sus labios corales: perlas sus dientes alauastro su cuello: marmol su pecho, marfil sus manos: su blancura nieue: y las partes q̃ a la vista humana encubrio la honestidad, son tales, segun yo pienso, y entiendo, que solo la discreta consideracion puede encarecerla, y no cópa-

rarlas. El linaje, profapia, y alcurnia, querriamos faber, replicò Vialdo. A lo qual, reſpondio don Quixote: No es de los antiguos Curcios, Gayos, y Cipiones Romanos, ni de los modernos Colonas, y Vrſinos: ni de los Moncadas, y Requeſenes de Cataluña: ni menos de los Rebellas, y Villanouas de Valencia: Palafoxes, Nuças, Rocabertis, Corellas, Lunas, Alagones, Vrreas, Fozes, y Gurreas de Aragon. Cerdas, Manriques, Mendoças, y Guzmanes de Caſtilla: Alencaſtros, Pallas, y Meneſes de Portogal: pero es de los del Toboſo de la Mancha, linage aunque moderno, tal que puede dar generoſo principio a las mas iluſtres familias de los venideros ſiglos: y no ſe me replique en eſto, ſino fuere con las condiciones que puſo Cerbino, al pie del trofeo de las armas de Orlando, que dezia: Nadie las mueua, que eſtar no pueda con Roldan a prueua. Aunque el mio es de los Cachopines de Laredo. Reſpondio el caminante: No le oſaré yo poner con el del Toboſo de la Mancha: pueſto que para dezir verdad, ſemejante apellido, haſta aora no ha llegado a mis oydos. Como eſſo no aura llegado, replicò don Quixote. Con gran atencion yuan eſcuchando todos los demas la platica de los dos: y aun haſta los meſmos cabreros, y paſtores, conocieron la demaſiada falta de juyzio de nueſtro don Quixote. Solo Sancho Pança penſaua que quitoſu amo dezia era verdad, ſabiendo el quien era, y auiendole conocido deſde ſu nacimiento. Y en lo que dudaua algo, era en creer aquello de la linda Dulzinea del Toboſo, porque nunca tal nombre, ni tal Princeſa, auia llegado jamas a ſu noticia,

aun-

aunque viuia tan cerca del Toboso. En estas platicas yuan, quando vieron que por la quiebra que dos altas montañas hazian, baxauan hasta veynte pastores, todos con pellicos de negra lana vestidos, y coronados con guirnaldas, que a lo que despues parecio, era qual de Texo, y qual de Cipres. Entre seys dellos traian vnas andas, cubiertas de mucha diuersidad de flores, y de ramos. Lo qual visto por vno de los cabreros, dixo: Aquellos que alli vienen, son los que traen el cuerpo de Grisostomo, y el pie de aquella montaña, es el lugar donde el mandò que le enterrassen. Por esto se dieron priessa a llegar, y fue a tiempo, que ya los que venian, auian puesto las andas en el suelo: y quatro dellos con agudos picos estauan cauando la sepultura, a vn lado de vna dura peña. Recibieronse los vnos, y los otros cortesmẽte. Y luego don Quixote, y los que con el venian, se pusieron a mirar las andas, y en ellas vieron cubierto de flores vn cuerpo muerto, vestido como pastor, de edad al parecer de treinta años: y aunque muerto, mostraua que vino auia sido de rostro hermoso, y de disposion gallarda. Al rededor del, tenia en las mesmas andas algunos libros, y muchos papeles abiertos, y cerrados. Y assi los que esto mirauan, como los que abrian la sepultura, y todos los demas que alli auia, guardauan vn marauilloso silencio. Hasta que vno de los que al muerto truxeron, dixo a otro: Mira bien Ambrosio, si es este el lugar que Grisostomo dixo. Ya quereis que tan puntualmente se cumpla lo que dexò mandado en su testamento? Este es, respondio Ambrosio, que muchas vezes en el me contò mi desdichado amigo, la his-

toria de su desuentura. Alli me dixo el, que vio la vez primera, a aquella enemiga mortal del linaje humano: y alli fue tambien, donde la primera vez le declarò su pensamiento, tan honesto, como enamorado: y alli fue la vltima vez, donde Marcela le acabò de desengañar, y desdeñar, de suerte que puso fin a la tragedia de su miserable vida. Y aqui en memoria de tantas desdichas, quiso el que le depositassen en las entrañas del eterno oluido. Y boluiendose a don Quixote, y a los caminantes, prosiguio, diziendo: Esse cuerpo señores, que con piadosos ojos estais mirando, fue depositario de vn alma, en quien el cielo puso infinita parte de sus riquezas: Esse es el cuerpo de Grisostomo, que fue vnico en el ingenio, solo en la cortesia, estremo en la gentileza, Fenix en la amistad, magnifico sin tassa, graue sin presuncion, alegre sin baxeza, y finalmente primero en todo lo que es ser bueno, y sin segundo, en todo lo q̃ fue ser desdichado. Quiso bien, fue aborrecido, adoro, fue desdeñado, rogò a vna fiera, importunò a vn marmol, corrio tras el viento, dio vozes a la soledad, siruio a la ingratitud, de quien alcançò por premio, ser despojos de la muerte, en la mitad de la carrera de su vida. A la qual dio fin vna pastora, a quien el procuraua eternizar, para que viuiera en la memoria de las gentes: qual lo pudieran mostrar bien essos papeles que estais mirando. Si el no me huuiera mandado que los entregara al fuego, en auiendo entregado su cuerpo a la tierra. De mayor rigor, y crueldad vsareis vos con ellos, dixo Vinaldo, que su mesmo dueño: pues no es justo, ni acertado, que se cumpla la voluntad de quien lo que ordena va fuera de

todo

todo razonable discurso. Y no le tuuiera bueno Agusto Cesar, si consintiera que se pusiera en execucion, lo que el diuino Mantuano dexó en su testamento mandado. Assi, que señor Ambrosio, ya que deis el cuerpo de vuestro amigo a la tierra, no querais dar sus escritos al oluido, que si el ordenò como agrauiado, no es bien que vos cumplais como indiscreto. Antes hazed, dando la vida a estos papeles, q̃ la tenga siempre la crueldad de Marcela, para que sirua de exemplo en los tiempos que estan por venir a los viuientes, para que se aparten, y huyan de caer en semejantes despeñaderos: que ya se yo, y los que aquì venimos, la historia desse vuestro enamorado, y desesperado amigo: y sabemos la amistad vuestra, y la ocasion de su muerte, y lo que dexò mandado al acabar de la vida: de la qual lamentable historia, se puede sacar, quanto aya sido la crueldad de Marcela, el amor de Grisostomo, la fè de la amistad vuestra, con el paradero que tienen los que a rienda suelta corren por la senda que el desuariado amor delante de los ojos les pone. Anoche supimos la muerte de Grisostomo, y que en este lugar auia de ser enterrado, y assi de curiosidad, y de lastima, dexamos nuestro derecho viaje, y acordamos de venir a ver con los ojos lo que tanto nos auia lastimado en oyllo. Y en pago desta lastima, y del desseo que en nosotros nacio de remedialla si pudieramos, te rogamos, o discreto Ambrosio: a lo menos, yo te lo suplico de mi parte, que dexãdo de abrasar estos papeles, me dexes lleuar algunos dellos. Y sin aguardar que el pastor respondiesse, alargò la mano, y tomò algunos de los que mas cerca

estauan, viendo lo qual Ambrosio dixo: Por cortesia, consentirè que os quedeis señor con los que ya aueis tomado, pero pensar que dexarè de abrigar los que quedan, es pensamiento vano. Viualdo, que desseaua ver lo que los papeles dezian, abrio luego el vno dellos, y vio que tenia por titulo: Cancion desesperada. Oyolo Ambrosio, y dixo: Esse es el vltimo papel que escriuio el desdichado, y porque veais señor, en el termino que le tenian sus desuenturas, leelde de modo que seais oydo, que bien os darà lugar a ello, el que se tardare en abrir la sepultura. Esso hare yo de muy buena gana, dixo Viualdo: y como todos los circunstantes tenian el mesmo desseo, se le pusieron a la redonda, y el leyendo en voz clara, vio que assi dezia.

Cap XIIII. Donde se ponen los versos desesperados del difunto pastor, con otros no esperados successos.

CANCION DE GRISOSTOMO

Y *A que quieres cruel que se publique*
De lengua en lengua, y de vna en otra gente,
Del aspero rigor tuyo la fuerça:
Harè que el mesmo infierno comunique
Al triste pecho mio vn son doliente,
Con que el vso comun de mi voz tuerça.
Y al par de mi desseo que se esfuerça
A dezir mi dolor, y tus hazañas,
De la espantable voz yra el acento,
Y en el mezcladas por mayor tormento
Pedaços de las miseras entrañas.

Escuela

Escucha pues y presta atento oydo,
No al concertado son, sino al ruydo,
Que de lo hondo de mi amargo pecho,
Lleuado de vn forçoso desuario,
Por gusto mio, sale y tu despecho.
El rigor del Leon, del Lobo fiero,
El temeroso aullido, el siluo horrendo
De esecamosa serpiente, el espantable:
Balando de algun monstruo, el agorero,
Graznar de la corneja, y el estruendo
Del viento contrastado en mar instable.
Del ya vencido toro, el implacable
Bramido, y de la viuda tortolilla
El sentible arrullar, el triste canto
del embidiado bubo con el llanto
De toda la infernal negra quadrilla.
Salgan con la doliente anima fuera,
Mezclados en vn son de tal manera,
Que se confundan los sentidos todos,
Pues la pena cruel qüe en mi se halla,
Para contalle pide nueuos modos.
De tanta confusion, no las arenas
Del padre Tajo, oyran los tristes ecos,
Ni del famoso Betis las oliuas:
Que alli se esparziran mis duras penas
En altos riscos, y en profundos huecos,
Con muerta lengua, y con palabras viuas.
Oya en oscuros valles, o en esquiuas
54 Playas, desnudas de contrato humano,
O a donde el sol jamas mostrò su lumbre,
O entre la veneno sa muchedumbre
De fieras, que alimenta el libro llano.

Que puesto que en los paramos desiertos,
Los ecos roncos de mi mal inciertos
Suenen con tu rigor tan sin segundo,
Por priuilegio de mis cortos hados,
Seran llenados por el ancho mundo.
Mata vn desden, atierra la paciencia,
O verdadera, o falsa vna sospecha,
Matan los zelos con rigor mas fuerte:
Desconcierta la vida larga ausencia,
Contra vn temor de oluido no aprouecha
Firme esperança de dichosa suerte.
En todo ay cuenta inenitable muerte,
Mas yo (milagro nunca visto) viuo
Zeloso, ausente, desdeñado y cierto,
De las sospechas que me tienen muerto,
Y en el oluido en quien mi fuego auiuo.
Y entre tantos tormentos, nunca alcança
Mi vista a ver en sombra a la esperança,
No yo desesperado la procuro,
Antes por estremarme en mi querella,
Estar sin ella eternamente juro.
Puedese por ventura en vn instante
Esperar y temer? o es bien hazello,
Siendo las causas del temor mas ciertas?
Tengo si el duro zelo està delante
De cerrar estos ojos? si he de vello
Por mil heridas, en el alma abiertas?
Quien no abrira de par en par las puertas
A la desconfiança quando mira
Descubierto el desden? y las sospechas,
(O amarga conuersion) verdades hechas,
Y la limpia verdad, buelta en mentira?

O en el Reyno de amor, fieros tyranos
Zelos, ponedme vn hierro en estas manos,
Dame desden vna torcida soga,
Mas ay de mi, que con cruel vitoria
Vuestra memoria el sufrimiento ahoga.
Yo muero en fin, y porque nunca espere
Buen suceſſo en la muerte, ni en la vida,
Pertinaz estarè en mi fantasia:
Dirè que va acertado el que bien quiere,
Y que es mas libre el alma mas rendida
A la de amor antigua tyrania.
Dirè que la enemiga siempre mia
Hermosa el alma, como el cuerpo tiene,
y que su olvido de mi culpa nace.
Y que en fè de los males que nos haze
Amor su Imperio en justa paz mantiene.
Y con esta opinion, y vn duro lazo,
Acelerando el miserable plazo,
A que me han conduzido sus desdenes,
Ofreceràa los vientos cuerpo y alma,
Sin lauro, o palma, de futuros bienes.
Tu que con tantas sinrazones muestras
La razon que me fuerça a que la haga,
A la cansada vida que aborrezco:
Pues ya ves que te da notorias muestras,
Esta del coraçon profunda llaga,
De como alegre a tu rigor me ofrezco.
Si por dicha conoces que merezco,
Que el cielo claro de tus bellos ojos,
En mi muerte se turbe, no lo hagas,
Que no quiero que en nada satisfagas,
Al darte de mi alma los despojos.

Antes

Antes con risa en la ocasion funesta,
Descubre que el fin mio, fue tu fiesta,
Mas gran simpleza es auisarte desto,
Pues se que està tu gloria conocida,
En que mi vida llegue al fin tan presto.
Venga, que es tiempo ya del hondo abismo
Tantalo con su sed, Sisifo venga
Con el peso terrible de su canto.
Ticio traya su buytre, y assi mismo
Con su rueda Egion no se detenga,
Ni las hermanas que trabajan tanto.
Y todos juntos, su mortal quebranto
Trasladen en mi pecho, y en voz baxa,
(Si ya a vn desesperado son deuidas)
Canten obsequias tristes doloridas
Al cuerpo, a quien se niegue aun la mortaja.
Y el portero infernal de los tres rostros,
Con otras mil quimeras, y mil monstros
Lleuen el doloroso contrapunto,
Que otra pompa mejor no me parece,
Que la merece vn amador difunto.
Cancion desesperada, no te quexes,
Quando mi triste compañia dexes,
Antes pues que la causa do naciste,
Con mi desdicha augmentas su ventura,
Aun en la sepultura no estes triste.

BIen les parecio a los que escuchado auian la cancio de Grisostomo, puesto que el q̃ la leyo, dixo, que no le parecia q̃ conformaua con la relacion q̃ el auia oydo del recato, y bondad de Marcela, porque en ella se quexaua Grisostomo de zelos, sospechas,

y de

y de ausencia, todo en perjuyzio del buen credito, y buena fama de Marcela. A lo qual respondio Ambrosio (como aquel que sabia bien los mas escondidos pensamintos de su amigo): Para que señor os satisfagais de su duda, es bien que sepais, que quando este desdichado escriuio esta cancion, estaua ausente de Marcela, de quien el se auia ausentado por su voluntad, por ver si vsaua con el la ausencia de sus ordinarios fueros. Y como al enamorado ausente, no ay cosa que no le fatigue, ni temor que no le de alcance: assi le fatigauan a Grisostomo los zelos imaginados, y las sospechas temidas, como si fueran verdaderas. Y con esto queda en su punto, la verdad que la fama pregona de la bondad de Marcela: la qual, fuera de ser cruel, y vn poco arrogante, y vn mucho desdeñosa: la mesma embidia, ni deue, ni puede ponerle falta alguna. Assi es la verdad, respondio Vivaldo: y queriendo leer otro papel de los que auia reseruado del fuego, lo estoruò vna marauillosa vision (que tal parecia ella) que improuisamente se les ofrecio a los ojos, y fue, que por cima de la peña, donde se cauaua la sepultura, parecio la pastora Marcela, tan hermosa que passaua a su fama su hermosura. Los que hasta entonces no la auian visto, la mirauan con admiracion, y silencio: y los q̃ ya estauan acostumbrados a verla, no quedaron menos suspensos que los que nunca la auian visto. Mas apenas la huuo vistò Ambrosio, quando con muestras de animo indignado, le dixo: Vienes a ver por ventura, o fiero basilisco destas montañas, si con tu presencia vierté sangre las heridas deste miserable, a quie tu crueldad quitô la vida? O vienes a vfanarte en las

en las crueles hazañas de tu condicion? O aver desde essa altura, como otro despiadado Nero, el incẽdio de su abrasada Roma? O a pisar arrogante este desdichado cadauer, como la ingrata hija al de su padre Tarquino? Dinos presto a lo que vienes, o q̃ es aquello de que mas gustas, que por saber yo, que los pensamientos de Grisostomo, jamas dexaron de obedecerte en vida, harè que aun el muerto te obedezcan los de todos aquellos que se llamaron sus amigos? No vengo, o Ambrosio, a ninguna cosa de las que has dicho, respondio Marcela, sino a boluer por mi misma, y a dar a entender, quan fuera de razon van todos aquellos q̃ de sus penas, y de la muerte de Grisostomo me culpan: y assi ruego a todos los que aqui estais, me esteis atentos, que no serà menester mucho tiempo, ni gastar muchas palabras, para persuadir vna verdad a los discretos. Hizome el cielo, segun vosotros dezis, hermosa, y de tal manera, que sin ser poderosos a otra cosa, a que me ameis os mueue mi hermosura. Y por el amor que me mostrais, dezis y aun quereis que estè yo obligada a amaros. Yo conozco con el natural entendimiento que Dios me ha dado, que todo lo hermoso es amable: mas no alcanço, que por razon de ser amado, estè obligado lo que es amado por hermoso, a amar a quien le ama. Y mas, que podria acótecer, q̃ el amador de lo hermoso fuesse feo: y siẽdo lo feo digno de ser aborrecido, cae muy mal el dezir: Quierote por hermosa, hasme de amar aunq̃ sea feo. Pero puesto caso que corran igualmẽte las hermosuras, no por esso han de correr iguales los desseos, que no todas hermosuras enamoran, q̃ algunas

ale

alegran la vista, y no rinden la voluntad. Que si todas las bellezas enamorassen, y rindiessen, seria vn andar las voluntades confusas, y descaminadas, sin saber en qual auian de parar. Porque siendo infinitos los sujetos hermosos, infinitos auian de ser los desseos. Y segun yo he oydo dezir, el verdadero amor no se diuide, y ha de ser voluntario, y no forçoso. Siendo esto assi, como yo creo que lo es, porque quereis que rinda mi voluntad por fuerça, obligada no mas, de que dezis que me quereis bien? Sino dezidme, si como el cielo me hizo hermosa, me hiziera fea, fuera justo que me quexara de vosotros porque no me amauades? Quanto mas, que aueis de considerar, que yo no escogi la hermosura que tengo, que tal qual es, el cielo me la dio de gracia, sin yo pedilla ni escogella. Y assi como la viuora no merece ser culpada por la ponçoña que tiene, puesto que con ella mata, por auersela dado naturaleza: tan poco yo merezco ser reprehendida por ser hermosa, que la hermosura en la muger honesta, es como el fuego apartado, o como la espada aguda, que ni el quema, ni ella corta a quien a ellos no se acerca. La honra, y las virtudes, son adornos del alma, sin las quales el cuerpo aunque lo sea, no deue de parecer hermoso. Pues si la honestidad, es vna de las virtudes que al cuerpo, y alma mas adornan, y hermosean, porque la ha de perder la que es amada por hermosa, por corresponder a la intencion de aquel que por solo su gusto, con todas sus fuerças, e industrias, procura que la pierda? Yo naci libre, y para poder viuir libre, escogi la soledad de los campos. Los arboles destas montañas son mi compañia,

las

las claras agúas deſtos arroyos mis eſpejos: con los arbóles, y con las aguas, comunico mis penſamientos, y hermoſura. Fuego ſoy apartado, y eſpada pueſta lexos. A los que he enamorado con la viſta, he deſengañado con las palabras. Y ſi los deſſeos ſe ſuſtentan con eſperanças, no auiendo yo dado alguno a Griſoſtomo, ni a otro alguno: el fin de ninguno dellos, bié ſe puede dezir, que antes le mato ſu porfia que mi crueldad. Y ſi ſe me haze cargo, que eran honeſtos ſus penſamientos, y que por eſto eſtaua obligada a correſponder a ellos: digo, que quando en eſſe miſmo lugar, donde aora ſe caua ſu ſepultura, me deſcubrió la bondad de ſu intencion, le dixe yo, que la mia era viuir en perpetua ſoledad, y de q̃ ſola la tierra gozaſſe el fruto de mi recogimiento, y los deſpojos de mi hermoſura. y ſi el con todo eſte deſengaño, quiſo porfiar contra la eſperança, y nauegar contra el viento, que mucho que ſe anegaſſe en la mitad del golfo de ſu deſatino? Si yo le entretuuiera, fuera falſa, ſi le contentara, hiziera contra mi mejor intencion, y proſupueſto. Porfió deſengañado, deſeſperó ſin ſer aborrecido: mirad aora, ſi será razó, que de ſu pena ſe me de a mi la culpa? Quexeſe el engañado, deſeſpereſe aquel a quien le faltaron las prometidas eſperanças, confieſſe el que yo llamare, vfaneſe el que yo admitiere: pero no me llame cruel, ni omicida, aquel a quien yo no prometo, engaño, llamo, ni admito El cielo aun haſta aora no ha querido que yo ame por deſtino: y el penſar que tengo de amar por eleccion, es eſcuſado Eſte general deſengaño, ſirua a cada vno de los q̃ me ſolicitan de ſu particular prouecho: y entiendaſe

deaqui

de aqui adelãte, q̃ si alguno por mi muriere, no muere de zeloso, ni desdichado, porq̃ quié a nadie quiere, a ninguno deue dar zelos, q̃ los desengaños no se han de tomar en cuenta de desdenes. El que me llama fiera, y basiliſco, dexeme como cosa perjudicial y mala: el que me llama ingrata, no me sirua: el q̃ desconocida, no me conozca: quien cruel, no me siga: q̃ esta fiera, este basiliſco, esta ingrata, esta cruel, y esta desconocida, ni los busca rà, seruirà, conocerà, ni seguirà en ninguna manera. Que si a Griſostomo matò su impaciẽcia, y arrojado desseo, porq̃ se ha de culpar mi honesto proceder, y recato? Si yo cõseruo mi limpieza con la cõpañia de los arboles, porq̃ ha de querer q̃ la pierda, el q̃ quiere q̃ la tenga con los hõbres? Yo como sabeis, tengo riquezas propias, y no codicio las agenas: Tengo libre condicion, y no gustõ de sujetarme: ni quiero, ni aborrezco a nadie. No engaño a este, ni solicito aq̃l, ni burlo con vno, ni me entretengo con el otro. La conuersaciõ honesta de las zagalas destas aldeas, y el cuydado de mis cabras me entretiene. Tienen mis desseos por termino estas montañas: y si de aqui salen, es a contẽplar la hermosura del cielo, passos cõ q̃ camina el alma a su morada primera. Y en diziendo esto, sin querer oyr respuesta alguna, boluio las espaldas, y se entrò por lo mas cerrado de vn monte q̃ alli cerca estaua, dexãdo admirados tanto de su discrecion, como de su hermosura, a todos los q̃ alli estauan. Y algunos dieron muestras (de aquellos q̃ de la poderosa flecha de los rayos de sus bellos ojos estauan heridos) de querer la seguir, sin aprouecharse del manifiesto de desengaño q̃ auian oydo. Lo qual visto por don Quixote, pare-

ciendole que alli venia bien vsar de su caualleria, socorriendo a las donzellas menesterosas. Puesta la mano en el puño de su espada, en altas, è inteligibles vozes, dixo: Ninguna persona de qualquier estado, y condicion q̃ sea, se atreua a seguir a la hermosa Marcela, so pena de caer en la furiosa indignacion mia. Ella ha mostrado con claras, y suficientes razones, la poca, o ninguna culpa q̃ ha tenido en la muerte de Grisostomo, y quã agena viue de condescender cõ los desseos de ninguno de sus amãtes: a cuya causa, es justo q̃ en lugar de ser seguida, y perseguida, sea hõrada, y estimada de todos los buenos del mundo, pues muestra q̃ en el, ella es sola la que cõ tan honesta intencion viue. O y a que fuesse por las amenazas de don Quixote, o porq̃ Ambrosio les dixo, que concluyessen con lo que a su buen amigo deuian, ninguno de los pastores se mouiò, ni apartò de alli, hasta q̃ acabada la sepultura, y abrasados los papeles de Grisostomo, pusieró su cuerpo en ella, no sin muchas lagrimas de los circunstantes. Cerraron la sepultura con vna gruessa peña, en tãto que se acabaua vna losa, q̃ segũ Ambrosio dixo pensaua mandar hazer, cõ vn epitafio q̃ auia de dezir desta manera.

Y Aze aqui de vn amador
El miserocuerpo elado,
Que fue pastor de ganado,
Perdido por desamor:
Murio a manos del rigor
De vna esquiua hermosa ingrata,
Con quien su Imperio dilata
La tirania de amor.

Luc-

LVego eſparzieron por cima de la ſepultura muchas flores, y ramos: y dando todos el peſame a ſu amigo Ambroſio, ſe deſpidieron del. Lo meſmo hizieron Viualdo, y ſu compañero, y don Quixote ſe deſpidio de ſus hueſpedes, y de los caminantes, los quales le rogaron ſe viniesſe con ellos a Seuilla, por ſer lugar tan acomodado a hallar auenturas, que en cada calle, y tras cada eſquina ſe ofrecen mas que en otro alguno. Don Quixote les agradecio el auiſo, y el animo que moſtrauan de hazerle merced, y dixo, que por entonces no queria, ni deuia yr a Seuilla, haſta que huuieſſe deſpojado todas aquellas ſierras de ladrones Malandrines, de quien era fama que todas eſtauan llenas. Viendo ſu buena determinacion no quiſieron los caminantes importunarle mas, ſino tornandoſe a deſpedir de nueuo le dexaró, y proſiguieron ſu camino: en el qual no les faltò de q̃ tratar, aſsi de la hiſtoria de Marcela, y Griſoſtomo, como de las locuras de don Quixote. El qual determinò de yr a buſcar a la paſtora Marcela, y ofrecerle todo lo que el podia en ſu ſeruicio. Mas no le auino como el penſaua, ſegun ſe cuenta en el diſcurſo deſta verdadera hiſtoria, dando aqui fin la ſegunda pàrte.

(?)

TERCERA PARTE DEL INGENIOSO hidalgo don Quixote de la Mancha

Cap. XV. Donde se cuenta la desgraciada auentura que se topó don Quixote, en topar con vnos desalmados Iangueses.

VENTA El sabio Cide Hamete Venengeli, que assi como don Quixote se despidio de sus huespedes, y de todos los que se hallaron al entierro del pastor Grisostomo: el y su escudero, se entraró por el mesmo bosque, donde vieron que se auia entradò la pastora Marcela. Y auiendo andado mas de dos horas por el buscádola por todas partes sin poder hallarla, vinieron a parar a vn prado lleno de fresca yerua, junto del qual corria vn arroyo apazible, y fresco: tanto que combidò, y forçò a passar alli las horas de la siesta, que riguroſamente començaua ya a entrar. Apearonse don Quixote, y Sancho, y dexando al jumento, y a Rozinante a sus anchuras pacer de la mucha yerua que alli auia, dieron saco a las alforias, y sin cerimonia alguna, en buena paz, y compañia, amo, y moço comieron lo que en ellas hallaron. No se auia curado Sancho de

echar

echar sueltas a Rozinante, seguro de que le conocia por tan manso, y tan poco rijoso, que todas las yeguas de la dehesa de Cordoua no le hizieran tomar mal siniestro. Ordenò pues la suerte, y el diablo que no todas vezes duerme, que andauan por aquel valle paciendo vna manada de hacas Galicianas, de vnos harrieros Gallegos. De los quales es costúbre sestear cõ su requa en lugares y sitios de yerua y agua. Y aquel donde acertò a hallarse don Quixote, era muy a proposito de los Gallegos. Succedio pues, que a Rozinante le vino en desseo de refocilarse con las señoras facas. y saliendo assi como las olio de su natural passo, y costumbre, sin pedir licentia su dueño, tomò vn trotico algo picadillo, y se fue a comunicar su necessidad con ellas. Mas ellas, que a lo que parecio, deuian de tener mas gana de pacer que de al, recibieronle con las herraduras, y con los diẽdes de tal manera, que a poco espacio se le rompieron las cinchas, y quedò sin silla en pelota. Pero lo que el deuio mas de sentir fue, que viẽdo los harrieros la fuerça que a sus yeguas se les hazia, acudieron con estacas, y tantos palos le dieron, que le derribaron mal parado en el suelo. Ya en esto don Quixote, y Sancho (que la paliza de Rozinante auian visto) llegauan hijadeando. Y dixo don Quixote a Sancho. A lo que yo veo amigo Sancho, estos no son caualleros, sino gente soez, y de baxa ralea: Digolo porque bien me puedes ayudar a tomar la deuida vẽgança, del agrauio que delante de nuestros ojos se le a hecho a Rozinante. Que diablos de vengança hemos de tomar, respondio Sancho, si estos son mas de veinte, y nosotros no mas de dos, y aun quiça

nosotros, sino vno y medio. Yo valgo por cient
replicó dó Quixote, y sin hazer mas discursos ech
mano a su espada, y arremetio a los Gallegos, y l
mesmo hizo Sancho Pança, incitado, y mouido d
exemplo de su amo. Y a las primeras, dio don Qu
xote vna cuchillada a vno, que le abrio vn sayc
cuero de que venia vestido, con gran parte de la
palda. Los Gallegos que se vieron maltratar d
aquellos dos hombres solos, siendo ellos tantos
acudieron a sus estacas, y cogiendo a los dos en me
dio, començaron a menudear sobre ellos con gran
de hahinco, y vehemencia. Verdad es, que al segú
do toque, dieron con Sancho en el suelo, y lo mes
mo le auino a don Quixote, sin que le valiesse su de
treza, y buen animo. Y quiso su ventura, que vinie
se a caer a los pies de Rozinante, que aun no se auia
leuantado: donde se echa de ver, la furia con que ma
chacan estacas, puestas en manos rusticas, y enoja
das. Viendo pues los Gallegos el mal recado que
auian hecho, con la mayor presteza que pudieron
cargaron su requa, y siguieron su camino, dexan
do a los dos auentureros de mala traça, y de peor ta
lante. El primero que se resintio, fue Sancho Pan
ça, y hallandose junto a su señor, con voz enfer
ma, y lastimada dixo: Señor don Quixote? a señor
don Quixote? Que quieres Sancho hermano, res
pondio don Quixote, con el mesmo tono afemina
do, y doliente que Sancho. Querria si fuesse posi
ble, respondio Sancho Pança, que vuestra merced
me diesse dos tragos de aquella beuida del seo Blas,
si es que la tiene vuestra merced ay a mano, quiça
será de prouecho para los quebrantamientos de

huc;

eſos, como lo es para las feridas. Pues a terne-
yo aqui, deſgraciado yo, que nos faltaua, reſpon-
o don Quixote: Mas yo te juro Sancho Pança a ſè
cauallero andante, que antes que paſſen dos
as (ſi la fortuna no ordena otra coſa) la tengo de
er en mi poder, o mal me han de andar las ma-
. Pues en quantos le parece a vueſtra merced
ue podremos mouer los pies, replicò Sancho
ança. De mi ſe dezir (dixo el molido cauallero
on Quixote) que no ſabre poner termino a eſſos
ias: Mas yo me tengo la culpa de todo, que no
nia de poner mano a la eſpada, contra hombres
ue no fueſſen armados caualleros como yo. Y aſ-
creo, que en pena de auer paſſado las leyes de la
ualleria, ha permitido el Dios de las batallas, que
me dieſſe eſte caſtigo. Por lo qual Sancho Pan-
a, conuiene que eſtes aduertido en eſto que ao-
a te dire, porque importa mucho a la ſalud de en-
rambos, y es, que quando veas que ſemejante ca-
alla nos haze algun agrauio, no aguardes a que
o ponga mano al eſpada para ellos, porque no lo
are en ninguna manera, ſino pon tu mano a tu eſ-
ada, y caſtigalos muy a tu ſabor, que ſi en ſu ayu
da, y defenſa, acudieren caualleros, yo te ſabre de-
fender, y ofendellos con todo mi poder, que ya
uras viſto por mil ſeñales, y experiencias haſta
donde ſe eſtiende el valor de eſte mi fuerte bra-
o. Tal quedò de arrogante el pobre ſeñor, con el
encimiento del valiente Vizcayno. Mas no le pa-
eció tambien a Sancho Pança, el auiſo de ſu amo,
ue dexaſſe de reſponder, diziendo: Señor, yo ſoy
ombre pacifico, manſo, ſoſsegado, y ſe diſsimular

qualquiera injuria, porque tengo muger y hijos que sustentar, y criar. Assi, que sealo a vuestra merced tambien auiso (pues no puede ser mandato) que en ninguna manera pondre mano a la espada, ni cótra villano, ni contra cauallero. Y que desde aqui, para delante de Dios, perdono quátos agrauios me há hecho, y han de hazer: ora me los aya hecho, o haga o aya de hazer persona alta, o baxa, rico, o pobre: hidalgo, o pechero: sin exceptar estado, ni condicion alguna. Lo qual oydo por su amo, le respondio. Quisiera tener aliento, para poder hablar vn poco descansado, y que el dolor que tengo en esta costilla se aplacara, tanto quanto, para darte a entender Pança, en el error en que estàs. Ven aca pecador, si el viento de la fortuna hasta aora tan contrario, en nuestro fauor se buelue, lleuandonos las velas del desseo, para que seguramente, y sin contraste alguno tomemos puerto en alguna de las Insulas que te tégo prometida: que seria de ti, si ganandola yo, te hiziesse señor della, pues lo vendras a imposibilitar por nó ser cauallero, ni quererlo ser, ni tener valor, ni intẽcion de vengar tus injurias, y defender tu señorio. Porque has de saber, que en los Reynos, y prouincias nueuamente conquistados, nunca está tan quietos los animos de sus naturales, ni tan de parte del nueuo señor, que no se tengan temor de que han de hazer alguna nouedad, para alterar de nueuo las cosas, y boluer como dizen, a prouar ventura. Y assi es menester, que el nueuo possessor tenga entendimiento para saberse gouernar, y valor para ofender, y defenderse, en qualquiera acontecimiento. En este q̃ aora nos ha acontecido, respondio Sãcho,

qui-

quisiera yo tener esse entendimiento, y esse valor que vuestra merced dize: Mas yo le juro a fè de pobre hombre, que mas estoy para bizmas, que para platicas. Mire vuestra merced si se puede leuantar, y ayudaremos a Rozinante, aunque no lo merece, porque el fue la causa principal de todo este molimiẽto. Iamas tal crei de Rozinante, que le tenia por persona casta, y tan pacifica como yo. En fin, bien dizen, que es menester mucho tiempo para venir a conocer las personas, y que no ay cosa segura en esta vida. Quien dixera, que tras de aquellas tan grãdes cuchilladas, como vuestra merced dio a aql dessdichado caualliero andante, auia de venir por la posta, y en seguimiento suyo, esta tan grande tempestad de palos, que ha descargado sobre nuestras espaldas? Aun las tuyas Sancho, replicò don Quixote, deuen de estar hechas a semejantes nublados, pero las mias criadas entre sinabafas, y olandas, claro està q̃ sentiran mas el dolor desta desgracia. Y sino fuesse porq̃ imagino (q̃ digo imagino) se muy cierto, que todas estas incomodidades son muy anejas al exercicio de las armas, aqui me dexaria morir de puro enojo. A esto replicò el escudero: Señor, ya q̃ estas desgracias son de la cosecha de la caualleria, digame vra merced, si suceden muy a menudo, o si tienen sus tiẽpos limitados en q̃ acaecẽ, porq̃ me parece a mi, q̃ a dos cosechas quedaremos inutiles para la tercera, si Dios por su infinita misericordia no nos socorre. Sabete amigo Sancho, respondio don Quixote, que la vida de los caualleros andantes, esta sujeta a mil peligros, y desuenturas y ni mas, ni menos està en potencia propinqua de ser los caualleros

andantes, Reyes, y Emperadores, como lo ha mostrado la experiencia, en muchos y diuersos caualleros, de cuyas hiſtorias yo tengo entera noticia. Y pudierate cõtar agora (ſi el dolor me diera lugar) de algunos, que ſolo por el valor de ſu braço, han ſubido a los altos grados que he contado. Y eſtos meſmos, ſe vieró antes, y deſpues en diuerſas calamidades, y miſerias: porq̃ el valeroſo Amadis de Gaula, ſe vio en poder de ſu mortal enemigo Arcalaus el encantador, de quié ſe tiene por auerigado, q̃ le dio teniẽdole preſo, mas de dozientos açotes cõ las riẽdas de ſu cauallo, atado a vna coluna de vn patio. Y aun ay vn autor ſecreto, y de no poco credito, que dize, que auiendo cogido al caualiero del Febo con vna cierta trãpa que ſe le hundio debaxo de los pies, en vn cierto caſtillo, y al caer ſe hallò en vna honda ſima debaxo de tierra, atado de pies y manos, y allile echaron vna deſtas que llaman melezinas, de agua de nieue, y arena, de lo que llegò muy alcabo: y ſino fuera ſocorrido en aq̃lla grã cuyta, de vn ſabio grãde amigo ſuyo, lo paſſara muy mal el pobre caualleto. Anſi, que bien puedo yo paſſar entre tanta buena gente. Que mayores afrentas ſon las q̃ eſtos paſſaron, que no las que aora noſotros paſſamos: porque quiero hazerte ſabidor Sancho, que no afrentan las heridas, que ſe dan con los inſtrumentos que acaſo ſe hallan en las manos. Y eſto eſtà en la ley del duelo eſcrito por palabras expreſſas: que ſi el çapatero da a otro con la horma que tiene en la mano, pueſto que verdaderamente es de palo, no por eſſo ſe diràque queda apaleado aquel a quien dio con ella. Digo eſto, porque no pienſes que pueſto que quedamos

damos deſta pendencia molidos, quedamos afrentados, porque las armas que aquellos hombres traiã con que nos machacaron, no eran otras que ſus eſtacas, y ninguno dellos (a lo que ſe me acuerda) tenia eſtoque, eſpada, ni puñal. No me dieron a mi lugar reſpondio Sancho, a que miraſſe en tanto, porque a penas puſe mano a mi tizona, quando me ſantiguaron los ombros con ſus pinos, de manera que me quitaron la viſta de los ojos, y la fuerça de los pies, dando conmigo a donde aora yago, y adonde no me da pena alguna, el penſar ſi fue afrenta o no, lo de los eſtacazos, como me la da el dolor de los golpes, que me han de quedar tã impreſſos en la memoria, como en las eſpaldas. Con todo eſſo, te hago ſaber hermano Pança, replicò don Quixote, que no ay memoria a quien el tiempo no acabe, ni dolor que muerte no le conſuma. Pues que mayor desdicha puede ſer, replicò Pança, de aquella que aguarda al tiempo que la conſuma, y a la muerte que la acabe. Si eſta nueſtra deſgracia fuera de aq̃llas q̃ con vn par de bizmas ſe curã, aun no tan malo, pero voy viendo q̃ no hã de baſtar todos los emplaſtos de vn hoſpital para ponerlas en buẽ termino ſiquiera. Dexate deſſo, y ſaca fuerças de flaqza Sãcho, reſpõdio dõ Quixote, q̃ aſsi hare yo, y veamos como eſtà Rozinante, q̃ a lo q̃ me parece, no le ha cabido al pobre la menor parte deſta deſgracia. No ay de q̃ marauillarſe deſſo, reſpondio Sancho, ſiendo el tan buẽ caualleró andante: Delo q̃ yo me marauillo es de q̃ mi jumẽto aya quedado libre y ſin coſtas, donde noſotros ſalimos ſin coſtillas. Siẽpre dexa la vẽtura vna puerta abierta en las desdichas, para dar remedio a

ellas

ellas, dixo don Quixote. Digolo, porque essa beste-
zuela podra suplir aora la falta de Rozinante, lleuá-
dome a mi desde aqui a algun castillo, donde sea cu-
rado de mis feridas. Y mas, que no tendre a deshó-
ra la tal caualleria, porque me acuerdo auer leydo,
que aquel buen viejo Sileno, ayo, y pedagogo del
alegre Dios de la risa, quando entrò en la ciudad de
las cien puertas, yua muy a su plazer cauallero so-
bre vn muy hermoso asno. Verdad serà, que el de-
uia de yr cauallero como vuestra merced dize, res-
pondio Sancho: pero ay grande diferécia del yr ca-
uallero, al yr atrauessado como costal de vasura.
A lo qual respondio don Quixote: Las feridas que
se reciben en las batallas, antes dan honra, q̃ la qui-
tan. Assi que Pança amigo, no me repliques mas, si-
no como ya te he dicho, leuantate lo mejor que pu-
dieres, y ponme de la manera que mas te agradare
encima de tu jumento, y vamos de aqui antes que la
noche venga, y nos saltee en este despoblado. Pues
yo he oydo dezir a vuestra merced, dixo Pança, que
es muy de caualleros andantes, el dormir en los pa-
ramos, y desiertos, lo mas del año, y que lo tienen a
mucha ventura. Esso es, dixo don Quixote, quando
no pueden mas, o quando estan enamorados: y es tá
verdad esto, que ha auido cauallero, que se ha estado
sobre vna peña, al sol, y a la sombra, y a las inclemé-
cias del cielo, dos años, sin que lo supiesse su señora.
Y vno destos fue Amadis, quádo llamandose Belte-
nebros, se aloxò en la peña Polio, ni se si ocho años,
o ocho meses, que no estoy muy bien en la cuenta.
Basta que el estuuo alli haziendo penitencia, por no
se que, sinsabor que le hizo la señora Oriana. Pero

dexe-

dexemos ya eſto Sancho, y acaba antes que ſuceda otra deſgracia al jumento como a Rozinante. Aun ahi ſeria el diablo, dixo Sancho, y deſpidiédo treinta ayes, y ſeſenta ſoſpiros, y ciento y veynte peſetes, y reniegos, de quien alli le auia traído, ſe leuãto, quedandoſe agouiado en la mitad del camino, como arco Turqueſco, ſin poder acabar de endereçarſe: y cõ todo eſte trabajo aparejò ſu aſno (que tãbien auia andado algo deſtraydo con la demaſiada libertad de aquel dia. Leuantò luego a Rozinante, el qual ſi tuuiera lengua con que quexarſe, a buen ſeguro que Sancho, ni ſu amo no le fuerã en çaga. En reſolucion, Sancho acomodò a don Quixote ſobre el aſno, y puſo de reata a Rozinante: y lleuãdo al aſno de cabeſtro, ſe encaminò poco mas a menos hàzia donde le parecio que podia eſtar el camino real. Y la ſuerte, que ſus coſas de bien en mejor yua guiãdo, aun no huuo andado vna pequeña legua. quando le deparò el camino, en el qual deſcubrio vna venta, que a peſar ſuyo, y guſto de don Quixote, auia de ſer caſtillo. Porfiaua Sancho que era venta, y ſu amo que no ſino caſtillo: y tanto durò la porfia, que tuuierò lugar ſin acabarla de llegar a ella, enla qual Sãcho ſe entrò ſin mas aueriguacion con toda ſu requa.

Cap. XVI. De lo que le ſuccedio al ingenioſo hidalgo en la venta, que el imaginaua ſer caſtillo.

EL Ventero, que vio a don Quixote atrauеſado en el aſno, preguntò a Sãcho, que mal traia? Sancho le reſpondio, que no era nada, ſino que auia dado vna cayda de

de vna peña abaxo, y que venia algo brumadas las coſtillas. Tenia el ventero por muger a vna, no de la condicion que ſuelen tener las de ſemejante trato, porque naturalmente era caritatiua, y ſe dolia de las calamidades de ſus proximos: y aſsi acudio luego a curar a don Quixote. Y hizo que vna hija ſuya donzella, muchacha, y de muy buen parecer la ayudaſſe a curar a ſu hueſped. Seruia en la venta aſsi meſmo vna moça Aſturiana, ancha de cara, llana de cogote, de nariz roma: del vn ojo tuerta, y del otro no muy ſana. Verdad es, que la gallardia del cuerpo ſuplia las demas faltas. No tenia ſiete palmos de los pies a la cabeça, y las eſpaldas que algun tanto le cargauan, la hazian mirar al ſuelo mas de lo que ella quiſiera. Eſta gentil moça pues, ayudò a la donzella: y las dos hizieron vna muy mala cama a don Quixote en vn camaranchon, que en otros tiempos daua manifieſtos indicios, que auia ſeruido de pajar muchos años. En la qual tambien aloxaua vn harriero, que tenia ſu cama hecha vn poco mas alla de la de nueſtro don Quixote. Y aunque era de las enxalmas, y mantas de ſus machos, hazia mucha ventaja a la de don Quixote, que ſolo contenia quatro mal liſas tablas, ſobre dos no muy yguales bancos, y vn colchon que en lo ſutil, parecia colcha, lleno de bodoques, que a no moſtrar que eran de lana, por algunas roturas, al tiento en la dureza ſemejanza de guijarro, y dos ſauanas, hechas de cuero de adarga, y vna fraçada, cuyos hilos ſi ſe quiſieran contar, no ſe perdiera vno ſolo de la cuenta. En eſta maldita cama ſe acoſtò don Quixote. Y luego la ventera y ſu hija, le emplaſta-

plaſtaron de arriba abajo, alumbrandoles Maritornes, que aſsi ſe llamaua la Aſturiana. Y como al bizmalle vieſſe la ventera tan acardenalado a parties a don Quixote, dixo, que aquello mas parecian gòlpes que cayda. No fueron golpes, dixo Sancho, ſino que la peña tenia muchos picos, y tropeçones, y que cada vno auia hecho ſu cardenal. Y tambien le dixo, haga vueſtra merced ſeñora de manera que queden algunas eſtopas, que no faltara quien las aya meneſter, que tambien me duelen a mi vn poco los lomos. Deſſa manera, reſpondio la ventera, tambien deuiſtes vos de caer. No cay, dixo Sancho Pança, ſino que del ſobreſalto que tomè de ver caer a mi amo, de tal manera me duele a mi el cuerpo, que me parece que me han dado mil palos. Bien podra ſer eſſo, dixo la donzella, que a mi me ha acontecido muchas vezes, ſoñar que caya de vna torre abaxo, y que nunca acabaua de llegar al ſuelo, y quando deſpertaua del ſueño, hallarme tan molida y quebrantada, como ſi verdaderamente huuiera caydo. Ay eſtà el toque ſeñora, reſpondio Sancho Pança, que yo ſin ſoñar nada, ſino eſtando mas deſpierto que aora eſtoy, me hallo con pocos menos cardenales que mi ſeñor don Quixote. Como ſe llama eſte cauallero, preguntò la Aſturiana Maritornes? Don Quixote de la Mancha, reſpondio Sancho Pança, y es cauallero auenturero, y de los mejores, y mas fuertes, que de luengos tiempos aca ſe han viſto en el mundo. Que es cauallero auenturero replicò la moça? Tan nueua ſois en el mundo que no lo ſabeis vos, reſpondio Sancho Pança: Pues ſabed hermana mia,

que

que caualleró auenturero, es vna cosa que en dos palabras se ve apalcado, y Emperador. Oy está la mas desdichada criatura del mũdo, y la mas menesterosa, y mañana tendria dos o tres coronas de Reynos que dar a su escudero. Pues como vos, siẽdolo deste tan buen señor, dixo la vẽtera, no teneis a lo que parece, siquiera algun Condado? Aun es temprano, respondio Sancho, porque no ha sino vn mes, que andamos buscando las auenturas, y hasta aora no hemos topado cõ ninguna que lo sea. Y tal vez ay que se busca vna cosa, y se halla otra. Verdad es, que si mi señor don Quixote sana desta herida, o cayda, y yo no quedo contrecho della, no trocaria mis esperanças con el mejor titulo de España. Todas estas platicas estaua escuchando muy atento don Quixote, y sentandose en el lecho como pudo, tomando de la mano a la ventera, le dixo: Creedme fermosa señora, que os podeis llamar venturosa, por auer alojado en este vuestro castillo a mi persona, que es tal, que si yo no la alabo, es por lo que suele dezirse, que la alabança propria enuilece: pero mi escudero os dirà quien soy: Solo os digo, que tendre eternamente escrito en mi memoria, el seruicio que me auedes fecho, para agradeceroslo mientras la vida me durare. Y pluguiera a los altos cielos, q̃ el amor no me tuuiera tan rendido, y tan sujeto a sus leyes, y los ojos de aquella hermosa ingrata que digo entre mis dientes, que los desta fermosa donzella fueran señores de mi libertad. Confusas estauan la vẽtera y su hija. Y la buena de Maritornes, oyendo las razones del andante caualleró, que assi las entendiá como si hablara en Griego: aunque bien alcançaró

que

que todas ſe encaminauan a ofrecimiento y requiebros, y como no vſadas. A ſemejante lenguage miraualen y admirauanſe, y pareciales otro hombre de los que ſe vſauan, y agradeciendole con venteriles razones ſus ofrecimientos le dexaron. Y la Aſturiana Maritornes curò a Sancho, que no menos lo auia meneſter que ſu amo. Auia el harriero concertado con ella, que aquella noche ſe refocilarian juntos: y ella le auia dado ſu palabra, de que en eſtando ſoſſegados los hueſpedes y durmiédo ſus amos le yria a buſcar, y ſatisfazerle el guſto en quanto le mandaſſe. Y cuentaſe deſta buena moça, que jamas dio ſemejantes palabras, que no las cumplieſſe, aunque las dieſſe en vn monte y ſin teſtigo alguno. Porq̃ preſumia muy de hidalga, y no tenia por afrenta eſtar en aquel exercicio de ſeruir en la vẽta. Porq̃ dezia ella q̃ deſgracias y malos ſuceſſos, la auiá traydo a aquel eſtado. El duro, eſtrecho, apocado y feméridolecho de dó Quixote, eſtaua primero en mitad de aquel eſtrellado eſtablo, y luego junto a el hizo el ſuyo Sancho, q̃ ſolo contenia vna eſtera de enea y vna manta, que antes moſtraua ſer de angeo tundido, q̃ de lana: ſucedia a eſtos dos lechos, el del harriero, fabricado como ſe ha dicho, de las enxalmas, y de todo el adorno de los dos mejores mulos q̃ trahia: aunq̃ eran doze luzios; gordos, y famoſos: Porq̃ era vno de los ricos harrieros de Arevalo, ſegun lo dize el autor deſta hiſtoria, q̃ deſte harriero haze particular mencio, porq̃ le conocia muy bié, y aun quieren dezir q̃ era algo pariéte ſuyo. Fuera de q̃ Cide Mahamate Benẽgeli fue hiſtoriador muy curioſo, y muy puntual en todas las coſas: y echaſe bié de ver, pues las q̃ quedá

referidas con ſer tan minimas y tã rateras, no las qui ſo paſſar en ſilẽcio De donde podran tomar exẽplo los hiſtoriadores graues, que nos cuentan las acciones, tan corta y ſucintamente, que apenas nos llegã a los labios, dexãdoſe en el tintero, ya por deſcuydo, por malicia, o ygnorãcia, lo mas ſuſtancial delã obra. Biẽ aya mil vezes el autor de Tablante, de Ricamõte, y aquel del otro libro, donde ſe cuẽta los hechos del conde Tomillas, y con q̃ puntualidad lo deſcriuen todo. Digo pues q̃ deſpues de auer viſitado el harriero a ſu requa y dado le el ſegundo piẽſo, ſe tẽdio en ſus enxalmas y ſe dio a eſperar a ſu puntualiſsima Maritornes. Y eſtaua Sancho bizmado y acoſtado, y aunque procuraua dormir, no lo cõſentia el dolor de ſus coſtillas, y don Quixote cõ el dolor de las ſuyas, tenia los ojos abiertos como liebre: toda la venta eſtaua en ſilencio, y en toda ella no auia otra luz q̃ la que daua vna lampara, que colgada enmedio del portal ardia. Eſta marauilloſa quietud, y los penſamiẽtos que ſiempre nueſtro caualliero trahia, de los ſuceſſos que a cada paſſo ſe cuentan en los libros, autores de ſu deſgracia, le truxo a la ymaginacion vna de las eſtrañas locuras que buenamente ymaginarſe pueden. Y fue, que el ſe ymaginò auer llegado a vn famoſo caſtillo (q̃ como ſe ha dicho, caſtillos eran a ſu parecer todas las ventas donde aloxaua) y que la hija del ventero, lo era del ſeñor del caſtillo, la qual vẽcida de ſu gẽtileza, ſe auia enamorado del, y prometido que aquella noche a fũrto de ſus padres vendria a yazer con el vna buena pieça y teniẽdo toda eſta quimera (que el ſe auia fabricado) por firme y valedera, ſe comẽço a acuytar, y a penſar en el pe-

el peligroso trance en q̃ su honestidad se auia de ver. Y propuso en su coraçó, de no cometer alcuosia a su señora Dulzinea del Toboso, aunque la mesma reyna Ginebra con su dama Quintañona, se le pusiessen delante. Pensando pues en estos disparates, se llegó el tiempo y la hora (que para el fue menguada) de la venida de la Asturiana, la qual en camisa y descalça, cogidos los cabellos en vna aluanega de fustan, con tacitos y atentados passos, entrò en el aposento dõde los tres aloxauan, en busca del harriero. Pero apenas llegò a la puerta, quando don Quixote la sintio, y sentandose en la cama a pesar de sus bizmas, y có dolor de sus costillas, tendio los braços para recebir a su fermosa donzella la Asturiana, que toda recogida y callando, yua con las manos delante, buscando a su querido. Topò con los braços de don Quixote, el qual la asio fuertemente de vna muñeca, y tirandola hàzia si (sin que ella osasse hablar palabra) la hizo sentar sobre la cama. Tentole luego la camisa, y aunque ella era de harpillera, a el le parecio ser de finissimo y delgado cendal. Trahia en las muñecas vnas cuentas de vidro, pero a el le dieron vislumbres de preciosas perlas orientales. Los cabellos, que en alguna manera tirauan a crines. el los marcò por hebras de luzidissimo oro de Arabia, cuyo resplandor al del mesmo sol escurecia. Y el aliento, que sin duda alguna olia a ensalada fiambre y trasnochada, a el le parecio que arrojaua de su boca vn olor suaue y aromatico: y finalmente el la pintò en su ymaginacion, de la misma traça y modo, lo que auia leydo en sus libros de la otra Princesa, que vino

vino a ver el mal ferido cauallero vẽcidá de sus amores, con todos los adornos q̃ aqui van puestos. Y era tanta la ceguedad del pobre hidalgo, que el tacto ni el aliento, ni otras cosas que trahia en si la buena dózella, no le desengañauan, las quales pudierá hazer vomitar a otro que no fuera harriero. Antes le parecia que tenia entre sus braços a la diosa dé la hermosura. Y teniendola bien asida, con voz amorosa y baxa, le començo a dezir: Quisiera hallarme en terminos, fermosa y alta señora, de poder pagar tamaña merced, como la que con la vista de vuestra grá fermosura me auedes fecho, pero ha querido la fortuna (que no se cansa de perseguir a los buenos) ponerme en este lecho, donde yago tan molido y quebrantado, que aunque de mi voluntad quisiera satisfazer a la vuestra, fuera impossible. Y mas que se añade a esta impossibilidad otra mayor, que es la prometida fè que tengo dada, a la simpar Dulzinea del Toboso, vnica señora de mis mas escondidos pésamiẽtos. Que si esto no vuiera de por medio, no fuera yo tan sandio cauallero, que dexara passar en blãco, la venturosa ocasion en que vuestra grã bondad me ha puesto. Maritornes estaua congoxadissima y trasudãdo, de verse tã asida de don Quixote, y sin entender ni estar atenta a las razones que le dezia, procuraua sin hablar palabra desasirse. El bueno del harriero, a quien tenian despierto sus malos desseos. desde el punto que entrò su Coyma por la puerta la sintiò: estuuo atentamente escuchando todo lo que don Quixote dezia, y zeloso de que la Asturiana le vuiesse faltado la palabra por otro, se fue llegando mas al lecho de don Quixote, y estuuo-

se que-

se quedò, hasta ver en que parauan aquellas razones que el no podia entender. Pero como vio que la moça forcejaua por desasirse, y don Quixote trabaxaua por tenella. Pareciendole mal la burla, enarbolo el braço en alto y descargò tan terrible puñada sobre las estrechas quixadas del enamorado caualle-ro, que le bañó toda la boca en sangre: y no contento con esto, se le subio encima de las costillas, y con los pies mas que de trote, se las passeo todas de cabo a cabo. El lecho, que era vn poco endeble, y de no firmes fundamentos, no pudiendo sufrir la añadidura del harriero, dio cõsigo en el suelo, a cuyo grã ruydo desperto el ventero y luego ymaginò que deuiã de ser pendencias de Maritornes, porque auiendola llamado a bozes no respondia: con esta sospecha se leuantò y encendiendo vn candil, se fue hãzia donde auia sentido la pelaza: la moça viendo que su amo venia y que era de condicion terrible, toda medrosã ca y alborotada, se acogio a la cama de Sancho Pança que aũ dormia, y alli se acorrucò y se hizo vn ouillo, el ventero entrò diziendo: Adonde estàs puta? A buen seguro que son tres cosas estas. En esto desperto Sancho, y sintiendo aquel bulto casi encima de si, penso que tenia la pesadilla, y començò a dar puñadas a vna y otra parte, y entre otras alcançò con no se quantas a Maritornes, la qual sentida del dolor echando a rodar la honestidad, dio el retorno a Sancho, con tantas que a su despecho le quitò el sueño, el qual viendose tratar de aquella manera, y sin saber de quien, alçandose como pudo, se abraço con Maritornes, y començaron entre los dos la mas reñida y graciosa escaramuça del mũdo. Viendo pues

el harriero a la lumbre del candil del ventero, qual andaua su dama, dexãdo a don Quixote, acudio a dalle el socorro necessario: lo mismo hizo el ventero, pero con intencion diferente: porque fue a castigar a la moça, creyendo sin duda que ella sola era la ocasion de toda aquella armonia. Y assi como suele dezirse, el gato al rato, el rato a la cuerda, la cuerda al palo, daua el harriero a Sancho, Sancho a la moça, la moça a el, el ventero a la moça, y todos menudeauan con tanta priessa, q̃ no se dauan punto de reposo: y fue lo bueno, que al ventero se le apagó el candil, y como quedaron ascuras, dauanse tan sin cópassió todos a bulto, que a doquiera q̃ ponian la mano, no dexauan cosa sana. Aloxaua a caso aquella noche en la venta vn quadrillero, de los q̃ llaman de la santa hermãdad vieja de Toledo, el qual oyendo assi mesmo el estraño estruendo de la pelea, asio de su media vara, y de la caxa de lata de sus titulos, y entrò ascuras en el aposento, diziẽdo: Tengansse a la justicia, tengãse a la santa hermãdad. Y el primero con quien topó fue con el apuñeado de don Quixote, que estaua en su derribado lecho, tendido boca arriba sin sentido alguno, y echandole a tiento mano a las barbas, no cessaua de dezir, Fauor a la justicia, pero viendo q̃ el que tenia asido no se bullia ni meneaua, se dio a entender q̃ estaua muerto, y que los que alli dentro estauan eran sus matadores, y con esta sospecha, reforço la voz diziẽdo: Cierrese la puerta de la venta, mire no se vaya nadie, que han muerto aqui a vn hombre. Esta voz sobresaltó a todos, y cada qual dexò la pendencia en el grado que le tomó la voz. Retirose el ventero a su aposento, el harriero a sus enxalmas, la mo-

la moça a su rācho: solos los defuēturados; don Quixote y Sancho, no se pudieron mouer de donde estauan. Solto en esto el quadrillero la barba de dō Quixote, y salio a buscar luz para buscar y prēder los delinquentes, mas no la hallò, porque el ventero de industria auia muerto la lampara, quādo se retirò a su estancia, y fuele forçoso acudir a la chimenea, dōde con mucho trabajo y tiempo encendio el quadrillero otro candil.

Cap XVII. Donde se prosiguen los innumerables trabajos que el braue don Quixote, y su buen escudero Sācho Pança passaron en la venta, que por su mal pēso que era castillo.

AVIA ya buelto en este tiempo de su parasismo don Quixote, y cō el mesmo tono de voz con q̄ el dia antes auia llamado a su escudero, quādo estaua tendido en el val de las estacas, le comēço a llamar diziendo? Sancho amigo duermes? Duermes amigo Sancho? Que tēgo de dormir pesia a mi, respōdio Sancho lleno de pesadūbre y de despecho, q̄ no parece sino q̄ todos los diablos hā andado comigo esta noche. Puedeslo creer ansi sin duda, respōdio dō Quixote. Porq̄ o yo se poco, o este castillo es encātado. Porq̄ has de saber, mas esto q̄ aora quiero dezirte, hasme de jurar q̄ lo tendras secreto hasta despues de mi muerte. Si juro, respōdio Sancho. Digolo, replicò don Quixote, porque soy enemigo de que se quite la honra a nadie. Digo que si juro, tornò a dezir Sancho, que lo callare hasta despues de los dias de vuestra merced, y plegā a Dios que lo pueda descubrir mañana. Tan

malas

malas obras te hago Sancho, reſpondio don Quixote, que me querrias ver muerto con tanta breuedad? No es por eſſo, reſpondio Sancho, ſino porque ſoy enemigo de guardar mucho las coſas, y no querria que ſe me pudrieſſen de guardadas. Sea por lo que fuere, dixo dõ Quixote, que mas fio de tu amor y de tu cortesia: y aſsi has de ſaber que eſta noche me ha ſucedido vna de las mas eſtrañas auenturas q̃ y o ſabre encarecer, y por cõtartela en breue, ſabras que poco ha q̃ a mi vino la hija del ſeñor deſte caſtillo, que es la mas apueſta y fermoſa donzella, que en gran parte de la tierra ſe puede hallar. Que te podria dezir del adorno de ſu perſona? Que de ſu gallardo entendimiento? Que de otras coſas ocultas, que por guardar la fè que deuo a mi ſeñora Dulzinea del Toboſo, dexare paſſar intactas, y en ſilẽcio? Sòlo te quiero dezir, que embidioſo el cielo de tanto bien como la ventura me auia pueſto en las manos. O quiça (y eſto es lo mas cierto) que como tengo dicho, es encantado eſte caſtillo: al tiempo que yo eſtaua con ella en dulciſsimos y amoroſiſsimos coloquios, ſin que yo la vieſſe ni ſupieſſe por donde venia, vino vna mano pegada a algun braço de algũ deſcomunal Gigante, y aſſentome vna puñada en las quixadas, tal que las tengo todas bañadas en ſangre, y deſpues me molio de tal ſuerte, q̃ eſtoy peor que ayer quando los Gallegos, q̃ por demaſias de rozinante, nos hizieron el agrauio que ſabes. Por donde conjeturo que el teſoro de la fermoſura deſta dõzella, le deue de guardar algun encantado Moro, y no deue de ſer para mi. Ni para mi tampoco, reſpondio Sancho, porque mas de quatrocientos Moros me han

me han aporreado a mi, de manera que el molimien to de las estacas, fue tortas y pan pintado. Pero diga me señor. Como llama a esta buena y rara auentura, auiédo quedado della qual quedamos? Aun vuestra merced menos mal, pues tuuo en sus manos aquella incóparable fermosura que ha dicho. Pero yo que tuue, sino los mayores porrazos que pienso recebir en toda mi vida. Desdichado de mi y de la madre q̃ me parió, que ni soy cauallero andante, ni lo pienso ser jamas, y de todas las mal andáças me cabe la mayor parte. Luego tambien estàs tu aporreado, respó dio don Quixote? No le he dicho que si, pesia a mi linage, dixo Sancho. No tengas pena amigo, dixo dó Quixote, que yo hare agora el balsamo precioso. cõ que sanaremos en vn abrir y cerrar de ojos. Acabò en esto de encender el candil el quadrillero, y entrò a ver el que pensaua que era muerto, y assi como le vio entrar Sancho, viendole venir en camisa y con su paño de cabeça, y candil en la mano, y con vna muy mala cara, pregunto a su amo: Señor, si sera este a dicha el Moro encãtado que nos buelue a castigar, si se dexo algo en el tintero? No puede ser el Moro, respondio don Quixote, porque los encantados no se dexan ver de nadie. Sino se dexan ver, dexanse sentir, dixo Sancho: Sino diganlo mis espaldas. Tambiẽ lo podrian dezir las mias, respondio dó Quixote: pero no es bastante indicio esse para creer que este que se vee sea el encantado Moro. Llego el quadrillero, y como los hallò hablando en tan sossegada conuersacion, quedò suspenso. Bien es verdad que aun don Quixote se estaua boca arriba, sin poderse menear de puro molido y empleastado. Llego-

se a el el quadrillero, y dixole: Pues como va buen hombre? Hablara yo mas bien criado, respondio dõ Quixote, si fuera que vos. Vsase en esta tierra hablar dessa suerte a los caualleros andantes, majadero? El quadrillero que se vio tratar tan mal, de vn hombre de tan mal parecer, no lo pudo sufrir, y alçando el candil con todo su azeyte, dio a don Quixote con el en la cabeça, de suerte que le dexò muy bien descalabrado, y como todo quedò ascuras, saliose luego. Y Sancho Pança dixo: Sin duda señor que este es el Moro encãtado, y deue de guardar el tesoro para otros, y para nosotros solo guarda las puñadas y los candilazos. Assi es, respondio don Quixote, y no ay q̃ hazer caso destas cosas de encãtamentos, ni ay para q̃ tomar colera ni enojo con ellas, q̃ como son inuisibles y fantasticas, no hallaremos de quien vengarnos, aunque mas lo procuremos. Leuantate Sancho si puedes, y llama al alcay de desta fortaleza, y procura que se me de vn poco de azeyte, vino, sal, y romero, para hazer el salutifero balsamo, que en verdad q̃ creo q̃ lo he bien menester agora, porq̃ se me va mucha sangre de la herida q̃ esta fantasma me ha dado. Leuãtose Sancho có harto dolor de sus huessos, y fue ascuras donde estaua el vetero, y encontrandose có el quadrillero q̃ estaua escuchando en que paraua su enemigo le dixo: Senor quien quiera q̃ seays hazednos merced y beneficio de darnos vn poco de romero, azeyte, sal, y vino, q̃ es menester para curar vno de los mejores caualleros andantes q̃ ay en esta tierra, el qual yaze en aquella cama mal ferido, por las manos del encãtado Moro q̃ està en esta venta. Quãdo el quadrillero tal oyò, tuuole por hõbre falto de seso. Y

ſo. Y porq̃ ya comẽçaua a amanecer, abrio la puerta de la venta, y llamando al ventero le dixo lo q̃ aquel buen hõbre queria. El ventero le proueyo de quãto quiſo, y Sãcho ſe lo lleuò a don Quixote, q̃ eſtaua cõ las manos en la cabeça, quexandoſe del dolor del cã dilazo, q̃ no le auia hecho mas mal q̃ leuantarle dos chichones algo crecidos, y lo q̃ el penſaua q̃ era ſangre, no era ſino ſudor q̃ ſudaua con la congoxa de la paſſada tormẽta. En reſoluciõ el tomò ſus ſimples, de los quales hizo vn cõpueſto, mezclandolos todos y coziẽdolos vn buẽ eſpacio, haſta q̃ le parecio q̃ eſtauã en ſu pũto. Pidiò luego alguna redoma para echallo, y como no la vuo en la venta, ſe reſoluio de ponello en vna alcuza, o azeytera de hoja de lata, de quiẽ el vẽtero le hizo grata donaciõ. Y luego dixo ſobre la alcuza mas de ochenta Pater noſtres, y otras tãtas Aue Marias, ſalues, y credos, y a cada palabra acõpañaua vna cruz, a modo de bẽdicion: a todo lo qual ſe hallaroñ preſentes, Sancho, el vẽtero, y quadrillero, q̃ ya el harriero ſoſſegadamẽte andaua entendiẽdo en el beneficio de ſus machos. Hecho eſto, quiſo el meſmo hazer luego la eſperiẽcia de la virtud de aq̃l precioſo balſamo q̃ el ſe ymaginaua, y aſsi ſe beuio de lo q̃ no pudo caber en la alcuza, y q̃daua en la olla dõde ſe auia cozido caſi media azũbre, y apenas lo acabò de beuer, quãdo comẽço a vomitar, de manera, q̃ no le q̃dò coſa en el eſtomago, y cõ las anſias y agitaciõ del vomito, le dio vn ſudor copioſiſsimo, por lo qual mãdò q̃ le arropaſſen y le dexaſſẽ ſolo. Hizieroñ loanſi, y q̃doſe dormido mas de tres horas, al cabo de las quales deſperto y ſe ſintio aliuiadiſsimo del cuerpo y en tal manera mejor de ſu quebrãtamiẽto, q̃ ſe tuuo

por

por ſano. Y verdaderamente creyo que auia acertado con el balſamo de Fierabras, y que con aquel remedio, podia acometer deſde alli adelãte ſin temor alguno, qualeſquiera ruynas, batallas y pendencias, por peligroſas que fueſſen. Sancho Pança, que tambien tuuo a milagro la mejoria de ſu amo, le rogo q̃ le dieſſe a el lo que quedaua en la olla, que no era poca cantidad. Concedioſelo don Quixote, y el tomandola a dos manos, con buena fè y mejor talante, ſe la echo a pechos, y enualò bien poco menos que ſu amo. Es pues el caſo, que el eſtomago del pobre Sancho, no deuia de ſer tan delicado como el de ſu amo, y aſsi primero que vomitaſſe le dieron tantas anſias y vaſcas, con tantos trabudores y deſmayos, que el penſo bien y verdaderamente, que era llegada ſu vltima hora: y viendoſe tã afligido y congoxado, maldezia el balſamo y al ladrõ que ſe lo auia dado. Viendole aſsi dò Quixote, le dixo: Yo creo Sancho que todo eſte mal te viene de no ſer armado caballero: porque tengo para mi, que eſte licor no deue de aprouechar a los que no lo ſon. Si eſſo ſabia vueſtra merced, replicò Sancho, mal aya yo y toda mi parentela, para que conſintio que lo guſtaſſe? En eſto hizo ſu operacion el brebage, y començó el pobre eſcudero a deſſaguarſe por entrambas canales, con tanta prieſſa, que la eſtera de enea ſobre quien ſe auia buelto a echar, ni la manta de angeo con que ſe cubria, fueron mas de prouecho. Sudaua y traſudaua con tales paraſiſmos y accidentes, que no ſolamẽte el, ſino todos penſaron que ſe le acabaua la vida. Durole eſta borraſca y mala andança caſi dos horas, al cabo de las quales no quedò como ſu amo, ſino

tan

tan molido y quebrantado, que no se podia tener. Pero don Quixote, que como se ha dicho, se sintio aliuiado y sano, quiso partirse luego a buscar auenturas, pareciendole que todo el tiempo que alli se tardaua, era quitarsele al mundo y a los en el menesterosos de su fauor y amparo: y mas con la seguridad y confiança que lleuaua en su balsamo: y assi forçado deste desseo, el mismo ensillò a Rozinante, y enalbardò al jumento de su escudero, a quien tambien ayudò a vestir, y a subir en el asno. Puso se luego a cauallo, y llegandose a vn rincon de la venta, assio de vn lançon que alli estaua, para que le siruiesse de lança. Estauanle mirando todos quantos auia en la venta, que passauan de mas de veynte personas, mirauale tambien la hija del ventero, y el tambiẽ no quitaua los ojos della, y de quando en quando arrojaua vn sospiro, que parecia que le arrancaua de lo profundo de sus entrañas, y todos pensauã que deuia de ser del dolor que sentia en las costillas; a lomenos pẽsauan lo aquellos que la noche antes le auiã visto bizmar. Y a que estuuieron los dos a cauallo, puesto a la puerta de la venta, llamò al ventero, y con voz muy reposada y graue, le dixo: Muchas y muy grandes son las mercedes señor alcayde, que en este vuestro castillo he recebido, y quedo obligadissimo a agradeceroslas todos los dias de mi vida Si os las puedo pagar en hazeros vẽgado de algun soberuio que os aya fecho algun agrauio, sabed que mi oficio no es otro sino valer a los que poco pueden, y vẽgar a los que reciben tuertos, y castigar aleuosias. Recorred vuestra memoria, y si hallays alguna cosa deste jaez que encomendarme, no ay sino dezilla, que yo os

prome

prometo por la orden de cauallero que recebi, de fa
aeros satisfeche y pagado a toda vuestra voluntad.
El ventero le respondio con el mesmo sosiego: Se-
ñor cauallero, yo no tego necesidad de que vuestra
merced me vengue ningun agrauio, porque yo se to
mar la vengança q̃ me parece, quando se me hazen.
Solo he menester que vuestra merced me pague el
gasto q̃ esta noche ha hecho en la venta, assi de la pa
ja y cenada de sus dos bestias, como de la cena y ca-
mas. Luego venta es esta? Replico don Quixote. Y
muy honrada, respondio el vētero. Engañado he vi-
uido hasta aqui, respondio don Quixote, que en ver
dad que pense que era castillo, y no malo: pero pues
es anſi, que no es castillo sino venta, lo q̃ se podra ha
zer por agora es, que perdoneys por la paga, que yo
no puedo contrauenir a la ordē de los caualleros an-
dātes. De los quales se cierto (sin que hasta aora aya
leydo cosa en contrario) que jamas pagaron posada
ni otra cosa, en vēta donde estuuiessen. Porque se los
deue de fuero y de derecho, qualquier buen acogi-
miento que se les hiziere, en pago del insufrible tra-
bajo que padecen, buscando las auenturas de noche
y de dia, en inuierno y en verano, apie y a cauallo, có
sed y con hambre, con calor y con frio, sugetos a to-
das las inclemencias del cielo, y a todos los incómo
dos de la tierra. Poco tengo yo que ver en esso, res-
pondio el ventero, pagueseme lo que se me deue, y
dexemonos de cuētos, ni de caualleria, q̃ yo no ten
go cuenta có otra cosa, que con cobrar mi hazienda.
Vos soys vn sandio y mal hostalero, respondio don
Quixote, y poniendo piernas al Rozinante, y tercia
do su lançon, se salio de la vēta sin que nadie le detu-

uiesse

uieſſe,y el ſin mirar ſi le ſeguia ſu eſcudero, le alóго vn buen trecho. El ventero que le vio yr,y que no le pagaua,acudio a cobrar de Sancho Pança, el qual dixo,que pues ſu ſeñor no auia querido pagar, que tãpoco el pagaria,porque ſiendo el eſcudero de caualllero andante,como era la meſma regla y razon corria por el como por ſu amo, en no pagar coſa alguna en los meſones y ventas. Amohinoſe mucho deſto el ventero, y amenazole que ſino le pagaua, que lo cobraria de modo que le peſaſſe. A lo qual Sãcho reſpondio, que por la ley de caualleria que ſu amo auia recebido, no pagaria vn ſolo cornado, aunque le coſtaſſe la vida, porque no auia de perder por el la buena y antigua vſança de los caualleros andantes, ni ſe auian de quexar dellos eſcuderos, de los tales que eſtauan por venir al mundo, reprochandole el quebrantamiento de tan juſto fuero. Quiſo la mala ſuerte del deſdichado Sancho, que entre la gente que eſtaua en la venta, ſe hallaſſen quatro perayles de Segouia, tres agujeros del potro de Cordoua, y dos vezinos de la heria de Seuilla, gente alegre, bien intencionada, maleante y juguetona, los quales caſi como inſtigados y mouidos de vn meſmo eſpiritu, ſe llegaron a Sancho, y apeandole del aſno, vno dellos entro por la manta de la cama del hueſped, y echandole en ella, alçaron los ojos y vieron que el techo era algo mas baxo de lo q̃ auian meneſter para ſu obra, y determinaron ſalirſe al corral, que tenia por limite el cielo. Y alli pueſto Sancho en mitad de la manta,comença ron a leuãtarle en alto y a holgarſe con el, como cõ perro

perro por carneſtolendas. Las vozes que el miſero manteado daua, fueron tantas, que llegaron a los oydos de ſu amo: el qual determinandoſe a eſcuchar atentamente, creyo que alguna nueua auẽtura le venia, haſta que claramente conocio que el que gritaua era ſu eſcudero, y boluiendo las riendas, con vn penado galope llego a la venta, y hallandola cerrada la rodeò, por ver ſi hallaua por donde entrar. Pero no vuo llegado a las paredes del corral (que no eran muy altas) quando vio el mal juego que ſe le hazia a ſu eſcudero. Violo baxar y ſubir por el ayre, con tanta gracia y preſteza, que ſi la colera le dexara, tengo para mi que ſe riera. Prouo a ſubir deſde el cauallo a las bardas, pero eſtaua tan molido y quebrantado, que aun apearſe no pudo, y aſsi deſde encima del cauallo començo a dezir tantos denueſtos y baldones, a los que a Sancho manteauan, que no es poſsible acertar a eſcriuillos, mas no por eſto ceſſauã ellos de ſu riſa y de ſu obra, ni el bolador Sancho dexaua ſus quexas, mezcladas ya con amenazas, ya con ruegos, mas todo aprouechaua poco, ni aprouechò, haſta que de puro canſados le dexaron. Truxeronle alli ſu aſno, y ſubiendole encima, le arroparon con ſu gauan. Y la compaſsiua de Maritornes, viẽdo le tan fatigado, le parecio ſer bien ſocorrelle con vn jarro de agua, y aſsi ſe le truxo del pozo por ſer mas frio: tomole Sancho y lleuandole a la boca, ſe paro a las vozes que ſu amo le daua, diziendo: Hijo Sancho no beuas agua, hijo no la beuas que te matara, ves aqui tengo el ſantiſsimo balſamo (y enſeñauale la alcuza del breuage) que con dos gotas que del beuas ſanaras ſin duda. A eſtas vozes boluio Sancho los

ojos

ojos como de traues, y dixo con otras mayores: Por dicha hasele olvidado a vuestra merced, como yo no soy caualiero, o quiere que acabe de vomitar las entrañas, que me quedaron de anoche. Guardese su licor con todos los diablos, y dexeme a mi. Y el acabar de dezir esto, y el començar a beuer, todo fue vno: mas como al primer trago vio que era agua, no quiso passar adelante, y rogò a Maritornes que se le truxesse de vino, y assi lo hizo ella de muy buena voluntad, y lo pagò de su mesmo dinero, porque en efecto se dize della, que aunque estaua en aquel trato, tenia vnas sombras y lexos de Christiana. Assi como beuio Sancho, dio de los carcanos a su asno, y abriendole la puerta de la venta de par en par, se salio della, muy contento de no auer pagado nada, y de auer salido cõ su intencion, aunque auia sido a costa de sus acostumbrados fiadores, que eran sus espaldas. Verdad es, que el ventero se quedó con sus alforjas, en pago de lo que se le deuia: mas Sancho no las echò menos, segun salio turbado. Quiso el ventero atrancar bien la puerta, assi como le vio fuera, mas no lo consintieron los manteadores, que era gẽte, que aunque don Quixote fuera verdaderamente de los caualleros andantes, de la tabla redonda, no le estimaran en dos ardites.

Cap. XVIII. Donde se cuenta las razones que passo Sancho Pança con su señor don Quixote, con otras auẽturas dignas de ser contadas.

LLEGO Sãcho a ſu amo marchito y deſmayado, tanto que no podia harrear a ſu jumento. Quando aſsi le vio don Quixote, le dixo: Aora acabo de creer Sancho bueno, que aquel caſtillo, o venta, de que es encantado ſin duda, porque aquellos que tan atrozmente tomaron paſſatiempo contigo, que podian ſer ſino fantaſmas, y gente del otro mundo. Y cõfirmo eſto, por auer viſto que quando eſtaua por las bardas del corral, mirando los actos de tu triſte tragedia, no me fue poſsible ſubir por ellas, ni menos pude apearme de Rozinante, porque me deuïan de tener encantado, que te juro por la fè de quien ſoy, que ſi pudiera ſubir, o apearme, que yo te hiziera vengado, de manera que aquellos Tellones y Malandrines, ſe acordaran de la burla para ſiempre, aunque en ello ſupiera contrauenir a las leyes de la caualleria, que como ya muchas vezes te he dicho, no conſienten que cauallero ponga mano contra quien no lo ſea, ſino fuere en defenſa de ſu propria vida y perſona, en caſo de vrgente y gran neceſsidad. Tambien me vengara yo ſi pudiera, fuera o no fuera armado cauallero, pero no pude, aunque tengo para mi, que aquellos que ſe holgaron cõmigo, no erã fantaſmas ni hombres encantados, como vueſtra merced dize, ſino hombres de carne y de hueſſo, como noſotros, y todos ſegun los oy nombrar, quando me bolteauã tenian ſus nombres, q̃ el vno ſe llamaua Pedro Martinez, y el otro Tenorio Hernãdez, y el vẽtero oy q̃ ſe llamaua Iuã Palomeque el Zurdo. Aſsi que ſeñor, el no poder ſaltar las bardas del corral, ni apearſe del cauallo, en al eſtuuo, que en encantamentos. Y lo

que

que yo ſaco en limpio de todo eſto, es, que eſtas auẽturas que andamos buſcando, alcabò, alcabo, nos ha de traer a tantas deſuẽturas, que no ſepamos qual es nueſtro pie derecho. Y lo q̃ ſeria mejor y mas acertado, ſegun mi poco entendimiento, fuera el boluernos a nueſtro lugar, aora que es tiempo de la ſiega, y de entender en la hazienda, dexandonos de andar de ceca en meca, y de zoca en colodra, como dizen. Que poco ſabes Sancho, reſpõdio don Quixote, de achaque de caualleria, calla y ten paciẽcia, que de ay vendra, donde veas por viſta de ojos, quan honroſa coſa es andar en eſte exercicio. Sino dime, q̃ mayor contẽto puede auer en el mundo, o que guſto puede ygualarſe al de vẽcer vna batalla, y al de triunfar de ſu enemigo? Ninguno ſin duda alguna. Aſsi deue de ſer, reſpõdio Sancho, pueſto que yo no lo ſe. Solo ſe que deſpues q̃ ſomos caualleros andantes, o vueſtra merced lo es (que yo no ay para q̃ me cuente en tan honroſo numero) jamas hemos vẽcido batalla alguna, ſino fue la del Vizcayno, y aun de aquella ſalio vueſtra merced cõ media oreja, y media zelada menos, q̃ deſpues aca todo ha ſido palos y mas palos, puñadas y mas puñadas, lleuando yo de ventaja el mãteamiento, y auerme ſucedido por perſonas encantadas de quien no puedo vẽgarme, para ſaber haſta dõde llega el guſto del vẽcimiento del enemigo, como vueſtra merced dize. [illegible] pena q̃ yo tengo, y la que tu [illegible] Quixote: [illegible] a las manos alguna [illegible] la truxere conſigo, [illegible] ningun genero de [illegible] deparaſſe la

 ventu-

ventura aquella de Amadis, quãdo se ilamaua el cauallero de la ardiente espada, que fue vna de las mejores espadas que tuuo cauallero en el mundo: porq̃ fuera q̃ tenia la virtud dicha, cortaua como vna nauaja, y no auia armadura por fuerte y encantada que fuesse, que se le parasse delante. Yo soy tan vẽturoso, dixo Sancho, que quando esso fuesse, y vuestra merced viniesse a hallar espada semejante, solo vendria a seruir y aprouechar a los armados caualleros, como el balsamo, y a los escuderos q̃ se los papen duelos. No temas esso Sãcho, dixo don Quixote, q̃ mejor lo hara el cielo contigo. En estos coloquios yua don Quixote y su escudero, quando vio don Quixote q̃ por el camino que yuan, venia hazia ellos vna grande y espessa poluareda, y en viẽdola se boluio a Sancho y le dixo: Este es el dia, o Sácho, en el qual se ha de ver el bié q̃ me tiene guardado mi suerte. Este es el dia digo, en q̃ se ha de mostrar tanto como en otro alguno el valor de mi braço, y en el q̃ tengo de hazer obras q̃ queden escritas en el libro de la fama por todos los venideros siglos. Ves aq̃lla poluareda, q̃ alli se leuãta Sãcho? Pues toda es quaxada de vn copiosissimo exercito, q̃ de diuersas è innumerables gentes, por alli viene marchando. A essa cuenta dos deuẽ de ser, dixo Sancho, porq̃ desta parte contraria se leuanta assi mesmo otra semejante poluareda. Boluio a mirarlo don Quixote, y vio que assi era la verdad: y alegrandose sobremanera, penso sin duda alguna, que eran dos exercitos que venia a enuestirse y a encontrarse, en mitad de aquella espaciosa llanura. Porq̃ tenia a todas horas y momentos llena la fantasia de aquellas batallas, encantamẽtos, sucessos,

desati-

desatinos, amores, desafios, que en los libros de caualleryas se cuentan: y todo quanto hablaua pensaua, o hazia, era encaminado a cosas semejantes, y la poluareda que auia visto, la leuantauan dos grandes manadas de ouejas y carneros, que por aquel mesmo camino, de dos diferentes partes venian, las quales con el poluo, no se echaron de ver hasta que llegaron cerca. Y con tanto ahinco afirmaua don Quixote, que eran exercitos, que Sancho lo vino a creer, y a dezirle: Señor, pues que hemos de hazer nosotros? Que, dixo don Quixote, fauorecer y ayudar a los menesterosos y desualidos. Y has de saber Sancho, que este que viene por nuestra frente, le conduze y guia, el grande Emperador Alifanfaron, señor de la grande ysla Trapobana: este otro que a mis espaldas marcha, es el de su enemigo el Rey de los Garamantas Pentapolen, del arremangado braço, porque siempre entra en las batallas con el braço derecho desnudo. Pues porque se quieren tan mal estos dos señores, preguntò Sancho? Quierense mal, respondio don Quixote, porque este Alefanfaron, es vn foribundo pagano, y està enamorado de la hija de Pentapolin, que es vna muy fermosa ya demas agraciada señora, y es Christiana, y su padre no se la quiere entregar al Rey pagano, sino dexa primero la ley de su falso profeta Mahoma, y se buelue a la suya. Para mis barbas, dixo Sancho, sino haze muy bien Pentapolin, y que le tengo de ayudar en quãto pudiere. En esso haras lo que deues Sancho, dixo don Quixote, porq̃ para entrar en batallas semejãtes, no se requiere ser armado caualiero. Bien se me alcança esso, respondio Sancho.

Pero donde pódremos a este asno, que estemos cier tos de hallarle despues de passada la refriega, pord en entrar en ella en semejante caualleria, no creo que está en vso hasta agora. Assi es verdad, dixo don Quixote, lo que puedes hazer del, es dexarle a su auenturas, ora se pierda, o no, porque será tantos los caualios que tendremos despues que salgamos vencedores, que aun corre peligro Rozináte, no le truc que por otro. Pero estame atéto, y mira que te quiero dar cuenta de los caualleros mas principales, que en estos dos exercitos vienen. Y para que mejor los veas y notes, retiremonos a aquel altillo q̃ alli se ha ze, de donde se deuen de descubrir los dos exercitos. Hizieronlo ansi, y pusieronse sobre vna loma, desde la qual se vieran bien las dos manadas, que a don Quixote se le hizieró exercito, si las nuues del polno que leuantauan no les turbara, y cegara la vis tapero con todo esto, viendo en su ymaginacion lo que no veya ni auia, con voz leuantada começo a dezir: Aquel cauallero que alli ves, de las armas jaldes, que trae en el escudo vn leon coronado, rendido a los pies de vna donzella, es el valeroso Laurcalco, señor de la puéte de Plata: el otro de las armas de las flores de oro, que trae en el escudo tres coronas de plata, en campo azul, es el temido Micocolembo, gran Duque de Quirocia: el otro de los miembros Giganteos, que está a su derecha mano, es el nú ca medroso Brandabarbaran de Boliche, señor de las tres Arabias, que viene armado de aquel cuero de serpiente, y tiene por escudo vna puerta, que segun es fama, es vna de las del templo que derribò Sá són, quando có su muerte se vengò de sus enemigos.

Pero

Pero buelue los ojos a eſtotra parte, y veras delante y en la frente deſtotro exercito, al ſiempre vencedor y jamas vencido, Timonel de Carcajona, Principe de la nueua Vizcaya, que viene armado con las armas partidas a quarteles, azules, verdes, blancas, y amarillas, y trae en el eſcudo vn gato de oro, en campoleonado, con vna letra que dize, Miau, que es el principio del nombre de ſu dama, que ſegun ſe dize es la ſimpar Miulina, hija del duque Alfeñiquen del Algarue: el otro que carga y oprime los lomos de aquella poderoſa Alfana, que trae las armas como nieue blancas, y el eſcudo blanco y ſin empreſa alguna, es vn caualliero nouel de nacion Frances, llamado Pierres Papio, ſeñor de las Baronias de vtriq: el otro que bate las hijadas cō los herrados carcanos, a aquella pintada y ligera cebra, y trae las armas de los veros azules, es el poderoſo Duque de Nerbia, Eſpartafilardo del Boſque, que trae por empreſa en el eſcudo vna eſparraguera, con vna letra en Caſtellano, que dize aſsi, Raſtrea mi ſuerte. Y deſta manera fue nombrando muchos caualleros, del vno y del otro eſquadron que el ſe ymaginaua. Y a todos les dio ſus armas, colores, empreſas, y motes de improuiſo, lleuado de la ymaginacion de ſu nunca viſta locura, y ſin parar proſiguio diziendo A eſte eſquadron frontero, forman y hazen gentes de diuerſas naciones, aqui eſtan los que beuian las dulces aguas del famoſo Xanto, los Mentuoſos que piſan los Maſilicos campos, los que cubren el finiſsimo y menudo oro, en la felize Arabia, los que gozan las famoſas y freſcas riberas del claro Termodoante, los que ſan gran por muchas y diuerſas vias al dorado Pactolo,

los Numidas dudosos en sus promessas, los Persas, arcos y flechas, famosos Partos, los Medos, que pelean huyendo, los Arabes de mudables casas, los Citas tan crueles como blancos, los Etiopes de horadados labios, y otras infinitas naciones, cuyos rostros conozco y veo, aunque de los nombres no me acuerdo. En estotro esquadron vienen los que beuen las corrientes cristalinas del oliuifero Betis, los que tersan y pulen sus rostros, con el licor del siempre rico y dorado Tajo, los que gozan las prouechosas aguas del diuino Genil, los q̃ pisan los Tartessios campos de pastos abundantes, los que se alegran en los eliseos Xerezanos prados, los Manchegos ricos y coronados de rubias espigas, los de hierro vestidos, reliquias antiguas de la sangre Goda, los que en Pisuerga se bañan, famoso por la mansedumbre de su corriente, los que su ganado apacientan en las estendidas dehesas del tortuoso Guadiana, celebrado por su escondido curso, los que tiemblan con el frio del siluoso Pirineo, y con los blancos copos del leuantado Apenino. Finalmente, quantos toda la Europa en si contiene y encierra. Valame Dios y quantas prouincias dixo, quantas naciones nombrò, dandole a cada vna con marauillosa presteza, los atributos que le pertenecian, todo absorto y empapado en lo què auia leydo en sus libros mentirosos. Estaua Sancho Pança colgado de sus palabras sin hablar ninguna, y de quando en quando boluia la cabeça a ver si veya los caualleros y Gigantes que su amo nombraua: y como no descubria a ninguno, le dixo: Señor encomiendo al diablo hombre ni Gigante, ni caualleros de quantos vues-

tos vueſtra merced dize parece por todo eſto, alomenos yo no los veo, quiça todo deue ſer encãtamẽto como las fantaſmas de anoche. Como dizes eſſo, reſpondio don Quixote? No oyes el relinchar de los caualos, el tocar de los clarines, el ruydo de los atãbores? No oygo otra coſa, reſpõdio Sancho, ſino muchos balidos de ouejas y carneros: y aſsi era la verdad, porq̃ ya llegauan cerca los dos rebaños. El miedo que tienes, dixo don Quixote, te haze Sancho q̃ ni veas ni oyas a derechas. Porq̃ yno de los efectos del miedo, es turbar los ſentidos, y hazer que las coſas no parezcan lo que ſon: y ſi es que tãto temes, retirate a vna parte, y dexame ſolo, q̃ ſolo baſto a dar la victoria, a la parte a quien yo diere mi ayuda: y diziendo eſto, puſo las eſpuelas a Rozinante, y puesta la lança en el riſtre, baxò de la coſtezuela como vn rayo. Diole vozes Sancho, diziendole: Bueluaſe vueſtra merced ſeñor don Quixote, que boto a Dios que ſon carneros y ouejas las que va a enueſtir: bueſuaſe deſdichado del padre que me engendro, que locura es eſta? Mire que no ay Gigante ni caualero alguno, ni gatos, ni armas, ni eſcudos, partidos ni enteros, ni veros azules, ni endiablados: que es lo que haze pecador ſoy yo a Dios? Ni por eſſas boluio don Quixote, antes en altas vozes yua diziendo: Ea caualleros los que ſeguis y militays debaxo de las vanderas del valeroſo Emperador Pentapolin, del arremangado braço, ſeguidme todos, veereys quan facilmente le doy vengança de ſu enemigo Alefanfaron de la Trapobana. Eſto diziendo ſe entro por medio del eſquadron de las ouejas, y començo de alancearllas con tanto corage y denuedo,

como si de veras alãceara a sus mortales enemigos. Los pastores y ganaderos que con la manada venia, dauanle vozes que no hiziesse aquello, pero viendo que no aprouechauan, desciñeronse las hondas y començaron a saludalle los oydos, con piedras como el puño. Don Quixote no se curaua de las piedras, antes discurriendo a todas partes. Adonde estàs sobernio Alifanfuon, vente a mi que vn caualliero solo soy, que desea de solo a solo prouar tus fuerças y quitarte la vida, en pena de la q̃ das al valeroso Pentapolin Garamanta. Llegò en esto vna peladilla de arroyo, y dandole en vn lado le sepulto dos costillas en el cuerpo: viendose tan mal trecho, creyo sin duda que estaua muerto o mal ferido, y acordandose de su licor, saco su alcuza y pusosela a la boca, y començo a echar licor en el estomago: mas antes que acabasse de enuasar lo que a el le parecia que era bastante, llegò otra almendra, y diole en la mano y en el alcuza tan de lleno, que se la hizo pedaços, lleuandole de camino tres o quatro dientes y muelas de la boca, y machucandole malamente dos dedos deda mano. Tal fue el golpe primero, y tal el segundo, que le fue forçoso al pobre caualliero, dar consigo del cauallo abaxo. Llegaróse a el los pastores y creyeron que le auian muerto. Y assi con mucha priessa recogieró su ganado, y cargaró de las reses muertas, que passauan de siete, y sin aueriguar otra cosa se fueron. Estauase todo este tiempo Sancho sobre la cuesta, mirando las locuras que su amo hazia, y arrãcauase las barbas, maldiziẽdo la hora y el punto en que la fortuna se le auia dado a conocer. Viendole pues caydo en el suelo, y que ya los pastores se auian

ydo

ydo, baxò de la cuesta, y llegose a el y hallole de muy mal arte, aunque no auia perdido el sentido, y dixole: No le dezia yo señor don Quixote, que se boluiesse, que los q̃ yua a acometer no eran exercitos, sino manadas de carneros. Como esso puede desparecer y contrahazer, aquel ladron del sabio mi enemigo. Sabete Sancho que es muy facil cosa a los tales, hazernos parecer lo que quieren, y este Maglimo que me persigue, embidioso de la gloria que vio que yo auia de alcãçar desta batalla, ha buelto los esquadrones de enemigos, en manadas de ouejas. Sino haz vna cosa Sancho, por mi vida, porque te desengañes y veas ser verdad lo que te digo, sube en tu asno y siguelos bonitamente, y veras cõmo en alexãdose de aqui algun poco, se bueluen en su ser primero, y dexando de ser carneros, son hombres hechos y derechos, como yo te los pinté primero. Pero no vayas agora, que he menester tu fabor y ayuda: llegate a mi, y mira quantas muelas y dientes me faltã, que me parece que no me ha quedado ninguno en la boca. Llegose Sancho tan cerca, que casi le metia los ojos en la boca, y fue a tiempo que ya auia obrado el balsamo en el estomago de don Quixote, y al tiempo que Sancho llegò a mirarle la boca, arrojo de si mas rezio que vna escopeta, quanto dentro tenia, y dio con todo ello en las barbas del compassiuo escudero. Santa Maria, dixo Sancho, y que es esto que me ha sucedido, sin duda este pecador esta herido de muerte, pues vomita sangre por la boca. Pero reparando vn poco mas en ello, echo de ver en la color, sabor, y olor, que no era sangre, sino el balsamo de la alcuza, q̃ el le auia visto beuer, y fue tanto el asco

el asco que tomò, que reboluiendosele el estomago, vomito las tripas sobre su mismo señor, y quedaron entrambos como de perlas. Acudio Sancho a su asno para sacar de las alforjas con que limpiarse, y con que curar a su amo, y como no las hallò, estuuo a punto de perder el juyzio: maldixose de nueuo, y propuso en su coraçon, de dexar a su amo y boluerse a su tierra, aunque perdiesse el salario de lo seruido, y las esperanças del gouierno de la prometida insula. Leuãtose en esto dõ Quixote, y puesta la mano yzquierda en la boca, porque no se le acabassen de salir los dientes, asio con la otra las riendas de Rozinante, que nunca se auia mouido de junto a su amo (tal era de leal y bien acondicionado) y fuesse a donde su escudero estaua, de pechos sobre su asno, con la mano en la mexilla, en guisa de hombre penſatiuo ademas. Y viendole don Quixote de aquella manera, con muestras de tanta tristeza, le dixo: Sabete Sancho, que no es vn hombre mas que otro, sino haze mas que otro. Todas estas borrascas que nos suceden, son señales de que presto ha de serenar el tiempo, y han de sucedernos bien las cosas, porque no es posible que el mal ni el bien sean durables, y de aqui se sigue, que auiendo durado mucho el mal, el bien esta ya cerca. Assi que no deues congojarte, por las desgracias que a mi me suceden, pues a ti no te cabe parte dellas. Como no, respõdio Sancho Por ventura el que ayer mantearon, era otro que el hijo de mi padre? y las alforjas que oy me faltan con todas mis alhajas, son de otro, que del mismo? Que te faltan las alforjas Sancho, dixo don Quixote? Si que me faltan, respondio Sancho. Desse

modo

modo no tenemos que comer oy, replico don Quixote. Esso fuera, respondio Sancho, quando faltaran por estos prados las yeruas q̃ vuestra merced dize q̃ conoce, con que suelen suplir semejantes faltas, los tan mal auenturados andãtes caualleros como vuestra merced es. Con todo esso, respondio don Quixote, tomara yo aora mas ayna vn quartal de pan, o vna hogaza, y dos cabeças de sardinas arenques, que quantas yeruas describe Dioscorides, aunque fuera el ilustrado por el Doctor Lagunna. Mas con todo esto sube en tu jumento, Sancho el bueno, y vente tras mi, que Dios q̃ es proueedor de todas las cosas, no nos ha de faltar, y mas andãdo tan en su seruicio, como andamos, pues no falta a los mosquitos del ayre, ni a los gusanillos de la tierra, ni a los renaquajos del agua. Y es tan piadoso que haze salir su sol, sobre los buenos y los malos, y llueue sobre los injustos y justos. Mas bueno era vuestra merced, dixo Sancho, para predicador, que para caualler o andante. De todo sabian, y han de saber, los caualleros andantes Sancho, dixo dõ Quixote, porque caualler o andante vuo en los passados siglos, que assi se parauan a hazer vn sermon, o platica en mitad de vn campo real, como si fuera graduado por la vniuersidad de Paris: de donde se infiere, que nunca la lança emhoto la pluma, ni la pluma, la lança. Aora bien sea assi, como vuestra merced dize, respõdio Sancho, vamos aora de aqui, y procuremos donde aloxar esta noche, y quiera Dios q̃ sea en parte donde no aya mantas, ni mãteadores, ni fantasmas, ni Moros encãtados, q̃ si los ay, dare al diablo el hato, y el garamato. Pidelo tu a Dios hijo, dixo don Quixote, y guia tu por

donde

donde quisieres, que esta vez quiero dexar a tu eleccion el alojarnos: pero dame aca la mano, y atientame con el dedo, y mira bien quantos dientes y muelas me faltan deste lado derecho, de la quixada alta, que alli siento el dolor. Metio Sancho los dedos, y estandole tentando le dixo: Quantas muelas solia vuestra merced tener en esta parte? Quatro, respondio don Quixote, fuera de la tordal, todas enteras y muy sanas. Mire vuestra merced bien lo que dize señor, respondio Sancho: digo quatro sino eran cinco, respondio don Quixote, porque en toda mi vida me han sacado diente ni muela de la boca, ni se me ha caydo, ni comido de neguijon, ni de reuma alguna. Pues en esta parte de abaxo, dixo Sancho, no tiene vuestra merced mas de dos muelas y media, y en la de arriba, ni media ni ninguna, que toda esta rasa como la palma de la mano. Sin ventura yo, dixo don Quixote, oyendo las tristes nueuas que su escudero le daua, que mas quisiera que me vuieran derribado vn braço, como no fuera el de la espada. Porque te hago saber Sancho, que la boca sin muelas, es como molino sin piedra, y en mucho mas se ha de estimar vn diente, que vn diamante. Mas a todo esto estamos sugetos los que professamos la estrecha orden de la caualleria: sube amigo y guia, que yo te seguire al passo que quisieres. Hizolo assi Sancho, y encaminose hazia donde le parecio que podia hallar acogimiento, sin salir del camino real, que por alli yua muy seguido. Yendose pues poco a poco, porque el dolor de las quixadas de don Quixote no le dexaua sossegar, ni atender a darse priessa, quiso Sancho entretenelle y diuertille, diziendole alguna cosa, y

entre

entre otras que le dixo,fue , lo que se dira en el siguiente capitulo.

Cap. XIX. De las discretas razones que Sancho passaua con su amo, y de la auentura que le sucedio con vn cuerpo muerto; con otros acontecimientos famosos.

PARECEME señor mio,que todas estas desuenturas que estos dias nos han sucedido, sin duda alguna han sido pena del pecado cometido por vuestra merced,contra la orden de su caualleria,no auiendo cúplido el juramẽto que hizo, de no comer pan a mãteles,ni con la Reyna folgar, con todo aquello que a esto se sigue : y vuestra merced jurò de cumplir, hasta quitar aquel Almete de Malandrino , o como se llama el Moro , que no me acuerdo bien. Tienes mucha razon Sancho,dixo don Quixote. Mas para dezirte verdad,ello se me auia passado de la memoria : y tambien puedes tener por cierto , que por la culpa de no auermelo tu acordado en tiempo, te sucedio aquello de la manta: pero yo hare la enmienda , que modos ay de composicion en la orden de la caualleria para todo. Pues juré yo algo por dicha? Respondio Sancho,no importa que no ayas jurado, dixo don Quixote,basta que yo entiedo que de participantes no estàs muy seguro,y por si o por no,no sera malo prouecrnos de remedio. Pues si ello es assi, dixo Sancho, mire vuestra merced no se le torne a oluidar esto, como lo del juramento , quiça les boluera

boluera la gana a las fantaſmas de ſolazarſe otra vez conmigo, y aun con vueſtra merced ſi le ven tan per finaz. En eſtas y otras platicas, les tomo la noche en mitad del camino, ſin tener ni deſcubrir dóde aquella noche ſe recogieſſen: y lo que no auia de bueno en ello, era, que perecian de hambre, que con la falta de las alforjas, les faltò toda la deſpenſa y matalotaje. Y para acabar de confirmar eſta deſgracia, les ſucedio vna auentura, que ſin artificio alguno, verdaderamente lo parecia. Y fue, que la noche cerrò con alguna eſcuridad, pero con todo eſto caminauan, creyendo Sancho, que pues aquel camino era real, a vna, o dos leguas, de buena razon hallaria en el alguna venta. Yendo pues deſta manera, la noche eſcurã, el eſcudero hambriento, y el amo con gana de comer, vieron que por el meſmo camino que yuan, venian hazia ellos gran multitud de lumbres, que no parecian ſino eſtrellas, que ſe mouian. Paſmoſe Sancho en viendolas, y don Quixote no las tuuo todas conſigo: tirò el vno del cabeſtro a ſu aſno, y el otro de las riendas a ſu Rozino, y eſtuuieron quedos, mirando atentamente lo que podia ſer aquello, y vieron que las lumbres ſe yuan acercando a ellos, y mientras mas ſe llegauan, mayores parecian. A cuya viſta Sancho començò a temblar como vn azogado, y los cabellos de la cabeça ſe le erizaron a don Quixote. El qual animandoſe vn poco, dixo: Eſta ſin duda Sancho deue de ſer grandiſsima y peligroſiſsima auentura, donde ſera neceſſario que yo mueſtre todo mi valor y eſfuerço. Deſdichado de mi, reſpondio Sancho, ſi a caſo eſta auentura fueſſe de fantaſmas, como me lo

me lo va pareciendo, adonde aura coſtillas que la ſufran. Por mas fantaſmas que ſean, dixo don Quixote, no conſentire yo que te toque en el pelo de la ropa: que ſi la otra vez ſe burlaron contigo, fue porque no pude yo ſaltar las paredes del corral, pero aora eſtamos en campo raſo, donde podrè yo como quiſiere eſgremir mi eſpada. Y ſi le encantã y entomecen, como la otra vez lo hizieron, dixo Sancho, que aprouechará eſtar en campo abierto, o no? Con todo eſſo, replicò don Quixote, ſe ruego Sancho, que tengas buen animo, que la experiẽcia te dara a entender el que yo tengo. Si tendre, ſi a Dios plaze, reſpondio Sancho, y apartandoſe los dos a vn lado del camino, tornaron a mirar atentamente, lo que aquello de aqpellas lumbres que caminauan podia ſer: y de alli a muy poco deſcubrieron muchos encamiſados, cuya temeroſa viſion de todo punto rematò el animo de Sancho Pança, el qual començó a dar diente con diẽte, como quiẽ tiene frio de quartana: y crecio mas el batir y dentellear, quando diſtintamente vieron lo que era, porque deſcubrieron haſta veynte encamiſados, todos a cauallo, con ſus hachas encẽdidas en las manos: detras de los quales venia vna litera, cubierta de luto, a la qual ſeguian otros ſeys de a cauallo, enlutados haſta los pies de las mulas, que bien vieron que no eran cauallos en el ſoſsiego con que caminauan. Yuan los encamiſados murmurando entre ſi, con vna voz baxa, y compaſsiua. Eſta eſtraña viſion a tales horas, y en tal deſpoblado, biẽ baſtaua para poner miedo en el coraçon de Sancho, y aun en el de ſu amo: y aſsi fuera en quanto a don

Quixote, que ya Sancho auia dado al traues con to do su esfuerço. Lo contrario le auino a su amo, al qual en aquel punto se le representò en su imagi nation al viuo, que aquella era vna de las auentu ras de sus libros. Figurosele, que la litera eran andas donde deuia de yr algun mal ferido, o muer to cauallero, cuya vengança a el solo estaua reser uada: y sin hazer otro discurso enristrò su lan çon, pusose bien en la silla, y con gentil brio, y continente se puso en la mitad del camino por dò de los encamisados forçosamente auian de passar, y quando los vio cerca alçò la voz, y dixo: De teneos caualleros, o quien quiera que seays, y dadme cuenta de quien soys? de donde venis? adonde vays? que es lo que en aquellas andas lle uays? que segun las muestras: o vosotros aueys fecho, o vos han fecho algun desaguisado, y con uiene, y es menester que yo lo sepa, o bien para castigaros del mal que feziste, o bien para ven garos del tuerto que vos fizieron. Vamos de priesa, respondio vno de los encamisados y està la ven ta lexos, y no nos podemos detener a dar tanta cuẽ ta como pedis · y picando la mula passò adelante. Sintiose desta respuesta grandemente don Qui xòte, y trauando del freno, dixo: Deteneos, y sed mas bien criado, y dadme cuenta de lo que os he preguntado, sino conmigo soys todos en batalla. Era la mula assombradiza, y al tomarla del freno se espantò de manera, que alçandose en los pies dio con su dueño por las hancas en el suelo. Vn moço que yua a pie, viendo caer al encamisado, comenco a denostar a don Quixote, el qual ya encolerizado,

sin

sin esperar mas, enristrando su lançon, arremetio a vno de los enlutados, y mal ferido dio con el en tierra: y reboluiendose por los demas, era cosa de ver con la presteza que los acometia, y desbaratau, que no parecia sino q̃ en aquel instante le auian nacido alas a Rozinante, segun andaua de ligero, y orgulloso. Todos los encamisados era gente medrosa, y sin armas, y assi con facilidad en vn momẽto dexaron la refriega, y començaron a correr por aquel campo, con las hachas encendidas, que no parecian sino a los de las mascaras, que en noche de regozijo y fiesta corren. Los enlutados assimesmo, rebueltos, y embueltos en sus faldamentos y lobas, no se podian mouer: assi que muy a su saluo don Quixote los apaleò a todos, y les hizo dexar el sitio mal de su grado: porque todos pensaron que aquel no era hombre, sino diablo del infierno que les salia a quitar el cuerpo muerto que en la litera lleuauan. Todo lo miraua Sancho, admirado del ardimiento de su señor, y dezia entre si, Sin duda este mi amo es tan valiente y esforçado como el dize Estaua vna hacha ardiendo en el suelo, junto al primero que derribò la mula, a cuya luz le pudo ver don Quixote, y llegandose a el le puso la pũta del lançon en el rostro, diziendole, que se rindiesse, sino que le mataria. A lo qual respondio el caydo: Harto rẽdido estoy pues no me puedo mouer, q̃ tẽgo vna pierna quebrada: suplico a vuestra merced, si escauallero Christiano, q̃ no me mate, q̃ cometerà vn gran sacrilegio, q̃ soy Licẽciado, y tẽgo las primeras ordenes. Pues quien diablos os ha traydo aqui, dixo dõ Quixote, siendo hõbre de Iglesia?

Quien señor, replicò el caydo, mi desuentura. Pues otra mayor os amenaza, dixo don Quixote, sino me satisfazeys a todo quanto primero os pregunte Con facilidad será vuestra merced satisfecho, respondio el Licenciado, y assi sabra vuestra merced, que aunque denantes dixe que yo era Licenciado, no soy sino Bachiller, y llamome Alonso Lopez, soy natural de Alcouendas, vengo de la ciudad de Baeça, con otros onze sacerdotes, que son los que huyeron con las hachas, vamos a la ciudad de Segouia acompañando vn cuerpo muerto que va en aquella litera, que es de vn cauallero que murio en Baeça, donde fue depositado, y aora (como digo) lleuauamos sus huessos a su sepultura, q̃ está en Segouia, de donde es natural. Y quien le mató? pregũtó don Quixote. Dios, por medio de vnas calenturas pestilentes que le dieron, respondio el Bachiller. Dessa suerte, dixo don Quixote, quitado me ha nuestro Señor del trabaxo que auia de tomar en vengar su muerte, si otro alguno le huuiera muerto: pero auiendole muerto quien le matò no ay sino callar, y encoger los ombros, porque lo mesmo hiziera si a mi mismo me matara.: y quiero que sepa vuestra reuerencia, que yo soy vn cauallero de la Mancha, llamado don Quixote, y es mi oficio y exercicio, andar por el mundo endereçando tuertos, y desfaziendo agrauios. No se como pueda ser esso de endereçar tuertos, dixo el Bachiller, pues a mi de derecho me aueys buelto tuerto, dexandome vna pierna quebrada, la qual no se verà derecha en todos los dias de su vida: y el agrauio que en mi aueys deshecho, ha sido de-

xarme

xarme agrauiado de manera, que me quedarè agra uiado para ſiempre: y harta deſuentura ha ſido topar con vos que vays buſcando auenturas. No todas las coſas, reſpondio don Quixote, ſuceden de vn miſmo modo, el daño eſtuuo ſeñor Bachiller Alonſo Lopez, en venir como veniades de noche, veſtidos con aquellas ſobrepellizes, con las hachas encendidas, rezando, cubiertos de luto, que propiamente ſemejauades coſa mala, y del otro mundo, y aſsi yo no pude dexar de cumplir con mi obligacion acometiendo os, y os acometiera aũque verdaderamente ſupiera que erades los meſmos Satanaſes del infierno, que por tales os juzguè, y tuue ſiempre. Ya que aſsi lo ha querido mi ſuerte, dixo el Bachiller, ſuplico a vueſtra merced ſeñor cauallero andante (que tan mala andança me ha dado) me ayude a ſalir de debaxo deſta mula, que me tiene tomada vna pierna entre el eſtribo y la ſilla. Hablara yo para mañana, dixo don Quixote, y haſta quando aguardauades a dezirme vueſtro afan? Dio luego vozes a Sancho Pança, que vinieſſe: pero el no ſe curò de venir, porque andaua ocupado desbalijando vna azemila de repueſto, que trahian aquellos buenos ſeñores bien baſtezida de coſas de comer. Hizo Sancho coſtal de ſu gauan, y recogiendo todo lo que pudo, y cupo en el talego, cargó ſu jumento, y luego acudio a las vozes de ſu amo, y ayudò a ſacar al ſeñor Bachiller, de la opreſsion de la mula: y poniendole encima della, le dio la hacha, y don Quixote le dixo, que ſiguieſſe la derrota de ſus compañeros, a quien de ſu parte pidieſſe perdon del

agrauio,que no auia sido en su mano dexar de auer le hecho. Dixole tambien Sancho: Si a caso quisieren saber essos señores, quien ha sido el valeroso que tales los puso,dirales vuestra merced, que es el famoso dõ Quixote de la Mancha, que por otro nombre se llama, el caualliero de la triste Figura. Con esto se fue el Bachiller, y don Quixote preguntò a Sancho,que que le auia mouido a llamarle el caualliero de la triste Figura, mas entonces que nunca?Yo se lo dire,respondio Sancho, porque le he estado mirãdo vn rato a la luz de aquella hacha, que lleua aquel mal andante,y verdaderamẽte tiene vuestra merced la mas mala figura de poco aca, que jamas he visto:y deuelo de auer causado, o ya el cansancio deste combate, o ya la falta dẽ las muelas,y dientes. No es esso, respondio don Quixote, sino que el Sabio a cuyo cargo deue de estar el escriuir la historia de mis hazañas, le aura parecido, que serà bien que yo tome algun nombre apelatiuo,como lo tomauã todos los caualleros passados: qual se llamaua el dẽ la ardiente Espada:qual el del Vnicornio: aquel de las Donzellas: aqueste el del aue Fenix:el otro el caualliero del Grifo:estotro el de la Muerte:y por estos nombres,ẽ insignias eran conocidos por toda la redondez de la tierra. Y assi digo,que el Sabio ya dicho,te aura puesto en la lengua,y en el pensamiento aora, que me llamasses el caualliero de la triste Figura, como pienso llamarme desde oy en adelante:y para que mejor me quadre tal nombre,determino de hazer pintar, quando aya lugar en mi escudo, vna muy triste figura. No ay para que gastar tiempo, y dineros en hazer

esta

essa figura, dixo Sancho, sino lo que se ha de hazer es, que vuestra merced descubra la suya, y dè rostro a los que le miraren, q̃ sin mas ni mas, y sin otra imagen, ni escudo le llamaran el de la triste Figura: y creame que le digo verdad, porque le prometo a vuestra merced señor, (y esto sea dicho en burlas) que le haze tan mala cara la hambre, y la falta de las muelas, que como ya tengo dicho, se podra muy bien escusar la triste pintura. Riose don Quixote, del donayre de Sancho, pero con todo propuso de llamarse de aquel nombre, en pudiẽdo pintar su escudo, ò rodela, como auia imaginado. Oluidauaseme de dezir, que aduierta vuestra merced, q̃ queda descomulgado, por auer puesto las manos violentamẽte en cosa sagrada, *iuxta illud, si quis suadente diabolo, &c.* No entiendo esse Latin respondio don Quixote, mas yo se biẽ que no puse las manos, sino este lançon: quanto mas, que yo no pense que ofendia a sacerdotes, ni a cosas de la Yglesia, a quiẽ respeto, y adoro como Catolico, y fiel Christiano que soy, sino a fantasmas, y a vestiglos del otro mũdo: y quando esso assi fuesse, en la memoria tengo lo que le passò al Cid Ruy Diaz quando quebro la silla del Embaxador de aquel Rey, delante de su Santidad del Papa, por lo qual lo descomulgò, y anduuo aquel dia el buen Rodrigo de Viuar, como muy honrado, y valiente caualler o. En oyẽdo esto el Bachiller se fue, como queda dicho, sin replicarle palabra. Quisiera don Quixote mirar, si el cuerpo que venia en la litera eran hueſſos, o no, pero no lo consintio Sancho, diziendole: Señor vuestra merced ha acabado esta peligrosa auentura lo mas

a ſu ſaluo, de todas las que yo he viſto, eſta gente aunque vencida y desbaratada, podria ſer que cayeſſe en la cuenta de que los vencio ſola vna perſona, y corridos, y auergonçados deſto, boluieſſen a rehazerſe, y a buſcarnos, y nos dieſſen en que entender. El jumento eſtà como conuiene, la montaña cerca, la hambre carga, no ay que hazer ſino retirarnos con gentil compas de pies, y como dizen, vayaſſe el muerto a la ſepultura, y el viuo a la hogaza: y antecogiendo ſu aſno, rogò a ſu ſeñor, que le ſiguieſſe: el qual pareciendole que Sancho tenia razon, ſin boluerle a replicar le ſiguio. Y a poco trecho que caminauan por entre dos montañuelas, ſe hallaron en vn eſpacioſo, y eſcondido valle, donde ſe apearon, y Sancho aliuiò el jumento, y tendidos ſobre la verde yerua, con la falſa de ſu hambre, almorçaron, comieron, merendaron, y cenaron a vn meſmo punto, ſatisfaziendo ſus eſtomagos con mas de vna fiambrera que los ſeñores clerigos del difunto (que pocas vezes ſe dexan mal paſſar) en la azemila de ſu repueſto trahian. Mas ſucedioles otra deſgracia, que Sancho la tuuo por la peor de todas, y fue, que no tenian vino que beuer, ni aun agua que llegar a la boca: y acoſſados de la ſed, dixo Sancho viendo que el prado donde eſtauan eſtaua colmado de verde y menuda yerua,

lo que ſe dirà en el ſiguiente

capitulo.

Cap. XX. De la mas vista ni oyda auentura que con mas poco peligro fue acabada de famoso caualllero en el mundo, como la que acabó el valeroso don Quixote de la Mancha.

NO es posible señor mio, sino que estas yeruas dan testimonio de que por aqui cerca deue de estar alguna fuẽte, o arroyo, que estas yeruas humedece, y assi serà bien, que vamos vn poco mas adelante que ya toparemos donde podamos mitigar esta terrible sed que nos fatiga, que sin duda causa mayor pena que la hambre. Pareciole bien el consejo a dõ Quixote, y tomando de la rienda a Rozinãte, y Sancho del cabestro a su asno, despues de auer puesto sobre el los relieues que de la cena quedaron, començaron a caminar por el prado arriba a tiento, porque la escuridad de la noche no les dexaua ver cosa alguna: mas no huuieron andado dozientos passos quando llegò a sus oydos vn grande ruydo de agua, como que de algunos grandes y leuantados riscos se despeñaua. Alegroles el ruydo en grã manera, y parandose a escuchar hàzia que parte sonaua, oyeron a deshora otro estruendo, que les aguò el contento del agua, especialmente a Sancho, que naturalmente era medroso, y de poco animo. Digo que oyeron que dauan vnos golpes a compas, con vn cierto cruxir de hierros y cadenas, que acompañados del furioso estruendo del agua, que pusieran pauor a qualquier otro coraçon que no fuera el de don Quixote. Era la noche, como se ha

dicho, escura, y ellos acertaron a entrar entre vnos arboles altos, cuyas hojas mouidas del blando viento, hazia vn temeroso y manso ruydo: de manera, que la soledad, el sitio, la escuridad, el ruydo del agua, con el susurro de las hojas, todo causaua horror, y espanto: y mas quando vierõ, que ni los golpes cessauan, ni el viento dormia, ni la mañana llegaua: añadiendose a todo esto, el ignorar el lugar donde se hallauã. Pero don Quixote, acompañado de su intrepido coraçon, saltò sobre Rozinante, y embraçando su rodela, terciò su lançõ, y dixo: Sancho amigo, has de saber, q̃ yo naci por querer del cielo en esta nuestra edad de hierro, para resucitar en ella la de oro, o la dorada, como suele llamarse. Yo soy aquel para quien estan guardados los peligros, las grandes hazañas, los valerosos hechos. Yo soy, digo otra vez, quien ha de resucitar los de la tabla redonda, los doze de Francia, y los nueue de la fama, y el que ha de poner en oluido los Platires, los Tablantes, Oliuantes, y Tirantes: los Febos, y Belianises, con toda la caterua de los famosos caualleros andantes del passado tiempo, haziendo en este en que me hallo tales grandezas, estrañezas, y fechos de armas, que escurezcan las mas claras que ellos fizieron. Bien notas escudero fiel, y legal, las tinieblas desta noche, su estraño silẽcio, el sordo y cõfuso estruẽdo destos arboles, el temeroso ruydo de aquella agua en cuya busca venimos, que parece q̃ se despeña y derumba desde los altos montes de la luna, y aquel incessable golpear que nos hiere y lastima los oydos, las quales cosas todas juntas, y cada vna por si, son bastantes a infundir miedo, temor,

mor, y espanto en el pecho del mesmo Marte, quãto mas en aquel que no està acostumbrado a semejantes acontecimientos, y auenturas. Pues todo esto que yo te pinto, son incentiuos, y despertadores de mi animo, que ya haze que el coraçon me rebiente en el pecho, cõ el desseo que tiene de acometer essa auentura, por mas dificultosa q̃ se muestra. Assi q̃ aprieta vn poco las cinchas a Rozinãte, y quedate a Dios, y esperame aqui hasta tresdias nò mas, en los quales sino boluiere, puedes tu boluerte a nuestra aldea, y desde alli, por hazerme merced, y buena obra, yras al Toboso, donde diras a la incõparable señora mia Dulzinea, que su cautiuo caualler o murio, por acometer cosas que le hiziessen digno de poder llamarse suyo. Quando Sancho oyò las palabras de su amo, començò a llorar con la mayor ternura del mundo, y a dezille: Señor, yo no se porque quiere vuestra merced acometer esta tan temerosa auentura: aora es de noche, aqui no nos vee nadie, bien podemos torcer el camino, y desuiarnos del peligro, aunque no beuamos en tres dias: y pues no ay quien nos vea, menos aura quien nos note de cobardes: quanto mas que yo he oydo predicar al Cura de nuestro lugar (que vuestra merced bien conoce) q̃ quiẽ busca el peligro perece en el: assi que no es bie tentar a Dios, acometiẽdo tan desaforado hecho, dõde no se puede escapar sino por milagro: y basta los q̃ ha hecho el cielo con V.m. en librarle de ser manteado, como yo lo fuy: y en sacarle vẽce dor, libre, y saluo de entre tantos enemigos como acompañauan al difunto. Y quando todo esto

no,

no mueua ni ablande esse duro coraçon, mueuale el pensar, y creer que a penas se aura vuestra merced apartado de aqui, quando yo de miedo de mi anima a quien quisiere lleuarla. Yo sali de mi tierra, y dexè hijos y muger, por venir a seruir a vuestra merced, creyendo valer mas, y no menos: pero como la cudicia rõpe el saco, a mi me ha rasgado mi esperanças, pues quando mas viuas las tenia de alcançar aquella negra, y mal hadada insula que tãtas vezes vuestra merced me ha prometido, veo q̃ en pago y trueco della, me quiere aora dexar en vn lugar tan apartado del trato humano. Por vn solo Dios, señor mio, que nõ se me faga tal desaguisado: y ya q̃ del todo no quiera V.m. desistir de acometer este fecho, dilatelo alomenos hasta la mañana, q̃ a lo que a mi me muestra la ciencia q̃ aprendi quãdo era pastor, no deue de auer desde aqui al Alua tres horas: porque la boca de la bozina està encima de la cabeça, y haze la media noche en la linea del braço yzquierdo. Como puedes tu Sancho, dixo dõ Quixote, ver donde haze essa linea, ni donde està essa boca, o esse colodrillo q̃ dizes, si haze la noche tan escura q̃ no parece en todo el cielo estrella alguna? Assi es, dixo Sancho, porq̃ tiene el miedo muchos ojos, y vee las cosas debaxo de tierra, quãto mas encima en el cielo, puesto q̃ por buẽ discurso biẽ se puede entender q̃ ay poco de aqui al dia. Falte lo q̃ faltare, respondio don Quixote, q̃ no se ha de dezir por mi aora, ni en ningun tiẽpo, que lagrimas y ruegos me apartarõ de hazer lo q̃ deuia a estilo de cauallero: y assi te ruego Sancho, q̃ calles, que Dios q̃ me ha puesto en coraçon de acometer

aora

aora esta tan no vista, y tan temerosa auentura, tendra cuydado de mirar por mi salud, y de consolar tu tristeza. Lo que has de hazer es, apretar bien las cinchas a Rozinante, y quedarte aqui, que yo dare la buelta presto, o viuo, o muerto. Viendo pues Sancho la vltima resolucion de su amo, y quan poco valian con el sus lagrimas, consejos, y ruegos, determinò de aprouecharse de su industria, y hazerle esperar hasta el dia si pudiesse: y assi quando apretaua las cinchas al cauallo, bonitamente, y sin ser sentido atò con el cabestro de su asno ambos pies a Rozinante, de manera que quãdo don Quixote se quiso partir no pudo, porque el cauallo no se podia mouer sino a saltos. Viendo Sancho Pança el buen sucesso de su embuste, dixo: Ea señor, que el cielo conmouido de mis lagrimas, y plegarias, ha ordenado que no se pueda mouer Rozinante, y si vos quereys porfiar, y espolear, y dalle, serà enojar a la Fortuna, y dar cozes (como dizen) contra el aguijon. Desesperauase con esto dõ Quixote, y por mas que ponia las piernas al cauallo, menos le podia mouer: y sin caer en la cuenta de la ligadura, tuuo por bien de sossegarse, y esperar, o a que amaneciesse, o a que Rozinante se meneasse, creyendo sin duda, que aquello venia de otra parte que de la industria de Sancho, y assi le dixo: Pues assi es Sancho, que Rozinante no puede mouerse, yo soy contento de esperar a que ria el Alua, aunque yo llore lo que ella tardare en venir. No ay que llorar, respondio Sancho, que yo entretendre a vuestra merced, contando cuentos desde aqui al dia, si ya no es que se quiere apear, y echarse

echarse a dormir vn poco sobre la verde yerua, a vso de caualleros andantes, para hallarse mas descansado quando llegue el dia, y pûto de acometer esta tan desemejable auentura que le espera. A que llamas apear so a que dormir, dixo don Quixote? Soy yo por vêtura de aquellos caualleros que toman reposo en los peligros? duerme tu que nacíste para dormir, o haz lo que quisieres, que yo hare lo que viere que mas viene con mi pretension. No se enoje vuestra merced señor mio, respondio Sancho, que no lo dixe por tanto: y llegandose a el puso la vna mano en el arzon delantero, y la otra en el otro, de modo que quedô abraçado con el muslo yzquierdo de su amo, sin osarse apartar del vn dedo: tal era el miedo que tenia a los golpes, q̃ toda via alternatiuamente sonauan. Dixole don Quixote, que contasse algun cuento para entretenerle, como se lo auia prometido: a lo que Sancho dixo que si hiziera, si le dexara el temor de lo que oia, pero cõ todo ésso yo me esforçaré a dezir vna historia, que si la acierto a contar, y no me van a la mano, es la mejor de las historias: y esteme vuestra merced atento, q̃ ya comiẽço. Erase que se era, el bien que viniere para todos sea, y el mal para quien lo fuere a buscar. Y aduierta vuestra merced, señor mio, q̃ el principio que los antiguos dieron a sus consejas, no fue assi como quiera, q̃ fue vna sentencia de Caton Çonzorino Romano, que dize: Y el mal para quien le fuere a buscar, que viene aqui como anillo al dedo, para q̃ vuestra merced se estê quedo, y no vaya a buscar el mal a ninguna parte, sino que nos boluamos por otro camino, pues nadie nos fuerça

a que

a que ſigamos eſte, donde tãtos miedos nos ſobreſaltan. Sigue tu cuento Sancho, dixo don Quixote, y del camino que hemos de ſeguir dexame a mi el cuydado. Digo pues, proſiguio Sancho, q̃ en vn lugar de Eſtremadura auia vn paſtor cabrerizo, quiero dezir, q̃ guardaua cabras, el qual paſtor, o cabrerizo, como digo dmi cuẽto, ſe llamaua Lope Ruyz: y eſte Lope Ruyz, andaua enamorado de vna paſtora q̃ ſe llamaua Torralua, la qual paſtora llamada Torralua, era hija de vn ganadero rico, y eſte ganadero rico. Si deſſa manera cuẽtas tu cuẽto Sancho, dixo dõ Quixote, repitiendo dos vezes lo q̃ vas diziendo no acabaras en dos dias, dilo ſeguidamẽte, y cuẽtalo como hõbre de entendimieto, y ſino no digas nada. De la miſma manera q̃ yo lo cuẽto, reſpondio Sancho, ſe cuẽtan en mi tierra todas las cõſejas y yo no ſe contarlo de otra, ni es bien q̃ V.m. me pida q̃ haga vſos nueuos. Di como quiſieres, reſpondio don Quixote, q̃ pues la ſuerte quiere q̃ no pueda dexar de eſcucharte, proſigue. Aſsi q̃, ſeñor mio de mi anima, proſiguio Sancho, q̃ como ya tẽgo dicho, eſte paſtor andaua enamorado de Torralua la paſtora, q̃ era vna moça rolliza, zahareña, y tiraua algo a hõburna, por q̃ tenia vnos pocos de vigotes, q̃ parece q̃ aora laveo. Luego conociſtela tu, dixo dõ Quixote. No la conoci yo, reſpõdio Sancho pero quie me contò eſſe cuẽto me dixo, q̃ era ta cierto y verdadero, q̃ podia bien quãdo lo cõtaſſe a otro, afirmar y jurar q̃ lo auia viſto todo. Aſsi q̃ yendo dias y viniẽdo dias, el diablo q̃ no duerme, y q̃ todo lo anaſca hizo de manera, q̃ el amor que el paſtor tenia a la paſtora ſe boluieſſe en õmezillo,

y mala

y mala voluntad, y la causa fue, segun malas lenguas, vna cierta cantidad de zelillos que ella le dio, tales que passauan de la raya, y llegauan a lo vedado: y fue tanto lo que el pastor la aborrecio de alli adelante, que por no verla se quiso ausentar de aquella tierra, è yrse donde sus ojos no la viessen jamas. La Torralua que se vio desdeñada del Lope, luego le quiso bien mas que nunca le auia querido. Essa es natural condicion de mugeres, dixo don Quixote, desdeñar a quien las quiere, y amar a quien las aborrece, passa adelante Sancho. Sucedio, dixo Sancho, que el pastor puso por obra su determinacion, y antecogiendo sus cabras se encaminò por los campos de Estremadura, para passarse a los Reynos de Portugal. La Torralua que lo supo se fue tras el, y seguiale a pie y descalça, desde lexos, cõ vn bordon en la mano, y con vnas alforjas al cuello, donde lleuaua (segun es fama) vn pedaço de espejo, y otro de vn peyne, y no se que botezillo de mudas para la cara: mas lleuasse lo q̃ lleuasse, que yo no me quiero meter aora en aueriguallo. Solo diere que dizen, que el pastor llegò con su ganado a passar el rio Guadiana, y en aquella sazon yua crecido, y casi fuera de madre: y por la parte que llegò no auia barca, ni barco, ni quien le passasse a el, ni a su ganado de la otra parte, de lo que se cõgoxò mucho, porque veia que la Torralua venia ya muy cerca, y le auia de dar mucha pesadumbre con sus ruegos y lagrimas: mas tãto anduuo mirando, que vio vn pescador que tenia junto a si vn barco tan pequeño, que solamente podiã caber en el vna persona y vna cabra, y cõ todo esto

le

le hablò y concerto con el, que le paſſaſſe a el y a trezientas cabras que lleuaua Entró el peſcador en el barco, y paſſò vna cabra, boluio y paſſò otra, tornò a boluer, y tornò a paſſar otra Tenga vueſtra merced cuenta en las cabras que el peſcador va paſſando, porque ſi ſe pierde vna de la memoria, ſe acabarà el cuento, y no ſera poſsible contar mas palabra del. Sigo pues y digo, que el deſſembarcadero de la otra parte, eſtaua lleno de cieno, y resbaloſo, y tardaua el peſcador mucho tiempo en yr y boluer. Con todo eſto, boluio por otra cabra, y otra, y otra. Haz cuenta que las paſſò todas, dixo don Quixote, no andes yendo y viniendo deſſa manera, que no acabaràs de paſſarlas en vn año. Quàtas han paſſado haſta agora, dixo Sancho? Yo què diablos ſe, reſpondio dò Quixote He ay lo que yo dixe, que tuuieſſe buena cuenta Pues por Dios q̃ ſe ha acabado el cuento, que no ay paſſar adelante. Como puede ſer eſſo, reſpondio don Quixote? tan de eſſencia de la hiſtoria, es ſaber las cabras que han paſſado por eſtenſo, que ſi ſe yerra vna del numero, no puedes ſeguir adelàte con la hiſtoria? No ſeñor en ninguna manera, reſpondio Sancho, porque aſsi como yo preguntè a vueſtra merced, que me dixeſſe quatas cabras auian paſſado, y me reſpondio que no ſabia, en aquel meſmo inſtàte, ſe me fue a mi de la memoria quanto me quedaua por dezir, y aſe que era de mucha virtud y contẽto. De modo, dixo don Quixote, q̃ ya la hiſtoria es acabada? Tan acabada es como mi madre, dixo Sancho. Digote de verdad, reſpondio don Quixote, q̃ tu has contado vna de las mas nueuas conſejas, cuẽto, o hiſtoria, que nadie pudo penſar en el mundo, y que tal

modo de contarla, ni dexarla, jamas se podra ver, ni aura visto en toda la vida, aunq̃ no esperaua yo otra cosa de tu buen discurso, mas no me marauillo, pues quiça estos golpes que no cessan, te deuẽ de tener turbado el entendimiento. Todo puede ser, respondio Sancho, mas yo se que en lo de mi cuento, no ay mas que dezir, que alli se acaba, do comiença el yerro de la cuẽta del passage de las cabras. Acabe norabuena donde quisiere, dixo don Quixote, y veamos si se puede mouer Rozinante. Tornole a poner las piernas, y el tornò a dar saltos y a estarse quedo, tanto estaua de bien atado. En esto parece ser, o que el frio de la mañana que ya venia, o que Sancho vuiesse cenado algunas cosas lenitiuas, o que fuesse cosa natural (que es lo que mas se deue creer) à el le vino en voluntad, y desseo de hazer lo que otro no pudiera hazer por el. Mas era tanto el miedo que auia entrado en su coraçon, que no osaua apartarse vn negro de vña de su amo. Pues pensar de no hazer lo que tenia gana, tãpoco era possible, y assi lo que hizo por bien de paz, fue soltar la mano derecha, que tenia asida al arçon trasero, con la qual bonitamente y sin rumor alguno, se solto la lazada corrediza, con que los calçones se sostenian, sin ayuda de otra alguna, y en quitandosela, dieró luego abaxo, y se le quedaró como grillos: tras esto alçó la camisa lo mejor que pudo, y echò al ayre entrambas posaderas, (que no eran muy pequeñas.) Hecho esto (que el pósso que era lo mas que tenia que hazer, para salir de aquel terrible aprieto y angustia) le sobreuino otra mayor, que fue, que le parecio que no podia mudarse, sin hazer estrepito y ruydo, y començó a apretar los

los dientes, y a encoger los hombros, recogiẽdo en ſi el aliento, todo quanto podia. Pero con todas eſtas diligencias, fue tan deſdichado, que al cabo, al cabo, vino a hazer vn poco de ruydo, bien diferente de aquel que a el le ponia tãto miedo. Oyolo don Quixote, y dixo: Que rumor es eſſe Sãcho? No ſe ſeñor, reſpondio el, alguna coſa nueua deue de ſer, que las auenturas y deſuenturas, nunca comiençan por poco. Tornò otra vez a prouar ventura, y ſucediole tã bien, que ſin mas ruydo ni alboroto, que el paſſado, ſe hallò libre de la carga, que tanta peſadumbre lo auia dado. Mas como don Quixote, tenia el ſentido del holfato tan viuo, como el de los oydos, y Sancho eſtaua tan junto y coſido con el, que caſi por linea recta ſubian los vapores hàzia arriba: no ſe pudo eſcuſar, de que algunos no llegaſſen a ſus narizes, y apenas vuieron llegado, quando el fuo al ſoco rro: apretandolas entre los dos dedos, y con tono algo gangoſo, dixo: Pareceme Sancho, que tienes mucho miedo? Si tengo, reſpondio Sancho, mas en que lo echa de ver vueſtra merced, aora mas que nunca? En que aora mas que nunca hueles, y no a ambar, reſpondio don Quixote. Bien podra ſer, dixo Sancho, mas yo no tengo la culpa ſino vueſtra merced, q̃ me trae a deshoras, y por eſtos no acoſtũbrados paſſos. Retirate tres o quatro alla amigo, dixo don Quixote (todo eſto ſin quitarſe los dedos de las narizes) y deſde aqui adelãte, ten mas cuenta con tu perſona, y con lo que deues a la mia, que la mucha conuerſacion q̃ tengo contigo, ha engẽdrado eſte menoſprecio. Apoſtare, replicò Sancho, q̃ pienſa vueſtra merced, q̃ yo he hecho de mi perſona alguna coſa, q̃ no

deua. Peor es meneallo amigo Sancho, reſpondio don Quixote. En eſtos coloquios, y otros ſemejãtes, paſſaró la noche, amo y moço. Mas viendo Sancho que a mas andar ſe venia la mañana, con mucho tiẽto deſligò a Rozinante, y ſe atò los calçones. Como Rozinante ſe vio libre, aunque el de ſuyo no era nada brioſo, parece que ſe reſintio, y començo a dar manotadas, porque corbetas (con perdon ſuyo) no las ſabia hazer. Viendo pues don Quixote, que ya Rozinante ſe mouia, lo tuuo a buena ſeñal, y creyo que lo era, de que acometieſſe aquella temeroſa auẽtura. Acabó en eſto de deſcubrirſe el alua, y de parecer diſtintamente las coſas, y vio don Quixote, que eſtaua entre vnos arboles altos, que ellos eran caſtaños, que hazen la ſombra muy eſcura. ſintio tambien que el golpear no ceſſaua, pero no vio quien lo podia cauſar. Y aſsi ſin mas detenerſe, hizo ſentir las eſpuelas a Rozinante, y tornando a deſpedirſe de Sancho, le mandò, que alli le aguardaſſe tres dias, a lo mas largo, como ya otra vez ſe lo auia dicho: y que ſi al cabo dellos no vuieſſe buelto, tuuieſſe por cierto, que Dios auia ſido ſeruido, de que en aquella peligroſa auentura ſe le acabaſſen ſus dias. Tornole a referir el recado y embaxada, q̃ auia de lleuar de ſu parte a ſu ſeñora Dulzinea, y que en lo que tocaua a la paga de ſus ſeruicios, no tuuieſſe pena, porque el auia dexado hecho ſu teſtamento, antes que ſaliera de ſu lugar, donde ſe hallaria gratificado, de todo lo tocante a ſu ſalario, rata por cantidad, del tiempo que vuieſſe ſeruido. Pero que ſi Dios le ſacaua de aquel peligro, ſano y ſaluo, y ſin cautela ſe podia tener por muy mas que cierta,

la pro-

sa prometida Insula. De nueuo tornò a llorar Sancho, oyendo de nueuo las lastimeras razones de su buen señor, y determinò de no dexarse, hasta el vltimo transito y fin de aquel negocio. Destas lagrimas, y determinacion tan honrada, de Sancho Pança, saca el autor desta historia, que deuia de ser bien nacido, y por lo menos Christiano viejo. Cuyo sentimiento enternecio algo a su amo, pero no tanto, que mostrasse flaqueza alguna, antes dissimulādo lo mejor q̄ pudo, començo a caminar hàzia la parte por donde le parecio, que el ruydo del agua, y del golpear venia. Seguiale Sancho apie, llеuando como tenia de costumbre, del cabestro a su jumento, perpetuo cōpañero de sus prosperas y aduersas fortunas. Y auiēdo andado vna buena pieça, por entre aquellos castaños y arboles sombrios, dieron en vn pradezillo, que al pie de vnas altas peñas se hazia, de las quales se precipitaua vn grandissimo golpe de agua. Al pie de las peñas, estauan vnas casas mal hechas, que mas parecian ruynas de edificios, que casas, de entre las quales aduirtieron, que salia el ruydo y estruendo, de aquel golpear, que aun no cessaua. Alborotose Rozinante, con el estruendo del agua, y de los golpes, y sossegandole don Quixote, se fue llegando poco a poco a las casas, encomendandose de todo coraçon a su señora, suplicandole que en aquella temerosa jornada, y empresa, le fauoreciesse, y de camino se encomendaua tambien a Dios, que no le oluidasse. No se le quitaua Sancho del lado, el qual alargaua quanto podia el cuello, y la vista, por entre las piernas de Rozinante, por ver si veria ya, lo que tan suspenso,

y medroſo le tenia. Otros cien paſſos ſerian los qué anduuieron, quando al doblar de vna punta, parecié deſcubierta y patêre la miſma cauſa, ſin que pudieſſe ſer otra de aquel horriſono, y para ellos eſpantable ruydo, que tan ſuſpenſos y medroſos toda la noche los auia tenido. Y eran (ſino lo has, o lector poſ peſadumbre y enojo) ſeys maços de batan, que co ſus alternatiuos golpes, aquel eſtruendo formauan Quando don Quixote vio lo que era, enmudecio y paſmoſe de arriba abaxo. Mirole Sancho, y vio qué tenia la cabeça inclinada ſobre el pecho, con mueſtras de eſtar corrido. Mirò tambien don Quixote a Sancho, y viole que tenia los carrillos hinchados, y la boca llena de riſa, con euidentes ſeñales de querer rebentar con ella: y no pudo ſu melanconia tanto con el, que a la viſta de Sancho, pudieſſe dexar de reyrſe. y como vio Sancho que ſu amo auia començado, ſoltò la preſa de manera, que tuuo neceſsidad de apretarſe las hijadas con los puños, por no rebentar riendo. Quatro vezes ſoſſegò, y otras tantas boluio a ſu riſa, con el miſmo impetu que primero: de lo qual ya ſe daua al diablo don Quixote, y mas quando le oyo dezir, como por modo de fiſga. Has de ſaber, o Sancho amigo, que yo naci por querer del cielo, en eſta nueſtra edad de hierro, para reſuciitar en ella la dorada, o de oro. Yo ſoy aquel para quien eſtan guardados los peligros, las hazañas grãdes, los valeroſos fechos: y por aqui fue repitiendo todas, o las mas razones, que don Quixote dixo la vez primera que oyeron los temeroſos golpes. Viſto pues don Quixote, que Sancho hazia burla del, ſe corrio y enojò en tanta manera, que alçò el lan-

çon y

çon y le assento dos palos, tales, que si como los recibio en las espaldas, los recibiera en la cabeça, quedara libre de pagarle el salario, sino fuera a sus herederos. Viendo Sancho que sacaua tan malas veras de sus burlas, con temor de que su amo no passasse adelante en ellas, cõ mucha vmildad le dixo: Sossieguese vuestra merced, que por Dios que me burlo. Pues porque os burlays, no me burlo yo, respondio don Quixote. Venid aca señor alegre, parece os a vos que si como estos fueron maços de batan, fuerã otra peligrosa auentura, no auia yo mostrado el animo que conuenia, para emprédella y acaballa? Estoy yo obligado a dicha (siendo como soy cauallero) a conocer y destinguir los sones, y saber quales son de batan o no? Y mas que podria ser (como es verdad) q̃ no los he visto en mi vida, como vos los aureys visto, como villano ruyn, que soys criado y nacido entre ellos. Sino hazed vos que estos seys maços, se bueluan en seys Iayanes, y echadmelos a las barbas vno a vno, o todos juntos, y quando yo no diere con todos patas arriba, hazed de mi la burla que quisieredes. No aya mas señor mio, replicò Sancho, que yo confiesso que he andado algo risueño, en demasia. Pero digame vuestra merced, aora que estamos en paz, assi Dios le saque de todas las auenturas que le sucedieré, tan sano y saluo como le ha sacado desta, no ha sido cosa de reyr, y lo es de contar, el gran miedo que hemos tenido, alomenos el que yo tuue, que de vuestra merced, ya yo se que no le conoce, ni sabe que es temor, ni espanto? No niego yo, respõdio don Quixote, que lo que nos ha sucedido, no sea cosa digna de risa, pero no es digna de contarse, que

no son todas las personas tan discretas, que sepan poner en su punto las cosas. A lo menos, respondio Sancho, supo vuestra merced poner en su punto el lançon, apuntandome a la cabeça, y dandome en las espaldas gracias a Dios, y a la diligencia que puse en ladearme Pero vaya, que todo saldra en la colada, que yo he oydo dezir. Esse te quiere bien, que te haze llorar, y mas que suelen los principales señores, tras vna mala palabra que dizen a vn criado, darle luego vnas calças, aunque no se lo que le suelen dar tras auerle dado de palos: si ya no es, que los caualleros andantes, dan tras palos Insulas, o Reynos, en tierra firme. Tal podria correr el dado, dixo dó Quixote, que todo lo que dizes viniesse a ser verdad, y perdona lo passado, pues eres discreto, y sabes que los primeros mouimientos, no son en mano del hóbre y esta aduertido de aqui adelante en vna cosa (para que te abstengas y reportes en el hablar demasiado conmigo) que en quantos libros de caualleryas he leydo, que son infinitos, jamas he hallado que ningun escudero hablasse tanto con su señor, como tu con el tuyo. Y en verdad que lo tengo a gran falta, tuya y mia: tuya, en que me estimas en poco: mia, en que no me dexo estimar en mas. Si que Gandalin, escudero de Amadis de Gaula, Conde fue de la Insula firme. Y se lee del, que siempre hablaua a su señor con la gorra en la mano, inclinada la cabeça, y doblado el cuerpo, more Turquesco. Pues que diremos de Gasabal, escudero de don Galaor, que fue tan callado, que para declararnos la excelencia de su marauilloso silencio, sola vna vez se nombra su nombre, en toda aquella tan grande como verdadera

dera hiſtoria. De todo lo que he dicho, has de infe-
rir Sancho, que es meneſter hazer diferencia, de
amo a moço, de ſeñor a criado, y de cauallero a eſcu
dero. Aſsi que deſde oy en adelante, nos hemos de
tratar cõ mas reſpeto, ſin darnos cordelejo, porque
de qualquiera manera que yo me enoje con vos, ha
de ſer mal para el cantaro. Las mercedes y benefi-
cios que yo os he prometido, llegarán a ſu tiempo,
y ſino llegaren, el ſalario alomenos no ſe ha de per-
der (como ya os he dicho.) Eſtá bien quanto vueſtra
merced dize, dixo Sancho. Pero querria yo ſaber
(por ſi a caſo no llegaſſe el tiempo de las mercedes,
y fueſſe neceſſario acudir al de los ſalarios) quanto
ganaua vn eſcudero, de vn cauallero andáte en aque
llos tiempos? y ſi ſe concertauan por meſes, o por
dias, como peones de albañir? No creo yo, reſpon-
dio don Quixote, que jamas los tales eſcuderos eſtu
uieron a ſalario, ſino a merced. Y ſi yo aora te le he
ſeñalado a ti, en el teſtamento cerrado, que dexè en
mi caſa, fue por lo que podia ſuceder, que aun no ſe
como prueua en eſtos tan calamitoſos tiẽpos nueſ-
tros la caualleria, y no querria que por pocas coſas
penaſſe mi anima en el otro mundo. Porque quiero
que ſepas Sácho, que en el no ay eſtado mas peligro-
ſo, que el de los auenturcros. Aſsi es verdad, dixo
Sancho, pues ſolo el ruydo de los maços de vn batã,
pudo alborotar y deſaſſoſſegar el coraçon de vn
tan valeroſo andante auenturero, como es vueſtra
merced. Mas bien puede eſtar ſeguro, que de aqui
adeláte, no deſpliegue mis labios, para hazer donay-
re de las coſas de vueſtra merced, ſino fuere para hó-
rarle, como a mi amo y ſeñor natural. Deſſa manera,

replicò don Quixote, viuiras sobre la haz de la tierra, porque despues de a los padres, a los amos se ha de respetar, como si lo fuessen.

Cap. XXI. Que trata de la alta auentura y rica ganancia del yelmo de Mambrino, con otras cosas sucedidas a nuestro inuencible caualiero.

EN ESTO començò a llouer vn poco, y quisiera Sancho que se entraran en el molino de los batanes. Mas auiales cobrado tal aborrecimiento don Quixote, por la pesada burla, que en ninguna manera quiso entrar dentro: y assi torciendo el camino a la derecha mano, dieron en otro, como el que auian lleuado el dia de antes. De alli a poco, descubrio don Quixote vn hombre a caualio, que trahia en la cabeça vnà cosa que relumbraua, como si fuera de oro, y aun el apenas le vuo visto, quando se boluio a Sancho, y le dixo: Pareceme Sancho, que no ay refran que no sea verdadero, porque todos son sentencias sacadas de la mesma experiencia, madre de las ciencias todas. especialmente aquel que dize, Donde vna puerta se cierra, otra se abre. Digolo, porque si anoche nos cerro la ventura la puerta, de la que buscauamos, engañandonos con los batanes, aora nos abre de par en par otra, para otra mejor y mas cierta auentura, que si yo no acertare a entrar por ella, mia sera la culpa, sin que la pueda dar a la poca noticia de batanes, ni a la escuridad de la noche. Digo esto, porque sino me engaño, hàzia nosotros viene vno, que trae en su cabe-

ſu cabeça pueſto el yelmo de Mambrino, ſobre que yo hize el juramento que ſabes. Mire vueſtra merced bien lo que dize, y mejor lo que haze, dixo Sancho, que no querria que fueſſen otros batanes, que nos acabaſſen de abatanar, y aporrear el ſentido. Valate el diablo por hombre, replicò don Quixote, que va de yelmo a batanes? No ſe nada, reſpondio Sancho, mas afe que ſi yo pudiera hablar tanto como ſolia, que quiça diera tales razones, que vueſtra merced viera que ſe engañaua en lo q̃ dize. Como me puedo engañar en lo que digo, traydor eſcrupuloſo, dixo don Quixote? Dime no ves aquel caualle ro que hàzia noſotros viene, ſobre vn cauallo ruzio rodado, que trae pueſto en la cabeça vn yelmo de oro? Lo que yo veo y columbro, reſpondio Sancho, no es ſino vn hombre ſobre vn aſno pardo, como el mio, que trae ſobre la cabeça vna coſa que relumbra. Pues eſſe es el yelmo de Mambrino, dixo don Quixote, apartate a vna parte, y dexame con el a ſolas, veras quan ſin hablar palabra, por ahorrar del tiempo, concluyo eſta auentura, y queda por mio el yelmo que tanto he deſſeado. Yo me tengo en cuydado el apartarme, replico Sancho: mas quiera Dios torno a dezir, que oregano ſea, y no batanes. Ya os he dicho hermano, que no me menteys ni por pienſo mas eſſo de los batanes, dixo don Quixote, que voto, y no digo mas, que os batanee el alma. Callò Sancho, con temor que ſu amo no cumplieſſe el voto que le auia echado, redondo como vna bola. Es pues el caſo que el yelmo, y el cauallo, y cauallero, que don Quixote vehia, era eſto, que en aquel contorno auia dos lugares, el vno tan pequeño, que ni

tenia

po natural ſabe, que es perſeguido. Mandò a Sancho que alçaſſe el yelmo, el qual tomádola en las manos dixo: Por Dios que la bazia es buena, y que vale vn real de a ocho, como vn marauedi. Y dandoſela a ſu amo, ſe la puſo luego en la cabeça, rodeandola a vna parte y a otra, buſcandole el encaxe, y como no ſe la hallaua, dixo: Sin duda que el pagano, a cuya medida ſe forjò primero eſta famoſa celada, deuia de tener grandiſsima cabeça, y lo peor dello es, que le falta la mitad. Quando Sancho oyò llamar a la bazia, celada, no pudo tener la riſa, mas vinoſele a las mientes la colera de ſu amo, y callò en la mitad della. De que ries Sancho, dixo don Quixote? Riome, reſpòdio el, de conſiderar la gran cabeça que tenia el pagano dueño deſte almete, que no ſemeja ſi vna bazia de barbero, pintiparada. Sabes que y magino Sancho, que eſta famoſa pieça, deſte encantado yelmo, por algun eſtraño acidente deuio de venir a manos de quien no ſupo conocer, ni eſtimar ſu valor, y ſin ſaber lo que hàzia, viendola de oro puriſsimo, deuio de fundir la otra mitad, para aprouecharſe del precio, y de la otra mitad, hizo eſta que parece bazia de barbero, como tu dizes, pero ſea lo q̃ fuere, que para mi que la conozco, no haze al caſo ſu traſmutacion, que yo la adereçare en el primer lugar, donde aya herrero, y de ſuerte que no le haga ventaja, ni aun le llegue, la que hizo y forjò el Dios de las herrerias, para el Dios de las batallas, y en eſte entretãto la traere como pudiere, que mas vale algo que no nada, quanto mas, que bien ſera baſtante para defenderme de alguna pedrada. Eſſo ſera, dixo Sancho, ſi no ſe tira con honda, como ſe tiraron en la pelea de los

tenia botica, ni barbero, y el otro que estaua junto a
si, y assi el barbero del mayor, seruia al menor: en el
qual tuuo necessidad vn enfermo de sangrarse, y
otro de hazerse la barba. Para lo qual, venia el barbe
ro y traya vna bazia de azofar: y quiso la suerte, que
al tiempo que venia, començó a llouer, y porque no
se le manchase el sombrero, que deuia de ser nueuo,
se puso la bazia sobre la cabeça, y como estaua lim-
pia, desde media legua relumbraua: venia sobre vn
asno pardo, como Sancho dixo, y esta fue la ocasió
que a don Quixote le parecio cauallo, ruzio roda-
do, y cauallero, y yelmo de oro. Que todas las cosas
que veya, con mucha facilidad las acomodaua a sus
desuariadas caualleryas, y mal andantes pensamien-
tos. Y quando el vio, que el pobre cauallero llegaua
cerca, sin ponerse con él en razones, a todo correr
de Rozinante, le entristrò con el lançon baxo, lle-
uando intencion de passarle de parte a parte: mas
quando a el llegaua, sin detener la furia de su carre-
ra, le dixo: Defiédete cautiua criatura, o entriegame
de tu voluntad, lo que con tanta razon se me deue.
El barbero, que tan sin pensarlo, ni temerlo, vio ve-
nir aquella fantasma sobre si, no tuuo otro remedio
para poder guardarse del golpe de la lança, sino fue
el dexarse caer del asno abaxo, y no vuo tocado al
suelo, quando se leuantò mas ligero que vn gamo, y
començó a correr por aquel llano, que no le alcan-
çara el viento. Dexose la bazia en el suelo, có la qual
se cótento don Quixote, y dixo, que el pagano auia
andado discreto, y que auia y mitado al Castor. El
qual viendose acosado de los caçadores, se caraça y
harta cõ los dientes, aquello por lo que el, por distin

to natu-

to natural ſabe, que es perſeguido. Mandò a Sancho, que alçaſſe el yelmo, el qual tomádola en las manos, dixo: Por Dios que la bazia es buena, y que vale vn real de a ocho, como vn marauedi. Y dandoſela a ſu amo, ſe la puſo luego en la cabeça, rodeandola a vna parte y a otra, buſcandole el encaxe, y como no ſe le hallaua, dixo: Sin duda que el pagano, a cuya medida ſe forjò primero eſta famoſa celada, deuia de tener grandiſsima cabeça, y lo peor dello es, que le falta la mitad. Quando Sancho oyò llamar a la bazia, celada, no pudo tener la riſa, mas vinoſele a las mientes, la colera de ſu amo, y callò en la mitad della. De q̃ teries Sancho, dixo don Quixote? Riome, reſpõdio el, de conſiderar la gran cabeça que tenia el pagano, dueño deſte almete, que no ſemeja ſi vna bazia de barbero, pintiparada. Sabes que ymagino Sancho, que eſta famoſa pieça, deſte encantado yelmo, por algun eſtraño acidente deuio de venir a manos de quien no ſupo conocer, ni eſtimar ſu valor, y ſin ſaber lo que hàzia, viendola de oro puriſsimo, deuio de fundir la otra mitad, para aprouecharſe del precio, y de la otra mitad, hizo eſta que parece bazia de barbero, como tu dizes, pero ſea lo q̃ fuere, que para mi que la conozco, no haze al caſo ſu traſmutacion, que yo la adereçare en el primer lugar, donde aya herrero, y de ſuerte que no le haga ventaja, ni aun le llegue, la que hizo y forjò el Dios de las herrerias, para el Dios de las batallas, y en eſte entretãto la traere como pudiere, que mas vale algo que no nada, quanto mas, que bien ſera baſtante para defenderme de alguna pedrada. Eſſo ſera, dixo Sancho, ſi no ſe tira con honda, como ſe tiraron en la pelea de los

los dos exercitos, quando le santiguaron a vuestra merced las muelas, y le rompieron el alcuza, donde venia aquel benditissimo breuaje, que me hizo vomitar las assaduras No me da mucha pena el auerle perdido, que ya sabes tu Sancho, dixo don Quixote, que yo tégo la receta en la memoria. Tambien la tẽgo yo, respondio Sancho Pero si yo le hiziere, ni le prouare mas en mi vida, aqui sea mi hora. Quanto mas que no piẽso ponerme en ocasion de auerle menester, porque pienso guardarme con todos mis cinco sentidos, de ser ferido, ni de ferir a nadie. De lo del ser otra vez manteado, no digo nada, que semejantes desgracias mal se pueden preuenir, y si viené, no ay que hazer otra cosa, sino encoger los hóbros, detener el aliento, cerrar los ojos, y dexarse yr por donde la suerte, y la manta nos lleuare. Mal Christia no eres Sancho, dixo oyendo esto don Quixote: por que nunca oluidas la injuria q̃ vna vez te han hecho, pues sabete que es de pechos nobles y generosos, no hazer caso de niñerias. Que pie sacaste coxo, q̃ costilla quebrada, q̃ cabeça rota, para que no se te olui de aquella burla? que bien apurada la cosa, burla fue y passatiempo, q̃ a no entenderlo yo ansi, ya yo vuie ra buelto alla, y vuiera hecho en tu véganç a mas daño, que el q̃ hizieron los Griegos por la robada Elena. La qual si fuera en este tiẽpo, o mi Dulzinea fuera en aquel. pudiera estar segura, que no tuuiera tãta fama de hermosa como tiene: y aqui dio vn sospiro, y le puso en las nuues. Y dixo Sãcho por burlas, pues la vengança no puede passar en veras· pero yo se de que calidad fueron las veras y las burlas, y se tambié q̃ no se me caeran de la memoria, como núca se quitarã

taran de las eſpaldas. Pero dexãdo eſto aparte, diga-
me vueſtra merced, q̃ haremos deſte cauallo ruzio
rodado, q̃ parece aſno pardo, q̃ dexò aqui deſampa-
rado aquel Martino, q̃ vueſtra merced derribô, q̃ ſe-
gũ el puſo los pies en poluoroſa, y cogio las de Villa-
diego, no lleua pergenio de boluer por el jamas, y pa
ra mis barbas, ſino ès bueno el ruzio Nunca yo ac oſ
tumbro, dixo don Quixote, deſpojar a los q̃ venço,
ni es vſo de caualleria, quitarles los caballos y dexar
los apie. Si ya no fueſſe q̃ el vencedor vuieſſe perdi-
do en la pendencia el ſuyo, q̃ en tal caſo, licito es to-
mar el del vencido, como ganado en guerra licita.
Aſsi q̃ Sancho dexa eſſe cauallo o aſno, o lo q̃ tu quí-
fieres q̃ ſea, q̃ como ſu dueño nos vea alongados de
aqui, boluera por el. Dios ſabe ſi quiſiera lleuarle, re
plicò Sancho, o por lo menos trocalle có eſte mio, q̃
no me parece tan bueno, verdaderamẽte q̃ ſon eſtre
chas las leyes de caualleria, pues no ſe eſtiende a de
xar trocar vn aſno por otro, y querria ſaber ſi podria
trocar los aparejos, ſi quiera. En eſſo no eſtoy muy
cierto, reſpõdio don Quixote, y en caſo de duda, haſ
ta eſtar mejor informado, digo q̃ los trueques, ſi es q̃
tienes dellos neceſsidad eſtrema. Tã eſtrema es, reſ-
põdio Sancho, q̃ ſi fueran para mi miſma perſona, no
los vuiera meneſter mas: y luego abilitado có aque-
lla licẽcia, hizo mutacion caparũ, y puſo ſu jumẽto a
las mil lindezas, dexandole mejorado en tercio y
quinto. Hecho eſto, almorçarõ de las ſobras del real
q̃ dela zemila deſpojarõ, beuieron del agua del arro
yo de los batanes, ſin boluer la cara a mirallos, tal era
el aborrecimiẽto q̃ les tenian, por el miedo en q̃ les
auia puesto. Cortãda pues la colera y aũ la maléconia,

ſubieron

ſubieron a cauallo, y ſin tomar determinado camiño, por ſer muy de caualleros andantes, el no tomar ninguno cierto, ſe puſieron a caminar por donde la voluntad de Rozinante quiſo, que ſe lleuaua tras ſi la de ſu amo, y aun la del aſno, que ſiempre le ſeguia por donde quiera que guiaua, en buen amor y compañia. Con todo eſto boluieron al camino real, y ſiguieron por el a la vētura, ſin otro diſignio alguno. Yendo pues aſsi caminando, dixo Sancho a ſu amo: Señor quiere vueſtra merced darme licēcia, que departa vn poco con el, que deſpues q̄ me puſo aquel aſpero mandamiento del ſilencio, ſe me han podrido mas de quatro coſas en el eſtomago, y vna ſola que aora tengo en el pico de la lengua, no querria q̄ ſe mal lograſſe? Dila, dixo don Quixote, y ſe breue en tus razonamientos, que ninguno ay guſtoſo, ſi es largo. Digo pues ſeñor, reſpondio Sancho, que de algunos dias a eſta parte, he conſiderado quan poco ſe gana y grangea, de andar buſcando eſtas auenturas, que vueſtra merced buſca, por eſtos deſiertos y encruzijadas de caminos, donde ya que ſe venca y acaben las mas peligroſas, no ay quien las vea ni ſepa, y aſsi ſe han de quedar en perpetuo ſilencio, y en perjuyzio de la intencion de vueſtra merced, y de lo que ellas merecen. Y aſsi me parece que ſeria mejor (ſaluo el mejor parecer de vueſtra merced) que nos fueſſemos a ſeruir a algun Emperador, o a otro Principe grande, que tenga alguna guerra, en cuyo ſeruicio vueſtra merced muеſtre el valor de ſu perſona, ſus grandes fuerças y mayor entendimiento: q̄ viſto eſto del ſeñor a quiē ſiruieremos, por fuerça nos ha de remunerar a cada qual ſegun ſus meritos,

y alli

y assi no faltara quien ponga en escrito las hazañas de vuestra merced, para perpetua memoria. De las mias no digo nada, pues no han de salir de los limites escuderiles: aunque se dezir, que si se vsa en la caualleria, escriuir hazañas de escuderos, que no pienso que se han de quedar las mias entre renglones. No dizes mal Sancho, respondio don Quixote, mas antes que se llegue a esse termino, es menester andar por el mundo, como en aprouacion, buscando las auenturas: para que acabando algunas, se cobre nombre y fama tal, que quando se fuere a la Corte de algun gran Monarca, y a sea el caualler o conocido por sus obras, y que apenas le ayan visto entrar los muchachos por la puerta de la Ciudad, quando todos le sigan y rodeen, dando vozes diziendo Este es el caualler o del Sol, o de la Sierpe, o de otra insignia alguna, debaxo de la qual vuiere acabado grandes hazañas. Este es dirán, el que vencio en singular batalla al Gigantazo Brocabruno, de la gran fuerça, el que desencantò al gran Mameluco de Persia, del largo encantamento, en que auia estado casi nouecientos años. Assi que de mano en mano, yran pregonando sus hechos, y luego al alboroto de los muchachos, y de la demas gente, se parará a las fenestras de su real palacio el Rey de aquel reyno: y assi como vea al caualler o, conociendole por las armas, o por la empresa del escudo, forçosamente ha de dezir: Ea sus salgan mis caualleros, quantos en mi corte està, a recebir a la flor de la caualleria, que alli viene, a cuyo mandamiento saldran todos, y el llegara hasta la mitad de la escalera, y le abraçara estrechissimamente, y le dara paz, besandole en el rostro, y

luego le lleuara por la mano, al aposento de la señora Reyna, adonde el cauallero la hallarà con la Infanta su hija, que ha de ser vna de las mas fermosas y acabadas donzellas, que en gran parte de lo descubierto de la tierra, a duras penas se pueda hallar. Sucederà tras esto, luego en continente, que ella ponga los ojos en el cauallero, y el en los della, y cada vno parezca a otro, cosa mas diuina que humana, y sin saber como, ni como, han de quedar presos y enlazados, en la intricable red amorosa, y con gran cuyta en sus coraçones, por no saber como se hã de fablar, para descubrir sus ansias y sentimiẽtos. Desde alli le lleuaran sin duda a algun quarto del palacio, ricamẽte adereçado, donde auiendole quitado las armas, le traeran vn rico manto de escarlata, cõ que se cubra, y si bien parecio armado, tan bien y mejor ha de parecer en farseto. Venida la noche, cenara cõ el Rey, Reyna, è Infanta, donde nunca quitarà los ojos della, mirandola a furto de los circustantes, y ella hara lo mesmo, con la mesma sagacidad, porque como tẽgo dicho, es muy discreta donzella. Leuantarsean las tablas, y entrara a deshora, por la puerta de la sala, vn feo y pequeño enano, con vna fermosa dueña, q̃ entre dos Gigantes, de tras del enano viene, con cierta auentura hecha, por vn antiquissimo sabio, que el q̃ la acabare sera tenido por el mejor cauallero del mũdo. Mandara luego el Rey, q̃ todos los que estan presentes la prueue, y ninguno le dara fin y cima, sino el cauallero huesped, en mucho pro de su fama, de lo qual quedara contentissima la Infanta, y se tẽdra por contẽta y pagada ademas, por auer puesto y colocado sus pensamientos en tã alta parte. Y lo bueno es,

que

que este Rey, o Principe, o lo que es, tiene vna muy reñida guerra, cō otro tan poderoso como el, y el caballero huesped le pide (al cabo de algunos dias que ha estado en su Corte) licencia para yr a seruirle en aquella guerra dicha. Darasela el Rey, de muy buen talante, y el caballero le besara cortesmente las manos, por la merced que le faze. Y aquella noche se despedira, de su señora la Infanta, por las rejas de vn jardin, que cae en el aposento donde ella duerme, por las quales ya otras muchas vezes la auia fablado, siendo medianera y sabidora de todo, vna donzella de quien la Infanta mucho se fiaua. Sospirarà el, desmayarasse ella, traera agua la dōzella, acuytarasse mucho, porq̄ viene la mañana, y no querria que fuessen descubiertos, por la honra de su señora. Finalmente, la Infanta boluera en si, y dara sus blancas manos por la reja al caballero, el qual se las besarà, mil y mil vezes, y se las bañara en lagrimas. Quedarà concertado entre los dos, del modo que se han de hazer saber sus buenos o malos sucessos: y rogarale la Princesa, que se detega lo menos que pudiere: prometerselo ha el, con muchos juramentos: tornale a besar las manos, y despidese con tanto sentimiento, que estara poco por acabar la vida: vase desde alli a su aposento, echasse sobre su lecho, no puede dormir del dolor de la partida, madruga muy demañana: vase a despedir del Rey, y de la Reyna, y de la Infanta, dizenle auiendose despedido de los dos, q̄ la señora Infanta esta maldispuesta, y q̄ no puede recebir visita: piensa el caballero, que es de pena de su partida, traspassasele el coraçō, y falta poco de no dar indicio manifiesto de su pena; està la donzella mediaNo 2 nera

nera delante, ha lo denotar todo, vaſelo a dezir a ſu ſeñora, la qual la recibe con lagrimas, y le dize, que vna de las mayores penas que tiene, es no ſaber quié ſea ſu cauallero, y ſi es de linage de Reyes, o no, aſſegurala la donzella, que no puede caber tanta corteſia, gentileza, y valentia, como la de ſu cauallero, ſino en ſubjeto real y graue: conſuelaſe con eſto la cuytada, procura conſolarſe, por no dar mal indicio de ſi a ſus padres. Y acabo de dos dias, ſale en publico, ya ſe es ydo el cauallero, pelea en la guerra, vence al enemigo del Rey, gana muchas Ciudades, triunfa de muchas batallas, buelue a la Corte, ve a ſu ſeñora por donde ſuele, conciertaſe que la pida a ſu padre por muger, en pago de ſus ſeruicios, no ſe la quiere dar el Rey, porque no ſabe quien es. Pero con todo eſto, o robada, o de otra qualquier ſuerte que ſea, la Infanta viene a ſer ſu eſpoſa, y ſu padre lo viene a tener a gran ventura, porque ſe vino a aueriguar, que el tal cauallero, es hijo de vn valeroſo Rey, de no ſe que Reyno, porque creo que no deue de eſtar en el Mapa. Mueresſe el padre, hereda la Infanta, queda Rey el cauallero, en dos palabras. Aqui entra luego el hazer mercedes a ſu eſcudero, y a todos aquellos que le ayudaron a ſubir a tan alto eſtado. Caſa a ſu eſcudero, con vna donzella de la Infanta, que ſera ſin duda, la que fue tercera en ſus amores, que es hija de vn Duque muy principal. Eſſo pido y barras derechas, dixo Sancho, a eſſo me atengo, porque todo al pie de la letra, ha de ſuceder por vueſtra merced, llamandoſe el cauallero de la triſte Figura. No lo dudes Sancho, replicò

plicò don Quixote, porque del meſmo, y por los meſmos paſſos que eſto he contado, ſuben y han ſubido los caualleros andantes, a ſer Reyes y Emperadores. Solo falta agora mirar, que Rey de los Chriſtianos, o de los Paganos tenga guerra, y tẽga hija hermoſa: pero tiempo aura para penſar eſto. Pues como te tengo dicho, primero ſe hade cobrar fama por otras partes, que ſe acuda a la Corte. Tábien me falta otra coſa, que puesto caſo, que ſe halle Rey con guerra, y con hija hermoſa, y que yo aya cobrado fama increyble por todo el vniuerſo, no ſe yo como ſe podia hallar, q̃ yo ſea de linage de Reyes, o por lo menos primo ſegundo de Emperador? Porque no me querra el Rey dar a ſu hija por muger, ſino eſta primero muy enterado en eſto, aunq̃ mas lo merezcan mis famoſos hechos. Aſsi q̃ por eſta falta, temo perder lo que mi braço tiene bien merecido: bié es verdad, que yo ſoy hijodalgo, de ſolar conocido, de poſſesſió y propriedad, y he devẽgar quinientos ſueldos: y podria ſer que el ſabio, que eſcriuieſſe mi hiſtoria, deſſindaſſe de tal manera mi parẽtela y decẽdencia, que me hallaſſe, quinto o ſeſto nieto de Rey. Porq̃ te hago ſaber Sancho, que ay dos maneras de linages en el mundo, vnos que traen y derriban ſu decẽdencia de Principes y Monarcas, a quien poco a poco el tiempo ha deshecho, y han acabado en punta, como piramide pueſta al reues. Otros tuuieron principio de gente baxa, y van ſubiendo de grado en grado, haſta llegar a ſer grandes ſeñores. Demanera que eſtà la diferencia, en que vnos fueron, que ya no ſon, y otros ſon, que ya no fueron, y podria ſer yo deſtos, que deſpues de aueriguado vuieſſe ſido mi

principio grande y famoso, con lo qual se deuia de contentar el Rey mi suegro, q̃ vuiere de ser. Y quando no, la Infanta me ha de querer demanera, que a pesar de su padre, aunque claramente sepa que soy hijo de vn açacan, me ha de admitir por señor, y por esposo: y sino aqui entra el roballa, y lleualla donde mas gusto me diere, que el tiempo o la muerte, ha de acabar el enojo de sus padres. Ay entra bien tan bien, dixo Sancho, lo que algunos desalmados dizé. No pidas de grado, lo que puedes tomar por fuerça. Aunque mejor quadra dezir: Mas vale salto de mata, que ruego de hombres buenos. Digolo, porque si el señor Rey, suegro de vuestra merced, no se quisiere domeñar a entregalle a mi señora la Infanta, no ay sino como vuestra merced dize, roballa y trasponella. Pero està el daño, que en tanto que se hagá las pazes, y se goze pacificamente del Reyno, el pobre escudero se podra estar a diéte, en esto de las mercedes. Si ya no es, que la dózella tercera, que ha de ser su muger, se sale con la Infanta, y el passa con ella su mala ventura, hasta q̃ el cielo ordene otra cosa, porq̃ bié podra, creo yo, desde luego darsela su señor, por ligitima esposa. Esso no ay quien la quite, dixo don Quixote. Pues como esso sea, respondio Sancho, no ay sino encomédarnos a Dios, y dexar correr la suerte, por dóde mejor lo encaminare. Hagalo Dios, respondio don Quixote, como yo desseo, y tu Sancho has menester, y ruyn sea, quien por ruyn se tiene. Seas par Dios, dixo Sancho, que yo Christiano viejo soy, y para ser Conde, esto me basta. Y aun te sobra, dixo don Quixote, y quando no lo fueras, no hazia nada al caso, porq̃ siendo yo el Rey, bien te puedo dar nobleza,

bleza, sin que la compres, ni me sirvas con nada. Porque en haziendote Conde, catate ahi cavallero, y digan lo que dixeren, que abuenafe, que te han de llamar señoria, mal que les pese. Y montas que no sabria yo autorizar el litado, dixo Sancho. Dictado has de dezir, que no litado, dixo su amo. Sea ansi, respondio Sancho Pança. Digo que le sabria bié acomodar, porque por vida mia, que vn tiempo fuy munidor de vna cofradia, y que me assentaua tan bien la ropa de munidor, que dezian todos, que tenia presencia para poder ser Prioste de la mesma cofradia. Pues que sera, quando me ponga vn ropon Ducal acuestas, o me vista de oro y de perlas, a vso de Conde estrangero, para mi tengo, que me han de venir a ver de cien leguas. Bien pareceras, dixo don Quixote, pero sera menester que te rapes las barbas a menudo, que segun las tienes de espessas, aborrascadas y mal puestas, sino te las rapas a nauaja, cada dos dias por lo menos, a tiro de escopeta, se echara de ver lo que eres. Que ay mas, dixo Sancho, sino tomar vn barbero, y tenelle assalariado en casa, y aun si fuere menester, le hare que ande tras mi, como cavallerizo de grande. Pues como sabes tu, preguntò don Quixote, que los grandes lleuan detras de si a sus cavallerizos? Yo se lo dire, respondio Sancho. Los años passados estuue vn mes en la Corte, y alli vi que passeandose vn señor muy pequeño, que dezian que era muy grande, vn hombre le seguia a cavallo, a todas las bueltas que daua, que no parecia, sino que era su rabo. Pregunte que como aquel hombre no se juntaua con el otro, sino que siempre andaua tras del? Respondieron-

me, que era su caualleriço, y que era vso de grandes, lleuar tras si a los tales. Desde entonces lo se tá bien, que nunca se me ha oluidado. Digo que tienes razó, dixo don Quixote, y que assi puedes tu lleuar a tu barbero, que los vsos no vinieron todos juntos, ni se inuentaron a vna, y puedes ser tu el primero Conde, que lleue tras si sú barbero, y aun es de mas consiança el hazer la barba, que ensillar vn caualllo. Que dese esso del barbero a mi cargo, dixo Sancho, y al de vuestra merced se quede, el procurar venir a ser Rey, y el hazerme Conde. Assi sera, respondio don Quixote, y alçando los ojos vio, lo que se dira en el siguiente capitulo.

Cap. XXII. De la libertad que dio don Quixote a muchos desdichados, que mal de sugrado los lleuauan, donde no quisieran yr.

LEVANTA Cide Hamete Benengeli, autor Aravigo y Manchego, en esta grauissima, altisonante, minima, dulçe, é y magnada historia, que despues q entre el famoso don Quixote de la Mancha, y Sancho Pãça su escudero, passaron aquellas razones, que en el fin del capitulo veynte y vno quedan referidas. Que don Quixote alço los ojos, y vio que por el camino que lleuaua, venian hasta doze hombres apie, ensartados como cuentas, en vna gran cadena de hierro, por los cuellos, y todos con esposas a las manos: venian assi mismo con ellos, dos hombres de acaualllo, y dos de apie. Los de acaualllo, con escopetas de rueda, y

di, y los de apie con dardos y espadas, y que assi como Sancho Paça los vido, dixo: Esta es cadena de galeotes, gente forçada del Rey, que va a las galeras. Como gente forçada, preguntò don Quixote? es possible que el Rey haga fuerça a ninguna gente? No digo esso, respondio Sancho, sino que es gẽte, que por sus delitos va condenada, a seruir al Rey en las galeras de por fuerça. En resolució, replicò don Quixote, como quiera que ello sea esta gente, aunque los lleuã van de por fuerça, y no de su voluntad. Assi es, dixo Sãcho. Pues dessa manera, dixo su amo, aqui encaxa la execució de mi oficio, desfazer fuerças, y socorrer y acudir a los miserables. Aduierta vuestra merced, dixo Sãcho, que la justicia, que es el mesmo Rey, no haze fuerça ni agrauio a semejante gente, si no q̃ los castiga en pena de sus delitos. Llegò en esto la cadena de los galeotes, y don Quixote, con muy corteses razones, pidio a los que yuan en su guarda, fuessen seruidos, de informalle y dezille, la causa, o causas, porq̃ lleuan aquella gẽte de aquella manera? Vna de las guardas de acauallo respondio, que eran galeotes, gente de su Magestad, que yua a galeras, y que no auia mas que dezir, ni el tenia mas que saber. Con todo esso, replicò don Quixote, querria saber de cada vno dellos, en particular, la causa de su desgracia? Añadio a estas, otras tales y tan comedidas razones, para mouerlos a que le dixessen lo que desseaua: que la otra guarda de acauallo le dixo: Aunque lleuamos aqui el registro, y la fe de las sentencias, de cada vno destos mal auenturados, no es tiempo este de detenerles a sacarlas, ni ha leellas, vuestra merced llegue y se lo pregunte a ellos mes-

mos, que ellos lo diran si quisieren, que si querian, porque es gente que recibe gusto, de hazer y dezir vellaquerias. Con esta licencia, que don Quixote se tomara, aunque no se la dieran, se llegò a la cadena, y al primero le pregũtò, Que porque pecados, yua de tan mala guisa? El le respondio, que por enamorado yua de aquella manera. Por esso no mas, replicò don Quixote? pues si por enamorados echan a galeras, dias ha que pudiera yò estar bogando en ellas. No son los amores, como los que vuestra merced piensa, dixo el galeote, que los mios fueron, que quiso tanto a vna canasta de colar, atestada de ropa blanca, que la abrace conmigo tan fuertemente, que a no quitarmela la justicia por fuerça, aun hasta agora no la vuiera dexado de mi voluntad. Fue en fragante, no vuo lugar de tormento, concluyose la causa, acomodaronme las espaldas con ciento, y por añadidura tres precisos de gurapas, y acabose la obra. Que son gurapas, preguntò don Quixote? Gurapas son galeras, respondio el galeote. El qual era vn moço, de hasta edad de veynte y quatro años, y dixo que era natural de Piedrahita. Lo mesmo pregunto don Quixote al segundo, el qual no respondio palabra, segun yua de triste y malenconico. Mas respódio por el el primero, y dixo: Este señor va por canario, digo por musico y cantor. Pues como, repitio don Quixote, por musicos y cantores, van tambien a galeras? Si señor, respondio el galeote, que no ay peor cosa, que cantar en el ansia. Antes he yo oydo dezir, dixo don Quixote, que quien canta, sus males espanta. Aca es al reues, dixo el galeote, que quien canta vna vez, llora toda la vida. No lo entiendo, dixo don

xo don Quixote, mas vna de las guardas le dixo. Señor cauallero, cantar en el ansia, se dize entre esta gente non santa, confessar en el tormento. A este pecador le dieron tormento, y confessò su delito, que era ser quatrero, que es ser ladron de bestias, y por auer confessado, le condenaron por seys años a galeras, amen de dozientos açotes, que ya lleua en las espaldas. Y va siempre pensatiuo y triste, porque los demas ladrones que alla quedan, y aqui van le maltratan y aniquilan, y escarmecen, y tienen en poco, porque confessò, y no tuuo animo de dezir nones. Porque dizen ellos, que tantas letras tiene vn no, como vn si. Y que harta ventura tiene vn delinquente, que esta en su lengua su vida, o su muerte, y no en la de los testigos, y prouanças, y para mi tengo, que no van muy fuera de camino. Y yo lo entiendo assi, respondio don Quixote, el qual passando al tercero, preguntò lo que a los otros. El qual de presto, y con mucho desenfado, respondio, y dixo. Yo voy por cinco años, a las sonoras gurapas, por faltarme diez ducados. Yo dare veynte, de muy buena gana, dixo don Quixote, por libraros dessa pesadumbre. Esso me parece, respondio el galeote, como quien tiene dineros en mitad del golfo, y se esta muriendo de hambre, sin tener adonde comprar lo que ha menester. Digolo, porq̃ si a su tiẽpo tuuiera yo essos veynte ducados, q̃ vuestra merced aora me ofrece, vuiera vntado con ellos la pẽdola del escriuano, y auiuado el ingenio del procurador. Demanera q̃ oy me viera en mitad de la plaça de Çocodouer, de Toledo, y no en este camino atraillado como galgo, pero Dios es grãde, paciẽcia, y basta. Passò dõ

Quixo-

Quixote al quarto, que era vn hombre de venerable roſtro, con vna barba blanca, que le paſſaua del pecho: el qual oyendoſe preguntar la cauſa, porque alli venia, començó a llorar, y no reſpódio palabra: mas el quinto condenado, le ſiruio de lengua, y dixo: Eſte hombre honrado, va por quatro años a galeras, auiendo paſſeado las acoſtumbradas, veſtido, en pompa, y acauallo. Eſſo es, dixo Sancho Pança a lo q̃ a mi me parece, auer ſalido a la verguença. Aſsi es, replicò el galeote, y la culpa porque le dieron eſta pena, es por auer ſido corredor de oreja, y aun de todo el cuerpo: en efecto quiero dezir, que eſte caualllero va por alcahuete, y por tener aſsi meſmo ſus puntas y collar de hechizero. A no auerle añadido eſſas puntas y collar, dixo don Quixote, por ſolamente el alcahuete limpio, no merecia el yr a vogar en las galeras, ſino a mandallas y a ſer general dellas, porque no es aſsi como quiera el oficio de alcahuete, que es oficio de diſcretos, y neceſſariſsimo en la republica, bien ordenada, y que no le deuia exercer, ſino gente muy bien nacida, y aun auia de auer veedor, y examinador de los tales, como le ay de los demas oficios, con numero deputado y conocido, como corredores de lonja, y deſta manera ſe eſcuſarian muchos males, que ſe cauſan, por andar eſte oficio y exercicio entre gente idiota, y de poco entendimiento como ſon mogerzillas, de poco mas a menos, pajezillos y truhanes, de pocos años, y de poca experiencia, que a la mas neceſſaria ocaſion, y quando es meneſter dar vna traça, que importe, ſe les yelan las migas entre la boca, y la mano, y no ſaben qual es ſu mano derecha. Quiſiera

paſſar

passar adelante, y dar las razones, porque conuenia hazer eleccion, de los q̃ en la republica auian de tener tan necessario oficio, pero no es el lugar acomodado para ello, algun dia lo dire, aquien lo pueda proueer y remediar. Solo digo aora, que la pena quo me ha causado ver estas blancas canas, y este rostro venerable, en tãta fatiga, por alcahuete me la ha quitado el adsunto de su hechizero. Aunque bien se q̃ no ay hechizos en el mundo, que puedã mouer y forçar la voluntad, como algunos simples piẽsan, que es libre nuestro aluedrio, y no ay yerua ni encanto que le fuerce: lo q̃ suelen hazer algunas mugerzillas simples, y algunos embusteros vellacos, es algunas misturas y venenos con que buelué locos a los hõbres, dando a entẽder que tienen fuerça para hazer querer bien, siẽdo como digo cosa imposible, forçar la voluntad. Assi es, dixo el buen viejo, y en verdad señor, q̃ en lo de hechizero q̃ no tuue culpa, en lo de alcahuete, no lo pude negar. Pero nunca pense q̃ hazia mal en ello, q̃ toda mi intencion era, que todo el mundo se holgasse y viuiesse en paz y quietud, sin pendẽcias ni penas: pero no me aprouechò nada este buen desseo, para dexar de yr a donde no espero boluer, segun me cargan los años, y vn mal de orina q̃ lleuo, q̃ no me dexa reposar vn rato: y aqui tornò a su llãto, como de primero, y tuuole Sancho tãta cõpassion, q̃ sacò vn real de a quatro del seno, y se le dio de limosna. Passò adelãte don Quixotẽ, y pregũtò a otro su delito, el qual respondio, con no menos, sino cõ mucha mas gallardia q̃ el passado: Yo voy aqui, por q̃ me burlè demasiadamente cõ dos primas hermanas mias, y con otras dos hermanas, q nò lo eran mias: finalmẽte

tanto

tanto me burlè con todas, que resultó de la burla, crecer la parentela, tan intricadamente, que no ay diablo que la declare. Prouoseme todo, faltò fauor, no tuue dineros, viame a pique de perder los tragaderos, sentenciaronme a galeras, por seys años, consenti, castigo es de mi culpa, moço soy, dure la vida, que con ella todo se alcança. Si vuestra merced, señor cauallero, lleua alguna cosa con que socorrer a estos pobretes, Dios se lo pagarà en el cielo, y nosotros tédremos en la trierra cuydado de rogar a Dios en nras oraciones, por la vida y salud de vuestra merced, que sea tan larga y tan buena, como su buena presencia merece. Este yua en abito de estudiante, y dixo vna de las guardas, que era muy grande hablador, y muy gentil Latino. Tras todos estos, venia vn hombre de muy buen parecer, de edad de treynta años, sino que al mirar, metia el vn ojo, en el otro, vn poco venia diferentemente atado, que los demas, porque traya vna cadena al pie, tan grande, que se la liaua por todo el cuerpo, y dos argollas a la garganta, la vna en la cadena, y la otra, de las que llaman guarda amigo, o pie de amigo. De la qual decendian dos hierros, que llegauan a la cintura, en los quales se asian dos esposas, donde lleuaua las manos, cerradas con vn grueso candado, de manera que ni con las manos podia llegar a la boca, ni podia baxar la cabeça, a llegar a las manos. Preguntò don Quixote, que como yua aquel hombre con tantas prisiones, mas que los otros? Respondiole la guarda. Porque tenia aquel solo, mas delitos, que todos los otros juntos, y que era tan atreuido, y tan grande vella-

co, que

co, que aunque le lleuauan de aquella manera, no yuan seguros del, sino que temian que se les auia de huyr. Que delitos puede tener, dixo don Quixote, sino han merecido mas pena, que echalle a las galeras? Va por diez años, replicò la guarda, que es como muerte ceuil. No se quiera saber mas, sino q̃ este buẽ hombre es el famoso Gines de Passamonte, que por otro nombre llamã Ginesillo de Parapillá. Señor comissario, dixo entóces el galeote, vayase poco a poco, y no andemos aora a deslindar nombres, y sobre nombres, Gines me llamo, y no Ginesillo, y Passamonte es mi alcurnia, y no Parapilla, como boace dize, y cada vno se de vna buelta a la redonda, y no hara po. o. Hable con menos tono, replicò el comissario señor ladron de mas de la marca, sino quiere que le haga callar mal que le pese. Bien parece, respondio el galeote, que va el hombre, como Dios es seruido, pero algun dia sabia alguno, si me llamo Ginesillo de Parapilla, o no. Pues no te llaman ansi embustero, dixo la guarda. Si llaman, respondio Gines, mas yo hare que no me lo llamen, o me las pelaria, donde yo digo entre mis dientes. Señor cauallero si tiene algo que darnos, denoslo ya, y vaya con Dios, que ya enfada cõ tanto querer saber vidas agenas: y si la mia quiere saber, sepa q̃ yo soy Gines de Passamonte, cuya vida esta escrita por estos pulgares. Dize verdad, dixo el comissario, q̃ el mesmo ha escrito su historia, q̃ no ay mas, y dexa empeñado el libro en la carcel, en doziẽtos reales. Y le pienso quitar, dixo Gines, si quedara en doziẽtos ducados. Tã bueno es, dixo dõ Quixote. Es tã bueno, respõdio Gines, q̃ mal año para Lazarillo d Tormes, y para todos quãtos d aquel

aquel genero se han escrito, o escriuieren. Lo que le se dezir a boace, es, q̃ trata verdades, y que son verdades tan lindas, y tan donosas, que no pueden auer mentiras que se le yguales. Y como se intitula el libro, preguntô dó Quixote? La vida de Ginesde Passamonte, respondio el mismo. Y està acabado: preguntò don Quixote? Como puede estar acabado, respondio el, si aun no està acabada mi vida, lo que està escrito, es desde mi nacimiento, hasta el punto que esta vltima vez me han echado en galeras. Luego otra vez aueys estado en ellas, dixo don Quixote? Para seruir a Dios y al Rey, otra vez he estado quatro años, y ya se a que sabe el vizcocho, y el corbacho, respondio Gines: y no me pesa mucho de yr a ellas, porque alli tendre lugar de acabar mi libro, que me quedan muchas cosas que dezir, y en las galeras de España, ay mas sosiego de aquel que seria menester, aunque no es menester mucho mas para lo que yo tégo de escriuir, porque me lo se de coro. Abil pareces, dixo don Quixote? Y desdichado, respondio Gines, porq̃ siempre las desdichas persiguen al buen ingenio. Persiguen a los vellacos, dixo el comissario. Y a le he dicho señor comissario, respondio Passamonte, q̃ se vaya poco a poco, que aquellos señores no le dieron essa vara, para que maltratasse a los pobretes que aqui vamos, sino para q̃ nos guiasse y lleuasse, adonde su Magestad manda. Sino por vida de, basta, que podria ser que saliessen algun dia en la colada, las manchas que se hizieron en la venta, y todo el mũdo calle, y viua bié, y hable mejor, y caminemos, q̃ ya es mucho regodeo este. Alçò la vara en alto el comissario, para dar a Passamóte, en respuesta

de sus

de sus amenazas, mas don Quixote se puso en medio, y le rogô que no le maltratasse, pues no era mucho, que quien lleuaua tan atadas las manos, tuuiesse algun tanto suelta la lengua: y boluiendose a todos los de la cadena, dixo: De todo quanto me aueys dicho, hermanos carissimos, he sacado en limpio, que aunque os han castigado por vuestras culpas, las penas que vays a padecer no os dan mucho gusto, y que vays a ellas muy de mala gana, y muy contra vuestra voluntad: y que podria ser, q̃ el poco animo que aquel tuuo en el tormento, la falta de dineros deste, el poco fauor del otro, y finalmente el torcido juyzio del juez, huuiesse sido causa de vuestra perdicion, y de no auer salido cõ la justicia que de vuestra parte teniades. Todo lo qual se me representa a mi aora en la memoria, de manera que me esta diziendo, persuadiendo, y aun forçando, que muestre con vosotros el efeto para que el cielo me arrojò al mundo, y me hizo professar en el la orden de caualleria que professo, y el voto que en ella hize, de fauorecer a los menesterosos, y opressos de los mayores. Pero porque se, que vna de las partes de la prudencia es, que lo que se puede hazer por bien no se haga por mal, quiero rogar a estos señores guardianes, y Comissario, seã seruidos de desataros, y dexaros yr en paz, que no faltaran otros que siruan al Rey en mejores ocasiones: porque me parece duro caso hazer esclauos a los que Dios, y naturaleza hizo libres. Quanto mas, señores guardas, añadio don Quixote, que estos pobres no hã cometido nada cõtra vosotros, alla se lo aya cada vno con su pecado, Dios ay en el

cielo que no se descuyda de castigar al malo, ni de premiar al bueno: y no es bien que los hombres honrados sean verdugos de los otros hombres, no yendoles nada en ello: Pido esto con esta mansedũbre y sossiego, porque tenga si lo cumplis, algo que agradeceros: y quando de grado no lo hagays, esta lança, y esta espada, con el valor de mi braço, haran que lo hagays por fuerça. Donosa majaderia, respõdio el Comissario, bueno està el donayre con que ha salido a cabo de rato, los forçados del Rey quiere que le dexemos, como si tuuieramos autoridad para soltarlos, o el la tuuiera para mandarnos lo. Vayase vuestra merced, señor, norabuena su camino adelante, y endereceseesse bazin que trae en la cabeça, y no ande buscando tres pies al gato. Vos soys el gato, y el rato, y el vellaco, respondio don Quixote: y diziendo, y haziendo arremetio con el tan presto, que sin que tuuiesse lugar de ponerse en defensa, dio con el en el suelo, mal herido de vna lançada: y aunole bien, que este era el de la escopeta. Las demas guardas quedaron atonitas, y suspensas del no esperado acontecimiento, pero boluiendo sobre si, pusieron mano a sus espadas los de a cauallo, y los de a pie a sus dardos, y arremetieron a don Quixote, que con mucho sossiego los aguardaua: y sin duda lo passara mal, si los galeotes viendo la ocasion que se les ofrecia de alcançar libertad, no la procuran, procurando romper la cadena donde venian ensartados. Fue la rebuelta de manera, que las guardas, ya por acudir a los galeotes que se desatauan, ya por acometer a don Quixote, que los acometia, no hizieron cosa que

fuesse

fuesse de prouecho. Ayudò Sancho por su parte, a la soltura de Gines de Passamonte, que fue el primero q̃ saltò en la campaña libre, y desembaraçado, y arremetiendo al Comissario caydo, le quitò la espada, y la escopeta, con la qual apuntando al vno, y señalando al otro, sin disparalla jamas, no quedò guarda en todo el campo, porque se fueron huyendo, assi de la escopeta de Passamonte, como de las muchas pedradas que los ya sueltos galeotes les tirauan. Entristeciose mucho Sancho deste sucesso, porque se le representò que los q̃ yuan huyẽdo auian de dar noticia del caso a la santa Hermandad, la qual a campana herida saldria a buscar los delinquentes, y assi se lo dixo a su amo, y le rogò q̃ luego de alli se partiessen, y se emboscassen en la sierra, que estaua cerca. Bien esta esso, dixo dõ Quixote, pero yo se lo que aora conuiene que se haga: y llamando a todos los galeotes, q̃ andauan alborotados, y auian despojado al Comissario, hasta dexarle en cueros, se le pusieron todos a la redonda para ver lo q̃ les mandaua, y assi les dixo: De gente bien nacida es agradecer los beneficios q̃ reciben, y vno de los pecados q̃ mas a Dios ofende, es la ingratitud. Digolo, porq̃ ya aueys visto, señores, con manifiesta experiencia, el q̃ de mi aueys recebido, en pago del qual querria y es mi volũtad, q̃ cargados de essa cadena q̃ quitè de vuestros cuellos, luego os põgays en camino, y vays a la ciudad dl Toboso, y alli os presenteys ante la señora Dulzinea del Toboso, y le digays, q̃ su cauallero, el de la triste Figura, se le embia a encomendar: y le conteys punto por punto todos los que ha tenido esta famosa auentura,

haſta poneros en la deſſeada libertad: y hecho eſto os podreys yr donde quiſieredes, a la buena ventura. Reſpondio por todos Gines de Paſſamõte, y dixo: Lo que vueſtra merced nos manda, ſeñor, y libertador nueſtro, es impoſsible de toda impoſsibilidad cumplirlo, porque no podemos yr jũtos por los caminos, ſino ſolos y diuididos, y cada vno por ſu parte, procurando meterſe en las entrañas de la tierra, por no ſer hallado de la ſanta Hermandad, que ſin duda alguna ha de ſalir en nueſtra buſca: lo que vueſtra merced puede hazer, y es juſto q̃ haga, es, mudar eſſe ſeruicio y montazgo de la ſeñora Dulzinea del Toboſo, en alguna cantidad de Aue Marias, y Credos, que noſotros diremos por la intencion de vueſtra merced, y eſta es coſa que ſe podra cumplir de noche, y de dia: huyendo, o reposando: en paz, o en guerra: pero penſar que hemos de boluer aora a las ollas de Egypto, digo, a tomar nueſtra cadena, y a ponernos en camino del Toboſo, es penſar que es aora de noche, que aun no ſon las diez del dia, y es pedir a noſotros eſſo, como pedir peras al olmo. Pues voto a tal, dixo dõ Quixote (ya pueſto en colera) don hijo de la puta, don Gineſillo de Paropillo, o como os llamays, q̃ aueys de yr vos ſolo, rabo entre piernas, con toda la cadena acueſtas. Paſſamonte que no era nada bien ſufrido, eſtando ya enterado que don Quixote no era muy cuerdo, pues tal diſparate auia acometido, como el de querer darles libertad, viendoſe tratar de aquella manera, hizo del ojo a los compañeros, y apartandoſe a parte, començaron a llouer tantas piedras ſobre don Quixote, que no ſe daua manos

a cu-

acubrirſe con la rodela: y el pobre de Rozinante no hazia mas caſo de la eſpuela, que ſi fuera hecho de bronze. Sancho ſe puſo tras ſu aſno, y con el ſe defendia de la nuue, y pedriſco que ſobre entrambos llouia. No ſe pudo eſcudar tan bien don Quixote, que no le acertaſſen no ſe quantos guijarros en el cuerpo, con tanta fuerça que dieron con el en el ſuelo: y apenas huuo caydo, quando fue ſobre el el eſtudiante, y le quitò la vazia de la cabeça, y diole con ella tres, o quatro golpes en las eſpaldas, y otros tantos en la tierra, con que la hizo pedaços. Quitaronle vna ropilla que trahia ſobre las armas, y las medias calças le querian quitar, ſi las greuas no lo eſtoruaran. A Sancho le quitaron el gauan, y dexandole en pelota, repartiendo entre ſi los demas deſpojos de la batalla, ſe fueron cada vno por ſu parte, con mas cuydado de eſcaparſe de la Hermandad que temian, que de cargarſe de la cadena, è yr a preſentarſe ante la ſeñora Dulzinea del Toboſo. Solos quedaron jumento, y Rozinante, Sancho, y don Quixote. El jumento cabizbaxo, y penſatiuo, ſacudiendo de quando en quando las orejas, penſando que aun no auia ceſſado la borraſca de las piedras que le perſeguian los oydos. Rozinante, tendido junto a ſu amo, que tambien vino al ſuelo de otra pedrada. Sancho en pelota, y temeroſo de la ſanta Hermandad. Don Quixote mohiniſsimo de verſe tan mal parado, por los miſmos a quien tanto bien auia hecho.

(.?.)

Cap. XXIII. De lo que le acontecio al famoso don Quixote en Sierra Morena, que fue vna de las mas raras auenturas que en esta verdadera historia se cuentan.

MEndose tan mal parado don Quixote, dixo a su escudero: Siempre Sancho lo he oydo dezir, que el hazer bien a villanos, es echar agua en la mar. Si yo huuiera creydo lo q̃ me dixiste, yo huuiera escusado esta pesadũbre, pero ya està hecho, paciẽcia, y escarmẽtar para desde aqui adelante. Assi escarmentarà V. merced, respõdio Sancho, como yo soy Turco: pero pues dize, q̃ si me huuiera creydo se huuiera escusado este daño, creame aora, y escusara otro mayor: porq̃ le hago saber, q̃ con la santa Hermandad no ay vsar de cauallerias, que no se le da a ella por quantos caualleros andantes ay dos marauedis: y sepa que ya me parece, q̃ sus saetas me zumban por los oydos. Naturalmente eres couarde Sancho, dixo don Quixote, pero porque no digas q̃ soy contumaz, y q̃ jamas hago lo q̃ me aconsejas, por esta vez quiero tomar tu cõsejo, y apartarme de la furia que tanto temes, mas ha de ser cõ vna condicion, q̃ jamas en vida ni en muerte has de dezir a nadie, q̃ yo me retirè y aparte deste peligro, de miedo, sino por cõplazer a tus ruegos: que si otra cosa dixeres, mẽtiras en ello: y desde aora para entõces, y desde entõces para aora te desmiento, y digo q̃ mientes, y mẽtiras todas las vezes q̃ lo pensares, o lo dixeres: y no me repliques mas, q̃ en solo pensar q̃ me aparto y retiro de algun peligro, especialmente deste, q̃

parece

parece que lleua algun es no es de sombra de miedo. Estoy ya para quedarme, y para aguardar aqui solo, no solamente a la santa Hermandad que dizes, y temes, sino a los hermanos de los doze Tribus de Israel, y a los siete Macabeos, y a Castor, y a Polux, y aun a todos los hermanos, y hermandades que ay en el mundo. Señor, respondio Sancho, que el retirar no es huyr, ni el esperar, es cordura, quando el peligro sobrepuja a la esperãça: y de sabios es guardarse oy para mañana, y no auenturarse todo en vn dia. Y sepa, que aunque çafio, y villano, tõda via se me alcança algo desto que llaman, buen gouierno: assi que no se arrepienta de auer tomado mi consejo, sino suba en Rozinante, si puede, o sino yo le ayudare, y sigame, que el caletre me dize, q̃ hemos menester aora mas los pies que las manos. Subio don Quixote, sin replicarle mas palabra, y guiãdo Sancho sobre su asno, se entraron por vna parte de Sierra Morena, que alli junto estaua, lleuando Sancho intencion de atrauessarla toda, è yr a salir al Viso, o a Almodouar del Campo, y esconderse algunos dias por aquellas asperezas, por no ser hallados, si la Hermandad los buscasse. Animole a esto auer visto, que de la refriega de los galeotes se auia escapado libre la despensa, que sobre su asno venia, cosa que la juzgô a milagro, segun fue lo que lleuaron, y buscaron los galeotes. Assi como don Quixote entrò por aquellas montañas, se le alegrò el coraçon, pareciendole aquellos lugares acomodados para las auenturas que buscaua. Reduziãsele a la memoria, los marauillosos acaecimiẽtos, q̃ en semejantes soledades, y asperezas auiã

ſucedido a caualleros andantes. Yua penſando en eſtas coſas, tan embeuecido, y traſportado en ellas, que de ninguna otra ſe acordaua. Ni Sancho lleuaua otro cuydado (deſpues que le parecio que caminaua por parte ſegura) ſino de ſatisfazer ſu eſtomago con los relieues que del deſpojo clerical auian quedado, y aſsi yua tras ſu amo, ſentado a la mugeriega ſobre ſu jumento, ſacando de vn coſtal, y embaulando en ſu pança: y no ſe le diera por hallar otra ventura entretanto que yua de aquella manera, vn ardite. En eſto alcò los ojos, y vio que ſu amo eſtaua parado, procurando con la punta del lançon alçar no ſe que bulto que eſtaua caydo en el ſuelo, por lo qual ſe dio prieſſa a llegar a ayudarle, ſi fueſſe meneſter: y quando llegò fue a tiempo, que alçaua con la punta del lançon vn coxin, y vna maleta aſida a el, medio podridos, o podridos del todo, y deshechos: mas peſaua tanto, que fue neceſſario que Sancho ſe apeaſſe a tomarlos, y mandole ſu amo que vieſſe lo que en la maleta venia. Hizolo con mucha preſteza Sancho, y aunque la maleta venia cerrada con vna cadena, y ſu candado, por lo roto y podrido della vio lo que en ella auia, que eran quatro camiſas de delgada olanda, y otras coſas de lienço, no menos curioſas que limpias, y en vn pañizuelo hallò vn buen montonzillo de eſcudos de oro: y aſsi como los vio, dixo: Bendito ſea todo el cielo, que nos ha deparado vna auentura que ſea de prouecho. Y buſcando mas, hallò vn librillo de memoria, ricamente guarnecido. Eſte le pidio don Quixote, y mandole que guardaſſe el dinero, y

lo

lo tomaſſe para el. Beſole las manos Sancho, por la merced, y desbalijando a la balija de ſu lenceria, la puſo en el coſtal de la deſpenſa. Todo lo qual viſto por don Quixote, dixo: Pareceme Sancho (y no es poſsible que ſea otra coſa) que algun caminante deſcaminado deuio de paſſar por eſta ſierra, y ſalteandole Malandrines, le deuieron de matar, y le truxeron a enterrar en eſta tan eſcondida parte? No puede ſer eſſo, reſpondio Sancho, porque ſi fueran ladrones, no ſe dexaran aqui eſte dinero. Verdad dizes, dixo don Quixote, y aſsi no adiuino, ni doy en lo que eſto pueda ſer: mas eſperate veremos ſi en eſte librillo de memoria ay alguna coſa eſcrita, por donde podamos raſtrear, y venir en conocimiento de lo que deſſeamos. Abriole, y lo primero que hallô en el, eſcrito como en borrador, aunque de muy buena letra, fue vn Soneto, que leyendole alto, porque Sancho tambien lo oyeſſe, vio que dezia deſta manera.

O Le falta al amor conocimiento,
O le ſobra crueldad, o no es mi pena
Igual a la ocaſion que me condena,
Al genero mas duro de tormento.
Pero ſi Amor es dios, es argumento,
Que nada ignora, y es razon muy buena,
Que vn dios no ſea cruel: pues quien ordena
El terrible dolor que adoro y ſiento?
Si digo que ſoys vos Fili, no acierto,
Que tanto mal en tanto bien no cabe,

Ni me viene del cielo esta ruyna.
Presto aure de morir, que es lo mas cierto,
Que al mal de quien la causa no se sabe,
Milagro es acertar la medicina.

Por essa troba, dixo Sancho, no se puede saber nada, si ya no es que por esse hilo que està ahi se saque el ouillo de todo. Que hilo està aqui, dixo don Quixote? Pareceme, dixo Sancho, que vuestra merced nombrò ahi hilo. No dixe sino Fili, respondio don Quixote, y este sin duda es el nombre de la dama de quien se quexa el autor deste Soneto: y a fè que deue de ser razonable Poeta, o yo se poco del arte. Luego tambien, dixo Sancho, se le entiende a vuestra merced de trobas? Y mas de lo que tu piensas, respondio don Quixote, y verasslo quando lleues vna carta, escrita en verso de arriba a baxo, a mi señora Dulzinea del Toboso: porque quiero que sepas Sancho, que todos, o los mas caualleros andàtes de la edad passada, erà grãdes trobadores, y grandes musicos, que estas dos abilidades, o gracias (por mejor dezir) son anexas a los enamorados andantes. Verdad es, q̃ las coplas de los passados caualleros, tienen mas de espiritu, q̃ de primor. Lea mas V.m. dixo Sancho, que ya hallara algo q̃ nos satisfaga. Boluio la hoja dõ Quixote, y dixo: Esto es prosa, y parece carta. Carta missiua, señor, pregunto Sancho? En el principio no parece sino de amores, respõdio dõ Quixote. Pues lea V m. alto, dixo Sancho, q̃ gusto mucho destas cosas de amores. Que me plaze, dixo don Quixote, y leyendola

yendola alto, como Sancho se lo auia rogado, vio que dezia desta manera.

Tu falsa promessa, y mi cierta desuentura, me lleuan a parte donde antes bolueran a tus oydos las nueuas de mi muerte, que las razones de mis quexas. Desechasteme, o ingrata, por quien tiene, mas no por quien vale mas que yo: mas si la virtud fuera riqueza que se estimara, no embidiara yo dichas agenas, ni llorara desdichas propias. Lo que leuantò tu hermosura, han derribado tus obras: por ella entendi que eras Angel, y por ellas conozco que eres muger. Quedate en paz, causadora de mi guerra, y haga el cielo, que los engaños de tu esposo, esten siempre encubiertos, porque tu no quedes arrepẽtida de lo que heziste, y yo no tome vengança de lo que no desseo.

Acabando de leer la carta, dixo dõ Quixote: Menos por esta que por los versos se puede sacar mas, de que quien la escriuio es algun desdeñado amante. Y hojeando casi todo el librillo, hallò otros versos, y cartas, que algunos pudo leer, y otros no: pero lo que todos contenian, eran quexas, lamentos, desconfianças, sabores, y sinsabores: fauores, y desdenes, solenizados los vnos, y llorados los otros. En tanto que don Quixote passaua el libro, passaua Sancho la maleta, sin dexar rincon en toda ella, ni en el coxin, que no buscasse, escudriñasse, è inquiriesse, ni costura que no deshiziesse, ni vedixa de lana que no escarmenasse, porq̃ no se quedasse nada por diligencia, ni mal recado: tal golosina auian despertado en el los hallados escudos, que passauã de ciento. Y aunque no hallò mas de lo halla-

hallado, dio por bien empleados los buelos de la manta, el vomitar del breuaje, las bendiciones de las estacas, las puñadas del harriero, la falta de las alforjas, el robo del gauan, y toda la hambre, sed, y cansancio que auia passado en seruicio de su buen señor pareciendole que estaua mas que rebien pagado con la merced recebida, de la entrega del hazgo. Con gran desseo quedò el caualiero de la triste figura, de saber quien fuesse el dueño de la maleta, conjeturàdo por el soneto, y carta, por el dinero en oro, y por las tan buenas camisas, q̃ deuia de ser de algũ principal enamorado, a quien desdenes, y malos tratamientos de su dama, deulã de auer conduzido a algun desesperado termino. Pero como por aquel lugar inhabitable, y escabroso no parecia persona alguna de quiẽ poder informarse, no se curò de mas, q̃ de passar adelante, sin lleuar otro camino que aquel que Rozinante queria, que era por donde el podia caminar: siempre con imaginacion q̃ no podia faltar por aquellas malezas alguna estraña auentura. Yendo pues con este pensamiento, vio que por cima de vna montañuela, que delante de los ojos se le ofrecia, yua saltando vn hombre de risco en risco, y de mata en mata, con estraña ligereza. Figurosele que yua desnudo, la barba negra y espessa, los cabellos muchos, y rabultados, los pies descalços, y las piernas sin cosa alguna: los muslos cubrian vnos calçones, al parecer de terciopelo leonado, mas tan hechos pedaços, que por muchas partes se le descubrià las carnes. Traìa la cabeça descubierta, y aunque passò con la ligereza que se ha dicho, todas estas menudencias mirò, y no.

y notò el cauallero de la triſte Figura : y aunque lo procurò no pudo ſeguille , porque no era dado a la debilidad de Rozinante andar por aquellas aſperezas, y mas ſiendo el de ſuyo piſacorto, y flematico. Luego imaginò don Quixote , que aquel era el dueño del coxin, y de la maleta, y propuſo en ſi de buſcalle, aunque ſupieſſe andar vn año por aquellas montañas haſta hallarle : y aſsi mandò a Sancho, que ſe apeaſſe del aſno , y atajaſſe por la vna parte de la montaña, que el yria por la otra , y podria ſer que topaſſen con eſta diligencia, con aquel hombre que con tanta prieſſa ſe les auia quitado de delante. No podre hazer eſſo, reſpondio Sancho, porque en apartandome de vueſtra merced , luego es conmigo el miedo, que me aſſalta con mil generos de ſobreſaltos, y viſiones Y ſiruale eſto que digo de auiſo , para que de aqui adelante no me aparte vn dedo de ſu preſencia . Aſsi ſerà, dixo el de la triſte Figura, y yo eſtoy muy contento de que te quieras valer de mi animo , el qual no te ha de faltar , aunque te falte el anima del cuerpo : y vente aora tras mi poco a poco, o como pudieres, y haz de los ojos lanternas, rodearemos eſta ſerrezuela, quiça toparemos con aquel hombre que vimos, el qual ſin duda alguna no es otro , que el dueño de nueſtro hallazgo. A lo que Sancho reſpondio : Harto mejor ſeria no buſcalle, porq̃ ſi le hallamos , y a caſo fueſſe el dueño del dinero , claro eſtà que lo tengo de reſtituyr, y aſsi fuera mejor ſin hazer eſta inutil diligencia , poſſeerlo yo con buena fe , haſta que por otra via menos curioſa , y diligente pareciera ſu verdadero ſeñor , y quiça fuera a tiempo que lo

huuiera

huuiera gaſtado, y entonces el Rey me hazia franco. Engañaſte en eſſo Sancho, reſpondio don Quixote, que ya que hemos caydo en ſoſpecha de quié es el dueño, quaſi delante, eſtamos obligados a bulcarle, y boluerſelos: y quando no le buſcaſſemos, la vehemente ſoſpecha que tenemos de que el lo ſea, nos pone ya en tanta culpa como ſi lo fueſſe. Aſsi que Sancho amigo, no te dè pena el buſcalle, por la que a mi ſe me quitara ſi le hallo: y aſsi picò a Rozinante, y ſiguiole Sancho con ſu acoſtũbrado jumẽto. Y auiendo rodeado parte de la montaña, hallaró en vn arroyo cayda, muerta, y medio comida de perros, y picada de grajos, vna mula, enſillada, y enfrenada. Todo lo qual cõfirmò en ellos mas la ſoſpecha, de q̃ aquel que huía era el dueño de la mula, y del coxin. Eſtandola mirando, oyerõ vn ſiluo, como de paſtor q̃ guardaua ganado: y a deshora a ſu ſiniestra mano, parecieron vna buena cantidad de cabras, y tras ellas por cima de la montaña, parecio el cabrero que las guardaua, que era vn hombre ánciano. Diole vozes don Quixote, y rogole que baxaſſe donde eſtauan. El reſpondio a gritos, que quien les auia traydo por aquel lugar, pocas, o ningunas vezes piſado ſino de pies de cabras, o de lobos, y otras fieras que por alli andauã? Reſpondiole Sancho, que baxaſſe, que de todo le darian buena cuenta. Baxò el cabrero, y en llegando a donde don Quixote eſtaua, dixo: Apoſtare que eſtà mirando la mula de alquiler que eſtà muerta en eſſa hondonada, pues a buena fe que ha ya ſeys meſes que eſtà en eſſe lugar. Diganme, han topado por ahi a ſu dueño? No hemos topado a nadie, reſpondio don Quixote,

xote,ſino a vn coxin,y a vna maletilla que no lexos deſte lugar hallamos. Tambien la hallè yo,reſpondio el cabrero,mas nunca la quiſe alçar, ni llegar a ella, temeroſo de algun deſman, y de que no me la pidieſſen por de hurto, que es el diablo ſotil, y debaxo de los pies ſe leuanta allombre coſa donde tropiece,y caya,ſin ſaber como, ni como no Eſſo meſmo es lo que yo digo, reſpondio Sancho, que tambien la hallè yo, y no quiſe llegar a ella con vn uro de piedra:alli la dexè,y alli ſe queda como ſe eſtaua,que no quiero perro con cencerro. Dezidme buen hombre,dixo don Quixote, ſabeys vos quien ſea el dueño deſtas prēdas? Lo que ſabre yo dezir, dixo el cabrero, es, que aura al pie de ſeys meſes, poco mas a menos, que llegò a vna majada de paſtores, que eſtarà como tres leguas deſte lugar, vn mancebo, de gentil talle y apoſtura,caualliero ſobre eſſa meſma mula que ahi eſtà muerta, y con el meſmo coxin, y maleta que dezis que hallaſtes,y no tocaſtes Preguntonos, que qual parte deſta ſierra era la mas aſpera, y eſcondida Diximoſle, que era eſta donde aora eſtamos: y es anſi la verdad, porq̄ ſi entrays media legua mas adentro quiça no acertareys a ſalir · y eſtoy marauillado de como aueys podido llegar aqui, porque no ay camino, ni ſenda que a eſte lugar encamine. Digo pues, que en oyendo nueſtra reſpueſta el mancebo, boluio las riendas,y encaminò hàzia el lugar donde le ſeñalamos, dexandonos a todos contentos de ſu buen talle, y admirados de ſu demanda, y de la prieſſa con que le viamos caminar, y boluerſe hàzia la ſierra: y deſde entonces nūca mas le vimos,haſta que deſde

alli

alli a algunos dias salio al camino a vno de nuestros pastores, y sin dezille nada se llegò a el, y le dio muchas puñadas y cozes, y luego se fue a la borrica del hato, y le quitò quanto pan y quesso en ella trahia: y con estraña ligereza, hecho esto se bolvio a emboscar en la sierra. Como esto supimos algunos cabreros, le anduuimos a buscar casi dos dias, por lo mas cerrado desta sierra, al cabo de los quales le hallamos metido en el hueco de vn gruesso y valiente alcornoque. Salio a nosotros con mucha mansedumbre, ya roto el vestido, y el rostro disfigurado, y tostado del Sol, de tal suerte que a penas le conociamos, sino que los vestidos, aunque rotos, con la noticia que dellos teniamos, nos dieron a entẽder que era el que buscauamos. Saludonos cortesmente, y en pocas, y muy buenas razones nos dixo, que no nos marauillassemos de verle andar de aquella suerte, porque assi le conuenia para cumplir cierta penitencia que por sus muchos pecados le auia sido impuesta. Rogamosle que nos dixesse quien era, mas nunca lo pudimos acabar cõ el. Pedimosle tambien, que quando huuiesse menester el sustento (sin el qual no podia passar) nos dixesse donde le hallariamos, porque con mucho amor y cuydado se lo lleuariamos: y que si esto tãpoco fuesse de su gusto, que alomenos saliesse a pedirlo, y no a quitarlo a los pastores. Agradecio nuestro ofrecimiento, pidio perdon de los assaltos passados, y ofrecio de pedillo de alli adelante por amor de Dios, sin dar molestia alguna a nadie. En quanto lo que tocaua a la estancia de su habitacion dixo, que no tenia otra que aquella que le ofrecia

la

la ocasion le ofrecia donde le tomaua la noche, y acabò su platica con vn tan tierno llanto, que bien fueramos de piedra los q̃ escuchado le auiamos, si en el no le acompañaramos: considerandole como le auiamos visto la vez primera, y qual le veiamos entonces: Porque como tengo dicho, era vn muy gentil, y agraciado mãcebo, y en sus corteses y cõcertadas razones, mostraua ser bien nacido, y muy Cortesana persona. Que puesto que eramos rusticos los que le escuchauamos, su gentileza era tanta, que bastaua a darse a conocer a la mesma rusticidad. Y estando en lo mejor de su platica parò, y enmudeciose: clauò los ojos en el suelo por vn buẽ espacio, en el qual todos estuuimos quedos, y suspẽsos, esperando en que auia de parar aquel enuelesamiento, cõ no poca lastima de verlo, porque por lo que hazia de abrir los ojos, estar fixo mirando al suelo, sin mouer pestaña gran rato, y otras vezes cerrarlos, apretando los labios, y enarcando las cejas, facilmente conocimos, que algun accidente de locura le auia sobreuenido: mas el nos dio a entender presto, ser verdad lo q̃ pensauamos: porque se leuantò con gran furia del suelo, donde se auia echado, y arremetio con el primero que hallò junto a si, con tal denuedo y rabia, que sino se le quitaramos le matara a puñadas, y a bocados: y todo esto hazia, diziendo: A fementido Fernando, aqui, aqui me pagaras la sinrazon que me heziste, estas manos te sacaran el coraçon, donde aluergan, y tienen manida todas las maldades juntas, principalmente la fraude, y el engaño: y a estas añadia otras razones, que todas se encaminauã a dezir mal de aquel Fernãdo,

y a tacharle de traydor, y fementido. Quitamos se le pues, con no poca pesadumbre, y el fin dezir mas palabra se apartò de nosotros, y se emboscò corriendo por entre estos xarales, y malezas, de modo que nos imposibilitò el seguille. Por esto conjeturamos, que la locura le venia a tiempos, y que alguno que se llemaua Fernando, le deuia de auer hecho alguna mala obra, tan pesada, quanto lo mostraua el termino a que le auia conduzido. Todo lo qual se ha confirmado despues aca, con las vezes (que han sido muchas) que el ha salido al camino, vnas a pedir a los pastores le den de lo que lleuan para comer, y otras a quitarselo por fuerça: porque quando està con el accidente de la locura, aunque los pastores se lo ofrezcan de buẽ grado, no lo admite, sino que lo toma a puñadas: y quando està en su seso lo pide por amor de Dios, cortès, y comedidamente, y rinde por ello muchas gracias, y no con falta de lagrimas. Y en verdad os digo, señores, prosiguio el cabrero, que ayer determinamos yo, y quatro zagales, los dos criados, y los dos amigos mios, de buscarle, hasta tanto que le hallemos, y despues de hallado, ya por fuerça, ya por grado, le hemos de lleuar a la villa de Almodouar, que està de aqui ocho leguas, y alli le curaremos, si es q̃ su mal tiene cura, o sabremos quien es quando està en su seso: y si tiene parientes a quiẽ dar noticia de su desgracia. Esto es, señores, lo que sabre deziros de lo que me aueys preguntado: y entended que el dueño de las prendas que hallastes, es el mesmo que vistes passar con tanta ligereza, como desnudez: que ya le auia di-

cho

cho don Quixote, como auia visto passar aquel hombre saltando por la sierra. El qual quedò admirado de lo que al cabrero auia oydo, y quedo con mas desseo de saber quien era el desdichado loco, y propuso en si lo mesmo que ya tenia pensado, de buscalle por toda la montaña, sin dexar rincon, ni cueua en ella que no mirasse, hasta hallarle. Pero hizolo mejor la suerte, de lo que el pensaua, ni esperaua; porque en aquel mesmo instante parecio por entre vna quebrada de vna sierra que salia donde ellos estauan, el mancebo que buscaua, el qual venia hablando entre si, cosas que no podian ser entendidas de cerca, quanto mas de lexos. Su trage era qual se ha pintado, solo que llegando cerca, vio don Quixote, que vn coleto hecho pedaços que sobre si trahia, era de ambar: por donde acabô de entender, que persona que tales habitos trahia, no deuia de ser de infima calidad. En llegando el mancebo a ellos, les saludò con vna voz desentonada, y bronca: pero con mucha cortesia. Don Quixote le boluio las saludes, con no menos comedimiento, y apeandose de Rozinante, con gentil continente, y donayre le fue a abraçar, y le tuuo vn buẽ espacio estrechamente entre sus braços, como si de luengos tiempos le huuiera conocido. El otro, a quiẽ podemos llamar, el Roto de la mala Figura (como a don Quixote, el de la triste) despues de auerse dexado abraçar, le apartò vn poco d' si, y puestas sus manos en los ombros de don Quixote, le estuuo mirando, como que queria ver si le conocia: no menos admirado quiça, de ver la figura, talle, y armas de don

Quixote que don Quixote lo eſtaua de verle a el. En reſolucion, el primero que hablò deſpues del abraçamieto, fue el roto, y dixo lo q̃ ſe dirà adelãte.

Cap XXIIII. Donde ſe proſigue la auentura de la Sierra Morena.

DIZE La hiſtoria, que era grandiſsima la atencion con que don Quixote eſcuchaua al aſtroſo caualleró de la Sierra, el qual proſiguiendo ſu platica, dixo: Por cierto ſeñor quien quiera que ſeays, q̃ yo no os conozco, yo os agradezco las mueſtras, y la corteſia q̃ cõmigo aueys vſado: y quiſiera yo hallarme en terminos que con mas que la voluntad pudiera ſeruir la que aueys moſtrado tenerme, en el buen acogimiento que me aueys hecho, mas no quiere mi fuerte darme otra coſa con que correſponda a las buenas obras que me hazen, que buenos deſſeos de ſatisfazerlas. Los que yo tengo, reſpondio don Quixote, ſon de ſeruiros, tanto, que tenia determinado de no ſalir deſtas ſierras haſta hallaros, y ſaber de vos, ſi el dolor que en la eſtrañeza de vueſtra vida moſtrays tener, ſe podia hallar algun genero de remedio: y ſi fuera meneſter buſcarle, buſcarle con la diligencia poſsible. Y quando vueſtra deſuẽtura fuera de aquellas que tienen cerradas las puertas a todo genero de conſuelo, penſaua ayudaros a llorarla, y plañirla como mejor pudiera, que toda via es conſuelo en las deſgracias, hallar quien ſe duela dellas. Y ſi es que mi buen intento merece ſer agradecido con algun genero de corteſia, yo

os

os suplico señor, por la mucha que veo que en vos se encierra: y juntamente os conjuro, por la cosa que en esta vida mas aueys amado, o amays, que me digays quien soys, y la causa que os ha traydo a viuir, y a morir entre estas soledades, como bruto animal, pues morays entre ellos, tan ageno de vos mismo, qual lo muestra vuestro trage, y persona. Y juro (añadio don Quixote) por la orden de caualleria que recebi (aunque indigno, y pecador) y por la profession de caualliero andante, que si en esto, señor, me complazeys, de seruiros con las veras a que me obliga el ser quien soy: ora remediãdo vuestra desgracia, si tiene remedio, ora ayudando os a llorarla, como os lo he prometido. El caualliero del bosque, que de tal manera oyò hablar al de la triste Figura, no hazia sino mirarle, y remirarle, y tornarle a mirar de arriba a baxo: y despues que le huuo bien mirado, le dixo: Si tienen algo que darme a comer, por amor de Dios q̃ me lo den, que despues de auer comido yo hare todo lo que se me manda, en agradecimiento de tã buenos desseos como aqui se me han mostrado. Luego sacarõ, Sancho de su costal, y el cabrero de su çurrõ con q̃ satisfizo el Roto su hambre, comiẽdo lo que le dieron como persona atõtada, tan apriessa, q̃ no daua espacio de vn bocado al otro, pues antes los engullia q̃ tragaua. y en tanto q̃ comia, ni el, ni los q̃ le mirauan hablauan palabra. Como acabò de comer, les hizo de señas que le siguiessen, como lo hizieron, y el los lleuò a vn verde pradezillo, que a la buelta de vna peña, poco desuiada de alli estaua. En llegando a el, se tendio en el suelo, encima de la

yerua, y los demas hizieron lo mismo. y todo esto sin que ninguno hablasse, hasta que el Roto, despues de auerse acomodado en su asiento, dixo: Si gustays, señores, q̃ os diga en breues razones, la inmensidad de mis desuenturas, aueysme de prometer, de q̃ con ninguna pregunta, ni otra cosa, no interrompereys el hilo de mi triste historia: porq̃ en el punto que lo hagays, en elle se quedara ló q̃ fuere contado. Estas razones del Roto, truxeron a la memoria a don Quixote, el cuento que le auia contado su escudero, quando no acertò el numero de las cabras que auian passado el rio, y se quedò la historia pendiente. Pero boluiendo al Roto, prosiguio, diziendo: Esta preuencion que hago, es, porque querria passar breuemente por el cuẽto de mis desgracias: que el traerlas a la memoria no me sirue de otra cosa, que añadir otras de nueuo: y mientras menos me preguntaredes, mas presto acabaré yo de dezillas, puesto q̃ no dexaré por contar cosa alguna, q̃ sea de importancia, para no satisfazer del todo a vuestrò desseo. Dò Quixote se lo prometio en nòbre de los demas: y el cò este seguro, començo desta manera.

Mi nombre es Cardenio, mi patria vna ciudad de las mejores desta Andaluzia, mi linage noble, mis padres ricos, mi desuẽtura tanta, q̃ la deue de auer llorado mis padres, y sentido mi linage, sin poderla aliuiar con su riqueza que para remediar desdichas del cielo, poco suelen valer los bienes de fortuna. Viuia en esta mesma tierra vn cielo, donde puso el amor toda la gloria q̃ yo acertara a desearme. Tal es la hermosura de Luscinda, donzella tan noble, y tan rica como yo, pero de mas ventura, y de menos

firme-

firmeza de la que a mis honrados pensamientos se deuia. A esta Luscinda amè, quise, y adore, desde mis tiernos y primeros años: y ella me quiso a mi, con aquella senzillez, y buen animo, que su poca edad permitia. Sabian nuestros padres nuestros intetos, y no les pesaua dello, porq̃ bien vehian, que quãdo passaran adelante, no podiã tener otro fin, que el de casarnos: cosa que casi la concertaua la ygualdad de nuestro linage, y riquezas. Creciò la edad, y cõ ella el amor de entrambos, que al padre de Luscinda le parecio, que por buenos respetos estaua obligado a negarme la entrada de su casa: casi imitando en esto, a los padres de aquella Tisbe, tan decantada de los Poetas. Y fue esta negacion, añadir llama a llama, y desseo a desseo: porque aunque pusieron silencio a las lenguas, no le pudieron poner a las plumas, las quales con mas libertad que las lenguas suelen dar a entender a quien quieren, lo que en el alma està encerrado, que muchas vezes la presencia de la cosa amada, turba y enmudece la intencion mas determinada, y la lengua mas atreuida. Ay cielos, y quantos villetes le escriui? Quan regaladas, y honestas respuestas tuue? Quantas canciones compuse, y quantos enamorados versos, donde el alma declaraua, y trasladaua sus sentimientos, pintaua sus encendidos desseos, entretenia sus memorias, y recreaua su voluntad? En efeto, viendome apurado, y que mi alma se consumia con el desseo de verla, determinè poner por obra, y acabar en vn punto, lo que me pareciò que mas conuenia para salir con mi desseado, y merecido premio: y fue, el pedirsela a su padre por

legitima esposa, como lo hize. A lo que el me respondio: Que me agradecia la voluntad que mostraua de honralle, y de querer honrarme con prendas suyas, pero que siendo mi padre viuo, a el tocaua de justo derecho, hazer aquella demanda: porque sino fuesse con mucha voluntad, y gusto suyo, no era Luscinda muger para tomarse, ni darse a hurto. Yo le agradeci su buen intento, pareciendome que llenaua razon en lo que dezia, y que mi padre vendria en ello, como yo se lo dixesse. Y con este intẽto, luego en aquel mismo instante fuy a dezirle a mi padre lo que desseaua: y al tiempo que entrè en vn aposento donde estaua, le halle con vna carta abierta en la mano, la qual antes que yo le dixesse palabra, me la dio, y me dixo: Por essa carta veras Cardenio, la voluntad que el Duque Ricardo tiene de hazerte merced. Este Duque Ricardo, como ya vosotros, señores, deueys de saber, es vn grande de España, q̃ tiene su estado en lo mejor desta Andaluzia. Tomè, y ley la carta, la qual venia tan encarecida, q̃ a mi mesmo me parecio mal, si mi padre dexaua de cumplir lo que en ella se le pedia, que era, que me embiasse luego donde el estaua, que queria que fuesse compañero, no criado, de su hijo el mayor: y que el tomaua a cargo el ponerme en estado, que correspondiesse a la estimacion en que me tenia. Ley la carta, y enmudeci leyendola, y mas quando ohi q̃ mi padre me dezia: De aqui a dos dias te partiras Cardenio, a hazer la voluntad del Duque, y da gracias a Dios que te va abirendo camino por donde alcances lo que yo se que mereces. Anadio a estas otras razones de padre consejero. Llegose

goſe el termino de mi partida, hablè vna noche a Luſcinda, dixele todo lo que paſſaua, y lo meſmo hize a ſu padre, ſuplicandole ſe entretuuieſſe algunos dias, y dilataſſe el darle eſtado, haſta que yo vieſſe lo que Ricardo me queria. El me lo prometio, y ella me lo confirmò con mil juramentos, y mil deſmayos. Vine en fin donde el Duque Ricardo eſtaua, fuy del tan bien recebido, y tratado, que deſde luego començò la embidia a hazer ſu oficio, teniendome la los criados antiguos: pareciendoles, que las mueſtras que el Duque daua de hazerme merced, auian de ſer en perjuyzio ſuyo. Pero el que mas ſe holgò con mi yda, fue vn hijo ſegundo del Duque, llamado Fernando, moço gallardo, gentil hombre, liberal, y enamorado: el qual en poco tiempo quiſo que fueſſe tan ſu amigo, que daua que dezir a todos: y aunque el mayor me queria bien, y me hazia merced, no llegò al eſtremo con que don Fernando me queria, y trataua. Es pues el caſo, que como entre los amigos no ay coſa ſecreta, que no ſe comunique, y la priuança que yo tenia con don Fernando, dexaua de ſerlo, por ſer amiſtad, todos ſus penſamientos me declaraua, eſpecialmente vno enamorado, que le trahia con vn poco de deſaſſoſsiego. Queria bien a vna labradora, vaſſalla de ſu padre: y ella los tenia muy ricos, y era tan hermoſa, recatada, diſcreta, y honeſta, que nadie que la conocia ſe determinaua en qual deſtas coſas tuuieſſe mas excelencia, ni mas ſe auentajaſſe. Eſtas tan buenas partes de la hermoſa labradora, reduxeron a tal termino los deſſeos de doa

Fernando, que se determinò para poder alcançar-lo (y conquistar la entereza de la labradora) darle palabra de ser su esposo, porque de otra manera, era procurar lo imposible. Yo obligado de su amistad, con las mejores razones que supe, y con los mas vivos exemplos que pude, procurè estorvarle, y apartarle de tal proposito. Pero viendo que no aprouechaua, determinè de dezirle el caso al Duque Ricardo su padre. Mas don Fernando, como astuto, y discreto, se rezelò, y temio desto, por parecerle que estaua yo obligado, en vez de buen criado, no tener encubierta cosa que tan en perjuyzio de la honra de mi señor el Duque venia: y assi por diuertirme y engañarme, me dixo: Que no hallaua otro mejor remedio para poder apartar de la memoria la hermosura que tan sugeto le tenia, que el ausentarse por algunos meses: y que queria que el ausencia fuesse, que los dos nos viniessemos en casa de mi padre, con ocasion que darian al Duque, que venia a ver y a feriar vnos muy buenos cauallos que en mi ciudad auia, que es madre de los mejores del mundo. A penas le ohi yo dezir esto, quando (mouido de mi aficion) aunque su determinacion no fuera tan buena, la aprouara yo por vna de las mas acertadas que se podian imaginar: por ver quan buena ocasion, y coyuntura se me ofrecia, de boluer a ver a mi Luscinda. Con este pensamiento, y desseo aprouè su parecer, y esforcè su proposito, diziendole, que lo pusiesse por obra con la breuedad posible, porque en efeto la ausencia hazia su oficio, a pesar de los mas firmes pensamientos. Y a quando èl me vino a

dezir

dezir esto, segun despues se supo, auia gozado a la labradora, con titulo de esposo, y esperaua ocasion de descubrirse a su saluo, temeroso de lo q̃ el Duque su padre haria, quando supiesse su disparate. Sucedio pues, que como el amor en los moços, por la mayor parte no lo es, sino apetito, el qual como tiene por vltimo fin el deleyte, en llegando a alcançarle se acaba, y ha de boluer atras aquello que parecia amor: porque no puede passar adelante del termino que le puso naturaleza, el qual termino no le puso a lo que es verdadero amor. Quiero dezir, que assi como don Fernando gozò a la labradora, se le aplacaron sus desseos, y se resfriaron sus ahincos: y si primero fingia quererse ausentar por remediarlos, aora de veras procuraua yrse, por no ponerlos en execucion. Diole el Duque licencia, y mandome que le acompañasse. Venimos a mi ciudad, recibiole mi padre como quien era: vi yo luego a Luscinda, tornaron a viuir (aunque no auiã estado muertos, ni amortiguados) mis desseos, de los quales di cuenta, por mi mal, a don Fernando, por parecerme, que en la ley de la mucha amistad que mostraua, no le deuia encubrir nada. Alabele la hermosura, donayre, y discrecion de Luscinda, de tal manera, que mis alabanças mouieron en el los desseos de querer ver donzella de tantas buenas partes adornada. Cumplioselos yo, por mi corta suerte, enseñandosela vna noche, a la luz de vna vela, por vna ventana por donde los dos soliamos hablarnos. Viola, ensayo tal, que todas las bellezas hasta entonces por el vistas, las puso en oluido. Enmudecio, perdio el sentido, quedò absorto: y

e final-

finalmente tan enamorado, qual lo vereys en el discurso del cuento de mi desuentura. Y para encenderle mas el desseo (que a mi me zelaua, y al cielo a solas descubria) quiso la fortuna, que hallasse vn dia vn villete suyo, pidiendome que la pidiesse a su padre por esposa: tan discreto, tan honesto, y tan enamorado, que en leyendolo me dixo, que en sola Luscinda se encerrauan todas las gracias de hermosura, y de entendimiento, que en las demas mugeres del mundo estauan repartidas. Bien es verdad, que quiero confessar aora, que puesto que yo veia con quan justas causas don Fernando a Luscinda alabaua, me pesaua de oyr aquellas alabanças de su boca, y comencè a temer, y a rezelarme del, porque no se passaua momento donde no quisiesse que tratassemos de Luscinda, y el mouia la platica, aunque la truxesse por los cabellos: cosa que despertaua en mi vn no se que de zelos, no por que yo temiesse reues alguno de la bondad, y de la fè de Luscinda, pero con todo esso me hazia temer mi suerte, lo mesmo que ella me asseguraua Procuraua siempre don Fernando, leer los papeles que yo a Luscinda embiaua, y los que ella me respondia, a titulo, que de la discrecion de los dos gustaua mucho. Acaecio pues, que auiendome pedido Luscinda vn libro de cauallerias en que leer, de quien era ella muy aficionada, que era el de Amadis de Gaula. No huuo bien oydo don Quixote nombrar libro de cauallerias, quando dixo: Con que me dixera vuestra merced al principio de su historia, que su merced de la señora Luscinda, era aficionada a libros de cauallerias, no

fuera

fuera menester otra exageracion, para darme a entender la alteza de su entendimiento, porque no le tuuiera tan bueno como vos señor le aueys pintado, si careciera del gusto de tan sabrosa leyenda: assi que para conmigo no es menester gastar mas palabras en declararme su hermosura, valor, y entendimiento, que con solo auer entendido su aficion, la confirmo por la mas hermosa, y mas discreta muger del mundo: y quisiera yo, señor, que vuestra merced le huuiera embiado junto con Amadis de Gaula, al bueno de don Rugel de Grecia, que yo se que gustara la señora Luscinda mucho de Darayda, y Geraya, y de las discreciones del pastor Darinel, y de aquellos admirables versos de sus Bucolicas, cantadas, y representadas por el, con todo donayre, discrecion, y desemboltura: pero tiempo podra venir en que se enmiende essa falta, y no dura mas en hazerse la enmienda, de quãto quiera vuestra merced ser seruido de venirse conmigo a mi aldea, q̃ alli le podrè dar mas de trecièros libros, que son el regalo de mi alma, y el entretenimiento de mi vida: aunque tengo para mi, que ya no tengo ninguno, merced a la malicia de malos, y embidiosos encantadores. Y perdoneme vuestra merced, el auer contrauenido a lo que prometimos, de no interromper su platica, pues en oyẽdo cosas de cauallerias, y de caualleros andantes, assi es en mi mano dexar de hablar en ellos, como lo es en la de los rayos del Sol dexar de calentar, ni humedecer en los de la Luna. Assi que, perdon, y proseguir, que es lo que aora haze mas al caso. Entanto que don Quixote estaua diziendo lo que

queda

queda dicho, se le auia caydo a Cardenio la cabeça sobre el pecho, dando muestras de estar profundamente pensatiuo. Y puesto que dos vezes le dixo don Quixote, que prosiguiesse su historia, ni alçaua la cabeça, ni respondia palabra. Pero al cabo de vn buen espacio la leuantò, y dixo: No se me puede quitar del pensamiento, ni aura quien me lo quite en el mundo, ni quien me dè a entender otra cosa: y seria vn majadero el que lo contrario entendiesse, o creyesse, sino que aquel vellaconazo del Maestro Elisabat, estaua amancebado con la Reyna Madesima. Esso no, voto a tal, respondio con mucha colera don Quixote, (y arrojole como tenia de costumbre) y essa es vna muy gran malicia, o vellaqueria, por mejor dezir. La Reyna Madasima fue muy principal señora, y no se ha de presumir, que tan alta Princessa se auia de amancebar con vn saca potras: y quien lo contrario entendiere, miente como muy gran vellaco. Y yo se lo dare a entender, a pie, o a caualo: armado, o desarmado: de noche, o de dia, o como mas gusto le diere. Estauale mirando Cardenio muy atentamente, al qual ya auia venido el accidente de su locura, y no estaua para proseguir su historia: ni tampoco don Quixote se la oyera, segun le auia disgustado lo que de Madasima le auia oydo. Estraño caso, que assi boluio por ella, como si verdaderamente fuera su verdadera, y natural señora: tal le tenian sus descomulgados libros. Digo pues, que còmo ya Cardenio estaua loco, y se oyò tratar de mentis, y de vellaco, con otros denuestos semejantes, pareciole mal la burla,

burla, y alçò vn guijarro que hallò junto a si, y dio con el en los pechos tal golpe a don Quixote, que le hizo caer de espaldas. Sancho Pança que de tal modo vio parar a su señor, arremetio al loco, con el puño cerrado: y el Roto le recibio de tal suerte, que con vna puñada dio con el a sus pies, y luego se subio sobre el, y le brumò las costillas muy a su sabor. El cabrero que le quiso defender, corrio el mesmo peligro. Y despues que los tuuo a todos rendidos, y molidos, los dexò, y se fue con gentil sosiego, a emboscarse en la montaña. Leuantose Sancho. y con la rabia q̃ tenia de verse aporreado, tan sin merecerlo, acudio a tomar la vengança del cabrero, diziendole, que el tenia la culpa de no auerles auisado que a aquel hombre le tomaua a tiempos la locura, que si esto supieran, huuieran estado sobre auiso para poderse guardar. Respondio el cabrero, que ya lo auia dicho, y que si el no lo auia oydo, que no era suya la culpa. Replicò Sancho Pança, y tornò a replicar el cabrero: y fue el fin de las replicas, asirse de las barbas, y darse tales puñadas, que si don Quixote no los pusiera en paz, se hizieran pedaços. Dezia Sancho, asido con el cabrero: Dexeme vuestra merced, señor cauallero de la triste Figura, que en este que es villano como yo, y no està armado cauallero, bien puedo a mi saluo satisfazerme del agrauio que me ha hecho, peleado cõ el mano a mano, como hõbre honrado. Assi es dixo don Quixote, pero yo se, que el no tiene ninguna culpa de lo sucedido. Con esto los apaziguò, y don Quixote boluio a preguntar al cabrero, si seria posible hallar a Cardenio, por-

que

que quedaua con grandissimo desseo de saber el fin de su historia. Dixole el cabrero lo que primero le auia dicho, que era, no saber de cierto su manida: pero que si anduuiesse mucho por aquellos contornos, no dexaria de hallarle, o cuerdo, o loco.

Cap XXV Que trata de las estrañas cosas que en Sierra Morena sucedieron al valiente caualiero de la Mancha: y de la imitacion que hizo a la penitencia de Beltenebros.

DEspidiese del cabrero don Quixote, y subiendo otra vez sobre Rozinante, mandò a Sancho que le siguiesse, el qual lo hizo con su jumento, de muy mala gana. Yuanse poco a poco entrando en lo mas aspero de la montaña, y Sancho yua muerto por razonar con su amo, y desseaua que el començasse la platica, por no contrauenir a lo que le tenia mandado. mas no pudiendo sufrir tanto silencio le dixo: Señor don Quixote, vuestra merced me eche su bendicion, y me dè licencia, que desde aqui me quiero boluer a mi casa, y a mi muger, y a mis hijos, con los quales por lo menos hablarè, y departirè todo lo que quisiere, porque querer vuestra merced que vaya con el por estas soledades, de dia y de noche, y que no le hable quando me diere gusto, es enterrarme en vida si ya quisiera la suerte que los animales hablavan, como hablauan en tiempo de Guisopete. fuera meuos mal, porque departiera yo con mi jumento lo que me viniera en

gana.

gana, y con esto passare mi mala ventura: que es rezia cosa, y que no se puede lleuar en paciencia, andar buscando auẽturas toda la vida, y no hallar sino cozes, y manteamientos, ladrillazos, y puñadas, y cõ todo esto, nos hemos de coser la boca, sin osar dezir lo que el hombre tiene en su coraçon, como si fuera mudo. Ya te entiendo Sancho, respondio don Quixote, tu mueres porque te alce el entredicho, que te tẽgo puesto en la lengua, dale por alçado, y di lo que quisieres, con condicion, que no ha de durar este alçamiento, mas de en quanto anduuieremos por estas tierras. Sea assi, dixo Sancho, hable yo aora, que despues Dios sabe lo que sera, y començando a gozar de esse saluoconduto. Digo, que que le yua a vuestra merced en boluer tanto por aquella Reyna Magimasa, o como se llama? O que hazia al caso, q̃ aquel Abad fuesse su amigo, o no? Que si vuestra merced passara con ello, pues no era su juez, bien creo yo, q̃ el loco passara adelante con su historia, y se vuieran ahorrado el golpe del guijarro, y las cozes, y aun mas de seys tornisçones. Afe Sancho, respondio don Quixote, que si tu supieras como yo lo se, quan honrada, y quan principal señora era la Reyna Madasima, yo se que dixeras, que tuue mucha paciencia, pues no quebre la boca, por donde tales blasfemias salieron. Porque es muy gran blasfemia, dezir, ni pensar, que vna Reyna, este amancebada con vn cirujano. La verdad del cuento es, que aquel maestro Elisabat, que el loco dixo, fue vn hombre muy prudente, y de muy sanos consejos, y siruio de ayo, y de medico, a la Reyna: Pero pensar que ella era su amiga, es disparate, digno de muy gran castigo.

Y porque veas, que Cardenio no supo lo que dixo, has de aduertir, que quando lo dixo, y a estaua sin juyzio. Esso digo yo, dixo Sancho, que no auia para que hazer cuenta de las palabras de vn loco, porque si la buena suerte no ayudara a vuestra merced, y encaminara el guijarro a la cabeça, como le encaminò al pecho, buenos quedaramos, por auer buelto por aquella mi señora, que Dios cohonda. Pues montas, que no se librara Cardenio por loco. Contra cuerdos, y contra locos, esta obligado qualquier caualle ro andante a boluer por la honra de las mugeres, qualesquiera que sean, quanto mas por las Reynas de tan alta guisa y pro, como fue la Reyna Madasima, a quien yo tengo particular aficion, por sus buenas partes: porque fuera de auer sido fermosa, ademas fue muy prudente y muy sufrida en sus calamidades, que las tuuo muchas. Y los consejos y compañia del maestro Elisabat, le fue y le fueron de mucho prouecho y aliuio, para poder lleuar sus trabajos, cõ prudẽcia y paciencia. Y de aqui tomò ocasion el vulgo ignorante, y mal intencionado, de dezir y pensar, que ella era su manceba: y mienten, digo otra vez, y mentiran otras dozientas, todos lo que tal pensaren, y dixeren. Ni yo lo digo, ni lo pienso, respondio Sancho, alla se lo ayan, con su pan se lo coman, si fueron amancebados, o no, a Dios auran dado la cuenta: de mis viñas vengo, no se nada, no soy amigo de saber vidas agenas, que el que compra y miente, en su bolsa lo siente. Quanto mas, que desnudo naci, desnudo me hallo, ni pierdo ni gano, mas que lo fuessen, que me va a mi? Y muchos piensan que ay tozinos, y no ay esta-

cas

cas. Mas quien puede poner puertas al campo? Quí-
to mas, que de Dios dixeron. Valame Dios, dixo
don Quixote, y que de necedades vas Sancho en-
sartando, que va de lo que tratamos, a los refranes
que enhilas? Por tu vida Sancho que calles, y de
aqui adelante entremetete en espolear a tu asno, y
dexa de hazello en lo que no te importa. Y entien-
de con todos tus cinco sentidos, que todo quanto
yo he hecho, hago, è hiziere, va muy puesto en
razon, y muy conforme a las reglas de caualleria,
que las se mejor que quantos caualleros las pro-
fessaron en el mundo. Señor, respondio Sancho.
y es buena regla de caualleria, que andemos per-
didos por estas montañas, sin senda ni camino,
buscando, aun lo que el qual despues de hallado,
quiça le vendra en voluntad, de acabar lo que de-
xo começado, no de su cuento, sino de la cabeça
de vuestra merced, y de mis costillas, acabando-
noslas de romper de todo punto? Calla te digo otra
vez Sancho, dixo don Quixote, porque te ha-
go saber, que no solo me trae por estas partes, el des-
seo de hallar al loco, quanto el que tengo, de hazer
en ellas vna hazaña, con que he de ganar perpetuo
nombre y fama, en todo lo descubierto de la tie
rra, y sera tal, que he de echar con ella el sello a to-
do aquello que puede hazer perfecto, y famoso a
vn andante caualliero. Y es de muy gran peligro essa
hazaña, pregunto Sancho Pança? No, respodio el de
la triste Figura. Puesto, que de tal manera podia co-
rrer el dado, que echassemos azar, en lugar de en-
cuentro, pero todo ha de estar en tu diligencia. En
mi diligencia, dixo Sancho? Si, dixo don Quixote.

porque si buelues presto, de adonde pienso embiarte, presto se acabara mi pena, y presto començarà mi gloria: y porque no es bien, que te tenga mas suspenso, esperando en lo que han de parar mis razones, quiero Sancho que sepas, que el famoso Amadis de Gaula, fue vno de los mas perfectos caualleros andantes: no he dicho bien, fue vno, fue el solo, el primero, el vnico, el señor de todos quantos vuo en su tiempo en el mundo. Mal año, y mal mes para don Belianis, y para todos aquellos que dixerẽ, que se le ygualò en algo, porque se engañan juro cierto. Digo assi mismo, que quando algun pintor quiere salir famoso en su arte, procura imitar los originales de los mas vnicos pintores que sabe. Y esta mesma regla corre por todos los mas oficios, o exercicios de cuenta, que siruen para adorno de las republicas. Y assi lo ha de hazer y haze, el que quiere alcançar nóbre de prudente y sufrido, imitando a Vlises, en cuya persona y trabajos, nos pinta Omero, vn retrato viuo de prudencia, y de sufrimiento, como tambien nos mostro Virgilio, en persona de Eneas, el valor de vn hijo piadoso, y la sagazidad de vn valiẽte, y entẽdido capitã, no pintãdolo ni descubriẽdolo como ellos fueró, sino como auian de ser, para quedar exẽplo a los venideros hombres, de sus virtudes. Desta mesma suerte Amadis fue el norte, el luzero, el sol de los valientes, y enamorados caualleros, a quié deuemos de imitar todos aquellos, que debaxo de la vandera de amor, y de la caualleria militamos. Siendo pues esto anssi, como lo es, hallo yo Sancho amigo, que el cauallero andante, que mas le imitare, estara mas cerca de alcançar la perfecion de la caualleria. Y

ria. Y vna de las cosas en que mas este caualliero mostro su prudencia, valor, valentia, sufrimiento, firmeça, y amor, fue quando se retirò, desdeñado de la señora Oriana, a hazer penitencia en la peña Pobre, mudado su nombre, en el de Beltenebros, nombre por cierto significatiuo, y proprio para la vida, que el de su voluntad auia escogido. Assi que me es a mi mas facil, imitarle en esto, que no en hender Gigantes, descabeçar serpientes, matar endriagos, desbaratar exercitos, fracasar armadas, y deshazer encantamentos. Y pues estos lugares son tan acomodados, para semejantes efectos, no ay para que se dexe passar la ocasion, que aora cõ tanta comodidad me ofrete sus guedejas. En efecto, dixo Sancho, que es lo q̃ vuestra merced quiere hazer, en este tan remoto lugar? Ya no te he dicho, respondio don Quixote, que quiero imitar a Amadis, haziendo aqui del desesperado, del sandio, y del furioso. Por imitar juntamente al valiente don Roldan, quando hallò en vna fuente las señales de que Angelica la Bella auia cometido vileza con Medoro. De cuya pesadumbre se boluio loco, y arrancò los arboles, enturbio las aguas de las claras fuentes, matò pastores, destruyò ganados, abrasò choças, derribò casas, arrastrò yeguas, y hizo otras cien mil insolencias, dignas de eterno nõbre, y escritura. Y puesto que yo no pienso imitar a Roldan, o Orlando, o Rotolando (que todos estos tres nombres tenia. Parte por parte, en todas las locuras que hizo, dixo y penso, hare el bosquexo, como mejor pudiere, en las que me pareciere ser mas essenciales. Y podra ser que viniesse a contentarme, con sola la imitacion de Amadis, que sin hazer locu

ras de daño, sino de lloros y sentimientos, alcançó tã ta fama, como el que mas. Pareceme a mi, dixo Sancho, que los caualleros que lo tal fizieron, fueron prouocados y tuuieron causa para hazer essas necedades y penitẽcias. Pero vuestra merced, que causa tiene para boluerse loco? Que dama le ha desdeñado? O que señales ha hallado, q̃ le den a entender, q̃ la señora Dulzinea del Toboso, ha hecho alguna niñeria, con Moro, o Christiano? Ahi està el punto, respondio don Quixote, y essa es la fineza de mi negocio. Que boluerse loco vn caualliero andãte, con causa, ni grado, ni gracias: el toque està, desatinar sin ocasion, y dar a entender a mi dama, que si en seco hago esto, que hiziera en mojado. Quanto mas, que harta ocasion tengo, en la larga ausencia que he hecho, de la siempre señora mia Dulzinea del Toboso, que como ya oyste dezir, a aquel pastor de Marias Ambrosio, quien esta ausente, todos los males tiene y teme. Assi que Sancho amigo, no gastes tiempo en aconsejarme, que dexe tan rara, tã felize, y tan no vista imitacion Loco soy, loco he de ser, hasta tanto que tu bueluas con la respuesta de vna carta, que contigo pienso embiar, a mi señora Dulzinea y si fuere tal qual a mi fè se le deue, acabar sea mi sandez y mi penitencia: y si fuere al contrario, sere loco de veras, y siendolo no sentire nada. Assi que de qualquiera manera que responda, saldre del conflito y trabajo en que me dexares, gozando el bien que me truxeres, por cuerdo, o no sintiendo el mal que me aportares, por loco Pero dime Sancho, traes bien guardado el yelmo de Mambrino, q̃ ya vi que le alçaste del suelo, quando aquel desagradecido le quiso hazer peda

cos? pero no pudo, donde se puede echar de ver. la fineza de su temple. A lo qual, respondio Sancho, viue Dios señor caualleroo de la triste Figura, que no puedo sufrir, ni lleuar en paciencia, algunas cosas que vuestra merced dize, y que por ellas vengo a imaginar, que todo quanto me dize de caualleriias, y de alcançar Reynos, è Imperios, de dar Insulas, y de hazer otras mercedes y grandezas, como es vso de caualleros andantes, que todo deue de ser cosa de viento y mentira, y todo pastraña, o patraña, o como lo llamaremos. Porque quien oyere dezir a vuestra merced, q̃ vna bazia de barbero, es el yelmo de Mãbrino, y que no salga de este error, en mas de quatro dias, que ha de pensar, sino que quien tal dize y afirma, deue de tener guero el juyzio. La bazia yo la lleuo en el costal, toda abollada, y lleuola para adereçarla en mi casa, y hazerme la barba en ella, si Dios me diere tanta gracia, que algun dia me vea con mi muger y hijos Mira Sancho, por el mismo que denãtes juraste, te juro, dixo don Quixote, que tienes el mas corto entendimiento, que tiene, ni tuuo escudero en el mundo: que es posible, que en quanto ha q̃ andas conmigo, no has echado de ver, que todas las cosas de los caualleros andantes, parecen quimeras, necedades, y desatinos, y que son todas hechas al reues? Y no porque sea ello ansi, sino porque andan entre nosotros siempre, vna caterua de encantadores, que todas nuestras cosas mudan y truecan, y les buelue, segun su gusto, y segun tieneñ la gana de fauorecernos o destruyrnos, y assi esso que a ti te parece bazia de barbero, me parece a mi el yelmo de Mambrino, y a otro le parecera otra cosa Y fue rara prouiden-

uidencia del ſabio, que es de mi parte, hazer que parezca bazia a todos, lo que real y verdaderamente es yelmo de Mambrino. A cauſa, que ſiendo el de tã ta eſtima, todo el mundo me perſeguira, por quitarmele: pero como ven que no es mas de vn bazin de barbero, no ſe curan de procuralle. Como ſe moſtro bien, en el que quiſo rompelle, y le dexò en el ſuelo ſin lleuarle, que afe que ſi le conociera, que nunca el le dexara. Guardale amigo, que por aora no le he meneſter, que antes me tengo de quitar todas eſtas armas, y quedar deſnudo, como quando naci. Si es, que me da en voluntad, de ſeguir en mi penitencia, mas a Roldan, que a Amadis. Llegaron en eſtas platicas al pie de vna alta montaña, que caſi como peñon tajado eſtaua ſola, entre otras muchas que la rodeauan. Corria por ſu falda vn manſo arroyuelo, y haziaſe por todo ſu redondez, vn prado tan verde y vicioſo, que daua contento a los ojos que le mirauã. Auia por alli muchos arboles ſilueſtres, y algunas plantas y flores, que hazian el lugar apazible. Eſte ſitio eſcogio el caualiero de la triſte Pigura, para hazer ſu penitencia, y aſsi en viendole, començó a dezir en voz alta, como ſi eſtuuiera ſin juyzio: Eſte es el lugar, o cielos, que diputo y eſcojo para llorar la deſuentura en que voſotros meſmos me aueys puesto. Eſte es el ſitio, donde el humor de mis ojos acrecentarà las aguas deſte pequeño arroyo, y mis continos y profundos ſoſpiros moueran a la continua las hojas deſtos montarazes arboles, en teſtimonio y ſeñal, de la pena que mi aſſendereado coraçon padece. O voſotros, quié quiera que ſeays, ruſticos dioſes, que en eſte inhabitable lugar teneys vueſtra mo

rada

rada, oyd las quexas deste desdichado amante a quien vna luenga ausencia, y vnos ymaginados zelos, han traydo a lamentarse entre estas hasperezas, y a quexarse de la dura condicion de aquella ingrata y bella, termino y fin de toda humana hermosura. O vosotras Napeas, y Driadas, que teneys por costũbre de habitar en las espessuras de los mótes, assi los ligeros y lasciuos satiros, de quien soy, aunque en vano Amadis, no perturben jamas vuestro dulce sossiego, que me ayudeys a lamentar mi desuentura, o alomenos, no os canseys de oylla. O Dulzinea del Toboso, dia de mi noche, gloria de mi pena, norte de mis caminos, estrella de mi ventura, assi el cielo te la de buena, en quanto acertares a pedirle, que cõsideres el lugar y el estado, a que tu ausencia me ha conduzido, y que con buen termino correspondas, al que a mi fé se le deue. O solitarios arboles (que desde oy en adelante aueys de hazer compañia a mi soledad) dad indicio, con el blando mouimiento de vuestras ramas, que no os desagrade mi presencia. O tu escudero mio, agradable compañero en mas prosperos y aduersos sucessos, toma bien en la memoria lo que aqui me veras hazer, para que lo cuentes y recetes, a la causa total de todo ello. Y diziẽdo esto, se apeò de Rozinante, y en vn momento le quitò el freno, y la silla, y dandole vna palmada en las ancas, le dixo: Libertad te da, el que sin ella queda, o caualio tan estremado por tus obras, quan desdichado por tu suerte. Vete por do quisieres, que en la frente llenas escrito, que no te ygualò en ligereza, el Hipogrifo de Astolfo, ni el nombrado Frontino, que tan caro le costo a Bradamante. Viendo esto Sancho, dixõ:

Bien ay a quien nos quitò aora, del trabajo de desenalbardar al ruzio, que ase que no faltaran palmadicas que dalle, ni cosas que dezille en su alabança, pero si el aqui estuuiera, no consintiera yo que nadie le desalbardara, pues no auia para que, que a el no le tocauan las generales de enamorado, ni de desesperado, pues no lo estaua su amo, que era yo, quãdo Dios queria. Y en verdad señor cauallero de la triste Figura, que si es que mi partida, y su locura de vuestra merced, va de veras, que sera bien tornar a ensillar a **Rozinante**, para que supla la falta del ruzio, porque será ahorrar tiempo a mi yda, y buelta, que si la hago apie, no se quando llegare, ni quando boluere, porque en resolucion, soy mal caminãte. Digo Sancho, respondio don Quixote, que sea como tu quisieres, que no me parece mal tu designio, y digo que de aqui a tres dias te partiras, porque quiero que en este tiempo, veas lo que por ella hago, y digo, para que se lo digas. Pues que mas tengo de ver, dixo Sancho, que lo que he visto? Bien estas en el cuento, respondio don Quixote, ahora me falta rasgar las vestiduras, esparzir las armas, y darme de calabaçadas por estas peñas, con otras cosas deste jaez, que te há de admirar. Por amor de Dios, dixo Sancho, que mire vuestra merced como se da essas calabaçadas, q̃ a tal peña podra llegar, y en tal punto, que con la primera se acabasse la maquina desta penitencia: y seria yo de parecer, que ya q̃ a vuestra merced le parece, que son aqui necessarias calabaçadas, y q̃ no se puede hazer esta obra sin ellas, se contentasse, pues todo esto es fingido, y cosa contrahecha, y de burla, se cõtentase, digo, con darselas en el agua, o en alguña cosa

blanda,

blanda, como algodon, y dexeme a mi el cargo, que yo dire a mi señora, que vuestra merced se las daua en vna punta de peña, mas dura que la de vn diamante. Yo agradezco tu buena intécion, amigo Sancho, respódio don Quixote mas quierote hazer sabidor, de que todas estas cosas que hago, no son de burlas, sino muy de veras, porque de otra manera, seria contrauenir a las ordenes de caualleria, que nos manda, que no digamos mentira alguna, pena de relasos, y el hazer vna cosa por otra, lo mesmo es, que métir. Anssi que mis calabaçadas, han de ser verdaderas, firmes y valederas, sin que lleuen nada del sofistico, ni del fantastico. Y sera necessario, que me dexes algunas hilas para curarme, pues que la ventura quiso, que nos faltasse el balsamo que perdimos. Mas fue perder el asno, respondio Sancho, pues se perdieron en el las hilas y todo, y ruegole a vuestra merced, que no se acuerde mas de aquel maldito breuage, que en solo oyrle mentar, se me rebuelue el alma, no que el estomago. Y mas le ruego, que haga cuenta que son ya passados los tres dias, que me ha dado de termino, para ver las locuras que haze, que ya las doy por vistas, y por passadas, en cosa juzgada, y dire marauillas a mi señora, y escriua la carta, y despacheme luego, porque tengo gran desseo de boluer a sacar a vuestra merced deste purgatorio donde le dexo. Purgatorio le llamas Sancho, dixo don Quixote, mejor hizieras de llamarle infierno, y aun peor, sray otra cosa que lo sea, Quien ha infierno, respondio Sancho, nula es retencio, segun he oydo dezir. No entiendo que quiere dezir retencio, dixo don Quixote. Retencio es, ress

es, respondio Sancho, que quien està en el infierno, nunca sale del, ni puede Lo qual sera al reues en vuestra merced, o a mi me andaran mal los pies, si es que lleuo espuelas para auiuar a Rozinante: y pongame yo vna por vna en el Toboso, y delante de mi señora Dulzinea, que yo le dire tales cosas, de las necedades y locuras, que todo es vno, que vuestra merced ha hecho, y queda haziendo, que la venga a poner mas blanda que vn guante, aunque la halle mas dura que vn alcornoque, con cuya respuesta dulze, y melificada, boluere por los ayres como bruxo, y sacare a vuestra merced deste purgatorio, que parece infierno, y no lo es, pues ay esperança de salir del: la qual como tengo dicho, no la tienen de salir los que estan en el infierno, ni creo que vuestra merced dira otra cosa. Assi es la verdad, dixo el de la triste Figura, pero que haremos para escriuir la carta? y la libreança pollinezca, tambien añadio Sancho? Todo yra inserto, dixo don Quixote, y seria bueno, ya que no ay papel, que la escriuiessemos, como hazian los antiguos, en hojas de arboles, o en vnas tablitas de cera, aunque tan dificultoso sera hallarse esso aora, como el papel. Mas ya me ha venido a la memoria, donde sera bien, y aun mas que bien escriuilla, que es, en el librillo de memoria, que fue de Cardenio, y tu tendras cuydado, de hazerla trasladar en papel, de buena letra, en el primer lugar que hallares, donde aya maestro de escuela de muchachos, o sino qualquiera sacristan te la trasladarà, y no se la des a trasladar a ningun escriuano, que hazen letra processada, que no la entendera satanas. Pues que se ha de hazer de la firma, dixo Sancho? nunca las cartas

de

de Amadis se firman, respondio don Quixote. Esta bien, respondio Sancho, pero la librança forçosamente se ha de firmar, y essa si se traslada dirán que la firma es falsa, y quedareme sin pollinos. La librança yra en el mesmo librillo firmada, que en viendola mi sobrina, no pondra dificultad en cumplilla, Y en lo que toca a la carta de amores, pondras por firma, Vuestro hasta la muerte, el cauallero de la triste Figura. Y hara poco al caso, que vaya de mano agena, porque a lo que yo me se acordar, Dulzinea no sabe escriuir ni leer, y en toda su vida ha visto letra mia, ni carta mia, porque mis amores y los suyos, han sido siempre Platonicos, sin estenderse a mas, que a vn honesto mirar. Y aun esto tan de quando en quando, que osaré jurar con verdad, que en doze años que ha que la quiero, mas que a la lumbre destos ojos, que han de comer la tierra, no la he visto quatro vezes, y aun podra ser, q̃ destas quatro vezes no vuiesse ella echado de ver la vna, que la miraua. Tales el recato y encerramiento, con que sus padres, Lorenço Corchuelo, y su madre Aldonça Nogales, la han criado. Ta, ta, dixo Sancho, que la hija de Lorenço Corchuelo, es la señora Dulzinea del Toboso, llamada por otro nombre, Aldonça Lorenço? Essa es, dixo don Quixote, y es la que merece ser señora de todo el vniuerso. Bien la conozco, dixo Sancho, y se dezir, que tira tan bien vna barra, como el mas forçudo çagal de todo el pueblo viue el dador, que es moça de chapa, hecha y derecha, y de pelo en pelo, y que puede sacar la barba del lodo, a qualquier cauallero andante, o por andar, que la tuuiere por señora. O hideputa que rejo que tiene, y que voz: se dezir

dezir, que se pulo vn dia encima del campanario del aldea, a llamar vnos çagales suyos, que andauan en vn barueccho de su padre, y aunque estauan de alli mas de media legua, assi la oyeron, como si estuuieran al pie de la torre, y lo mejor que tiene es, que no es nada melindrosa, porque tiene mucho de cortesana, con todos se burla, y de todo haze mueca y donayre. Aora digo señor cauallero de la triste Figura, que no solamente puede, y deue vuestra merced hazer locuras por ella, sino que con justo titulo puede desesperarse, y ahorcarse, que nadie aura que lo sepa, que no diga que hizo demasiado de bien, puesto que le lleue el diablo. Y querria ya verme en camino, solo por vella, que ha muchos dias que no la veo, y deue de estar ya trocada, porque gasta mucho la faz de las mugeres andar siempre al campo, al sol, y al ayre. Y confiesso a vuestra merced vna verdad, señor don Quixote, que hasta aqui he estado en vna grande ignorancia, que pensaua bien y fielmente, que la señora Dulzinea, deuia de ser alguna Princesa, de quien vuestra merced estaua enamorado, o alguna persona tal, que mereciesse los ricos presentes, que vuestra merced le ha embiado assi el del Vizcayno, como el de los galeotes, y otros muchos, que deuen ser, segun deuen de ser muchas las vitorias, que vuestra merced ha ganado, y ganó en el tiempo que yo aun no era su escudero. Pero bien considerado, que se le ha de dar a la señora Aldonça Lorenço, digo, a la señora Dulzinea del Toboso, de que se le vayan a hincar de rodillas delante della, los vencidos, que vuestra merced le embia, y ha de embiar? Porque podria ser, que al tiempo q̃ ellos llegassen.

estuuiel-

estuuiesse ella rastrillando lino, o trillando en las heras, y ellos se corriessen de verla, y ella se riesse y enfadasse del presente. Y a te tengo dicho antes de agora muchas vezes Sancho, dixo don Quixote, que eres muy grande hablador, y que aunque de ingenio boro, muchas vezes despuntas de agudo. Mas para que veas quan necio eres tu, y quan discreto soy yo, quiero que me oyas vn breue cuento. Has de saber, que vna viuda bermosa, moça, libre y rica, y sobre todo desenfadada, se enamoro de vn moço motilon, rollizo y de buen tomo, alcançolo a saber su muger, y vn dia dixo a la buena viuda, por via de fraternal reprehension: Marauillado estoy señora, y no sin mucha causa, de que vna muger tan principal, tan hermosa, y tan rica, como vuestra merced, se aya enamorado, de vn hombre tan soez, tan baxo, y tan idiota, como fulano, auiendo en esta casa tantos maestros, tantos presentados, y tantos teologos, en quien vuestra merced pudiera escoger, como entre peras, y dezir, este quiero, aqueste no quiero? Mas ella le respondio con mucho donayre, y desemboltura: Vuestra merced señor mio, està muy engañado, y piensa muy a lo antiguo, si piensa que yo he escogido mal en fulano, por idiota que le parece, pues para lo que yo le quiero, tanta filosofia sabe, y mas que Aristoteles. Assi que Sancho, por lo que yo quiero a Dulzinea del Toboso, tanto vale, como la mas alta Princesa de la tierra. Si que no todos los Poetas, que auran damas, debaxo de vn nombre, que ellos a su aluedrio les ponen, es verdad que las tienen. Piensas tu que las Amariles, las Filis, las Siluias, las Dianas, las Galateas, las Alidas, y otras tales, de que los libros,

bros, los romances, las tiendas de los barberos, los teatros de las comedias estan llenos, fueron verdaderamente damas de carne y hueſſo, y de aquellos que las celebran y celebraron. No por cierto, sino que las mas se las fingen, por dar subjeto a sus versos, y porque los tengan por enamorados, y por hombres que tienen valor para serlo. Y assi bastame a mi pensar y creer, que la buena de Aldonça Lorenço, es hermosa y honesta: y en lo del linage importa poco, que no han de yr a hazer la informacion del, para darle algun abito, y yo me hago cuenta, que es la mas alta Princesa del mundo. Porque has de saber Sancho, si no lo sabes, que dos cosas solas incitan à amar, mas que otras, que son la mucha hermosura, y la buena fama, y estas dos cosas se hallan consumadamente en Dulzinea, porque en ser hermosa, ninguna le yguala, y en la buena fama, pocas le llegan. Y para concluyr con todo, yo imagino, que todo lo que digo es assi, sin que sobre ni falte nada. Y pintola en mi imaginacion, como la desseo, assi en la belleza, como en la principalidad, y ni la llega Elena, ni la alcança Lucrecia, ni otra alguna de las famosas mugeres, de las edades preteritas, Griega, Barbara, o Latina. Y diga cada vno lo que quisiere, que si por esto fuere reprehendido de los ignorantes, no sere castigado de los riguroſos. Digo que en todo tiene vuestra merced razon, respondio Sancho, y que yo soy vn asno: mas no se yo para que nombro asno en mi boca, pues no se ha de mentar la soga en casa del ahorcado. Pero venga la carta, y a Dios que me mudo. Sacò el libro de memoria don Quixote, y apartandose a vna parte, con mucho sossiego començo a escriuir la carta,

y en

y en acabandola llamò a Sancho, y le dixo, que se la queria leer, porque la tomasse de memoria, si a caso se le perdiesse por el camino, porque de su desdicha todo se podia temer. A lo qual, respondio Sancho: Escriuala vuestra merced dos o tres vezes, ahi en el libro, y demele, que yo le lleuare bien guardado, porque pensar que yo la he de tomar en la memoria, es disparate, que la tengo tan mala, que muchas vezes se me oluida como me llamo. Pero cõ todo esso, digamela vuestra merced, que me holgare mucho de oylla, que deue de yr como de molde. Escucha que assi dize, dixo don Quixote.

Carta de don Quixote, a Dulzinea del Toboso.

Soberana y alta señora.

EL ferido de punta de ausencia, y el llagado de las telas del coraçon, dulcissima Dulzinea del Toboso, te embia la salud que el no tiene. Si tu fermosura me desprecia? Si tu valor no es en mi pro? Si tus desdenes son en mi afincamiento? maguer que yo sea a faz de sufrido, mal podre sostenerme en esta cuyta, que ademas de ser fuerte, es muy duradera. Mi buen escudero Sancho, te dara entera relacion, o bella ingrata, amada enemiga mia, del modo que por tu causa quedo, si gustares de acorrerme, tuyo soy, y sino haz lo que te viniere en gusto, que con acabar mi

R

bar mi vida, aure satisfecho a tu crueldad; y a mi desseo.

Tuyo hasta la muerte.

El cauallero de la triste Figura.

Por vida de mi padre, dixo Sancho, en oyendo la carta, que es la mas alta cosa, que jamas he oydo. Pesia a mi, y como que le dize vuestra merced ahi, todo quanto quiere, y que bien que encaxa en la firma, el cauallero de la triste Figura Digo de verdad, que es vuestra merced el mesmo diablo, y que no ay cosa que no sepa. Todo es menester, respondio don Quixote, para el oficio que trayo. Ea pues, dixo Sancho, ponga vuestra merced en essotra buelta, la cedula de los tres pollinos, y firmela con mucha claridad, porque la conozcan en viendola. Que me plaze, dixo don Quixote, y auiendola escrito se la leyo, que dezia assi.

Mandarà vuestra merced, por esta primera de pollinos, señora sobrina, dar a Sancho Pança mi escudero, tres de los cinco que dexé en casa, y estan a cargo de vuestra merced. Los quales tres pollinos, se los mando librar y pagar, por otros tantos, aqui recebidos de contado, que consta, y con su carta de pago, seran bien dados. Fecha en las entrañas de Sierra Morena, a veynte y dos de Agosto, deste presente año.

Buena està, dixo Sancho, firmela vuestra merced No es menester firmarla, dixo don Quixote, sino solamente poner mi rubrica, que es lo mesmo que firma, y para tres asnos, y aun para trezientos, fuera bastante. Yo me confio de vuestra merced,

respon-

respondio Sancho, dexeme yre a ensillar a Rozinante, y aparejese vuestra merced, a echarme su bendicion, que luego pienso partirme, sin ver las sandezes que vuestra merced ha de hazer, que yo dire que le vi hazer tantas, que no querá mas. Por lo menos quiero Sancho, y porque es menester ansi, quiero digo que me veas en cueros, y hazer vna o dos dozenas de locuras, que las hare en menos de media hora: porque auiendolas tu visto por tus ojos, puedas jurar a tu saluo, en las demas que quisieres añadir, y assegurote que no diras tu tantas, quantas yo pienso hazer. Por amor de Dios señor mio, que no vea yo en cueros a vuestra merced, que me dara mucha lastima, y no podre dexar de llorar, y tengo tal la cabeça, de llanto que anoche hize por el rozio, que no estoy para meterme en nueuos lloros: y si es que vuestra merced gusta, de que yo vea algunas locuras, hagalas vestido breues, y las que le vinieren mas a cuento. Quanto mas, que para mi no era menester nada desso, y como ya tengo dicho, fuera ahorrar el camino de mi buelta, que ha de ser con las nueuas que vuestra merced dessea, y merece. Y sino aparejese la señora Dulzinea, que sino responde como es razon, voto hago solene a quien puedo, que le tengo de sacar la buena respuesta del estomago, a cozes, y a vofetones. Porque donde se ha de sufrir, que vn caualiero andante, tan famoso como vuestra merced, se buelua loco, sin que, ni para que, por vna? No me lo haga dezir la señora, porque por Dios, que despotrique, y lo eche todo a doze, aunque ni a casa venga. Bonico soy yo para esso, mal me conoce, pues afe que si me conociesse, que me ayunasse.

Asi Sancho, dixo don Quixote, que a lo que parece, que no estas tu mas cuerdo que yo No estoy tan loco respondio Sancho, mas estoy mas colerico, Pero dexando esto a parte, que es lo que ha de comer vuestra merced, en tanto que yo bueluo? Ha de salir al camino como Cardenio, a quitarselo a los pastores? No te de pena, esse cuydado, respõdio don Quixote, porque aunque tuuiera, no comiera otra cosa que las yeruas y frutos, que este prado y estos arboles me dieren, que la fineza de mi negocio, está en no comer, y en hazer otras asperezas equiualentes a Dios. Pues pero sabe vuestra merced, que temo que no tengo de acertar a boluer a este lugar, donde agora le dexo, segun está de esconodido. Toma bien las señas, que yo procurare no apartarme destos cótornos, dixo don Quixote, y aun tendre cuydado de subirme por estos mas altos riscos, por ver si te descubro quãdo bueluas. Quanto mas, que lo mas acertado sera, para que no me yerres, y te pierdas, q̃ cortes algunas retamas, de las muchas que por aqui ay, y las vayas poniendo de trecho a trecho, hasta salir a lo raso, las quales te seruiran de mojones y señales, para que me halles quando bueluas, a imitacion del hilo del laberinto de Perseo. Asi lo hare, respondio Sancho Pança, y cortando algunos, pidio la bendicion a su señor, y no sin muchas lagrimas de entrambos, se despidio del. Y subiendo sobre Rozinante, a quien don Quixote encomendo mucho, y que mirasse por el, como por su propria persona, se puso en camino del llano, esparziendo de trecho a trecho, los ramos de la retama, como su amo se lo auia aconsejado. Y assi se fue.

aunque

aunque todauia le importunaua don Quixote, que le viesse si quiera hazer dos locuras. Mas no vuo andado cien passos, quando boluio y dixo: Digo señor, que vuestra merced ha dicho muy bien, que para q̃ pueda jurar sin cargo de conciencia, que le he visto hazer locuras, sera bien que vea si quiera vna, aunque bien grade la he visto, en la quedada de vuestra merced. No te lo dezia yo, dixo don Quixote, esperate Sancho, que en vn credo las hare. Y desnudandose con toda priessa los calçones, quedo en carnes y en pañales. y luego sin mas ni mas, dio dos çapatetas en el ayre, y dos tumbas la cabeça abaxo, y los pies en alto, descubriendo cosas, que por no verlas otra vez, boluio Sancho la rienda a Rozinante, y se dio por contento y satisfecho, de que podia jurar, que su amo quedaua loco, y assi le dexaremos yr su camino, hasta la buelta, que fue breue.

Cap. XXVI. Donde se prosiguen las finezas que el enamorado hizo don Quixote en sierra Morena.

YBOLVIENDO a contar lo que hizo el de la triste figura, despues que se vio solo. Dize la historia, que assi como don Quixote acabò de dar las tumbas o buel-tas, de medio abaxo desnudo, y de medio arriba vestido, y que vio que Sancho se auia ydo, sin querer aguardar a ver mas sandezes, se subio sobre vna punta de vna alta peña, y alli tornò a pensar, lo que otras muchas vezes auia pensado, sin auerse jamas resuel-

co en ello. Y era, que qual seria mejor, y le estaria mas a cuento imitar a Roldan, en las locuras desaforadas que hizo, o Amadis, en las Malenconicas: y hablando entre si mesmo, dezia Si Roldan fue tan buen caualliero, y tan valiente, como todos dizen, que marauilla, pues al fin era encantado, y no le podia matar nadie, sino era metiendole vn alfiler de a blanca, por la punta del pie, y el trahia siempre los çapatos, con siete suelas de hierro. Aunque no le valieron tretas contra Bernardo del Carpio, que se las entendio, y le ahogo entre los braços, en Ronzes Vallés. Pero dexando en el, lo de la valentia a vna parte, vengamos a lo de perder el juyzio, que es cierto que le perdio, por las señales que hallò en la fortuna, y por las nueuas que le dio el pastor, de que Angelica auia dormido mas de dos siestas con Medoro, vn Morillo de cabellos enrriçados, y paje de Agramante. Y si el entendio que esto era verdad, y que su dama le auia cometido desaguisado, no hizo mucho en boluerse loco. Pero yo como puedo imitalle en las locuras, sino le imito en la ocasion dellas, porque mi Dulzinea del Toboso, ossare yo jurar, que no ha visto en todos los dias de su vida Moro alguno, ansi como el es, en su mismo traje, y que se está oy, como la madre que la parió: y hariale agrauio manifiesto, si imaginando otra cosa della, me boluiesse loco, de aquel genero de locura, de Roldan el furioso. Por otra parte veo, que Amadis de Gaula, sin perder el juyzio, y sin hazer locuras, alcançó tanta fama de enamorado, como el que mas.

Porque

Porque lo que hizo, segun su historia, no fue mas, de que por verse desdeñado de su señora Oriana, que le auia mandado, que no pareciesse ante su presencia, hasta que fuesse su voluntad. De que se retiró a la peña Pobre, en compañia de vn ermitaño, y alli se harto de llorar, y de encomendarse a Dios, hasta que el cielo le acorrio, en medio de su mayor cuyta y necesidad. Y si esto es verdad, como lo es, para que quiero yo tomar trabajo agora, de desnudarme del todo, ni dar pesadumbre a estos arboles, que no me han hecho mal alguno, ni tengo para que enturbiar, el agua clara destos arroyos, los quales me han de dar de beuer, quando tenga gana. Viua la memoria de Amadis, y sea imitado de don Quixote de la Mancha, en todo lo que pudiere. Del qual se dira, lo que del otro se dixo, que sino acabò grandes cosas, murio por acometellas: y si yo no soy desechado, ni desdeñado de Dulzinea del Toboso, bastame, como ya he dicho, estar ausente della. Ea pues, manos a la obra, venid a mi memoria cosas de Amadis, y enseñadme por donde tengo de començar a imitaros, mas ya se que lo mas que el hizo, fue rezar, y encomendarse a Dios: pero que hare de rosario, que no le tengo? En esto le vino al pensamiento, como le haria, y fue, que rasgó vna gran tira de las faldas de la camisa, que andauan colgando, y diole honze ñudos, el vno mas gordo que los demas, y esto le sirvio de rosario, el tiempo que alli estuuo, donde rezò vn millò de Aue Marias. Y lo que le fatigaua mucho, era no hallar por alli otro ermitaño, que le confessasse,

y con quien consolarse. Y assi se entretenia passeandose por el pradezillo, escriuiendo y grauando por las cortezas de los arboles, y por la menuda arena, muchos versos. Todos acomodados a su tristeza, y algunos en alabança de Dulzinea. Mas los que se pudieró hallar enteros, y que se pudiessen leer despues que a el alli le hallaron, no fueron mas que estos que aqui se siguen.

Arboles, yeruas, y plantas,
Que en aqueste sitio estays,
Tan altos, verdes y tantas,
Si de mi mal no os holgays
Escuchad mis quexas santas.
Mi dolor no os alborote,
Aunque mas terrible sea,
Pues por pagaros escote,
Aqui lloró don Quixote
Ausencias de Dulzinea
Del Toboso.
Es aqui ol lugar, adonde
El amador mas leal
De su señora se esconde,
Y ha venido a tanto mal
Sin saber como o por donde.
Traele amor al estricote,
Que es de muy mala ralea,
Y assi hasta henchir vn pipote,

Aqui

Aqui lloró don Quixote
Ausencias de Dulzinea
Del Toboso.
Buscando las auenturas
Por entre las duras peñas,
Maldiziendo entrañas duras,
Que entre riscos, y entre breñas,
Halla el triste desuenturas.
Hiriole amor con su açote,
No con su blanda correa.
Y en tocandole el cogote,
Aqui lloró don Quixote
Ausencias de Dulzinea
Del Toboso.

No causò poca risa, en los que hallaron los versos referidos, el añadidura del Toboso, al nombre de Dulzinea. Porque imaginaron que deuio de imaginar don Quixote, que si en nombrando a Dulzinea, no dezia tambien del Toboso, no se podria entender la copla, y assi fue la verdad, como el despues confessò. Otros muchos escriuio, pero como se ha dicho, no se pudieron sacar en limpio, ni enteros, mas destas tres coplas. En esto, y en suspirar, y en llamar a los Faunos, y Siluanos, de aquellos bosques, a las ninfas de los rios, a la dolorosa y vmida Eco, que le respondiesse, consolassen y escuchassen, se entretenia, y en buscar algunas yeruas con que sustentarse, en tanto que Sancho boluia que si

como tardò tres dias, tardara tres semanas, el cauallero de la triste Figura quedará tan desfigurado, que no le conociera la madre que lo pario. Y sera bien dexalle embuelto entre sus suspiros, y versos, por contar lo que le auino a Sancho Pança, en su mandaderia. Y fue, que en saliendo al camino real, se puso en busca del del Toboso, y otro dia llego a la venta, donde le auia sucedido la desgracia de la manta, y no la vuo bien visto, quando le parecio que otra vez andaua en los ayres, y no quiso entrar dentro, aunque llegò a hora que lo pudiera y deuiera hazer, por ser la del comer, y lleuar en desseo de gustar algo caliente, que auia grandes dias que todo era fiambre. Esta necessidad le forço, a que llegasse junto a la venta, toda via dudoso, si entraria, o no. Y estando en esto, salieron de la venta dos personas, que luego le conocieron. Y dixo el vno al otro: Digame señor Licenciado, aquel del cauallo, no es Sancho Pança, el que dixo el ama de nuestro auenturero, que auia salido con su señor, por escudero? Si es, dixo el Licenciado, y aquel es el cauallo de nuestro don Quixote. Y conocieronle tan bien, como aquellos que eran, el cura y el barbero, de su mismo lugar, y los que hizieron el escrutinio, y acto general de los libros. Los quales, assi como acabaron de conocer a Sancho Pança, y a Rozinante, desseosos de saber de don Quixote, se fueron a el, y el cura le llamò por su nombre. Diziendole: Amigo Sancho Pança, adonde queda vuestro amo? Conocio los luego Sancho Pança, y determino de encubrir el lugar, y la suerte, donde, y como, su amo quedaua. Y assi les respondio, que

su amo

su amo quedaua ocupado en cierta parte, y en cierta cosa, que le era de mucha importancia, la qual el no podia descubrir por los ojos que en la cara tenia. No, no, dixo el barbero, Sancho Pança, si vos no nos dezis donde queda, imaginaremos, como ya imaginamos, que vos le aueys muerto, y robado, pues venis encima de su cauallo, en verdad que nos aueys de dar el dueño del rozin, o sobre esso morena. No ay para que conmigo amenazas, que yo no soy hombre que robo, ni mato a nadie, a cada vno mate su ventura, o Dios que le hizo. Mi amo queda haziendo penitencia en la mitad desta montaña, muy a su sabor. Y luego de corrida, y sin parar, les conto de la suerte que quedaua, las auenturas que le auian sucedido, y como lleuaua la carta a la señora Dulzinea del Toboso, que era la hija de Lorenço Corchuelo, de quien estaua enamorado hasta los higados. Quedaron admirados los dos, de lo que Sancho Pança les contaua, y aunque ya sabian la locura de don Quixote, y el genero della, siempre que la oyan, se admirauan de nueuo. Pidierondole a Sancho Pança, que les enseñasse la carta que lleuaua a la señora Dulzinea del Toboso: el dixo que yua escrita en vn libro de memoria, y que era orden de su señor, que la hiziesse trasladar en papel, en el primer lugar que llegasse. A lo qual, dixo el cura, que se la mostrasse, que el la trasladaria de muy buena letra. Metio la mano en el seno Sancho Pança, buscando el librillo, pero no le hallò, ni le podia hallar, si le buscara hasta agora, porque se auia quedado don Quixote

con

con el, y no se le auia dado, ni a el se le acordo de pedirsele. Quando Sancho vio que no hallaua el libro fuessele parando mortal el rostro; y tornandose a tastar todo el cuerpo muy apriessa, tornò a echar de ver, que no le hallaua, y sin mas, ni mas, se hecho entrambos puños a las barbas, y se arrancò la mitad de ellas, y luego apriessa y sin cessar, se dio media docena de puñadas en el rostro, y en las narizes, que se las baño todas en sangre. Visto lo qual, por el cura y el barbero, le dixeron, que que le auia sucedido, que tan mal se paraua? Que me ha de suceder, respondio Sancho, sino el auer perdido de vna mano a otra, en vn estante tres pollinos, que cada vno era como vn castillo. Como es esso, replicò el barbero? He perdido el libro de memoria, respondio Sancho, donde venia carta para Dulzinea, y vna cedula firmada de su señor. Por la qual mãdaua, que su sobrina me diesse tres pollinos, de quatro o cinco que estauan en casa. Y con esto les conto la perdida del ruzio. Consolole el cura, y dixole, que en hallando a su señor, el le haria reualidar la manda, y que tornasse a hazer la libraça en papel, como era vso y costumbre, porque las que se hazian en libros de memoria, jamas se aceptauan, ni cumplian. Con esto se consolo Sancho, y dixo, que como aquello fuesse ansi, que no le daua mucha pena la perdida de la carta de Dulzinea, porque el la sabia casi de memoria, de la qual se podria trasladar, donde y quando quisiessen. Dezildo Sancho pues, dixo el barbero, que despues la trasladaremos. Parose Sancho Pança a rascar la cabeça, para traer a la memoria la carta, y ya se ponia sobre vn pie, y ya sobre otro. Vnas vezes

miraua al ſuelo, otras al cielo, y al cabo de auerſo roydo la mitad de la yema de vn dedo, teniendo ſuſpenſos a los que eſperauan, que ya la dixeſſe, dixo al cabo de grandiſsimo rato. Por Dios ſeñor licenciado, que los diablos lleuen la coſa que de la carta ſe me acuerda, aunque en el principio dezia: Alta y ſobajada ſeñora. No diria, dixo el barbero, ſobajada, ſi no ſobrehumana, o ſoberana ſeñora. Aſsi es, dixo Sancho: luego, ſi mal no me acuerdo, proſeguia, ſi mal no me acuerdo, el llego, y falto de ſueño, y el ferido beſa a vueſtra merced las manos, ingrata y muy deſconocida hermoſa, y no ſe que dezia de ſalud, y de enfermedad, q̃ le embiaua, y por aqui yua eſcurriendo, haſta que acabaua, en vueſtro haſta la muerte, el caualiero de la triſte Figura. No poco guſtaron los dos, de ver la buena memoria de Sancho Pança, y alabaronſela mucho, y le pidieron que dixeſſe la carta, otras dos vezes; para que ellos anſi meſmo, la tomaſſen de memoria, para traſladalla a ſu tiempo. Tornola a dezir Sancho otras tres vezes, y otras tantas boluio a dezir, otros tres mil diſparates. Tras eſto, conto aſsi meſmo, las coſas de ſu amo, pero no hablò palabra, acerca del manteamiento que le auia ſucedido en aquella vẽta, en la qual rehuſaua entrar. Dixo tambien, como ſu ſeñor en trayendo, que le truxeſſe buen deſpacho, de la ſeñora Dulzinea del Toboſo, ſe auia de poner en camino, a procurar como ſer Emperador, o por lo menos Monarca, que aſsi lo tenian concertado entre los dos: y era coſa muy facil venir a ſerlo, ſegun era el valor de ſu perſona, y la fuerça de ſu braço, y que en ſiendole, le auia de caſar a el, porque ya ſetia viudo, que no pe-

dia ſer

dia ser menos. Y le auia de dar por muger a vna don zella de la Emperatriz, heredera de vn rico y grãde estado, de tierra firme, sin Insulos ni Insulas, que ya no las queria. Dezia esto Sancho, con tanto repoſo, limpiandose de quando en quando las narizes, y có tan poco juyzio, que los dos se admiraró de nueuo. Considerando, quan vehemente auia sido la locura de don Quixote, pues auia lleuado tras si el juyzio de aquel pobre hombre. No quisieron cansarse en sacarle del error en que estaua, pareciendoles que pues no le dañaua nada la conciencia, mejor era dexarle en el, y a ellos les seria de mas gusto, oyr sus necedades. Y assi le dixeron, que rogasse a Dios por la salud de su señor, que cosa contingente y muy agible era, venir con el discurso del tiempo, a ser Emperador, como el dezia, o por lo menos Arçobispo, o otra dignidad equiualente. A lo qual, respondio Sancho: Señores, si la fortuna rodeasse las cosas de manera, que a mi amo le viniesse en voluntad, de no ser Emperador, sino de ser Arçobispo, querria yo saber agora, que suelen dar los Arçobispos andantes a sus escuderos? Suelenles dar, respondio el cura, algun beneficio simple, o curado, o alguna sacristania, que les vale mucho de renta rentada, amen del pie de altar, que se suele estimar en otro tanto. Para esso sera menester, replicò Sancho, que el escudero no sea casado, y que sepa ayudar a Missa por lo menos: y si esto es assi, desdichado de yo, que soy casado, y no se la primera letra del A.b.c. que sera de mi, si a mi amo le da antojo de ser Arçobispo, y no Emperador, como es vso y costumbre de los caualleros andantes! No tengays pena Sancho amigo, dixo el barbero,

que

que aqui rogaremos a vueſtro amo, y ſe lo aconſeja remos, y aun ſe lo pondremos en caſo de conciéncia, que ſea Emperador, y no Arçobiſpo, porque le ſera mas facil, a cauſa de que el es mas valiente, que eſtudiante. Aſsi me ha parecido a mi, reſpondio Sancho, aunque ſe dezir, que para todo tiene abilidad, lo que yo pienſo hazer de mi parte, es, rogarle a nueſtro Señor, que le eche a aquellas partes donde el mas ſe ſirua, y adonde a mi mas mercedes me haga. Vos lo dezis como diſcreto, dixo el cura, y lo hareys como buen Chriſtiano. Mas lo q̃ aora ſe ha de hazer, es dar ordé como ſacar a vueſtro amo, de aquella inutil penitencia q̃ dezis q̃ queda haziendo, y para penſar el modo q̃ hemos de tener, y para comer q̃ ya es hora, ſera bien nos entremos en eſta venta. Sancho dixo q̃ entraſſen ellos, q̃ el eſperaria alli fuera, y q̃ deſpues les diria la cauſa porq̃ no entraua, ni le conuenia entrar en ella, mas q̃ les rogaua q̃ le ſacaſſen alli algo de comer, q̃ fueſſe coſa caliéte, y anſi miſmo cenada para Rozinãte. Ellos ſe entraron y le dexaró, y de alli a poco, el barbero le ſacò de comer. Deſpues auiédo bien penſado entre los dos, el modo q̃ tendrian para cóſeguir lo q̃ deſſeauã, vino el cura en vo penſamiẽto muy acomodado al guſto de don Quixote, y para lo q̃ ellos querian. Y fue, q̃ dixo al barbero, q̃ lo que auia penſado era, q̃ el ſe veſtiria en habito de dózella andáte, y q̃ el procuraſſe ponerſe lo mejor q̃ pudieſſe, como eſcudero, y q̃ aſsi yrian adóde dó Quixote eſtaua: fingiendo ſer ella vna donzella afligida, y menesteroſa, y le pediria vn dó, el qual el no podria dexarſele de otorgar, como valeroſo cauallero andante. Y que el don q̃ le penſaua pedir era, q̃ ſe vinieſſe

con

con ella, donde ella le lleuasse, a desfazelle vn agrauio, que vn mal cauallero le tenia fecho, y que le suplicaua assi mesmo, que no la mandasse quitar su antifaz, ni la demandasse cosa de su fazienda, fasta que la vuiesse fecho derecho, de aquel mal cauallero, y que creyesse sin duda, que don Quixote vendria en todo quanto le pidiesse por este termino, y que desta manera le sacarian de alli, y le lleuarian a su lugar, donde procurarian ver si tenia algun remedio su estraña locura.

Cap. XXVII. De como salieron con su intencion, el cura y el barbero, con otras cosas dignas de que se cuenten en esta grande historia.

NO LE parecio mal al barbero, la inuencion del cura, sino tambien que luego la pusieron por obra. Pidieronle a la ventera vna saya y vnas tocas, dexandole en prendas vna sotana nueua del cura: el barbero hizo vna gran barba, de vna cola ruzia o roxa, de buey, donde el ventero tenia colgado el peyne. Preguntoles la ventera, que para que le pedian aquellas cosas? el cura le conto en breues razones, la locura de don Quixote, y como conuenia aquel disfraz, para sacarle de la montaña, donde a la sazon estaua. Cayeron luego el ventero y la ventera, en que el loco era su huesped, el del balsamo, y el amo del manteado escudero, y contaron al cura todo lo que con el les auia passado, sin callar, lo que tanto callaua Sancho. En resolucion, la ventera vistio al cura de

modo,

modo que no auia mas que ver Puſole vna ſaya de paño, llena de faxas de terciopelo negro, de vn palmo en ancho, todas acuchilladas: y vnos corpinos de terciopelo verde, guarnecidos con vnos ribetes de raſo blanco que ſe deuieron de hazer ellos, y la ſaya, en tiempo del Rey Bamba. No conſintio el Cura que le tocaſſen, ſino puſoſe en la cabeça vn birretillo de lienço colchado, que lleuaua para dormir de noche: y ciñoſe por la frente vna liga de taferan negro, y con otra liga hizo vn antifaz, con que ſe cubrio muy bien las barbas, y el roſtro. Encaſqueroſe ſu ſombrero, que era tan grande, que le podia ſeruir de quitaſol: y cubriendoſe ſu herreruelo, ſubio en ſu mula a mugeriegas, y el Barbero en la ſuya, con ſu barba que le llegaua a la cintura, entre roja y blanca, como aquella que (como ſe ha dicho) era hecha de la cola d vn buey barroſo. Deſpidieronſe de todos, y de la buena de Maritornes, que prometio de rezar vn roſario, aunque pecadora, porque Dios les dieſſe buē ſuceſſo en tan arduo, y tan Chriſtiano negocio, como era el que auian emprendido. Mas a penas huuo ſalido de la venta, quando le vino al Cura vn penſamiento, que hazia mal en auerſe puſto de aquella manera, por ſer coſa indecente, que vn ſacerdote ſe puſieſſe aſsi, aunque le fueſſe mucho en ello: y diziendoſelo al Barbero, le rogò que trocaſſen trages, pues era mas juſto, que el fueſſe la dōzella meneſteroſa, y que el haria el eſcudero, y q̄ aſsi ſe profanaua menos ſu dignidad: y que ſino lo queria hazer, determinaua de no paſſar adelante, aunque a don Quixote ſe le lleuaſſe el diablo. En eſto llegō Sancho, y de ver a los

dos en aquel trage, no pudo tener la risa. En efeto, el Barbero vino en todo aquello que el Cura quiso: y trocando la inuencion, el Cura le fue informãdo el modo que auia de tener, y las palabras que auia de dezir a don Quixote, para mouerle, y forçarle a que con el se viniesse, y dexasse la querencia del lugar que auia escogido para su vana penitencia. El Barbero respondio, que sin que se le diesse licion, el lo pondria bien en su punto. No quiso vestirse por enróces, hasta que estuuiessen junto de donde dõ Quixote estaua, y assi doblò sus vestidos, y el Cura acomodò su barba, y siguieron su camino, guiandolos Sancho Pança: el qual les fue contando lo que les acontecio con el loco que hallaron en la sierra: encubriendo empero el hallazgo de la maleta, y de quanto en ella venia, que maguer que tonto, era vn poco codicioso el mancebo. Otro dia llegaron al lugar donde Sancho auia dexado puestas las señales de las ramas, para acertar el lugar donde auia dexado a su señor: y en reconociendole, les dixo, como aquella era la entrada, y que bien se podian vestir, si era que aquello hazia al caso para la libertad de su senor: porque ellos le auian dicho antes, que el yr de aquella suerte, y vestirse de aquel modo, era toda la importancia para sacar a su amo de aquella mala vida que auia escogido, y que le encargauan mucho, que no dixesse a su amo quien ellos eran, ni que los conocia. Y que si le preguntasse, como se lo auia de preguntar, si dio la carta a Dulzinea, dixesse que si, y que por no saber leer, le auia respondido de palabra, diziendole, que le mandaua,

so

ſo pena de la ſu deſgracia, que luego al momento ſe vinieſſe a ver con ella, que era coſa que le importaua mucho: porque con eſto, y con lo que ellos penſauan dezirle, tenian por coſa cierta, reduzirle a mejor vida, y hazer con el que luego ſe puſieſſe en camino, para yr a ſer Emperador, o Monarca, que en lo de ſer Arçobiſpo, no auia de que temer. Todo lo eſcuchò Sancho, y lo tomò muy bien en la memoria, y les agradecio mucho la intencion que tenian de aconſejar a ſu ſeñor, fueſſe Emperador, y no Arçobiſpo, porque el tenia para ſi, que para hazer mercedes a ſus eſcuderos, mas podian los Emperadores, que los Arçobiſpos andantes. Tambien les dixo, que ſeria bien, que el fueſſe delante a buſcarle, y darle la reſpueſta de ſu ſeñora, que ya ſeria ella baſtante a ſacarle de aquel lugar, ſin que ellos ſe puſieſſen en tanto trabajo. Parecioles bien lo que Sancho Pança dezia, y aſsi determinaron de aguardarle haſta que boluieſſe con las nueuas del hallazgo de ſu amo. Entroſe Sancho por aquellas quebradas de la ſierra, dexando a los dos en vna por donde corria vn pequeño, y manſo arroyo, a quien hazian ſombra agradable, y freſca, otras peñas, y algunos arboles que por alli eſtauan. El calor, y el dia que alli llegaron, era de los del mes de Agoſto, que por aquellas partes ſuele ſer el ardor muy grande: la hora, las tres de la tarde: todo lo qual hazia al ſitio mas agradable, y que combidaſſe a que en el eſperaſſen la buelta de Sancho, como lo hizieron. Eſtando pues los dos alli ſoſſegados, y a la ſombra, llegò a ſus oydos vna voz, que ſin acompañarla

ſon de algun otro inſtrumento, dulce y regaladamente ſonaua, de que no poco ſe admiraron, por parecerles que aquel no era lugar dõde pudieſſe auer quien tan bie cantaſſe. Porque aunque ſuele dezirſe, que por las ſeluas, y campos ſe hallan paſtores de vozes eſtremadas, mas ſon encarecimientos de Poetas, que verdades: y mas quando aduirtieron, que lo que ohian cantar eran verſos, no de ruſticos ganaderos, ſino de diſcretos Corteſanos. Y confirmò eſta verdad, auer ſido los verſos q̃ oyerõ, eſtos.

QVien menoſcaba mis bienes?
Deſdenes.
Y quien aumenta mis duelos?
Los zelos.
Y quien prueua mi paciencia?
Auſencia.
De eſſe modo en mi dolencia
Ningun remedio ſe alcança,
Pues me matan la eſperança,
Deſdenes, zelos, y auſencia.

Quien me cauſa eſte dolor?
Amor.
Y quien mi gloria repugna?
Fortuna.
Y quien conſiente en mi duelo?
El cielo.
De eſſe modo yo rezelo

Morir deſte mal eſtraño,
Pues ſe aumentan en mi daño,
Amor, fortuna, y el cielo.

Quien mejorara mi ſuerte?
La muerte.
Y el bien de amor quien le alcança?
Mudança.
Y ſus males quien los cura?
Locura.
De eſſe modo no es cordura
Querer curar la paſsion,
Quando los remedios ſon,
Muerte, mudança, y locura.

La hora, el tiempo, la ſoledad, la voz, y la deſtreza del que cantaua, cauſò admiracion, y contento en los dos oyentes, los quales ſe eſtuuieron quedos, eſperando ſi otra alguna coſa ohian: pero viendo que duraua algun tanto el ſilencio, determinaron de ſalir a buſcar el muſico, que con tan buena voz cantaua. Y queriendolo poner en efeto, hizo la meſma voz que no ſe mouieſſen, la qual llegò de nueuo a ſus oydos, cantando eſte Soneto.

SONETO.

SAnta amiſtad, que con ligeras alas,
Tu apariencia quedandoſe en el ſuelo,
Entre benditas almas en el cielo,

Subiſte alegre a las Impireas ſalas.
Deſde alla (quando quieres) nos ſeñalas
La juſta paz, cubierta con vn velo,
Por quien a vezes ſe trasluze el zelo
De buenas obras, que a la fin ſon malas.
Dexa el cielo, o Amiſtad, o no permitas,
Que el engaño ſe viſta tu librea,
Con que deſtruye a la intencion ſincera
Que ſi tus apariencias no le quitas,
Preſto ha de verſe el mundo en la pelea
De la diſcorde confuſion primera.

El canto ſe acabò con vn profundo ſuſpiro, y los dos con atencion boluieron a eſperar ſi mas ſe cantaua: pero viendo que la muſica ſe auia buelto en ſollocos, y en laſtimeros ayes, acordaron de ſaber quien era el triſte que tan eſtremado en la voz como doloroſo en los gemidos. Y no anduuieron mucho, quando al boluer de vna punta de vna peña, vieron a vn hombre, del miſmo talle, y figura que Sancho Pança les auia pintado, quando les cõtò el cuento de Cardenio: el qual hombre, quando los vio, ſin ſobreſaltarſe eſtuuo quedo, con la cabeça inclinada ſobre el pecho, a guiſa de hombre penſatiuo, ſin alçar los ojos a mirarlos, mas de la vez primera, quando de improuiſo llegaron. El Cura, que era hombre biẽ hablado (como el que ya tenia noticia de ſu deſgracia, pues por las ſeñas le auia conocido) ſe llegò a el, y con breues, aunq̃ muy diſcretas razones, le rogò y perſuadio, q̃ aquella tã miſerable vida

vida dexasse, porque allí no la perdiesse, que era la desdicha mayor de las desdichas. Estaua Cardenio entonces en su entero juyzio libre de aquel furioso accidente, q̃ tan a menudo le sacaua de sí mismo: y assi viendo a los dos en trage tan no vsado de los q̃ por aquellas soledades andauan, no dexò de admirarse algun tanto: y mas quando oyô que le auiã hablado en su negocio, como en cosa sabida (por q̃ las razones que el Cura le dixo, assi lo dierõ a entẽder) y assi respõdio desta manera. Bien veo yo, señores, quien quiera que seays, que el cielo q̃ tiene cuydado de socorrer a los buenos, y aun a los malos, muchas vezes, sin yo merecerlo, me embia en estos tan remotos y apartados lugares, del trato comũ de las gentes, algunas personas, q̃ poniendome delante de los ojos, con viuas, y varias razones, quã sin ella ando, en hazer la vida q̃ hago, hã procurado sacarme, desta a mejor parte: pero como no saben q̃ se yo, q̃ en saliendo deste daño, he de caer en otro mayor, quiça me deuen de tener por hõbre de flacos discursos: y aun lo q̃ peor seria, por de ningũ juyzio. Y no seria marauilla que assi fuesse, porque a mi se me trasluze, q̃ la fuerça de la imaginaciõ de mis desgracias es tan intensa, y puede tanto en mi perdicion, q̃ sin que yo pueda ser parte a estoruarlo, vego a quedar como piedra, falto de todo buen sentido, y conocimieto: y vengo a cãer en la cueta desta verdad, quando algunos me dizen, y muestrã señales de las cosas q̃ he hecho en tanto q̃ aquel terrible accidente me señorea, y no se mas que dolerme en vano, y maldezir, sin prouecho, mi vẽtura: y dar por disculpa de mis locuras, el dezir la causa dellas, a quantos

oyr la quieren, porque viendo los cuerdos qual es la cansa, no se marauillaran de los efetos: y sino me dieren remedio, alomenos no me daran culpa, con uirne dolerles el enojo de mi desemboltura, en lastima de mis desgracias. Y si es que vosotros, señores, venis con la mesma intencion q̃ otros han venido, antes q̃ passeys adelante en vuestras discretas persuasiones, os ruego que escucheys el cuento, q̃ no le tiene de mis desuenturas: porq̃ quiça despues de entendido, ahorrareys del trabajo que tomareys en consolar vn mal, que de todo consuelo es incapaz. Los dos, que no desseauan otra cosa, que saber de su mesma boca, la causa de su daño, le rogarõ se la cõtasse, ofreciendole de no hazer otra cosa de la que el quisiesse, en su remedio, o consuelo: y con esto el triste cauallero comenco su lastimera historia, casi por las mesmas palabras, y passos que la auia contado a don Quixote, y al cabrero, pocos dias atras, quando por ocasion del Maestro Elisabat, y puntualidad de don Quixote, en guardar el decoro a la caualleria, se quedõ el cuento imperfeto, como là historia lo dexa cõtado. Pero aora quiso la buena suerte, que se detuuo el accidente de la locura, y le dio lugar de contarlo hasta el fin: y assi llegando al passo del villete, que auia hallado don Fernando entre el libro de Amadis de Gaula, dixo Cardenio, que le tenia bie en la memoria, y que dezia desta manera.

Luscinda a Cardenio.

CAda dia descubro en vos valores, que me obligan, y fuerçan, a que en mas os estime: y assi si quisieredes sacarme desta deuda, sin executarme en

la

la honra,lo podreys muy bien hazer. Padre tengo, que os conoce.y q̃ me quiere biẽ, el qual sin forçar mi voluntad cumplira la q̃ serà justo q̃vos tengays,. si es q̃ me estimays como dezis,y como yo creo.

Por este villete me moui a pedir a Luscinda por esposa,como ya os he contado, y este fue por quiẽ quedò Luscinda en la opinion dẽ dõ Fernando,por vna de las mas discretas, y auisadas mugeres de su tiepo. Y este villete fue,el que le puso en desseo de destruyrme,antes q̃ el mio se efetuasse:Dixele yo a don Fernando,en lo que reparaua el padre de Luscinda,que era en que mi padre se la pidiesse:lo qual yo no le osaua dezir, temeroso que no vendria en ello:no porq̃ no tuuiesse bien conocida la calidad, bondad,virtud,y hermosura de Luscinda,y que tenia partes bastantes para enoblecer qualquier otro linage de España : sino porque yo entendia del, que desseaua que no me casasse tan presto, hasta ver lo que el Duque Ricardo hazia conmigo. En resolucion, le dixe, que no me auenturaua a dezirselo a mi padre,assi por aquel inconueniente,como por otros muchos que me acobardauan, sin saber quales eran : sino que me parecia, que lo que yo desseasse, jamas auia de tener efeto. A todo esto me respondio don Fernando; que el se encargaua de hablar a mi padre, y hazer con el, que hablasse àl de Luscinda. O Mario ambicioso, o Catilina cruel, o Quila facinoroso, o Galalon embustero, o Vellido traydor, o Iulian vengatiuo,o Iudas codicioso. Traydor,cruel,vengatiuo,y embustero, que deseruicios te auia hecho este triste, q̃ con tanta llaneza te descubrio los secretos, y contentos de su

coraçon? Que ofensa te hize? Que palabras te dixe, o que consejos te di, que no fuessen todos encaminados a acrecentar tu honra, y tu prouecho? Mas de que me quexo, desuenturado de mi, pues es cosa cierta, que quando traen las desgracias la corriente de las estrellas, como vienen de alto a baxo despeñandose con furor, y con violencia, no ay fuerça en la tierra que las detenga, ni industria humana que preuenirlas pueda. Quien pudiera imaginar, que don Fernando, cauallero ilustre, discreto, obligado de mis seruicios, poderoso para alcançar lo que el desseo amoroso le pidiesse, donde quiera que le ocupasse, se auia de enconar (como suele dezirse) en tomarme a mi vna sola oueja, que aun no posseía? Pero quedense estas consideraciones aparte, como inutiles, y sin prouecho, y añudemos el roto hilo de mi desdichada historia. Digo pues, que pareciendole a don Fernando, que mi presencia le era inconueniente para poner en execucion su falso, y mal pensamiento, determinò de embiarme a su hermano mayor, con ocasion de pedirle vnos dineros, para pagar seys cauallos, que de industria, y solo para este efeto. de que me ausentasse (para poder mejor salir con su dañado intento) el mesmo dia que se ofrecio hablar a mi padre los comprò, y quiso que yo viniesse por el dinero. Pude yo preuenir esta traycion? Pude por ventura caer en imaginarla? No por cierto, antes con grandissimo gusto me ofreci a partir luego, contento de la buena compra hecha. Aquella noche hablè con Luscinda, y le dixe lo que con don Fernando quedaua cõcertado, y què tuuiesse firme

esspe

esperança, de que tendrian efeto nuestros buenos y justos desseos. Ella me dixo, tan segura como yo de la traycion de don Fernando, que procurasse bolver presto, porque creia que no tardaria mas la conclusion de nuestras voluntades, que tardasse mi padre de hablar al tuyo. No se que se fue, que en acabando de dezirme esto, se le llenaron los ojos de lagrimas, y vn nudo se le atraueſſò en la garganta, que no le dexaua hablar palabra, de otras muchas que me parecio q̃ procuraua dezirme. Quedè admirado deste nueuo accidente, hasta alli jamas en ella visto, porque siempre nos hablauamos, las vezes que la buena fortuna, y mi diligencia lo concedia, con todo regozijo y contento, sin mezclar en nuestras platicas, lagrimas, suspiros, zelos, sospechas, o temores. Todo era engrandecer yo mi ventura, por auermela dado el cielo por señora. Exageraua su belleza, admirauame de su valor, y entendimiento. Boluiame ella el recambio, alabando en mi lo que como enamorada le parecia digno de alabança. Con esto nos contauamos cien mil niñerias, y acaecimientos de nuestros vezinos, y conocidos: y a lo que mas se estendia mi desemboltura, era a tomarle, casi por fuerça, vna de sus bellas, y blancas manos, y llegarla a mi boca, segun daua lugar la estrecheza de vna baxa reja que nos diuidia. Pero la noche que precedio al triste dia de mi partida, ella llorò, gimiò, y suspirò, y se fue, y me dexò lleno de confusion, y sobresalto, espantado de auer visto tan nueuas, y tan tristes muestras de dolor, y sentimiento en Luscinda. Pero por no destruyr mis esperanças,

todo

todo lo atribuy a la fuerça del amor que me tenia, y al dolor que suele causar la ausencia en los que bien se quieren En fin yo me parti triste, y pensatiuo, llena el alma de imaginaciones, y sospechas, sin saber lo que sospechaua, ni imaginaua. Claros indicios que me mostrauan el triste sucesso, y desuentura que me estaua guardada Llegue al lugar donde era embiado. Di las cartas al hermano de don Fernando. Fuy bien recebido, pero no bien despachado, porque me mandò aguardar (bien a mi disgusto) ocho dias, y en parte donde el Duque su padre no me viesse: porque su hermano le escriuia, que le embiasse cierto dinero, sin su sabiduria Y todo fue inuencion del falso don Fernando, pues no le faltauan a su hermano dineros para despacharme luego. Orden, y mandato fue este, que me puso en condicion de no obedecerle, por parecerme imposible sustentar tantos dias la vida, en el ausencia de Luscinda, y mas auiendola dexado con la tristeza que os he contado. Pero con todo esto obedeci, como buen criado, aunque veia que auia de ser a costa de mi salud. Pero a los quatro dias que alli llegué, llegò vn hombre en mi busca, con vna carta que me dio, que en el sobrescrito conoci ser de Luscinda, porque la letra del era suya. Abrila temeroso, y con sobresalto, creyendo que cosa grande deuia de ser la que la auia mouido a escriuirme, estando ausente, pues presente pocas vezes lo hazia. Preguntele al hombre, antes de leerla, quien se la auia dado, y el tiempo que auia tardado en el camino Dixome, que a caso passando por vna calle de la ciudad,

a la

a la hora de medio dia, vna señora muy hermosa le llamò desde vna ventana, los ojos llenos de lagrimas, y que con mucha priessa le dixo: Hermano, si soys Christiano, como pareceys, por amor de Dios os ruego, que encamineys luego, luego esta carta, al lugar, y a la persona que dize el sobrescrito, que todo es bien conocido, y en ello hareys vn gran seruicio a nuestro Señor. Y para q̃ no os falte comodidad de poderlo hazer, tomad lo que va en este pañuelo: y diziendo esto, me arrojò por la ventana vn pañuelo, donde venian atados cien reales, y esta sortija de oro que aqui traygo, con essa carta que os he dado: y luego sin aguardar respuesta mia, se quitò de la ventana: aunque primero vio como yo tomè la carta, y el pañuelo: y por señas le dixe, que haria lo que me mandaua. Y assi viendome tan bien pagado del trabajo que podia tomar en traerosla, y conociendo por el sobrescrito, q̃ erades vos a quié se embiaua, porque yo, señor, os conozco muy biẽ: y obligado assi mesmo de las lagrimas de aquella hermosa señora, determinè de no fiarme de otra persona, sino venir yo mesmo a daros la. Y en diez y seys años que ha que se me dio, he hecho el camino, que sabeys que es de diez y ocho leguas, En tãto que el agradecido, y nueuo correo esto me dezia, estaua yo colgado de sus palabras, temblandome las piernas de manera, que a penas podia sostenerme En efeto, abrì la carta, y vi que contenia estas razones.

La palabra que don Fernando os dio, de hablar a vuestro padre para que hablasse al mio, la ha cumplido mas en su gusto que en vuestro prouecho. Sabed

Sabed señor, que el me ha pedido por esposa, y mi padre lleuado de la ventaja que el piensa que don Fernando os haze, ha venido en lo que quiere, con tantas veras, que de aqui a dos dias se ha de hazer el desposorio: tan secreto, y tan a solas, que solo han de ser testigos los cielos, y alguna gente de casa. Qual yo quedo, imaginaldo *Si* os cumple venir, veldo. Y si os quiero bien, o no, el sucesso deste negocio os lo dara a entender. A Dios plega, que esta llegue a vuestras manos, antes que la mia se vea en condicio de juntarse con la de quie tan mal sabe guardar la fè que promete.

Estas en suma fueron las razones que la carta contenia, y las que me hizieron poner luego en camino, sin esperar otra respuesta, ni otros dineros: q bien claro conoci entonces, que no la compra de los cauallos, sino la de su gusto, auia mouido a don Fernando a embiarme a su hermano El enojo que contra don Fernando concebi, junto con el temor de perder la prenda que con tantos años de seruicios; y desseos, tenia grangeada, me pusieron alas, pues casi como en buelo, otro dia me pose en mi lugar, al punto, y hora que conuenia para yr a hablar a Luscinda. Entrè secreto, y dexe vna mula en que venia, en casa del buen hombre que me auia lleuado la carta. Y quiso la suerte, que entonces la tuuiesse tan buena, que hallè a Luscinda puesta a la rexa, testigo de nuestros amores. Conociome Luscinda luego, y conocila yo, mas no como deuia ella conocerme, y yo conocerla Pero quien ay en el mundo, que se pueda alabar, que ha penetrado, y sabido el confuso pensamien-

to, y condicion mudable de vna muger? Ninguno por cierto. Digo pues, que assi como Luscinda me vio, me dixo: Cardenio de boda estoy vestida, ya me estan aguardando en la sala, don Fernando el traydor, y mi padre el codicioso, cõ otros testigos, que antes lo seran de mi muerte, que de mi desposorio. No te turbes amigo, sino procura hallarte presente a este sacrificio, el qual sino pudiere ser estoruado de mis razones, vna daga lleuo escondida, que podra estoruar mas determinadas fuerças, dando fin a mi vida, y principio a que conozcas la volntad que te he tenido, y tengo. Yo le respondi turbado, y aprissa, temeroso no me faltasse lugar para responderla: Hagan, señora, tus obras verdaderas tus palabras, que si tu llenas daga para acreditarte, aqui lleuo yo espada para defenderte con ella, o para matarme, si la suerte nos fuere contraria. No creo que pudo oyr todas estas razones, porque senti que la llamauan aprissa, porque el desposado aguardaua. Cerrose con esto la noche de mi tristeza: puso se me el sol de mi alegria: quedè sin luz en los ojos, y sin discurso en el entendimiento. No acertaua a entrar en su casa, ni podia mouerme a parte alguna: pero considerando quanto importaua mi presencia, para lo que suceder pudiesse en aquel caso, me animè lo mas que pude, y entrè en su casa. Y como ya sabia muy bien todas sus entradas y salidas, y mas con el alboroto que de secreto en ella andaua, nadie me echo de ver. Assi que sin ser visto, tuue lugar de ponerme en el hueco que hazia vna ventana de la mesma sala, que con las

puntas

puntas y remates de dos tapizes se cubria, por entre las quales podia yo ver, sin ser visto, todo quanto en la sala se hazia. Quien pudiera dezir aora, los sobresaltos que me dio el coraçon, mientras alli estuue? Los pensamientos que me ocqrrieron? Las consideraciones que hize? que fueron tantas, y tales, que ni se pueden dezir, ni aun es bien que se digan: basta que sepays que el desposado entrò en la sala, sin otro adorno que los mesmos vestidos ordinarios que solia. Trahia por padrino, a vn primo hermano de Luscinda, y en toda la sala no auia persona de fuera, sino los criados de casa. De alli a vn poco salio de vna recamara Luscinda, acompañada de su madre, y de dos donzellas suyas: tan bien adereçada y compuesta, como su calidad, y hermosura merecian: y como quien era la perfecion de la gala, y bizarria cortesana. No me dio lugar mi suspension, y arrobamiento, para que mirasse, y notasse en particular lo q̃ trahia vestido, solo pude aduertir a las colores, que eran encarnado, y blanco: y en las vislumbres que las piedras, y joyas del tocado, y de todo el vestido hazian, a todo lo qual se aventajaua la belleza singular de sus hermosos, y rubios cabellos, tales, que en competencia de las preciosas piedras, y de las luzes de quatro hachas que en la sala estauan, la suya con mas resplandor a los ojos ofrecian. O memoria, enemiga mortal de mi descanso, de que sirue representarme aora la incõparable belleza de aquella adorada enemiga mia? No serà mejor, eruel memoria, que me acuerdes, y representes lo que entõces hizo, para que mouido de tan manifiesto agrauio, procure, ya que no la vengan-

vengança, alomenos perder la vida. No os canseys señores, de oyr estas digressiones que hago, que no es mi pena de aquellas que puedan, ni deuan contarse sucintamente, y de passo, pues cada circunstancia suya, me parece a mi q̃ es digna de vn largo discurso. A esto le respondio el Cura, que no solo no se cansauan en oyrle, sino que les daua mucho gusto las menudencias que contaua, por ser tales, que merecian no passarse en silencio, y la mesma atencion que lo principal del cuento. Digo pues, prosiguio Cardenio, que estando todos en la sala, entrò el Cura de la perrochia, y tomando a los dos por la mano, para hazer lo que en tal acto se requiere, al dezir: Quereys, señora Luscinda, al señor dõ Fernando, que està presente, por vuestro legitimo esposo, como lo manda la santa madre Yglesia? yo saquè toda la cabeça y cuello, de entre los tapizes, y con atentissimos oydos, y alma turbada, me puse a escuchar lo q̃ Luscinda respondia: esperando de su respuesta la sentencia de mi muerte, o la confirmacion de mi vida. O quien se atreuiera a salir entonces, diziendo a vozes: A Luscinda, Luscinda, mira lo que hazes, cõsidera lo que me deues, mira q̃ eres mia, y que no puedes ser de otro. Aduierte, que el dezir tu, Si, y el acabarseme la vida, ha de ser todo a vn punto. A traydor don Fernando, robador de mi gloria, muerte de mi vida, que quieres, que pretendes: consydera, que no puedes Christianamente llegar al fin de tus desseos, porq̃ Luscinda es mi esposa, y yo soy su marido. A loco de mi, aora que estoy ausente, y lexos del peligro, digo que auia de hazer lo que no hize. Aora que dexè robar mi cara prẽda,

maldigo al robador, de quien pudiera vengarme, ú tuuiera coraçon para ello, como le tengo para quexarme. En fin, pues fuy entonces couarde, y necio, no es mucho q̃ muera aora corrido, arrepentido, y loco. Estaua esperando el Cura la respuesta de Lusinda, q̃ se detuuo vn buen espacio en darla, y quãdo yo pẽse q̃ sacaua la daga para acreditarse, o desataua la lengua para dezir alguna verdad, o desengaño que en mi prouecho redũdasse, oygo que dixo con voz desmayada, y flaca: Si quiero: y lo mesmo dixo don Fernando, y dandole el anillo, quedaron en dissoluble nudo ligados. Llegò el desposado a abraçar a sũ esposa, y ella poniendose la mano sobre el coraçon, cayò desmayada en los braços de su madre. Resta aora dezir, qual quedè yo, viendo en el Si que auia oydo, burladas mis esperanças falsas, las palabras, y promessas de Lusinda: imposibilitado de cobrar en algun tiẽpo, el bién que en aquel instante auia perdido. Quedè falto de consejo, desamparado, a mi parecer, de todo el cielo, hecho enemigo de la tierra q̃ me sustẽtaua, negãdome el ayre aliento para mis suspiros, y el agua humor para mis ojos: solo el fuego se acrecentò de manera, q̃ todo ardia de rabia, y de zelos. Alborotaronse todos cõ el desmayo de Luscinda, y desabrochandole su madre el pecho para q̃ le diesse el ayre, se descubriò en el vn papel cerrado, q̃ don Fernando tomò luego, y se le puso a leer a la luz de vna de las hachas, y en acabando de leerle se sentò en vna silla, y se puso la mano en la mexilla, con muestras de hõbre muy pẽsatiuo, sin acudir a los remedios q̃ a su esposa se hazian, para q̃ del desmayo boluiesse. Yo viẽdo alborotada

rotada toda la gente de casa, me auẽture a salir, ora fuesse visto, o no, cõ determinacion q̃ si me viessen, de hazer vn desatino, tal, q̃ todo el mundo viniera a entender la justa indignacion de mi pecho, en el castigo del falso don Fernãdo, y aun en el mudable de la desmayada traydora. Pero mi suerte, que para mayores males (si es posible que los aya) me deue tener guardado, ordenò, que en aquel punto me sobrasse el entendimiento que despues aca me ha faltado. y assi sin querer tomar vengãça de mis mayores enemigos (q̃ por estar tan sin pensamiento mio fuera facil tomarla) quise tomarla de mi mano; y executar en mi la pena q̃ ellos merecran y aũ quiça con mas rigor del que con ellos se vsara, si entõces les diera muerte, pues la que se recibe repentina, presto acabà la pena, mas la que se dilata con tormentos, siempre mata, sin acabar la vida En fin, yo sali de aquella casa, y vine a la de aquel donde auia dexado la mula hize que me la ensillasse: sin despedirme del subi en ella, y sali de la ciudad, sin osar, como otro Lot, boluer el rostro a miralla: y quando me vi en el campo solo, y que la escuridad de la noche me encubria, y su silencio combidaua a quexarme, sin respeto, o miedo de ser escuchado, ni conocido, solte la voz, y desatè la lengua en tantas maldiciones de Luscinda, y de don Fernãdo, como si con ellas satisfiziera el agrauio que me auian hecho Dile titulos de cruel, de ingrata, de falsa, y desagradecida pero sobre todos, de codiciosa, pues la riqueza de mi enemigo la auia cerrado los ojos de la voluntad, para quitarmela a mi, y entregarla a aquel con quien mas liberal y franca, la fortuna

se auia mostrado, y en mitad de la fuga destas maldiciones, y vituperios, la desculpaua, diziendo, que no era mucho que vna donzella recogida en casa de sus padres, hecha, y acostumbrada siempre a obedecerlos, huuiesse querido condecender con su gusto, pues le dauan por esposo a vn cauallero tan principal, tan rico, y tan gentil hombre, que a no querer recebirle, se podia pensar, o que no tenia juyzio, o que en otra parte tenia la voluntad: cosa que redundaua tan en perjuyzio de su buena opinion, y fama. Luego boluia diziendo, que puesto que ella dixera, que yo era su esposo, vieran ellos que no auia hecho en escogerme tan mala eleccion, que no la disculparan, pues antes de ofrecerseles don Fernando, no pudieran ellos mesmos acertar a desear, si con razon midiessen su desseo, otro mejor que yo, para esposo de su hija: y que bien pudiera ella antes de ponerse en el trance forçoso y vltimo, de dar la mano, dezir, que ya yo le auia dado la mia, que yo viniera, y concediera con todo quanto ella acertara a fingir en este caso. En fin me resolui, en que poco amor, poco juyzio, mucha ambicion, y desseos de grandezas, hizieron que se oluidasse de las palabras con que me auia engañado, entretenido, y sustentado en mis firmes esperanças, y honestos desseos. Con estas vozes, y con esta inquietud, caminè lo que quedaua de aquella noche, y di al amanecer en vna entrada destas sierras, por las quales caminè otros tres dias, sin senda ni camino alguno, hasta que vine a parar a vnos prados, que no se a que mano destas montanas caen, y alli preguntè a vnos ganaderos,

naderos, que hàzia donde era lo mas aspero destas sierras. Dixeronme, que hàzia esta parte. Luego me encaminè a ella, con intencion de acabar aqui la vida: y en entrando por estas asperezas, del cansancio, y de la hambre, se cayo mi mula muerta: o lo que yo mas creo, por defechar de si tan inutil carga como en mi lleuaua. Yo quedè a pie, rendido de la naturaleza, traspassado de hambre, sin tener, ni pensar buscar quiè me socorriesse. De aquella manera estuue no se que tiempo, tendido en el suelo, al cabo del qual me leuantè sin hambre, y hallè junto a mi a vnos cabreros, que sin duda deuieron ser los que mi necessidad remediaron: porque ellos me dixeron de la manera que me auian hallado, y como estaua diziendo tantos disparates, y desatinos, que daua indicios claros de auer perdido el juyzio: y yo he sentido en mi, despues aca, que no todas vezes le tengo cabal, sino tan desmedrado, y flaco, que hago mil locuras: rasgandome los vestidos, dando vozes por estas soledades, maldiziendo mi ventura, y repitiendo en vano el nombre amado de mi enemiga, sin tener otro discurso, ni intento entonces, que procurar acabar la vida vozeando: y quando en mi bueluo, me hallo tan cansado y molido, que a penas puedo mouerme. Mi mas comun habitacion, es en el hueco de vn Alcornoque, capaz de cubrir este miserable cuerpo. Los vaqueros, y cabreros que andan por estas montañas, mouidos de caridad me sustentan, poniendome el manjar por los caminos, y por las peñas por donde entienden que a caso podrè passar, y hallarlo: y assi aunque entonces

ces me falte el juyzio, la neceſsidad natural me dá a conocer el mantenimiento, y deſpierta en mi el deſſeo de apetecerlo, y la voluntad de tomarlo. Otras vezes me dizen ellos, quando me encuentran con juyzio, que yo ſalgo a los caminos, y que ſe lo quito por fuerça, aunque me lo den de grado, a los paſtores que vienen con ello del lugar a las majadas. Deſta manera paſſo mi miſerable, y eſtrema vida, haſta que el cielo ſea ſeruido de conduzirle a ſu vltimo fin, o de ponerle en mi memoria, para que no me acuerde de la hermoſura, y de la traycion de Luſcinda, y del agrauio de don Fernando, que ſi eſto el haze ſin quitarme la vida, yo boluere a mejor diſcurſo mis penſamientos: donde no, no ay ſino rogarle, que abſolutamente tenga miſericordia de mi alma, que yo no ſiento en mi valor, ni fuerças para ſacar el cuerpo deſta eſtrecheza en que por mi guſto he querido ponerle. Eſta es, o ſeñores, la amarga hiſtoria de mi deſgracia: dezidme ſi es tal que pueda celebrarſe con menos ſentimientos, que los que en mi aueys viſto? Y no os canſeys en perſuadirme, ni aconſejarme, lo que la razon os dixere que puede ſer bueno para mi remedio, porque ha de aprouechar conmigo, lo que aprouecha la medicina recetada de famoſo Medico, al enfermo que recebir no la quiere. Yo no quiero ſalud ſin Luſcinda: y pues ella guſtò de ſer agena, ſiendo, o deuiendo ſer mia, guſte yo de ſer de la deſuentura, pudiendo auer ſido de la buena dicha. Ella quiſo con ſu mudança hazer eſtable mi perdicion. yo querrè con procurar perderme, hazer contèta ſu voluntad, y ſerà exem-

plo a

plo a los por venir, de que a mi solo faltò lo que a todos los desdichados sobra, a los quales suele ser consuelo, la imposibilidad de tenerle, y en mas causa de mayores sentimientos, y males, porque aun pienso que no se han de acabar con la muerte. Aqui dio fin Cardenio, a su larga platica, y tan desdichada como amorosa historia. Y al tiempo que el Cura se preuenia para dezirle algunas razones de consuelo, le suspendio vna voz que llegô a sus oydos, que en lastimados acentos oyeron que dezia, lo que se dirà en la quarta parte desta narracion, que en este punto dio fin a la tercera el sabio, y atentado historiador

Cide Hamete Benengeli.

(.?.)

QVARTA PARTE DEL INGENIOSO hidalgo don Quixote de la Mancha.

Cap. XXVIII. Que trata de la nueua, y agradable auentura que al Cura, y Barbero ſucedio en la meſma Sierra.

FELICISSIMOS Y venturoſos fueron los tiempos, donde ſe echò al mundo el audaciſsimo canallero don Quixote de la Mancha, pues por auer tenido tan honroſa determinacion, como fue el querer reſucitar, y boluer al mundo, la ya perdida, y caſi muerta orden de la andante caualleria. Gozamos aora en eſta nueſtra edad neceſsitada, de alegres entretenimientos, no ſolo de la dulçura de ſu verdadera hiſtoria, ſino de los cuentos, y epiſodios della, que en parte, no ſon menos agradables, y artificioſos, y verdaderos, que la miſma hiſtoria: la qual proſiguiẽdo ſu raſtrillado, torcido, y aſpado hilo, cuenta, que aſsi como el Cura començo a preuenirſe para conſolar a Cardenio,

lo

lo impidio vna voz que llegò a ſus oydos, que con triſtes acentos dezia deſta manera.

Ay Dios, ſi ſerà poſsible que he ya hallado lugar que pueda ſeruir de eſcondida ſepultura a la carga peſada deſte cuerpo, que tan cõtra mi voluntad ſoſtengo? Si ſerà, ſi la ſoledad que prometen eſtas ſierras no me miente. Ay deſdichada, y quan mas agradable compañia haràn eſtos riſcos, y malezas a mi intencion, pues me daràn lugar para que con quexas comunique mi deſgracia al cielo, que no la de ningun hombre humano, pues no ay ninguno en la tierra de quien ſe pueda eſperar conſejo en las dudas, aliuio en las quexas; ni remedio en los males. Todas eſtas razones oyeron, y percibieron, el Cura, y los que con el eſtauan: y por parecerles, como ello era, que alli junto las dezian, ſe leuantaron a buſcar el dueño, y no huuieron andado veynte paſſos, quando detras de vn peñaſco vieron ſentado al pie de vn freſno, a vn moço, veſtido como labrador, al qual por tener inclinado el roſtro, a cauſa de que ſe lauaua los pies en el arroyo que por alli corria, no ſe le pudieron ver por entonces: y ellos llegaron con tanto ſilencio, que del no fueron ſentidos, ni el eſtaua a otra coſa atento, que a lauarſe los pies, que eran tales que no parecian ſino dos pedaços de blanco criſtal, que entre las otras piedras del arroyo ſe auian nacido. Suſpendioles la blancura, y belleza de los pies, pareciendoles que no eſtauan hechos a piſar terrones, ni a andar tras el arado, y los bueyes, como moſtraua el habito de ſu dueño: y aſsi viendo que no auian ſido ſentidos, el Cura

que yua delante, hizo señas a los otros dos, que se agaçapassen, o escondiessen detras de vnos pedaços de peña que alli auia, y assi lo hizieron todos, mirando con atencion lo que el moço hazia: el qual trahia puesto vn capotillo pardo de dos haldas, muy ceñido al cuerpo cõ vna toalla blanca. Trahia assimesmo, vnos calçones, y polaynas de paño pardo, y en la cabeça vna montera parda. Tenia las polaynas leuantadas hasta la mitad de la pierna, que sin duda alguna de blanco alabastro parecia. Acabose de lauar los hermosos pies, y luego con vn paño de rocar, que sacò debaxo de la montera, se los limpio: y al querer quitarsele alçò el rostro, y tuuieron lugar los que mirandole estauan, de ver vna hermosura incomparable, tal, que Cardenio dixo al Cura, con voz baxa: Esta, ya que no es Luscinda, no es persona humana, sino diuina. El moço se quito la montera, y sacudiendo la cabeça a vna y a otra parte, se començaron a descoger, y desparzir vnos cabellos, que pudieran los del Sol tenerles embidia. Con esto conocieron que el que parecia labrador, era muger, y delicada, y aun la mas hermosa que hasta entonces los ojos de los dos auian visto, y aun los de Cardenio, sino huuieran mirado, y conocido a Luscinda, que despues afirmò, que sola la belleza de Luscinda podia contender con aquella. Los luengos y ruuios cabellos, no solo le cubrieron las espaldas, mas toda en torno la escondieron debaxo de ellos, que sino eran los pies, ninguna otra cosa de su cuerpo se parecia, tales y tantos eran. En esto les siruio de peyne vnas manos, q̃ si los pies en el agua

auian

auian parecido pedaços de cristal, las manos en los cabellos semejauan pedaços de apretada nieue: todo lo qual, en mas admiracion, y en mas desseo de saber quien era, ponia a los tres que la miraua. Por esto determinaron de mostrarse, y al mouimiento que hizieron de ponerse en pie, la hermosa moça alçò la cabeça, y apartandose los cabellos de delante de los ojos, con entrambas manos, mirò los que el ruydo hazian: y apenas los huuo visto, quando se leuantò en pie, y sin aguardar a calçarse, ni a recoger los cabellos, asio con mucha presteza vn bulto como de ropa, que junto a si tenia, y quiso ponerse en huyda, llena de turbacion, y sobresalto: mas no huuo dado seys passos, quando no pudiendo sufrir los delicados pies la aspereza de las piedras, dio consigo en el suelo. Lo qual visto por los tres, salieron a ella, y el Cura fue el primero que le dixo: Deteneos, señora, quien quiera que seays, que los que aqui veys solo tienen intencion de seruiros: no ay para que os pongays en tan impertinente huyda, porque ni vuestros pies lo podran sufrir, ni nosotros consentir. A todo esto ella no respondia palabra, atonita, y confusa. Llegaron pues a ella, y asiendola por la mano, el Cura prosiguio, diziendo: Lo que vuestro traje, señora, nos niega, vuestros cabellos nos descubren señales claras, que no deuen de ser de poco momento las causas que han disfraçado vuestra belleza en habito tan indigno, y traydola a tanta soledad como es esta, en la qual ha sido vntura el hallaros: smo para dar remedio a vuestros males, alomenos para darles consejo, pues ningun mal

puede

puede fatigar tanto, ni llegar tan al estremo de ser-lo, mientras no acaba la vida, que rehuya de no es-cuchar si quiera, el consejo que con buena inten-cion se le da, al que lo padece. Assi que, señora mia, o señor mio, o lo que vos quisierdes ser, per-ded el sobresalto que nuestra vista os ha causado, y contadnos vuestra buena, o mala suerte, que en nos-otros juntos, o en cada vno hallareys quien os ayu-de a sentir vuestras desgracias. En tanto que el Cu-ra dezia estas razones, estaua la disfraçada moça, como enuelesada, mirandolos a todos, sin mouer labio, ni dezir palabra alguna: bien assi como rus-tico aldeano, que de improuiso se le muestran co-sas raras, y del jamas vistas. Mas boluiendo el Cura a dezirle otras razones, al mesmo efeto en-caminadas, dando ella vn profundo suspiro, rom-pio el silencio, y dixo: Pues que la soledad destas sierras no ha sido parte para encubrirme, ni la sole-ra de mis descompuestos cabellos, no ha permitido que sea mentirosa mi lengua, en balde seria fin-gir yo de nueuo aora, lo que si se me creyesse, se-ria mas por cortesia, que por otra razon algu-na. Presupuesto esto, digo señores, que os agra-dezco el ofrecimiento que me aueys hecho, el qual me ha puesto en obligacion de satisfazeros en todo lo que me aueys pedido: puesto que temo, que la relacion que os hiziere de mis desdichas, os ha-de causar al par de la compassion, la pesadumbre, porq̃ no aueys de hallar remedio para remediarlas, ni consuelo para entretenerlas. Pero con todo es-so, porque no ande vacilando mi honra en vues-tras intẽciones, auiẽdome ya conocido por muger,

y vis-

y viendome moça, sola, y en este trage, cosas todas juntas, y cada vna por si, que pueden echar por tierra qualquier honesto credito, os aure de dezir lo que quisiera callar, si pudiera. Todo esto dixo sin parar, la que tan hermosa muger parecia, con tan suelta lengua, con voz tan suaue, que no menos les admirò su discrecion, que su hermosura. Y rornandole a hazer nueuos ofrecimientos, y nueuos ruegos, para que lo prometido cumpliesse, ella sin hazerse mas de rogar, calçandose con toda honestidad, y recogiendo sus cabellos, se acomodò en el assiento de vna piedra, y puestos los tres al rededor della, haziêdose fuerça por detener algunas lagrimas q̃ a los ojos se le venian, cõ voz reposada, y clara, comẽço la historia de su vida, desta manera.

En esta Andaluzia ay vn lugar, de quien toma titulo vn Duque, que le haze vno de los que llaman grandes en España: este tiene dos hijos, el mayor heredero de su estado, y al parecer, de sus buenas costumbres: y el menor, no se yo de que sea heredero, sino de las trayciones de Vellido, y de los embustes de Galalon. Deste señor son vassallos mis padres, humildes en linage, pero tan ricos, que si los bienes de su naturaleza ygualarã a los de su fortuña, ellos tuuierã mas que desear, ni yo temiera verme en la desdicha en que me veo: porque quiça nace mi poca ventura, de la que no tuuieron ellos en no auer nacido ilustres. Bien es verdad, que no son tan baxos que puedan afrentarse de su estado, ni tan altos, que a mi me quiten la imaginacion que tengo, de que de su humildad viene mi desgracia. Ellos en fin son labradores, gẽte llana, sin mezcla de

algun

alguna raza mal ſonante, y como ſuele dezirſe, Chriſtianos viejos rancioſos, pero tan ricos, que ſu riqueza y magnifico trato, les va poco a poco adquiriendo nombre de hidalgos, y aun de caualleros. Pueſto que de la mayor riqueza, y nobleza que ellos ſe preciauan, era de tenerme a mi por hija: y aſsi por no tener otra, ni otro que los heredaſſe, como por ſer padres, y aficionados, yo era vna de las mas regaladas hijas que padres jamas regalarõ. Era el eſpejo en que ſe mirauan, el baculo de ſu vejez, y el ſujeto a quien encaminauan, midiendolos con el cielo, todos ſus deſſeos: de los quales, por ſer ellos tan buenos, los mios no ſaliã vn punto. Y del miſmo modo que yo era ſeñora de ſus animos, anſi lo era de ſu hazienda. Por mi ſe recebian, y deſpedian los criados. La razon y cuenta de lo que ſe ſembraua y cogia, paſſaua por mi mano: los molinos de azeyte, los lagares del vino, el numero del ganado mayor, y menor, el de las colmenas. Finalmente, de todo aquello q̃ vn tan rico labrador como mi padre puede tener, y tiene, tenia yo la cuenta, y era la mayordoma, y ſeñora, con tanta ſolicitud mia, y con tanto guſto ſuyo, q̃ buenamente no acertarè a encarecerlo. Los ratos q̃ del dia me quedauã, deſpues de auer dado lo q̃ conuenia a los mayorales, a capataces, y a otros jornaleros, los entretenia en exercicios q̃ ſon a las donzellas tan licitos como neceſſarios, como ſon los que ofrece la aguja, y la almohadilla, y la rueca muchas vezes: y ſi alguna por recrear el animo, eſtos exercicios dexaua me acogia al entretenimiẽto de leer algun libro deuoto, o a tocar vna harpa, porque la experiencia me moſtraua, que la muſica

compone

compone los animos defcõpueſtos, y aliuia los trabajos que nacen del eſpiritu. Eſta pues era la vida q̃ yo tenia en caſa de mis padres: la qual ſi tan particularmente he contado, no ha ſido por oſtentacion, ni por dar a entender que ſoy rica, ſino porque ſe aduierta quã ſin culpa me he venido de aquel buẽ eſtado que he dicho, al infelice en que aora me hallo. Es pues el caſo, q̃ paſſando mi vida en tantas ocupaciones, y en vn encerramiento tal, q̃ al de vn moneſterio pudiera cõpararſe, ſin ſer viſta, a mi parecer, de otra perſona alguna, q̃ de los criados de caſa, porque los dias q̃ yua a Miſſa, era tan demañana, y tan acompañada de mi madre, y de otras criadas, y yo tan cubierta y recatada, q̃ a penas vian mis ojos mas tierra de aquella donde ponia los pies: y con todo eſto, los del amor, o los de la ocioſidad, por mejor dezir, a quien los de lince no pueden ygualarſe, me vierõ, pueſtos en la ſolicitud de dõ Fernando, q̃ eſte es el nõbre del hijo menor del Duque, q̃ os he cõtado. No huuo bien nõbrado a don Fernando la q el cuento cõtaua, quãdo a Cardenio ſe le mudò la color del roſtro, y comeẽço a traſudar cõ tan grade alteraciõ, q̃ el Cura, y el Barbero, q̃ miraró en ello, temerion q̃ le venia aquel accidente de locura q auia oydo dezir que de quando en quãdo le venia Mas Cardenio no hizo otra coſa que traſudar, y eſtarſe quedo, mirando de hito en hito a la labradora, imaginãdo quien ella era: la qual ſin aduertir en los mouimientos de Cardenio, proſiguio ſu hiſtoria, diziẽdo: Y no me huuiera bien viſto, quãdo (ſegu el dixo deſpues) quedò tan preſo de mis amores, quanto lo dieron bien a entender ſus demoſtraciones. Mas

por

por acabar presto con el cuento (que no le tiene) de mis desdichas, quiero passar en silencio las diligencias que don Fernãdo hizo para declararme su voluntad. Sobornò toda la gente de mi casa, dio, y ofrecio dadiuas, y mercedes a mis parientes. Los dias eran todos de fiesta, y de regozijo en mi calle. Las noches no dexauan dormir a nadie las musicas. Los villetes que sin saber como, a mis manos venian, eran infinitos, llenos de enamoradas razones, y ofrecimientos, con menos letras que promessas, y juramentos. Todo lo qual, no solo no me ablandaua, pero me endurecia de manera, como si fuera mi mortal enemigo, y que todas las obras q̃ para reduzirme a su voluntad hazia, las hiziera para el efeto cõtrario: no porq̃ a mi me pareciesse mal la gentileza de dõ Fernando, ni q̃ tuuiesse a demasia sus solicitudes, porq̃ me daua vn no se q̃ de contento, verme tan querida, y estimada de vn tan principal caualleró: y no me pesaua ver en sus papeles mis alabanças: q̃ en esto, por feas que seamos las mugeres, me parece a mi, que siempre nos da gusto el oyr que nos llaman hermosas. Pero a todo esto se opone mi honestidad, y los consejos continuos q̃ mis padres me dauan, que ya muy al descubierto sabian la voluntad de don Fernando, porque ya a el no se le daua nada de q̃ todo el mundo la supiesse. Dezianme mis padres, que en sola mi virtud, y bondad dexauã, y depositauan su honra, y fama: y q̃ considerasse la desigualdad q̃ auia entre mi, y don Fernando, y que por aqui echaria de ver, que sus pensamientos (aunque el dixesse otra cola) más se encaminauan a su gusto, que a mi prouecho. Y que si yo quisiesse poner en

alguna manera algun inconueniente, para que el se dexasse de su injusta pretension, que ellos me casarian luego con quien yo mas gustasse, assi de los mas principales de nuestro lugar, como de todos los circunuezinos, pues todo se podia esperar de su mucha hazienda, y de mi buena fama. Con estos ciertos prometimientos, y con la verdad que ellos me dezian, fortificaua yo mi entereza, y jamas quise responder a don Fernando, palabra que le pudiesse mostrar, aunque de muy lexos, esperança de alcançar su desseo. Todos estos recatos mios, que el deuia de tener por desdenes, deuieron de ser causa de auiuar mas su lasciuo apetito (que este nombre quiero dar a la voluntad que me mostraua) la qual si ella fuera como deuia, no la supierades vosotros aora, porque vuiera faltado la ocasion de dezirosla. Finalmente don Fernando, supo que mis padres andauan por darme estado, por quitalle a el la esperança, de posseerme, o alomenos, porque yo tuuiesse mas guardas para guardarme. Y esta nueua, o sospecha, fue causa para que hiziesse, lo que aora oyreys. Y fue, que vna noche estando yo en mi aposento, con solala compañia de vna donzella que me seruia, teniendo bien cerradas las puertas, por temor que por descuydo, mi honestidad no se viesse en peligro: sin saber, ni imaginar como, en medio destos recatos, y preuenciones, y en la soledad deste silencio, y encierro, me le halle delante. Cuya vista me turbò de manera, que me quitò la de mis ojos, y me enmudecio la lengua. Y assi no fuy poderosa de dar vozes, ni aun el creò que me las dexara dar, porque luego se llegò a mi, y tomandome entre sus braços (porque

yo como digo, no tuue fuerças para defenderme, segun estaua turbada) comenco a dezirme tales razones, que no se como es posible, que tenga tanta abilidad la mentira, que las sepa componer, de modo que parezcan tan verdaderas. Hazia el traydor que sus lagrimas acreditassen sus palabras, y los suspiros su intencion. Yo pobrezilla sola, entre los mios mal exercitada en casos semejantes, comence no se en que modo, a tener por verdaderas tantas falsedades: pero no de suerte, que me mouiessen a compassion, menos que buena, sus lagrimas, y suspiros. Y assi passandoseme aquel sobresalto primero, torné algun tanto a cobrar mis perdidos espiritus, y con mas animo del que pense que pudiera tener, le dixe. Si como estoy señor en tus braços, estuuiera entre los de vn leon fiero, y el librarme dellos se me asegurara, con que hiziera, o dixera, cosa que fuera en perjuyzio de mi honestidad, assi fuera posible hazella, o dezilla, como es posible dexar de auer sido, lo que fue. Assi que si tu tienes ceñido mi cuerpo con tus braços, yo tengo atada mi alma con mis buenos desseos, que son tan diferentes de los tuyos, como lo veras, si con hazerme fuerça, quisieres passar adelante en ellos. Tu vassalla soy, pero no tu esclaua, ni tiene, ni deue tener imperio, la nobleza de tu sangre, para deshonrar, y tener en poco, la humildad de la mia. Y en tanto me estimo yo villana, y labradora, como tu señor, y caualiero. Conmigo no han de ser de ningun efecto tus fuerças, ni han de tener valor tus riquezas, ni tus palabras han de poder engañarme, ni tus suspiros y lagrimas, enternecerme. Si alguna de todas estas cosas que he dicho viera yo en el que

mis

mis padres me dieran por esposo, a su voluntad se ajustara la mia, y mi voluntad de la suya no saliera. De modo, que como quedara con honra, aunque quedara sin gusto, de grado te entregara, lo que tu señor aora con tanta fuerça procuras. Todo esto he dicho, porque no es pensar, que de mi alcance cosa alguna, el que no fuere mi ligitimo esposo. Sino reparas mas que en esso, bellissima Dorotea, (que este es el nombre desta desdichada) dixo el desleal caualiero, ves aqui te doy la mano, de serlo tuyo, y sean testigos desta verdad los cielos, a quien ninguna cosa se asconde, y esta imagen de nuestra Señora que aqui tienes. Quando Cardenio le oyò dezir, que se llamaua Dorotea, tornò de nueuo a sus sobresaltos, y acabò de confirmar por verdadera su primera opinion, pero no quiso interromper el cuento, por ver en que venia a parar, lo que el ya casi sabia, solo dixo: Que Dorotea es tu nombre, señora? Otra he oydo yo dezir del mesmo, que quiça corre parejas con tus desdichas. Passa adelante, que tiempo vendra, en que te diga cosas que te espanten, en el mesmo grado que te lastimen. Reparò Dorotea en las razones de Cardenio. y en su estraño; y desastrado traje, y rogole, que si alguna cosa de su hazienda sabia, se la dixesse luego. Porque si algo le auia dexado bueno la fortuna, era el animo que tenia, para sufrir qualquier desastre, que le sobreuiniesse, segura de que a su parecer ninguno podia llegar; que el que tenia acrecentasse vn punto. No le perdiera yo señora, respondio Cardenio, en dezirte lo que pienso, si fuera verdad lo que imagino, y hasta

aora no se pierde coyuntura; ni a ti te importa nada el saberlo. Sea lo que fuere, respondio Dorotea, lo que en mi cuento passa, fue. Que tomando don Fernando vna ymagen, que en aquel aposento estaua, la puso por testigo de nuestro desposorio, có palabras eficacissimas, y juramentos estraordinarios, me dio la palabra de ser mi marido. Puesto que antes que acabasse de dezirlas, le dixe, que mirasse bien lo que hazia, y que considerasse el enojo que su padre auia de recebir, de verle casado con vna villana, vassalla suya, que no le cegasse mi hermosura, tal qual era. Pues no era bastante, para hallar en ella disculpa de su yerro: y que si algun bien me queria hazer, por el amor que me tenia, fuesse dexar correr mi suerte a lo yguál, de lo que mi calidad podia. Porque nunca los tan desyguales casamientos, se gozan, ni duran mucho, en aquel gusto con que se comiençan. Todas estas razones que aqui he dicho, le dixe, y otras muchas, de que no me acuerdo, pero no fueron parte, para que el dexasse de seguir su intento, bien ansi como el que no piensa pagar, que al concertar de la barata, no repara en inconuenientes. Yo a esta sazon, hize vn breue discurso conmigo, y me dixe a mi mesma. Si que no sere yo la primera, que por via de matrimonio aya subido de humilde a grá de estado, ni será don Fernando el primero, a quien hermosura, o ciega aficion (que es lo mas cierto) aya hecho tomar compañia desygual a su grandeza? Pues sino hago ni mundo, ni vso nueuo, bien es acudir a esta honra, que la suerte me ofrece Puesto que en este, no dure mas la voluntad que me muestra, de quanto dure el cumplimiẽto de su desseo, que en fin

para

para con Dios, sere su esposa. Y si quiero con desdenes despedilla, en termino le veo, que no vsando el que deue, vsarà el de la fuerça, y vendra a quedar deshonrada, y sin disculpa, de la culpa que me podia dar, el que no supiere, quan sin ella he venido a este punto. Porque, que razones seran bastantes, para persuadir a mis padres, y a otros que este caualiero entrò en mi aposento, sin consentimiento mio? Todas estas demandas y respuestas, reboluio en vn instante en la imaginacion. Y Sobre todo, me començaró a hazer fuerça, y a inclinarme a lo que fue (sin yo pesarlo) mi peticion, los juramentos de don Fernando, los testigos que ponia, las lagrimas que derramaua, y finalmente su dispusicion, y gentileza, que acópañada con tantas muestras de verdadero amor, pudieran rendir a otro tan libre, y recatado coraçon, como el mio. Llamè a mi criada, para que en la tierra acompañasse a los testigos del cielo. Tornô don Fernando, a reyterar, y confirmar sus juramentos. Añadio a los primeros, nueuos santos por testigos, echose mil futuras maldiciones, sino cumpliesse lo que me prometia. Boluio a humedecer sus ojos, y a acrecentar sus suspiros, apretome mas entre sus braços de los quales jamas me auia dexado. Y con esto, y có bolverse a salir del aposento mi dózella, yo dexè de serlo, y el acabò de ser traydor, y fementido. El dia que sucedio, a la noche de mi desgracia, se venia aun no tan apriessa, como yo pienso que don Fernando desseaua. Porque despues de cumplido aquello que el apetito pide, el mayor gusto q̃ puede venir, es apartarse de donde le alcançaron. Digo esto, porque don Fernãdo dio priessa por partirse de mi,

y por industria de mi donzella, que era la misma que
allí le auia traydo, antes que amaneciesse, se vio en
la calle Y al despedirse de mi, (aunque no con tanto
ahinco, y vehemencia, como quando vino) me dixo
que estuuiesse segura de su fe, y de ser firmes y ver-
daderos sus juramentos: y para mas confirmacion
de su palabra, sacò vn rico anillo del dedo, y lo puso
en el mio. En efecto el se fue, y yo quedé, ni se si tris-
te, o alegre: ésto se bien dezir, que quedè confusa, y
pensatiua, y casi fuera de mi, con el nueuo acaecimié
to, y no tuue animo, o no se me acordo de reñir a mi
donzella, por la traycion cometida, de encerrar a dó
Fernãdo en mi mismo aposento: porque aun no me
determinaua, si era bien, o mal, el que me auia sucedi
do. Dixele al partir a don Fernando, que por el mes
mo camino de aquella, podra verme otras noches,
pues ya era suya, hasta que quãdo el quisiesse, aquel
hecho se publicasse. Pero no vino otra alguna, sino
sue la siguiente, ni yo pude verle en la calle, ni en la
yglesia, en mas de vn mes, que en vano me cansé en
solicitallo: puesto que supe, que estaua en la villa y
que los mas dias yua a caça, exercicio de que el era
muy aficionado Estos dias, y estas horas, bien se yo
que para mi fueron aziagos, y menguadas. Y bien se
que comence a dudar en ellos, y aun a descreer de la
fe de don Fernando. Y se tambien, que mi donzella
oyo entonces, las palabras que en reprehension de
su atreuimiento, antes no auia oydo. Y se que me fue
forçoso tener cuenta con mis lagrimas, y con la com
postura de mi rostro, por no dar ocasiõ a que mis pa-
dres me preguntassen, que de que andaua desconten
ta, y me obligassen a buscar mentiras que dezilles

Pero

Pero todo esto se acabo en vn punto, llegãdose vno donde se atropellaron respectos, y se acabaron los honrados discursos, y adonde se perdio la paciencia, y salieron a plaça mis secretos pensamientos. Y esto fue, porque de alli a pocos dias, se dixo en el lugar, como en vna Ciudad alli cerca, se auia casado dõ Fernando, con vna donzella hermosissima, en todo estremo, y de muy principales padres, aunque no tã rica, que por la dote, pudiera aspirar a tã noble casamiento. Dixose, que se llamaua Luscinda, con otras cosas que en sus desposorios sucedieron, dignas de admiracion. Oyo Cardenio el nombre de Luscinda, y no hizo otra cosa, que encoger los hombros, morderse los labios, enarcar las cejas, y dexar de alli a poco caer por sus ojos dos fuentes de lagrimas. Mas no por esto dexò Dorotea de seguir su cuento, diziẽdo, llegò esta triste nueua a mis oydos, y en lugar de elarseme el coraçon en oylla, fue tanta la colera y rabia, que se encendio en el, que faltò poco para no salirme por las calles, dando vozes, publicando la aleuosia y traycion, que se me auia hecho. Mas templose esta furia por entonces, con pensar de poner aquella mesma noche por obra, lo que puse. Que fue, ponerme en este habito, que me dio vno de los que llaman çagales en casa de los labradores, que era criado de mi padre, al qual descubri toda mi desuentura, y le rogue me acompañasse hasta la Ciudad, donde entendi que mi enemigo estaua. El despues que vuo reprehendido mi atreuimiento, y afeado mi determinacion, viendome resuelta en mi parecer, se ofrecio a tenerme compañia, como el dixo, hasta el cabo del mundo. Luego al momẽto encerre en vna

almohada de lienço, vn vestido de muger, y algunas joyas, y dineros, por lo que podia suceder. Y en el silencio de aquella noche, sin dar cuenta a mi traydora donzella, sali de mi casa acompañada de mi criado, y de muchas imaginaciones, y me puse en camino de la Ciudad apie, llevada en buelo del desseo de llegar, ya que no a estoruar, lo que tenia por hecho, alomenos a dezir a don Fernando, me dixesse conq̃ alma lo auia hecho. Llegue en dos dias y medio, donde queria, y en entrãdo por la Ciudad, pregunte por la casa de los padres de Luscinda, y al primero a quié hize la pregunta, me respondio mas de lo que yo quisiera oyr. Dixome la casa, y todo lo que auia sucedido en el desposorio de su hija, cosa tan publica en la Ciudad, que se haze en corrillos, para contarla por toda ella. Dixome, que la noche que don Fernando se desposo cõ Luscinda, despues de auer ella dado el si, de ser su esposa, le auia tomado vn rezio desmayo, y que llegando su esposo a desabrocharle el pecho, para que le diesse el ayre, le hallò vn papel escrito, de la misma letra de Luscinda, en que dezia, y declaraua, que ella no podia ser esposa de don Fernando, porque lo era de Cardenio, que a lo que el hombre me dixo, era vn cauallero muy principal, de la misma Ciudad. Y que si auia dado el si a don Fernando, fue por no salir de la obediencia de sus padres: en resolucion, tales razones dixo que contenia el papel, que daua a entender, que ella auia tenido intencion de matarse, en acabandose de desposar, y daua alli las razones, porq̃ se auia quitado la vida. Todo lo qual dizen que confirmò vna daga, que le hallaron no se en que parte de sus vestidos. Todo lo qual, visto por

don Fernando, pareciendole q̃ Luſzinda le auia burlado, y eſcarnecido, y tenido en poco, arremetio a ella, antes que de ſu deſmayo boluieſſe, y con la miſma daga que le hallaron, la quiſo dar de puñaladas, y lo hiziera, ſi ſus padres, y los que ſe hallaron preſentes, no ſe lo eſtoruaran. Dixeron mas, que luego ſe auſento don Fernãdo, y que Luſzinda, no auia buelto de ſu paraſiſmo, haſta otro dia, que contò a ſus padres, como ella era verdadera eſpoſa de aquel Cardenio que he dicho. Supe mas, que el Cardenio, ſegun deziã, ſe hallò preſente a los deſpoſorios, y que en viendola deſpoſada, lo qual el jamas penſo, ſe ſalio de la Ciudad deſeſperado, dexandole primero eſcrita vna carta, donde daua a entender, el agrauio que Luſzinda le auia hecho, y de como el ſe yua, adõde no le vieſſen Eſto todo era publico, y notorio en toda la Ciudad, y todos hablauan dello, y mas hablaron, quando ſupieron que Luſzinda auia faltado de caſa de ſus padres, y de la Ciudad, pues no la hallaron en toda ella, de que perdian el juyzio ſus padres, y no ſabian que medio ſe tomar para hallarla. Eſto que ſupe, puſo en vando mis eſperanças, y tuue por mejor no auer hallado a don Fernãdo, que no hallarle caſado, pareciendome que aun no eſtaua del todo cerrada la puerta a mi remedio, dandome yo a entender, que podria ſer, que el cielo vuieſſe puesto aquel impedimento en el ſegundo matrimonio, por atraerle a conocer, lo que al primero deuia, y a caer en la cuẽta, de que era Chriſtiano, y que eſtaua mas obligado a ſu alma, que a los reſpetos humanos Todas eſtas coſas reboluia en mi fantaſia, y me conſolaua ſin tener conſuelo, fingiendo vnas eſpera-

ças largas, y desmayadas, para entretener la vida, q
ya aborrezco. Estando pues en la Ciudad, sin saber
que hazerme, pues a don Fernando no hallaua, llegò
a mis oydos vn publico pregon, donde se prometia
grande hallazgo a quien me hallasse, dándo las señas
de la edad, y del mesmo traje que trahia. Y oy dezir
que se dezia, que me auia sacado de casa de mis pa-
dres el moço que conmigo vino, cosa que me llegò
al alma, por ver quan de cayda andaua mi credito,
pues no bastaua perderle con mi venida, sino añadir
el con quien, siendo subjeto tan baxo, y tan indigno
de mis buenos pẽsamientos. Al punto que oy el pre
gon, me sali de la Ciudad con mi criado, que ya co-
mençaua a dar muestras de titubear, en la fe que de
fidelidad me tenia prometida, y aquella noche nos
entramos por lo espesso desta montaña, con el mie-
do de no ser hallados. Pero como suele dezirse, que
vn mal llama a otro, y q̃ el fin de vna desgracia, suele
ser principio de otra mayor: assi me sucedio a mi,
porque mi buen criado, hasta entonces fiel y segu-
ro, assi como me vio en esta soledad, incitado de su
mesma vellaqueria, antes que de mi hermosura, qui
so aprouecharle de la ocasion, que a su parecer estos
yermos le ofrecian. Y con poca verguença, y menos
temor de Dios, ni respeto mio, me requirio de amo-
res, y viendo que yo con feas, y justas palabras, res-
pondia a las desuerguenças de sus propositos, dexò
a parte los ruegos, de quien primero penso aproue-
charse, y començo a vsar de la fuerça. Pero el justo
cielo, que pocas, o ningunas vezes, dexa de mirar, y
fauorecer a las justas intẽciones, fauorecio las mias,
de manera, que con mis pocas fuerças, y con poco
trabajo.

trabajo,di con el por vn derrumbadero,donde le de xè,ni se si muerto,o si viuo. Y luego con mas ligereza,que mi sobresalto, y cansancio pedian, me entre por estas montañas. sin lleuar otro pensamiento, ni otro disignio,que esconderme en ellas,y huyr de mi padre,y de aquellos que de su parte me andauan buscando cō este desseo. Ha no se quātos meses que entre en ellas, donde hallè vn ganadero, que me lleuò por su criado, a vn lugar q̄ està en las entrañas desta sierra, al qual he seruido de çagal todo este tiempo, procurando estar siempre en el campo, por encubrir estos cabellos,que aora tan sin pensarlo me han descubierto. Pero toda mi industria, y toda mi solicitud,fue,y ha sido,de ningū prouecho,pues mi amo vino en conocimiento,de que yo no era varon,y nacio en el,el mesmo mal pensamiento,que en mi criado, y como no siempre la fortuna, con los trabajos da los remedios,no hallè derrumbadero, ni barranco, de donde despeñar, y despenar al amo, como le hallè para el criado. Y assi tuue por menor inconueniente, dexalle y asconderme de nueuo entre estas asperezas, que prouar con el mis fuerças, o mis disculpas. Digo pues,que me tornè a embocar y a buscar,donde sin impedimēto alguno pudiesse con suspiros, y lagrimas, rogar al cielo se duela de mi desuentura. y me de industria, y fauor para salir della, para dexar la vida entre estas soledades, sin que quede memoria desta triste, q̄ tan sin culpa suya aura dado materia, para que de ella se hable, y murmure en la suya, y en las agenas tierras.

Cap. XXIX. Que trata de la discordia de la hermosa Dorotea, con otras cosas de mucho gusto y passatiempo.

ESTA es señores, la verdadera historia de mi tragedia, mirad y juzgad aora, si los suspiros que escuchastes, las palabras que oystes, y las lagrimas que de mis ojos salian, tenian ocasion bastante, para mostrarse en mayor abundancia: y considerada la calidad de mi desgracia, vereys que será en vano el consuelo, pues es imposible el remedio della. Solo os ruego, lo que con facilidad podreys, y deueys hazer, que me aconsejeys donde podrè passar la vida, sin que me acabe el temor, y sobresalto que tengo, de ser hallada de los que me buscã, que aunque se que el mucho amor que mis padres me tienẽ, no assegura que sere dellos bien recebida: es tanta la verguença que me ocupa, solo el pensar que no como ellos pensauan, tengo de parecer a su presencia, que tengo por mejor desterrarme para siẽpre, de ser vista, que no verles el rostro, con pensamiento que ellos miran el mio, ageno de la honestidad, que de mi se deuian de tener prometida. Callò en diziendo esto, y el rostro se le cubrio de vn color, que mostro bien claro el sentimiento, y verguença del alma. En las suyas sintieron los que escuchãdo la auian, tanta lastima, como admiracion, de su desgracia y aunque luego quisiera el cura consolarla, y aconsejarla, como primero la mano Cardenio, diziendo. En fin señora, que tu eres la hermosa

mosa Dorotea, la hija vnica del rico Clenardo. Admirada quedó Dorotea, quando oyo el nombre de su padre, y de ver quan de poco era el que le nombraua, porque ya se ha dicho de la mala manera que Cardenio estaua vestido. Y assi le dixo: Y quien soys vos hermano, que assi sabeys el nombre de mi padre, porque yo hasta aora (si mal no me acuerdo) en todo el discurso del cuento de mi desdicha, no le he nombrado? Soy, respondio Cardenio, aquel sin ventura, que segun vos teñora aueys dicho, Luscinda dixo que era su esposa. Soy el desdichado Cardenio, a quien el mal termino de aquel que a vos os ha puesto en el que estays, me ha traydo a que me veays, qual me veys, roto, desnudo, falto de todo humano consuelo, y lo que es peor de todo, falto de juyzio, pues no le tengo, sino quado al cielo se le antoja darmele, por algun breue espacio. Yo, Teodora soy, el que me hallè presente a las sinrazones de don Fernando, y el que aguardò oyr el si, que de ser su esposa pronunciò Luscinda. Yo soy el que no tuuo animo, para ver en que paraua su desmayo ni lo que resultaua del papel, que le fue hallado en el pecho. Porque no tuuo el alma sufrimiento, para ver tantas desuenturas juntas, y assi dexè la casa, y la paciencia y vna carta que dexè a vn huesped mio, a quien rogue que en manos de Luscinda la pusiesse, y vineme a estas soledades, con intencion de acabar en ellas la vida, que desde aquel punto aborreci, como mortal enemiga mia. Mas no ha querido la suerte quitarmela, contentandose con quitarme el juyzio, quiça por guardarme para la buena ventura, que he tenido en hallaros: pues siendo verdad, como creo que lo es,

lo que

lo que aqui aueys contado, aun podria ser, que a entrambos nos tuuisse el cielo guardado mejor sucesso en nuestros desastres, que nosotros pensamos. Porque presupuesto que Luzinda no puede casarse cõ don Fernando, por ser mia, ni don Fernãdo con ella, por ser vuestro, y auerlo ella tan manifiestamente declarado, bien podemos esperar, que el cielo nos restituya a lo que es nuestro, pues està toda via en ser, y no se ha enagenado, ni deshecho. Y pues este consuelo tenemos, nacido no de muy remota esperança, ni fundado en desuariadas imaginaciones, suplicoos señora, que tomeys otra resolució en vuestros honrados pensamientos pues yo la pienso tomar en los mios, acomodandoos a esperar mejor fortuna. Que yo os juro por la fe de caualiero, y de Christiano, de no desampararos, hasta veros en poder de dõ Fernando, y que quando con razones no le pudiere atraer, a que conozca lo que os deue, de vsar entonces la libertad que me cõcede el ser caualiero, y poder con justo titulo desafialle, en razon de la sinrazon que os haze sin acordarme de mis agrauios, cuya vengança dexare al cielo, por acudir en la tierra a los vuestros. Con lo que Cardenio dixo, se acabo de admirar Dorotea, y por no saber que gracias boluer, a tan grandes ofrecimientos, quiso tomarle los pies para besarselos, mas no lo consintio Cardenio y el Licenciado respondio por entrambos, y aprouo el buen discurso de Cardenio, y sobre todo les rogò, aconsejo, y perluadio, que se fuessen con el a su aldea, donde se podrian reparar de las cosas que les faltauan, y que alli se daria orden, como buscar a dõ Fernando, o como lleuar a Dorotea a sus padres o,

hazer

hazer lo que mas les pareciesse conueniente Cardenio, y Dorotea, se lo agradecieron, y acetaro la merced que se les ofrecia. El barbero que a todo auia estado suspenso, y callado, hizo tambien su buena platica, y se ofrecio con no menos voluntad que el cura, a todo aquello que fuesse bueno para seruirles. Contò assi mesmo cõ breuedad, la causa que alli los auia traydo, cõ la estrañeza de la locura de don Quixote, y como aguardauã a su escudero, que auia ydo a buscalle. Vinosele a la memoria a Cardenio, como por sueños, la pendencia que con don Quixote auia tenido, y cõtola a los demas, mas no supo dezir, por que causa fue su quistion. En esto oyerõ vozes, y conocieron que el que las daua, era Sancho Pança, que por no auerlos hallado, en el lugar donde los dexò, los llamaua a vozes. Salieronle al encuentro, y preguntãdole por don Quixote, les dixo, como le auia hallado desnudo en camisa, flaco, amarillo, y muerto de hambre, y suspirando por su señora Dulzinea, y que puesto que le auia dicho, que ella le mandaua que saliesse de aquel lugar, y se fuesse al del Toboso, donde le quedaua esperando: auia respondido, q̃ estaua determinado de no parecer ante su fermosura, fasta que ouiesse fecho fazañas, que le fiziessen digno de su gracia. Y que si aquello passaua adelante, corria peligro de no venir a ser Emperador, como estaua obligado, nì aú Arçobispo, que era lo menos que podia ser. Por esso que mirassen lo que se auia de hazer, para sacarle de alli. El Licenciado le respondio que no tuuiesse pena, que ellos le sacarìã de alli mal que le pesasse. Conto luego a Cardenio, y a Dorotea, lo que tenian pensado, para remedio de

don

don Quixote, alomenos para lleuarle a su casa. A lo qual dixo Dorotea, q̃ ella haria la donzella menestrosa mejor q̃ el barbero, y mas q̃ tenia alli vestidos con q̃ hazerlo al natural. Y que la dexassen el cargo, de saber representar, todo aquello que fuesse menester, para lleuar adelante su intento, porque ella auia leydo muchos libros de cauallerias, y sabia bien el estilo que tenian las donzellas cuytadas, quando pedian sus dones a los andantes caualleros. Pues no es menester mas, dixo el cura, sino que luego se ponga por obra. Que sin duda la buena suerte, se muestra en fauor mio, pues tan sin pensarlo, a vosotros señores, se os ha començado a abrir puerta para vuestro remedio, y a nosotros se nos ha facilitado, la que auiamos menester. Sacò luego Dorotea de su almohada vna saya entera de cierta telilla rica, y vna mantellina, de otra vistosa tela verde, y de vna caxita vn collar, y otras joyas, con que en vn instante se adornò, de manera, que vna rica, y gran señora parecia. Todo aquello, y mas, dixo que auia sacado de su casa, para lo que se ofreciesse, y que hasta entonces no se le auia ofrecido ocasion de auello menester. A todos contentò en estremo su mucha gracia, donayre, y hermosura, y confirmaron a don Fernando, por de poco conocimiento, pues tanta belleza desechaua. Pero el que mas se admirò, fue Sancho Pãça, por parecerle (como era assi verdad) que en todos los dias de su vida auia visto tan hermosa criatura: y assi preguntò al cura con grande ahinco, le dixesse quien era aquella tan hermosa señora? Y que era lo q̃ buscaua por aquellos andurriales? Esta hermosa señora, respondio el cura, Sancho hermano, es como quien

no dize nada,es la heredera por linea recta de varõ, del grã reyno de Micomicõ, la qual viene en busca de vuestro amo,a pedirle vn don, el qual es, que le desfaga vn tuerto,o agrauio que vn mal gigante le tiene fecho: y a la fama que de buen cauellero vuestro amo tiene, por todo lo descubierto de Guinea, ha venido a buscarle esta Princesa. Dichosa buscada, y dichoso hallazgo, dixo a esta sazon Sancho Pança,y mas si mi amo es tan venturoso, que desfaga esse agrauio, y enderece esse tuerto, marando a esse hideputa desse gigante que vuestra merced dize:que si matarà si el le encuẽtra,si ya no fuesse fantasma, que contra las fantasmas no tiene mi señor poder alguno.Pero vna cosa quiero suplicar a vuestra merced,entre otras,señor Licenciado, y es que porque a mi amo no le tome gana de ser Arçobispo (que'es lo que yo temo) que vuestra merced le açõseje,que se case luego con esta Princesa, y assi quedara imposibilitado de recebir ordenes Arçobispales,y vendra con facilidad a su imperio, y yo al fin de mis desseos: que yo he mirado biẽ en ello, y hallo por mi cuenta, que no me està bien que mi amo sea Arçobispo,porque yo soy inutil para la Yglesia, pues soy casado, y andarme aora a traer dispensaciones para poder tener renta por la Yglesia, teniendo,como tengo,muger,y hijos, seria nunca acabar.Assi que,señor,todo el toque està, en q̃ mi amo se case luego con esta Señora, que hasta aora no se su gracia,y assi no la llamo por su nombre. Llamase respondio el Cura, la Princesa Micomicona, porq̃ llamandose su reyno Micomicõ, claro està que ella se ha de llamar assi. No ay duda en esso, respondio

Sancho, que yo he visto a muchos, tomar el apelli
do y alcurnia del lugar donde nacieron, llaman
dose Pedro de Alcala, Iuan de Vbeda, y Diego d
Valladolid: y esto mesmo se deue de vsar alla e
Guinea, tomar las Reynas los nombres de su
Reynos. Assi deue de ser dixo el Cura, y en lo de
casarse vuestro amo, yo hare en ello todos mis po
deríos. Con lo que quedò tan contento Sancho
quanto el Cura admirado de su simplicidad, y de
ver quan encaxados tenia en la fantasia los mesmo
disparates que su amo, pues sin alguna duda se da
ua a entender que auia de venir a ser Emperador
Ya en esto se auia puesto Dorotea sobre la mu
la del Cura, y el Barbero se auia acomodado al
rostro la barba de la cola de buey, y dixeron a
Sancho, que los guiasse a donde don Quixote esta
ua, al qual aduirtieron que no dixesse que conocia
al Licenciado, ni al Barbero, porque en no cono
cerlos consistia todo el toque de venir a ser Empe
rador su amo. Puesto que ni el Cura, ni Cardenio
quisieron yr con ellos, porque no se le acordasse a
don Quixote la pendencia que con Cardenio auia
tenido: y el Cura, porque no era menester por en
tonces su presencia, y assi los dexaron yr delante,
y ellos los fueron siguiendo a pie, poco a poco. No
dexò de auisar el Cura lo que auia de hazer Doro
tea: a lo que ella dixo, que descuydassen, que todo
se haria sin faltar punto, como lo pedian, y pintaua
los libros de cauallerias. Tres quartos de legua
aurian andado, quando descubrieron a don Qui
xote entre vnas intricadas peñas, ya vestido, aun
que no armado: y assi como Dorotea le vio, y

fuo

fue informada de Sancho, que aquel era don Quixote, dio del açote a su palafren, siguiendole el bien barbado Barbero: y en llegando junto a el, el escudero se arrojò de la mula, y fue a tomar en los braços a Dorotea, la qual apeandose con grande desemboltura, se fue a hincar de rodillas ante las de don Quixote: y aunque el pugnaua por leuantarla, ella sin leuantarse le fablò en esta guisa. De aqui no me leuantarè, o valeroso y esforçado cauallero, fasta que la vuestra bondad, y cortesia me otorgue vn don, el qual redundarà en honra y prez de vuestra persona, y en pro de la mas desconsolada, y agrauiada donzella que el Sol ha visto. Y si es que el valor de vuestro fuerte braço corresponde a la voz de vuestra inmortal fama, obligado estays a fauorecer a la sin ventura que de tan lueñes tierras viene, al olor de vuestro famoso nombre, buscandoos para remedio de sus desdichas. No os respondere palabra, fermosa señora, respondio don Quixote, ni oyre mas cosa de vuestra facienda, fasta que os leuanteys de tierra. No me leuantarè, señor, respondio la afligida donzella, si primero, por la vuestra cortesia, no me es otorgado el don que pido. Yo vos le otorgo, y concedo, respõdio don Quixote, como no se aya de cumplir en daño, o mengua de mi Rey, de mi patria, y de aquella que de mi coraçon y libertad tiene la llaue. No serà en daño, ni en mengua de los que dezis, mi buen señor, replicò la dolorosa donzella. Y estando en esto, se llegò Sancho Pança al oydo de su señor, y muy passito le dixo: Bien puede vuestra merced, señor, concederle el don

que pide, que no es cosa de nada, solo es matar a vn gigantazo, y esta que lo pide es la alta Princesa Micomicona, Reyna del gran reyno Micomicon de Etiopia. Sea quien fuere, respondio don Quixote, que yo hare lo que soy obligado, y lo que me dicta mi conciencia, cónforme a lo que professado tẽgo: y boluiendose a la donzella, dixo: La vuestra gran fermosura se leuante, que yo le otorgo el don que pedirme quisiere. Pues el que pido es, dixo la donzella, que la vuestra magnanima persona se vẽga luego conmigo donde yo le lleuare, y me prometa, que no se ha de entremeter en otra auentura, ni demanda alguna, hasta darme vengança de vn traydor, que contra todo derecho diuino, y humano, me tiene vsurpado mi Reyno. Digo que assi lo otorgo, respondio don Quixote, y assi podeys, señora, desde oy mas, desechar la malenconia que os fatiga, y hazer que cobre nueuos brios, y fuerças vuestra desmayada esperança, que con el ayuda de Dios, y la de mi braço, vos os vereys presto restituyda en vuestro Reyno, y sentada en la silla de vuestro antiguo y grande estado, a pesar, y a despecho de los follones que contradezirlo quisieren: y manos a labor, que en la tardança dizen que suele estar el peligro. La menesterosa donzella, pugnò con mucha porsia, por besarle las manos, mas don Quixote, que en todo era comedido, y cortes caballero, jamas lo consintio, antes la hizo leuantar, y la abraçò con mucha cortesia, y comedimiento: y mãdò a Sancho, que requiriesse las cinchas a Rozinante, y le armasse luego al punto. Sancho descolgò las armas, que como trofeo, de vn arbol estauan pendientes,

dientes, y requiriendo las cinchas, en vn punto armò a su señor: el qual viendose armado, dixo: Vamos de aqui, en el nombre de Dios, a fauorecer esta gran señora. Estaua se el Barbero aun de rodillas, teniendo gran cuenta de disimular la risa, y de que no se le cayesse la barba, con cuya cayda quiça quedaran todos sin conseguir su buena intencion: y viendo que ya el don estaua concedido, y con la diligencia que don Quixote se alistaua para yr cumplirle, se leuantò, y tomò de la otra mano a la señora, y entre los dos la subieron en la mula: luego subio don Quixote sobre Rozinante: y el Barbero se acomodò en su caualgadura, quedandose Sancho a pie, donde de nueuo se le renouò la perdida del cuzio, con la falta que entonces le hazia: mas todo lo lleuaua con gusto, por parecerle que ya su señor estaua puesto en camino, y muy a pique de ser Emperador: porque sin duda alguna pensaua que se auia de casar con aquella Princesa, y ser por lo menos Rey de Micomicon: solo le daua pesadumbre el pensar que aquel Reyno era en tierra de negros, y que la gente que por sus vassallos le diessen, auian de ser todos negros: a lo qual hizo luego en su imaginacion vn buen remedio, y dixose a si mismo: Que se me da a mi que mis vassallos sean negros, aura mas que cargar con ellos, y traerlos a España, donde los podre vender, y adonde me los pagaràn de contado, de cuyo dinero podrè comprar algun titulo, o algun oficio con que viuir descansado todos los dias de mi vida. No sino dormios, y no tengays ingenio, ni habilidad para disponer de las cosas, y para vender treynta, o diez mil vassallos, co-

Iacame essas pajas. Par Dios que los he de bolar chico con grande, o como pudiere: y que por negros que sean los he de boluer blancos, o amarillos: llegaos que me mamo el dedo. Con esto andaua tan solicito, y tan contento, q̃ se le oluidaua la pesadumbre de caminar a pie. Todo esto mirauan de entre vnas breñas, Cardenio, y el Cura, y no sabian q̃ hazerse para juntarse con ellos: pero el Cura, que era gran traçista, imaginò luego lo que harian para cõseguir lo que desseauan, y fue, que con vnas tixeras que trahia en vn estuche, quitò con mucha presteza la barba a Cardenio, y vistiole vn capotillo pardo que el trahia, y diole vn herreruelo negro, y el se quedò en calças, y en jubon. y quedò tan otro de lo que antes parecia Cardenio, que el mesmo no se conociera, aũq̃ a vn espejo se mirara. Hecho esto, puesto ya q̃ los otros auian passado adelante, en tanto q̃ ellos se disfraçaron, con facilidad salierõ al camino Real antes que ellos, porq̃ las malezas, y malos passos de aquellos lugares, no cõcedian q̃ anduuiessen tanto los de a cauallo, como los de a pie. En efeto, ellos se pusieron en el llano a la salida de la sierra, y assi como salio della dõ Quixote, y sus camaradas el Cura se le puso a mirar muy de espacio, dãdose señales de q̃ le yua reconociendo: y al cabo de auerle vna buena pieça estado mirando se fue a el abiertos los braços, y diziendo a vozes: Para bien sea hallado el espejo de la caualleria, el mi buen compatriota don Quixote de la Mancha, la flor, y la nata de la gentileza, el amparo, y remedio de los menesterosos, la quinta essencia de los caualleros andantes: y diziendo esto, tenia abraçado por la rodilla de la pierna yzquier-

yzquierda a don Quixote: el qual espantado de lo q veia, y oia dezir, y hazer aquel hombre, se le puso a mirar con atencio, y al fin le conocio, y quedò como espantado de verle, y hizo grande fuerça por apearse, mas el Cura no lo consintio, por lo qual don Quixote dezia: Dexeme V.m. señor Licẽciado, que no es razon q̃ yo estè a cauallo, y vna tan reuereda persona como V. m. estè a pie. Esso no consentire yo en ningũ modo, dixo el Cura, estese la vuestra grãdeza a cauallo, pues estando a cauallo acaba las mayores fazañas, y auenturas q̃ en nuestra edad se han visto, que a mi aunque indigno sacerdote, bastarame subir en las ancas de vna destas mulas destos señores q̃ con V.m. caminan, sino lo han por enojo: y aun harè cuenta, que voy cauallero sobre el cauallo Pegaso, o sobre la cebra, o alfana en que caualgaua aquel famoso Moro Muzaraque, q̃ aun hasta aora yaze encantado en la gran cuesta Çulema, que dista poco de la gran Compluto. Aun no caia yo en ràro, mi señor Licenciado, respondio don Quixote, y yo se que mi señora la Princessa serà seruida, por mi amor, de mandar a su escudero, dè a V.m. la silla de su mula, q̃ el podra acomodarse en las ancas, si es q̃ ella las sufre. Si sufre, a lo que yo creo, respondio la Princessa: y tambien se que no serà menester mandarselo al señor mi escudero, que el es tan cortes, y tan Cortesano, que no consentirà que vna persona eclesiastica vaya a pie, pudiendo yr a cauallo. Assi es, respondio el Barbero, y apeandose en vn punto, combidò al Cura con la silla, y el la tomò sin hazerse mucho de rogar. Y fue el mal, que al subir a las ancas el Barbero, la mula, que en efeto era de

alquiler, que para dezir que era mala esto basta, alçò vn poco los quartos traseros, y dio dos cozes en el ayre, que a darlas en el pecho de Maese Nicolas, o en la cabeça, el diera al diablo la vemda por don Quixote. Con todo esso le sobresaltarõ de manera, que cayò en el suelo, con tan poco cuydado de las barbas, q̃ se le cayeron en el suelo: y como se vio sin ellas no tuuo otro remedio, sino acudir a cubrirse el rostro cõ ambas manos, y a quexarse, q̃ le auian derriba lo las muelas Don Quixote, como vio todo aquel maço de barbas, sin quixadas, y sin sangre, lexos del rostro del escudero caydo, dixo: Viue Dios que es gran milagro este, las barbas le ha derribado y arrancado del rostro, como si las quitaran a posta. El Cura que vio el peligro q̃ corria su inuenciõ, de ser descubierta, acudio luego a las barbas, y fuesse con ellas adonde yazia Maese Nicolas, dando aun vozes toda via, y de vn golpe, llegandole la cabeça a su pecho, se las puso, murmurando sobre el vnas palabras, que dixo que era cierto ensalmo apropiado para pegar barbas, como lo verian: y quando se las tuuo puestas se apartò, y quedò el escudero tan bien barbado, y tan sano como de antes: de que se admirò dõ Quixote sobre manera, y rogò al Cura, que quando tuuiesse lugar le enseñasse aquel ensalmo, que el entẽdia que su virtud a mas q̃ pegar barbas se deuia de estender, pues estaua claro, que de donde las barbas se quitassen, auia de quedar la carne llagada, y mal trecha, y q̃ pues todo lo sanaua, a mas que barbas aprouechaua. Assi es, dixo el Cura, y prometio de enseñarsele en la primera ocasion. Concertaronse, que por entonces subiesse el Cura,

ya

y a trechos se fuessen los tres mudando, hasta que llegassen a la venta, que estaria hasta dos leguas de alli. Puestos los tres a cauallo, es a saber, don Quixote, la Princessa, y el Cura: y los tres a pie, Cardenio, el Barbero, y Sancho Pança, don Quixote dixo a la donzella.: Vuestra grandeza, señora mia, guie por donde mas gusto le diere. Y antes q̃ ella respondiesse, dixo el Licenciado: Hàzia q̃ reyno quiere guiar la vuestra señoria, es por ventura hàzia el de Micomicõ, q̃ si deue de ser, o yo se poco de Reynos? Ella que estaua bien en todo, entendio q̃ auia de responder, que si, y assi dixo: Si señor, hàzia esse Reyno es mi camino. Si assi es, dixo el Cura, por la mitad de mi pueblo hemos de passar, y de alli tomara V.m. la derrota de Cartagena, donde se podra embarcar cõ la buena ventura: y si ay viento prospero, mar tranquilo, y sin borrasca, en poco menos de nueue años se podra estar a vista de la gran laguna Meona, digo, Meorides, que està poco mas de cien jornadas mas aca del Reyno de vuestra grãdeza. Vuestra merced està engañado, señor mio, dixo ella, porq̃ no ha dos años q̃ yo parti del, y en verdad q̃ nunca tuue buen tiempo, y con todo esso he llegado a ver lo q̃ tanto desseaua, que es al señor dõ Quixote de la Mancha, cuyas nueuas llegaron a mis oydos, assi como puse los pies en España, y ellas me mouieron a buscarle, para encomendarme en su cortesia, y fiar mi justicia del valor de su inuẽcible braço. No mas, cessen mis alabanças, dixo a esta sazon don Quixote, porq̃ soy enemigo de todo genero de adulacion, y aunq̃ esta no lo sea, toda via ofenden mis castas orejas semejantes platicas. Lo que yo se dezir, señora mia, q̃ ora

tenga valor, o no, el que tuuiere, o no tuuiere, se ha de emplear en vuestro seruicio, hasta perder la vida: y assi dexando esto para su tiẽpo ruego al señor Licenciado me diga, que es la causa q̃ le ha traydo por estas partes, tan solo, y tan sin criados, y tan a la ligera, que me pone espanto? A esso yo respondere con breuedad, respondio el Cura, porque sabra V.m. señor don Quixote, que yo, y Maese Nicolas, nuestro amigo, y nro barbero, yuamos a Seuilla, a cobrar cierto dinero q̃ vn pariente mio que ha muchos años q̃ passò a Indias, me auia embiado, y no tã pocos q̃ no passan de sesenta mil pesos, ensayados, que es otro q̃ tal, y passando ayer por estos lugares, nos salleron al encuentro quatro salteadores, y nos quitaron hastà las barbas, y de modo nos las quitaron, q̃ le conuino al Barbero ponerselas postizas: y aun a este mancebo q̃ aqui va, señalàdo a Cardenio, le pusieron como de nueuo. Y es lo bueno, q̃ es publica fama por todos estos contornos, que los que nos saltearõ son de vnos galeores, q̃ dizen que libertò, casi en este mesmo sitio, vn hombre tã valiente, que a pesar del Comissario, y de las guardas, los soltò a todos: y sin duda alguna, el deuia de estar fuera de juyzio, o deue de ser tan grande vellaco como ellos, o algun hombre sin alma, y sin conciecia, pues quiso soltar al lobo entre las ouejas, a la raposa entre las gallinas, a la mosca entre la miel: quiso defraudar la justicia, yr contra su Rey y señor natural, pues fue contra sus justos mandamientos. Quiso, digo, quitar a las galeras sus pies, poner en alboroto a la santa Hermandad, que auia muchos años que reposaua. Quiso finalmente, hazer vn hecho por

donde

dõde se pierda su alma, y no se gane su cuerpo. Auia les contado Sancho al Cura, y al Barbero, la auẽtura de los galeotes q̃ acabò su amo, con tanta gloria suya, y por esto cargaua la mano el Cura refiriendola, por ver lo q̃ hazia, o dezia dõ Quixote, al qual se le mudaua la color a cada palabra, y no osaua dezir q̃ el auia sido el libertador de aquella buena gente. Estos pues, dixo el Cura, fueron los que nos robaron, que Dios por su misericordia se lo perdone al que no los dexò lleuar al deuido suplicio.

Cap. XXX. Que trata del gracioso artificio, y orden que se tuuo en sacar a nuestro enamorado caualiero de la asperissima penitencia en que se auia puesto.

NO Huuo bien acabado el Cura, quando Sancho dixo: Pues miafe, señor Licenciado, el que hizo essa fazaña fue mi amo, y no porque yo no le dixe antes, y le auisè, que miraffe lo que hazia, y que era pecado darles libertad, porque todos yuan alli por grãdissimos vellacos. Majadero, dixo a esta sazon don Quixote, a los caualleros andantes no les toca, ni atañe aueriguar, si los afligidos, encadenados, y opressos que encuentran por los caminos, van de aquella manera, o estan en aquella angustia por sus culpas, o por sus gracias, solo le toca ayudarles como a menesterosos, poniendo los ojos en sus penas, y no en sus vellaquerias. Yo topè vn rosario, y sarta de gente, mohina, y desdichada, y hize con ellos lo que mi religion me pide, y lo demas alla se auenga: y a quien mal le ha parecido saluo,

ſaluo la ſanta dignidad del ſeñor Licenciado, y ſu honrada perſona, digo que ſabe poco de achaques de caualleria, y que miẽte como vn hideputa, y mas nacido: y eſto le hare conocer cõ mi eſpada, donde mas largamente ſe contiene: y eſto dixo afirmandoſe en los eſtribos, y calandoſe el morrion, porque la vazia de barbero, que a ſu cuenta era el yelmo de Mambrino, lleuaua colgado del arzõ delantero, hasta adobarla del mal tratamiento que la hizieron los galeotes. Dorotea (que era diſcreta y de gran donayre) como quien ya ſabia el menguado humor de don Quixote, y que todos haziã burla del, ſino Sancho Pança, no quiſo ſer para menos, y viendole tan enojado, le dixo: Señor caualliero, miembreſele a ſu V.m. el don que me tiene prometido, y que conforme a el, no puede entremeterſe en otra auẽtura, por vrgente que ſea: ſoſsiegue V.m. el pecho, que ſi el ſeñor Licenciado ſupiera que por eſſe inuicto braço auian ſido librados los galeotes, el ſe diera tres puntos en la boca, y aun ſe mordiera tres vezes la lẽgua, antes que auer dicho palabra que en deſpecho de vueſtra merced redundara. Eſſo juro yo biẽ, dixo el Cura, y aun me huuiera quitado vn vigote. Yo callarè, ſeñora mia, dixo dõ Quixote, y reprimire la juſta colera, que ya en mi pecho ſe auia leuantado, y yrè quieto y pacifico, haſta tanto q̃ os cumpla el don prometido: pero en pago deſte buen deſſeo, os ſuplico me digays, ſino ſe os haze de mal, quales ſon las perſonas de quien os tengo de dar deuida, satisfecha, y entera vengança? Eſſo hare yo de gana, reſpõdio Dorotea, ſi es que no os enfadan oyr laſtimas, y

deſgra-

desgracias. No enfadarà,señora mia, respondio dõ Quixote,a lo que respondio Dorotea: Pues assi es, estenme vuestras mercedes atentos. No huuo ella dicho esto,quando Cardenio,y el Barbero se le pusieron al lado,desseosos de ver como fingia su historia la discreta Dorotea:y lo mismo hizo Sancho, q̃ tan enfañado yua cõ ella como su amo. Y ella,despues de auerse puesto bien en la silla, y preuenidose cõ toser, y hazer otros ademanes, con mucho donayre,començo a dezir desta manera.

Primeramente quiero que vuestras mercedes sepan,señores mios, que a mi me llaman: y detuuose aqui vn poco,porque se le oluidò el nombre que el Cura le auia puesto:pero el acudio al remedio, porque entendio en lo que reparaua, y dixo: No es marauilla,señora mia,que la vuestra grãdeza se turbe, y empache,contando sus desuẽturas, que ellas suelen ser tales,que muchas vezes quitan la memoria a los que maltratan,de tal manera,q̃ aun de sus mesmos nõbres no se les acuerda, como han hecho con vuestra gran señoria, que se ha oluidado que se llama la Princessa Micomicona,legitima heredera del gran Reyno Micomicon: y con este apuntamiento puede la vuestra grandeza reduzir aora facilmente a su lastimada memoria,todo aquello q̃ contar quisiere.Assi es la verdad,respondio la donzella, y desde aqui adelante, creo que no serà menester apuntarme nada,que yo saldre a buen puerto cõ mi verdadera historia:la qual es,que el Rey mi padre,que se llamaua Tinacrio el Sabidor, fue muy docto en esto que llaman el arte Magica,y alcançò por su ciẽcia,que mi madre,q̃ se llamaua la Reyna Xaramilla,

auia

auia de morir primero que el, y que de alli a poco tiempo el tambiē auia de passar desta vida, y yo auia de quedar huerfana de padre y madre Pero dezia el que no le fatigaua tanto esto, quanto le ponia en confusion saber por cosa muy cierta, que vn descomunal Gigante, señor de vna grande insula, que casi alinda con nuestro Reyno, llamado Pandafilando dela fosca Vista: porque es cosa aueriguada, que aunque tiene los ojos en su lugar, y derechos, siempre mira al reues, como si fuesse vizco: y esto lo haze el de maligno, y por poner miedo, y espanto a los que mira. Digo que supo, que este Gigante en sabiendo mi horfandad, auia de passar con gran poderio sobre mi Reyno, y me lo auia de quitar todo, sin dexarme vna pequeña aldea donde me recogiesse. Pero que podia escusar toda esta ruyna, y desgracia, si yo me quisiesse casar con el: mas a lo q̄ el entendia, jamas pensaua que me vendria a mi en voluntad de hazer tan desygual casamiento: y dixo en esto la pura verdad, porque jamas me ha passado por el pensamiento, casarme con aquel Gigante, pero ni con otro alguno, por grande y desaforado que fuesse. Dixo tambien mi padre, que despues que el fuesse muerto, y viesse yo que Pandafilando començaua a passar sobre mi Reyno, que no aguardasse a ponerme en defensa, porque seria destruyrme, sino que libremente le dexasse desembaraçado el Reyno, si queria escusar la muerte, y total destruycion de mis buenos y leales vassallos, porque no auia de ser posible defenderme de la endiablada fuerça del Gigante: sino que luego, con algunos de los mios, me pusiesse en camino de las

Eſpañas, donde hallaria el remedio de mis males, hallando a vn cauallero andante, cuya fama en eſte tiempo ſe eſtenderia por todo eſte Reyno, el qual ſe auia de llamar, ſi mal no me acuerdo, don Açote, o don Gigote. Don Quixote diria, ſeñor, dixo a eſta ſazon Sancho Pança, o por otro nombre, el cauallero de la triſte Figura. Aſsi es la verdad, dixo Dorotea. Dixo mas, que auia de ſer alto de cuerpo, ſeco de roſtro, y que en el lado derecho, debaxo del ombro yzquierdo, o por alli junto, auia de tener vn luñar pardo, con ciertos cabellos a manera de cerdas. En oyendo eſto don Quixote, dixo a ſu eſcudero: Ten aqui Sancho, hijo, ayudame a deſnudar, que quiero ver ſi ſoy el cauallero que aquel ſabio Rey dexò profetizado. Pues para q̃ quiere vueſtra merced deſnudarſe, dixo Dorotea? Para ver ſi tẽgo eſſe lunar que vueſtro padre dixo, reſpondio don Quixote. No ay para que deſnudarſe, dixo Sancho, que yo ſe que tiene vueſtra merced vn lunar deſſas ſeñas en la mitad del eſpinazo, que es ſeñal de ſer hõbre fuerte. Eſſo baſta dixo Dorotea, porque con los amigos no ſe ha de mirar en pocas coſas, y que eſtè en el hombro, o que eſtè en el eſpinazo, importa poco, baſta que aya lunar, y eſtè donde eſtuuiere, pues todo es vna meſma carne: y ſin duda acerto mi buen padre en todo, y yo he acertado en encomendarme al ſeñor don Quixote, que el es por quien mi padre dixo, pues las ſeñales del roſtro vienẽ cõ las de la buena fama que eſte cauallero tiene, no ſolo en Eſpaña, pero en toda la Mancha, pues apenas me huue deſembarcado en Oſuna, quãdo oui dezir tãtas hazañas ſuyas, q̃ luego me dio el alma, q̃ era el

meſmo

meſmo q̃ venia a buſcar. Pues como ſe deſembarcó vueſtra merced en Oſuna, ſeñora mia, pregũtò don Quixote, ſino es puerto de mar? Mas antes que Dorotea reſpondieſſe, tomò el Cura la mano, y dixo: Deue de querer dezir la ſeñora Princeſſa, que deſpues que deſembarco en Malaga, la primera parte donde oyò nueuas de vueſtra merced, fue en Oſuna. Eſſo quiſe dezir, dixo Dorotea. Y eſto lleua camino, dixo el Cura, y proſiga vueſtra Mageſtad adelante. No ay que proſeguir, reſpõdio Dorotea, ſino que finalmente mi ſuerte ha ſido tã buena, en hallar al ſeñor don Quixote, que ya me cuento, y tengo por Reyna y ſeñora de todo mi Reyno, pues el por ſu corteſia, y magnificencia me ha prometido el dõ de yrſe conmigo, donde quiera que yo le lleuare, que no ſerá a otra parte, que a ponerle delante de Pandafilando de la foſca Viſta, para que le mate, y me reſtituya lo que tan contra razon me tiene vſurpado: que todo eſto ha de ſuceder a pedir de boca, pues aſsi lo dexò profetizado Tinacrio el Sabidor, mi buen padre: el qual tambien dexò dicho, y eſcrito en letras Caldeas, o Griegas, q̃ yo no las ſe leer, que ſi eſte caualler o de la profecia. deſpues de auer degollado al Gigante, quiſieſſe caſarſe conmigo, que yo me otorgaſſe luego ſin replica alguna, por ſu legitima eſpoſa, y le dieſſe la poſſeſsion de mi Reyno, junto con la de mi perſona. Que te parece Sancho amigo? dixo a eſte punto don Quixote, no oyes lo que paſſa? no te lo dixe yo? mira ſi tenemos ya Reyno que mandar, y Reyna con quien caſar. Eſſo juro yo, dixo Sancho: Para el puto que no ſe caſare en abriendo el gaznatico al ſeñor Pandahilado.

lado. Pues monta que es mala la Reyna, assi se me bueluan las pulgas de la cama: y diziendo esto, dio dos çapatetas en el ayre, con muestras de grandissimo contento, y luego fue a tomar las riendas de la mula de Dorotea, y haziendola detener, se hinco de rodillas ante ella, suplicandole le diesse las manos para besarselas, en señal q̃ la recibia por su Reyna, y señora. Quien no auia de reyr de los circustantes, viendo la locura del amo, y la simplicidad del criado. En efecto Dorotea se las dio, y le prometio de hazerle grã señor en su reyno, quando el cielo le hiziesse tanto bien, q̃ se lo dexasse cobrar, y gozar. Agradecioselo Sancho con tales palabras, q̃ renouò la risa en todos. Esta señores, prosiguio Dorotea, es mi historia, solo resta por deziros, q̃ de quanta gente de acópañamiẽto saquè de mi reyno, no me ha quedado sino solo este buen barbado escudero, porq̃ todos se anegaró en vna gran borrasca q̃ tuuimos a vista del puerto. Y el, y yo salimos en dos tablas a tierra, como por milagro, y assi es todo milagro, y misterio, el discurso de mi vida, como lo aureys notado. Y si en alguna cosa he andado demasiada, o no tan acertada como deuiera, echad la culpa a lo q̃ el señor Licenciado dixo al principio de mi cuento, q̃ los trabajos cõtinuos, y extraordinarios, quitã la memoria al q̃ los padece. Essa no me quitará a mi, o alta, y valerosa señora, dixo dõ Quixote quãtos yo passare en seruiros, por grãdes, y no vistos q̃ sean. Y assi de nueuo cõfirmo, el don q̃ os he prometido, y juro de yr cõ vos al cabo del mũdo, hasta verme con el fiero enemigo vuestro, a quiẽ piẽso con el ayuda de Dios, y de mi braço, tajar la cabeça soberuia, con los filos desta (no quiero dezir buena) espada, merced a Gines de Passamonte, q̃ me

Y lleuó

llenò la mia: esto dixo entrediétes, y prosiguio dizie do: y despues de auerse la tajado, y puestoos en pacifi ca possessió de vuestro estado, quedará a vuestra vo luntad, hazer de vuestra persona lo q̃ mas en talante os viniere Porq̃ mientras q̃ yo tuuiere ocupada la memoria, y cautiua la volútad, perdido el entédimiẽ to, a aquella, y no digo mas, no es posible q̃ yo arro stre, ni por pienso, el casarme, aunq̃ fuelle cõ el Auesa nix. Pareciole tã mal a Sancho, lo q̃ vltimamente su amo dixo, acerca de no querer casarse, q̃ con grãde enojo, alçando la voz, dixo: Boto a mi, y juro a mi, q̃ no tiene vuestra merced señor don Quixote cabal joyzio: pues como es posible, q̃ pone vuestra mer ced en duda el casarse con tan alta Princesa como aquesta? Piẽsa q̃ le ha de ofrecer la fortuna, tras cada cantillo, semejãte vẽtura, como la q̃ aora se le ofrece? Es por dicha mas hermosa mi señora Dulzinea? no por cierto, ni aun cõ la mitad, y aun estoy por dezir, q̃ no llega a su çapato de la q̃ esta delãte. Assi no ama la alcãçare yo el Condado q̃ espero, si vuestra mer ced se anda a pedir cotufas en el golfo, casese, casese luego, aneomiedole yo a satanas, y tome esse rey no q̃ se le viene a las manos, de vobis, vobis, y en siẽ do Rey, bagame Marques, o Adelantado, y luego si quiera se lo lleue el diablo todo. Don Quixote, q̃ ta les blasfemias oyò dezir cõtra su señora Dulzinea, no lo pudo sufrir, y alçãdo el lançõ, sin hablalle pala bra a Sancho, y sin dezirle esta boca es mia, le dio ta les dos palos, q̃ dio cõ el en tierra, y sino fuera porq̃ Dorotea le dio vozes q̃ no le diera mas, sin duda le quitara alli la vida. Pẽsays le dixo, acabo de rato, vi llano ruyn, q̃ ha de auer lugar siẽpre para ponerme la mano en la horcaxadura, y q̃ todo ha de ser errar

vos,

vos, y perdonaros yo? Pues no lo pēseys vellaco del comulgado, q̄ sin duda lo estas, pues has puesto lengua en la sin par Dulzinea. Y no saboys vos, gañā faquin, belitre, que sino fuesse por el valor q̄ ella infunde en mi braço, q̄ no le tēdria yo para matar vna pulga? Dezid socarrō de lēgua viperina, y quié pensays q̄ ha ganado este reyno? Y cortado la cabeça a este Gigante? Y hechoos a vos Marques (q̄ todo esto doy ya por hecho, y por cosa passada, en cosa juzgada) sino es el valor de Dulzinea, tomādo a mi braço por instrumēto de sus hazañas, ella pelea en mi, y vēce en mi, y yo viuo, y respiro en ella, y tengo vida, y ser. O hideputa vellaco, y como soys desagradecido, q̄ os veys leuātado del poluo de la tierra, a ser señor de titulo, y correspōdeys a tā buena obra, con dezir mal de quiē os la hizo. No estaua tā mal trecho Sancho, q̄ no oyesse todo quāto su amo le dezia, y leuantādose cō vn poco de presteza, se fue a poner detras del palafrē de Dorotea, y desde alli dixo a su amo: Digame señor, si vuestra merced tiene determinado de no casarse cō esta grā Princesa, claro esta q̄ no sera el reyno suyo, y no siēdolo, q̄ mercedes me puede hazer? Esto es de lo q̄ yo me quexo, casese vuestra merced vna por vna con esta Reyna, aora q̄ la tenemos aqui, como llouida del cielo, y despues puede bolucrse con mi señora Dulzinea, q̄ Reyes deue de auer auido en el mūdo, q̄ ayā sido amācebados. En lo de la hermosura, no me entremeto, q̄ en verdad si va a dezirla, q̄ entrābas me parecē bien, puesto q̄ yo nūca he visto a la señora Dulzinea. Como q̄ no la has visto traydor blasfemo, dixo don Quixote, pues no acabas de traerme aora vn recado de su parte? Digo q̄ no la he visto tā despacio, dixo Sācho, q̄ pueda auer

notado particularmente su hermosura, y sus buenas partes, punto por punto pero assi a bulto me parece bie Aora te disculpo, dixo dó Quixote, y perdona-me el enojo q̃ te he dado, q̃ los primeros mouimiẽtos no son en manos de los hõbres. Ya yo lo veo, respõdio Sãcho, y assi en mi la gana de hablar, siẽpre es primero mouimiẽto, y no puedo dexar de dezir por vna vez siquiera, lo q̃ me viene a la lẽgua. Con todo esso, dixo dó Quixote, mira Sãcho lo q̃ hablas, porq̃ tatas vezes va el cãtarillo a la fuẽte, y no te digo mas. Aora biẽ, respõdio Sãcho, Dios esta en el cielo q̃ ve las trãpas, y sera juez de quiẽ haze mas mal, yo en no hablar bie, o vuestra merced en obrollo. No aya mas, dixo Dorotea, corred Sãcho, y besad la mano a vuestro señor, y pedilde perdõ, y de aqui adelante andad mas atẽtado en vuestras alabaças, y vituperios, y no digays mal de aquesa señora Toboſa, a quiẽ yo no conozco, sino es para seruilla, y tened cõfiança en Dios, q̃ no os ha de faltar vn estado dõde viuays como vn Principe. Fue Sãcho cabizbajo, y pidio la mano a su señor, y el se la dio, cõ reposado cõtinẽte, y despues q̃ se la vuo besado, le echo la bẽdició, y dixo a Sãcho q̃ se adelãtasse vn poco, q̃ tenia q̃ pregũtalle, y q̃ departir cõ el, cosas de mucha importãcia. Hizolo assi Sancho y apartãronse los dos algo adelante, y dixole dõ Quixote, despues q̃ veniste no he tenido lugar, ni espacio, para pregũtarte muchas cosas de particularidad, a cerca de la embaxada q̃ llenaste, y dela respuesta q̃ truxiste, y aora pues la fortuna nos ha cõcedido tiepo, y lugar, no me niegues tu la ventura, q̃ puedes darme, cõ tu buenas nueuas. Pregũte vuestra merced lo que quisiere, respondio Sancho, q̃ a todo dare tan buena salida, como tuue la entrada. Pero suplico

a vuestra merced señor mio, que no sea de aqui adelante tan vengatiuo. Porque lo dizes Sancho, dixo don Quixote. Digolo, respondio, porque estos palos de agora, mas fueron por la pendencia que entre los dos trauò el diablo la otra noche, que por lo que dixe contra mi señora Dulzinea, a quien amo, y reuerencio como a vna reliquia, aunque en ella no lo aya, solo por ser cosa de vuestra merced. No tornes a essas platicas Sancho, por tu vida, dixo don Quixote, que me dan pesadumbre: ya te perdonè entonces, y bien sabes tu que suele dezirse, a pecado nueuo, penitencia nueua. En tanto que los dos yuan en estas platicas, dixo el cura a Dorotea, que auia andado muy discreta, assi en el cuento, como en la breuedad del, y en la similitud que tuuo con los de los libros de caualleria: ella dixo que muchos ratos se auia entretenido en leellos. Pero que no sabia ella, donde eran las prouincias, ni puertos de mar, y que assi auia dicho atiento, que se auia desembarcado en Ossuna. Yo lo entendi assi, dixo el cura, y por esso acudi luego a dezir, lo que dixe, con que se acomodò todo. Pero no es cosa estraña, ver con quanta facilidad cree este desuenturado hidalgo todas estas inuenciones, y mentiras, solo porque lleuan el estilo, y modo, de las necedades de sus libros. Si es, dixo Cardenio, y tan rara, y nunca vista, que yo no se si queriendo inuentarla, y fabricarla mentirosamente, vuiera tan agudo ingenio, que pudiera dar en ella. Pues otra cosa ay en ello, dixo el cura, que fuera de las simplicidades que este buen hidalgo dize, tocantes a su locura, si le tratan de otras cosas, discurre cõ bonissimas razones, y muestra tener vn entendimiẽ

so claro, y apazible en todo. Demanera, que como no le toquen en sus cauallerias, no aura nadie que le juzgue, sino por de muy buen entendimiento. En tanto que ellos yuan en esta conuersacion, prosiguio don Quixote con la suya, y dixo a Sancho: Echemos, Pança amigo, pelillos a la mar, en esto de nuestras pendencias, y dime aora, sin tener cuenta con enojo, ni rencor alguno. Donde, como, y quando, hallaste a Dulzinea? Que hazia? Que le dixiste? Que te respondio? Que rostro hizo, quando leya mi carta? Quié te la trasladó? Y todo aquello que vieres, que en este caso es digno de saberse, de preguntarse, y satisfazerse, sin que añadas o mientas por darme gusto: ni menos te acortes, por no quitarmele. Señor, respondio Sancho, si va a dezir la verdad, la carta no me la trasladò nadie, porque yo no lleuè carta alguna. Assi es como tu dizes, dixo don Quixote, porq el librillo de memoria donde yo la escriui, le hallè en mi poder, acabo de dos dias de tu partida, lo qual me causò grādissima pena, por no saber lo que auias tu de hazer, quando te viesses sin carta, y crey siempre que te boluieras, desde el lugar dondo la echaras menos. Assi fuera, respondio Sancho, sino la vuiera yo tomado en la memoria, quando vuestra merced me la leyo, demanera que se la dixe a vn sacristan, que me la trasladó del entendimiento, tan punto por punto, que dixo que en todos los dias de su vida, aunque auia leydo muchas cartas de descomunió, no auia visto ni leydo tā linda carta como aquella. Y tienesla toda via en la memoria Sancho, dixo don Quixote? No señor, respondio Sancho, porque despues que la dixe, como vi que no auia de ser de mas

prouecho, di en oluidalla. Y si algo se me acuerda, es aquello del sobajada, digo del soberana señora, y lo vltimo, vuestro hasta la muerte, el cauallero de la triste Figura. Y enmedio destas dos cosas, le puse mas de trezientas almas, y vidas, y ojos mios.

Cap. XXXI. De los sabrosos razonamientos que passaron entre don Quixote, y Sancho Pança su escudero: con otros sucessos.

TODO esso no me descontenta, prosigue adelante, dixo don Quixote. Llegaste, y que hazia aquella reyna de la hermosura? a buen seguro, que la hallaste ensartando perlas, o bordando alguna empresa, con oro de cañutillo, para este su cautiuo cauallero. No la hallé, respondio Sancho, sino ahechando dos anegas de trigo, en vn corral de su casa. Pues haz cuenta, dixo don Quixote, que los granos de aquel trigo, eran granos de perlas, tocados de sus manos. Y si miraste amigo, el trigo era candeal, o trechel? No era si no rubion, respondio Sancho. Pues yo te asseguro, dixo don Quixote, que ahechado por sus manos hizo pan candeal, sin duda alguna: pero passa adelante. Quando le diste mi carta besola? Pusosela sobre la cabeça? hizo alguna ceremonia, digna de tal carta? o que hizo? Quando yo se la yua a dar, respódio Sancho, ella estaua en la fuga del meneo, de vna buena parte de trigo, que tenia en la criua. Y dixome, poned amigo essa carta sobre aquel costal, q̃ no la puedo leer hasta que acabe de acriuar todo lo que aqui

està. Discreta señora, dixo don Quixote, esso deuio de ser por leerla despacio, y recrearse con ella. Adelante Sancho, y en tanto que estaua en su menester, q̃ coloquios passò contigo? Que te preguntô de mi? Y tu que le respondiste? Acaba cuentamelo todo, no se te quede en el tintero vna minima. Ella no me preguntò nada, dixo Sancho, mas yo le dixe de la manera que vuestra merced por su seruicio quedaua haziendo penitencia, desnudo de la cintura arriba, metido entre estas sierras, como si fuera saluaje, durmiendo en el suelo, sin comer pan a manteles, ni sin peynarse la barba, llorando, y maldiziendo su fortuna. En dezir que maldezia mi fortuna, dixiste mal, dixo don Quixote, porque antes la bendigo, y bendezire todos los dias de mi vida, por auerme hecho digno de merecer amar tan alta señora, como Dulzinea del Toboso. Tan alta es, respondio Sancho, que a buena fe, que me lleua a mi mas de vn coto. Pues como Sancho, dixo don Quixote, haste medido tu con ella? Medime en esta manera, respôdio Sancho, que llegandole a ayudar a poner vn costal de trigo sobre vn jumento, llegamos tan juntos, que echê de ver, que me lleuaua mas de vn gran palmo. Pues es verdad, replico dô Quixote, que no acompaña essa grandeza, y la adorna con mil millones, y gracias del alma. Pero no me negarâs Sancho vna cosa, quâdo llegaste jûto a ella, no sentiste vn olor sabeo, vna fragancia aromatica, y vn no se que de bueno, que yo no acierto adalle nombre? Digo vn tufo, o tufo, como si estuuieras en la tienda de algun curioso guantero? Lo que se dezir, dixo Sancho, es que senti vn olorzillo algo hombruno, y deuia de ser, que ella cô el mu-

el mucho exercicio estaua sudada, y algo corrcosa. No seria esso, respódio dõ Quixote, sino q̃ tu deuias de estar romadizado, o te deuiste de oler a ti mismo, porque yo se bien a lo que huele, aquella rosa entre espinas, aquel lirio del campo, aquel ambar desleydo. Todo puede ser, respondio Sancho, que muchas vezes sale de mi aquel olor, que entonces me parecio que salia de su merced de la señora Dulzinea, pero no ay de que marauillarse, que vn diablo parece a otro. Y bien, prosiguio don Quixote, he aqui que acabõ de limpiar su trigo, y de embiallo al molmo. Que hizo quando leyo la carta? La carta, dixo Sancho, no la leyo, porque dixo que no sabia leer, ni escriuir, antes la rasgo, y la hizo menudas pieças, diziẽdo que no la queria dar a leer a nadie, porque no se supiessen en el lugar sus secretos, y que bastaua lo q̃ yo le auia dicho de palabra, a cerca del amor que vuestra merced le tenia, y de la penitencia extraordinaria, que por su causa quedaua haziendo. Y finalmente me dixo, que dixesse a vuestra merced, que le besaua las manos, y que alli quedaua cõ mas desseo de verle, que de escriuirle. y que assi le suplicaua, y mandaua, que vista la presente, salieste de aquellos matorrales, y se dexasse de hazer disparates, y se pusiesse luego, luego, en camino del Toboso, si otra cosa de mas importancia no le sucediesse, porque tenia gran desseo de ver a vuestra merced. Rioseme mucho quando le dixe, como se llamaua vuestra merced el caualiero de la triste Figura. Pregũtele si auia ydo alla el Vizcayno de marras, dixome que si, y q̃ era vn hombre muy de bien. Tambien le pregunte por los galeotes, mas dixome q̃ no auia visto hasta

entonces alguno Todo va bien hasta agora, dixo dõ Quixote. Pero dime, que joya fue la que te dio al despedirte, por las nueuas que de mi le lleuaste? Porque es vsada, y antigua costumbre, entre los caualleros, y damas andãtes, a dar los escuderos, dõzellas, o enanos, que les lleuã nueuas de sus damas, a ellos, a ellas de sus andãtes, alguna rica joya, en albricias, en agradecimiento de su recado. Bien puede esso ser assi, y yo la tengo por buena vsança: pero esso deuio de ser en los tiẽpos passados, que aora solo se deue de acostumbrar a dar vn pedaço de pan, y queso, que esso fue lo que me dio mi señora Dulzinea, por las bardas de vn corral, quando della me despedi: y aun por mas señas, era el queso oueiuno. Es liberal en estremo, dixo don Quixote, y sino te dio joya de oro, sin duda deuio de ser, porque no la tendria alli a la mano para dartela, pero buenas son mangas, despues de Pasqua, yo la vere, y se satisfara todo. Sabes de que estoy marauillado Sancho? De que me parece que fuyste, y veniste, por los ayres, pues poco mas de tres dias has tardado, en yr, y venir, desde aqui al Toboso, auiendo de aqui alla, mas de treynta leguas. Por lo qual me doy a entender, que aquel sabio nigromãte, que tiene cuenta con mis cosas, y es mi amigo, porque por fuerça le ay, y le ha de auer, so pena que yo no seria buen caualliero andante. Digo que este tal, te deuio de ayudar a caminar, sin que tu lo sintiesses, que ay sabio destos, que coje a vn caualliero andante durmiendo en su cama, y sin saber como, o en que manera, amanece otro dia mas de mil leguas de donde anochecio. Y sino fuesse por esto, no se podrian socorrer en sus peligros, los caualleros andantes,

tes vnos a otros, como se socorré a cada passo. Que acaece estar vno peleando en las fierras de Armenia con algun Lendirago, o con algun fiero Vestiglo, o con otro cauallero, donde lleua lo peor de la batalla, y esta ya a punto de muerte: y quando no os me cato, assoma por aculla encima de vna nuue, o sobre vn carro de fuego, otro cauallero amigo suyo, q̃ poco antes se hallaua en Ingalaterra, que le fauorece, y libra de la muerte, y a la noche se halla en su posada, cenando muy a su sabor, y suele auer de la vna a la otra parte, dos o tres mil leguas. Y todo esto se haze por industria, y sabiduria destos sabios encantadores, que tienen cuydado destos valerosos caualleros. Assi que amigo Sancho, no se me haze dificultoso creer, que en tan breue tiempo, ayas ydo, y venido, desde este lugar al del Toboso, pues como tengo dicho, algun sabio amigo, te deuio de lleuar en bolandillas, sin que tu lo sintiesses. Assi seria, dixo Sancho, porque a buena fe, que andaua Rozinante, como si fuera asno de Gitano, cõ azogue en los oydos. Y como si lleuaua azogue, dixo don Quixote, y aun vna legion de demonios, que es gente que camina, y haze caminar sin cansarse, todo aquello que se les antoja. Pero dexando esto a parte, que te parece a ti que deuo yo de hazer aora, cerca de lo que mi señora me manda, que la vaya a ver, q̃ aunque yo veo que estoy obligado a cumplir su mandamiento, veo me tambien imposibilitado del don que he prometido a la Princesa, que con nosotros viene, y fuerçame la ley de caualleria, a cumplir mi palabra, antes que mi gusto. Por vna parte me acossa, y fatiga el desseo de ver a mi señora, por otra me incita, y llama, lo

ma, la prometida fe, y la gloria que he de alcancar en eſta empreſa. Pero lo que pienſo hazer, ſera caminar a prieſſa, y llegar preſto donde eſtá eſte Gigãte, y en llegando le cortarè la cabeça, y pondre a la Princeſa pacificamente en ſu eſtado, y al punto dare la buelta, a ver a la luz que mis ſentidos alumbra. A la qual dare tales diſculpas, que ella venga a tener por buena mi tardança, pues vero que todo redunda en aumento de ſu gloria, y fama: pues quanta yo he alcançado, alcanço, y alcançare por las armas en eſta vida, toda me viene del fauor que ella me da, y de ſer yo ſuyo. Ay, dixo Sancho, y como eſtà vueſtra merced laſtimado de eſſos caſcos. Pues digame ſeñor, pienſa vueſtra merced caminar eſte camino en balde? Y dexar paſſar, y perder vn tan rico, y tã principal caſamiento como eſte? Donde le dan en dote vn reyno, que a buena verdad, que he oydo dezir, q̃ tiene mas de veynte mil leguas de contorno, y que es abundantiſsimo de todas las coſas que ſon neceſſarias, para el ſuſtento de la vida humana, y que es mayor que Portugal, y que Caſtilla juntos. Calle por amor de Dios, y tenga verguẽça de lo que ha dicho, y tome mi conſejo, y perdoneme, y caſeſſe luego en el primer lugar que aya cura, y ſino ahi eſta nueſtro Licenciado, que lo hara de perlas. Y aduierta que ya tengo edad para dar conſejos, y que eſte que le doy le viene de molde, y que mas vale paxaro en mano, que buytre bolando, porque quien bien tiene, y mal eſcoge, por bien que ſe enoja, no ſe venga. Mira Sancho, reſpondio don Quixote, ſi el cõſejo que me das de que me caſe, es porque ſea luego Rey, en matando al Gigante, y tenga comodo para hazerte merce

des, y

des, y darte lo prometido. Hagote saber, que sin casarmẽ podre cumplir tu desseo, muy facilmente por que yo sacare de adahala, antes de entrar en la batalla, que saliendo vencedor della, ya que no me case, me han de dar vna parte del reyno, para que la pueda dar a quien yo quisiere · y en dandomela, a quien quieres tu que la de, sino a ti? Esso está claro, respondio Sancho; pero mire vuestra merced que la esconja hàzia la marina, porque sino me contentare la vivienda, pueda embarcar mis negros vassallos, y hazer dellos lo que ya he dicho. Y vuestra merced no se cure de yr por agora a ver a mi señora Dulzinea, sino vayasse a matar al Gigante, y concluyamos este negocio, que por Dios que se me asienta, que ha de ser de mucha honra, y de mucho prouecho. Digote Sancho, dixo don Quixote, que estàs en lo cierto, y que aure de tomar tu consejo, en quanto el yr antes con la Princesa, que a ver a Dulzinea. Y auisote que no digas nada a nadie, ni a los que con nosotros vienen, de lo que aqui hemos departido y tratado, que pues Dulzinea es tan recatada, que no quiere que se sepan sus pensamientos, no serà bien que yo, ni otro por mi los descubra. Pues si esso es assi, dixo Sãcho como haze vuestra merced, que todos los que vence por su braço, se vayan a presentar ante mi señora Dulzinea, siendo esto firma de su nombre, que la quiere bien, y que es su enamorado Y siendo forçoso, que los que fueren, se han de yr a hincar de hinojos ante su presencia, y dezir que van de parte de vuestra merced a dalle la obediencia, como se pueden encubrir los pensamiẽtos de entrambos? O que necio, y que simple que eres, dixo don Quixote. Tu

no ves

no ves Sancho, que esso todo redunda en su mayor ensalçamiẽto Porque has de saber, que en este nuestro estilo de caualleria, es gran honra tener vna dama muchos caualleros andantes que la siruan, sin que se estiendan mas sus pensamientos, que a seruilla, por solo ser ella quien es, sin esperar otro premio de sus muchos, y buenos desseos, sino que ella se cõtente de acetarlos por sus caualleros. Con essa manera de amor, dixo Sancho, he oydo yo predicar, que se ha de amar a nuestro Señor, por si solo, sin q̃ nos mueua esperança de gloria, o temor de pena. Aunque yo le querria amar, y seruir, por lo que pudiesse. Valate el diablo por villano, dixo don Quixote, y que de discreciones dizes a las vezes, no parece sino que has estudiado. Pues afe mia que no se leer, respondio Sancho. En esto les dio vozes, Maessenicolas, que esperassen vn poco, que querian detenerse a beuer en vna fontezilla que alli estaua. Detuuose dõ Quixote, con no poco gusto de Sancho, que ya estaua cansado de mentir tanto, y temia no le cogiesse su amo a palabras. Porque puesto que el sabia que Dulzinea era vna labradora del Toboso, no la auia visto en toda su vida. Auiase en este tiempo vestido Cardenio los vestidos que Dorotea traya, quando la hallaron, que aunque no eran muy buenos, hazian mucha ventaja a los que dexaua. Apearonse junto a la fuente, y con lo que el cura se acomodò en la venta, satisfizieró, aunque poco, la mucha hambre que todos trayã. Estando en esto, acerto a passar por alli vn muchacho, que yua de camino, el qual poniendo se a mirar con mucha atencion, a los que en la fuente estauan. De alli a poco arremetio a don Quixote

y abra

y abraçandole por las piernas, começo a llorar muy de proposito, diziendo: Ay señor mio, no me conoce vuestra merced? Pues mireme bien, que yo soy aquel moço Andres, que quitò vuestra merced de la encina donde estaua atado. Reconociole don Quixote, y asiêdole por la mano, se boluio a los que alli estauan, y dixo. Porque vean vuestras mercedes, quan de importancia es, auer caualleros andâtes en el mûdo, que desfagan los tuertos, y agrauios, que en el se hazen, por los insolentes, y malos hombres, que en el viuen. Sepan vuestras mercedes, que los dias passados, passando yo por vn bosque, oy vnos gritos, y vnas vozes muy lastimosas, como de persona afligida, y menesterosa: acudi luego, lleuado de mi obligacion, hazia la parte donde me parecio que las lamentables vozes sonauan, y hallè atado a vna encina, a este muchacho, que aora està delante (de lo que me huelgo en el alma, porque sera testigo que no me dexarà mentir en nada.) Digo que estaua atado a la encina, desnudo del medio cuerpo arriba, y estauale abriendo a açotes con las riendas de vna yegua, vn villano, que despues supe que era amo suyo: y assi como yo le vi, le pregunte la causa de tan atroz vapulamiento, respondio el zafio, que le açotaua porque era su criado, y que ciertos descuydos que tenia, nacian mas de ladron, que de simple. A lo qual este niño dixo: Señor no me açota sino porque le pido mi salario. El amo replicò, no se que arengas, y disculpas, las quales aunque de mi fueron oydas, no fueron admitidas. En resolucion, yo le hize desatar, y romè juramento al villano, de que le lleuaria consigo, y le pagaria vn real sobre otro, y aun sanumados-

Nor

No es verdad todo esto hijo Andres? no notaste con quanto imperio se lo mandè, y con quanta humildad prometio de hazer todo quanto yo le impuse, y notifique, y quise? Responde no te turbes, ni dudes en nada, di lo que passò a estos señores, porque se vea, y considere, ser del prouecho que digo, auer caualleros andantes por los caminos. Todo lo q̃ vuestra merced ha dicho, es mucha verdad, respondio el muchacho, pero el fin del negocio sucedio muy al reues de lo que vuestra merced se imagina. Como al reues, replicô don Quixote, luego no te pagò el villano? No solo no me pagò, respondio el muchacho, pero assi como vuestra merced traspuso del bosque, y quedamos solos; me boluio a atar a la mesma encina, y me dio de nueuo tantos açotes, que quedè hecho vn Sambartolome desollado. Y a cada açote q̃ me daua, me dezia vn donayre, y chufeta, acerca de hazer burla de vuestra merced, que a no sentir yo tanto dolor, me riera de lo que dezia. En efecto, el me parò tal, que hasta aora he estado curandome en vn hospital, del mal que el mal villano entoces me hizo. De todo lo qual tiene vuestra merced la culpa, porque si se fuera su camino adelante, y no viniera donde no le llamauan, ni se entremetiera en negocios agenos, mi amo se contentara con darme vno, o dos dozenas de açotes, y luego me soltara, y pagara quanto me deuia. Mas como vuestra merced le deshonrò tan sin proposito, y le dixo tantas villanias, encendiosele la colera, y como no là pudo vengar en vuestra merced, quando se vio solo descargò sobre mi el nublado, de modo que me parece, que no sere mas hombre en toda mi vida. El daño estuuo

dize

dixo don Quixote, en yrme yo de alli, que no me auia de yr hasta dexarte pagado: porque bien deuia yo de saber por muchas experiencias, que no ay villano que guarde palabra que tiene, si el ve que no le está bien guardalla. Pero ya te acuerdas Andres, que yo juré q̃ sino te pagaua, que auia de yr a buscarle, y que le auia de hallar, aunque se escondiesse en el vientre de la Vallena. Assi es la verdad, dixo Andres, pero no aprouechò nada. Ahora verás si aprouecha, dixo don Quixote, y diziendo esto, se leuantò muy apriessa, y mandò a Sancho que enfrenasse a Rozinãte, (que estaua paciendo entanto que ellos comiã.) Preguntole Dorotea, que era lo que hazer queria? El le respondio, que queria yr a buscar al villano, y castigalle de tan mal termino, y hazer pagado a Andres, hasta el vltimo marauedi, a despecho, y pesar de quantos villanos huuiesse en el mundo. A lo que ella respondio, que aduirtiesse que no podia conforme al don prometido entremeterse en ninguna empresa, hasta acabar la suya, y que pues esto sabia el mejor que otro alguno, que soffegasse el pecho, hasta la buelta de su Reyno. Assi es verdad, respondio don Quixote, y es forçoso que Andres tenga paciencia hasta la buelta, como vos señora dezis, que yo le torno a jurar y aprometer de nueuo, de no parar hasta hazerle vengado, y pagado. No me creo dessos juramentos, dixo Andres, mas quisiera tener agora con que llegar a Seuilla, que todas las vengãças del mundo. deme si tiene ai algo que coma, y lleue, y quedese con Dios su merced, y todos los caualleros andantes, que tambien andantes sean ellos para castigo, como lo han sido para conmigo. Sacò

de ſu repueſto Sancho vn pedaço de pan, y otro de queſo, y dandoſelo al moço, le dixo: Toma hermano Andres, que a todos nos alcãça parte de vña deſgracia. Pues que parte os alcança a vos, preguntò Andres? Eſta parte de queſo, y pan que os doy, reſpondio Sancho, que Dios ſabe ſi me ha de hazer falta, o no, porque os hago ſaber amigo que los eſcuderos de los caualleros andantes eſtamos ſujetos a mucha hambre y a mala ventura, y aun a otras coſas, que ſe ſienten mejor que ſe dizen. Andres aſio de ſu pan, y queſo, y viendo que nadie le daua otra coſa abaxó ſu cabeça, y tomó el camino en las manos, como ſuele dezirſe. Bien es verdad, que al partirſe dixo a dõ Quixote: Por amor de Dios ſeñor caualleró adante, que ſi otra vez me encontrare, aunque vea que me hazen pedaços no me ſocorra ni ayude, ſino dexeme cõ mi deſgracia, que no ſera tanta, que no ſea mayor la que me vendra de ſu ayuda de vueſtra merced, a quiẽ Dios maldiga, y a todos quantos caualleros andantes han nacido en el mundo. Y uaſe a leuantar don Quixote para caſtigalle, mas el ſe puſo a correr de modo, que ninguno ſe atreuio a ſeguille. Quedò corridiſsimo don Quixote del cuento de Andres, y fue meneſter que los demas tuuieſſen mucha cuenta con no reyrſe, por no acaballe de correr del todo.

Cap XXXII. Que trata de lo que sucedio en la venida de toda la quadrilla de don Quixote.

ACaboſe la buena comida, enſillaron luego, y ſin que les ſucedieſſe coſa digna de contar, llegaron otro dia a la venta eſpanto, y aſombro de Sancho Pança: y aunque el quiſiera no entrar en ella, no lo pudo huyr. La ventera, vétero, ſu hija, y Maritornes, que vieron venir a don Quixote, y a Sancho, les ſalieron a recebir con mueſtras de mucha alegria, y el las recibio con graue continente y aplauſo, y dixoles que le adereçaſſen otro mejor lecho, que la vez paſſada: a lo qual le reſpondio la hueſpeda, que como la pagaſſe mejor que la otra vez, que ella ſe la daria de Principes. Don Quixote dixo, que ſi haria, y aſsi le adereçaró vno razonable en el miſmo caramanchon de marras: y el ſe acoſtó luego, porque venia muy quebrantado, y falto de juyzio. No ſe huuo bien encerrado, quando la hueſpeda arremetio al barbero, y aſiendole de la barba, dixo: Para mi ſantiguada, que no ſe ha aun de aprouechar mas de mi rabo para ſu barba, y que me ha de boluer mi cola, que anda lo de mi marido por eſſos ſuelos q̃ es verguẽça, digo el peyne, q̃ ſolia yo colgar de mi buena cola. No ſe la queria dar el barbero, aunque ella mas tiraua, haſta que el Licenciado le dixo, que ſe la dieſſe, que ya no era meneſter mas vſar d̃ aquella induſtria, ſino q̃ ſe deſcubrieſſe, y moſtraſſe en ſu miſma forma, y dixeſſe a dó Quixote q̃ quãdo le deſpojaró los ladrones galeotes ſe auian

venido a aquella venta huyendo, y que si preguntasse por el escudero de la Princesa, le dirian que ella le auia embiado adelante a dar auiso a los de su Reyno, como ella yua, y lleuaua cõsigo el libertador de todos. Con esto dió de buena gana la cola a la vétera el barbero, y assi mismo le boluierõ todos los aderentes, que auia prestado para la libertad de don Quixote. Espantaronse todos los de la venta de la hermosura de Dorotea, y aun del buen talle del zagal Cardenio. Hizo el cura, que les adereçassen de comer de lo q̃ en la venta huuiesse, y el huesped cõ esperãça de mejor paga, cõ diligẽcia les adereçò vna razonable comida, y a todo esto dormia dõ Quixote, y fueron de parecer de no despertalle. Porque mas prouecho le haria por entonces el dormir, q̃ el comer. Trataron sobre comida, estando delante el ventero, su muger, su hija Maritornes, todos los passageros de la estraña locura de don Quixote, y del modo que le auian hallado. La huespeda les cõto lo que con el, y con el harriero les auia acontecido, y mirando si acaso estaua alli Sancho, como no le viesse, contò todo lo de su manteamiento, de que no poco gusto recibieron. Y como el cura dixesse, q̃ los libros de cauallerias, que don Quixote auia leydo le auian buelto el juyzio, dixo el ventero. No se yo como puede ser esso, que en verdad que a lo que yo emiendo no ay mejor letrado en el mũdo, y que tengo aĩ dos o tres dellos, con otros papeles, que verdaderamente me han dado la vida, no solo a mi, sino a otros muchos. Porque quando es tiempo de la siega se recogen aqui las fiestas muchos segadores, y siẽpre ay algunos que saben leer, el qual coge

vno

vno destos libros en las manos, y rodeamonos del mas de treynta, y estamosle escuchando con tanto gusto que nos quita mil canas: alo menos de mi se dezir, que quando oyo dezir aquellos furibundos, y terribles golpes que los caualleros pegan, que me toma gana de hazer otro tanto, y que querria estar oyendolos noches, y dias. Y yo ni mas, ni menos, dixo la ventera, porque nunca tengo buen rato en mi casa, sino aquel que vos estays escuchando leer, que estays tan embobado, que no os acordays de reñir por entonces. Assi es la verdad, dixo Maritornes, ya buena fe, que yo tambien gusto mucho de oyr aquellas cosas, que son muy lindas, y mas quando cuentan, que se esta la otra señora debaxo de vnos naranjos abraçada con su caualiero, y que les esta vna dueña haziedoles la guarda muerta de embidia, y con mucho sobresalto. Digo que todo esto es cosa de miedes. Ya vos que os parece señora donzella, dixo el cura, hablando con la hija del ventero? No se señor, en mi anima, respondio ella, tabien yo lo escucho, y en verdad q̃ aunq̃ no lo entiendo, que recibo gusto en oyllo: pero no gusto yo de los golpes de que mi padre gusta, sino de las lamentaciones que los caualleros hazen, quando estan ausentes de sus señoras: que en verdad, que algunas vezes me hazen llorar de compassió que les tengo. Luego bien las remediarades vos señora donzella, dixo Dorotea, si por vos lloraran? No se lo q̃ me hiziera, respondio la moça, solo se que ay algunas señoras de aquellas tan crueles, que las llaman sus caualleros tigres, y leones, y otras mil inmundicias. Y Iesus, yo no se que gente es aquella tan

desalmada, y tan sin conciencia, que por no mirar a vn hombre honrado, le dexan que se muera, o que se buelua loco. Yo no se para que es tato melindre si lo hazen de honradas, casense con ellos, que ellos no desean otra cosa. Calla niña, dixo la ventera, que parece que sabes mucho destas cosas: y no està bien a las donzellas saber, ni hablar tanto. Como me lo pregunta este señor, respondio ella, no pude dexar de respondelle. Aorabien, dixo el cura, traedme señor huesped aquessos libros, que los quiero ver. Que me me plaze, respondio el, y entrando en su aposento sacò del vna maletilla vieja cerrada con vna cadenilla, y abriendola hallò en ella tres libros grandes, y vnos papeles de muy buena letra escritos de mano. El primer libro que abrio, vio que erandon Cirongilio de Tracia: y el otro de Felixmarte de Yrcania: y el otro la historia del gran Capitan Gonçalo Hernandez de Cordoua, con la vida de Diego Garcia de Paredes. Assi como el cura leyò los dos titulos primeros, boluio el rostro al barbero, y dixo: Falta nos hazen aqui aora el ama de mi amigo, y su sobrina. No hazen respondio el barbero, que tambien se yo lleuallos al corral, o a la chimenea, que en verdad, que ay muy buen fuego en ella. Luego quiere vuestra merced, quemar mas libros, dixo el ventero? No mas, dixo el cura, q̃ estos dos el de don Cirongilio, y el de Felixmarte. Pues por ventura, dixo el ventero, mis libros son herejes, o flematicos, que los quiere quemar? Cismasticos quereys dezir amigo, dixo el barbero, que no flematicos. Assi es repli-

plicò el ventero: mas si alguno quiere quemar sus esse del gran Capitan, y desse Diego Garcia, que antes dexarè quemar vn hijo, que dexar quemar ninguno dessotros. Hermano mio, dixo el cura, estos dos libros son mentirosos, y estan llenos de disparates, y desuaneos. Y este del gran Capitã es historia verdadera, y tiene los hechos de Gonçalo Hernandez de Cordoua: el qual por sus muchas, y grandes hazañas, merecio ser llamado de todo el mundo gran Capitan, renombre famoso, y claro, y del solo merecido. Y este Diego Garcia de Paredes, fue vn principal caualiero, natural de la ciudad de Truxillo, en Estremadura, valentissimo soldado, y de tantas fuerças naturales, que detenia cõ vn dedo vna rueda de molino en la mitad de su furia. Y puesto con vn montante en la entrada de vna puente detuuo a todo vn innumerable exercito, que no passasse por ella. Y hizo otras tales cosas, que como si el las cuenta, y las escriue, el assi mismo cõ la modestia de caualiero, y de coronista propio las escriuiera otro libre, y dsapasionado, pusiera en su oluido las de los Hectores, Aquiles, y Roldanes. Tomaos con mi padre, dixo el dicho el ventero, mirad de que se espanta de detener vna rueda de molino, por Dios ora: auia vuestra merced de leer lo q̃ leyó Felixmarte de Yrcania, que de vn reues solo partio cinco gigãtes por la cintura, como si fueran hechos de hauas, como los fraylezicos que hazen los niños. Y otra vez arremetio con vn grandissimo, y poderosissimo exercito donde lleuò mas de vn millon, y seyscientos mil soldados

todos armados desde el pie hasta la cabeça, y los del barato a todos, como si fueran manadas de ouejas. Pues que me diran del bueno de don Cirongilio de Tracia, q̃ fue tan valiente, y animoso, como se verà en el libro donde cuenta, que nabegando por vn rio le salio de la mitad del agua vna serpiente de fuego, y el assi como la vio se arrojò sobre ella, y se puso ahorcaxadas en cima de sus escamosas espaldas, y la apretò con ambas manos la garganta, con tanta fuerça, que viendo la serpiente que la yua ahogando no tuuo otro remedio, sino de xarse yr a lo hõdo del rio, lleuandose tras si al cauallero, que nũca la quiso soltar, y quando llegarõ alla baxo se hallò en vnos palacios y en vnos jardines tan lindos, que era marauilla y luego la serpe se boluio en vn viejo anciano que le dixo tantas de cosas que no ay mas que oyr. Calle señor, que si oy esse eslo se bolueria loco de plazer. Dos higas para el gran Capitan y para esse Diego Garcia, que dize. Oyẽdo esto Dorotea, dixo callando a Cardenio: Poco le falta a nro hueſped para hazer la segũda parte de dõ Quixote? Assi me parece a mi, respondio Cardenio, porque segun dà indicio, el tiene por cierto que todo lo que estos libros cuentan pasò ni mas, ni menos que lo escriuen, y no le haran creer otra cosa frayles descalços. Mirad hermano, tornò a dezir el cura, que no huuo en el mundo Felixmarte de Yrcania, ni don Cirõgilio de Tracia, ni otros caualleros semejantes, que los libros de canallerias cuentan. Porque todo es compostura, y ficcion de ingenios ociosos, que los conpusieron para el efeto que vos dezis de entretener el tiempo, como lo entretienẽ leyen-

leyendolos vros segadores: porque realmente os juro, que nunca tales caualleros fueron en el mundo, ni tales hazañas, ni disparates acontecieron en el. A otro perro con esse hueso, respondio el ventero, como si yo no supiesse quantas son cinco, y a donde me aprieta el çapato: no piense vuestra merced darme papilla, porque por Dios que no soy nada blãco. Bueno es, que quiera darme vuestra merced a entender, que todo aquello que estos buenos libros dizen sea disparates, y mentiras, estando impresso con licẽcia de los señores del Consejo Real, como si ellos fueran gente, que auian de dexar imprimir tanta mentira junta, y tantas batallas, y tantos encantamentos, que quitan el juyzio. Ya os he dicho amigo replicò el cura, que ello se haze para entretener nuestros ociosos pensamientos: y assi como se consiente en las Republicas bien concertadas, que aya juegos de Axedrez, de pelota, y de trucos, para entretener a algunos que no tienen, ni deuen, ni pueden trabajar: assi se cõsiente imprimir, y que aya tales libros: creyendo, como es verdad, que no ha de auer alguno tan ignorante, que tenga por historia verdadera ninguna destos libros. Y si me fuera licito agora, y el auditorio lo requiriera, yo dixera cosas a cerca de lo que han de tener los libros de caualleria, para ser buenos, que quiça fueran de prouecho, y aun de gusto para algunos: pero yo espero, que vendra tiempo en que lo pueda comunicar con quien pueda remediallo, y en este entretanto creed señor ventero lo que os he dicho, y tomad vuestros libros, y alla os auenid cõ sus verdades, o mentiras, y buen prouecho os hagan, y

quiera Dios, que no coxeeys del pie q̃ coxea vuestro hueſped don Quixote. Eſſo no, reſpondio el vẽtero, que no ſerè yo tan loco, que me haga caualleró andante, que bien veo que aora no ſe vſa lo q̃ ſe vſaua en aquel tiempo, quando ſe dize, que andauan por el mundo eſtos famoſos caualleros. A la mitad deſta platica ſe hallò Sancho preſente, y quedò muy confuſo, y penſatiuo de lo que auia oydo dezir, que aora no ſe vſauan caualleros andantes, y que todos los libros de cauallerias eran necedades, y mentiras: y propuſo en ſu coraçon de eſperar en lo que paraua aquel viaje de ſu amo, y que ſino ſalia con la felicidad, que el penſaua, determinaua de dexalle, y boluerſe con ſu muger, y ſus hijos a ſu acoſtumbrado trabajo. Lleuauaſe la maleta, y los libros el vẽtero, mas el cura le dixo: Eſperad que quiero ver que papeles ſon eſſos, que de tã buena letra eſtã eſcritos: ſacolos el hueſped, y dãdoſelos a leer vio haſta obra de ocho pliegos eſcritos de mano, y al principio tenian vn titulo grande que dezia: Nouela del curioſo impertinente: leyò el cura para ſi tres, o quatro renglones, y dixo: Cierto que no me parece mal el titulo deſta nouela, y que me viene voluntad de loella toda. A lo que reſpõdio el ventero: Pues bien puede leella ſu reuerencia, porque le hago ſaber, que algunos hueſpedes que aqui la han leydo les ha contentado mucho, y me la han pedido con muchas veras, mas yo no ſe la he querido dar, pẽſando boluerſela aquiẽ aqui dexò eſta maleta oluidada con eſtos libros, y eſſos papeles, que bien puede ſer que buelua ſu dueño por

aqui

oqui algun tiempo: y aun que se que me han de hazer falta los libros, a fe que se los he de boluer, q̃ aunque ventero toda via soy Christiano. Vos teneys mucha razon amigo, dixo el cura, mas con todo esso si la nouela me contenta, me la aueys de dexar trasladar: De muy buena gana, respondio el ventero. Mientras los dos esto deziã, auia tomado Cardenio la nouela, y començado a leer en ella: y pareciendole lo mismo que al cura, le rogò que la leyesse de modo que todos la oyessen. Si leyera, dixo el cura, sino fuera mejor gastar este tiempo en dormir, que en leer. Harto reposo serà para mi, dixo Dorotea, entretener el tiempo oyendo algun cuento, pues aun no tengo el espiritu tan sossegado, q̃ me conceda dormir, quando fuera razõ. Pues dessa manera, dixo el cura, quiero leerla por curiosidad, si quiera quiça tendra alguna de gusto. Acudio Maese Nicolas a rogarle lo mesmo, y Sancho tambien: lo qual visto del cura, y entendiendo que a todos daria gusto, y el le recibiria, dixo: Pues assi es, esten me todos atentos, que la nouela comiença desta manera.

Cap. XXXIII. Donde se cuenta la nouela del Curioso impertinente.

EN Florencia, ciudad rica, y famosa, de Italia, en la Prouincia que llaman Toscana, viuian Anselmo, y Lotario, dos calle-

ros ricos, y principales, y tan amigos, que por excelencia, y antonomasia de todos los que los conocian, los dos amigos eran llamados: erã solteros, moços de vna misma edad, y de vnas mismas costũbres: todo lo qual era bastante causa a que los dos con reciproca amistad se correspondiessen. Bien es verdad, que el Anselmo era algo mas inclinado a los passatiempos amorosos, que el Lotario, al qual lleuaua tras si los de la caça. Pero quando se ofrecia dexaua Anselmo de acudir a sus gustos, por seguir los de Lotario, y Lotario dexaua los suyos por acudir a los de Anselmo: y desta manera andauan tan a vna sus voluntades, que no auia concertado relox que assi lo anduuiesse. Andaua Anselmo perdido de amores de vna donzella principal, y hermosa, de la misma ciudad: hija de tã buenos padres, y tã buena ella por si, que se determino (con el parecer de su amigo Lotario, sin el qual ninguna cosa hazia) de pedilla por esposa a sus padres; y assi lo puso en execucion: y el que lleuò la embaxada, fue Lotario, y el que concluyo el negocio tan a gusto de su amigo, que en breue tiempo se vio puesto en la posseſsion que desseaua, y Camila tã contenta de auer alcançado a Anselmo por esposo, que no cessaua de dar gracias al cielo: y Alotario, por cuyo medio tanto bien le auia venido. Los primeros dias, como todos los de boda suelen ser alegres, continuò Lotario, como solia, la casa de su amigo Anselmo, procurando honralle, festejalle, y regozijalle, con todo aquello que a el le fue posible. Pero acabadas las bodas, y sossegada ya la

frequencia

frequencia de las visitas, y parabienes, començò Lotario a desseuy darse con cuydado de las y das en casa de Anselmo, por parecerle a el (como es razon que parezca a todos los que fueren diseretos) que no se hà de visitar ni continuar las casas de los amigos casados, de la misma manera que quando eran solteros. Porque aunque la buena, y verdadera amistad no puede, ni deue de ser sospechosa en nada, con todo esso es tan delicada la honra del casado, q̃ parece que se puede ofender, aũ de los mesmos hermanos, quanto mas de los amigos. Notò Anselmo la remission de Lotario, y formò del quexas grandes, diziẽdole, que si el supiera, que el casarse auia de ser parte para no comunicalle como solia, que jamas lo huuiera hecho: y que si por la buena correspondencia que los dos tenian mientras el fue soltero auian alcançado tan dulce nombre como el de ser llamados los dos amigos, que no permitiesse por querer hazer del circunpecto, sin otra ocasion alguna, que tan famoso, y tan agradable nombre se perdiesse: y q̃ assi le supublicaua, si era licito que tal termino de hablar se vsasse entre ellos, que boluiesse a ser señor de su casa, y a entrar, y salir en ella, como de antes, aseguradole que su esposa Camila no tenia otro gusto, ni otra voluntad que la que el queria que tuuiesse: y que por auer sabido ella con quantas veras los dos se amauan, estaua confusa de ver en el tanta esquiueza. A todas estas y otras muchas razones, q̃ Antelmo dixo a Lotario, para persuadille boluiesse como solia a su casa. Respòdio Lotario có tãta prudẽcia, discrecion, y auiso, q̃ Anselmo quedó satisfecho de la buena intencion de su amigo: y quedaron

de concierto, que dos dias en la semana, y las fiestas fuesse Lotario a comer con el: y aunque esto quedò assi concertado entre los dos, propuso Lotario de no hazer mas de aquello que viesse que mas conuenia a la honra de su amigo, cuyo credito estaua en mas que el suyo proprio. Dezia el, y dezia bien, que el casado a quien el cielo auia cócedido muger hermosa, tanto cuydado auia de tener, que amigos lleuasse a su casa, como en mirar có q amigas su muger conuersaua, porque lo q no se haze, ni concierta en las plaças, ni en los têplos, ni en las fiestas publicas, ni estaciones, (cosas que no todas vezes las han de negar los maridos a sus mugeres) se concierta, y facilita en casa de la amiga, o la parienta de quien mas satisfacion se tiene. Tambien dezia Lotario, que tenian necessidad los casados de tener cada vno algú amigo que le aduirtiesse de los descuydos, que en su proceder hiziesse, porque suele acótecer, que co el mucho amor que el marido a la muger tiene, o no le aduierte, o no le dize por no enojalla, que haga, o dexe de hazer algunas cosas, que el hazellas, o no le seria de honra, o de vituperio: de lo qual siendo del amigo aduertido facilmente pondria remedio en todo: pero donde se hallarà amigo tan discreto, y tan leal, y verdadero, como aqui Lotario le pide: no lo se yo porcierto, solo Lotario era este, que con toda solicitud, y aduertimiento miraua por la honra de su amigo: y procuraua dezmar, frisar, y acortar los dias del concierto del yr a su casa, porque no pareciesse mas al vulgo ocioso, y a los ojos vagabundos, y malicioso la entrada de vn moço rico, gentilhóbre, y biẽ nacido, y de las buenas partes, que el pensaua

ha que tenia en la casa de vna mager tan hermosa mo Camila. que puesto que su bõdad, y valor põ a poner freno a toda maldiciente lengua, toda via queria poner en duda su credito, ni el de su amiõ, y por esto los mas de los dias del concierto los upaua, y entrenenia en otras cosas, que el daua a tender ser inexeusables. Assi que en quexas del lo, y diseulpas del otro, se passauan muchos ratos partes del dia. Sucedio pues, que vno, que los dos andanan passeando por vn prado fuera de la ciud, Anselmo dixo a Lotario las semejantes razos.

Pésauas amigo Lotario, que a las merçedes que los me ha hecho enhazerme hijo de tales padres, mo fueron los mios, y al darme no con mano esa los bienes, assi los que llaman de naturaleza, mo los de fortuna, no puedo yo corresponder on agradecimiento, que llegue al bien recebido, sobre al que me hizo en darme a ti por amigo, y a amila por muger propria, dos prẽdas, que las estio, sino en el grado que deuo, y en el que puedo, ues con todas estas partes, que suelen ser el todo con que los hombres suelen, y pueden viuir contentos, viuo yo el mas despechado, y el mas desabrido hombre de todo el vniuerso mundo. Porque no se que dias a esta parte me fatiga, y aprieta vn desseo tan estraño, y tan fuera del vso comun de otros, que yo me marauillo de mi mismo, y me culpo, y me riño a solas, y procuro callarlo, y encubirlo de mis proprios pensamientos: y assi me ha sido possible salir con este secreto, como si de industria procurara dezillo a todo

do el mundo: y pues que en efeto el ha de salir a plaça quiero que sea en la del archiuo de tu secreto: cófiado q̃ có en el, y con la diligencia que pondras como mi amigo verdadero en remediarme: yo me veré presto libre de la angustia que me causa, y llegara mi alegria por tu solicitud al grado que ha llegado mi descontento por mi locura. Suspéso tenian a Lotario las razones de Anselmo, y no sabia en que auia de parar tan larga preuencion, o preambulo: y aunque yua reboluiendo en su imaginació que deseo podria ser aquel q̃ a su amigo táro fatigaua, diciempre muy lexos del blanco de la verdad: y por salir presto de la agonia que le causaua aquella suspension le dixo, que hazia notorio agrauio a su mucha amistad en andar buscando rodeos, para dezirle sus mas encubiertos pensamientos, pues tenia cierto que se podia prometer del, o ya consejos para entre ellos, o ya remedio para cumplillos. Assi es la verdad, respondio Anselmo, y con essa confiança te hago saber amigo Lotario, que el desseo que me fatiga es pensar si Camila mi esposa estaua buena, y tá perfecta como yo pienso: y no puedo enterarme en esta verdad, sino es prouãdola, de manera q̃ la prueua manifieste los quilates de su bondad, como el fuego muestra los del oro. Porque yo tengo para mi (o amigo) q̃ no es vna muger mas buena de quãto es, o no es solicitada: y que aquella sola es fuerte, que no le dobla a las promessas, a las dadiuas, a las lagrimas, y a las continuas importunidades de los solicitos amantes. Porq̃ q̃ ay que agradecer, dezia el, que vna muger sea buena, si nadie le dize que sea mala? Que mucho que esté recogida y temerosa la

que

que no le dan ocasion para que se suelte, y la que sabe que tiene marido, que en cogiendola en la primera desemboltura, la ha de quitar la vida? Ansi q̃ aque es buena por temor, o por falta de lugar, yo no la quiero tener en aquella estima en que tendrè la solicitada, y perseguida, que salio con la corona del vencimiento. De modo que por estas razones, y por otras muchas que te pudiera dezir, para acreditar, y fortalecer la opinion que tengo, desseo que Camila mi esposa, passe por estas dificultades, y se crisole, y quilate en el fuego de verse requerida, y solicitada, y de quiẽ tenga valor para poner en ella sus desseos: y si ella sale, como creo que saldra, con la palma desta batalla, tendrè yo por sin ygual mi ventura. Podrè yo dezir, que està colmo el vazio de mis desseos. Dire que me cupo en suerte, la muger fuerte, de quien el Sabio dize, que quien la hallara? Y quando esto sucedа al renes de lo que pienso, con el gusto de ver que acerte en mi opinion, lleuarè sin pena, la que de razon podra causarme mi tan costosa experiencia. Y prosupuesto que ninguna cosa de quantas me dixeres en contra de mi desseo, ha de ser de algun prouecho, para dexar de ponerle por la obra, quiero, o amigo Lotario, que te dispongas a ser el instrumento que labre aquesta obra de mi gusto, que yo te dare lugar para que lo hagas, sin faltarte todo aquello que yo viere ser necessario para solicitar a vna muger honesta, honrada, recogida, y desinteressada. Y mueueme, entre otras cosas, a fiar de ti esta tan ardua empresa, el ver que si de ti es vencida Camila, no ha de llegar el vẽcimiento a todo trance, y rigor, sino a solo a tener

por hecho lo que se ha de hazer por buen respeto, y assi no quedaré yo ofendido mas de cõ el desseo, y mi injuria quedará escondida en la virtud de tu silencio, que bien se que en lo que me tocare ha de ser eterno como el de la muerte. Assi que si quieres que yo tenga vida, que pueda dezir que lo es, desde luego has de entrar en esta amorosa batalla, no tibia, ni perezosamente, sino con el ahinco, y diligencia que mi desseo pide, y con la confiança que nuestra amistad me assegura. Estas fueron las razones que Anselmo dixo a Lotario, a todas las quales essuuo tan atento, que sino fueron las que quedan escritas que le dixo, no desplegò sus labios hasta que huuo acabado: y viendo que no dezia mas despues que le estuuo mirando ya buen espacio, como si mirara otra cosa que jamas huuiera visto que le causara admiracion y espanto, le dixo: No me puedo persuadir, o amigo Anselmo, a que no sean burlas las cosas que me has dicho, que a pensar que de veras las dezias, no consintiera que tan adelante passaras, porque con no escucharte preuiniera tu larga arenga: sin duda imagino, o que no me conoces, o que yo no te conozco. Pero no, que bien se que eres Anselmo, y tu sabes que yo soy Lotario: el daño està, en que yo pienso que no eres el Anselmo que solias, y tu deues de auer pensado, q tampoco yo soy el Lotario que deuia ser: porque las cosas que me has dicho, ni son de aquel Anselmo mi amigo, ni las que me pides se han de pedir a aquel Lotario que tu conoces. Porque los buenos amigos ha de prouar a sus amigos, y valerse dellos, como dixo vn Poeta, *vsque ad Aras*, que quiso dezir,

que

que no se auian de valer de su amistad en cosas que fuessen contra Dios. Pues si esto sintio vn Gentil de la amistad, quato mejor es que lo sienta el Christiano, que sabe que por ninguna humana ha de perder la amistad diuina. Y quando el amigo tirasse tanto la barra, que pusiesse a parte los respetos del cielo, por acudir a los de su amigo, no ha de ser por cosas ligeras, y de poco memento, sino por aquellas en que vaya la hóra, y la vida de su amigo. Pues dime tu aora, Anselmo, qual destas dos cosas tienes en peligro, para que yo me auenture a complacerte, y a hazer vna cosa tan detestable como me pides? Ninguna por cierto, antes me pides, segun yo entiendo, que procure, y solicite quitarte la honra, y la vida, y quitarmela a mi juntamente. Porque si yo he de procurar quitarte la honra, claro està que te quito la vida, pues el hombre sin hóra, peor es que vn muerto: y siendo yo el instrumento, como tu quieres que lo sea, de tanto mal tuyo, no vengo a quedar deshonrado, y por el mesmo consiguiente sin vida? Escucha amigo Anselmo, y ten paciencia de no responderme, hasta q̃ acabe de dezirte lo que se me ofreciere, acerca de lo q̃ te ha pedido tu desseo, que tiempo quedarà para q̃ tu me repliques, y yo te escuche. Que me plaze, dixo Anselmo, di lo que quisieres. Y Lotario prosiguio, diziendo: Pareceme, o Anselmo, que tienes tu aora el ingenio como el que siempre tienen los Moros, a los quales no se les puede dar a entender el error de su secta, con las acotaciones de la santa Escritura, ni con razones que consistan en especulacion del entendimiéto, ni que

vayan fundadas en articulos de fè, ſino que les han de traer exemplos palpables, faciles, intelegibles, demonſtratiuos, indubitables, con demoſtraciones Matematicas, que no ſe pueden negar, como quando dizen: Si de dos partes yguales quitamos partes yguales, las que quedan tambien ſon yguales. Y quando eſto no entiendan de palabra, como en efeto no lo entienden, ha ſe les de moſtrar con las manos, y ponerſelo delante de los ojos, y aun con todo eſto, no baſta nadie con ellos a perſuadirles las verdades de mi ſacra religion. Y eſte meſmo termino, y modo me conuendra vſar contigo, porque el deſſeo que en ti ha nacido, va tan deſcaminado, y tan fuera de todo aquello que tenga ſombra de razonable, que me parece que ha de ſer tiempo gaſtado, el que ocupare en darte a entender tu ſimplicidad, que por aora no le quiero dar otro nombre, y aun eſtoy por dexarte en tu deſatino, en pena de tu mal deſſeo: mas no me dexa vſar deſte rigor la amiſtad que te tengo, la qual no conſiente que te dexe puesto en tan manifieſto peligro de perderte. Y porque claro lo veas, dime Anſelmo, tu no me has dicho que tengo de ſolicitar a vna retirada? perſuadir a vna honeſta? ofrecer a vna deſintereſſada? ſeruir a vna prudente? Si que me lo has dicho Pues ſi tu ſabes que tienes muger retirada, honeſta, deſintereſſada, y prudente, que buſcas? Y ſi pienſas que de todos mis aſſaltos ha de ſalir vencedora, como ſaldra ſin duda, que mejores titulos pienſas darle deſpues, que los que aora tiene? o que ſera mas deſpues de lo que es aora? O es que tu no la tienes por la que dizes, o tu no ſabes lo que pides

Sino

Sino la tienes por lo que dizes, para q̃ quieres prouarla, sino como a mala, hazer della lo q̃ mas te viniere en gusto? mas si es tan buena como crees, impertinente cosa serà hazer experiencia de la mesma verdad, pues despues de hecha se ha de quedar con la estimacion q̃ primero tenia Assi q̃ es razon concluyente, q̃ el intentar las cosas, de las quales antes nos puede suceder daño q̃ prouecho, es de juyzios sin discurso, y temerarios: y mas quando quiere intentar aquellas a q̃ no son forçados, ni cõpelidos, y que de muy lexos traè descubierto, q̃ el intentarlas es manifiesta locura. Las cosas dificultosas se intentan por Dios, o por el mundo, o por entrãbos a dos: las q̃ se acomete por Dios, son las q̃ acometierõ los santos, acometiedo a viuir vida de Angeles, en cuerpos humanos: las q̃ se acomete por respeto del mũdo, son las de aquellos que passan tanta infinidad de agua tanta diuersidad de climas, tanta estrañeza de gentes, por adquirir estos que llaman, bienes de fortuna Y las que se intentan por Dios, y por el mũdo juntamente, son aquellas de los valerosos soldados, que a penas veen en el contrario muro, abierto tãto espacio quanto es el que pudo hazer vna redonda bala de artilleria, quando puesto a parte todo temor, sin hazer discurso, ni aduertir al manifiesto peligro que les amenaza, lleuados en buelo de las alas del desseo de boluer por su fè, por su nacion, y por su Rey, se arrojan iutrepidamente por la mitad de mil contrapuestas muertes que los esperã. Estas cosas son las que suelen intentarse, y es honra, gloria, y prouecho intentarlas, aunque tan llenas de inconuenientes, y peligros. Pero la que tu dizes, que

quieres intentar, y poner por obra, ni te ha de alcãtar gloria de Dios, bienes de la fortuna, ni fama con los hombres: porque puesto que salgas con ella como desseas, no has de quedar ni mas vlano, ni mas rico, ni mas hõrado que estàs aora: y sino sales, te has de ver en la mayor miseria que imaginarse pueda: porque no te ha de aprouechar pensar entõces, que no sabe nadie la desgracia que te ha sucedido, porque bastarà para afligirte, y deshazerte, que la sepas tu mesmo. Y para confirmacion desta verdad, te quiero dezir vna estancia, que hizo el famoso Poeta Luys Tansilo, en el fin de su primera parte de las Lagrimas de san Pedro, que dize assi.

Crece el dolor, y crece la verguença
En Pedro, quando el dia se ha mostrado,
Y aunque alli no ve a nadie, se auerguença
De si mesmo, por ver que auia pecado:
Que a vn magnanimo pecho, a auer verguença,
No solo ha de mouerle el ser mirado,
Que de si se auerguença quando yerra,
Si bien otro no vee que cielo, y tierra.

Assi, que no escusaràs con el secreto tu dolor, antes tendras que llorar cõtino, sino lagrimas de los ojos, lagrimas de sangre del coraçon, como las lloraua aquel simple Doctor que nuestro Poeta nos cuẽta, que hizo la prueua del vaso, que con mejor discurso se escusò de hazerla el prudente Reynaldos: que puesto que aquello sea fiecion Poetica, tiene en si encerrados secretos morales, dignos de ser aduertidos, y entendidos, è imitados. Quanto mas, que con

lo que aora pienſo dezirte, acabarás de venir en conocimiento del grande error q̃ quieres cometer. Dime Anſelmo, ſi el cielo, o la ſuerte buena, te huuiera hecho ſeñor, y legitimo poſſeſſor de vn finiſſimo diamate, de cuya bõdad, y quilates eſtuuieſſen satisfechos quãtos lapidarios le vieſſen, y q̃ todos a vna voz, y de comun parecer dixeſſen, q̃ llegaua en quilates, bondad, y fineza, a quãto ſe podria eſtender la naturaleza de tal piedra, y tu meſmo lo creyeſſes aſsi, ſin ſaber otra coſa en contrario, ſeria juſto q̃ te vinieſſe en deſſeo de tomar aquel diamante, y ponerle entre vn ayunque, y vn martillo, y alli a pura fuerça de golpes y braços, prouar ſi es tan duro, y tan fino como dizen? y mas ſi lo puſieſſes por obra: q̃ pueſto caſo q̃ la piedra hziſſe reſiſtẽcia a tã necia prueua, no por eſſo ſe le añadiria mas valor, ni mas fama: y ſi ſe rompieſſe, coſa q̃ podria ſer, no ſe perdia todo? Si por cierto, dexado a ſu dueño en eſtimaciõ de q̃ todos le tengan por ſimple. Pues haz cuenta, Anſelmo amigo que Camila es finiſſimo diamãte, aſsi en tu eſtimacion, como en la agena, y que no es razon ponerla en contingẽcia de q̃ ſe quiebre, pues aunque ſe quede con ſu entereza, no puede ſubir a mas valor del que aora tiene: y ſi faltaſſe, y no reſiſtieſſe, conſidera deſde aora, qual quedarias ſin ella, y con quanta razon te podrias quexar de ti meſmo, por auer ſido cauſa de ſu perdicion, y latuya? Mira que no ay joya en el mundo que tanto valga, como la muger caſta, y honrada, y que todo el honor de las mugeres, conſiſte en la opinion buena q̃ dellas ſe tiene: y pues la de tu eſpoſa es tal, que llega al eſtremo de bondad que ſabes, para que quieres

poner eſta verdad en duda. Mira amigo, que la muger es animal imperfecto, y que no ſe le han de poner embaraços donde tropiece, y cayga, ſino quitarſelos, y deſpejalle el camino de qualquier inconueniente, para que ſin peſadumbre corra ligera a alcançar la perfecion que le falta, que conſiſte en el ſer virtuoſa. Cuentan los naturales, que el Arminio es vn animalejo que tiene vna piel blanquiſsima, y que quando quieren caçarle los caçaderes, vſan deſte artificio, que ſabiendo las partes por donde ſuele paſſar, y acudir, las atajan con lodo, y deſpues ojeandole, le encaminan hàzia aquel lugar, y aſsi como el Arminio llega al lodo, ſe eſtà quedo, y ſe dexa prender y cautiuar, a trueco de no paſſar por el cieno, y perder y enſuziar ſu blancura, que la eſtima en mas que la libertad, y la vida. La honeſta y caſta muger, es Arminio, y es mas que nieue blanca y limpia: la virtud de la honeſtidad, y el que quiſiere que no la pierda, antes la guarde y conſerue, ha de vſar de otro eſtilo diferente que con el Arminio ſe tiene, porque no le han de poner delante el cieno de los regalos, y ſeruicios de los importunos amantes, porque quiça y aun ſin quiça, no tiene tanta virtud y fuerça natural, que pueda por ſi meſma atropellar, y paſſar por aquellos embaraços: y es neceſſario quitarſelos, y ponerle delante la limpieza de la virtud, y la belleza que encierra en ſi la buena fama. Es aſsi meſmo la buena muger, como eſpejo de criſtial luziente y claro, pero eſſa fugeto a empañarſe, y eſcurecerſe con qualquiera aliento q̃ le toque. Ha ſe de vſar con la honeſta muger el eſtilo q̃ cõ las reliquias, adorarlas

y no

y no tocarlas. Ha se de guardar y estimar la muger buena, como se guarda y estima vn hermoso jardin que está lleno de flores, y rosas, cuyo dueño no cõsiente, q̃ nadie le passee, ni manosee, basta que desde lexos, y por entre las verjas de hierro gozen de su fragrancia y hermosúra. Finalmente, quiero dezirte vnos versos que se me han venido a la memoria, que los ohi en vna comedia moderna, q̃ me parece que hazen al proposito de lo que vamos tratando. Aconsejaua vn prudente viejo, a otro padre de vna donzella, que la recogiesse, guardasse, y encerrasse: y entre otras razones le dixo estas.

Es de vidrio la muger,
Pero no se ha de prouar,
Si se puede, o no quebrar,
Porque todo podria ser.
Y es mas facil el quebrarse,
Y no es cordura ponerse
A peligro de romperse,
Lo que no puede soldarse.
Y en esta opinion esten
Todos, y en razon lo fundo,
Que si ay Danaes en el mundo,
Ay pluuias de oro tambien.

Quanto hasta aquí te he dicho, o Anselmo, ha sido por lo que a ti te toca, y aora es bien que se oyga algo de lo que a mi me conuiene: y si fuere largo, perdoname, que todo lo requiere el laberinto donde te has entrado, y de donde quieres que

yo te saque. Tu me tienes por amigo, y quieres quitarme la honra, cosa que es contra toda amistad: y aun no solo pretendes esto, sino que procuras q yo te la quite a ti. Que me la quieres quitar a mi, está claro, pues quando Camila vea que yo la solicito, como me pides, cierto está que me ha de tener por hombre sin honra, y mal mirado, pues intẽto y hago vna cosa tan fuera de aquello que el ser quien soy, y tu amistad me obliga. De que quieres que te la quite a ti, no ay duda, porque viendo Camila q̃ yo la solicito, ha de pensar que yo he visto en ella alguna liuiandad, que me dio atreuimiento a descubrirle mi mal desseo: y teniendose por deshonrada te toca a ti, como a cosa suya, su mesma deshonra. Y de aqui nace lo que comunmente se platica, que el marido de la muger adultera, puesto que el no lo sepa, ni aya dado ocasion para que su muger no sea la que deue, ni aya sido en su mano, ni en su descuydo y poco recato, estoruar su desgracia, con todo le llaman, y le nombran con nombre de vituperio, y baxo: y en cierta manera le miran, los que la maldad de su muger saben, con ojos de menosprecio, en cambio de mirarle con los de lastima, viẽdo que no por su culpa, sino por el gusto de su mala compañera, está en aquella desuentura. Pero quiero te dezir la causa, porque con justa razon es desbonrado el marido de la muger mala, aunque el no sepa que lo es, ni tenga culpa, ni aya sido parte, ni dado ocasion para que ella lo sea: y no te canses de oyrme, que todo ha de redundar en tu prouecho. Quando Dios criò a nuestro primero Padre, en el Paraysso terrenal, dize la diuina Escritura, que infundio

dio Dios ſueño en Adan, y que eſtando durmiendo le ſacò vna coſtilla del lado ſinieſtro, de la qual formò a nueſtra madre Eua: y aſsi como Adan deſpertò, y la mirò, dixo: Eſta es carne de mi carne, y hueſſo de mis hueſſos. Y Dios dixo: Por eſſa dexara el hombre a ſu padre y madre, y ſerà dos en vna carne miſma. Y entonces fue inſtituydo el diuino ſacramento del Matrimonio, con tales lazos, que ſola la muerte puede deſatarlos. Y tiene tanta fuerça, y virtud eſte milagroſo Sacramento, que haze q̃ dos diferentes perſonas, ſean vna meſma carne: y aun haze mas en los buenos caſados, que aunque tienen dos almas, no tienẽ mas de vna voluntad. Y de aquí viene, que como la carne de la eſpoſa ſea vna meſma con la del eſpoſo, las manchas que en ella caen, o los defectos que ſe procura, redundan en la carne del marido, aunque el no aya dado, como queda dicho, ocaſion para aquel daño. Porque aſsi como el dolor del pie, o de qualquier miembro del cuerpo humano, le ſiente todo el cuerpo, por ſer todo de vna carne meſma: y la cabeça ſiente el daño del touillo, ſin que ella ſe le aya cauſado, Aſsi el marido es participante de la deshonra de la muger por, ſer vna meſma coſa con ella. Y como las honras, y deshonras del mundo, ſean todas, y nazcan de carne, y ſangre, y las de la muger mala ſean deſte genero, es forçoſo, que al marido le quepa parte dellas, y ſea tenido por deshonrado, ſin que el lo ſepa. Mira pues, o Anſelmo, al peligro q̃ te pones en querer turbar el ſoſsiego en que tu buena eſpoſa viue. Mira por quan vana, è impertinente curioſidad, quieres reboluer los humores que,

ao

aora eſtan ſoſſegados enel pecho de tu caſta eſpoſa. Aduierte, que lo q̃ auenturas a ganar, es poco, y q̃ lo que perderas ſera tanto, q̃ lo dexarè en ſu puto, por que me ſaltan palabras para encarecerlo. Pero ſi todo quanto he dicho no baſta a mouerte de tu mal propoſito bien puede buſcar otro inſtrumento de tu deshonra, y deſuentura, que yo no pienſo ſerlo, aunque por ello pierda tu amiſtad, que es la mayor perdida que imaginar puedo. Callò en diziẽdo eſto, el virtuoſo y prudente Lotario, y Anſelmo quedò tan confuſo, y penſatiuo, que por vn buen eſpacio no le pudo reſponder palabra, pero en fin le dixo: Con la atenciõ que has viſto he eſcuchado, Lotario amigo, quanto has querido dezirme, y en tus razones, exẽplos, y cõparaciones, he viſto la mucha diſerecion que tienes, y el eſtremo de la verdadera amiſtad. q̃ alcãças: y anſi meſmo veo, y confieſſo, q̃ ſino ſigo tu parecer, y me voy tras el mio, voy huyẽdo del biẽ, y corriẽdo tras el mal. Proſupueſto eſto, has q̃ cõſiderar, q̃ yo padezco aora la enfermedad q̃ ſuelen tener algunas mugeres, q̃ ſe les antoja comer tierra, yeſſo, carbõ, y otras coſas peores, aun aſqueroſas para mirarſe, quanto mas para comerſe: aſsi q̃ es meneſter vſar de algun artificio para q̃ yo ſane, y eſto ſe podia hazer cõ facilidad, ſolo con q̃ comiẽces, aunq̃ tibia, y fingidamente, a ſolicitar à Camila, la qual no ha de ſer tan tierna, q̃ a los primeros encuentros dè con ſu honeſtidad por tierra, y cõ ſolo eſte principio quedarè contẽto, y tu auras cũplido con lo q̃ deues a nueſtra amiſtad, no ſolamente dando me la vida, ſino perſuadiẽdome de no verme ſin honra. Y eſtan obligado a hazes eſto, por vna razon ſola,

ſola,y es,que eſtando yo,como eſtoy determinado, de poner en platica eſta prueua,no has tu de conſentir que yo de cuenta de mi deſatino a otra perſona, con q̃ pondria en auẽtura el honor que tu procuras que no pierda: y quando el tuyo no eſte en el punto que deue en la intencion de Camila, en tãto que la ſolicitares,importa poco,o nada, pues cõ breuedad,viendo ella la entereza q̃ eſperamos, le podras dezir la pura verdad de nueſtro artificio, con q̃ boluera tu credito al ſer primero. Y pues tan poco auẽturas,y tanto contẽto me puedes dar auenturãdote, no lo dexes de hazer, aunq̃ mas inconuenientes ſe te pongã delante,pues como ya he dicho, cõ ſolo que comiẽces dare por cõcluyda la cauſa. Viendo Lotario la reſoluta voluntad de Anſelmo,y no ſabiedo q̃ mas exemplos traerle, ni q̃ mas razones moſtrarle para que no la ſiguieſſe:y viendo que le amenazaua que daria a otro cuenta de ſu mal deſſeo,por euitar mayor mal,determinò de contentarle, y hazer lo q̃ le pedia,con propoſito, è intencion de guiar aquel negocio de modo,que ſin alterar los penſamientos de Camila quedaſſe Anſelmo ſatisfecho: y aſsi le reſpondio, que no comunicaſſe ſu penſamiento cõ otro alguno,q̃ el tomaua a ſu cargo aquella empreſa,la qual comẽçaria quãdo a el le dieſſe mas guſto. Abraçole Anſelmo,tierna y amoroſamẽte, y agradeciole ſu ofrecimiento,como ſi alguna grãde merced le huuiera hecho,y quedaron de acuerdo entre los dos,q̃ deſde otro dia ſiguiente ſe començaſſe la obra,q̃ el le daria lugar,y tiẽpo como a ſus ſolas pudieſſe hablar a Camila, y aſsi meſmo le daria dineros,y joyas q̃ darla y que ofrecerla. Aconſejole,q̃ le

dieſſe

dieſſe muſicas, que eſcriuieſſe verſos en ſu alabãça, y q̃ quando el no quiſieſſe tomar trabajo de hazerlos, el meſmo los haria. A todo ſe ofrecio Lotario, bien cõ diferente intencion q̃ Anſelmo peſaua: y cõ eſte acuerdo ſe boluierõ a caſa de Anſelmo, donde hallaron a Camila con anſia y cuydado, eſperado a ſu eſpoſo, porq̃ aquel dia tardaua en venir mas de lo acoſtũbrado. Fueſe Lotario a ſu caſa, y Anſelmo quedò en la ſuya, tan cõtento, como Lotario fue pẽſatiuo, no ſabiedo q̃ traça dar para ſalir bie de aquel impertinẽte negocio. Pero aquella noche penſò el modo q̃ tendria para engañar a Anſelmo, ſin ofender a Camila: y otro dia vino a comer cõ ſu amigo, y fue bien recebido de Camila, la qual le recebia, y regalaua cõ mucha voluntad, por enteder la buena q̃ ſu eſpoſo le tenia. Acabaron de comer, leuantaro los manteles, y Anſelmo dixo a Lotario, q̃ ſe quedaſſe alli cõ Camila, en tanto q̃ el yua a vn negocio forçoſo, q̃ dentro de hora y media boluieria. Rogole Camila q̃ no ſe fueſſe, y Lotario ſe ofrecio a hazerle compañia, mas nada aprouechò cõ Anſelmo. antes importunò a Lotario, q̃ ſe quedaſſe, y le aguardaſſe, porq̃ tenia q̃ tratar con el vna coſa de mucha importãcia Dixo tabien a Camila, q̃ no dexaſſe ſolo a Lotario, en tãto q̃ el boluieſſe: En efeto el ſupo tã bien fingir la neceſsidad, o necedad de ſu auſencia, q̃ nadie pudiera entender q̃ era fingida. Fueſe Anſelmo, y quedaro ſolos a la meſa, Camila, y Lotario, porq̃ la demas gente de caſa, toda ſe auia ydo a comer. Vioſe Lotario pueſto en la eſtacada q̃ ſu amigo deſſeaua, y con el enemigo delante, que pudiera vencer cõ ſola ſu hermoſura, a vn eſquadron de ca-

ualleros

uallerosarmados: mirad ſi era razõ que le temiera Lotario? Pero lo q̃ hizo fue, poner el codo ſobre el braço de la ſilla, y la mano abierta en la mexilla, y pidiendo perdõ a Camila, del mal comedimiẽto, dixo que queria repoſar vn poco en tãto q̃ Anſelmo boluia. Camila le reſpondio, q̃ mejor repoſaria en el eſtrado, q̃ en la ſilla, y aſsi le rogò ſe entraſſe a dormir en el. No quiſo Lotario, y alli ſe quedò dormido haſta q̃ boluio Anſelmo: el qual como hallò a Camila en ſu apoſento, y a Lotario durmiẽdo, creyò que como ſe auia tardado tanto, ya auriã tenido los dos lugar para hablar, y aũ para dormir, y no vio la hora en q̃ Lotario deſpertaſſe, para boluerſe cõ el fuera, y preguntarle de ſu vẽtura. Todo le ſucedio como el quiſo: Lotario deſpertò, y luego ſalieron los dos de caſa, y ſi le pregutò lo que deſſeaua: y le reſpõdio Lotario, q̃ no le auia parecido ſer bien q̃ la primera vez ſe deſcubrieſſe del todo, y aſsi no auia hecho otra coſa, q̃ alabar a Camila de hermoſa, diziendole, q̃ en toda la ciudad no ſe trataua de otra coſa, q̃ de ſu hermoſura, y diſcrecion, y q̃ eſte le auia parecido buen principio para entrar ganando la volũtad, y diſponiendola a q̃ otra vez le eſcuchaſſe con guſto: vſando en eſto del artificio q̃ el demonio vſa quãdo quiere engañar a alguno q̃ eſta pueſto en ata layã de mirar por ſi, q̃ ſe trasforma en Angel de luz, ſiendolo el de tinieblas, y poniẽdole delate apariẽcias buenas, al cabo deſcubre quien es, y ſale cõ ſu intencion, ſi a los principios no es deſcubierto ſu engaño. Todo eſto le contentò mucho a Anſelmo, y dixo, q̃ cada dia daria el meſmo lugar, aunq̃ no ſalieſſe de caſa, porque en ella ſe ocuparia en coſas

qu-

que Camila no pudiesse venir en conocimiento de su artificio. Sucedio pues, que se passaron muchos dias que sin dezir Lotario palabra a Camila, respondia a Anselmo, que la hablaua, y jamas podia sacar della vna pequeña muestra de venir en ninguna cosa que mala fuesse, ni aun dar vna señal de sombra de esperança: antes dezia que le amenazaua, que si de aquel mal pensamiento no le quitaua, que lo auia de dezir a su esposo. Bien està, dixo Anselmo, hasta aqui ha resistido Camila a las palabras, es menester ver como resiste a las obras, yo os darè mañana dos mil escudos de oro, para que se los ofrezcays, y aun se los deys: y otros tantos para que compreys joyas con que cebarla, que las mugeres suelen ser aficionadas, y mas si son hermosas, por mas castas q̃ sean, a esto de traerse bien, y andar galanas: y si ella resiste a esta tentacion, yo quedarè satisfecho, y no os dare mas pesadumbre. Lotario respondio, que ya que auia començado, que el lleuaria hasta el fin aquella empresa, puesto que entendia salir della cansado y vencido. Otro dia recibio los quatro mil escudos, y con ellos quatro mil confusiones, porque no sabia que dezirse para mentir de nueuo, pero en efeto determinô de dezirle, que Camila estaua tan entera a las dadiuas, y promessas, como a las palabras, y que no auia para que cansarse mas, porq̃ todo el tiempo se gastaua en balde. Pero la suerte que las cosas guiaua de otra manera, ordenò, que auiendo dexado Anselmo solos, a Lotario, y a Camila, como otras vezes solia, el se encerrò en vn aposento, y por los agujeros de la cerradura estuuo mirando, y escuchando lo que los dos tratauan, y

vio

vio que en mas de media hora Lotario no hablò palabra a Camila, ni se la hablára, si alli estuuiera vn siglo Y cayò en la cuenta, de que quanto su amigo le auia dicho, de las respuestas de Camila, todo era ficcion, y mentira Y para ver si esto era ansi, salio del aposento, y llamádo a Lotario a parte, le pregunto, que nueuas auia, y de que temple estaua Camila? Lotario le respondio, que no pensaua mas darle puntada en aquel negocio, porque respondia tan aspera, y desabridamente, que no tendria animo para boluer a dezirle cosa alguna. Hà, dixo Anselmo. Lotario, Lotario, y quan mal correspódes a lo que me deues, y a lo mucho que de ti confio. Aora te he estado mirando, por el lugar que concede la entrada desta llaue, y he visto que no has dicho palabra a Camila. Por donde me doy a entẽder, que aun las primeras le tienes por dezir: y si esto es assi, como sin duda lo es, para que me engañas? O porque quieres quitarme con tu industria, los medios que yo podria hallar para cõseguir mi deseo? No dixo mas Anselmo, pero bastò lo que auia dicho, para dexar corrido, y confuso a Lotario. El qual casi como tomãdo por punto de hõra, el auer sido hallado en mentira, jurò a Anselmo, que desde aquel momento, tomaua tan a su cargo el contentalle, y no mentille, qual lo veria, si cõ curiosidad lo espiaua: quanto mas, que no seria menester vsar de ninguna diligencia, porque la que el pensaua poner en satisfazelle, le quitaria de toda sospecha. Creyole Anselmo, y para dalle comodidad mas segura, y menos sobresaltada, determino de hazer ausencia de su casa, por ocho dias, y endose a la dovn amigo suyo, que estaua en vna aldea, no lexos de la

Ciudad. Con el qual amigo concerto, que le embiasse a llamar con muchas veras, para tener ocasion có Camila, de su partida. Desdichado, y mal aduertido de ti Anselmo, que es lo que hazes? que es lo que traças? que es lo que ordenas? Mira que hazes contra ti mismo, traçando tu deshonra, y ordenando tu perdicion. Buena es tu esposa Camila, quieta, y sossegadamente la possees, nadie sobresalta tu gusto, sus pensamientos no salen de las paredes de su casa, tu eres su cielo en la tierra, el blanco de sus desseos, el cumplimiento de sus gustos, y la medida por donde mide su voluntad, ajustandola en todo con la tuya, y con la del cielo. Pues si la mina de su honor, hermosura, honestidad, y recogimiento, te da sin ningun trabajo, toda la riqueza que tiene, y tu puedes desseara para que quieres ahondar la tierra, y buscar nueuas vetas, de nueuo, y nunca visto tesoro, poniendote a peligro, que toda venga abaxo, pues en fin se sustenta sobre los debiles arrimos de su flaca naturaleza? Mira que el que busca lo imposible, es justo que lo posible se le niegue. Como lo dixo mejor vn Poeta, diziendo.

Busco en la muerte la vida,
Salud en la enfermedad,
En la prision libertad,
En lo cerrado salida,
Y en el traydor lealtad.
Pero mi suerte de quien
Iamas espero algun bien,

Con el cielo ha estatuydo,
Que pues lo imposible pidas,
Lo posible aun no me den.

Fuese otro dia Anselmo a la aldea, dexando dicho a Camila, que el tiempo que el estuuiesse ausente, vendria Lotario a mirar por su casa, y a comer cõ ella, que tuuiesse cuydado de tratalle como a su mesma persona. Afligiose Camila, como muger discreta, y honrada, de la orden que su marido le dexaua: y dixole que aduirtiesse, que no estaua bien, que nadie el ausente, ocupasse la silla de su mesa, y q̃ si lo hazia por no tener confiança, que ella sabria gouernar su casa, que prouasse por aquella vez, y veria por experiencia, como para mayores cuydados era bastante. Anselmo le replicò, que aquel era su gusto, y que no tenia mas que hazer, que baxar la cabeça, y obedecelle. Camila dixo, que ansi lo haria, aunque contra su voluntad. Partiose Anselmo, y otro dia vino a su casa Lotario, donde fuè rescebido de Camila, con amoroso, y honesto acogimiento. La qual jamas se puso en parte, donde Lotario la viesse a solas, porque siempre andaua rodeada de sus criados, y criadas, especialmente de vna donzella suya, llamada Leonela, a quien ella mucho queria, por auerse criado desde niñas las dos jũtas, en casa de los padres de Camila, y quando se caso con Anselmo, la truxo cõsigo. En los tres dias primeros, nunca Lotario le dixo nada, aunque pudiera quando se leuantauan los manteles, y la gente se yua a comer cõ mucha priessa, porq̃ assi se lo tenia mandado Camila. Y aun tenia

orden Leonela, que comiesse primero que Camila, y que de su lado jamas se quitasse: mas ella, que en otras cosas de su gusto tenia puesto el pensamiento, y auia menester aquellas horas, y aquel lugar, para ocuparle en sus contentos, no cumplia todas vezes el mandamiento de su señora, antes los dexaua solos, como si aquello le vuieran mandado. Mas la honesta presencia de Camila, la grauedad de su rostro, la compostura de su persona, era tanta, que ponia freno a la lengua de Lotario. Pero el prouecho que las muchas virtudes de Camila hizieron, poniendo silencio en la lengua de Lotario, redundó mas en daño de los dos. Porque si la lengua caualla, el pensamiento discurria, y tenia lugar de contemplar parte por parte, todos los estremos de bondad, y de hermosura que Camila tenia, bastantes a enamorar vna estatua de Marmol, no que vn coraçon de carne. Mirauala Lotario en el lugar, y espacio que auia de hablarla, y cónsideraua, quan digna era de ser amada. y esta consideracion començo poco a poco, a dar assaltos a los respectos que a Anselmo tenia, y mil vezes quiso ausentarse de la Ciudad, y yrse donde jamas Anselmo le viesso a el, ni el viesse a Camila: mas ya le hazia impedimento, y detenia el gusto que hallaua en mirarla. Haziase fuerça, y peleaua consigo mismo, por desechar, y no sentir el contento, que le leuaua a mirar a Camila. Culpauase a solas de su desatino, llamauase mal amigo, y aun mal Christiano. Hazia discursos, y comparaciones entre el, y Anselmo, y todos parauan en dezir, que mas auia sido la locura, y confiança de Anselmo, que su poca fidelidad. Y que si assi vuiera disculpa para

con

con Dios, como para con los hombres, de lo que pẽsaua hazer, que no temiera pena por su culpa. En ese &to, la hermosura, y la bondad de Camila, juntamente con la ocasion q̃ el ignorante marido le auia puesto en las manos, dieron con la lealtad de Lotario en tierra. Y sin mirar a otra cosa, q̃ aquella a q̃ su gusto le inclinaua, al cabo de tres dias de la ausencia de Anselmo, en los quales estuuo en cõtima batalla, por resistir a sus desseos, começò a requebrar a Camila, cõ tanta turbacion, y con tan amorosas razones, que Camila quedò suspensa, y no hizo otra cosa, que leuantarse de donde estaua, y entrarse en su aposento, sin responderle palabra alguna. Mas no por esta sequedad, se desmayò en Lotario la esperança, que siempre nace juntamente con el amor, antes tuuo en mas a Camila. La qual auiendo visto en Lotario lo que jamas pensara, no sabia que hazerse. Y pareciendole no ser cosa segura, ni bien hecha, darle ocasion, ni lugar, a que otra vez la hablasse, determinò de embiar aquella mesma noche, como lo hizo, a vn criado suyo, con vn villete a Anselmo, donde le escriuio estas razones.

Cap. XXXIIII. Donde se prosigue la nouela del curioso impertinente.

ASSI COMO suele dezirse, que parece mal el exercito sin su general, y el castillo, sin su Castellano. Digo yo, que parece muy peor la muger casada, y moça, sin su marido, quando justissimas ocasiones

no lo impiden. Yo me hallo tan mal sin vos, y tan imposibilitada, de no poder sufrir esta ausencia, que si presto no venis, me aure de yr a entretener en casa de mis padres, aunque dexe sin guarda la vuestra. Porque la que me dexastes, si es que quedò con tal titulo, creo que mira mas por su gusto, que por lo que a vos os toca, y pues soys discreto.. no tengo mas que deziros, ni aun es bien que mas os diga.

Esta carta recibio Anselmo, y entendio por ella, que Lotario auia ya començado la empresa, y que Camila deuia de auer respondido como el desseaua. Y alegre sobre manera, de tales nueuas, respondio a Camila de palabra, que no hiziesse mudamiento de su casa, en modo ninguno, porque el bolueria con mucha breuedad. Admirada quedo Camila, de la respuesta de Anselmo, que la puso en mas confusion quẽ primero, porque ni se atreuia a estar en su casa, ni menos yrse a la de sus padres. Porque en la quedada, corria peligro su honestidad, y en la yda, yua contra el mandamiento de su esposo. En fin se resoluio en lo que le estuuo peor, que fue, en el quedasse, con determinacion de no huyr la presencia de Lotario, por no dar que dezir a sus criados, y ya le pesaua de auer escrito, lo que escriuio a su esposo, temerosa de que no pensasse, que Lotario auia visto en ella alguna desemboltura, que le vuiesse mouido a no guardalle el decoro que deuia. Pero fiada en su bondad, se fio en Dios, y en su buen pensamiento, cõ que pesaua resistir callando a todo aquello que Lotario le dezirle quisiesse, sin dar mas cuenta a su marido, por no ponerle en alguna pendencia, y trabajo.

Y aun

Y aun andaua buſcando manera como diſculpar a Lotario, con Anſelmo, quando le preguntaſſe la ocaſion. que le auia mouido a eſcriuirle aquel papel. Con eſtos penſamientos, mas honrados que acertados, ni prouechoſos, eſtuuo otro dia eſcuchando a Lotario, el qual cargó la mano de manera, que començo a titubear la firmeza de Camila, y ſu honeſtidad tuuo harto que hazer en acudir a los ojos, para q̃ no dieſſen muestra de alguna amoroſa compaſsiõ, que las lagrimas, y las razones de Lotario, en ſu pecho auian deſpertado. Todo eſto notaua Lotario, y todo le encendia. Finalmẽte a el le parecio, que era meneſter en el eſpacio, y lugar, que daua la auſencia de Anſelmo, apretar el cerco a aquella fortaleza. Y aſsi acometio a ſu preſuncion, con las alabãças de ſu hermoſura, porq̃ no ay coſa que mas preſto rinda, y allane, las encaſtilladas torres, de la vanidad de las hermoſas, q̃ la meſma vanidad, pueſta en las lenguas de la adulacion. En efecto, el con toda diligencia minò la roca de ſu entereza, con tales pertrechos, que aunque Camila fuera toda de bronze, viniera al ſuelo. Llorò, rogô, ofreciò, adulò, porfiô, y fingio Lotario, con tantos ſentimiẽtos, con mueſtras de tãtas veras, q̃ dio al traues con el recato de Camila y vino a triunfar de lo q̃ menos ſe pẽſaua, y mas deſſeaua. Rindioſe Camila, Camila ſe rindio: pero q̃ mucho, ſi la amiſtad de Lotario no quedò en pie? Exemplo claro, que nos mueſtra, que ſolo ſe vence la paſsion amoroſa, con huylla, y que nadie ſe ha de poner a braços con tan poderoſo enemigo. Porque es meneſter fuerças diuinas, para vencer las ſuyas humanas Solo ſupo Leonela la flaqueza de ſu ſeñora, por-

que no se la pudieron encubrir, los dos malos amigos, y nueuos amantes. No quiso Lotario dezir a Camila la pretension de Anselmo, ni que el le auia dado lugar, para llegar a aquel punto. Porq̃ no tuuiesse en menos su amor, y pensasse que assi a caso, y sin pensar, y no de proposito, la auia solicitado. Boluio de alli a pocos dias Anselmo a su casa, y no echo de ver lo que faltaua en ella, que era lo que en menos tenia, y mas estimaua. Fuese luego a ver a Lotario, y hallole en su casa, abraçaronse los dos, y el vno preguntò por las nueuas de su vida, o de su muerte. Las nueuas que te podre dar, o amigo Anselmo, dixo Lotario, son de que tienes vna muger, que dignamẽte puede ser exemplo, y corona de todas las mugeres buenas. Las palabras que le he dicho, se las ha lleuado el ayre, los ofrecimientos se han tenido en poco, las dadiuas no se han admitido, de algunas lagrimas fingidas mias se ha hecho burla notable. En resolucion, assi como Camila es cifra de toda belleza, es archiuo donde assiste la honestidad, y viue el comedimiento, y el recato, y todas las virtudes q̃ pueden hazer loable, y bien afortunada a vna honrada muger. Buelue a tomar tus dineros amigo, que aqui los tẽgo, sin auer tenido necessidad de tocar a ellos, que la entereza de Camila, no se rinde a cosas tan baxas, como son dadiuas, ni promessas. Cõtẽtate Anselmo, y no quieras hazer mas prueuas de las hechas. Y pues apie enxuto has passado el mar de las dificultades, y sospechas, que de las mugeres suelen, y pueden tenerse, no quieras entrar de nueuo en el profundo pielago, de nueuos inconuenientes, ni quieras hazer experiencia con otro piloto, de la bondad, y

fortaleza del nauio que el cielo te dio en suerte, para que en el passasses la mar deste mundo. Sino haz cuenta que estàs ya en seguro puerto, y aferrate cõ las ancoras de la buena consideració, y dexate estar hasta que te vengan a pedir la deuda, que no ay hidalguia humana, que de pagarla se escuse. Contentissimo quedò Anselmo, de las razones de Lotario, y assi se las creyo, como si fueran dichas por algun Oraculo. Pero con todo esso le rogo, que no dexasse la empresa, aunque no fuesse mas de por curiosidad, y entretenimiento, aunque no se aprouechasse de alli adelante de tan ahincadas diligencias, como hasta entonces. Y que solo queria, que le escriuiesse algunos versos en su alabança, debaxo del nombre de Glori, porque el le daria a entender a Camila, que andaua enamorado de vna dama, a quien le auia puesto aquel nombre, por poder celebrarla, con el decoro que a su honestidad se le deuia. Y que quando Lotario no quisiera tomar trabajo de escriuir los versos, que el los haria. No sera menester esso, dixo Lotario, pues no me son tan enemigas las musas, que algunos ratos del año no me visiten. Dile tu a Camila lo que has dicho del fingimiento de mis amores, q̃ los versos yo los hare, sino tan buenos como el subjeto merece, seran por lo menos los mejores que yo pudiere. Quedaron deste acuerdo, el impertinente, y el traydor amigo. Y buelto Lotario a su casa, preguntò a Camila lo que ella ya se marauillaua, que no se lo vuiesse preguntado. Que fue, que le dixesse la ocasiõ porque le auia escrito el papel que le embio Camila, le respondio, que le auia parecido, que Lotario la miraua vn poco mas desembueltamente, que

quando el estaua en casa. Pero que ya estaua desengañada, y creya que auia sido imaginación suya, porque ya Lotario huya de vella, y de estar con ella a solas. Dixole Anselmo, que bien podia estar segura de aquella sospecha, porque el sabia que Lotario andaua enamorado de vna donzella principal de la Ciudad, a quié el celebraua debaxo del nombre de Clori, y que aunque no lo estuuiera, no auia que temer de la verdad de Lotario, y de la mucha amistad de entrambos. Y a no estar auisada Camila de Lotario, de que eran fingidos aquellos amores de Clori, y q̃ el se lo auia dicho a Anselmo, por poder ocuparse algunos ratos en las mismas alabanças de Camila, ella sin duda cayera en la desesperada red de los zelos: mas por estar ya aduertida, passò aquel sobresalto sin pesadumbre. Otro dia, estando los tres sobre mesa, rogò Anselmo a Lotario, dixesse alguna cosa de las que auia compuesto a su amada Clori, que pues Camila no la conocia, seguramente podia dezir lo que quisiesse. Aunque la conociera, respondio Lotario, no encubriera yo nada, porque quando algun amante loa a su dama de hermosa, y la nota de cruel, ningun oprobrio haze a su buen credito. Pero sea lo que fuere, lo que se dezir, que ayer hize vn soneto a la ingratitud desta Clori, que dize assi.

SONETO.

EN el silencio de la noche, quando
Ocupa el dulce sueño a los mortales,
La pobre cuenta de mis vicos males,
Estoy al cielo, y a mi Clori dando.

Tal tiempo quando el sol se va mostrando,
Por las rosadas puertas Orientales,
Con sus pies y accentos lesignales,
Voy la antigua querella renouando.
Y quando el sol de su estrellado assiento,
Derechos rayos a la tierra embia,
El llanto crece y doblo los gemidos.
Buelue la noche, y buelvo al triste cuento,
Y siempre hallo en mi mortal porfia,
Al cielo sordo, a Clori sin oydos.

Bien le parecio el soneto a Camila, pero mejor a Anselmo, pues le alabò, y dixo que era demasiadamente cruel la dama, que a tan claras verdades no correspondia. A lo que dixo Camila: Luego todo aquello que los Poetas enamorados dizen, es verdad? En quanto Poetas no la dizen, respondio Lotario, mas en quanto enamorados siempre quedan cortos, como verdaderos. No ay duda desto, replicò Anselmo, todo por apoyar, y acreditar los pensamiétos de Lotario, con Camila, tan descuydada del artificio de Anselmo, como ya enamorada de Lotario. Y assi con el gusto que de sus cosas tenia, y mas teniendo por entendido, que sus deseos, y escritos, a ella se encaminauan, y que ella era la verdadera Clori, le rogò, que si otro soneto, o otros versos sabia los dixesse? Si se, respondio Lotario, pero no creo que es tan bueno como el primero, o por mejor dezir, menos malo. Y podreys vos bien juzgar, pues es este.

SONE

SONETO.

YO se que muero, y si no soy creydo,
Es mas cierto el morir, como es mas cierto,
Verme a tus pies, ò bella ingrata muerto,
Antes que de adorarte arrepentido.
Podre yo verme en la region de olvido,
De vida, y gloria, y de fauer desierto,
Y alli verse podra en mi pecho abierto,
Como tu hermoso rostro està esculpido.
Que esta reliquia guardo para el duro
Trance, que me amenaza mi porfia,
Que en tu mismo rigor se fortaleze.
Ay de aquel que navega el cielo escuro,
Por mar no vsado, y peligrosa via,
Adonde norte, o puerto no se ofrece

Tambien alabò este segundo soneto Anselmo, como auia hecho el primero, y desta manera yua añadiendo, eslauon, a eslauon, a la cadena, con que se enlazaua, y trauaua su deshonra, pues quando mas Lotario le deshonraua, entonces le dezia que estaua mas honrado. Y con esto, todos los escalones que Camila baxa, hàzia el centro de su menosprecio, los subia en la opinion de su matido, hàzia la cumbre de la virtud, y de su buena fama. Sucedio en esto, que hallandose vna vez entre otras, sola Camila con su donzella, le dixo: Corrida estoy amiga Leonela, de

ver

ver en quan poco he sabido estimarme pues si quiera no hize, que con el tiempo comprara Lotario, la entera posseſsion que le di tan presto de mi voluntad. Temo que ha de estimar mi presteza, o ligereza, sin que eche de ver la fuerça que el me hizo, para no poder resistirle. No te de pena esso señora mia, respondio Leonela, que no está la monta, ni es causa para mengua, la estimacion, darse lo que se da presto, si en efecto lo que se da es bueno, y ello por si digno de estimarse. Y aun suele dezirse, q̃ el que luego da, da dos vezes. Tambien se suele dezir, dixo Camila, que lo q̃ cuesta poco, se estima en menos. No corre por ti essa razon, respódio Leonela. porque el amor, segun he oydo dezir, vnas vezes buela, y otras anda, con este corre, y con aquel va despacio, a vnos enzibia, y a otros abrasa, a vnos hiere, y a otros mata. En vn mesmo pũto comiẽça la carrera de sus desseos, y en aquel mesmo pũto la acaba, y cõcluye. Por la mañana suele poner el cerco a vna fortaleza, y a la noche la tiene rendida, porque no ay fuerça que le resistia. Y siendo assi, de que te espantas, o de que temes, si lo mismo deue de auer acontecido a Lotario, auiendo tomado el amor por instrumento de rẽdirnos la ausencia de mi señor? Y era forçoso q̃ en ella se concluyesse lo que el amor tenia determinado, sin dar tiempo al tiempo, para que Anselmo le tuuiesse de boluer, y cõ su presencia quedasse imperfecta la obra? Porq̃ el amor no tiene otro mejor ministro, para executar lo que dessea, que es la ocasion: de la ocasion se sirue en todos sus hechos, principalmente en los principios. Todo esto se yo muy bien, mas de experiencia, q̃ de oydas: y algun dia te lo dire señora, q̃ yo tam-

yo tambien soy de carne, y de sangre moça. Quanto mas señora Camila, que no te entregaste, ni diste tan luego, que primero no vuiesses visto, en los ojos, en los suspiros, en las razones, y en las promessas, y dadiuas de Lotario, toda su alma, viendo en ella, y en sus virtudes, quan digno era Lotario de ser amado. Pues si esto es ansi, no te assalten la imaginacion, essos escrupulosos, y melindrosos pensamientos, sino assegurate, que Lotario te estima, como tu le estimas a el, y viue con contento, y satisfacion, de que ya que cayste en el lazo amoroso, es el que te aprieta de valor, y de estima. Y que no solo tiene las quatro. SS. que dizen que hã de tener los buenos enamorados, sino todo vn A.b.c. entero: sino escuchame, y veras como te le digo de coro. El es segũ yo veo, y a mi me parece, agradecido, bueno, cauallero, dadiuoso, enamorado, firme, gallardo, honrado, ilustre, leal, moço, noble, honesto, principal, quantioso, rico: y las. SS. que dizen. Y luego, tacito, verdadero. La. X. no le quadra, porq̃ es letra aspera. La. Y. ya està dicha. La. Z. zelador de tu honra. Riose Camila del A.b.c. de su donzella, y tuuola por mas platica en las cosas de amor, que ella dezia. Y assi lo confesso ella, descubriendo a Camila, como trataua amores con vn mãcebo bien nacido, de la mesma Ciudad. De lo qual se turbô Camila, temiendo que era aquel camino por donde su honra podia correr riesgo. Apurola, si passauan sus platicas a mas que ser lo. Ella con poca verguença, y mucha desemboltura, le respondio, que si passauan. Porque es cosa ya cierta, que los descuydos de las señoras, quitan la verguença a las criadas, las quales quando ven a las amas, echar tras

pies,

,no se les da nada a ellas, de coxear, ni de que epan. No pudo hazer otra cosa Camila, sino ar a Leonela, no dixesse nada de su hecho, al e dezia ser su amante, y que tratasse sus cosas on secreto, porque no viniessen a noticia de Anelmo, ni de Lotario. Leonela respondio, que assi o haria, mas cumpliolo de manera, que hizo cierto el temor de Camila, de que por ella auia de perder su credito. Porque la deshonesta, y atreuida Leonela, despues que vio, que el proceder de su ma no era el que solia, atreuiose a entrar, y poner dentro de casa a su amante, confiada que aunque su señora le viesse, no auia de osar descubrirle. Que este daño acarrean entre otros, los pecados de las señoras, que se hazen esclauas de sus mesmas criadas, y se obligan a encubrirles sus deshonestidades, y vilezas, como acontecio con Camila. Que aũque vio vna, y muchas vezes, que su Leonela estaua con su galan en vn aposento de su casa, no solo no le osaua reñir, mas dauale lugar a que lo encerrasse, y quitauale todos los estorues, para que no viesse visto de su marido. Pero no los pudo quitar, que Lotario no le viesse vna vez salir, al romper el alua. El qual sin conocer quien era, penso primero que deuia de ser alguna fantasma. Mas quando le vio caminar, emboçarse, y encubrirse, con cuydado, y recato, cayò de su simple pensamiento, y dio en otro, que fuera la perdicion de todos, Camila no lo remediara. Penso Lotario, que aquel hombre que auia visto salir tan a deshora, de casa de Anselmo, no auia entrado en ella por Leonela.

neta, ni aũ se acordo si Leoncla era en el mũdo. Solo creyò que Camila, de la misma manera que auia sido facil, y ligera có el, lo era para otro, que estas añadiduras, trae consigo la maldad de la muger mala, que pierde el credito de su honra, con el mesmo a quien se entregò rogada, y persuadida. Y cree que con mayor facilidad se entrega a otros, y da infalible credito, a qualquiera sospecha que desto le venga. Y no parece, sino que le faltò a Lotario en este punto todo su buen entendimiento, y se le fueron de la memoria todos sus aduertidos discursos. Pues sin hazer alguno que bueno fuesse, ni aun razonable, sin mas ni mas, antes que Anselmo se leuantasse impaciente, y ciego de la zelosa rabia, que las entrañas le roya, muriendo por vengarse de Camila, que en ninguna cosa le auia ofendido, se fue a Anselmo, y le dixo. Sabete Anselmo, que ha muchos dias que he andado peleando conmigo mesmo, haziendome fuerça, a no dezirte lo que ya no es posible, ni justo, que mas te encubra. Sabete que la fortaleza de Camila, està ya rendida, y sugeta a todo aquello que yo quisiere hazer della, y si he tardado en descubrirte esta verdad, ha sido por ver si era algun liuiano antojo suyo, o si lo hazia por prouarme, y ver si eran con proposito firme tratados, los amores que con tu licencia con ella he començado. Crey ansi mismo, que ella si fuera la que deuia, y la entrambos pensauamos, ya te vuiera dado cuenta de mi solicitud. Pero auiendo visto que se tarda, conozco que son verdaderas, las promessas que me ha dado, de que quãdo otra vez hagas ausencia de tu casa, me hablarà en la recamara, dõde està el repuesto de

tu

tus alhajas,(y era la verdad, que alli le solia hablar Camila,) y no quiero que precipitosamente corras a hazer alguna vengança. Pues no está aun cometido el pecado,sino cō pensamiento, y podria ser, q̄ deste,este hasta el tiempo de ponerle por obra, se mudasse el de Camila,y naciesse en su lugar el arrepentimiento. Y assi ya que en todo, o en parte has seguido siempre mis consejos, sigue, y guarda vno que ahora te dirè,para que sin engaño,y con medroso aduertimiēto te satisfagas de aquallo q̄ mas vieres que te conuenga. Finge que te ausentas por dos o tres dias,como otras vezes sueles,y haz de manera que te quedes escōdido en tu recamara, pues los tapizes que alli ay,y otras cosas con que te puedas encubrir,te ofrecen mucha comodidad, y entōces veras por tus mismos ojos, y yo por los mios,lo q̄ Camila quiere:y si fuere la maldad que se puede temer antes que esperar,cō silencio, sagacidad,y discrecion podras ser el verdugo de tu agrauio. Abforto,suspenso,y admirado quedò Anselmo,con las razones de Lotario, porque le cogieron en tiempo donde menos las esperaua oyr, porque ya tenia a Camila por vencedora de los fingidos assaltos de Lotario,y començaua a gozar la gloria del vencimiento. Callando estuuo por vn buen espacio mirando al suelo sin mouer pestaña,y alcabo dixo: Tu lo has hecho Lotario, como yo esperaua de tu amistad, en todo he de seguir tu cōsejo,haz lo que quisieres.y guarda aquel secreto,que ves que conuiene en caso tan no pensado. Prometiòselo Lotario, y en apartandose del,se arrepintio totalmente de quanto le auia dicho,viendo quan neciamente auia

andado, pues pudiera el vengarse de Camila, y no por camino tan cruel, y tan deshonrado. Maldezia su entendimiento, afeaua su ligera determinació, y no sabia q̃ medio tomarse para deshazer lo hecho, o para dalle alguna razonable salida. Al fin acordò de dar cuenta de todo a Camila, y como no faltaua lugar para poderlo hazer, aquel mismo dia la hallò sola: y alli assi como vio que le podia hablar, le dixo: Sabed amigo Lotario que tengo vna pena en el coraçon, que me le aprieta de suerte, que parece q̃ quiere rebẽtar en el pecho, y ha de ser maravilla, si no lo haze. Pues ha llegado la desuerguença de Leonela a tanto, q̃ cada noche encierra a vn galan suyo en esta casa, y se està con el hasta el dia, tan acosta de mi credito, quanto le quedarà campo abierto de juzgarlo al que le viere salir a horas tan inusitadas de mi casa: y lo q̃ me fatiga es que no la puedo castigar, ni reñir. Que el ser ella secretario de mis tratos me ha puesto vn freno en la boca, para callar los suyos, y temo que de aqui ha de nacer algũ mal sucesso. Al principio que Camila esto dezia, creyo Lotario que era artificio para desmentille, que el hõbre que auia visto salir era de Leonela, y no suyo: pero viendola llorar, y afligirse, y pedirle remedio, vino a creer la verdad, y en creyendola acabò de estar confuso, y arrepentido del todo. Pero con todo esto respondio a Camila, que no tuuiesse pena que el ordenaria remedio para atajar la insolencia de Leonela. Dixole assi mismo lo que instigado de la furiosa rauia de los zelos auia dicho a Anselmo, y como estaua concertado de esconderse en la recamara para ver desde alli a la clara la poca lealtad,

que

que ella le guardaua. Pidiole perdon desta locura, y consejo para poder remedialla, y salir bien de tan rebuelto laberinto, como su mal discurso le auia puesto. Espantada quedó Camila de oyr lo que Lotario le dezia, y con mucho enojo, y muchas, y discretas razones le riñò, y afeó su mal pensamiento, y la simple, y mala determinacion que auia tenido. Pero como naturalmente tiene la muger ingenio presto para el bien, y para el mal, mas que el varon: puesto q̃ le va faltando, quando de proposito se pone a hazer discursos: luego al instante halló Camila el modo de remediar tan al parecer irremediable negocio, y dixo a Lotario q̃ procurasse q̃ otro dia se escondiesse Anselmo donde dezia, porque ella pensaua sacar de su escondimiento comodidad, para q̃ desde alli en adelante los dos se gozassen sin sobresalto alguno: y sin declararle del todo su pensamiento le aduirtio q̃ tuuiesse cuydado q̃ en estando Anselmo escondido, el viniesse quando Leonela le llamasse, y q̃ a quãto ella le dixesse, le respondiesse, como respondiera, aunq̃ no supiera q̃ Anselmo le escuchaua. Por fiò Lotario, q̃ le acabasse de declarar su intẽciò, porq̃ cõ mas seguridad, y auiso guardasse todo lo q̃ viesse ser necessario. Digo, dixo Camila, q̃ no ay mas q̃ guardar, sino fuere respõderme como yo os preguntare. No queriendo Camila darle antes cuenta de lo que pensaua hazer, temerosa que no quisiesse seguir el parecer que a ella tan bueno le parecia, y siguiesse, o buscasse otros, q̃ no podrian ser tã buenos. Cõ esto se fue Lotario, y Anselmo otro dia cõ la escusa de yr aq̃lla aldea de su amigo se partio, y boluio a esconderse, q̃ lo pudo hazer con

comodidad, porque de induſtria ſe la dieron Camila, y Leonela. Eſcondido pues Anſelmo con aquel ſobreſalto que ſe puede imaginar, que tendria el q̃ eſperaua ver por ſus ojos hazer notomia de las entrañas de ſu honra, y ualo a pique de perder el ſumo bié, que el penſaua que tenia en ſu querida Camila. Seguras ya, y ciertas Camila, y Leonela, que Anſelmo eſtaua eſcondido, entraró en la recamara, y apenas huuo pueſto los pies en ella Camilia, quando dãdo vn grande ſuſpiro dixo: Ay Leonela amiga, no ſeria mejor que antes que llegaſſe a poner en execucion lo que no quiero que ſepas, porque no procures eſtoruarlo, que tomaſſes la daga de Anſelmo que te he pedido, y paſſaſſes con ella eſte infame pecho mio? Pero no hagas tal, que no ſera razó q̃ yo lleue la pena de la agena culpa. Primero quiero ſaber, que es lo que vieron en mi los atreuidos, y deshoneſtos ojos de Lotario, q̃ fueſſe cauſa de darle atreuimiento a deſcubrirme vn tan mal deſſeo, como es el que me ha deſcubierto en deſprecio de ſu amigo, y en deshonra mia. Ponte Leonela a eſſa vẽtana, y llamale, que ſin duda alguna de deue de eſtar en la calle eſperando poner en efeto ſu mala intencion. Pero primero ſe pondra la cruel, quanto hõrada mia. Ay ſeñora mia, reſpondio la ſagaz, y aduertida Leonela, y que es lo que quieres hazer con eſta daga? Quieres por ventura quitarte la vida, o quitarſela a Lotario? q̃ qualquiera deſtas coſas que quieras ha de redundar en perdida de tu credito, y fama. Mejor es que diſsimules tu agrauio, y no des lugar a que eſte mal hombre entre aora en eſta caſa, y nos halle ſolas: mira ſeñora que ſomos flacas mugeres,

mugeres, y el es hóbre, y determinado, y como vie ne con aquel mal proposito ciego, y apassionado, quiça antes que tu pongas en execucion el tuyo ha ra el lo que te estaria mas mal, que quitarte la vida. Mal aya mi señor Anselmo, que tanto mal ha que rido dar a este desuella caras en su casa. Y ya señora que le mates, como yo pienso, que quieres hazer que hemos de hazer del despues de muerto? Que amiga, respondio Camila, dexaremosle, para que Anselmo le entierre: pues serâ justo que tenga por descanso el trabajo que tomare en poner debaxo de la tierra su misma infamia. Llamale acaba, que todo el tiempo que tardo en tomar la deuida ven gança de mi agravio, parece q̃ ofendo a la lealtad q̃ a mi esposo deuo. Todo esto escuchaua Anselmo, y a cada palabra que Camila dezia, se le mudauan los pensamientos. Mas quando entendio que estaua re suelta en matar a Lotario, quiso salir, y descubrirse, porque tal cosa no se hiziesse: pero detuuole el des seo de ver en que paraua tanta gallardia, y honesta resolucion, con proposito de salir a tiempo que la estoruasse. Tomole en esto a Camila vn fuerte des mayo, y arrojandose encima de vna cama que alli estaua, començò Leonela a llorar muy amargamen te, y a dezir: Ay desdichada de mi, si fuesse tan sin ventura, que se me muriesse aqui entre mis braços la flor de la honestidad del mundo, la corona de las buenas mugeres, el exẽplo de la castidad, cõ otras cosas a estas semejantes, que ninguno la escuchara que no la tuuiera por la mas lastimada, y leal don zella del mundo: y a su señora por otra nueua, y per seguida Penelope. Poco tardò en boluer de su des

mayo Camila, y al boluer en ſi, dixo: Porque no vas Leonela a llamar al mas leal amigo de amigo q̃ vio el ſol, o cubrio la noche. Acaba, corre, aguija, camina, no ſe esfogue con la tardança el fuego de aquella que tengo, y ſe paſſe en amenazas, y maldiciones la juſta vengança que eſpero. Ya voy a llamarle, ſeñora mia, dixo Leonela, mas has me de dar primero eſſa daga, porq̃ no hagas coſa en tanto que falto, que dexes con ella que llorar toda la vida a todos los que bié te quieren. Ve ſegura Leonela amiga, que no harè, reſpondio Camila: porque ya que ſea atreuida, y ſimple a tu parecer en boluer por mi hóra, no lo he de ſer tanto como aquella Lucrecia, de quien dizen, que ſe matò ſin auer cometido error alguno, y ſin auer muerto primero a quien tuuo la cauſa de ſu deſgracia: yo morire ſi muero, pero ha de ſer vengada, y ſatisfecha del que me ha dado ocaſion de venir a eſte lugar a llorar ſus atreuimientos, nacidos tan ſin culpa mia. Mucho ſe hizo de rogar Leonela antes que ſalieſſe a llamar a Lotario, pero en fin ſalio, y entretanto que boluia quedò Camilia diziendo, como que hablaua conſigo miſma: Valame Dios, no fuera mas acertado auer deſpedido a Lotario, como otras muchas vezes lo he hecho, que no ponerle en condicion, como ya le he pueſto, que me tenga por deshoneſta, y mala, ſiquiera eſte tiempo que he de tardar en deſengañarle? mejor fuera ſin duda: pero no quedara yo vengada, ni la honra de mi marido ſatisfecha, ſi tã a manos lauadas, y tan a paſſo llano ſe boluiera a ſalir de donde ſus malos penſamientos le entraron. Pague el traydor con la vida, lo que intentò con tan

laſciuo

asciuo desseo. Sepa el mundo (si acaso llegare a saberlo) de q̃ Camila no solo guardò la lealtad a su esposo, sino que le dio vengança del que se atreuio a ofendelle. Mas con todo creeo, que fuera mejor dar cuenta desto a Anselmo, pero ya se la apunté a dar en la carta que le escriui al aldea, y creo que el no acudir el al remedio del daño que alli le señalè, nacio de ser que de puro bueno, y confiado, no quiso, ni podo creer que en el pecho de su tan firme amigo pudiesse caber genero de pensamiento que contra su honra fuesse, ni aũ yo lo crey despues por muchos dias, ni lo creyera jamas, si su insolencia no llegara a tanto, que las manifiestas dadiuas, y las largas promessas, y las continuas lagrimas no me lo manifestaran. Mas para que hago yo aora estos discursos? tiene por ventura vna resolucion gallarda, necessidad de consejo alguno? no por cierto. A fuego pues traydores, aqui venganças: entre el falso, vengança, llegue, muera, y acabe, y suceda lo que sucediere. Limpia entrè en poder del que el cielo me dio por mio, limpia he de salir del, y quando mucho saldre bañada en mi casta sangre, y en la impura del mas falso amigo que vio la amistad en el mũdo: y diziendo esto se passeaua por la sala cõ la daga desembaynada, dando tan desconcertados, y desaforados passos, y haziendo tales ademanes, que no parecia sino que le faltaua el juyzio, y que no era muger delicada, sino vn rufian desesperado. Todo lo miraua Anselmo cubierto detras de vnos tapizes donde se auia escondido, y de todo se admiraua, y ya le parecia que lo que auia visto, y oido era bastãte satisfacio para maiores sospechas,

y ya quisiera q̃ la prueua de venir Lotario faltara, temeroso de algun mal repentino sucesso. y estando ya para manifestarse, y salir para abraçar, y desengañar a su esposa, se detuuo, porque vio que Leonela boluia con Lotario de la mano, y assi como Camila le vio haziendo con la daga en el suelo vna gran raya delante della, le dixo: Lotario aduierte lo que te digo si a dicha te atreuieres a passar desta raya q̃ ves, ni aun llegar a ella, en el punto que viere que lo intentas, en esse mismo me passaré el pecho con esta daga que en las manos tẽgo: y antes q̃ a esto me respondas palabra, quiero que otras algunas me escuches, que despues respõderas lo que mas te agradare. Lo primero, quiero Lotario que me digas si conoces a Anselmo mi marido, y en que opinion le tienes? Y lo segundo quiero saber tambien si me conoces a mi? Respondeme a esto, y no te turbes, ni pienses mucho lo que has de respõder: pues no son dificultades las que te pregunto. No era tan ignorante Lotario, que desde el primer punto que Camila le dixo que hiziesse esconder a Anselmo, no huuiesse dado en la cuenta de lo que ella pẽsaua hazer, y assi correspondio con su intencion tan discretamente, y tan a tiempo, que hizieran los dos passar aquella mentira por mas que cierta verdad, y assi respondio a Camila desta manera: No pense yo, hermosa Camila, que me llamauas para preguntarme cosas tan fuera de la intencion con que yo aqui vengo: si lo hazes por dilatarme la prometida merced, delde mas lexos pudieras entretenerla, porque tanto mas fatiga el bien desseado, quanto la es-

pe-

perança esta mas cerca de posseello: pero porque no digas que no respondo a tus preguntas, dessō q̄ conozco a tu esposo Anselmo, y nos conocemos los dos desde nuestros mas tiernos años, y no quiero dezir lo que tu tambien sabes de nuestra amistad por me hazer testigo del agrauio que el amor haze que le haga poderosa disculpa de mayores yerros. A ti te conozco, y tengo en la misma possession que el te tiene, que a no ser assi, por menos prēdas que las tuyas no auia yo de yr cōtra lo que deuo a ser quien soy, y cōtra las santas leyes de la verdadera amistad, aora por tan poderoso enemigo como el amor por mi rompidas, y violadas. Si esso cōfessas? respondio Camila, enemigo mortal de todo aquello que justamente merece ser amado, cō que vostro osas parecer ante quien sabes que es el espejo donde se mira aquel en quien tu te deuieras mirar, para que vieras con quan poca ocasion le agrauias? Pero ya cayo, ai desdichada de mi, en la cuenta de quien te ha hecho tener tan poca cōn lo que a ti mismo deues, que deue de auer sido alguna desemboltura mia, que no quiero llamarla deshonestidad, pues no aura procedido de deliberada determinacion, sino de algun descuydo de los que las mugeres, que piensan que no tienen de quien recatarse, suelen hazer inaduertidamente. Sino dime quā do, o traydor, respondi a tus ruegos, con alguna palabra, o señal, que pudiesse despertar en ti alguna sombra de esperança, de cumplir tus infames deseos? Quādo tus amorosas palabras no fueron desechas, y reprehendidas de las mias, con rigor, y

con aſpereza? Quando tus muchas promeſſas, y mayores dadiuas fueron de mi creydas, ni admitidas? Pero por parecerme q̃ alguno no puede perſeuerar en el intento amoroſo luengo tiempo, ſino es ſuſtentado de alguna eſperança, quiero atribuyrme a mi la culpa de tu impertinencia: pues ſin duda algun deſcuydo mio ha ſuſtentado tanto tiempo tu cuydado, y aſsi quiero caſtigarme, y darme la pena que tu culpa merece. Y porque vieſſes que ſiendo conmigo tan inhumana, no era poſsible dexar de ſerlo cõtigo, quiſe traerte a ſer teſtigo del ſacrificio que pienſo hazer a la ofendida honra de mi tan honrado marido, agrauiado de ti con el mayor cuydado que te ha ſido poſsible: y de mi tambien con el poco recato q̃ he tenido del huyr la ocaſion ſi alguna te di para fauorecer, y canonizar tus malas intenciones. Torno a dezir, que la ſoſpecha que tengo que algun deſcuydo mio engendrò en ti tã deſuariados penſamientos, es la que mas me fatiga, y la q̃ yo mas deſſeo caſtigar con mis propias manos: porque caſtigãdome otro verdugo, quiça ſeria mas publica mi culpa: pero antes que eſto haga quiero matar muriendo, y lleuar conmigo quien me acabe de ſatisfazer el deſſeo de la vengança que eſpero, y tengo, viendo alla donde quiera que fuere la pena que da la juſticia deſintereſſada, y que no ſe dobla al que en terminos tan deſeſperados me ha puesto. Y diziendo eſtas razones con vna increyble fuerça, y ligereza arremetio a Lotario con la daga deſembaynada, con tales mueſtras de querer enclauarſela en el pecho, que caſi el eſtuuo en duda,

da, si aquellas demostraciones eran falsas, o verdaderas, porque le fue forçoso valerse de su industria, y de su fuerça, para estoruar que Camila no le diesse, la qual tan vivamente fingia aquel estraño embuste, y fealdad, que por dalle color de verdad la quiso matizar con su misma sangre: porque viendo que no podia auer a Lotario, o fingiendo que no podia, dixo: Pues la suerte no quiere satisfazer del todo mi tan justo desseo, a lomenos no será tan poderosa que en parte me quite que no le satisfaga: y haziendo fuerça para soltar la mano de la daga que Lotario la tenia asida, la sacò, y guiando su punta por parte que pudiesse herir, no profundamente, se la entrò, y escòdio por mas arriba de la islilla del lado izquierdo jũto al ombro, y luego se dexò caer é el suelo como desmayada. Estauã Leonela y Lotario suspẽsos, y atonitos, de tal sucesso: y toda via dudauan de la verdad de aquel hecho, viendo a Camila tendida en tierra, y bañada en su sangre: acudio Lotario con mucha presteza, despauorido, y sin aliento a sacar la daga, y en ver la pequeña herida salio del temor que hasta entonces tenia, y de nueuo se admirò de la sagazidad, prudencia, y mucha discrecion de la hermosa Camila: y por acudir con lo que a el le tocaua, començò a hazer vna larga, y triste lamentacion sobre el cuerpo de Camila, como si estuuiera difũnta, echandose muchas maldiciones, no solo a el, sino al que auia sido causa de auelle puesto en aquel termino. Y como sabia que le escuchaua su amigo Anselmo, dezia cosas, que el que le oyera le tuuiera mucha

mas

mas laſtima que a Camila, aũque por muerta la juzgara. Leonela la tomò en braços, y la puſo en el lecho, ſuplicando a Lotario fueſſe a buſcar quien ſecretamente a Camila curaſſe. Pediale aſsi miſmo conſejo, y parecer de lo que diria a Anſelmo de aquella herida de ſu ſeñora, ſi a caſo vinieſſe antes que eſtuuieſſe ſana. El reſpondio que dixeſſen lo que quiſieſſen, que el no eſtaua para dar cõſejo que de prouecho fueſſe, ſolo le dixo que procuraſſe tomarle la ſangre, porque el ſe yua adonde gentes no le vieſſen. Y con mueſtras de mucho dolor, y ſentimiento ſe ſalio de caſa, y quando ſe vio ſolo, y en parte donde nadie le veya, no ceſſaua de hazerſe Cruzes, marauillandoſe de la inſtrudia de Camila, y de los ademanes tan proprios de Leonela. Cõſideraua quan enterado auia de quedar Anſelmo de q̃ tenia por muger a vna ſegunda Porcia, y deſſeaua verſe con el, para celebrar los dos la mentira, y la verdad, mas diſsimulada, que jamas pudiera imaginarſe. Leonela tomò, como ſe ha dicho, la ſangre a ſu ſeñora, que no era mas de aquello que baſtò para acreditar ſu embuſte, y lauando con vn poco de vino la herida, ſe la atò lo mejor que ſupo, diziendo tales razones en tanto que la curaua, que aunque no huuieran precedido otras, baſtaran a hazer creer a Anſelmo q̃ tenia en Camila vn ſimulacro de honeſtidad. Iuntaronſe a las palabras de Leonela, otras de Camila, llamandoſe cobarde, y de poco animo, pues le auia faltado al tiempo que fuera mas neceſſario tenerle, para quitarſe la vida, que tan abo recida tenia. Pedia conſejo a ſu donzella, ſi daria, o no todo aquel ſuceſſo a ſu querido eſpoſo.

esposo, la qual le dixo, que no se lo dixesse, porque le pondria en obligacion de vengarse de Lotario, lo qual no podria ser sin mucho ruego suyo, y que la buena muger estaua obligada, a no dar ocasion a su marido a q̃ riñesse, sino aquitalle todas aquellas que le fuesse posible. Respondio Camila, que le parecia muy bien su parecer, y que ella le seguiria. Pero que en todo caso conuenia buscar que dezir a Anselmo de la causa de aquella herida, que el no podria dexar de ver a lo que Leonela respondia, que ella ni aun burlando no sabia mentir. Pues yo hermana, replicò Camila, que tengo de saber? que no me atreueré a forjar, ni sustentar vna mentira si me fuesse en ello la vida? Y si es que no hemos de saber dar salida a esto, mejor serà dezirle la verdad desnuda, que no que nos alcance en mentirosa cuenta. No tẽgas pena señora de aqui a mañana, respondiò Leonela, yo pensarè que le digamos, y quiça que por ser la herida donde es, la podra encubrir sin que el la vea; y el cielo serà seruido de fauorecer a nuestros tan justos, y tan honrados pensamientos. Sossiegate señora mia, y procura sossegar tu alteraciõ, porque miseñor no te halle sobresaltada: y lo demas dexalo a mi cargo, y al de Dios, que siempre acude a los buenos desseos. Atentissimo auia estado Anselmo a escuchar, y a ver representar la tragedia de la muerte de su honra: la qual con tan estraños, y eficaces afectos la representaron los prosonages dellà, que pareciò que se auian trãsformado en la misma verdad de lo que fingian. Desseaua mucho la noche, y el tener lugar para salir de su casa, y yr a verse con su buen amigo Lotario, congratulan-

tulandose con el de la Margarita preciosa q̃ auia hallado en el desengaño de la bondad de su esposa. Tuuieron cuydado las dos de darle lugar, y comodidad a que salieſſe, y el fin perdella salio, y luego fue a buscar a Lotario, el qual hallado, no se puede buenamente contar los abraços que le dio, las cosas q̃ de su contento le dixo, las alabanças que dio a Camila. Todo lo qual escuchò Lotario sin poder dar muestras de alguna alegria: porque se le representaua a la memoria quan engañado estaua su amigo, y quan injustamente el le agrauiaua. Y aunque Anselmo veya que Lotario no se alegraua, creya ser la causa por auer dexado a Camila herida, y auer el fido la causa. Y assi entre otras razones le dixo, que no tuuieſſe pena del suceſſo de Camila, porque sin duda la herida era ligera: pues quedauan de cõcierto de encubrirsela a el. Y que segun esto no auia de que temer, sino que de alli adelante se gozaſſe, y alegraſſe con el, pues por su industria, y medio el se veya leuantado a la mas alta felicidad, que acertara desſearse, y queria que no fueſſen otros sus entretenimientos que en hazer verſos en alabança de Camila, que la hizieſſen eterna en la memoria de los siglos venideros. Lotario alabó su buena determinació, y dixo, que el por su parte ayudaria a leuãtar tan illustre edificio. Con esto quedò Anselmo el hõbre mas sabrosamente engañado que pudo auer en el mundo: el mismo lleua por la mano a su casa, creyendo que lleuaua el instrumento de su gloria, toda la perdicion de su fama. Recebiale Camila con rostro al parecer torcido, aunque con alma risueña. Durò este engaño algunos dias, hasta que al cabo de pocos meses boluio fortuna su Rueda, y salio a pla-

ça

ça la maldad con tanto artificio hasta alli cubierta, y a Anselmo le costò la vida, su impertinente curiosidad.

Cap. XXXV. Donde se da fin a la nouela del Curioso impertiente.

POco mas quedaua por leer dela nouela, quando del caramanchon donde reposaua don Quixote, salio Sancho Pança todo alborotado, diziẽdo a bozes: Acudid señores presto, y socorred a mi señor, que anda embuelto en la mas reñida, y trauada batalla, que mis ojos han visto. Viue Dios que ha dado vna cuchillada al gigante enemigo de la señora Princesa Micomicona, que le ha tajado la cabeça cercen, a cercen, como si fuera vn nabo. Que dizes hermano, dixo el cura, (dexando de leer lo que de la nouela quedaua) estays en vos Sancho? Como diablos puede ser esso que dezis, estando el gigante dos mil leguas de aqui. En esto oyeron vn gran ruydo en el aposento, y que don Quixote dezia a bozes: Tente ladron Malandrin follon, que aqui te tengo, y no te ha de valer tu cimitarra. Y parecia que daua grandes cuchilladas por las paredes. Y dixo Sancho, no tiené que pararse a escuchar, sino entren a despartir la pelea, o a ayudar a mi amo: aunque ya no será menester, porque sin duda alguna el gigante esta ya muerto, y dando cuenta a Dios de su passada, y mala vida, que yo vi correr la sangre por el suelo, y la cabeça cortada, y cayda a vn lado que es tamaña como vn gran cuero de vino. Que me matẽ, dixo a esta

ta sazon el ventero, si don Quixote, o don diablo no ha dado alguna cuchillada en alguno de los cueros de vino tinto, que a su cabecera estauan llenos, y el vino derramado deue de ser lo que le parece sangre a este buen hombre. Y con esto entrô en el aposento, y todos tras el, y hallaron a don Quixote en el mas estraño traje del mundo: estaua en camisa, la qual no era tã cumplida, que por delante le acabasse de cubrir los muslos, y por detras tenia seys dedos menos: las piernas eran muy largas, y flacas, llenas de vello, y no nada limpias. Tenia en la cabeça vn bonetillo colorado grasiento, que era del ventero En el braço yzquierdo tenia rebuelta la manta de la cama, con quien tenia ogeriza Sancho, y el se sabia bien el porque. Y en la derecha desembaynada la espada, con la qual daua cuchilladas a todas partes, diziendo palabras, como si verdaderamente estuuiera peleando cõ algun gigãte: y es lo bueno, que no tenia los ojos abiertos, porque estaua durmiendo, y soñando que estaua en batalla con el gigante Que fue tan intensa la imaginacion de la auentura que yua a fenecer, que le hizo soñar que ya auia llegado al Reyno de Micomicon, y que ya estaua en la pelea con su enemigo, y auia dado tantas cuchilladas en los cueros, creyendo q̃ las daua en el gigante, que todo el aposento estaua lleno de vino: lo qual visto por el vẽtero, tomò tãto enojo, q̃ arremetiò con don Quixote, y a puño cerrado le començó a dar tantos golpes, que si Cardenio, y el cura no se le quitaran, el acabara la guerra del gigãte, y con todo aquello no despertaua el pobre caballero, hasta que el barbero truxo vn gran caldero

de

de agua fria del pozo, y se le echò por todo el cuerpo, de golpe, con lo qual despertò don Quixote, mas no con tanto acuerdo, que echasse de ver de la manera que estaua. Dorotea que vio quan corta, y sotilmente estaua vestido, no quiso entrar a ver la batalla de su ayudador, y de su contrario. Andaua Sancho buscando la cabeça del Gigante, por todo el suelo, y como no la hallaua, dixo: Ya yo se que todo lo desta casa es encantamento, que la otra vez, en este mesmo lugar donde aora me hallo, me dieron muchos moxicones, y porrazos, sin saber quien me los daua, y nunca pude ver a nadie: y aora no parece por aqui esta cabeça, q̃ vi cortar por mis mismisimos ojos, y la sangre corria del cuerpo, como de vna fuente. Que sangre, ni que fuente dizes, enemigo de Dios y de sus santos, dixo el ventero? No vees, ladron, que la sangre, y la fuente no es otra cosa, que estos cueros que aqui estan horadados, y el vino tinto que nada en este aposento, que nadando vea yo el alma en los infiernos, de quien los horadò? No se nada, respondio Sancho, solo se, que vendrè a ser tan desdichado, que por no hallar esta cabeça se me ha de deshazer mi Condado, como la sal en el agua. Y estaua peor Sancho despierto, que su amo durmiendo: tal le tenian las promessas que su amo le auia hecho. El ventero se desesperaua de ver la fiema del escudero, y el maleficio del señor, y juraua que no auia de ser como la vez passada, que se le fueron sin pagar: y que aora no le auian de valer los preuilegios de su caualleria, para dexar de pagar lo vno y lo otro, aun hasta lo que pudiessen costar las botanas q̃ se auiã de echar a los rotos cueros.

Tenia el Cura de las manos a don Quixote, el qual creyendo que ya auia acabado la auentura, y que se hallaua delante de la Princessa Micomicona, se hincò de rodillas delante del Cura, diziendo: Bien puede la vuestra grandeza, alta, y famosa señora, viuir de oy mas segura, que le pueda hazer mal esta mal nacida criatura: y yo tambien de oy mas soy quito de la palabra que os di, pues con el ayuda del alto Dios, y con el fauor de aquella por quien yo viuo, y respiro, tambien la he cumplido. No lo dixe yo, dixo oyendo esto Sancho, si que no estaua yo borracho, mirad si tiene puesto ya en sal mi amo al Gigàte? Ciertos son los toros, mi Condado està de molde. Quien no auia de reyr con los disparates de los dos, amo, y moço? Todos reian, sino el ventero, q̃ se daua a Satanas. Pero en fin, tanto hizierõ el Barbero, Cardenio, y el Cura, q̃ cõ no poco trabajo dierõ con dõ Quixote en la cama, el qual se quedò dormido, cõ muestras de grandissimo cansançio. Dexaronle dormir, y salieronse al portal de la venta, a cõsolar a Sancho Pança, de no auer hallado la cabeça del Gigante: aunq̃ mas tuuieron q̃ hazer en aplacar al ventero, q̃ estaua desesperado por la repentina muerte de sus cueros: y la ventera dezia en voz, y en grito: En mal punto, y en hora menguada entrò en mi casa este cauallero andante, que nunca mis ojos le huuieran visto, que tan caro me cuesta. La vez passada se fue con el costo de vna noche, de cena, cama, paja, y ceuada, para el, y para su escudero, y vn rozin, y vn jumento, diziendo que era cauallero auenturero, que mala ventura le dè Dios, a el, y a quantos auentureros ay en el mundo: y q̃ por esto

no

no estaua obligado a pagar nada, que assi estaua escrito en los aranzeles de la caualleria andantesca. Y agora por su respeto, vino estotro señor, y me lleuò mi cola, y ha mela buelto con mas de dos quartillos de daño, toda pelada, que no puede seruir para lo que la quiere mi marido. Y por fin, y remate de todo, romperme mis cueros, y derramarme mi vino: q̃ derramada le vea yo su sangre. Pues no se piense, que por los huessos de mi padre, y por el siglo de mi madre, sino me lo han de pagar vn quarto sobre otro, o no me llamaria yo como me llamo, ni seria hija de quien soy. Estas, y otras razones tales, dezia la ventera, con grande enojo: y ayudauala su buena criada Maritornes. La hija callaua, y de quando en quando se sonrehia. El Cura lo sossegò todo, prometiendo de satisfazerles su perdida, lo mejor que pudiesse, assi de los cueros, como del vino: y principalmente del menoscabo de la cola, de quien tanta cuenta hazian Dorotea consolò a Sancho Pança, diziendole, que cada y quando que pareciesse auer sido verdad que su amo huuiesse descabeçado al Gigante, le prometia, en viendose pacifica en su Reyno, de darle el mejor Condado q̃ en el huuiesse Consolose con esto Sancho, y assegurò a la Princessa, que tuuiesse por cierto que el auia visto la cabeça del Gigante, y que por mas señas, tenia vna barba que le llegaua a la cintura, y que sino parecia, era porque todo quanto en aquella casa passaua, era por via de encantamento, como el lo auia prouado otra vez que auia posado en ella. Dorotea dixo, que assi lo creia, y que no tuuiesse pena, que todo se haria bien, y sucederia a pedir de boca.

Soſſegados todos, el Cura quiſo acabar de leer la nouela, porque vio que faltaua poco. Cardenio, Dorotea, y todos los demas le rogaron la acabaſſe: el, que a todos quiſo dar guſto, y por el que el tenia de leerla, proſiguio el cuento, que aſsi dezia.

Sucedio pues, que por la ſatisfacion que Anſelmo tenia, de la bondad de Camila, viuia vna vida contenta y deſcuydada: y Camila de induſtria, hazia mal roſtro a Lotario, porque Anſelmo èntendieſſe al reues, de la voluntad que le tenia: y para mas confirmacion de ſu hecho, pidio licencia Lotario, para no venir a ſu caſa, pues claramente ſe moſtraua la peſadumbre que con ſu viſta Camila recebia, mas el engañado Anſelmo le dixo, que en ninguna manera tal hizieſſe. Y deſta manera, por mil maneras era Anſelmo el fabricador de ſu deshonra, creyendo que lo era de ſu guſto. En eſto, el que tenia Leonela de verſe qualificada, no de con ſus amores, llegò a tanto, que ſin mirar a otra coſa, ſe yua tras el a ſuelta rienda: fiada en que ſu ſeñora la encubria, y aun la aduertia del modo que con poco rezelo pudieſſe ponerle en execucion. En fin, vna noche ſintio Anſelmo paſſos en el apoſento de Leonela, y queriendo entrar a ver quien los daua, ſintio que le detenian la puerta: coſa que le puſo mas voluntad de abrirla, y tanta fuerça hizo, que la abrio, y entrò dentro a tiempo que vio que vn hombre ſaltaua por la ventana a la calle: y acudiendo con preſteza a alcançarle, o conocerle, no pudo conſeguir lo vno, ni lo otro, porque Leonela le abraçò con el, diziendole: Soſsiegate, ſeñor mio, y no te alboroces, ni ſigas al q[illegible] de aqui ſaltò: es coſa mia, y tanto,

qu

que es mi esposo. No lo quiso creer Anselmo, antes ciego de enojo, sacò la daga, y quiso herir a Leonela, diziendole, que le dixesse la verdad, sino que la mataria. Ella con el miedo, sin saber lo que se dezia, le dixo: No me mates, señor, que yo te dirè cosas de mas importancia de las que puedes imaginar. Dilas luego, dixo Anselmo, sino muerta eres. Por aora serà imposible, dixo Leonela, segù estoy de turbada, dexame hasta mañana, que entonces sabras de mi lo que te ha de admirar: y està seguro, que el que saltò por esta ventana, es vn mancebo desta ciudad, que me ha dado la mano de ser mi esposo. Sossegose cõ esto Anselmo, y quiso aguardar el termino q̃ se le pedia, porque no pensaua oyr cosa q̃ contra Camila fuesse, por estar de su bondad tan satisfecho y seguro, y assi se salio del aposento, y dexò encerrada en ella Leonela, diziendole, q̃ de alli no saldria, hasta q̃ le dixesse lo que tenia que dezirle. Fue luego a ver a Camila, y a dezirle, como le dixo, todo aquello q̃ con su donzella le auia passado, y la palabra que le auia dado de dezirle grandes cosas, y de importancia. Si se turbô Camila, o no, no ay para q̃ dezirlo, porq̃ fue tanto el temor que cobrò, creyendo verdaderamente (y era de creer) que Leonela auia de dezir a Anselmo, todo lo que sabia de su poca fe, q̃ no tuuo animo para esperar si su sospecha salia falsa, o no Y aquella mesma noche, quando le parecio que Anselmo dormia, juntò las mejores joyas que tenia, y algunos dineros, y sin ser de nadie sentida, salio de casa, y se fue a la de Lotario, a quiẽ contò lo que passaua, y le pidio, q̃ la pusiesse en cobro, o q̃ se ausentassen los dos, donde de Anselmo pudiessen

estar seguros. La confusion en que Camila puso a Lotario, fue tal, que no le sabia respõder palabra, ni menos sabia resoluerse en lo q̃ haria. En fin, acordò de lleuar a Camila a vn monesterio, en quié era Priora vna su hermana. Consintio Camila en ello, y con la presteza que el caso pedia, la lleuò Lotario, y la dexò en el monesterio: y el ansi mesmo, se ausentò luego de la ciudad, sin dar parte a nadie de su ausencia. Quando amanecio, sin echar de ver Anselmo, q̃ Camila faltaua de su lado, cõ el desseo que tenia de saber lo q̃ Leonela queria dezirle, se leuantó, y fue a donde la auia dexado encerrada. Abrio, y entró en el aposento, pero no halló en el a Leonela, solo halló puestas vnas sauanas añudadas a la ventana, indicio y señal, q̃ por alli se auia descolgado, è ydo. Boluio luego muy triste, a dezirselo a Camila, y no hallandola en la cama, ni en toda la casa, quedó assombrado. Pregũtó a los criados de casa por ella, pero nadie le supo dar razõ de lo q̃ pedia. Acertó a caso, andando a buscar a Camila, q̃ vio sus cofres abiertos, y q̃ dellos faltauan las mas de sus joyas, y con esto acabó de caer en la cuenta de su desgracia, y en q̃ no era Leonela la causa de su desuentura. Y ansi como estaua, sin acabarse de vestir, triste, y pensatiuo, fue a dar cuenta de su desdicha a su amigo Lotario: mas quando no le halló, y sus criados le dixerõ, q̃ aquella noche auia faltado de casa, y auia lleuado cõsigo todos los dineros que tenia, pésó perder el juyzio. Y para acabar de concluyr con todo, boluiendose a su casa, no halló en ella ninguno de quãtos criados, ni criadas tenia, sino la casa desierta, y sola. No sabia que pensar, q̃ dezir, ni q̃ hazer, y poco a poco se le

ya boluiendo el juyzio. Contemplauase, y miraua se en vn instante, sin muger, sin amigo, y sin criados: desamparado, a su parecer, del cielo q̃ le cubria, y sobre todo sin honra, porq̃ en la falta de Camila vio su perdicion. Resolviose en fin, a cabo de vna gran pieça, de yrse a la aldea de su amigo, dõde auia estado quando dio lugar a q̃ se maquinasse toda aquella desuentura. Cerró las puertas de su casa, subio a cauallo, y con desmayado aliento se puso en camino: y a penas huuo andado la mitad, quãdo acossado de sus pensamientos, le fue forçoso apearse, y arrendar su cauallo a vn arbol, a cuyo trõco se dexó caer, dãdo tiernos, y dolorosos suspiros: y alli se estuuo, hasta casi q̃ anochecia, y aquella hora vio que venia vn hombre a cauallo, de la ciudad: y despues de auerle saludado le preguntó, q̃ nueuas auia en Florencia? El ciudadano respondio: Las mas estrañas que muchos dias ha se han oydo en ella, porque se dize publicamente, que Lotario aquel grande amigo de Anselmo el rico, que viuia a san Iuan, se lleuó esta noche a Camila, muger de Anselmo, el qual tampoco parece. Todo esto ha dicho vna criada de Camila, que a noche la halló el Gouernador, descolgandose con vna sauana, por las ventanas de la casa de Anselmo. En efeto, no se puntualmente como passó el negocio, solo se, que toda la ciudad està admirada deste sucesso, porque no se podia esperar tal hecho, de la mucha, y familiar amistad de los dos, que dizen que era tanta, que los llamauan, Los dos amigos. Sabese por ventura, dixo Anselmo, el camino que lleuan Lotario, y Camila? Ni por pienso, dixo el ciudadano,

puesto que el Gouernador ha vsado de mucha diligencia en buscarlos. A Dios vays, señor, dixo Anselmo. Con el quedeys, respondio el ciudadano, y fuese. Con tan desdichadas nueuas, casi, casi llegó a terminos Anselmo, no solo de perder el juyzio, sino de acabar la vida. Leuantose como pudo, y llegó a casa de su amigo, que aun no sabia su desgracia: mas como le vio llegar, amarillo, consumido, y seco, entendio que de algũ graue mal venia fatigado. Pidio luego Anselmo, que le acostassen, y que le diessen adereço de escriuir. Hizose assi, y dexarõ le acostado, y solo, porque el assi lo quiso, y aunque le cerrassen la puerta. Viendose pues solo, començo a cargar tanto la imaginacion de su desuentura, que claramente conocio q̃ se le yua acabando la vida, y assi ordenó de dexar noticia de la causa de su estraña muerte: y començando a escriuir, antes que acabasse de poner todo lo que queria, le faltó el aliento, y dexó la vida en las manos del dolor, que le causó su curiosidad impertinente. Viendo el señor de casa que era ya tarde, y que Anselmo no llamaua, acordó de entrar a saber, si passaua a delante su indisposicion, y hallole tendido boca a baxo, la mitad del cuerpo en la cama, y la otra mitad sobre el bufete, sobre el qual estaua con el papel escrito, y abierto: y el tenia aun la pluma en la mano. Llegose el huesped a el, auiendole llamado primero, y trauandole por la mano, viendo que no le respondia, y hallandole frio, vio que estaua muerto. Admirose, y congoxose en grã manera, y llamó a la gẽte de casa, para que viessen la desgracia a Anselmo sucedida: y finalmente leyó el papel, que

conocio

conocio que de su mesma mano estaua escrito, el qual contenia estas razones.

Vn necio, è impertinente desseo me quitó la vida Si las nueuas de mi muerte llegaren a los ovdos de Camila, sepa que yo la perdono, porq̃ no estaua ella obligada a hazer milagros, ni yo tenia necessidad de querer que ella los hiziesse: y pues yo fuy el fabricador de mi deshonra, no ay para que.

Hasta aqui escriuio Anselmo, por donde se echó de ver, que en aquel punto, sin poder acabar la razon, se le acabó la vida. Otro dia dio auiso su amigo, a los parientes de Anselmo, de su muerte: los quales ya sabian su desgracia, y el monesterio donde Camila estaua, casi en el término de acompañar a su esposo, en aquel forçoso viage, no por las nueuas del muerto esposo, mas por las que supo del ausente amigo. Dizese, que aunque se vio biuda, no quiso salir del monesterio, ni menos hazer profesion de monja, hasta que no de alli a muchos dias le vinieron nueuas, que Lotario auia muerto en vna batalla que en aquel tiempo dio Monsiur de Lautrec, al gran Capitan Gonçalo Fernandez de Cordoua, en el Reyno de Napoles, donde auia ydo a parar, el tarde arrepentido amigo: lo qual sabido por Camila, hizo profesion, y acabó en breues dias la vida, a las rigurosas manos de tristezas, y melancolias. Este fue el fin que tuuieron todos, nacido de vn tan desatinado principio. Bien, dixo el Cura, me parece esta nouela, pero no me puedo persuadir que esto sea verdad, y si es fingido, fingio mal el autor, porque no se puede imaginar, que aya marido tan necio, que quiera hazer tan

coſtoſa experiencia como Anſelmo. Si eſte caſo ſe puſiera entre vn galan, y vna dama, pudiera ſe lleuar, pero entre marido y muger, algo tiene del impoſsible: y en lo que toca al modo de contarle, no me deſcontenta.

Cap. XXXVI. Que trata de la braua, y deſcomunal batalla que don Quixote tuuo con vnos cueros de vino tinto, con otros raros ſucceſſos que en la venta le ſucedieron.

ESTANDO En eſto, el ventero, que eſtaua a la puerta de la venta, dixo: Eſte que viene es vna hermoſa tropa de huespedes: ſi ellos paran aqui, gaudeamus tenemos. Que gente es, dixo Cardenio? Quatro hombres, reſpondio el ventero, vienen a caualloa la gineta, con lanças, y adargas, y todos cõ antifazes negros: y junto con ellos viene vna muger, veſtida de blanco, en vn ſillon, anſi meſmo cubierto el roſtro. y otros dos moços de a pie. Vienen muy cerca preguntò el Cura? Tan cerca, reſpondio el vẽtero que ya llegã. Oyendo eſto Dorotea, ſe cubrio el roſtro, y Cardenio ſe entrò en el apoſento de dõ Quixote, y caſi no auian tenido lugar para eſto, quando entraron en la venta todos los que el ventero auia dicho: y apeandoſe los quatro de a caualloo, que de muy gentil talle y diſpoſicion eran, fueron a apear a la muger que en el ſillon venia: y tomandola vno dellos en ſus braços, la ſentò en vna ſilla que eſtaua a la entrada del apoſento donde Cardenio ſe auia eſcondi-

escondido. En todo este tiempo, ni ella, ni ellos se auian quitado los antifazes, ni hablado palabra alguna: solo que al sentarse la muger en la silla, dio vn profundo suspiro, y dexó caer los braços, como persona enferma, y desmayada. Los moços de a pie, lleuaron los caualios a la caualleriza. Viendo esto el Cura, desseoso de saber que gente era aquella, que con tal trage, y tal silencio estaua, se fue donde estauan los moços, y a vno dellos le preguntó lo que ya desseaua: el qual le respondio: Par diez, señor, yo no sabre deziros que gente sea esta, solo se, que muestra ser muy principal, especialmente aquel que llegó a tomar en sus braços a aquella señora que aueys visto: y esto digolo, porque todos los demas le tienen respeto, y no se haze otra cosa mas de la que el ordena, y manda. Y la señora quien es, preguntó el Cura? Tampoco sabre dezir esso, respondio el moço, porque en todo el camino no la he visto el rostro: suspirar si la he oydo muchas vezes, y dar vnos gemidos, que parece que con cada vno dellos quiere dar el alma: y no es de marauillar que no sepamos mas de lo que auemos dicho, porque mi compañero, y yo, no ha mas de dos dias que los acompañamos, porque auiendolos encontrado en el camino, nos rogaron, y persuadieron, que viniessemos con ellos hasta el Andaluzia, ofreciendose a pagarnos lo muy bien. Y aueys oydo nombrar a alguno dellos, preguntó el Cura? No por cierto, respondio el moço, porque todos caminan con tanto silencio, que es marauilla, porque no se oye entre ellos otra cosa, que los suspiros, y sollozos de la pobre señora, que

nos

nos mueuen a laſtima: y ſin duda tenemos creydo, que ella va forçada donde quiera que va: y ſegun ſe puede colegir por ſu habito, ella es monja, o va a ſerlo, que es lo mas cierto: y quiça porque no le deue de nacer de voluntad el mongio, va triſte, como parece. Todo podria ſer, dixo el Cura, y dexandolos, ſe boluio a donde eſtaua Dorotea, la qual como auia oydo ſuſpirar a la emboçada, mouida de natural compaſsion, ſe llegò a ella, y le dixo: Que mal ſentis ſeñora mia? mirad ſi es alguno de quien las mugeres ſuelen tener vſo, y experiencia de curarle, que de mi parte os ofrezco vna buena voluntad de ſeruiros? A todo eſto callaua la laſtimada ſeñora: y aunque Dorotea tornò con mayores ofrecimientos, toda via ſe eſtaua en ſu ſilencio, haſta que llegò el caualliero emboçado (que dixo el moço que los demas obedecian) y dixo a Dorotea: No os canſeys, ſeñora, en ofrecer nada a eſſa muger, porque tiene por coſtumbre de no agradecer coſa que por eſſa ſe haze, ni procureys que os reſponda, ſino quereys oyr alguna mentira de ſu boca. Iamas la dixe (dixo a eſta ſazon la que haſta alli auia eſtado callando) antes por ſer tan verdadera, y tan ſin traças mentirosas, me veo aora en tanta deſuentura: y deſto vos meſmo quiero que ſeays el teſtigo, pues mi pura verdad os haze a vos ſer falſo, y mentiroſo. Oyò eſtas razones Cardenio, bien clara y diſtintamente, como quien eſtaua tan junto de quiẽ las dezia, que ſola la puerta del aposento de dõ Quixote eſtaua en medio, y aſsi como las oyò, dando vna gran voz dixo: Valgame Dios, que es eſto q̃ oygo?

Que

Que voz es esta que ha llegado a mis oydos? Bolnio la cabeça a estos gritos, aquella señora, toda sobresaltada, y no viendo quien las daua, se leuantò en pie, y fuese a entrar en el aposento: lo qual visto por el cauallero, la detuuo, sin dexarla mouer vn passo. A ella, con la turbacion, y desassosiego, se le cayò el tafetan con que trahia cubierto el rostro, y descubrio vna hermosura incomparable, y vn rostro milagroso, aunque descolorido, y assombrado; porque con los ojos andaua rodeando todos los lugares donde alcançaua con la vista, con tanto ahinco, q̃ parecia persona fuera de juyzio, cuyas señales, sin saber porque las hazia pusieron gran lastima en Dorotea, y en quantos la mirauan. Teniala el cauallero fuertemente asida por las espaldas, y por estar tan ocupado en tenerla, no pudo acudir a alçarse el emboço que se le cahia, como en efeto se le cayò del todo: y alçando los ojos Dorotea (que abraçada con la señora estaua) vio, que el que abraçada assi mesmo la tenia, era su esposo don Fernando: y a penas le huuo conocido, quando arrojando de lo intimo de sus entrañas vn luego, y tristissimo ay, se dexò caer de espaldas, desmayada: y a no hallarse alli junto el Barbero, que la recogio en los braços, ella diera consigo en el suelo. Acudio luego el Cura a quitarle el emboço, para echarle agua en el rostro, y assi como la descubrio la conocio don Fernando, que era el que estaua abraçado con la otra, y quedò como muerto en verla, pero no porque dexasse cõ todo esto, de tener a Luscinda, que era la que procuraua soltarse de sus braços: la qual auia conocido en el suspiro, a Cardenio, y el la auia conocido a ella.

ella. Oyò assi mesmo Cardenio, el ay que dio Dorotea, quando se cayò desmayada, y creyendo que era su Luscinda, salio del aposento despauorido, y lo primero que vio fue a don Fernando, que tenia abraçada a Luscinda. Tambien don Fernando conocio luego a Cardenio: y todos tres, Luscinda, Cardenio, y Dorotea, quedaron mudos, y suspensos, casi sin saber lo que les auia acontecido. Callauan todos, y mirauanse todos, Dorotea a don Fernãdo, dõ Fernando a Cardenio, Cardenio a Luscinda, y Lusda a Cardenio. Mas quien primero rompio el silencio fue Luscinda, hablando a dõ Fernando desta manera: Dexadme señor dõ Fernando, por lo q̃ deueis a ser quien soys, ya q̃ por otro respeto no lo hagays dexadme llegar al muro de quien yo soy yedra, al arrimo de quiẽ no me han podido apartar vuestras importunaciones, vuestras amenazas, vuestras promessas, ni vuestras dadiuas. Notad como el cielo, por desusados, y a nosotros encubiertos caminos, me ha puesto a mi verdadero esposo delante. Y biẽ sabeys por mil costosas experiẽcias, q̃ sola la muerte fuera bastante para borrarle de mi memoria: seã pues parte, tan claros desengaños, para q̃ boluays (ya que no podays hazer otra cosa) el amor en rabia, la voluntad en despecho, y acabadme con el la vida, que como yo la rinda delante de mi buen esposo, la dare por bien empleada: quiça con mi muerte quedarà satisfecho de la fe que le mantuue, hasta el vltimo trance de la vida. Auia en este entretanto buelto Dorotea en si, y auia estado escuchando todas las razones que Luscinda dixo, por las quales vino en conocimiento de quien ella era: que

que viendo que don Fernando aun no la dexaua de los braços, ni respondia a sus razones, esforçandose lo mas que pudo, se leuantò, y se fue a hincar de rodillas a sus pies, y derramando mucha cantidad de hermosas y lastimeras lagrimas, assi le començo a dezir.

Si ya no es, señor mio, que los rayos deste sol que en tus braços eclypsado tienes, te quitan, y ofuscan los de tus ojos, ya auras echado de ver, que la que a tus pies està arrodillada, es la sin vētura (hasta que tu quieras) y la desdichada Dorotea. Yo soy aquella labradora humilde, a quien tu, por tu bondad, o por tu gusto, quisiste leuantar a la alteza de poder llamarse tuya. Soy la que encerrada en los limites de la honestidad, viuio vida contenta, hasta que a las vozes de tus importunidades, y al parecer, justos, y amorosos sentimientos, abrio las puertas de su recato, y te entregò las llaues de su libertad: dadiua, de ti tan mal agradecida, qual lo muestra bien claro, auer sido forçoso hallarme en el lugar donde me hallas, y verte yo a ti de la manera que te veo. Pero con todo esto, no querria que cayesse en tu imaginacion, pensar que he venido aqui con passos de mi deshonra, auiendome traydo solo los del dolor, y sentimiento de verme de ti oluidada. Tu quisiste que yo fuesse tuya, y quisistelo de manera, que aunque aora quieras que no lo sea, no serà posible que tu dexes de ser mio. Mira, señor mio, que puede ser recompensa a la hermosura, y nobleza por quien me dexas, la incomparable voluntad que te tengo. Tu no puedes ser de la hermosa Luscinda, porque eres

mio

mio: ni ella puede ser tuya, porque es de Cardenio. Y mas facil te serà, si en ello miras, reduzir tu voluntad a querer a quien te adora, que no encaminar la que te aborrece a que bien te quiera. Tu solicitaste mi descuydo, tu rogaste a mi entereza, tu no ignoraste mi calidad: tu sabes bien de la manera que me entreguè a toda tu voluntad, no te queda lugar, ni acogida de llamarte a engaño. Y si esto es assi, como lo es, y tu eres tan Christiano como cauallero, porque por tantos rodeos dilatas de hazerme venturosa en los fines, como me heziste en los principios? Y sino me quieres por la que soy, que soy tu verdadera y legitima esposa, quiere me alomenos, y admiteme por tu esclaua, que como yo estè en tu poder, me tendre por dichosa, y bien afortunada. No permitas, con dexarme, y desampararme, que se hagan, y junten corrillos en mi deshonra. No des tan mala vejez a mis padres, pues no lo merecè los leales seruicios, que como buenos vassallos a los tuyos siempre han hecho. Y si te parece que has de aniquilar tu sangre por mezclarla con la mia, considera, que pocas, o ninguna nobleza ay en el mundo, que no aya corrido por este camino: y que la que se toma de las mugeres, no es la que haze al caso en las ilustres decendencias. Quanto mas, q̃ la verdadera nobleza cõsiste en la virtud, y si esta a ti te falta, negandome lo que tan justamente me deues, yo quedarè con mas ventajas de noble, que las que tu tienes. En fin, señor, lo que vltimamente te digo, es, q̃ quieras, o no quieras, yo soy tu esposa, testigos son tus palabras; que no han, ni deuen ser mentirosas, si ya es q̃ te precias de aquello porq̃ me desprecias.

Testigo

testigo sera la firma q̃ hiziste, y testigo el cielo, a quié tu llamaste por testigo de lo q̃ me prometias. Y quãdo todo esto falte, tu misma conciẽcia no ha de faltar de dar bozes callando en mitad de tus alegrias, boluiendo por esta verdad que te he dicho, y turbando tus mejores gustos, y contentos. Estas, y otras razones dixo la lastimada Dorotea con tanto sentimiento, y lagrimas, que los mismos que acõpañauan a don Fernando, y quantos presentes estauan, la acompañaron en ellas. Escuchola don Fernando sin replicalle palabra, hasta que ella dio fin a las suyas, y principio a tantos sollocos, y suspiros, que bien auia de ser coraçon de bróze el que con muestras de tanto dolor no se enterneciera. Mirãdola estaua Luscinda, no menos lastimada de su sentimiento, que admirada de su mucha discrecion, y hermosura: y aunque quisiera llegarse a ella, y dezirle algunas palabras de consuelo, no la dexauan los braços de don Fernando, q̃ apretada la tenian: el qual lleno de confusion, y espanto, al cabo de vn buen espacio, q̃ atentamente estuuo mirando a Dorotea abrio los braços, y dexãdo libre a Luscinda, dixo: Venciste hermosa Dorotea, venciste, porque no es posible tener animo para negar tantas verdades juntas. Con el desmayo que Luscinda auia tenido, assi como la dexò don Fernando, yua a caer en el suelo, mas hallandose Cardenio alli junto, que a las espaldas de don Fernando se auia puesto, porque no le conociesse, prosupuesto todo temor, y auenturando a todo riesgo, acudio a sostener a Luscinda, y cogiendola entre sus braços, le dixo: Si el piadoso cielo gusta, y quiere que ya tengas algun descan-

so, leal, firme, y hermosa señora mia, en ninguna parte creo yo que le tendras mas seguro que en estos braços que aora te reciben, y otro tiempo te recibieron quando la fortuna quiso que pudiesse llamarte mia. A estas razones puso Luscinda en Cardenio los ojos, y auiendo començado a conocerle primero por la voz, y assegurandose que el era con la vista, casi fuera de sentido, y sin tener cuenta a ningun honesto respeto, le echò los braços al cuello, y juntando su rostro con el de Cardenio, le dixo. Vos si señor mio, sois el verdadero dueño desta vuestra captiua, aunque mas lo impida la cõtraria suerte, y aunq̃ mas amenazas le hagan esta vida, que en la vida se sustenta. Estraño espectaculo fue esse para don Fernando, y para todos los circũstantes, admirandose de tan no visto sucesso. Pareciole a Dorotea que don Fernando auia perdido la color del rostro, y que hazia ademan de querer vẽgarse de Cardenio, porque le vio encaminar la mano a ponella en la espada, y assi como lo penso con no vista presteza se abraço con el por las rodillas, besandoselas: y teniendole apretado que no le dexaua mouer, y sin cessar vn punto de sus lagrimas, le dezia: Que es lo que piensas hazer vnico refugio mio, en este tan impensado trance? Tu tienes a tus pies a tu esposa, y la que quieres q̃ lo sea està en los braços de su marido, mira si te estara bien, o te serà possible deshazer lo que el cielo a hecho, o si te conuendra querer leuantar a igualar a ti mismo a la que prosupuesto todo inconueniente, confirmada en su verdad, y firmeza, delante de tus ojos tiene los suyos bañados de licor amoroso el rostro, y

pecho

pecho de su verdadero esposo. Por quié Dios es, te ruego, y por quien tu eres te suplico, que este tã notorio desengaño no solo no acreciente tu ira, sino que la mengue en tal manera, que cõ quietud, y sossiego permitas que estos dos amantes le tengan sin impedimiento tuyo, todo el tiempo que el cielo quisiere concederseles, y en esto mostraras la generosidad de tu ilustre, y noble pecho, y vera el mundo que tiene contigo mas fuerça la razon, que el apetito. En tanto que esto dezia Dorotea, aunque Cardenio tenia abraçada a Luscinda, no quitaua los ojos de don Fernando, con determinacion de q̃ si le viesse hazer algun mouimiento en su perjuyzio, procurar defenderse, y ofender, como mejor pudiesse a todos aquellos que en su daño se mostrassen, aunque le costasse la vida pero a esta sazon acúdieron los amigos de don Fernando, y el cura, y el barbero, que a todo auian estado presentes, sin que faltasse el bueno de Sancho Paça, y todos rodeauan a don Fernando, suplicandole tuuiesse por bien de mirar las lagrimas de Dorotea, y que siendo verdad, como sin duda ellos creyan que lo era lo que en sus razones auia dicho, que no permitiesse quedasse defraudada de sus tan justas esperãças. Que cõsiderasse q̃ no a caso, como parecia, sino cõ particular prouidẽcia del cielo se auian todos jũtado en lugar donde menos ninguno pensaua. Y que aduirtiesse, dixo el cura, q̃ sola la muerte podia apartar a Luscinda de Cardenio: y aunque los diuidiessen filos de alguna espada, ellos tendrian por felicissima tu muerte: y que en los lazos irremediables era suma cordura forçandose, y venciendose a si

mismo mostrar vn generoso pecho, permitiendo que por sola su voluntad los dos gozassen el biẽ que el cielo ya les auia concedido, que pusiesse los ojos assi mesmo en la beldad de Dorotea, y veria que pocas, o ninguna se le podian igualar, quãto mas hazerle veataja, y que juntasse a su hermosura su humildad, y el estremo del amor que le tenia: y sobre todo aduirriesse, que si se preciaua de cauallero, y de Christiano, que no podian hazer otra cosa que cumplille la palabra dada, y que cumpliendosela cumpliria con Dios, y satisfaria a las gentes discretas, las quales saben, y conocen que es prerrogatiua de la hermosura, aunque este en sujeto humilde como se acompañe con la honestidad, poder leuantarse, è igualarse aqualquiera alteza, sin nota de menoscabo del que la leuanta, e iguala a si mismo: y quando se cumplen las fuertes leyes del gusto, como en ello no interuenga pecado, no deue de ser culpado el que las sigue. En efeto a estas razones añadieron todos otras tales, y tantas, que el valeroso pecho de don Fernando, en fin como alimentado con ilustre sangre, se ablandò, y se dexò vencer de la verdad que él no pudiera negar, aunque quisiera: y la señal que dio de auerse rendido, y entregado al buẽ parecer que se le auia propuesto, fue abaxarse, y abraçar a Dorotea, diziendole: Leuanta os señora mia, que no es justo que estè arrodillada a mis pies la que yo tengo en mi alma: y si hasta aqui no he dado muestras de lo q̃ digo, quiça ha sido por orden del cielo, para que viendo yo en vos la fe con que me amays, os sepa estimar en lo que mereceys: lo que os ruego es, que no me reprehendais mi mal

termino

termino, y mi mucho descuydo. Pues la misma ocasion, y fuerça que me mouio para aceptaros por mia, essa misma me impelio para procurar no ser vuestro: y que esto sea verdad, bolued, y mirad los ojos de la ya contenta Luscinda, y en ellos hallareys disculpa de todos mis yerros: y pues ella hallò, y alcançò lo que desseaua, y yo he hallado en vos lo que me cumple, viua ella segura, y contenta luengos, y felices años con su Cardenio, que yo rogarè al cielo que me los dexe viuir con mi Dorotea: y diziendo esto, la tornò a abraçar y a juntar su rostro cò el suyo con tan tierno sentimiento, que le fue necessario tener grã cuenta con que las lagrimas no acabassen de dar indubitables señas de su amor, y arrepentimiento. No lo hizieron assi las de Luscinda, y Cardenio, y aun las de casi todos los que alli presentes estauan, porque començaron a derramar tãtas los vnos de contento proprio, y los otros del ageno, que no parecia sino que algun graue, y mal caso a todos auia sucedido. Hasta Sancho Pança lloraua, aũque despues dixo, que no lloraua el, sino por ver que Dorotea no era como el pensaua la Reyna Micomicona, de quien el tantas mercedes esperaua. Durò algun espacio junto con el llanto, la admiracion en todos y luego Cardenio, y Luscinda se fueron a poner de rodillas ante don Fernando, dandole gracias de la merced que les auia hecho con tan corteses razones, que don Fernando no sabia que responderles, y assi los leuantò, y abraçò cõ muestras de mucho amor, y de mucha cortesia. Pregũtò luego a Dorotea, le dixesse como auia venido a aquel lugar tan lexos del suyo? Ella cõ breues, y

discretas razones contò todo lo que antes auia cõtado a Cardenio: de lo qual gustò tãto don Fernando, y los que con el venian, que quisieran que durara el cuento mas tiempo, tanta era la gracia có que Dorotea contaua sus desuenturas. Y assi como huuo acabado, dixo don Fernando lo que en la ciudad le auia acontecido despues que hallò el papel en el seno de Luscinda, donde declaraua ser esposa de Cardenio, y no poderlo ser suya, dixo que la quiso matar, y lo hiziera si de sus padres no fuera impedido: y que assi se salio de su casa despechado, y corrido, con determinacion de vengarse commas comodidad, y que otro dia supo como Luscinda auia faltado de casa de sus padres, sin que nadie supiesse dezir donde se auia ydo, y que en resolucion al cabo de algunos meses vino a saber como estaua en vn monesterio cõ volũtad de quedarse en el toda la vida, sino la pudiesse passar con Cardenio, y que assi como lo supo escogiendo para su compañia aquellos tres caualleros vino al lugar donde estaua, a la qual no auia querido hablar temeroso, q̃ en sabiendo que el estaua alli auia de auer mas guarda en el monesterio: y assi aguardando vn dia a que la porteria estuuiesse abierta, dexò a los dos a la guarda de la puerta, y el con otro auian entrado en el monesterio buscando a Luscinda, la qual hallaron en el caustro hablando con vna monja, y arrebatando la sin darle lugar a otra cosa se auian venido có ella a vn lugar donde se acomodaron de aquello que huuieron menester para traella. Todo lo qual auiã podido hazer bien a su saluo por estar el monesterio en el campo buen trecho fuera del pueblo. Di-

xo, que assi como Luscinda se vio en su poder, perdio todos los sentidos, y que despues de buelta en si, no auia hecho otra cosa, sino llorar, y suspirar sin hablar palabra alguna: y que assi acompañados de silencio, y de lagrimas auian llegado à aquella vèta, que para el era auer llegado al cielo, donde se rematan, y tienen fin todas las desuenturas de la tierra.

Cap. XXXVII. *Que trata donde se prosigue la historia de la famosa Infanta Micomicona, con otras graciosas auenturas.*

TODO Esto escuchaua Sancho, no con poco dolor de su anima, viendo que se le desparecian, è yuan en humo las esperãças de su ditado: y que la linda Princesa Micomicona se le auia buelto en Dorotea, y el gigante en don Fernando, y su amo se estaua durmiendo a sueño suelto, bien descuydado de todo lo sucedido. No se podia assegurar Dorotea si era sofiado el bien que posseya. Cardenio estaua en el mismo pensamiento: y el de Luscinda corria por la misma cuenta. Don Fernando daua gracias al cielo, por la merced recebida, y auerle sacado de aquel intricado laberinto donde se hallaua tan apique de perder el credito, y el alma: y finalmente quantos en la venta estauan, estauan contentos, y gozosos del buen sucesso que auian tenido tan traçados, y desesperados negocios. Todo lo ponia en su punto el cura como discreto, y a cada vno daua

el parabien del bien alcançado: pero quien mas ju bilaua, y se contentaua, era la ventera, por la promessa que Cardenio, y el cura le auian hecho de pagalle todos los daños, è intereſſes que por cuenta de don Quixote le huuiessen venido. Solo Sancho, como ya se ha dicho, era el afligido, el desuenturado, y el triste: y assi con malenconico semblante entró a su amo, el qual acabaua de despertar, a quien dixo: Bien puede vuestra merced, señor triste Figura, dormir todo lo que quisiere sin cuydado de matar a ningun gigante, ni de boluer a la Princesa su Reyno, que ya todo està hecho, y concluydo. Esso creo yo bien, respondio don Quixote, porque he tenido con el gigante la mas descomunal, y desaforada batalla que pienso tener en todos los dias de mi vida: y de vn reues, zas, le derribè la cabeça en el suelo, y fue tanta la sangre que le salio, que los arroyos corrian por la tierra, como si fueran de agua. Como si fueran de vino tinto, pudiera vuestra merced dezir mejor, respondio Sancho: porque quiero que sepa vuestra merced, si es que no lo sabe, que el gigante muerto, es vn cuero horadado, y la sangre, seys arrobas de vino tinto, que encerraua en su vientre: y la cabeça cortada, es la puta que me pario, y lleuelo todo Satanas. Y que es lo que dizes loco, repliccò don Quixote, estas en tu seso? Leuantese vuestra merced, dixo Sancho, y verá el buen recado que a hecho, y lo que tenemos que pagar: y verà a la Reyna conuertida en vna dama particular llamada Dorotea, con otros sucessos, que si cae en ellos, le han de admirar. No me marauillaria de nada desso, replicò

nQuixote, porque si bien te acuerdas, la otra vez
e aqui estuuimos, te dixe yo, que todo quanto
ui sucedia eran cosas de encantamento, y no seria
ucho que aora fuesse lo mesmo. Todo lo creye-
yo, respondio Sancho, si tambien mi mantea-
iento fuera cosa desse jaez, mas no lo fue, sino
l, y verdaderamente, y vi yo que el vétero que
ui està oy dia tenia del vn cabo de la manta, y me
pujaua hàzia el cielo con mucho donayre, y
o, y con tanta risa, como fuerça, y donde inter-
ne conocerse las personas tengo para mi, aũque
ple, y pecador, que no ay encantamento algu-
, sino mucho molimiento, y mucha mala ventu-
Aora bien, Dios lo remediara, dixo don Quixo-
dame de vestir, y dexame salir alla fuera, que
iero ver los sucessos, y transformaciones que di-
s. Diole de vestir Sancho, y en el entretanto que
vestia, contô el cura a don Fernando, y a los de-
as las locuras de don Quixote, y del artificio que
iã vsado, para sacarle de la peña pobre dóde el se
aginaua estar, por desdenes de su señora. Conto-
asi mismo casi todas las auenturas que Sancho
ia contado, de que no poco se admiraron, y rie-
n, por parecerles, lo que a todos parecia, ser el
as estraño genero de locura que podia caber en
nsamiento desparatado. Dixo mas el cura, que
es ya el buen sucesso de la señora Dorotea impi-
a passar con su disignio adeláte, que era menester
uentar, y hallar otro para poderle llenar a su tie-
a. Ofreciose Cardenio de proseguir lo comen-
do, y que Luscinda haria, y representaria la per-
nade Dorotea. No, dixo don Fernando, no ha de

ser assi, que yo quiero que Dorotea prosiga su inuencion, que como no sea muy lexos de aqui el lugar deste buen caualliero, yo holgare de que se procure su remedio. No está mas de dos jornadas de aqui, pues aunque estuuiera mas, gustara yo de caminallas, atrueco de hazer tan buena obra. Salio en esto don Quixote armado de todos sus pertrechos, con el yelmo, aunque abollado, de Mabrino en la cabeça, embraçado de su rodela, y arrimado a su tronco, o lançon. Suspendio a don Fernando, y a los demas la estraña presencia de don Quixote, viendo su rostro de media legua de andadura, seco, y amarillo, la desigualdad de sus armas, y su messurado continente, y estuuieró callando hasta ver lo que el dezia, el qual con mucha gravedad, y reposo, puestos los ojos en la hermosa Dorotea, dixo.

Estoy informado (hermosa señora) deste mi escudero que la vuestra grandeza se ha aniquilado, y vuestro ser se ha deshecho, porque de Reyna, y gran señora que soliades ser, os aueys buelto en vna particular donzella: si esto ha sido por orden del Rey nigromante de vuestro padre, temeroso que yo no os diesse la necessaria, y deuida ayuda digo, que no supo, ni sabe de la Missa la media, y q̃ fue poco versado en las historias caualleresas, porque si el las huuiera leydo, y passado tan atentamente, y con tanto espacio como yo las passe, y leì, hallara a cada passo, como otros caualleros de menor fama que la mia, auian acabado cosas mas dificultosas, no siendolo mucho matar a vn gigan-

tillo

tillo, por arrogante que ſea, porque no ha muchas horas que yo me vi con el, y quiero callar, porque no me digan que miento: pero el tiempo deſcubridor de todas las coſas lo dirà, quando menos lo pẽſemos. Viſtes os vos con dos cueros, que no con vn gigante, dixo a eſta ſazó el ventero, al qual mãdó don Fernando que callaſſe, y no interrumpieſſe la platica de don Quixote en ninguna manera: y don Quixote proſiguio, diziendo: Digo en fin alta, y desheredada ſeñora, que ſi por la cauſa que he dicho, vueſtro padre ha hecho eſte Metamorfaſeos en vueſtra perſona, q̃ no le deys credito alguno: porque no ay ningun peligro en la tierra por quien no ſe abra camino mi eſpada, con la qual poniendo la cabeça de vueſtro enemigo en tierra, os pondre a vos la corona de la vueſtra en la cabeça en breues dias. No dixo mas don Quixote, y eſperò a que la Princeſa le reſpondieſſe, lo qual como ya ſabia la determinacion de don Fernando, de que ſe proſiguieſſe adelante en el engaño haſta lleuar a ſu tierra a don Quixote, con mucho donayre, y grauedad le reſpondio: Quienquiera que os dixo, valeroſo cauallero de la triſte Figura, que yo me auia mudado, y trocado de mi ſer, no os dixo lo cierto, porque la miſma que ayer fuy me ſoy oy: verdad es, que alguna mudança han hecho en mi ciertos acaecimientos de buena ventura, que me la han dado la mejor que yo pudiera deſſearme: pero no por eſſo he dexado de ſer la que antes, y de tener los meſmos penſamientos de valerme del valor de vueſtro valeroſo, è inuenerable braço, q̃ ſiẽpre he tenido: aſsi q̃ ſeñor mio, vueſtra bondad

buelua la honra al padre que me engendrò, y tengale por hombre aduertido, y prudente, pues con su ciencia hallò camino tan facil, y tan verdadero para remediar mi desgracia, que yo creo que si pos vos señor no fuera jamas acertara a tener la ventura que tengo, y en esto digo tãta verdad como son buenos testigos della los mas destos señores que estan presentes: lo que resta es, que mañana nos põgamos en camino, porque ya oy se podra hazer poca jornada, y en lo demas del buen sucesso que espero, lo dexaré à Dios, y al valor de vuestro pecho. Esto dixo la discreta Dorotea, y en oyendolo don Quixote, se boluio a Sancho, y con muestras de mucho enojo, le dixo: Aora te digo Sanchuelo, que eres el mayor vellaquelo que ay en España: dime ladron bagamundo, no me acabaste de dezir aora que esta Princesa se auia buelto en vna donzella q se llamaua Dorotea? y que la cabeça que entiendo que cortè a vn gigãte, era la puta que te parió? con otros disparates que me pusieron en la mayor confusion que jamas he estado en todos los dias de mi vida! Voto, y mirò al cielo, y a pretò los dientes, que estoy por hazer vn estrago en ti, que ponga dal en la mollera a todos quantos mentirosos escuderos huuiere de caualleros andantes de aqui adelante en el mundo. Vuestra merced se sosiegue, señor mio, rospondio Sancho, que bien podria ser que yo me huuiesse engañado en lo que toca a la mutacion de la señora Princesa Micomicona: pero en lo que toca a la cabeça del gigante, o alomenos a la borradacion de los cueros, y a lo de ser vino tinto la sangre, no me engaño viue Dios,

porque

porque los cueros allí estan heridos a la cabecera del lecho de vuestra merced, y el vino tinto tiene hecho vn lago el aposento, y sino al freyr de los huevos lo verá: quiero dezir, que lo verá quando aqui su mereed del señor ventero le pida el menoscabo de todo. De lo demas, de que la señora Reyna se este como se estaua me regozijo en el alma, porque me va mi parte, como a cada hijo de vezino. Aora yo te digo Sancho, dixo don Quixote, q̃ eres vn mentecato, y perdoname, y basta. Basta, dixo dõ Fernando, y no se hable mas en esto: y pues la señora Princesa dize que se camine mañana, porque ya oy es tarde, hagase a si, y esta noche la podremos passar en buena conuersacion, hasta el venidero dia donde todos acompañaremos al señor don Quixote, porque queremos ser testigos de las valerosas, é inauditas hazañas, que ha de hazer en el discurso desta grande empresa, que a su cargo lleua. Yo soy el que tengo de seruiros, y acompañaros, respondio don Quixote: y agradezco mucho la merced q̃ se me haze, y la buena opinion que de mi se tiene, la qual procurarè que salga verdadera, o me costara la vida, y aun mas, si mas costarme puede. Muchas palabras de comedimiento, y muchos ofrecimientos passaron entre don Quixote, y don Fernando: pero a todo puso silencio, vn passagero q̃ en aquella sazon entrò en la venta: el qual en su traje mostraua ser Christiano rezien venido de tierra de Moros, porque venia vestido con vna casaca de paño azul, corta de faldas con medias mangas, y sin cuello: los calçones eran assi mismo de lienço azul, con bonete de la misma color: traya vnos borzeguies

guies datilados, y vn alfanje Morisco, puesto en vn taheli que le atrauessaua el pecho. Entrò luego tras el encima de vn jumento vna muger a la Morisca vestida, cubierto el rostro con vna toca en la cabeça: traya vn bonetillo de brocado, y vestida vna almalafa, que desde los ombros a los pies la cubria. Era el hombre de robusto, y agraciado talle, de edad de poco mas de quarenta años, algo moreno de rostro, largo de vigotes, y la barba muy bien puesta, en resolucion el mostraua en su apostura, q̃ si essuuiera bien vestido le juzgaran por persona de calidad, y bien nacida. Pidio en entrando vn aposento, y como le dixeron que en la venta no le auia, most o recebir pesadumbre, y llegandose a la que en el traje parecia Mora, la apeo en sus braços. Lucinda, Dorotea, la ventera, su hija, y Maritornes lleuados del nueuo, y para ellos nunca visto traje, rodearon a la Mora, y Dorotea que siempre fue agraciada, comedida, y discreta, pareciẽdola q̃ assi ella como el que la traya se congoxauan por la falta del aposẽto, le dixo: No os de mucha pena señora mia, la incomodidad de regalo que aqui falta, pues es proprio de ventas no hallarse en ellas: pero con todo esto si gustaredes de passar con nosotras, señalando a Luscinda, quiça en el discurso de este camino aureys hallado otros no tan buenos acogimientos? No respondio nada a esto la emboçada, ni hizo otra cosa que leuantarse de donde sentado se auia, y puestas entrambas manos cruzadas sobre el pecho, inclinada la cabeça doblò el cuerpo, en señal de que lo agradecia. Por su silencio imaginaron que sin duda alguna deuia de ser Mora, y que no

sabia

sabia hablar Christiano. Llegò en esto el cautiuo, que entendiendo en otra cosa hasta entonces auia estado, y viendo que todas tenian cercada a la que con el venia, y que ella a quanto le dezian callaua, dixo: Señoras mias, esta donzella apenas entiende mi lengua, ni sabe hablar otra ninguna sino conforme a su tierra, y por esto no deue de auer respondido, ni responde a lo que se le ha preguntado. No se le pregunta otra cosa ninguna, respondio Luscinda, sino ofrecelle por esta noche nuestra compañia, y parte del lugar donde nos acomodaremos, donde se le hara el regalo que la comodidad ofreciere con la voluntad que obliga a seruir a todos los estrangeros que del lo tuuieren necessidad, especialmente siendo muger a quien se sirue. Por ella, y por mi, respondio el captiuo, os beso señora mia las manos, y estimo mucho, y en lo que es razon, la merced ofrecida, en tal ocasion, y de tales personas como vuestro parecer muestra, bien se hecha de ver que ha de ser muy grande. Dezidme señor, dixo Dorotea, esta señora es Christiana, o Mora? porque el traje, y el silencio nos haze pensar, que es lo que no querriamos que fuesse? Mora es en el traje, y en el cuerpo: pero en el alma es muy grande Christiana, porque tiene grandissimos desseos de serlo. Luego no es baptizada replicò Luscinda? No ha auido lugar para ello, respondio el captiuo, despues que salio de Argel su patria, y tierra, y hasta agora no se ha visto en peligro de muerte tan cercana, que obligasse a baptizalla sin que supiesse primero todas las ceremonias que nuestra madre la santa

Iglesia,

Igleſia manda: pero Dios ſerà ſeruido que preſto ſe bautize con la decencia que la calidad de ſu perſona merece, q̃ es mas de lo q̃ mueſtra ſu habito, y el mio. Eſtas razones puſo gana en todos los que eſcuchandole eſtauan, de ſaber quien fueſſe la Mora, y el captiuo: pero nadie ſe lo quiſo preguntar por entonces, por ver que aquella ſazon era mas para procurarles deſcanſo, que para preguatarles ſus vidas. Dorotea la tomò por la mano, y la llenó a ſentar junto a ſi, y le rogò que ſe quitaſſe el emboço. Ella miró al cautiuo, como ſi le pregũtara le dixeſſe lo que dezian, y lo que ella haria. Él en lengua Araviga le dixo, que le pedian ſe quitaſſe el emboço, y que lo hizieſſe, y aſsi ſe lo quitò, y deſcubrió vn roſtro tan hermoſo, que Dorotea la tuuo por mas hermoſa q̃ a Luſcinda, y Luſcinda por mas hermoſa q̃ a Dorotea, y todos los circuſtãtes conocieron que ſi alguno ſe podria igualar al de las dos, era el de la Mora, y aun huuo algunos que le auẽtajaron en alguna coſa. Y como la hermoſura tenga prerrogatiua, y gracia de reconciliar los animos, y atraer las voluntades, luego ſe rindieron todos al deſſeo de ſeruir y acariciar a la hermoſa Mora. Preguntò don Fernando al captiuo como ſe llamaua la Mora, el qual reſpondio que Lela Zorayda, y aſsi como eſto oyò, ella entendio lo que le auian preguntado al Chriſtiano, y dixo con mucha prieſſa llena de cõgoxa, y donayre. No, no Zorayda, Maria, Maria, dãdo a entender que ſe llamaua Maria, y no Zorayda. Eſtas palabras el grande afecto con que la Mora las dixo, hizieron derramar mas de vna lagrima a algunos de los que la eſcucharon, eſpecialmente a las

mugeres

mugeres que de su naturaleza son tiernas, y compassiuas. Abraçola Lúscinda con mucho amor, diziendole: Si, si, Maria, Maria, a lo qual respondio la Mora: Si, si, Maria, Zorayda macange, que quiere dezir, no. Ya en esto llegaua la noche, y por orden de los que venian con don Fernando, auia el ventero puesto diligencia, y cuydado en adereçarles de cenar, lo mejor que a el le fue possible. Llegada pues la hora, sentaronse todos a vna larga mesa, como de tinelo, porque no la auia redonda, ni quadrada en la venta. Y dieron la cabecera, y principal assiento, puesto que el lo rehusaua, a don Quixote, el qual quiso que estuuiesse a su lado la señora Micomicona, pues el era su aguardador. Luego se sentaron Luscinda, y Zorayda, y frontero dellas don Fernando, y Cardenio, y luego el cautiuo, y los demas caualleros, y al lado de las señoras, el cura, y el barbero. Y assi cenaron con mucho contento, y acrecentoseles mas, viendo que dexando de comer don Quixote, mouido de otro semejante espiritu, que el que le mouio a hablar tanto, como hablò quando cenò con los cabreros, comẽço a dezir: Verdaderamente si bien se considera, señores mios, grandes è inauditas cosas vẽ, los q̃ professan la ordẽ de la andante caualleria. Sino qual de los viuientes aura en el mundo, que aora por la puerta deste casti lo entrara, y de la suerte que estamos nos viere, que juzgue, y crea, que nosotros somos, quien somo.? Quien podra dezir que esta señora que està a mi lado, es la grã Reyna que todos sabemos, y que yo soy aquel caualiero de la triste Figura, que anda por ahi, en boca de la fama? Aora no ay que dudar, si no que esta arte, y exercicio, excede a todas aque-

llas, y aquellos, que los hombres inuentaron, y tanto mas se ha de tener en estima, quanto a mas peligros está sugeto. Quitenseme delante, los que dixeren que las letras hazen ventaja a las armas, que les dire, y sean quien se fueren, que no saben lo que dizen. Porque la razon que los tales suelen dezir, y a lo que ellos mas se atienen, es, que los trabajos del espiritu exceden a los del cuerpo. Y que las armas, solo con el cuerpo se exercitan, como si fuesse su exercicio oficio de ganapanes, para el qual no es menester mas de buenas fuerças. O como si en esto que llamamos armas, los que las professamos, no se encerrassen los actos de la fortaleza, los quales piden para executallos mucho entendimiento. O como sino trabajasse el animo del guerrero, que tiene a su cargo vn exercito, o la defensa de vna Ciudad sitiada, assi con el espiritu, como con el cuerpo. Sino vease si se alcança, con las fuerças corporales, a saber, y congeturar el intento del enemigo. Los disignios, las estratagemas, las dificuliades, el preuenir los daños que se temen, que todas estas cosas, son acciones del entendimiento, en quien no tiene parte alguna el cuerpo. Siendo pues anssi, que las armas requieren espiritu como las letras. Veamos aora, qual de los dos espiritus, el del letrado, o el del guerrero, trabaja mas? Y esto se vend a conocer por el fin, y paradero a que cada vno se encamina, porque aquella intencion se ha de estimar en mas, que tiene por objeto mas noble fin. Es el fin, y paradero de las letras, (y no hablo aora de las diuinas, que tienen

por

por blanco, llenar, y encaminar las almas al cielo, que a vn fin, tan fin fin como este, ninguno otro se le puede ygualar) hablo de las letras humanas, que es su fin poner en su punto la justicia, distributiua, y dar a cada vno lo que es suyo., entender, y hazer que las buenas leyes se guarden: fin por cierto generoso, y alto, y digno de grande alabança: pero no de tanta, como merece aquel a que las armas atienden, las quales tienen por objeto, y fin la paz, que es el mayor bien que los hombres pueden desear en esta vida. Y assi las primeras buenas nueuas que tuuo el mundo, y tuuieron los hombres, fueron las que dierõ los Angeles, la noche que fue nuestro dia, quando cantaró en los ayres: Gloria sea en las alturas, y paz en la tierra, a los hombres de buena voluntad: y a la salutacion, que el mejor maestro de la tierra, y del cielo, enseñò a sus allegados, y fauoridos, fue dezirles, que quando entrassen en alguna casa, dixessen. Paz sea en esta casa. Y otras muchas vezes les dixo: Mi paz os doy, mi paz os dexo, paz sea con vosotros. Bien como joya, y prenda dada, y dexada de tal mano, joya que sin ella, en la tierra, ni en el cielo, puede auer bien alguno. Esta paz es el verdadero fin de la guerra, que lo mesmo es dezir armas, que guerra. Prosupuesta pues esta verdad, que el fin de la guerra es la paz, y q̃ en esto haze ventaja al fin de las letras, vengamos aora a los trabajos del cuerpo del letrado, y a los del professor de las armas, y veasse quales son mayores. De tal manera, y por tan buenos terminos yua prosiguiendo en su platica don Quixote, que obligò a que por entonces ninguno de los que escuchandole estauan, le

tuuiesse por loco. Antes como todos los mas eran caualleros, a quien son anejas las armas, le escuchauan de muy buena gana, y el prosiguio diziendo: Digo pues, q̃ los trabajos del estudiante son estos: Principalmente pobreza, (no porque todos sean pobres, sino por poner este caso, en todo el estremo que puda ser) y en auer dicho que padece pobreza, me parece que no auia que dezir mas de su mala ventura. Porque quien es pobre, no tiene cosa buena, esta pobreza la padece por sus partes, ya en hambre, ya en frio, ya en desnudez, ya en todo junto. Pero con todo esso no es tanta que no coma, aunque sea vn poco mas tarde de lo que se vsa, aunque sea de las sobras de los ricos, que es la mayor miseria del estudiante, este que entre ellos llaman andar a la sopa, y no les falta algun ageno brasero, o chimenea, que sino calienta, a lomenos entibie su frio, y en fin la noche duermen debaxo de cubierta. No quiero llegar a otras menudencias, conuiene a saber de la falta de camisas, y no sobra de çapatos, la raridad, y poco pelo del vestido, ni aquel ahitarse con tanto gusto, quãdo la buena suerte les depara algun banquete. Por este camino que he pintado, aspero, y dificultoso, tropeçando aqui, cayendo alli, leuantandose acullá, tornando a caer acá, llegan al grado que dessean, el qual alcançado, a muchos hemos visto (que auiendo passado por estas Sirtes, y por estas Scilas, y Caribdis, como leuados en buelo, de la fauorable fortuna) digo que los hemos visto mandar, y gouernar el mundo desde vna silla, trocada su hambre en hartura, su frio en refrigerio, su desnudez en galas, y su dormir en vna estera, en reposar en olandas y damas-

cos.

cos. Premio justamente merecido de su virtud, pero contrapuestos, y comparados sus trabajos, con los del milite guerrero, se quedan muy atras en todo, como aora dire.

Capit. XXXVIII. Que trata del curioso discurso que hizo don Quixote, de las armas, y las letras.

PROSIGVIENDO don Quixote, dixo: Pues començamos en el estudiante, por la pobreza, y sus partes, veamos si es mas rico el soldado. Y veremos que no ay ninguno mas pobre en la misma pobreza, porque està atenido a la miseria de su paga, que viene, o tarde, o nunca, o a lo que garbeare por sus manos, con notable peligro de su vida, y de su conciencia. Y a vezes suele ser su desnudez tanta, que vn coleto acuchillado le sirue de gala y de camisa, y en la mitad del inuierno se suele reparar de las inclemencias del cielo. Estando en la campaña rasa, con solo el aliento de su boca, que como sale de lugar vazio, tengo por aueriguado, que deue de salir frio contra toda naturaleza. Pues esperad, que espere que llegue la noche, para restaurarse de todas estas incomodidades, en la cama que le aguarda. La qual si no es por su culpa, jamas pecara de estrecha, que bien puede medir en la tierra, los pies que quisiere, y reboluerse en ella a su sabor, sin temor que se le encojan las sauanas. Lleguese pues a todo esto el dia, y la hora, de recebir el grado de su

exercicio : llegueſe vn dia de batalla , que alli le pondran la borla en la cabeça , hecha de hilas , para curarle algun balazo , que quiça le aura paſſado las ſienes , o le dexara eſtropeado de braço , o pierna. Y quando eſto no ſuceda, ſino que el cielo piadoſo le guarde, y conſerue, ſano, y viuo , podra ſer que ſe quede en la meſma pobreza que antes eſtaua , y que ſea meneſter que ſuceda vno, y otro rencuentro , vna, y otra batalla , y que de todas ſalga vencedor , para medrar en algo. Pero eſtos milagros venſe raras vezes. Pero dezidme ſeñores , ſi aueys mirado en ello? Quan menos ſon los premiados por la guerra, que los que han perecido en ella? Sin duda aueys de reſponder , que no tienen comparacion , ni ſe pueden reduzir a cuenta los muertos, y que ſe podran contar los premiades viuos, cõ tres letras de guariſmo. Todo eſto es al reues en los letrados , porque de faldas , que no quiero dezir de mangas, todos tienen en que entretenerſe. Aſsi que aunque es mayor el trabajo del ſoldado , es mucho menor el premio. Pero a eſto ſe puede reſponder, que es mas facil, premiar a dos mil letrados , que a treynta mil ſoldados. Porque a aquellos ſe premian con darles oficios, que por fuerça ſe han de dar a los de ſu profeſsion : y a eſtos no ſe pueden premiar, ſino con la meſma hazienda del ſeñor a quien ſiruen: y eſta impoſsibilidad, fortifica mas la razon que tengo. Pero dexemos eſto a parte , que es laberinto de muy dificultoſa ſalida, ſino boluamos a la preeminencia de las armas , contra las letras. Materia que haſta aora eſtà por aueriguar , ſegun ſon las razones , que cada vna de ſu parte alega : y entre las

que

que he dicho, dizen las letras, que sin ellas no se podrian sustentar las armas. Porque la guerra, tambien tiene sus leyes, y està sugeta a ellas, y que las leyes caen debaxo de lo que son letras, y letrados. A esto responden las armas, que las leyes no se podran sustentar sin ellas. Porque con las armas, se defienden las republicas, se conseruan los Reynos, se guardan las Ciudades, se asseguran los caminos, se despejan los mares de cosarios. Y finalmente, si por ellas no fuesse, las republicas, los Reynos, las Monarquias, las Ciudades, los caminos de mar, y tierra, estarian sugetos al rigor, y a la confusion que trae consigo la guerra, el tiempo que dura, y tiene licencia de vsar de sus preuilegios, y de sus fuerças. Y es razon aueriguada, que aquello que mas cuesta, se estima, y deue de estimar en mas. Alcançar alguno a ser eminente en letras, le cuesta tiempo, vigilias, hambre, desnudez, vaguidos de abeça, indigestiones de estomago, y otras cosas a estas aderentes, que en parte ya las tengo referidas. Mas llegar vno por sus terminos, a ser buen soldado, le cuesta todo lo que a el studiante, en tanto mayor grado, que no tiene comparacion, porque a cada passo està a pique de perder la vida. Y que temor de necessidad, y pobreza, puede llegar, ni fatigar al estudiante, que llegue al que tiene vn soldado, que hallandose cercado en alguna fuerça, y estando de posta, o guarda, en algun baluarte, o cauallero, siente que los enemigos estan minando, hàzia la parte donde el està, y no puede apartarse de alli, por ningun caso, ni huyr el peligro, que de tan cerca le amenaza. Solo lo

que puede hazer, es, dar noticia a su capitan de lo que passa, para que lo remedie, con alguna contramina, y el estarse quedo, temiendo, y esperando, quando improuisamente ha de subir a las nuues sin alas, y baxar al profundo sin su voluntad. Y si este parece pequeño peligro, veamos si le yguala, o haze ventaja, el de enuestirse dos galeras por las proas, en mitad del mar espacioso. Las quales enclauijadas, y trauadas, no le queda al soldado mas espacio, del que concede dos pies de tabla del espolon. Y cõ todo esto, viendo que tiene delante de si, tantos ministros de la muerte, que le amenazan, quantos cañones de artilleria se assestan de la parte contraria, que no distan de su cuerpo vna lança, y viendo que al primer descuydo de los pies, yria a visitar los profundos senos de Neptuno: y con todo esto, con intrepido coraçon, lleuado de la honra que le incita, se pone a ser blanco de tanta arcabuzeria, y procura passar por tan estrecho passo, al baxel contrario. Y lo que mas es de admirar, que apenas vno ha caydo, donde no se podra leuantar hasta la fin del mundo, quando otro ocupa su mesmo lugar, y si este tambien cae en el mar, que como a enemigo le aguarda, otro, y otro, le sucede, sin dar tiempo, al tiempo de sus muertes, valentia, y atreuimiento, el mayor que se puede hallar en todos los trances de la guerra. Bien ayan aquellos benditos siglos, que carecieron de la espantable furia, de aquestos endemoniados instrumentos de la artilleria, a cuyo inuentor, tengo para mi, que en el infierno se le està dando el premio de su diabolica inuencion, con la qual dio causa, que vn infame, y cobarde braço,

quite

quite la vida a vn valeroso cauallero, y que sin saber como, o por donde, en la mitad del corage, y brio, que enciende, y anima a los valientes pechos, llega vna desmandada bala (disparada, de quien quiza huyò, y se espantò, del resplandor que hizo el fuego, al disparar de la maldita maquina) y corta, y acaba en vn instante, los pensamientos, y vida, de quien la merecia gozar luengos siglos. Y assi considerando esto, estoy por dezir, que en el alma me pesa de auer tomado este exercicio, de cauallero andante, en edad tan detestable, como es esta en que aora viuimos porque aunque a mi ningun peligro me pone miedo, toda via me pone rezelo, pensar si la poluora, y el estaño, me han de quitar la ocasion, de hazerme famoso, y conocido, por el valor de mi braço, y filos de mi espada, por todo lo descubierto de la tierra. Pero haga el cielo lo que fuere seruido, que tanto sere mas estimado, si salgo con lo que pretendo, quanto a mayores peligros me he puesto, que se pusieron los caualleros andantes, de los passados siglos. Todo este largo preambulo, dixo don Quixote, en tanto que los demas cenauan, oluidandose de lleuar bocado a la boca, puesto que algunas vezes le auia dicho Sancho Pança, que cenasse, que despues auria lugar, para dezir todo lo que quisiesse. En los que escuchado le auian, sobreuino nueua lastima, de ver que hombre, que al parecer tenia buen entendimiento, y buen discurso, en todas las cosas que trataua, le vuiesse perdido tan rematadamente, en tratandole de su negra, y piz mienta caualleria. El cura le dixo, que tenia mucha razon, en todo quanto

uia dicho en fauor de las armas, y que el aunque letrado, y graduado, estaua de su mesmo parecer. Acabaron de cenar, leuantaron los manteles, y en tanto que la ventera, su hija, y Maritornes, adereçauan el camaranchon de don Quixote de la Mancha, donde auian determinado, que aquella noche, las mugeres solas en el se recogiessen: don Fernando rogò al cautiuo, les contasse el discurso de su vida, porque no podria ser, sino que fuesse peregrino, y gustoso, segun las muestras que auia començado a dar, viniendo en compañia de Zorayda. A lo qual respondio el cautiuo, que de muy buena gana hariala que se le mandaua, y que solo temia, que el cuento no auia de ser tal, que les diesse el gusto que el desseaua. Pero que con todo esso, por no faltar en obedecelle le cotaria: el cura, y todos los demas se lo agradecieron, y de nueuo se lo rogaron. Y el viendose rogar de tantos, dixo: Que no eran menester ruegos, adonde el mandar tenia tanta fuerça. Y assi esten vuestras mercedes atentos, y oyran vn discurso verdadero, a quien podria ser que no llegassen los mentirosos, que con curioso, y penlado artificio, suelen componerse. Con esto que dixo, hizo que todos se acomodassen, y le prestassen vn grande silencio, y el viendo que ya callauan, y esperauan lo que dezir quisiesse, con voz agradable, y reposada, comenco a dezir desta manera.

(.¶.)

Cap. XXXIX. Donde el cautiuo cuenta su vida, y sucessos.

EN VN lugar de las Montañas de Leon, tuuo principio mi linaje, con quien fue mas agradecida, y liberal la naturaleza, que la fortuna. Aunque en la estrecheza de aquellos pueblos, todavia alcançaua mi padre fama de rico, y verdaderamente lo fuera, si assi se diera maña a conseruar su hazienda, como se la daua en gastalla. Y la condicion que tenia, de ser liberal, y gastador, le procedio de auer sido soldado, los años de su jouentud. Que es escuela la soldadesca, donde el mezquino se haze franco, y el franco prodigo, y si algunos soldados se hallan miserables, son como monstruos, que se ven raras vezes. Passaua mi padre los terminos de la liberalidad, y rayaua en los de ser prodigo. Cosa que no le es de ningun prouecho al hombre casado, y que tiene hijos que le han de suceder en el nombre, y en el ser. Los que mi padre tenia eran tres, todos varones, y todos de edad de poder elegir estado. Viendo pues mi padre, que segun el dezia, no podia yrse a la mano contra su condicion, quiso priuarse del instrumẽto, y causa, q̃ le hazia gastador, y dadiuoso, q̃ fue priuarse de la hazienda, sin la qual, el mismo Alexãdro pareciera estrecho Y assi llamandonos vn dia a todos tres, a solas en vn aposento, nos dixo vnas razones, semejantes a las q̃ aora dire. Hijos, para deziros que os quiero bien, basta saber, y dezir, que soys mis hijos,

hijos, y para entender que os quiero mal, basta saber que no me voy a la mano, en lo que toca a cõseruar vuestra hazienda. Pues para q̃ entendays desde aqui adelante, que os quiero como padre, y q̃ no os quiero destruyr como padrastro, quiero hazer vna cosa con vosotros, que ha muchos dias que la tengo pensada, y con madura consideracio disputesta. Vosotros estays ya en edad de tomar estado, o alomenos de elogir exercicio, tal q̃ quando mayores os hóre, y aproueche. Y lo que he pensado, es, hazer de mi hazieda quatro partes, las tres os dare a vosotros, a cada vno lo que le tocare, sin exceder en cosa alguna, y con la otra me quedarè yo, para viuir, y sustẽtarme, los dias q̃ el cielo fuere seruido de darme de vida. Pero querria, q̃ despues que cada vno tuuiesse en su poder la parte que le toca de su hazieda, siguiesse vno de los caminos que le dire. Ay vn refrã en nuestra España, a mi parecer muy verdadero, como todos lo son por ser sentencias breues, sacadas de la luéga, y discreta experiécia, y el q̃ yo digo, dize: Yglesia, o mar, o casa Real: como si mas claramẽte dixera. Quien quisiere valer, y ser rico, siga, o la Yglesia, o nauegue, exercitando el arte de la mercancia, o entre a seruir a los Reyes en sus casas: Porq̃ dizen, Mas vale migaja de Rey, q̃ merced de señor. Digo esto, porque querria, y es mi voluntad, q̃ vno de vosotros siguiesse las letras, el otro la mercãcia, y el otro siruiesse al Rey en la guerra, pues es dificultoso entrar a seruirle en su casa que ya q̃ la guerra no de muchas riquezas, suele dar mucho valor, y mucha fama. Dẽtro de ocho dias os dare toda vuestra parte en dineros, sin defraudaros en vn ardite, como lo vereys por la obra. Dezid-

me

me aora, si quereys seguir mi parecer, y consejo, en lo que os he propuesto, y mandandome a mi por ser el mayor, que respondiesse. Despues de auerle dicho que no se deshiziesse de la hazienda, sino que gastasse todo lo que fuesse su volũtad, que nosotros eramos moços para saber ganarla: vine a concluyr, en que cumpliria su gusto, y que el mio era seguir el exercicio de las armas, siruiendo en el a Dios, y a mi Rey. El segundo hermano, hizo los mesmos ofrecimientos, y escogio el yrse a las Indias, lleuando empleada la hazienda que le cupiesse. El menor, y a lo que yo creo el mas discreto, dixo que queria seguir la Yglesia, o yrse a acabar sus començados estudios a Salamãca. Assi como acabamos de concordarnos, y escoger nuestros exercicios, mi padre nos abraçò a todos, y con la breuedad que dixo, puso por obra quanto nos auia prometido, y dando a cada vno su parte, que a lo que se me acuerda, fueron cada tres mil ducados en dineros, porque vn nuestro tio, compro toda la hazienda, y la pagò de contado, porque no salieffe del tronco de la casa. En vn mesmo dia nos despedimos todos tres de nuestro buen padre, y en aquel mesmo, pareciendome a mi ser inhumanidad, que mi padre quedasse viejo, y con tan poca hazienda, hize con el, que de mis tres mil tomasse los dos mil ducados, porque a mi me bastaua el resto, para acomodarme, de lo que auia menester vn soldado. Mis dos hermanos, mouidos de mi exemplo, cada vno le dio mil ducados. De modo, que a mi padre le quedaron quatro mil en dineros, y mas tres mil, que a lo que parece valia la hazienda que le cupo, que no quiso vender, sino quedarse con ella en

rayzes.

rayzes. Digo en fin, que nos despedimos del, y de aquel nuestro tio que he dicho, no sin mucho sentimiento, y lagrimas de todos, encargandonos que les hiziessemos saber, todas las vezes que vuiesse comodidad para ello, de nuestros sucessos, prosperos, o aduersos. Prometimosselo, y abraçandonos, y echandonos su bendicion, el vno tomò el viage de Salamanca, el otro de Seuilla, y yo el de Alicante, adonde tuue nueuas que auia vna naue Ginouesa, que cargaua alli lana para Genoua. Este hara veynte y dos años, que sali de casa de mi padre, y en todos ellos, puesto que he escrito algunas cartas, no he sabido del, ni de mis hermanos nueua alguna. Y lo que en este discurso de tiempo he passado, lo dire breuemente. Embarqueme en Alicante, llegué con prospero viage a Genoua, fuy desde alli a Milan, donde me acomodè de armas, y de algunas galas de soldado, de donde quise yr a assentar mi plaça al Piamonte, y estando ya de camino, para Alexandria de la Palla, tuue nueuas que el gran Duque de Alua passaua a Flandes. Mudè proposito, fuyme con el, seruile en las jornadas que hizo, halleme en la muerte de los Condes de Eguemon, y de Hornos, alcancè a ser Alferez de vn famoso capitan de Guadalajara, llamado Diego de Vrbina. Y acabo de algun tiempo que llegué a Flandes, se tuuo nueuas de la liga, que la Santidad del Papa Pio quinto, de Felice recordacion, auia hecho conuenencia, y con España, contra el enemigo comun, que es el Turco. El qual en aquel mesmo tiempo auia ganado con su armada, la famosa Isla de Chipre, que estaua debaxo del dominio de Veneciano, y perdida lamentable, y

ble, y desdichada. Supose cierto que venia por general desta liga, el sereniſsimo don Iuan de Auſtria, hermano natural de nueſtro buen Rey don Felipe. Diuulgose el grandiſsimo aparato de guerra que se hazia. Todo lo qual me incitò, y conmouio el animo, y el deſſeo de verme en la jornada que se esperaua: y aunque tenia barruntos, y casi promeſſas ciertas, de que en la primera ocasion que se ofrecieſſe, seria promouido a capitan, lo quise dexar todo, y venirme, como me vine a Italia. Y quiſo mi buena suerte, que el señor don Iuan de Auſtria acabaua de llegar a Genoua, que passaua a Napoles, a juntarse con la armada de Venecia, como despues lo hizo en Mecina. Digo en fin, que yo me hallè en aquella feliciſsima jornada, ya hecho capitan de infanteria, a cuyo honroso cargo me subio mi buena suerte, mas que mis merecimientos. Y aquel dia, que fue para la Chriſtiandad tan dichoso, porque en el se desengañò el mundo, y todas las naciones, del error en que estauan, creyendo que los Turcos eran inuencibles por la mar, en aquel dia. Digo donde quedò el orgullo, y soberuia Otomana quebrantada, entre tantos venturoſos como alli vuo. Porque mas ventura tuuieron los Chriſtianos que alli murieron, que los que viuos, y vencedores quedaron. Yo solo fuy el desdichado, pues en cambio de que pudiera esperar, si fuera en los Romanos siglos, alguna naual corona, me vi aquella noche, Que siguio a tan famoso dia, con cadenas a los pies, y esposas a las manos. Y fue desta suerte, que auiendo el Vchali Rey de Argel, arreuido, y

ventu

venturoso cosario, enuestido, y rendido la capitana de Malta, que solos tres caualleros quedaron viuos en ella, y estos mal heridos, acudio la capitana de Iuan Andrea a socorrella, en la qual yo yua con mi compañia, y haziendo lo que deuia en ocasion semejante, salte en la galera contraria, la qual desuiádose de la que la auia enuestido, estoruò que mis soldados me siguiessen, y assi me hallè solo entre mis enemigos, a quien no pude rèsistir por ser tantos, en fin me rindieron lleno de heridas. Y como ya aureys señores oydo dezir, que el Vchali se saluò con toda su esquadra, vine yo a quedar cautiuo en su poder, y solo soy el triste entre tantos alegres, y el cautiuo entre tantos libres, porque fueron quinze mil Christianos los que aquel dia alcançaró la desseada libertad, que todos venian al remo en la Turquesca armada. Lleuaronme a Costantinopla, donde el gran Turco Selin, hizo general de la mar a mi amo, porque auia hecho su deuer en la batalla, auiendo lleuado por muestra de su valor, el estandarte de la religion de Malta. Halleme el segundo año, que fue el de setenta y dos, en Nauarino, bogando en la capitana de los tres fanales. Vi, y note, la ocasion que alli se perdio, de no coger en el puerto toda el armana Turquesca. Porque todos los leuentes, y genizaros, que en ella venian, tuuieron por cierto, que les auian de enuestir dentro del mesmo puerto, y tenian a punto su ropa, y passamaques, q̃ son sus çapatos, para huyrse luego por tierra, sin esperar ser combatidos: tanto era el miedo que auian cobrado a nuestra armada. Pero el cielo lo ordenò de otra manera no por culpa, ni descuydo del general, que a los nuestros regis-

lian

ſino por los pecados de la Chriſtiandad: y porque quiere, y permite Dios, que tengamos ſiempre verdugos que nos caſtiguen. En eſto el Vchali ſe recogio a Modon, que es vna iſla que eſtà junto a Nauarino, y echando la gente en tierra, fortificò la boca del puerto, y eſtuuoſe quedo, haſta que el ſeñor don Iuan ſe boluio. En eſte viage ſe tomò la galera, que ſe llamaua la Preſa, de quien era Capitan vn hijo de aquel famoſo coſſario Barba Roxa: tomola la Capitana de Napoles, llamada la Loba, regida por aquel rayo de la guerra, por el padre de los ſoldados, por aquel venturoſo, y jamas vencido Capitan don Aluaro de Biçan, Marques de ſanta Cruz. Y no quiero dexar de dezir lo que ſucedio en la preſa de la Preſa: Era tan cruel el hijo de Barba Roxa, y trataua tan mal a ſus cautiuos, que aſsi como los que venian al remo vieron que la galera Loba les yua entrando, y que los alcançaua, ſoltaron todos a vn tiempo los remos, y aſieron de ſu Capitan, que eſtaua ſobre el eſtàterol, gritàdo q̃ bogaſſen a prieſſa, y paſſandole de bàco en bàco, de popa a proa, le dierò bocados, q̃ a poco mas que paſſò del arbol, ya auia paſſado ſu anima al infierno. Tal era, como he dicho, la crueldad con que los trataua, y el odio que ellos le tenian. Boluimos a Conſtantinopla, y el año ſiguiente, que fue el de ſetẽta y tres, ſe ſupo en ella, como el ſeñor don Iuan auia ganado a Tunez, y quitado aquel Reyno a los Turcos, y pueſto en poſſeſſion del a Muley Hamet, cortando las eſperanças q̃ de boluer a reynar en el tenia Muley Hamida, el Moro mas cruel, y mas valiente que tuuo el mundo. Sintio mucho eſta perdida el gran Turco, y

vſando de la ſagazidad que todos los de ſu caſa tienen, hizo paz con Venecianos, que mucho mas q̃ el la deſſeauan: y el año ſiguiente de ſetenta y quatro, acometio a la Goleta, y al fuerte, que junto a Tunez auia dexado medio leuãtado el ſeñor don Iuan En todos eſtos trances andaua yo al remo, ſin eſperãça de libertad alguna: a lomenos no eſperaua tenerla por reſcate, porque tenia determinado de no eſcriuir las nueuas de mi desgracia a mi padre. Perdioſe en fin la Goleta, perdioſe el fuerte, ſobre las quales plaças huuo de ſoldados Turcos, pagados, ſetenta y cinco mil: y de Moros, y Alarabes de toda la Africa, mas de quatrocientos mil, acompañado eſte tan grã numero de gente, con tantas municiones, y pertrechos de guerra, y con tãtos gaſtadores, q̃ con las manos, y a puñados de tierra, pudieran cubrir la Goleta, y el fuerte. Perdioſe primero la Goleta, tenida haſta entõces por inexpugnable: y no ſe perdio por culpa de ſus defenſores, los quales hizierõ en ſu defenſa, todo aquello q̃ deuian, y podiã, ſino porque la experiencia moſtró, la facilidad con q̃ ſe podian leuãtar trincheas en aquella deſierta arena, porque a dos palmos ſe hallaua agua, y los Turcos no la hallaron a dos varas: y aſsi con muchos ſacos de arena leuantaron las trincheas tan altas, que ſobrepujauan las murallas de la fuerça, y tirandoles a cauallero, ninguno podia parar, ni aſsiſtir a la defenſa. Fue comun opinion, que no ſe auian de encerrar los nueſtros en la Goleta, ſino eſperar en campaña, al deſembarcadero: y los que eſto dizen hablan de lexos, y con poca experiencia de caſos ſemejantes: porque ſi en la Goleta y en el fuerte

a penas

a penas auia siete mil soldados, como podía tan poco numero (aunque mas esforçados fuessen) salir a la campaña, y quedar en las fuerças, contra tanto como era el de los enemigos? Y como es posible dexar de perderse fuerça que no es socorrida, y mas quando la cercan enemigos, muchos, y porfiados, y en su mesma tierra. Pero a muchos les parecio, y assi me parecio a mi, que fue particular gracia, y merced que el cielo hizo a España, en permitir que se assolasse aquella oficina, y capa de maldades: y aquella gomia, o esponxa, y polilla de la infinidad de dineros, que alli sin prouecho se gastauan, sin seruir de otra cosa, que de conseruar la memoria de auerla ganado, la felicissima del inuictissimo Carlos Quinto, como si fuera menester para hazerla eterna (como lo es, y será) que aquellas piedras la sustentaran? Perdiose tambien el fuerte, pero fueronle ganando los Turcos palmo a palmo, porque los soldados que lo defendian pelearon tan valerosa, y fuertemente, que passaron de veynte y cinco mil enemigos, los que mataron en veynte y dos assaltos generales que les dieron. Ninguno cautiuaron sano, de trecientos que quedaron viuos, señal cierta, y clara de su esfuerço y valor, y de lo bien que se auian defendido, y guardado sus plaças. Rindiose a partido vn pequeño fuerte, o torre que estaua en mitad del estaño, a cargo de don Iuan Zanoguera, caualiero Valenciano, y famoso soldado. Cautiuaron a don Pedro Puertocarrero, General de la Goleta, el qual hizo quanto fue posible, por defender su fuerça: y sintio tãto el auerla perdido, que de pesar

murio en el camino de Conſtantinopla, donde le lle uauan cautiuo. Cautiuaron anſi meſmo al General del fuerte, que ſe llamaua, Gabrio Cerbellon, caualiſſero Milanes, grande ingeniero, y valentiſsimo ſoldado. Murieron en eſtas dos fuerças, muchas perſonas de cuenta, de las quales fue vna, Pagan de Oria, cauallero del habito de ſan Iuan, de condicion generoſo, como lo moſtrò la ſumma liberalidad q̃ vſò con ſu hermano el famoſo Iuã de Andrea de Oria: y lo que mas hizo laſtimoſa ſu muerte, fue auer muerto a manos de vnos Alarabes, de quien ſe fiò viẽdo ya perdido el fuerte, q̃ ſe ofrecierõ de lle uarle en habito de Moro a Tabarca, que es vn portezuelo, o caſa que en aquellas riberas tienen los Ginoueſes, que ſe exercitan en la peſqueria del coral: los quales Alarabes le cortaron la cabeça, y ſe la truxeron al General de la armada Turqueſca: el qual cumplio con ellos nueſtro refran Caſtellano, Que aunque la trayciõ aplaze, el traydor ſe aborrece: y aſsi ſe dize, que mãdò el General ahorcar a los que le truxeron el preſente, porque no ſe le auian traydo viuo. Entre los Chriſtianos que en el fuerte ſe perdierõ, fue vno, llamado dõ Pedro de Aguilar, natural no ſe de q̃ lugar del Andaluzia, el qual auia ſido Alferez en el fuerte, ſoldado de mucha cuenta, y de raro entendimiento: eſpecialmente tenia particular gracia en lo que llaman Poeſia. Digolo, porque ſu fuerte le truxo a mi galera, y a mi banco, y a ſer eſclauo de mi meſmo Patron: y antes que nos partieſſemos de aquel puerto, hizo eſte cauallero dos Sonetos, a manera de epitafios, el vno a la Goleta, y el otro al fuerte. Y en verdad que los tengo de

dezia

dezir, porque los se de memoria, y creo que antes causarán gusto que pesadumbre. En el punto que el cautiuo nombrò a dõ Pedro de Aguilar, don Fernãdo miró a sus camaradas, y todos tres se sonrieron: y quando llegò a dezir de los Sonetos, dixo el vno: Antes q̃ vuestra merced passe adelante, le suplico me diga, q̃ se hizo esse don Pedro de Aguilar q̃ ha dicho? Lo q̃ se es, respondio el cautiuo, q̃ al cabo de dos años q̃ estuuo en Constãtinopla, se huyó en trage de Arnaute, con vn Griego espia, y no se si vino en libertad: puesto q̃ creo que si, porq̃ de alli a vn año vi yo al Griego en Constantinopla, y no le pude pregũtar el sucesso de aquel viage. Pues no fue, respondio el cauallero, porq̃ esse don Pedro es mi hermano, y està aora en nuestro lugar, bueno, y rico, casado, y con tres hijos. Gracias sean dadas a Dios, dixo el cautiuo, por tantas mercedes como le hizo, porq̃ no ay en la tierra, conforme mi parecer, contẽto q̃ se yguale a alcançar la libertad perdida. Y mas, replicò el cauallero, q̃ yo se los Sonetos q̃ mi hermano hizo. Digalos pues V. m. dixo el cautiuo, que los sabra dezir mejor que yo. Que me plaze, respondio el cauallero: y el de la Goleta dezia assi.

Cap. XL. Donde se prosigue la historia del cautiuo.

SONETO.

ALmas dichosas, que del mortal velo,
Libres y esentas, por el bien que obrastes,
Desde la baxa tierra os leuantastes
A lo mas alto, y lo mejor del cielo.
Y ardiendo en ira, y en honroso zelo,

De los cuerpos la fuerça exercuastes,
Que en propia, y sangre agena coloraſtes
El mar vezino, y arenoſo ſuelo.
Primero que el valor, faltò la vida,
En los canſados braços, que muriendo,
Con ſer vencidos lleuan la victoria.
Y eſta vueſtra mortal, triſte cayda,
Entre el muro, y el hierro, os va adquiriendo
Fama que el mundo os da, y el cielo gloria.

Deſſa meſma manera le ſe yo, dixo el cautiuo. Pues el del fuerte, ſi mal no me acuerdo, dixo el caualler, dize aſsi.

SONETO.

DE entre eſta tierra eſteril, derribada,
Deſtos terrones por el ſuelo echados,
Las almas ſantas de tres mil ſoldados,
Subieron viuas a mejor morada.
Siendo primero en vano exercitada
La fuerça de ſus braços eſforçados,
Haſta que al fin de pocos, y canſados,
Dieron la vida al filo de la eſpada.
Y eſte es el ſuelo que continuo ha ſido
De mil memorias lamentables lleno,
En los paſſados ſiglos, y preſentes.
Mas no mas ¡ayas de ſu duro ſeno,
Auran al claro cielo almas ſubido.
Ni aun el poſtumo cuerpos tan valientes.

No

No parecieron mal los Sonetos, y el cautiuo se alegrô con las nueuas que de su camarada le dierô; y prosiguiendo su cuento, dixo Rendidos pues la Goleta, y el fuerte, los Turcos dieron orden en desmantelar la Golera, porque el fuerte quedò tal, que no huuo q̃ poner por tierra: y para hazerlo con mas breuedad, y menos trabajo, la minaron por tres partes, pero cô ninguna se pudo bolar lo q̃ parecia menos fuerte, q̃ eran las murallas viejas, y todo aquello que auia quedado en pie de la fortificacion nueua, q̃ auia hecho el Fratin, con mucha facilidad vino a tierra. En resolucion, la armada boluio a Constantinopla, triunfante, y vencedora: y de alli a pocos meses murio mi amo el Vchali, al qual llamauan, Vchali Fartax, que quiere dezir en lengua Turquesca, El renegado tiñoso, porque lo era: y es costúmbre entre los Turcos, ponerse nombres de alguna falta q̃ tengan, o de alguna virtud que en ellos aya. Y esto es, porq̃ no ay entre ellos sino quatro apellidos de linages, que deciendê de la casa Otomana, y los demas, como tẽgo dicho, toman nôbre, y apellido, ya de las tachas del cuerpo, y ya de las virtudes del animo: y este Tiñoso bogò el remo, siendo esclauo del grã señor, catorze años, y a mas de los. 34. desu edad renegò, de despecho de q̃ vn Turco, estado al remo, le dio vn bofetô, y por poderse vengar, dexò su fe: y fue tãto su valor, que sin subir por los torpes medios, y caminos que los mas priuados del gran Turco suben, vino a ser Rey de Argel, y despues a ser General de la mar, q̃ es el tercero cargo que ay en aquel señorio. Era Calabres de nacion, y moralmente fue hôbre de biẽ, y trataua cô mucha humanidad

a ſus cautiuos, que llegò a tener tres mil, los quales deſpues de ſu muerte ſe repartierò, como el lo dexò en ſu teſtamento, entre el gran ſeñor (q̃ tambien es hijo heredero de quantos muere, y entra a la parte cõ los mas hijos q̃ dexa el difunto) y entre ſus renegados: y yo cupe a vn renegado Veneciano, que ſiendo grumete de vna naue, le cautiuò el Vchali, y le quiſo tanto, q̃ fue vno de los mas regalados garzones ſuyos, y el vino a ſer el mas cruel renegado q̃ jamas ſe ha viſto. Llamauaſe Azanaga, y llegò a ſer muy rico, y a ſer Rey de Argel, con el qual yo vine de Conſtantinopla algo contento, por eſtar tà cerca de Eſpaña: no porq̃ penſaſſe eſcriuir a nadie el deſdichado ſuceſſo mio, ſino por ver ſi me era mas fauorable la ſuerte en Argel, que en Conſtantinopla, donde ya auia prouado mil maneras de huyrme, y ninguna tuuo ſazon, ni ventura: y penſaua en Argel buſcar otros medios de alcançar lo que tanto deſſeaua, porque jamas me deſamparò la eſperança de tener libertad, y quando en lo que fabricaua, penſaua, y ponia por obra, no correſpondia el ſuceſſo a la intencion, luego ſin abandonarme, fingia, y buſcaua otra eſperança que me ſuſtentaſſe, aunque fueſſe debil, y flaca. Con eſto entretenia la vida, encerrado en vna priſion, o caſa, que los Turcos llaman baño, donde encierran los cautiuos Chriſtianos, aſsi los que ſon del Rey, como de algunos particulares: y los que llamà del Almazè, que es como dezir, cautiuos del Concejo, que ſiruen a la ciudad en las obras publicas que haze, y en otros oficios. y eſtos tales cautiuos tienen muy dificultoſa ſu libertad, que como ſon del comun, y no tienen amo particular

ticular, no ay con quien tratar su rescate, aunque le tengan. En estos baños, como tengo dicho, suelen lleuar a sus cautiuos algunos particulares del pueblo, principalmente quando son de rescate, porque alli los tienen holgados, y seguros, hasta que venga su rescate. Tambien los cautiuos del Rey, que son de rescate, no salen al trabajo con la demas chusma, sino es quando se tarda su rescate, que entonces, por hazerles que escriuan por el con mas ahinco, les hazen trabajar, y yr por leña con los demas, que es vn no pequeño trabajo. Yo pues, era vno de los de rescate, que como se supo que era Capitan, puesto que dixe mi poca posibilidad, y falta de hazienda, no aprouechó nada para que no me pusiessen en el numero de los caualleros, y gente de rescate. Pusieronme vna cadena, mas por señal de rescate, que por guardarme con ella, y assi passaua la vida en aquel baño, con otros muchos caualleros, y gente principal, señalados, y tenidos por de rescate. Y aunque la hambre, y desnudez pudiera fatigarnos a vezes, y aun casi siempre, ninguna cosa nos fatigaua tanto, como oyr, y ver a cada passo, las jamas vistas, ni oydas crueldades que mi amo vsaua con los Christianos. Cada dia ahorcaua el suyo, empalaua a este, desorejaua aquel: y esto por tan poca ocasion, y tan sin ella, que los Turcos conocian que lo hazia no mas de por hazerlo, y por ser natural condicion suya ser omicida de todo el genero humano. Solo librò bien con el vn soldado Español, llamado, tal de Saauedra, el qual con auer hecho cosas que quedarán en la memoria de aquellas gentes por mu-

chos años, y todas por alcançar libertad, jamas le dio palo, ni se lo mandô dar, ni le dixo mala palabra: y por la menor cosa de muchas que hizo, temiamos todos que auia de ser empalado, y assi lo temio el mas de vna vez: y sino fuera porque el tiempo no da lugar, yo dixera aora algo de lo que este soldado hizo, que fuera parte para entreteneros, y admiraros, harto mejor que con el cuento de mi historia. Digo pues, que encima del patio de nuestra prision, cahian las ventanas de la casa de vn Moro rico, y principal, las quales, como de ordinario son las de los Moros, mas eran agujeros que ventanas, y aun estas se cubrian con celosias muy espessas, y apretadas. Acaecio pues, que vn dia estando en vn terrado de nuestra prision, con otros tres compañeros, haziendo pruevas de saltar con las cadenas, por entretener el tiempo, estando solos, porque todos los demas Christianos auian salido a trabajar, alcè a caso los ojos, y vi que por aquellas cerradas ventanillas que he dicho, parecia vna caña, y al remate della puesto vn lienço, atado, y la caña se estaua blandeando, y mouiendose, casi como si hiziera señas, que llegassemos a tomarla. Miramos en ello, y vno de los que conmigo estauan, fue a ponerse debaxo de la caña, por ver si la soltauan, o lo que hazian: pero assi como llegò alçaron la caña, y la mouieron a los dos lados, como si dixeran, no, con la cabeça. Boluiose el Christiano, y tornaronla a baxar, y hazer los mesmos mouimientos que primero. Fue otro de mis compañeros, y sucediole lo mesmo que al primero. Finalmẽte fue el tercero, y ahinole

lo

lo que al primere, y al ſegundo. Viendo yo eſto, no quiſe dexar de prouar la ſuerte, y aſsi como llegue a ponerme debaxo de la caña, la dexaron caer, y dio a mis pies dentro del baño: acudi luego a deſatar el lienço, en el qual vi vn nudo, y dentro del venian diez zianiys, que ſon vnas monedas de oro baxo, que vſan los Moros, que cada vna vale diez reales de los nueſtros. Si me holgue con el hallazgo, no ay para que dezirlo, pues fue tanto el contento, como la admiracion de penſar de donde podia venirnos aquel bien, eſpecialmente a mi, pues las mueſtras de no auer querido ſoltar la caña ſino a mi, claro dezian que a mi ſe hazia la merced. Tome mi buen dinero, quebrè la caña, boluime al terradillo, mire la ventana, y vi que por ella ſalia vna muy blanca mano, que la abrian y cerrauan muy apriesſa. Con eſto entendimos, o imaginamos, que alguna muger que en aquella caſa viuia, nos deuia de auer hecho aquel beneficio: y en ſeñal de que lo agradeciamos, hezimos zalemas a vſo de Moros, inclinando la cabeça, doblando el cuerpo, y poniendo los braços ſobre el pecho. De alli a poco ſacaron por la meſma ventana vna pequeña cruz, hecha de cañas, y luego la boluieron a entrar. Eſta ſeñal nos confirmò, en que alguna Chriſtiana deuia de eſtar cautiua en aquella caſa, y era la que el bien nos hazia: pero la blancura de la mano, y las axorcas que en ella vimos, nos deshizo eſte penſamiento, pueſto que imaginamos, que deuia de ſer Chriſtiana renegada, a quien de ordinario ſuelen tomar por legitimas mugeres ſus memos amos, y aun lo tienen

a ven-

a ventura, porque las eſtiman en mas que las de ſu nacion. En todos nueſtros diſcurſos, dimos muy lexos de la verdad del caſo, y aſsi todo nueſtro entretenimiento deſde alli adelate, era mirar, y tener por norte, a la ventana donde nos auia aparecido la eſtrella de la caña: pero bien ſe paſſaron quinze dias en que no le vimos, ni la mano tampoco, ni otra ſeñal alguna. Y aunque en eſte tiempo procuramos con toda ſolicitud, ſaber quié en aquella caſa viuia, y ſi auia en ella alguna Chriſtiana renegada, jamas huuo quien nos dixeſſe otra coſa, ſino que alli viuia vn Moro principal, y rico, llamado Agimorato, Alcayde que auia ſido de la Pata, que es oficio entre ellos de mucha calidad. Mas quando mas deſcuydados eſtauamos, de que por alli auian de llouer mas zianiys, vimos a deshora parecer la caña, y otro lienço en ella, con otro nudo mas crecido: y eſto fue a tiempo q̃ eſtaua el baño como la vez paſſada, ſolo, y ſin gente. Hezimos la acoſtumbrada prueua, yendo cada vno primero que yo, de los miſmos tres que eſtauamos, pero a ninguno ſe rindio la caña ſino a mi, porque en llegando yo la dexaron caer. Deſatè el nudo, y hallè quarenta eſcudos de oro, Eſpañoles, y vn papel eſcrito en Arauigo, y al cabo de lo eſcrito hecha vna grande cruz. Beſè la cruz, tomè los eſcudos, boluime al terrado, hezimos todos nueſtras zalemas, tornò a parecer la mano, hize ſeñas que leeria el papel, cerraron la ventana. Quedamos todos confuſos, y alegres con lo ſucedido: y como ninguno de noſotros no entendia el Arauigo, era grande el deſſeo que teniamos de entender lo que el papel contenia,

y mayor,

y mayor la dificultad de buscar quien lo leyesse. En fin yo me determinè de fiarme de vn renegado, natural de Murcia, que se auia dado por grande amigo mio, y puesto prendas entre los dos, que le obligauan a guardar el secreto que le encargasse porque suelen algunos renegados, quando tienen intencion de boluerse a tierra de Christianos, traer consigo algunas firmas de cautiuos principales, en que dan fe, en la forma que pueden, como el tal renegado es hombre de bien, y que siempre ha hecho bien a Christianos, y que lleua deseo de huyrse en la primera ocasion que se le ofrezca. Algunos ay, que procuran estas fees con buena intencion: otros se siruen dellas, a caso, y de industria: que viniendo a robar a tierra de Christianos, si a dicha se pierden, o los cautiuan, sacan sus firmas, y dizen, que por aquellos papeles se verà el proposito con que venian, el qual era, de quedarse en tierra de Christianos, y que por esso venian en corso con los demas Turcos. Con esto se escapan de aquel primer impetu, y se reconcilian con la Yglesia, sin que se les haga daño, y quando veen la suya, se buelué a Berberia a ser lo que antes eran. Otros ay que vsan destos papeles, y los procuran con buen intento, y se quedan en tierra de Christianos. Pues vno de los renegados que he dicho, era este mi amigo, el qual tenia firmas de todas nuestras camaradas, donde le acreditauamos quanto era posible: y si los Moros le hallaran estos papeles, le quemaran viuo. Supe que sabia muy bien Arauigo, y no solamente hablarlo, sino escriuirlo. Pero antes que del todo me declarasse con el, le dixe, q̃ me leyesse aquel papel,

que

que a caso me auia hallado en vn agujero de mi ra-
cho. Abriole, y estuuo vn buen espacio mirádole, y
construyendole, murmurando entre los dientes.
Preguntele, si lo entendia? Dixome, que muy bien,
y que si queria que me lo declarasse palabra por
palabra, que le diesse tinta y pluma, porque me-
jor lo hiziesse. Dimosle luego lo que pedia, y el
poco a poco lo fue traduziendo: y en acabando, di-
xo: Todo lo que va aqui en Romance, sin faltar le-
tra, es lo que contiene este papel Morisco: y ha se de
aduertir, que adonde dize, Lela Marien, quiere de-
zir, Nuestra Señora la Virgen Maria Leymos el pa
pel, y dezia assi.

Quando yo era niña, tenia mi padre vna esclaua,
la qual en mi lengua me mostrò la Zala Christianes
ca, y me dixo muchas cosas de Lela Marien. La
Christiana murio, y yo se que no fue al fuego, sino
con Ala, porque despues la vi dos vezes, y me di-
xo, que me fuesse a tierra de Christianos, a ver a
Lela Marien, que me queria mucho. No se yo co-
mo vaya: muchos Christianos he visto por esta vẽ-
tana, y ninguno me ha parecido cauallero, sino tu.
Yo soy muy hermosa, y muchacha, y tengo muchos
dineros que lleuar conmigo. Mira tu si puedes ha-
zer como nos vamos, y seràs alla mi marido, si qui-
sieres, y sino quisieres, no se me darà nada, que
Lela Marien me darà con quien me case. Yo escri-
ui esto, mira a quien lo das a leer, no te fies de nin-
gun Moro, porque son todos marfuzes. Desto ten-
go mucha pena, que quisiera que no te descubrie-
ras a nadie, porque si mi padre lo sabe, me echarà
luego en vn pozo, y me cubrira de piedras. En

la

la caña pondre vn hilo, ata alli la reſpueſta: y ſino tienes quien te eſcriua Arauigo, dimelo por ſeñas, que Lela Marien hara que te entienda. Ella, y Ala te guardē, y eſſa cruz que yo beſo muchas vezes, que aſsi me lo mandô la cautiua.

Mirad, ſeñores, ſi era razon que las razones deſte papel nos admiraſſen, y alegraſſen: y aſsi lo vno, y lo otro fue de manera, que el renegado entendio, que no a caſo ſe auia hallado aquel papel, ſino que realmēte a alguno de noſotros ſe auia eſcrito: y aſsi nos rogô, que ſi era verdad lo que ſoſpechaua, q̄ nos fiaſſemos del, y ſe lo dixeſſemos, que el auenturaria ſu vida por nueſtra libertad: y diziēdo eſto, ſacô del pecho vn cruzifixo de metal, y con muchas lagrimas juró por el Dios que aquella imagen repreſentaua, en quien el, aunq̄ pecador, y malo, bien, y fielmente creia, de guardarnos lealtad y ſecreto, en todo quanto quiſieſſemos deſcubrirle, porq̄ le parecia, y caſi adeuinaua, que por medio de aquella que aquel papel auia eſcrito, auia el, y todos noſotros de tener libertad, y verſe el en lo que tanto deſſeaua, que era reduzirſe al gremio de la ſanta Yglefia ſu madre, de quien como miembro podrido eſtaua diuidido, y apartado, por ſu ignorancia, y pecado. Con tantas lagrimas, y con mueſtras de tanto arrepentimiento dixo eſto el renegado, que todos de vn meſmo parecer, conſentimos, y venimos en declararle la verdad del caſo, y aſsi le dimos cuenta de todo, ſin encubrirle nada. Moſtramoſſe la ventanilla por donde parecia la caña y el marcô deſde alli la caſa, y quedô de tener eſpecial, y gran cuydado, de informarſe quien

en ella venia. Acordamos anſi meſmo, que ſeria bié reſponder al villete de la Mora: y como teniamos quien lo ſupieſſe hazer, luego al momento el renegado eſcriuio las razones que yo le fuy notando, q̃ puntualmente fueron las que dire, porque de todos los puntos ſuſtanciales que en eſte ſuceſſo me acõtecieron, ninguno ſe me ha ydo de la memoria, ni aun ſe me yra en tanto que tuuiere vida. En efeto, lo que a la Mora ſe le reſpondio, fue eſto.

El verdadero Ala te guarde, ſeñora mia, y aquella bendita Marien, que es la verdadera Madre de Dios, y es la que te ha pueſto en coraçon, que te vayas a tierra de Chriſtianos, porque te quiere bien. Ruegale tu, que ſe ſirua de darte a entender, como podras poner por obra lo que te manda, que ella es tan buena, que ſi harà. De mi parte, y de la de todos eſtos Chriſtianos que eſtan conmigo, te ofrezco de hazer por ti todo lo que pudieremos, haſta morir. No dexes de eſcriuirme, y auiſarme lo que penſares hazer, que yo te reſpondere ſiempre, q̃ el grande Ala nos ha dado vn Chriſtiano cautiuo, que ſabe hablar, y eſcriuir tu lengua, tan bien como lo veras por eſte papel. Aſsi que ſin tener miedo, nos puedes auiſar de todo lo que quiſieres. A lo que dizes, que ſi fueres a tierra de Chriſtianos, que has de ſer mi muger, yo te lo prometo, como buen Chriſtiano: y ſabe que los Chriſtianos cumplen lo que prometen, mejor que los Moros. Ala, y Marien ſu Madre ſean en tu guarda, ſeñora mia.

Eſcrito, y cerrado eſte papel, aguardè dos dias a que eſtuuieſſe el baño ſolo, como ſolia, y luego ſali al paſſo acoſtumbrado, del terradillo, por ver ſi la

cana

caña parecia, que no tardò mucho en assomar. Assi como la vi, aunque no podia ver quien la ponia, mostre el papel, como dando a entéder, q̃ pusiessen el hilo: pero ya venia puesto en la caña, al qual atè el papel, y de alli a poco tornó a parecer nuestra estrella con la blanca vandera de paz del atadillo, dexaronla caer, y alce yo, y hallè en el paño en toda suerte de moneda, de plata, y de oro, mas de cinquenta escudos, los quales cinquẽta vezes mas doblaron nuestro contento, y confirmaró la esperança de tener libertad. Aquella misma noche boluio nuestro Renegado, y nos dixo, que auia sabido, que en aquella casa vivia el mesmo Moro q̃ a nosotros nos auian dicho que se llamaua Aguimorato, riquissimo por todo estremo, el qual tenia vna sola hija, heredera de toda su hazienda: y q̃ era comun opinion en toda la ciudad, ser la mas hermosa muger de la Berberia: y que muchos de los Vireyes que alli venian la auian pedido por muger, y que ella nunca se auia querido casar: y que tambien supo, q̃ tuuo vna Christiana cautiua, q̃ ya se auia muerto. Todo lo qual concertaua có lo que venia en el papel. Entramos luego en consejo con el Renegado, en que orden se tendria para sacar a la Mora, y venirnos todos a tierra de Christianos: y en fin se acordò por entonces, que esperassemos al auiso segundo de Zorayda, que assi se llamaua la que aora quiere llamarse Maria. Porque bien vimos, q̃ ella y no otra alguna era la que auia de dar medio a todas aquellas dificultades. Despues que quedamos en esto, dixo el Renegado, que no tuuiessemos pena, que el perderia la vida, o nos põdria en libertad.

Quatro dias estuuo el baño cō gente, que fue ocasion que quatro dias tardasse en parecer la caña: al cabo de los quales en la acostumbrada soledad del baño parecio con el lienço tan preñado, que vn felicissimo parto prometia: inclinose a mi la caña, y el lienço, hallé en el otro papel, y cien escudos de oro, sin otra moneda alguna: estaua alli el Renegado, dimosle a leer el papel dentro de nuestro rancho, el qual dixo que assi dezia.

Yo no se, mi señor, como dar orden que nos vamos a España, ni Lela Marien me lo ha dicho, aunq̄ yo se lo he preguntado: lo que se podra hazer es, que yo os dare por esta ventana muchissimos dineros de oro, rescataos vos con ellos, y vuestros amigos, y vaya vno en tierra de Christianos, y compre alla vna barca, y buelua por los demas, y a mi me hallarán en el jardin de mi padre, q̄ està a la puerta de Babazon, junto a la marina donde tengo de estar todo este Verano con mi padre, y con mis criados: de alli de noche me podreys sacar sin miedo, y lleuarme a la barca: y mira que has de ser mi marido, porque sino, yo pedire a Marien que te castigue. Si no te fias de nadie que vaya por la barca, rescatate tu y ve, que yo se que bolueras mejor que otro, pues eres caualiero y Christiano. Procura saber el jardin, y quando te passees por ay sabre q̄ està solo el baño, y te dare mucho dinero. Ala te guarde, señor mio.

Esto dezia y contenia el segundo papel: lo qual visto por todos, cada vno se ofrecio a querer ser el rescatado, y prometio de yr y boluer con toda puntualidad y tambien yo me ofreci a lo mismo: a todo

lo

lo qual se opuso el Renegado, diziendo, que en ninguna manera consentiria que ninguno saliesse de libertad hasta que fuessen todos juntos: porque la experiencia le auia mostrado, quan mal cumplian los libres las palabras que dauan en el cautiuerio: porque muchas vezes auian vsado de aquel remedio algunos principales cautiuos, rescatando a vno que fuesse a Valencia, o Mallorca, con dineros para poder armar vna barca, y boluer por los q̃ le auian rescatado, y nunca auian buelto: porque de la libertad alcançada, y el temor de no boluer a perderla, les borraua de la memoria todas las obligaciones del mundo. Y en confirmacion de la verdad q̃ nos dezia, nos conto breuemente vn caso, que casi en aquella mesma sazon auia acaecido a vnos caualleros Christianos, el mas estraño que jamas sucedio en aquellas partes, donde a cada passo suceden cosas de grande espanto, y de admiracion. En efecto el vino a dezir, que lo que se podia y deuia hazer, era que el dinero que se auia de dar para rescatar al Christiano, que se le diesse a el, para comprar alli en Argel vna barca, con achaque de hazerse mercader y tratante en Tetuan, y en aquella costa, y que siendo el señor de la barca facilmente se daria traça para sacarlos del baño, y embarcarlos a todos. Quanto mas que si la Mora, como ella dezia, daua dineros para rescatarlos a todos, que estãdo libres era facilissima cosa aun embarcarse en la mitad del dia: y que la dificultad que se ofrecia mayor, era que los Moros no consentẽ, que renegado alguno compre ni tenga barca, sino es baxel grande para yr en corso: porque se temen, que el que compra

barca, principalmẽte si es Espanol, no la quiere sino para yrse a tierra de Christianos. Pero que el facilitaria este inconueniente, con hazer que vn Moro Tangerino fuesse a la parte con el en la compañia de la barca, y en la ganancia de las mercancias, y con esta sombra el vendria a ser señor de la barca, con que daua por acabado todo lo demas: y puesto que a mi y a mis camaradas nos auia parecido mejor lo de embiar por la barca a Mallorca, como la Mora dezia, no osamos contradezirle, temerosos que sino haziamos lo que el dezia, nos auia de descubrir, y poner a peligro de perder las vidas, si descubriesse el trato de Zorayda, por cuya vida dieramos todos las nuestras: y assi determinamos de ponernos en las manos de Dios, y en las del Renegado: y en aquel mismo punto se le respondio à Zorayda: diziendole que hariamos todo quanto nos aconsejaua, porque lo auia aduertido tambien, como si Lela Marié se lo huuiera dicho, y que en ella sola estaua dilatar aquel negocio, o ponello luego por obra. Ofrecimele de nueuo de ser su esposo, y con esto otro dia, que acaecio a estar solo el baño, en diuersas vezes con la cana y el paño nos dio dos mil escudos de oro, y vn papel, donde dezia, que el primer juma, que es el Viernes, se yua al jardin de su padre, y que antes que se fuesse nos daria mas dinero: y que si aquello no bastasse, que se lo auisassemos, que nos daria quanto le pidiessemos, que su padre tenia tantos, que no lo echaria menos, quanto mas, que ella tenia las llaues de todo. Dimos luego quinientos escudos al Renegado, para comprar la barca, con ochocientos me rescatè yo, dando

do

do el dinero a vn mercader Valenciano, que a la sazon se hallaua en Argel, el qual me rescatò del Rey, tomandome sobre su palabra, dandola, de que con el primer baxel que viniesse de Valencia pagaria mi rescate. Porque si luego diera el dinero, fuera dar sospechas al Rey que auia muchos dias que mi rescate estaua en Argel, y que el mercader por sus grangerias lo auia callado. Finalmente mi amo era tan cauiloso, que en ninguna manera me atreuia que luego se desembolsasse el dinero. El lueues antes del Viernes, que la hermosa Zorayda se auia de yr al jardin, nos dio otros mil escudos, y nos auisó de su partida: rogandome, que si me rescatasse, supiesse luego el jardin de su padre, y que en todo caso buscasse ocasion de yr alla, y verla. Respondile en breues palabras, que assi lo haria, y que tuuiesse cuydado de encomendarnos a Lela Marien, con todas aquellas oraciones que la cautiua le auia enseñado. Hecho esto, dieron orden en que los tres cõpañeros nuestros se rescatassen, por facilitar la salida del baño y porque viendome a mi rescatado, y a ellos no, pues auia dinero, no se alborotassen y les persuadiesse el diablo que hiziessen alguna cosa en perjuyzio de Zorayda: q̃ puesto que el ser ellos quien eran, me podia assegurar deste temor; con todo esso no quise poner el negocio en auentura, y assi los hize rescatar por la misma orden que yo me rescaté, entregando todo el dinero al mercader, para que con certeza y seguridad, pudiesse hazer la fiança: al qual nunca descubrimos nuestro trato y secreto, por el peligro que auia.

Cap. XLI. Donde toda via prosigue el cautiuo su sucesso

NO Se passaron quinze dias, quando ya nuestro Renegado tenia cõprada vna muy buena barca, capaz de mas de treynta personas: y para assegurar su hecho, y dalle color, quiso hazer, como hizo, vn viaje a vn lugar que se llamaua Sargel, que està treynta leguas de Argel hàzia la parte de Oran, en el qual ay mucha contratacion de higos passos. Dos, o tres vezes hizo este viaje en compañia del Tagarino, que auià dicho. Tagarinos llaman en Beruería a los Moros de Aragon, y a los de Granada Mudejares, y en el Reyno de Fez llaman a los Mudejares Elches, los quales son la gente de quien aquel Rey mas se sirue en la guerra. Digo pues, que cada vez que passaua con su barca daua fondo en vna caleta, que estaua no dos tiros de ballesta del jardin donde Zorayda esperaua, y alli muy de proposito se ponia el renegado con los Morillos que bogauan el remo, o ya a hazer la çala, o a como por ensayarse de burlas, a lo que pensaua hazer de veras: y assi se yua al jardin de Zorayda, y le pedia fruta, y su padre se la daua sin conocelle: y aunque el quisiera hablar a Zorayda, como el despues me dixo, y dezille, que el era el q̃ por orden mia le auia de lleuar a tierra de Christianos, que estuuiesse contenta y segura, nunca le fue posible, porque las Moras no se dexan ver de ningun Moro, ni Turco, fino es que su marido, o su padre se lo manden. De

Chris-

Christianos cautiuos se dexan tratar y comunicar, aun mas de aquello que seria razonable: y a mi me huuiera pesado que el la huuiera hablado; que quiça la alborotara, viendo que su negocio andaua en boca de renegados. Pero Dios, que lo ordenaua de otra manera, no dio lugar al buen desseo que nuestro renegado tenia: el qual viendo, quan seguramente yua y venia a Sargel, y que daua fondo quando, y como, y adonde queria, y que el Tagarino su compañero no tenia mas volûtad de lo que la suya ordenaua, y que yo estaua ya rescatado, y que solo faltaua buscar algunos Christianos que bogassen el remo, me dixo, que mirasse yo quales queria traer conmigo, fuera de los rescatados, y que los tuuiesse hablados para el primer Viernes, donde tenia determinado que fuesse nuestra partida. Viendo esto, hablè a doze Españoles todos valientes hombres del remo, y de aquellos que mas libremente podian salir de la ciudad: y no fue poco hallar tantos en aquella coyuntura, porque estauan veynte baxeles en corso, y se auian llenado toda la gente de remo, y estos no se hallaran sino fuera que su amo se quedò aquel Verano sin yr en corso a acabar vna galeota que tenia en Arstillero. A los quales no les dixe otra cosa, sino que el primer Viernes en la tarde se saliessen vno a vno dissimuladamente, y se fuessen la buelta del jardin de Aguimorato, y que alli me aguardassen hasta que yo fuesse. A cada vno di este auiso de por si, con orden, que aunque alli viessen a otros Christianos, no les dixessen, sino que yo les auia mandado esperar en aquel lugar. Hecha esta diligencia, me fal-

tana hazer otra, que era la que mas me conuenia, y era la de auisar a Zorayda en el punto que estauan los negocios, para que estuuiesse apercebida, y sobre auiso, que no se sobresaltasse, si de improuiso la assaltassemos antes del tiempo que ella podia imaginar, que la barca de Christianos podia boluer. Y assi determinè de yr al jardin, y ver si podria hablarla. y con ocasion de coger algunas yernas, vn dia antes de mi partida fuy alla, y la primera persona con quien encontre fue con su padre, el qual me dixo en lengua que en toda la Berueria, y aun en Costantinopla se halla entre cautiuos, y Moros, que ni es Morisca, ni Castellana, ni de otra nacion alguna, sino vna mezcla de todas las lenguas, con la qual todos nos entendemos. Digo pues, que en esta manera de lenguaje me preguntò, que que buscaua en aquel su jardin, y de quien era. Respondile, que era esclauo de Arnaute Mami (y esto porque sabia yo por muy cierto, que era vn grandissimo amigo suyo) y que buscaua de todas yeruas para hazer ensalada. Preguntome por el consiguiente, si era hombre de rescate o no, y que quanto pedia mi amo por mi. Estando en todas estas preguntas y respuestas, salio de la casa del jardin la bella Zorayda, la qual ya auia mucho que me auia visto, y como las Moras en ninguna manera hazen melindre de mostrarse a los Christianos, ni tampoco se esquiuan (como ya he dicho) no se le dio nada de venir a donde su padre conmigo estaua, antes luego quando su padre vio que venia y de espacio, la llamò y mando que llegasse. Demasiada cosa sotia dezir yo agora la mu-

cha

cha hermosura, la gentileza, el gallardo, y rico adorno con que mi querida Zorayda se mostro a mis ojos: solo dire, que mas perlas pendian de su hermosissimo cuello, orejas, y cabellos, que cabellos tenia en la cabeça. En las gargantas de los sus pies, que descubiertas a su vsança trahia, trahia dos carcaxes (que assi se llamauan las manillas, o axorcas de los pies en Morisco) de purissimo oro, con tantos diamantes engastados, que ella me dixo despues, que su padre los estimaua en diez mil doblas, y las que trahia en las muñecas de las manos valian otro tanto. Las perlas eran en gran cantidad y muy buenas, porque la mayor gala y bizarria de las Moras, es adordarnarse de ricas perlas, y aljofar: y assi ay mas perlas y aljofar entre Moros, que entre todas las demas naciones, y el padre de Zorayda tenia fama de tener muchas, y de las mejores que en Argel auia, y de tener assi mismo mas de dozientos mil escudos Españoles, de todo lo qual era señora esta que aora lo es mia. Si con todo este adorno podia venir entonces hermosa, o no, por las reliquias que le han quedado en tantos trabajos se podra conjeturar qual deuia de ser en las prosperidades? Porque ya se sabe que la hermosura de algunas mugeres tiene dias, y sazones, y requiere accidentes para diminuyrse, o acrecentarse: y es natural cosa que las passiones del animo la leuanten, o abaxé, puesto que las mas vezes la destruyen: digo en fin, que entonces llegò en todo estremo adereçada, y en todo estremo hermosa, o a lomenos a mi me parecio serlo la mas q̃ hasta entonces auia visto: y cõ esto viendo las obligaciones

en que me auia puesto, me parecia que tenia delante de mi vna deidad del cielo, venida a la tierra para mi gusto, y para mi remedio. Assi como ella llegó, le dixo su padre en su lengua..omo yo era cautiuo de su amigo Arnaute Mami, y que venia a buscar ensalada. Ella tomó la mano, y en aquella mezcla de lenguas, que tengo dicho, me preguntó, si era cauallero, y que era la causa que no me rescataua. Yo le respondi: Que ya estaua rescatado, y que en el precio podia echar de ver en lo que mi amo me estimaua, pues auia dado por mi, mil y quinientos çoltamis. A lo qual ella respondio. En verdad, que si tu fueras de mi padre, que yo hiziera que no te diera el por otros dos tantos: porq̃ vosotros Christianos, siempre mentis en quanto dezis, y os hazeis pobres, por engañar a los Moros. Bien podria ser esso señora, le respondi, mas en verdad, que yo la he tratado con mi amo, y la trato, y la tratare con quantas personas ay en el mundo. Y quando te vas, dixo Zorayda? Mañana creo yo, dixe: porque està aqui vn baxel de Francia, que se haze mañana a la vela, y pienso yrme en el. No es mejor (replicò Zorayda) esperar a que vengan baxeles de España, y yrte con ellos, que no con los de Francia, que no son vuestros amigos? No, respódi yo: aunque si como ay nueuas que viene ya vn baxel de España, es verdad, toda via yo le aguardare, puesto que es mas cierto el partirme mañana: porque el desseo que tengo de verme en mi tierra, y con las personas que bié quiero, es tanto, que no me dexará esperar otra comodidad si se tarda, por mejor que sea. Deues de ser sin duda casado en tu tierra, dixo Zorayda, y por

esso

esso desseas yr a verte con tu muger? No soy, respondi yo casado, mas tengo dada la palabra de casarme en llegando alla. Y es hermosa la dama a quié se la diste, dixo Zorayda? Tan hermosa es, respondi yo, que para encarecella, y dezirte la verdad, te parece a ti mucho Desto se riyo muy de veras su padre, y dixo: Guala Christiano, que deue de ser muy hermosa si se parece a mi hija, que es la mas hermosa de todo este Reyno? Sino mirala bien, y veras como te digo verdad. Seruianos de interprete a las mas de estas palabras y razones el padre de Zorayda, como mas ladino, que aunque ella hablaua la bastarda lengua, que como he dicho, alli se vsa, mas declaraua su intencion por señas, q̃ por palabras. Estando en estas, y otras muchas razones, llegò vn Moro corriendo, y dixo a grandes bozes, que por las bardas, o paredes del jardin, auia saltado quatro Turcos, y andauan cogiendo la fruta, aunque no estaua madura. Sobresaltose el viejo, y lo mesmo hizo Zorayda. Porque es comun, y casi natural, el miedo que los Moros a los Turcos tienen, especialmente a los soldados, los quales son tan insolentes, y tienen tanto imperio sobre los Moros que a ellos estan sugetos, que los tratan peor que si fuessen esclauos suyos. Digo pues, que dixo su padre a Zorayda: Hija, retirate a la casa, y encierrate en tãto q̃ yo voy a hablar a estos canes, y tu Christiano busca tus yeruas, y vete en buẽ hora, y lleuete Ala có biẽ a tu tierra. Yo me incline, y el se fue a buscar los Turcos, dexandome solo con Zorayda, que començo a dar muestras de yrse donde su padre la auia mandado. Pero apenas el se encubrio con los arboles del

jardin

jardin, quando ella boluiendose a mi, llenos los ojos de lagrimas, me dixo. Amexi Christiano, Amexi, que quiere dezir: Vaste Christiano, vaste? Yo la respondi: Señora si. pero no en ninguna manera sin ti: el primero luna me aguarda, y no te sobresaltes quando nos veas, que sin duda alguna yremos a tierra de Christianos. Yo le dixe esto de manera, que ella me entendio muy bien a todas las razones que entrambos passamos: y echandome vn braço al cuello, con desmayados passos començò a caminar hàzia la casa, y quiso la suerte, que pudiera ser muy mala, si el cielo no lo ordenara de otra manera, que yendo los dos de la manera y postura q̃ os he contado con vn braço al cuello, su padre que ya boluia de hazer yr a los Turcos, nos vio de la suerte y manera que yuamos, y nosotros vimos que el nos auia visto: pero Zorayda ãduertida, y discreta, no quiso quitar el braço de mi cuello, antes se llegò mas a mi, y puso su cabeça sobre mi pecho, doblando vn poco las rodillas, dando claras señales y muestras que se desmayaua: y yo ansi mismo di a entender, que la sostenia contra mi voluntad. Su padre llegò corriendo a donde estauamos, y viendo a su hija de aquella manera le preguntò, que que tenia: pero como ella no le respondiesse, dixo su padre: Sin duda alguna, que con el sobresalto de la entrada de estos canes se ha desmayado, y quitandola del mio, la arrimò a su pecho, y ella dando vn suspiro, y aun no enxutos los ojos de lagrimas, boluio a dezir: Amexi Caristiano, Amexi: Vete Christiano, vete. A lo que su padre respondio: No importa hija que el Christiano se vaya, que ningun mal te ha hecho,

y los

y los Turcos ya son ydos: no te sobresalte cosa alguna, pues ninguna ay que pueda darte pesadumbre: pues como ya te he dicho, los Turcos a mi ruego se boluieron por donde entraron. Ellos, señor, la sobresaltaron como has dicho, dixe yo a su padre: mas pues ella dize que yo me vaya, no la quiero dar pesadumbre: quedate en paz, y con tu licencia boluer, si fuere menster, por yeruas a este jardin, que segun dize mi amo, en ninguno las ay mejores para ensalada, que en el. Todas las que quisieres podras boluer, respondio Aguimorato, que mi hija no dize esto porque tu, ni ninguno de los Christianos la enjoauan, sino que por dezir que los Turcos se fuessen, dixo que tu te fuesses, o porque ya era hora, que buscalles tus yeruas. Con esto me despedi al punto de entrambos, y ella arrancandosele el alma (al parecer) se fue con su padre. Y yo con achaque de buscar las yeruas, rodee muy bien, y a mi plazer todo el jardin. Mirè bien las entradas, y salidas, y la fortaleza de la casa, y la comodidad que se podia ofrecer, para facilitar todo nuestro negocio. Hecho esto, me vine, y di quenta de quanto auia passado al Renegado, y a mis compañeros. Y ya no veìa la hora de verme gozar sin sobresalto del bien que en la hermosa y bella Zorayda la suerte me ofrecia. En fin el tiempo se passò, y se llegò el dia y plazo de nosotros tan desseado: y siguiendo todos el orden y y parecer, que con discreta consideracion, y largo discurso muchas vezes auiamos dado, tuuimos el buen sucesso que desseauamos. Porque el Viernes que se siguio al dia que yo con Zorayda hablè en

el

al jardin Morrenago al anochecer, dio fondo con la barca casi frontero de donde la hermosissima Zorayda estaua: ya los Christianos que auian de bogar el remo, estauan preuenidos, y escondidos por diuersas partes de todos aquellos alrrededores. Todos estauan suspensos y alboroçados, aguardandome, desseosos ya de enuestir con el baxel, que a los ojos tenian: porque ellos no sabian el concierto del renegado, sino que pensauan que a fuerça de braços auian de auer y ganar la libertad, quitando la vida a los Moros que dentro de la barca estauan. Succedio pues, que assi como yo me mostre, y mis compañeros, todos los demas escondidos que nos vieron, se vinieron llegando a nosotros. Esto era ya a tiempo que la ciudad estaua ya cerrada, y por toda aquella campaña ninguna persona parecia. Como estuuimos juntos, dudamos si seria mejor yr primero por Zorayda, o rendir primero a los Moros vagarinos, que bogauan el remo en la barca. Y estando en esta duda, llegò a nosotros nuestro renegado, diziendonos, que en que nos deteniamos, que ya era hora, y que todos sus Moros estauan descuydados, y los mas de ellos durmiendo. Diximosle en lo que reparauamos, y el dixo, que lo que mas importaua, era rendir primero el baxel, que se podia hazer con grandissima facilidad, y sin peligro alguno, y que luego podiamos yr por Zorayda. Parecionos bien a todos lo que dezia, y assi sin detenernos mas, haziendo el la guia llegamos al baxel, y saltando el dentro primero metio mano a vn alfanje, y dixo en Morisco: Ninguno de vosotros se mueua de aqui,

sino

ſino quiere que le cueſte la vida. Ya a eſte tiempo auian entrado dentro caſi todos los Chriſtianos. Los Moros que eran de poco animo, viendo hablar de aquella manera a ſu Arraez, quedaronſe eſpantados, y ſin ninguno de todos ellos echar mano a las armas, que pocas, o caſi ningunas tenian, ſe dexaron, ſin hablar alguna palabra, maniatar de los Chriſtianos, los quales con mucha preſteza lo hizieron, amenazando a los Moros, que ſi alçauan por alguna via o manera la voz, que luego al punto los paſſarian todos a cuchillo. Hecho ya eſto, quedandoſe en guardia dellos la mitad de los nueſtros: los que quedauamos, haziendonos aſsi miſmo el renegado la guia, fuymos al jardin de Aguimorato, y quiſo la buena ſuerte, que llegando a abrir la puerta, ſe abrio con tanta facilidad, como ſi cerrada no eſtuuiera, y aſsi con gran quietud y ſilencio llegamos a la caſa ſin ſer ſentidos de nadie. Eſtaua la bellisſima Zorayda aguardandonos a vna ventana, y aſsi como ſintio gente, preguntò con voz baxa, ſi eramos Nizarani, como ſi dixera, o preguntara, ſi eramos Chriſtianos? Yo le reſpondi, que ſi, y que baxaſſe. Quando ella me conocio, no ſe detuuo vn punto, porque ſin reſpóderme palabra, baxó en vn inſtante, abrio la puerta, y moſtroſe a todos tan hermoſa y ricamente veſtida que no lo aciero a encarecer: luego q̃ yo la vi le tomè vna mano, y la comẽce a beſar, y el renegado hizo lo miſmo, y mis dos camaradas: y los demas que el caſo no ſabian hizieron lo que vieron q̃ noſotros haziamos, q̃ no pacecia ſino q̃ le dauamos las gracias, y la reconociamos por ſeñora de nr̃a libertad.

El

El Renegado le dixo en lengua Morisca, si estaua su padre en el jardin? Ella respondio, que si, y que dormia. Pues será menester despertalle, replicò el Renegado, y lleuarnosle con nosotros, y todo aquello que tiene de valor este hermoso jardin. No dixo ella, a mi padre no se ha de tocar en ningun modo: y en esta casa no ay otra cosa que lo que yo lleuo, que es tanto, que bien aura para que todos quedeys ricos, y contentos: y esperaros vn poco y lo vereys. Y diziendo esto, se bolvio a entrar, diziendo, que muy presto bolueria, que nos estuuiessemos quedos, sin hazer ningun ruydo. Preguntele al Renegado, lo que con ella auia passado, el qual me lo conto, a quien yo dixe; que en ninguna cosa se auia de hazer mas de lo que Zorayda quisiesse. La qual ya que boluia cargada con vn cofrezillo lleno de escudos de oro, tantos, que a penas lo podia sustentar. Quiso la mala suerte, que su padre despertasse en el interin, y sintiesse el ruydo que andaua en el jardin, y assomandose a la ventana, luego conocio que todos los que en el estauan eran Christianos, y dando muchas, grandes y desaforadas bozes, començo a dezir en Arauigo, Christianos, Christianos, ladrones, ladrones: por los quales gritos nos vimos todos puestos en grandissima y temerosa confusion. Pero el Renegado viendo el peligro en que estauamos, y lo mucho que le importaua salir con aquella empresa, antes de ser sentido, con grandissima presteza subio donde Aguimorato estaua, y juntamente con el fueron algunos de nosotros, que yo no osè desamparar a la Zorayda, que como desmayada se

auia

auia de caer en mis braços: en resolucion los q subieron se dieron tan buena maña, que en vn momento baxaron con Agimorato, trayendole atadas las manos, y puesto vn pañizuelo en la boca, que no le dexaua hablar palabra, amenazandole que el hablarla le auia de costar la vida. Quando su hija lo vio, se cubrió los ojos por no verle, y su padre quedò espantado, ignorando quã de su voluntad se auia puesto en nãs manos. Mas entónces siẽdo mas necesarios los pies, con diligencia, y presteza nos pusimos en la barca, que ya los que en ella auian quedado nos esperauan, temerosos de algun mal sucesso nuestro. Apenas serian dos horas passadas de la noche quando ya estauamos todos en la barca, en la qual se le quitò al padre de Zoraya da la atadura de las manos, y el paño de la boca: pero tornole a dezir el renegado, que no hablasse palabra, que le quitarian la vida: el como vio alli a su hija començo a suspirar ternissimamente, y mas quãdo vio que yo estrechamente la tenia abraçadà, y que ella sin defender, quexarse, ni esquiuarse, se estaua queda pero có todo esto callaua, porque no pusiessen en efeto las muchas amenazas que el renegado le hazia. Viendose pues Zoraya da ya en la barca, y que queriamos dar los remos al agua, y viendo àlli a su padre, y a los demas Moros que atados estauan, le dixo al renegado, que me dixesse le hiziesse merced de soltar a aquellos Moros, y de dar libertad a su padre, porque antes se arrojaria en la mar que ver delãte de sus ojos, y por causa suya lleuar cautiuo a vn padre que tanto la auia querido. El renegado me lo dixo, y yo respondi, que era muy contento: pero el

respondio, que no conuenia, a causa que si alli los dexauan apellidarian luego la tierra, y alborotaria la ciudad, y serian causa que saliessen a buscallos cõ algunas fragatas ligeras, y les tomassen la tierra, y la mar, de manera, que no pudiessemos escaparnos, que lo que se podria hazer, era darles libertad en llegando a la primera tierra de Christianos: en este parecer venimos todos, y Zorayda, a quien se le dio cuenta, con las causas que nos mouian a no hazer luego lo que queria: tambien se satisfizo, y luego con regozijado silencio, y alegre diligencia cada vno de nuestros valientes remeros tomò su remo, y començamos, encomendandonos a Dios de todo coraçon, a nauegar la buelta de las Islas de Mallorca, que es la tierra de Christianos mas cerca: pero a causa de soplar vn poco el viento tramontana, y estar la mar algo picada, no fue posible seguir la derrota de Mallorca, y fuenos forçoso dexarnos yr tierra a tierra la buelta de Oran, no sin mucha pesadumbre nra, por no ser descubiertos del lugar de Sargel, que en aquella costa cae sesenta millas de Argel: y assi mismo temiamos encontrar por aquel parage alguna galeota de las que de ordinario vienen con mercancia de Tetuan, aunque cada vno por si, y por todos jũtos presumiamos de que si se encõtraua galeota de mercãcia, como no fuesse de las que andan en corso, que no solo no nos perderiamos, mas que tomariamos baxel donde con mas seguridad pudiessemos acabar nuestro viaje. Y ua Zorayda, en tanto que se nauegaua, puesta la cabeça entre mis manos, por no ver a su padre, y sentia yo que yua llamando a Le-

la

la Marien, que nos ayudasse. Bien auriamos nauegado treynta millas, quando nos amanecio, como tres tiros de arcabuz desuiados de tierra, toda la qual vimos desierta, y sin nadie que nos descubriesse, pero con todo esso nos fuymos a fuerça de braços entrando vn poco en la mar, que ya estaua algo mas sossegada, y auiendo entrado casi dos leguas, diose orden que se bogasse a quarteles en tanto que comiamos algo, que yua bien prouevda la barca, puesto que los que bogauan dixeron que no era aquel tiempo de tomar reposo alguno, que les diessen de comer los que no bogauan, que ellos no querian soltar los remos de las manos en manera alguna. Hizose ansi, y en esto començò a soplar vn viento largo que nos obligò a hazer luego vela, ya dexar el remo, y endereçar a Oran por no ser posible poder hazer otro viaje: todo se hizo con mucha presteza, y assi a la vela nauegamos por mas de ocho millas por hora, sin lleuar otro temor alguno, sino el de encontrar con baxel que de corso fuesse. Dimos de comer a los Moros vagarmos, y el renegado les consolò, diziendoles como no yuan cautiuos, que en la primera ocasion les darian libertad: lo mismo se le dixo al padre de Zorayda, el qual respondio: Qualquiera otra cosa pudiera yo esperar, y creer de vuestra liberalidad, y buen termino, o Christianos, mas el darme liberdad, no me tengais por tan simple, que lo imagine, que nunca os pusistes vosotros al peligro de quitarmela para boluerla tan liberalmente, especialmente sabiendo quié soy yo, y el interesse que se os puede seguir de darmela, el qual interesse si

le quereys poner nóbre desde aqui os ofrezco todo aquello que quisieredes por mi, y por essa desdichada hija mia, o sino por ella sola, que es la mayor, y la mejor parte de mi alma. En diziendo esto, començò a llorar tan amargamente, que a todos nos mouio a compassion, y forçò a Zorayda, que le mirasse. la qual viendole llorar assi se enternecio, q̃ se leuantò de mis pies, y fue a abraçar a su padre, y juntando su rostro con el suyo, començaró los dos tan tierno llanto, que muchos de los que alli yuamos le acompañamos en el: pero quando su padre la vio adornada de fiesta, y con tantas joyas sobre si, le dixo en su lengua: Que es esto hija, q̃ ayer al anochecer, antes que nos sucediesse esta terrible desgracia en que nos vemos, te vi con tus ordinarios, y caseros vestidos, y agora sin que ayas tenido tiempo de vestirte, y sin auerte dado alguna nueua alegre de solenizalle con adornarte, y pulirte, te veo compuesta con los mejores vestidos que yo supe, y pude darte, quando nos fue la ventura mas fauorable? Respondeme a esto, que me tiene mas suspenso, y admirado, que la misma desgracia en que me hallo? Todo lo que el Moro dezia a su hija, nos lo declaraua el renegado, y ella no le respódia palabra: pero quando el vio a vn lado de la barca el cofrezillo donde ella solia tener sus joyas, el qual sabia el bien que le auia dexado en Argel, y no traydole al jardin, quedò mas confuso, y pregũtole que como aquel cofre auia venido a nuestras manos, y que era lo que venia dentro? A lo qual el renegado, sin aguardar que Zorayda le respondiesse le respondio: No te canses señor en pregũ-

tar

tar a Zorayda tu hija tantas cosas, porque con vna que yo te responda te satisfare a todas: y assi quiero, que sepas que ella es Christiana, y es la que ha sido la lima de nuestras cadenas, y la libertad de nuestro cautiuerio ella va aqui de su voluntad tan contenta, a lo que yo imagino, de verse en este estado, como el q̃ sale de las tinieblas de la luz de la muerte a la vida, y de la pena a la gloria Es verdad lo que este dize hija, dixo el Moro? Assi es, respódio Zoraida. Que en efeto, replicó el viejo, tu eres Christiana, y la que ha puesto a su padre en poder de sus enemigos? A lo qual respondio Zorayda: La que es Christiana yo soy: pero no la que te ha puesto en este punto, porque núca mi desseo se el tedio a dexarte, ni a hazerte mal, sino a hazerme a mi biẽ. Y que bien es el que te has hecho hija? Esso, respondio ella, preguntaselo tu a Lela Marien, que ella te lo sabra dezir mejor que no yo. Apenas huuo oydo esto el Moro, quando con vna increyble presteza se arrojò de cabeça en la mar, dó de sin ninguna duda se ahogara si el vestido largo, y embaraçoso que traya no le entretuuiera vn poco sobre el agua. Dio bozes Zorayda que le sacassen, y assi acudimos luego todos, y asiendole de la almalafa le sacamos medio ahogado, y sin sentido, de que recibio tanta pena Zorayda, que como si fuera ya muerto hazia sobre el vn tierno, y doloroso llanto. Boluimosle boca abaxo, boluiò mucha agua: torno en si al cabo de dos horas, en las quales auiendose trocado el viento nos conuino bol-

uer hazia tierra, y hazer fuerça de remos por no enuestir en ella: mas quiso nuestra buena suerte, que llegamos a vna cala que se haze al lado de vn pequeño promótorio o cabo, que de los Moros es llamado el de la Caua Rumia, que en nuestra lengua quiere dezir la mala muger Christiana, y es tradicion entre los Moros, que en aquel lugar está enterrada la Caua, por quien se perdio España: porque Caua en su lengua, quiere dezir muger mala, y Rumia Christiana, y aun tienen por mal agüero llegar alli a dar fondo, quando la necesidad les fuerça a ello, porque nunca le dan sin ella, puesto que para nosotros no fue abrigo de mala muger, sino puerto seguro de nuestro remedio, segun andaua alterada la mar. Pusimos nuestras centinelas en tierra, y no dexamos jamas los remos de la mano: comimos de lo que el renegado auia proueydo, y rogamos a Dios, y a nuestra Señora de todo nuestro coraçon que nos ayudasse, y fauoreciesse, para que felicemente diessemos fin a tan dichoso principio. Diose orden a suplicacion de Zoraida como echassemos en tierra a su padre, y a todos los demas Moros que alli atados venian: porque no le bastaua el animo, ni lo podian sufrir sus blandas entrañas, ver delante de sus ojos atado a su padre, y aquellos de su tierra presos. Prometimosle de hazerlo assi al tiempo de la partida: pues no corria peligro el dexallos en aquel lugar que era despoblado. No fueron tan vanas nuestras oraciones que no fuessen oydas del cielo, que en

nuestro

nuestro fauor luego boluio el viento tranquilo el mar, combidandonos a que tornassemos alegres a proseguir nuestro començado viaje. Viendo esto desatamos a los Moros, y vno a vno los pusimos en tierra, de lo que ellos se quedaron admirados: pero llegando a desembarcar al padre de Zorayda, que ya estaua en todo su acuerdo, dixo: Por que pensays Christianos que esta mala hembra huelga de que me deys libertad? Pensays que es por piedad que de mi tiene? no por cierto, sino que lo haze por el estoruo que le dará mi presencia, quando quiera poner en execucion sus malos desseos: ni penseys que la ha mouido a mudar religió, entender ella que la vuestra a la nuestra se auentaja, sino el saber que en vuestra tierra se vsa la deshonestinad mas libremente que en la nuestra: y boluiendose a Zorayda, teniendole yo, y otro Christiano de entrambos braços asido, porque algú desatino no hiziesse, le dixo: O infame moça, y mal aconsejada muchacha, adonde vas ciega, y desatinada en poder destos perros naturales enemigos nros. Maldita sea la hora en que yo te engendré, y malditos sean los regalos, y deleytes en que te he criado. Pero viendo yo que lleuaua termino de no acabar tan presto, di priessa a ponelle en tierra, y desde alli a bozes prosiguio en sus maldiciones, y lamentos, rogando a Mahoma rogasse a Ala que nos destruyesse, confundiesse, y acabasse: y quando por auernos hecho a la vela no podimos oyr sus palabras, vimos sus obras, que eran arran-

carse las barbas, messarse los cabellos, y arrastrase por el suelo: mas vna vez esforçò la voz de tal manera que podimos entender que dezia: Buelue amada hija, buelue a tierra q̃ todo te lo perdono, entrega a essos hombres esse dinero que ya es suyo, y buelue a consolar a este triste padre tuyo, que en esta desierta arena dexarà la vida si tu le dexas. Todo lo qual escuchaua Zorayda, y todo lo sentia, y lloraua, y no supo dezirle, ni respondelle palabra, sino: Plega a Ala padre mio, que Lela Marié, que ha sido la causa de que yo sea Christiana, ella te consuele en tu tristeza. Ala sabe bien, que no puede hazer otra cosa de la que he hecho, y que estos Christianos no deuen nada a mi voluntad, pues aũ que quisiera no venir con ellos, y quedarme en mi casa, me fuera imposible, segun la priessa que me daua mi alma a poner por obra esta q̃ a mi me parece tan buena, como tu padre amado la juzgas por mala. Esto dixo a tiempo que ni su padre la oya, ni nosotros ya le veyamos: y assi consolando yo a Zorayda atendimos todos a nuestro viaje, el qual nos le facilitaua el proprio viento, de tal manera, que bien tuuimos por cierto de vernos otro dia al amanecer en las riberas de España: mas como pocas vezes, o núca viene el bié puro, y sézillo sin ser acompañado, o seguido de algun mal que le turbe o sobresalte, quiso nuestra ventura, o quiça las maldiciones que el Moro a su hija auia echado, que siempre se han de temer de qualquier padre que sean: quiso digo, que estando ya engolfados, y sié-

do

do ya cafi paſſadas tres horas de la noche, yendo con la vela tendida de alto baxa, frenillados los remos, porq̃ el proſpero viento nos quitaua del trabajo de auerlos meneſter con la luz de la Luna, que claramente reſplandecia, vimos cerca de noſotros vn baxel redondo que con todas las velas tentidas, lleuando vn poco a orça el timon delante de noſotros atraueſſaua, y eſto tan cerca que nos fue forçoſo amaynar por no enueſtirle, y ellos aſſi meſmo hizieron fuerça de timon para darnos lugar que paſſaſſemos: auianſe pueſto a bordo del baxel a preguntarnos quien eramos, y adonde nauegauamos, y de donde veniamos: pero por pregũtarnos eſto en lengua Franceſa, dixo nueſtro renegado: Ninguno reſpóda, porque eſtos ſin duda ſon coſarios Franceſes, que hazen a toda ropa: por eſte aduertimiento ninguno reſpondio palabra, y auiendo paſſado vn poco delante, que ya el baxel quedaua ſotauento de improuiſo ſoltaró dos pieças de artilleria, y a lo que parecia ambas venian con cadenas, porque con vna cortaró nueſtro arbol por medio, y dieron con el, y con la vela en la mar, y al momento diſparando otra pieça vino a dar la vela en mitad de nueſtra barca, de modo que la abrio toda ſin hazer otro mal alguno: pero como noſotros nos vimos yr a fondo, començamos todos a grandes bozes a pedir ſocorro, y a rogar a los del baxel que nos acogieſſen, porque nos anegauamos: amaynaró entóces, y echando el eſquife o barca a la mar, entraron en el haſta doze Franceſes

ſes bien armados con ſus arcabuzes, y cuerdas encendidas, y aſsi llegaron junto al nueſtro, y viendo quan pocos eramos, y como el baxel ſe hundia nos recogieron, diziendo, que por auer vſado de la deſcorteſia de no reſpondelles nos auia ſucedido aquello. Nueſtro renegado tomó el cofre de las riquezas de Zorayda, y dio con el en la mar ſin que ninguno echaſſe de ver en lo que hazia: en reſolucion todos paſſamos con los Franceſes, los quales deſpues de auerſe informado de todo aquello que de noſotros ſaber quiſieron, como ſi fueran nueſtros capitales enemigos, nos deſpojaron de todo quanto teniamos, y a Zorayda le quitaron haſta los carcaxes que trahia en los pies, pero no me daua a mi tanta peſadumbre la que a Zorayda dauan, como me la daua el temor que tenia de que auian de paſſar del quitar de las riquiſsimas, y precioſiſsimas joyas, al quitar de la joya que mas valia, y ella mas eſtimaua, pero los deſſeos de aquella gente no ſe eſtienden a mas que al dinero, y deſto jamas ſe vee harta ſu codicia, lo qual entonces llegò a tanto, que aun haſta los veſtidos de cautiuos nos quitaran ſi de algun prouecho les fueran: y huuo parecer entre ellos de que a todos nos arrojaſſen a la mar embueltos en vna vela, porque tenian intencion de tratar en algunos puertos de Eſpaña, con nombre de que eran Bretones, y ſi nos lleuauan viuos ſerian caſtigados ſiendo

do descubierto su hurto, mas el Capitan que era el que auia despojado a mi querida Zorayda, dixo que el se contentaua con la presa que tenia, y que no queria tocar en ningun puerto de España, sino passar el estrecho de Gibraltar de noche, o como pudiesse, y yrse a la Rochela de donde auia salido, y assi tomaron por acuerdo de darnos el esquife de su nauio, y todo lo necessario, para la corta nauegacion que nos quedaua, como lo hizieron otro dia, ya a vista de tierra de España, con la qual vista, todas nuestras pesadumbres, y pobrezas se nos oluidaron de todo punto, como si no huuieran passado por nosotros tanto es el gusto de alcançar la libertad perdida Cerca de medio dia podria ser, quando nos echaron en la barca, dandonos dos barriles de agua, y algun bizcocho, y el Capitan mouido no se de que misericordia al embarcarse la hermosissima Zorayda le dio hasta quarenta escudos de oro, y no consintio que le quitassen sus soldados estos mesmos vestidos, que ahora tiene puestos. Entramos en el baxel, dimosles las gracias por el bien que nos hazian, mostrandonos mas agradecidos que quexosos ellos se hizieron a lo largo siguiendo la derrota del estrecho, nosotros sin mirar a otro Norte, que a la tierra que se nos mostraua delante, nos dimos tanta priessa a bogar, que al poner del

Sol

Sol eſtauamos tan cerca, que bien pudieramos a nueſtro parecer, llegar antes que fuera muy noche, pero por no parecer en aquella noche la Luna, y el cielo moſtrarſe eſcuro, y por ignorar el parage en que eſtauamos, no nos parecio coſa ſegura enueſtir en tierra, como a muchos de noſotros les parecia, diziendo, que dieſſemos en ella, aunque fueſſe en vnas peñas, y lexos deſpoblado, porque aſsi aſſegurariamos el temor que de razon ſe deuia tener, que por alli anduuieſſen baxeles de coſarios de Tetuan, los quales anochecen en Berberia, y amanecen en las Coſtas de Eſpaña, y hazen de ordinario preſa, y ſe bueluen a dormir a ſus caſas: pero de los contrarios pareceres, el que ſe tomò fue, que nos llegaſſemos poco a poco, y que ſi el ſoſsiego del mar lo concedieſſe, deſembarcaſſemos donde pudieſſemos. Hizoſe aſsi, y poco antes de la media noche ſeria, quando llegamos al pie de vna disformiſsima, y alta montaña, no tan junto al mar: que no concedieſſe vn poco de eſpacio, para poder deſembarcar comodamente, enueſtimos en la arena, ſalimos a tierrra, beſamos el ſuelo, y con lagrimas de muy alegriſsimo contento, dimos todos gracias a Dios Señor nueſtro, por el bien tan incomparable, que nos auia hecho: ſacamos de la barca los baſtimentos que tenia, tiramosla en tierra, y ſubimonos vn grandiſsimo trecho en la montaña, porque

aun

allí estauamos, y aun no podiamos assegurar el pecho, ni acabauamos de creer que era tierra de Christianos la que ya nos sostenia. Amanecio mas tarde, a mi parecer, de lo quisieramos: acabamos de subir toda la montaña por ver si desde allí algun poblado se descubria, o algunas cabañas de pastores, pero aunque mas tendimos la vista, ni poblado, ni persona, ni senda, ni camino descubrimos. Con todo esto determinamos de entrarnos la tierra a dentro, pues no podria ser menos, sino que presto descubriessemos quien nos diesse noticia della: pero lo q̃ a mi mas me fatigaua, era el ver yr a pie a Zoraya da por aquellas asperezas, que puesto que alguna vez la puse sobre mis ombros, mas le cansaua a ella mi cansancio, que la reposaua su reposo, y assi nunca mas quiso que yo aquel trabajo tomasse: y con mucha paciencia, y muestras de alegria lleuandola yo siempre de la mano, poco menos de vn quarto de legua deuiamos de auer andado, quando llegó a nuestros oydos el son de vna pequeña esquila, señal clara que por allí cerca auia ganado, y mirando todos con atencion si alguno le parecia, vimos al pie de vn alcornoque vn pastor moço, que con grande reposo, y descuydo estaua labrando vn palo con vn cuchillo, dimos bozes, y el alçando la cabeça se puso ligeramente en pie, y a lo que despues supimos. los primeros que a la vista se le ofrecieron, fueron el renegado, y Zoraya da, y como el los vio en habito de Moros, pensó que todos los de la Berberia estauan sobre el, y metiendose con estraña ligereza por el bosque adelante

lante començó a dar los mayores gritos del mundo, diziendo: Moros, Moros ay en la tierra: Moros, Moros, arma, arma. Con estas bozes quedamos todos confusos, y no sabiamos que hazernos, pero considerando que las bozes del pastor auian de alborotar la tierra, y que la caualleria de la costa auia de venir luego a ver lo que era, acordamos que el renegado se desnudasse las ropas del Turco, y se vistiesse vn gilequelco, o casaca de cautiuo que vno de nosotros le dio luego, aunque se quedò en camisa, y assi encomendandonos a Dios fuymos por el mismo camino, que vimos que el pastor lleuaua, esperando siempre quando auia de dar sobre nosotros la caualleria de la Costa, y no nos engañó nuestro pensamiento porq̃ aun no auian passado dos horas, quando auiendo ya salido de aquellas malezas, avn llano descubrimos hasta cincuenta caualleros, que con gran ligereza corriendo a media rienda a nosotros se venian, y assi como los vimos nos estuuimos quedos aguardandolos, pero como ellos llegaron, y vieron en lugar de los Moros que buscauan, tanto pobre Christiano, quedaron confusos, y vno dellos nos preguntò si eramos nosotros a caso la ocasion, porque vn pastor auia apellidado al arma: Si, dixe yo, y queriendo começar a dezirle mi sucesso, y de donde veniamos, y quien eramos vno de los Christianos que con nosotros venian conocio al ginete que nos auia hecho la pregunta, y dixo sin dexarme a mi dezir mas palabra: Gracias sean dadas a Dios, señores, que a tan buena parte nos ha conduzido, porque

si yo no me engaño, la tierra q̃ pisamos es la de Velez Malaga, si ya los años de mi cautiuerio no me han quitado de la memoria el acordarme, que vos señor, que nos preguntays quien somos, soys Pedro de Bustamante tio mio: apenas huuo dicho esto el Christiano cautiuo, quando el ginete se arrojò del cauallo, y vino a abraçar al moço, diziendole: Sobrino de mi alma, y de mi vida, y a te conozco, y ya te he llorado por muerto, yo, y mi hermana tu madre, y todos los tuyos, que aun viuen: y Dios ha sido seruido de darles vida, para que gozen el plazer de verte: ya sabiamos que estauas en Argel, y por las señales, y muestras de tus vestidos, y la de todos los desta compañia comprehendo que aueys tenido milagrosa libertad. Assi es respondio el moço, y tiempo nos quedara para contaros lo todo. Luego que los ginetes entendieron que eramos Christianos cautiuos, se apearó de sus caualllos, y cada vno nos combidaua con el suyo para llenarnos a la ciudad de Velez Malaga, que legua y media de alli estaua. Algunos dellos boluieron a llenar la barca a la ciudad, diziendoles dóde la auiamos dexado: otros nos subieró a las ancas, y Zoraydafue en las del cauallo del tio del Christiano. Salionos a recebir todo el pueblo, que ya de alguno que se auia adelantado sabiã la nueua de nra venida. No se admirauan de ver cautiuos libres, ni Moros cautiuos porque toda la gente de aquella Costa esta hecha a ver a los vnos, y a los otros, pero admirauanse de la hermosura de Zoraydа, la qual en aquel instante, y sazon estaua en su punto, assi con el cansancio del camino, como con la alegria

de verſe ya en tierra de Chriſtianos ſin ſobreſalto de perderſe, y eſto le auia ſacado al roſtro tales colores, que ſino es que la aficion entonces me engañaua, oſare dezir, que mas hermoſa criatura no auia en el mundo, alomenos, que yo la huuieſſe viſto. Fuymos derechos a la Igleſia a dar gracias a Dios por la merced recebida, y aſsi como en ella entrò Zorayda, dixo que alli auia roſtros que ſe parecian a los de Lela Marié: diximosle que eran imagines ſuyas, y como mejor ſe pudo le dio el renegado a entender lo que ſignificauan, para que ella las adoraſſe, como ſi verdaderamente fueran cada vna de dellas la miſma Lela Marié, q̃ la auia hablado: ella, que tiene buen entendimiento, y vn natural facil, y claro entendio luego quanto acerca de las imagenes ſe le dixo. Deſde alli nos lleuaron, y repartieró a todos en diferentes caſas del pueblo, pero al renegado, Zorayda ya mi nos lleuó el Chriſtiano que vino con noſotros, y en caſa de ſus padres, que medianamente erã acomodados de los bienes de fortuna, y nos regalaron con tanto amor, como a ſu miſmo hijo. Seys dias eſtuuimos en Velez, al cabo de los quales el renegado hecha ſu informacion de quanto le conuenia, ſe fue a la ciudad de Granada a reduzirſe por medio de la Santa Inquiſicion, al gremio ſantiſsimo de la Igleſia, los demas Chriſtianos libertados ſe fueron, cada vno donde mejor le parecio, ſolos quedamos Zorayda, y yo con ſolos los eſcudos que la corteſia del Frances le dio a Zorayda, de los quales comprè eſte animal en que ella viene: y ſiruiendola yo haſta agora de padre, y eſcudero, y no de eſpoſo, vamos con intencion de

ver si mi padre es viuo, o si alguno de mis hermanos ha tenido mas prospera ventura, que la mia. Puesto que por auerme hecho el cielo, compañero de Zorayda, me parece que ninguna otra suerte me pudiera venir, por buena que fuera, que mas la estimara. La paciencia con que Zorayda lleua las incomodidades, que la pobreza trae consigo, y el desseo que muestra tener, de verse ya Christiana, es tanto, y tal, que me admira, y me mueue a seruirla todo el tiempo de mi vida. Puesto que el gusto que tengo, de ver me suyo, y de que ella sea mia, me le turba, y deshaze, no saber si hallaré en mi tierra algun rincon donde recogella, y si auran hecho el tiempo, y la muerte, tal mudança en la hazienda, y vida de mi padre, y hermanos, que apenas halle quien me conozca, si ellos faltan. No tengo mas señores que dezir os de mi historia. La qual si es agradable, y peregrina, juzguenlo vuestros buenos entendimientos, que de mi se dezir, que quisiera aueros la contado mas breuemente, puesto que el temor de enfadaros, mas de quatro circustancias me ha quitado de la lengua.

Capit. XLII. Que trata de lo que mas sucedio en la venta, y de otras muchas cosas dignas de saberse.

CALLO en diziendo esto el cautiuo, a quien don Fernando dixo: Por cierto señor capitan, el modo con que aueys contado este estraño sucesso, ha sido tal,

que yguala a la nouedad, y eſtrañeza del meſmo caſo. Todo es peregrino, y raro, y lleno de accidentes, que marauillan, y ſuſpenden, a quien los oye. Y es de tal manera, el guſto q̃ hemos recebido, en eſcuchalle, que aunque nos hallara el dia de mañana, entretenidos en el meſmo cuento, holgaramos que de nueuo ſe començara. Y en diziendo eſto, don Antonio, y todos los demas, ſe le ofrecieron, cõ todo lo a ellos poſsible, para ſeruirle, con palabras, y razones tan amoroſas, y tan verdaderas, q̃ el capitan ſe tuuo por bien ſatisfecho de ſus voluntades. Eſpecialmente le ofrecio don Fernando, que ſi queria boluerſe cõ el, que el haria que el Marques ſu hermano, fueſſe padrino del bautiſmo de Zoraydа, y que el por ſu parte le acomodaria de manera, que pudieſſe entrar en ſu tierra, con el autoridad, y comodo, que a ſu perſona ſe deuia. Todo lo agradecio corteſiſsimamente el cautiuo, pero no quiſo aceptar ninguno de ſus liberales ofrecimientos. En eſto llegaua ya la noche, y al cerrar della llegò a la venta vn coche, con algunos hombres de acauallo: pidieron poſada, a quien la ventera reſpondio, que no auia en toda la venta, vn palmo deſocupado. Pues aunque eſſo ſea, dixo vno de los de acauallo, que auian entrado, no ha de faltar para el ſeñor Oydor, que aqui viene. A eſte nombre ſe turbò la gueſpeda, y dixo: Señor lo que en ello ay, es, que no tengo camas, ſi es que ſu merced del ſeñor Oydor la trae, que ſi deue de traer, entre en buen hora, que yo, y mi marido nos ſaldremos de nueſtro apoſento, por acomodar a ſu merced. Sea en buen hora, dixo el eſcudero: pero a eſte tiempo, ya auia ſalido del coche vn hombre, que

en el

en el traje mostrò luego el oficio, y cargo q̃ tenia. Porq̃ la ropa luenga, cò las mangas arrocadas, q̃ vestia, mostraron ser Oydor, como su criado auia dicho. Trahia de la mano a vna donzella, al parecer de hasta diez y seys años, vestida de camino, tan bizarra, tan hermosa, y tan gallarda, que a todos puso en admiracio su vista. De suerte, que a no auer visto a Dorotea, y a Luscinda, y Zorayda, que en la venta estauan, creyeran que otra tal hermosura, como la desta donzella, dificilmente pudiera hallarse. Hallose don Quixote al entrar del Oydor, y de la donzella, y assi como le vio, dixo: Seguramẽte puede vuestra merced entrar, y espaciarse en este castillo, que aunque es estrecho, y mal acomodado, no ay estrecheza, ni incomodidad en el mundo, que no de lugar a las armas, y a las letras, y mas si las armas, y letras, traen por guia, y adalid, a la fermosura, como la traen las letras de vuestra merced, en esta fermosa donzella, a quien deuen no solo abrirse, y manifestarse los castillos, sino apartarse los riscos, y deuidirse, y abaxarse las montañas, para dalle acogida. Entre vuestra merced, digo, en este parayso, que aqui hallarà estrellas, y soles, que acompañen el cielo, que vuestra merced trae consigo Aqui hallarà las armas en su punto, y la hermosura en su estremo. Admirado quedò el Oydor, del razonamiento de don Quixote, a quien se puso a mirar muy de proposito. Y no menos le admiraua su talle, que sus palabras, y sin hallar ningunas con que responderle, se tornò a admirar de nueuo, quando vio delante de si a Luscinda, Dorotea, y a Zorayda, que a las nueuas de los nueuos guespedes, y a las que la

ventera les auia dado, de la hermosura de la donzella, auian venido a verla, y a recebirla. Pero don Fernando, Cardenio, y el cura, le hizieron mas llanos, y mas cortesanos ofrecimientos. En efecto, el señor Oydor entrò confuso, assi de lo que veya, como de lo que escuchaua, y las hermosas de la venta, dieron la bien llegada a la hermosa donzella. En resolucion, bien echò de ver el Oydor, que era gente principal toda la que alli estaua. Pero el talle, visage, y la apostura de don Quixote, le desatinaua: y auiendo passado entre todos corteses ofrecimientos, y tanteado la comodidad de la venta, se ordenò lo que antes estaua ordenado, que todas las mugeres se entrassen en el camarachon ya referido, y que los hombres se quedassen fuera, como en su guarda. Y assi fue contento el Oydor, que su hija, que era la donzella, se fuesse con aquellas señoras, lo que ella hizo de muy buena gana. Y con parte de la estrecha cama del ventero, y con la mitad de la que el Oydor trahia, se acomodaron aquella noche, mejor de lo que pensauan. El cautiuo, que desde el punto que vio al Oydor, le dio saltos el coraçon, y barruntos, de que aquel era su hermano, preguntò a vno de los criados, que con el venian, que como se llamaua, y si sabia de que tierra era? El criado le respondio, que se llamaua, el Licenciado Iuan Perez de Viedma, y que auia oydo dezir, que era de vn lugar de las Montañas de Leon. Con esta relacion, y con lo que el auia visto, se acabò de confirmar, de que aquel era su hermano, que auia seguido las letras, por consejo de su padre. Y alborotado, y contento, llamando a parte a don Fernando

a Car

a Cardenio, y al cura, les contò lo que passaua, certificádoles, que aquel Oydor era su hermano. Auiale dicho tambien el criado, como yua proueydo por Oydor a las Indias, en la Audiencia de Mexico. Supo tambien, como aquella donzella era su hija, de cuyo parto auia muerto su madre, y que el auia quedado muy rico con el dote, que con la hija se le quedò en casa. Pidioles consejo, que modo tendria para descubrirse, o para conocer primero, si despues de descubierto, su hermano por verle pobre se afrentaua, o le recebia con buenas entrañas. Dexeseme a mi el hazer essa experiencia, dixo el cura, quãto mas que no ay pensar, sino que vos señor capitan sereys muy bien recebido. Porque el valor, y prudencia, que en su buen parecer descubre vuestro hermano, no da indicios de ser arrogante, ni desconocido, ni que no ha de saber poner los casos de la fortuna en su punto. Con todo esso, dixo el capitan, yo querria no de improuiso, sino por rodeos, darmele a conocer. Ya os digo, respondio el cura, que yo lo traçare de modo, que todos quedemos satisfechos. Ya en esto estaua adereçada la cena, y todos se sentaron a la mesa, eceto el cautiuo, y las señoras, que cenaron de por si en su aposento. En la mitad de la cena, dixo el cura: Del mesmo nóbre de vuestra merced, señor Oydor, tuue yo vna camarada en Costantinopla, dónde estuue cautiuo algunos años. La qual camarada, era vno de los valientes soldados, y capitanes, que auia en toda la infanteria Española. Pero tanto quanto tenia de esforçado, y valeroso, tenia de desdichado. Y como se llamaua esse capitan señor mio, preguntò el Oydor? Llamauase, respondio el cura, Ruy-

perez de Viedma, y era natural de vn lugar de las Mó tañas de Leon. El qual me contò vn caſo, que ſu padre con ſus hermanos le auia ſucedido, que a no contarmelo vn hombre tan verdadero como el, lo tuuiera por conſeja, de aquellas que las viejas cuentan el inuierno al fuego. Porque me dixo, que ſu padre auia diuidido ſu hazienda, entre tres hijos que tenia, y les auia dado ciertos conſejos, mejores que los de Caton. Y ſe yo dezir, que el que el eſcogio, de venir a la guerra, le auia ſucedido tan bien, que en pocos años, por ſu valor, y esfuerço, ſin otro braço, que el de ſu mucha virtud, ſubio a ſer capitan de infanteria, y a verſe en camino, y predicamento, de ſer preſto Maeſtre de campo. Pero ſuele la fortuna contraria, pues donde la pudiera eſperar, y tener buena, alli la perdio, con perder la libertad, en la feliciſsima jornada, donde tantos la cobraron, que fue en la batalla de Lepanto. Yo la perdi en la Goleta, y deſpues por diferentes ſuceſſos, nos hallamos camaradas en Coſtantinopla. Deſde alli vino a Argel, donde ſe que le ſucedio vno de los mas eſtraños caſos, que en el mundo han ſucedido. De aqui fue proſiguiendo el cura, y con breuedad ſucinta, contò lo que con Zorayda, a ſu hermano auia ſucedido. A todo lo qual, eſtaua tan atento el Oydor, que ninguna vez auia ſido tan oydor, como entonces. Solo llegò el cura al punto, de quando los Franceſes deſpojaron a los Chriſtianos que en la barca venian, y la pobreza, y neceſsidad en que ſu camarada, y la hermoſa Mora auian quedado. De los quales, no auia ſabido en que auian parado, ni ſi auian llegado a Eſpaña, o lleuadolos los Franceſes a Francia. Todo lo que el

cura

curadezia, estaua escuchando algo ue alli desuiado el capitan, y notaua todos los mouimientos que su hermano hazia. El qual, viendo que ya el cura auia llegado al fin de su cuento, dando vn grande suspiro, y llenandosele los ojos de agua, dixo: O señor, si supiessedes las nueuas que me aueys contado, y como me tocan tan en parte, que me es forçoso dar muestras dello, con estas lagrimas, que contra toda mi discrecion, y recato, me salen por los ojos. Eilo capitan tan valeroso que dezis, es mi mayor hermano, el qual como mas fuerte, y de mas altos pensamientos, que yo, ni otro hermano menor mio, escogio el honroso, y digno exercicio de la guerra. Que fue vno de los tres caminos, que nuestro padre nos propuso, segun os dixo vuestra camarada, en la conseja que a vuestro parecer le oystes. Yo segui el de las letras, en las quales, Dios, y mi diligencia, me han puesto en el grado q̃ me veys. Mi menor hermano, està en el Piru tan rico, q̃ con lo que ha embiado a mi padre, y a mi, ha satisfecho bié la parte que el se lleuò. Y aun dado a las manos de mi padre, con q̃ poder hartar su liberalidad natural. Y yo anssimesmo, he podido cõ mas decẽcia, y autoridad, tratarme en mis estudios, y llegar al puesto en q̃ me veo. Viue aũ mi padre muriendo, cõ el desseo de saber de su hijo mayor, y pide a Dios cõ cõtinuas oraciones, no cierre la muerte sus oj̃os, hasta q el vea cõ vida a los de su hijo. Del qual me marauillo, siẽdo tan discreto, como entrãtos trabajos, y aflicciones, o prosperòs sucessos se aya descuydado de dar noticia de si, a su padre, q̃ si el lo supiera, o alguno de nosotros, no tuuiera necessidad de aguardar al milagro de la caña, para alcançar

cançar su rescate. Pero de lo que yo agora me temo es, de pensar si aquellos Franceses le auran dado libertad, o le auran muerto, por encubrir su hurto. Esto todo sera, que yo prosiga mi viage, no con aquel contento con que le comence, sino con toda melancolia, y tristeza. O buen hermano mio, y quien supiera agora donde estauas, que yo te fuera a buscar, y a librar de tus trabajos, aunque fuera a costa de los mios. O quien lleuara nueuas a nuestro viejo padre, de que tenias vida, aunque estuuieras en las mazmorras mas escondidas de Berberia, que de allite sacarã tus riquezas, las de mi hermano, y las mias. O Zorayda hermosa, y liberal, quien pudiera pagar el biẽ que a vn hermano hiziste, quien pudiera hallarse al renacer de tu alma, y a las bodas, que tanto gusto a todos nos dieran. Estas, y otras semejantes palabras dezia el Oydor, lleno de tanta compassion, con las nueuas que de su hermano le auian dado, que todos los que le oyan, le acompañauan, en dar muestras del sentimiento, que tenian de su lastima. Viendo pues el cura, que tan bien auia salido con su intencion, y con lo que desseaua el capitan, no quiso tenerlos a todos mas tiempo tristes, y assi se leuantò de la mesa, y entrando donde estaua Zorayda, la tomò por la mano, y tras ella se vinieron, Luscinda, Dorotea, y la hija del Oydor. Estaua esperando el capitan a ver lo que el cura queria hazer, que fue, que tomandole a el, assimesmo de la otra mano, con entrambos a dos, se fue donde el Oydor, y los demas caualleros estauã, y dixo: Cessen señor Oydor vuestras lagrimas, y colmese vuestro desseo, de todo el bien que acertare a desearse, pues teneys delante a vuestro buẽ her-

mano

mano, y a vuestra buena cuñada: este que aqui veys, es el capitan Viedma, y esta la hermosa Mora, que tanto bien le hizo. Los Franceses que os dixe, los pusieron en la estrecheza que veys, para que vos mostreys la liberalidad de vuestro buen pecho. Acudio el capitan a abraçar a su hermano, y el le puso anchas manos en los pechos, por mirarle algo mas apartado: mas quando le acabò de conocer, le abraçò tan estrechamente, derramando tan tiernas lagrimas de contento, que los mas de los que presentes estauan, le vuieron de acompañar en ellas. Las palabras que entrambos hermanos se dixeron, los sentimientos que mostraron, apenas creo que pueden pẽsarse, quanto mas escriuirse. Alli en breues razones, se dieron cuenta de sus sucessos, alli mostraron puesta en su punto, la buena amistad de dos hermanos, alli abraçò el Oydor a Zorayda, alli la ofrecio su hazienda, alli hizo que la abraçasse su hija, alli la Christiana hermosa, y la Mora hermosissima, renouaron las lagrimas de todos. Alli don Quixote estaua atẽto, sin hablar palabra, considerando estos tan estraños sucessos, arribuyendolos todos a quimeras, de la andante caualleria. Alli concertaron, que el capitan, y Zorayda, se boluiessen con su hermano a Seuilla, y auisassen a su padre, de su hallazgo, y libertad. Para que como pudiesse, viniesse a hallarse en las bodas, y bautismo de Zorayda, por no le ser al Oydor posible, dexar el camino que lleuaua, a causa de tener nueuas, que de alli a vn mes, partia flota de Seuilla, a la Nueua España, y fuerale de grande incomodidad perder el viage. En resolucion, todos quedaron contentos, y alegres del buen sucesso del cautiuo, y

como ya la noche yua casi en las dos partes de su jornada, acordaron de recogerse, y reposar lo que de ella les quedaua. Don Quixote se ofrecio a hazer la guardia del castillo, porque de algun Gigãte, o otro mal andante follon, no fuessen acometidos, codiciosos del gran tesoro de hermosura, que en aquel castillo se encerraua. Agradecieronselo los que le conocian, y dieron al Oydor cuenta, del humor estraño de don Quixote, de que no poco gusto recibio. Solo Sancho Pança se desesperaua, con la tardança del recogimiento, y solo el se acomodò mejor que todos, echandose sobre los aparejos de su jumento, que le costaron tan caros, como adelante se dira. Recogidas pues las damas en su estancia, y los demas acomodadose, como menos mal pudieron, don Quixote se salio fuera de la venta, a hazer la centinela del castillo, como lo auia prometido. Sucedio pues, que faltando poco por venir el alua, llegò a los oydos de las damas, vna voz tan entonada, y tan buena, que les obligó a que todas le prestassen atento oydo. Especialmente Dorotea, que despierta estaua, a cuyo lado dormia doña Clara de Viedma, que ansi se llamaua la hija del Oydor. Nadie podia imaginar quien era, la persona que tan bié cantaua, y era vna voz sola, sin que la acompañasse instrumento alguno. Vnas vezes les parecia que cantauan en el patio, otras que en la caualleriza. Y estando en esta confusion muy atentas, llegò a la puerta del aposento Cardenio, y dixo. Quien no duerme escuche, que oyran vna voz de vn moço de mulas, que de tal manera canta, que encanta. Ya lo oymos señor, respondio Dorotea. Y con esto se

fue

fue Cardenio, y Dorotea, poniendo toda la atencion posible. Entendio que lo que se cantaua era esto.

Marinero soy de amor,
Y en su pielago profundo,
Nauego sin esperança,
De llegar a puerto alguno.
Siguiendo voy a vna estrella,
Que desde lexos descubro,
Mas bella, y resplandeciente,
Que quantas vio Palinuro.
Yo no se adonde me guia,
Ya si nauego confuso,
El alma a mirarla atenta,
Cuydadosa, y con descuydo.
Recatos impertinentes,
Honestidad contra el vso,
Son nuues que me la encubren,
Quando mas verla procuro.
O Clara, y luziente estrella,
En cuya lumbre me apuro,
Al punto que te me encubras.
Sera de mi muerte el punto.

Llegando el que cantaua a este punto, le parecio a Dorotea, que no seria bien, que dexasse Clara de oyr

de oyr vna tan buena voz, y assi mouiendola a vna, y a otra parte, la despertò diziendole: Perdoname niña, que te despierto, pues lo hago, porque gustes de oyr la mejor voz, que quiça auras oydo en toda tu vida. Clara despertò toda soñolienta, y de la primera vez no entendio lo que Dorotea le dezia, y boluiendoselo a preguntar ella, se lo boluio a dezir, por lo qual estuuo atenta Clara. Pero apenas vuo oydo dos versos, que el q̃ cantaua yua prosiguiendo, quando le tomò vn temblor tan estraño, como si de algun graue accidente de quartana estuuiera enferma, y abraçandose estrechamente con Teodora, le dixo: Ay señora de mi alma, y de mi vida, para que me despertastes, que el mayor bien que la fortuna me podia hazer por aora, era tenerme cerrados los ojos, y los oydos, para no ver, ni oyr, a esse desdichado musico. Que es lo que dizes niña, mira que dizen que el que canta, es vn moço de mulas? No es sino señor de lugares, respondio Clara, y el que le tiene en mi alma, con tanta seguridad, que si el no quiere dexalle, no le sera quitado eternamente. Admirada quedò Dorotea, de las sentidas razones de la muchacha, pareciendole que se auentajauan en mucho, a la discrecion que sus pocos años prometian. Y assi le dixo: Hablays de modo señora Clara, que no puedo entenderos: declaraos mas, y dezidme, que es lo que dezis de alma, y de lugares, y deste musico, cuya voz tan inquieta os tiene? Pero no me digays nada por ahora, que no quiero perder por acudir a vuestro sobresalto, el gusto que recibo, de oyr al que cãta, que me parece que con nueuos versos, y nueuo tono, torna a su canto. Sea en buen hora, respondio Clara, y

por

por no oylle, se tapò con las manos entrambos oydos, de lo que tambien se admirò Dorotea. La qual estando atenta a lo que se cantaua, vio que proseguian en esta manera.

DVlce esperança mia,
Que rompiendo imposſibles, y malezas,
Sigues firme la via,
Que tu meſma te finges, y adereças,
No te deſmaye el verte,
A cada paſſo junto al de tu muerte.
No alcançan perezoſos
Honrados triunfos, ni vitoria alguna,
Ni pueden ſer dichoſos,
Los que no contraſtando a la fortuna,
Entregan deſualidos,
Al ocio blando todos los ſentidos.
Que amor ſus glorias venda
Caras, es gran razon, y es trato juſto,
Pues no ay mas rica prenda,
Que la que ſe quilata por ſu guſto,
Y es coſa manifieſta,
Que no es de eſtima lo que poco cueſta.
Amoroſas porfias,
Tal vez alcançan imposſibles coſas,
Y anſi aunque con las mias,
Sigo de amor las mas dificulteoſas,

No por

No por esso rezelo,
De no alcançar desde la tierra el cielo.

Aqui dio fin la voz, y principio a nueuos sollo-
ços Clara. Todo lo qual encendia el desseo de Do-
rotea, que desseaua saber la causa de tan suaue canto,
y de tan triste lloro. Y assi le boluio a pregũtar, que
era lo que le queria dezir denantes? Entonces Clara
temerosa, de que Luscinda no la oyesse, abraçando
estrechamente a Dorotea, puso su boca tan junto
del oydo de Dorotea, que seguramẽte podia hablar,
sin ser de otro sentida. Y assi le dixo: Este que canta
señora mia, es vn hijo de vn caualiero, natural del
Reyno de Aragon, señor de dos lugares, el qual vi-
uia frontero de la casa de mi padre, en la Corte. Y
aunque mi padre tenia las ventanas de su casa, con
lienços en el inuierno, y zelosias en el verano, yo
no se lo que fue, ni lo que no, que este caualiero que
andaua al estudio, me vio, ni se si en la Yglesia, o en
otra parte: finalmente, el se enamorò de mi, y me
lo dio a entender desde las ventanas de su casa, con
tantas señas, y con tantas lagrimas, que yo le huue
de creer, y aun querer, sin saber lo que me queria.
Entre las señas que me hazia, era vna, de juntarse la
vna mano con la otra, dandome a entender, que se
casaria conmigo, y aunque yo me holgaria mucho,
de que assi fuera: como sola, y sin madre, no sabia có
quien comunicallo, y assi lo dexè estar, sin dalle
otro sabor, sino era quando estaua mi padre fuera
de casa, y el suyo tambien, alçar vn poco el lienço, o
la zelosia, y dexarme ver toda, de lo que el hazia
tanta fiesta, que daua señales de boluerse loco. Lle-
gose

gose en esto el tiempo de la partida de mi padre, la qual el supo, y no de mi, pues nunca pude dezirselo. Cayò malo, a lo que yo entiendo, de pesadumbre, y assi el dia que nos partimos, nunca pude verle, para despedirme del, si quiera con los ojos. Pero acabo de dos dias que caminauamos, al entrar de vna posada, en vn lugar, vna jornada de aqui, le vi a la puerta del meson, puesto en abito de moço de mulas, tan al natural, que si yo no le truxera tan retratado en mi alma, fuera imposible conocelle. Conocile, admireme, y alegreme: el me mirò a hurto de mi padre, de quien el siempre se esconde, quando atraviessa por delante de mi, en los caminos, y en las posadas do llegamos. Y como yo se quien es, y considero, que por amor de mi viene apie, y con tanto trabajo, muerome de pesadumbre, y a donde el pone los pies, pongo yo los ojos. No se con que intencion viene, ni como ha podido escaparse de su padre, que le quiere estraordinariamente, porque no tiene otro heredero, y porque el lo merece, como lo vera vuestra merced, quando le vea. Y mas le se dezir, que todo aquello que canta, lo saca de su cabeça, que he oydo dezir, q̃ es muy gran estudiante, y Poeta. Y ay mas, que cada vez que le veo, o le oygo cantar, tiemblo toda, y me sobresalto, temerosa de que mi padre le conozca, y venga en conocimiento de nuestros desseos. En mi vida le he hablado palabra, y con todo esso le quiero de manera, q̃ no he de poder viuir sin el. Esto es señora mia, todo lo q̃ os puedo dezir deste musico, cuya voz tãto os ha contentado, q̃ en sola ella, echareys biẽ de ver, q̃ no es moço de mulas, como dezis, sino señor de almas, y lugares, como

yo o

yo os he dicho. No digays mas señora doña Clara, dixo a esta sazon Dorotea, y esto besandola mil vezes: No digays mas digo, y esperad q̃ venga el nueuo dia, q̃ yo espero en Dios, de encaminar de manera vros negocios, q̃ tengan el felize fin, que tan honestos principios merecé. Ay señora, dixo doña Clara, q̃ fin se puede esperar, si su padre es tan principal, y tan rico, que le parecera q̃ aun yo no puedo ser criada de su hijo, quanto mas esposa: pues casarme yo a hurto de mi padre, no lo hare por quãto ay en el mũdo. No querria, sino q̃ este moço se boluiesse, y me dexasse, quiça cõ no velle, y con la grã distancia del camino q̃ lleuamos, se me aliuiaria la pena que aora lleuo: aunq̃ se dezir, que este remedio que me imagino, me ha de aprouechar bien poco: no se q̃ diablos ha sido esto, ni por donde se ha entrado este amor q̃ le tengo, siẽdo yo tan muchacha, y el tã muchacho, que en verdad q̃ creo, q̃ somos de vna edad mesma, y q̃ yo no tengo cumplidos diez y seys años, q̃ para el dia de san Miguel q̃ vendra, dize mi padre que los cumplo. No pudo dexar de reyrse Dorotea, oyendo quan como niña hablaua doña Clara, a quien dixo: Reposemos señora, lo poco que creo queda de la noche, y amanecera Dios, y medraremos, o mal me andaran las manos. Sossegaronse con esto, y en toda la venta se guardaua vn grande silencio, solamente no dormian la hija de la vẽtera, y Maritornes su criada. Las quales como ya sabian el humor, de que pecaua don Quixote, y que estaua fuera de la vẽta, armado, y a caballo, haziendo la guarda, determinaró las dos de hazelle alguna burla, o alomenos de passar vn poco el tiempo, oyendole sus disparates.

Es pues

Es pues el caſo, que en toda la venta no auia ventana que ſaliesſe al campo, ſino vn agujero de vn pajar, por donde echauan la paja por defuera. A eſte agujero ſe pusieron las dos ſemidonzellas, y vierõ que don Quixote eſtaua a caualló, recoſtado ſobre ſu lançon, dando de quando en quando tan dolientes, y profundos ſuſpiros, que parecia que con cada vno ſe le arrancaua el alma. Y aſsi meſmo oyeron que dezia con voz blanda, regalada, y amoroſa: O mi ſeñora Dulzinea del Toboſo, eſtremo de toda hermoſura, fin y remate de la diſcrecion, archiuo del mejor donayre, depoſito de la honeſtidad: y vltimadamente, idea de todo lo prouechoſo, honeſto, y deleytable que ay en el mundo, y que farà agora la tu merced? Si tendras por ventura las mientes en tu cautiuo cauallero, q̃ a tantos peligros por ſolo ſeruirte, de ſu voluntad ha querido ponerſe? Dame tu nueuas della, o Luminaria de las tres caras: quiça con embidia de la ſuya, la eſtàs aora mirando, que o paſſeandoſe por alguna galeria de ſus ſuntuoſos palacios, o ya pueſta de pechos ſobre algun valcon, eſtà conſiderando como, ſalua ſu honeſtidad, y grandeza, ha de amanſar la tormenta que por ella eſte mi cuytado coraçon padece, que gloria ha de dar a mis penas, que ſoſsiego a mi cuydado: y finalmente, que vida a mi muerte, y q̃ premio a mis ſeruicios. Y tu Sol, que ya deues de eſtar apriesſa enſillando tus cauallos, por madrugar, y ſalir a ver a mi ſeñora, aſsi como la veas, ſuplicote que de mi parte la ſaludes: pero guardate que al verla, y ſaludarla, no le des paz en el roſtro, que tendre mas zelos de ti, que tu los tuuiſte de aquella ligera ingrata, que tato

te hizo ſudar, y correr por los llanos de Teſalia, o por las riberas de Penco, q̃ no me acuerdo bien por donde corriſte entonces, zeloſo, y enamorado. A eſte punto llegaua entonces don Quixote, en ſu tan laſtimero razonamiento, quando la hija de la ventera le començo a cecear, y a dezirle: Señor mio, llegueſe aca la vueſtra merced, ſi es ſeruido. A cuyas ſeñas, y voz boluio don Quixote la cabeça, y vio a la luz de la Luna, que entonces eſtaua en toda ſu claridad. como le llamauan del agujero, que a el le parecio ventana, y aun con rejas doradas, como conuiene que las tengan tan ricos caſtillos, como el ſe imaginaua que era aquella venta: y luego en el inſtante ſe le repreſentò en ſu loca imaginacion, que otra vez como la paſſada, la donzella fermoſa, hija de la ſeñora de aquel caſtillo, vencida de ſu amor, tornaua a ſolicitarle: y con eſte penſamiento, por no moſtrarſe deſcortes, y deſagradecido, boluio las riendas a Rozinante, y ſe llegò al agujero, y aſsi como vio a las dos moças, dixo: Laſtima os tengo, fermoſa ſeñora, de que ayades pueſto vueſtras amoroſas mientes, en parte dõde no es poſsible correſponderos conforme merece vueſtro gran valor, y gentileza, de lo que no deueys dar culpa a eſte miſerable andante cauallero, a quien tiene amor impoſsibilitado de poder entregar ſu voluntad a otra, que aquella, que en el punto que ſus ojos la vieron, la hizo ſeñora abſoluta de ſu alma. Perdonadme buena ſeñora, y recogeos en vueſtro apoſento, y no querays con ſignificarme mas vueſtros deſſeos, que yo me mueſtre mas deſagradecido: y ſi del amor que me teneys, hallays en mi

otra

otra cosa con que satisfazeros, que el mismo amor no sea, pedidmela, que yo os juro, por aquella ausente enemiga dulce mia, de daros la en continente, si bien me pidiessedes vna guedeja de los cabellos de Medusa, que erã todos culebras: o ya los mesmos rayos del Sol, encerrados en vna redoma. No ha menester nada desso mi señora (señor cauallero) dixo a este punto Maritornes. Pues que ha menester, discreta dueña, vuestra señora, respõdio don Quixote? Sola vna de vuestras hermosas manos, dixo Maritornes, por poder deshogar con ella el grã desseo que a este agujero la ha traydo, tan a peligro de su honor, q̃ si su señor padre la huuiera sentido, la menor tajada della fuera la oreja. Ya quisiera yo ver esso, respõdio don Quixote, pero el se guardarà bien desso, si ya no quiere hazer el mas desastrado fin que padre hizo en el mundo, por auer puesto las manos en los delicados miembros de su enamorada hija. Pareciole a Maritornes, q̃ sin duda dõ Quixote daria la mano q̃ le auian pedido, y proponiendo en su pensamiẽto lo que auia de hazer, se baxò del agujero, y se fue a la cauelleriza, dõde tomò el cabestro del jumento de Sancho Pança, y cõ mucha presteza se boluio a su agujero, a tiempo que don Quixote se auia puesto de pies sobre la silla de Rozinante, por alcançar a la ventana enrejada, donde se imaginaua estar la ferida donzella, y al darle la mano, dixo: Tomad, señora, essa mano, o por mejor dezir, esse verdugo de los malhechores del mũdo: tomad essa mano digo, a quien no ha tocado otra de muger alguna, ni aun la de aquella que tiene entera possession de todo mi cuerpo. No os la doy para que la be-

ſeys, ſino para que mireys la conteſtura de ſus neruios, la trauazon de ſus muſculos, la anchura, y eſpacioſidad de ſus venas, de donde ſacareys, q̃ tal deue de ſer la fuerça del braço que tal mano tiene. Aora lo veremos, dixo Maritornes, y haziendo vna lazada corrediza al cabeſtro, ſe la echò a la muñeca, y baxandoſe del agujero, atò lo que quedaua al cerrojo de la puerta del pajar, muy fuertemente. Don Quixote que ſintio la aſpereza del cordel en ſu muñeca, dixo: Mas parece que vueſtra merced me talla, que no que me regala la mano: no la trateys tan mal, pues ella no tiene la culpa del mal que mi voluntad os haze, ni es bien que en tan poca parte vẽgueys el todo de vueſtro enojo: mirad que quien quiere bien, no ſe venga tan mal. Pero todas eſtas razones de don Quixote, ya no las eſcuchaua nadie, porque aſsi como Maritornes le atò, ella, y la otra ſe fueron, muertas de riſa, y le dexaron aſido de manera, que fue impoſsible ſoltarſe. Eſtaua pues, como ſe ha dicho, de pies ſobre Rozinante, metido todo el braço por el agujero, y atado de la muñeca, y al cerrojo de la puerta, con grandiſsimo temor, y cuydado, q̃ ſi Rozinante ſe deſuiaua a vn cabo, o a otro, auia de quedar colgado del braço, y aſsi no oſaua hazer mouimiento alguno: pueſto que de la paciencia, y quietud de Rozinante, bien ſe podia eſperar q̃ eſtaria ſin mouerſe, vn ſiglo entero. En reſolucion, viendoſe don Quixote atado, y que ya las damas ſe auian ydo, ſe dio a imaginar, que todo aquello ſe hazia por via de encantamento, como la vez paſſada, quando en aquel meſmo caſtillo le molio aquel Moro encantado del harriero: y maldezia entre ſi,

ſu

ſu poca diſcrecion, y diſcurſo, pues auiendo ſalido tan mal la vez primera, de aquel caſtillo, ſe auia auenturado a entrar en el la ſegunda: ſiendo aduertimiento de caualleros andantes, que quando han prouado vna auentura, y no ſalido bien cõ ella, es ſeñal que no eſtà para ellos guardada, ſino para otros, y aſsi no tienen neceſsidad de prouarla ſegunda vez. Con todo eſto tiraua de ſu braço, por ver ſi podia ſoltarſe, mas el eſtaua tan bien aſido, que todas ſus prueuas fueron en vano. Bien es verdad, que tiraua con tiento, porque Rozinante no ſe mouieſſe: y aunque el quiſiera ſentarſe, y ponerſe en la ſilla, no podia, ſino eſtar en pie, o arrancarſe la mano. Alli fue el deſſear de la eſpada de Amadis, contra quien no tenia fuerça de encantamento alguno: alli fue el maldezir de ſu fortuna: alli fue el exagerar la falta que haria en el mundo ſu preſencia, el tiempo que alli eſtuuieſſe encantado, que ſin duda alguna ſe auia creydo que lo eſtaua. Alli el acordarſe de nueuo, de ſu querida Dulzinea del Toboſo: alli fue el llamar a ſu buen eſcudero Sancho Pança, que ſepultado en ſueño, y tendido ſobre el albarda de ſu jumento, no ſe acordaua en aquel inſtante, de la madre que lo auia parido: alli llamò a los ſabios Lirgandeo, y Alquife, que le ayudaſſen: alli inuocò a ſu buena amiga Vrganda, que le ſocorrieſſe: y finalmente, alli le tomó la mañana, tan deſeſperado, y confuſo que bramaua como vn toro, porque no eſperaua el, que cõ el dia ſe remediaria ſu cuyta, porque la tenia por eterna, teniendoſe por encantado: y haziale creer eſto, ver que Rozinante, poco, ni mucho ſe mouia:

y creia que de aquella suerte, sin comer, ni beuer, ni dormir, auiã de estar el, y su cauallo, hasta que aquel mal influxo de las estrellas se passasse, o hasta que otro mas sabio encantador le desencantasse. Pero engañose mucho en su creencia, porque a penas començò a amanecer, quando llegaron a la venta, quatro hombres de a cauallo, muy bien puestos, y adereçados, con sus escopetas sobre los arzones. Llamaron a la puerta de la venta, que aun estaua cerrada, con grandes golpes: lo qual visto por don Quixote, desde donde aun no dexaua de hazer la centinela, con voz arrogante, y alta, dixo: Caualleros, o escuderos, o quien quiera que seays, no teneys para que llamar a las puertas deste castillo, que a saz de claro està, que a tales horas, o los que estan dentro duermen, o no tienen por costumbre de abrirse las fortalezas, hasta que el Sol estè tendido por todo el suelo: desuiaos a fuera, y esperad que aclare el dia, y entonces veremos si serà justo, o no, que os abran. Que diablos de fortaleza, o castillo es este, dixo vno, para obligarnos a guardar essas ceremonias: si soys el ventero mandad que nos abran, que somos caminantes, que no queremos mas de dar ceuada a nuestras cualgaduras, y passar adelante, porque vamos de priessa. Pareceos caualleros que tengo yo talle de ventero, respondio don Quixote? No se de que teneys talle, respondio el otro, pero se que dezis disparates en llamar castillo a esta venta. Castillo es replicò don Quixote, y aun de los mejores de toda esta prouincia: y gente tiene dentro, que ha tenido cetro en la mano, y corona en la cabeca. Mejor fuera al reues, dixo el caminan-

caminante, el cetro en la cabeça, y la corona en la mano: y serà, si a mano viene, que deue de estar dentro alguna compañia de representantes, de los quales es tener a menudo essas coronas, y cetros que dezis. porque en vna venta tan pequeña, y adonde se guarda tanto silencio como esta, no creo yo que se alojã personas dignas de corona, y cetro. Sabeys poco del mundo, replicò don Quixote, pues ignorays los casos q̃ suelen acõtecer en la caualleria andãte. Cãsauanse los cõpañeros q̃ con el preguntante veniã, del coloquio q̃ con don Quixote passaua, y assi tornaron a llamar cõ grande furia, y fue de modo, q̃ el ventero despertò, y aũ todos quantos en la vẽta estauã, y assi se leuantó a pregũtar quien llamaua. Sucedio en este tiempo, q̃ vna de las caualgaduras en q̃ venian los quatro q̃ llamauan, se llegò a oler a Rozinante, q̃ melancolico, y triste, con las orejas caydas, sostenia sin mouerse, a su estirado señor, y como en fin era de carne, aũ q̃ parecia de leño, no pudo dexar d̃ resentirse, y tornar a oler a quiẽ le llegaua a hazer caricias: y assi no se huuo mouido tãto quãto, quãdo se desuiaron los juntos pies de dõ Quixote, y resbalando de la silla, diera con el en el suelo, a no quedar colgado del braço: cosa q̃ le causó tanto dolor, q̃ creyó, o que la muñeca le cortauan, o que el braço se le arracaua, porq̃ el quedò tã cerca del suelo, q̃ con los estremos de las puntas de los pies, besaua la tierra, q̃ era en su perjuyzio, porq̃ como sentia lo poco q̃ le faltaua para poner las plãtas en la tierra, fatigauase, y estirauase quanto podia, por alcançar al suelo: biẽ assi como los q̃ estan en el tormento de la garrucha, puestos a toca no toca, q̃ ellos mesmos son causa de

acrecentar su dolor, con el ahinco que ponen en estirarse, engañados de la esperança que se les representa, que con poco mas que se estiren llegaràn al suelo.

Cap. XL IIII. Donde se prosiguen los inauditos successos de la venta.

EN Efeto, fueron tantas las vozes que don Quixote dio, que abriendo de presto las puertas de la venta, salio el ventero despauorido, a ver quien tales gritos daua: y los que estauan fuera hizierõ lo mesmo. Maritornes, q̃ ya auia despertado a las mismas vozes, imaginando lo que podia ser, se fue al pajar, y desatò, sin que nadie lo viesse, el cabestro que a don Quixote sostenia, y el dio luego en el suelo, a vista del ventero, y de los caminantes, que llegãdose a el le preguntaron, que tenia, que tales vozes daua? El sin responder palabra, se quitõ el cordel de la muñeca, y leuantandose en pie, subio sobre Rozinante, embraçò su adarga, enristrò su lançon, y tomando buena parte del campo, boluio a medio galope, diziendo: Qualquiera que dixere que yo he sido con justo titulo encantado, como mi señora la Princessa Micomicona me dè licencia para ello, yo le desmiento, le riego, y desafio a singular batalla. Admirados se quedaron los nueuos caminantes, de las palabras de don Quixote, pero el ventero les quitò de aquella admiracion, diziendoles, que era don Quixote, y que no auia que hazer caso del, porque estaua fuera de juyzio. Preguntaronle al ventero, si a caso auia

llegado

llegado a aquella venta vn muchacho, de hasta edad de quinze años, que venia vestido como moço de mulas, de tales, y tales señas, dando las mesmas que trahia el amante de doña Clara. El ventero respondio, que auia tanta gente en la venta, que no auia echado de ver en el que preguntauan. Pero auiendo visto vno dellos el coche donde auia venido el Oydor, dixo: Aqui deue de estar sin duda, porque este es el coche que el dizen que sigue: quedese vno de nosotros a la puerta, y entren los demas a buscarle: y aun seria bié, que vno de nosotros rodeasse toda la venta, porque no se fuesse por las bardas de los corrales. Assi se hara, respondio vno dellos, y entrandose los dos dentro, vno se quedò a la puerta, y el otro se fue a rodear la venta: todo lo qual veia el ventero, y no sabia atinar para què se hazian aquellas diligencias, puesto que bien creyo que buscauan aquel moço, cuyas señas le auian dado. Ya a esta sazon aclaraua el dia, y assi por esto, como por el ruydo que don Quixote auia hecho, estauan todos despiertos, y se leuantauan, especialmente doña Clara, y Dorotea, que la vna con sobresalto de tener tan cerca a su amante, y la otra con el desseo de verle, auian podido dormir bien mal aquella noche. Don Quixote que vio que ninguno de los quatro caminantes hazia caso del, ni le respondian a su demanda, moria y rabiaua de despecho, y saña: y si el hallara en las ordenanças de su caualleria, que licitamente podia el caualler o andante, tomar, y emprender otra empresa, auiendo dado su palabra, y fe, de no ponerse en ninguna, hasta acabar la que auia prome-

tido, el enuiſtiera con todos, y les hiziera reſponder mal de ſu grado. Pero por parecerle no conuenirle, ni eſtarle bien començar nueua empreſa, haſta poner a Micomicona en ſu Reyno, houo de callar, y eſtarſe quedo, eſperando a ver en que parauan las diligencias de aquellos caminantes: vno de los quales hallò al mancebo que buſcaua, durmiendo al lado de vn moço de mulas, bien deſcuydado de que nadie, ni le buſcaſſe, ni menos de que le hallaſſe. El hombre le trauò del braço, y le dixo: Por cierto ſeñor don Luys, que reſponde bien a quien vos ſoys el habito que teneys: y que dize bien la cama en que os hallo, al regalo con que vueſtra madre os criò. Limpioſe el moço los ſoñolientos ojos, y mirò de eſpacio al que le tenia aſido, y luego conocio que era criado de ſu padre, de que recibio tal ſobreſalto, que no acertò, o no pudo hablarle palabra por vn buen eſpacio: y el criado proſiguio, diziendo: Aqui no ay que hazer otra coſa, ſeñor don Luys, ſino preſtar paciencia, y dar la buelta a caſa, ſi ya vueſtra merced no guſta, que ſu padre, y mi ſeñor la de al otro mundo, porque no ſe puede eſperar otra coſa de la pena con que queda por vueſtra auſencia. Pues como ſupo mi padre, dixo don Luys, que yo venia eſte camino, y en eſte traje? Vn eſtudiãte, reſpondio el criado, a quié diſtes cuenta de vueſtros penſamientos, fue el que lo deſcubrio, mouido a laſtima, de las que vio que hazia vueſtro padre, al punto que os echò menos, y aſsi deſpachò a quatro de ſus criados en vueſtra buſca, y todos eſtamos aqui a vueſtro ſeruicio, mas cõtentos de lo q̃ imaginar ſe puede, por el buẽ deſpacho

cho con que tornaremos, lleuando os a los ojos que tanto os quieren. Esso serà como yo quisiere, o como el cielo lo ordenare, respondio don Luys. Que aueys de querer, o q̃ ha de ordenar el cielo, fuera de consentir en bolueros, porque no ha de ser posible otra cosa? Todas estas razones q̃ entre los dos passauan, oyó el moço de mulas, junto a quien don Luys estaua, y leuantandose de alli, fue a dezir lo q̃ passaua a don Fernando, y a Cardenio, y a los demas, q̃ ya vestido se auian: a los quales dixo, como aquel hombre llamaua de don a aquel muchacho, y las razones que passauan, y como le queria boluer a casa de su padre, y el moço no queria: y con esto, y con lo que del sabian de la buena voz q̃ el cielo le auia dado, vinieron todos en gran desseo de saber mas particularmente quiẽ era, y aũ de ayudarle, si alguna fuerça le quisiessen hazer, y assi se fueron hàzia la parte dõde aun estaua hablando, y porfiando con su criado. Salia en esto Dorotea de su aposento, y tras ella doña Clara toda turbada: y llamado Dorotea a Cardenio a parte, le cõtò en breues razones la historia del musico, y de doña Clara: a quiẽ el tambiẽ dixo lo q̃ passaua, de la venida a buscarle los criados de su padre, y no se lo dixo tan callando, q̃ lo dexasse de oyr Clara, de lo q̃ quedò tan fuera de si, q̃ si Dorotea no llegara a tenerla, diera cõsigo en el suelo. Cardenio dixo a Dorotea, q̃ se boluiessen al aposento, q̃ el procuraria poner remedio en todo, y ellas lo hizieron. Ya estauan todos los quatro q̃ venian a buscar a dõ Luys dentro de la venta, y rodeados del, persuadiendole, q̃ luego sin detenerse vn punto, boluiesse a cõsolar a su padre. El respondio, q̃ en ninguna manera

lo

lo podia hazer, hasta dar fin a vn negocio en que le yua la vida, la honra, y el alma. Apretaronle entonces los criados, diziendole, que en ningũ modo boluerian sin el, y que le lleuarian, quisiesse, o no quisiesse. Esso no hareys vosotros, replicò don Luys, sino es lleuandome muerto: aunque de qualquiera manera que me lleueys, serà lleuarme sin vida. Ya a esta sazon auian acudido a la porfia, todos los mas que en la venta estauan, especialmente Cardenio, don Fernando, sus camaradas, el Oydor, el Cura, el Barbero, y don Quixote, que ya le parecio q̃ no auia necessidad de guardar mas el castillo. Cardenio, como ya sabia la historia del moço, preguntò a los que lleuarle querian, que que les mouia a querer lleuar contra su voluntad aquel muchacho? Mueuenos, respondio vno de los quatro, dar la vida a su padre, que por la ausencia deste cauallero, queda a peligro de perderla. A esto dixo don Luys: No ay para q̃ se dè cuenta aqui de mis cosas, yo soy libre, y boluere, si me diere gusto, y sino ninguno de vosotros me ha de hazer fuerça. Hara se la vuestra merced la razon, respondio el hombre, y quãdo ella no bastare con V.m. bastarà con nosotros para hazer a lo que venimos, y lo que somos obligados. Sepamos que es esto, de rayz, dixo a este tiempo el Oydor. Pero el hombre q̃ lo conocio, como vezino de su casa, respõdio: No conoce V.m. señor Oydor a este cauallero, q̃ es el hijo de su vezino, el qual se ha ausentado de casa de su padre, en el habito tã indecente a su calidad, como V.m. puede ver? Mirole entõces el Oydor, mas atẽtamẽte, y conociole, y abraçãdole, dixo: Que niñerias son estas señor dõ Luys,

o que

o que causas tan poderosas, que os ayan mouido a venir desta manera, y en este trage, que dize tã mal con la calidad vuestra? Al moço se le vinieron las lagrimas a los ojos, y no pudo responder palabra al Oydor. Dixo a los quatro, que se sossegassen, que todo se haria bien, y tomãdo por la mano a don Luys, le apartò a vna parte, y le pregũtò, que venida auia sido aquella? Y en tãto que le hazia esta, y otras preguntas, oyeron grandes vozes a la puerta de la venta, y era la causa dellas, que dos huespedes q̃ aquella noche auian alojado en ella, viendo a toda la gente ocupada en saber lo que los quatro buscauan, auian intentado a yrse sin pagar lo que deuian, mas el vẽtero que atendia mas a su negocio que a los agenos, les asio al salir de la puerta, y pidio su paga, y les afeò su mala intencion con tales palabras, que les mouio a que le respondiessen con los puños: y assi le començaron a dar tal mano, que el pobre ventero tuuo necesidad de dar vozes, y pedir socorro. La ventera, y su hija, no vieron a otro mas desocupado para poder socorrerle, que a don Quixote, a quien la hija de la ventera, dixo: Socorra vuestra merced, señor cauallero, por la virtud que Dios le dio, a mi pobre padre, que dos malos hõbres le estan moliendo como a cibera. A lo qual respondio don Quixote muy de espacio, y con mucha flema: Fermosa dõzella, no ha lugar por aora vuestra peticiõ, porq̃ estoy impedido de entremeterme en otra auentura en tanto que no diere cima a vna en que mi palabra me ha puesto: mas lo que yo podre hazer por seruiros, es lo que aora dirè: Corred, y dezid a vuestro padre, que se entretẽga en essa baralla

lo mejor que pudiere, y que no se dexe vencer en ningun modo, en tanto que yo pido licẽcia a la Princesa Micomicona, para poder socorrerle en su cuyta, q̃ si ella me la da, tened por cierto q̃ yo le sacarè della. Pecadora de mi, dixo a esto Maritornes, que estaua delante: primero que V.m. alcance essa licencia que dize, estarà ya mi señor en el otro mundo. Dadme vos, señora, que yo alcance la licencia que digo, respondio don Quixote, que como yo le tenga, poco hara al caso que el este en el otro mundo, q̃ de alli le sacarè, a pesar del mismo mundo que lo contradiga: o por lo menos, os dare tal vengança de los que alla le huuieren embiado, que quedeys mas que medianamente satisfechas. Y sin dezir mas, se fue a poner de hinojos ante Dorotea, pidiendole cõ palabras cauallerescas, y andantescas, que la su grãdeza fuesse seruida de darle licencia de acorrer, y socorrer al Castellano de aquel castillo, que estaua puesto en vna graue mengua. La Princessa se la dio de buen talante: y el luego, embraçando su adarga, y poniendo mano a su espada, acudio a la puerta de la venta, a donde aun toda via trahian los dos huespedes a mal traer al ventero, pero assi como llegò embaçò, y se estuuo quedò, aunque Maritornes, y la ventera, le dezian, que en que se detenia, que socorriesse a su señor, y marido. Detengome, dixo don Quixote, porque no me es licito poner mano a la espada contra gente escuderil: pero llamadme aqui a mi escudero Sancho, que a el toca, y atañe esta defensa, y vengança. Esto passaua en la puerta de la venta, y en ella andauan las puñadas, y mojicones muy en lu punto, todo en daño

del

del ventero, y en rabia de Maritornes, la ventera, y su hija, que se desesperauan de ver la cobardia de don Quixote, y de lo mal que lo passaua su marido, señor, y padre. Pero dexemosle aqui. que no faltarà quien le socorra, o sino sufra, y calle el que se atreue a mas de a lo que sus fuerças le prometen, y boluamonos atras cincuenta passos, a ver que fue lo que don Luys respondio al Oydor, que le dexamos a parte, preguntandole la causa de su venida a pie, y de tan vil trage vestido: a lo qual el moço, asiendole fuertemente de las manos, como en señal de que algun gran dolor le apretaua el coraçon, y derramando lagrimas en grande abundancia, le dixo: Señor mio, yo no se deziros otra cosa, sino que desde el punto que quiso el cielo, y facilitò nuestra vezindad, que yo viesse a mi señora doña Clara, hija vuestra, y señora mia, desde aquel instante la hize dueño de mi volũtad: y si la vuestra, verdadero señor, y padre mio, no lo impide, en este mesmo dia ha de ser mi esposa. Por ella dexè la casa de mi padre, y por ella me puse en este trage, para seguirla, donde quiera que fuesse, como la saeta al blanco, o como el marinero al Norte. Ella no sabe de mis desseos, mas de lo que ha podido entender de algunas vezes que desde lexos ha visto llorar mis ojos. Ya señor, sabeys la riqueza, y la nobleza de mis padres, y como yo soy su vnico heredero: si os parece que estas son partes para que os auentureys a hazerme en todo venturoso, recebidme luego por vuestro hijo: q̃ si mi padre, lleuado de otros disignios suyos, no gustare deste biẽ q̃ yo supe buscarme, mas fuerça tiene el tiempo para deshazer, y mudar las cosas, q̃

las humanas voluntades. Calló en diziendo esto el enamorado mancebo: y el Oydor quedò en oyrle, suspenso, confuso, y admirado, assi de auer oydo el modo y la discrecion con que don Luys le auia descubierto su pensamiento, como de verse en punto que no sabia el que poder tomar en tan repentino, y no esperado negocio: y assi no respondio otra cosa, sino que se sossegasse por entonces, y entretuuiesse a sus criados, que por aquel dia no le boluiessen, porque se tuuiesse tiempo para considerar lo que mejor a todos estuuiesse. Besole las manos por fuerça, don Luys, y aun se las bañò con lagrimas, cosa q̃ pudiera enternecer vn coraçon de marmol, no solo el del Oydor, que como discreto, ya auia conocido quan bien le estaua a su hija aquel matrimomo: pues to que si fuera posible, lo quisiera efetuar con voluntad del padre de don Luys, del qual sabia, q̃ pretendia hazer de titulo a su hijo. Ya a esta sazon estauan en paz los huespedes con el ventero, pues por persuasion y buenas razones de don Quixote, mas que por amenazas, le auian pagado todo lo que el quiso, y los criados de don Luys aguardauan el fin de la platica del Oydor, y la resolucion de su amo: quando el demonio que no duerme, ordenò, que en aquel mesmo punto entrò en la venta el Barbero a quien don Quixote quitò el yelmo de Mambrino, y Sancho Pança los aparejos del asno que trocó cõ los del suyo: el qual Barbero, lleuando su jumento a la caualleriza vio a Sancho Pança, que estaua adereçando no se que de la albarda, y assi como la vio la conocio, y se atreuio a arremeter a Sancho, diziendo: A don ladrõ, que aqui os tengo, venga mi vazia

y mi

y mi albarda con todos mis aparejos que me robaſtes. Sancho que ſe vio acometer tan de improuiſo, y oyò los vituperios que le dezian, con la vna mano aſio de la albarda, y con la otra dio vn mojicon al barbero, que le bañó los dientes en ſangre: pero no por eſto dexò el barbero la preſa que tenia hecha en el albarda, antes alçò la voz de tal manera, que todos los de la venta acudieron al ruydo, y pẽdencia, y dezia: Aqui del Rey, y de la juſticia, que ſobre cobrar mi haziẽda me quiere matar eſte ladrõ ſalteador de caminos. Mentis, reſpondio Sancho, q̃ yo no ſoy ſalteador de caminos, que en buena guerra ganó mi ſeñor don Quixote eſtos deſpojos. Ya eſtaua don Quixote delante con mucho contento de ver quà bien ſe defendia, y ofendia ſu eſcudero, y tuuole deſde alli adelante por hombre de pro, y propuſo en ſu coraçon de armalle cauallero en la primera ocaſion que ſe le ofrecieſſe, por parecerle que ſeria en el bien empleada la ordẽ de la caualleria. Entre otras coſas que el barbero dezia en el diſcurſo de la pendencia, vino a dezir: Señores aſsi eſta albarda es mia, como la muerte que deuo a Dios, y aſsi la conozco, como ſi la huuiera parido, y ahi eſtà mi aſno en el eſtablo, que no me dexara mentir, ſino prueuenſela, y ſino le viniere pintiparada, yo quedarè por infame: y ay mas, q̃ el miſmo dia q̃ ella ſe me quitò, me quitaron tambien vna bazia de açofar nueua que no ſe auia eſtrenado, que era ſeñora de vn eſcudo. Aqui no ſe pudo contener dõ Quixote ſin reſponder, y poniẽdoſe entre los dos, y apartãdoles, depoſitãdo la albarda en el ſuelo, q̃ la tuuieſſe de manifieſto haſta que la verdad ſe aclaraſſe, dixo:

Porq̃ veã vueſtras mercedes clara, y manifieſtamẽte el error en q̃ eſtã eſte buen eſcudero, pues llama bazia a lo que fue, es, y ſerà, yelmo de Mambrino, el qual ſe le quite yo en buena guerra, y me hize ſeñor del cõ ligitima, y licita poſſeſsion: en lo del albarda no me entremeto, q̃ lo q̃ en ello ſabre dezir, es, q̃ mi eſcudero Sancho me pidio licencia para quitar los jaezes del cauallo deſte vẽcido couarde, y con ellos adornar el ſuyo, yo ſe la di, y el los tomò, y de auerſe cõuertido de jaez en albarda, no ſabre dar otra razõ, ſino es la ordinaria q̃ como eſſas trãsformaciones ſe vẽ en los ſuceſſos de la caualleria: para cõfirmacion de lo qual corre Sãcho hijo, y ſaca aqui el yelmo q̃ eſte buen hõbre dize ſer bazia. Pardiez ſeñor, dixo Sãcho, ſino tenemos otra prueua de nra intencion, q̃ la q̃ vueſtra merced dize, la bazia es el yelmo de malino, como el jaez deſte bué hõbre albarda. Haz lo que te mãdo, replicò dõ Quixote, que no todas las coſas deſte caſtillo han de ſer guiadas por encantamento. Sãcho fue a do eſtaua la bazia, y la truxo y aſsi como dõ Quixote la vio la tomò en las manos, y dixo Miren vueſtras mercedes con q̃ cara podia dezir eſte eſcudero que eſta es bazia, y no el yelmo que yo he dicho y juro por la ordẽ de caualleria que profeſſo, que eſte yelmo fue el miſmo q̃ yo le quité ſin auer añadido en el, ni quitado coſa alguna. En eſſo no ay duda, dixo a eſſa ſazon Sãcho, porque deſde q̃ mi ſeñor le ganò haſta agora, no a hecho con el mas de vna batalla, quando libro a los ſin ventura encadenados, y ſi no fuera por eſte vazio yelmo no lo paſſara entonces muy bié, porque huuo a ſaz de pedradas en aquel trance.

Cab.

Cap. XXXV. Donde se acaba de aueriguar la duda del yelmo de Mambrino, y de la albarda, y otras auenturas sucedidas, con toda verdad.

QVE les parece a vuestras mercedes, señores, dixo el barbero, de lo que afirman estos gentiles hombres, pues aun porfia que esta no es bazia sino yelmo? Y quien lo contrario dixere, dixo don Quixote, le hare yo conocer que miente si fuere caualliero, y si escudero, que remiente mil vezes. Nuestro barbero que a todo estaua presente como tenia tan buen conocido el humor de don Quixote, quiso esforçar su desatino, y lleuar adelante la burla, para q todos riessen: y dixo hablando cõ el otro barbero. Señor barbero, o quien soys, sabed que yo tãbien soy de vuestro oficio, y tengo mas ha de veynte años carta de examen: y conozco muy bien de todos los instrumentos de la barberia, sin que le falte vno: y ni mas ni menos fuy vn tiẽpo en mi mocedad soldado, y se tambien que es yelmo, y que es morrion, y celada de encaxe, y otras cosas tocantes a la milicia, digo a los generos de armas de los soldados: y digo saluo mejor parecer, remitiendome siẽpre al mejor entendimiento, que esta pieça que está aqui delante, y que este buen señor tiene en las manos, no solo no es bazia de barbero, pero está tan lexos de serlo, como está lexos lo blanco de lo negro, y la verdad de la mentira: tambien digo, que este aunque es yelmo, no es yelmo entero. No por cierto, dixo don Quixote, porque le falta la mitad que es la babera.

Assi es,dixo el cura que ya auia entendido la intẽcion de su amigo el barbero,y lo mismo confirmó Cardenio,don Fernando,y sus camaradas: y aun el Oydor,sino estouiera tan pensatiuo con el negocio de dõ Luys,ayudara por su parte a la burla: pero las veras de lo que pensaua le tenian tan suspenso, que poco,o nada atendia a aquellos donayres. Valame Dios,dixo a esta sazon el barbero burlado, que es posible,que tanta gente honrada diga que esta no es bazia,sino yelmo:cosa parece esta que puede poner en admiracion a toda vna Vniuersidad por discreta q̃ sea:Basta,si es que esta bazia es yelmo,tambien deue de ser esta albarda jaez de cauallo, como este señor ha dicho. A mi albarda me parece, dixo don Quixote,pero ya he dicho q̃ en esso no me entremeto de que sea albarda,o jaez. Dixo el cura,no está en mas de dezirlo el señor dõ Quixote,que en estas cosas de la caualleria todos estos señores,y yo le damos la vẽtaja. Por Dios señores mios, dixo dõ Quixote, q̃ son tantas,y tã estrañas las cosas q̃ en este castillo,en dos vezes q̃ en el he alojado,me hã sucedido,q̃ no me atreua a dezir afirmatiuamẽte ninguna cosa de lo q̃ acerca de lo q̃ en el se cõtiene se preguntare,porq̃ imagino q̃ quãto en el se trata va por via de encãtamento:la primera vez me fatigó mucho vn Moro encãtado q̃ en el ay,y a Sancho no le fue muy biẽ cõ otros sus sequaces,y a no che estuue colgado deste braço casi dos horas,sin saber como ni como no vine a caer en aquella desgracia. Assi q̃ ponerme yo agora en cosa de tãta cõfusiõ a dar mi parecer,será caer en juizio temerario:en lo q̃ toca a lo q̃ dizen que esta es bazia,y no yelmo, ya yo

tengo

tégo reſpódido: pero en lo de declarar ſi eſſa es albarda, o jaez, no me atreuo a dar ſentencia difinitiua, ſolo lo dexo al buen parecer de vueſtras mercedes, quiça por no ſer armados caualleros, como yo lo ſoy, no tẽdran que ver cõ vueſtras mercedes los encantamentos deſte lugar, y tendrã los entẽdimiẽtos libres, y podran juzgar de las coſas deſte caſtillo como ellas ſon real, y verdaderamẽte, y no como a mi me parecian. No ay duda, reſpondio a eſto don Fernando, ſino que el ſeñor dõ Quixote ha dicho muy bien oy, que a noſotros toca la difinicion deſte caſo: y porque vaya cõ mas fundamẽto, yo tomarè en ſecreto los votos deſtos ſeñores, y de lo q̃ reſultare darè entera, y clara noticia. Para aquellos q̃ la teniã del humor de dõ Quixote, era todo eſto materia de grãdiſsima riſa: pero para los que le ignorauã les parecia el mayor diſparate del mũdo, eſpecialmẽte a los quatro criados de dõ Luis, y a don Luis ni mas ni menos, y a otros tres paſſageros q̃ a caſo auian llegado a la vẽta q̃ tenian parecer de ſer quadrilleros, como en efeto lo erã: pero el q̃ mas ſe deſeſperaua era el barbero, cuya bazia alli delante de ſus ojos ſe le auia buelto en yelmo de Mabrino, y cuya albarda péſaua ſin duda alguna, q̃ ſe le auia de boluer en jaez rico d cauallo, y los vnos, y los otros ſe reyã de ver como andaua dõ Fernãdo tomado los votos de vnos en otros, hablãdolos al oydo, para q̃ en ſecreto declaraſſen ſi era albarda, o jaez aquella joya, ſobre quiẽ tãto ſe auia peleado: y deſpues que huuo tomado los votos de aquellos q̃ a dõ Quixote conociã, dixo en alta voz: El caſo es bué hõbre, que va yo eſtoy cãſado de tomar tantos pareceres, porq̃

veo q̃ a ninguno pregunto lo q̃ deſſeo ſaber, que no me diga que es diſparate el dezir q̃ eſta ſea albarda de jumẽto, ſino jaez de cauallo, y aũ de cauallo caſtizo, y aſsi aureis de tener paciencia, porq̃ a vueſtro peſar, y al de vueſtro aſno eſte es jaez, y no albarda, y vos aueis alegado, y prouado muy mal de vueſtra parte. No la tẽga yo en el cielo, dixo el ſobrebarbero ſi todos vueſtras mercedes no ſe engaña, y q̃ aſsi parezca mi anima ante Dios, como ella me parece a mi albarda, y no jaez: pero alla vã leyes, &c. y no digo mas: y en verdad q̃ no eſtoy borracho, que no me he deſayunado ſi d̃ pecar no. No menos cauſaua riſa las necedades q̃ dezia el barbero q̃ los diſparates de dõ Quixote, el qual a eſta ſazõ dixo: Aqui no ay mas q̃ hazer, ſino q̃ cada vno tome lo q̃ es ſuyo, y a quiẽ Dios ſe la dio, S. Pedro ſe la bẽdiga. Vno de los quatro dixo: Si ya no es q̃ eſto ſea burla pẽſada, no me puedo perſuadir q̃ hõbres de tã buẽ entendimiẽto como ſon, o parecẽ todos los q̃ aqui eſtan, ſe atreuã a dezir, y afirmar q̃ eſta no es bazia, ni aquella albarda, mas cõmo veo q̃ lo afirmã, y lo dizẽ, me doy a entẽder q̃ no cacere de miſterio el porfiar vna coſa tã contraria de lo q̃ nos mueſtra la miſma verdad, y la miſma experiencia: porq̃ voto a tal, y arrojole redondo, q̃ no me den a mi a entender quantos oy viuen en el mũdo al reues de q̃ eſta no ſea bazia de barbero, y eſta albarda de aſno. Biẽ podria ſer de borrica, dixo el cura. Tanto monta, dixo el criado, q̃ el caſo no cõſiſte en eſſo, ſino en ſi es, o no es albarda como vueſtras mercedes dizẽ. Oyendo eſto vno de los quadrilleros q̃ auiã entrado, q̃ auia oydo la pẽdencia, y quiſtió lleno de colera, y de enfado, dixo:

Tan

Tan albarda es como mi padre, y el q̃ otra cosa ha dicho, ò dixere deue de estar hecho vua. Mentis, como vellaco villano, respondio dõ Quixote, y alçãdo el lançon, q̃ nũca le dexaua de las manos, le yua a descargar tal golpe sobre la cabeça, q̃a no desuiarse el quadrillero se le dexara alli tendido: el lançon se hizo pedaços en el suelo, y los demas quadrilleros q̃ vierõ tratar mal a su compañero alçaron la voz pidiendo fauor a la santa Hermandad. El ventero q̃ era de la quadrilla entrò al punto por su varilla, y por su espada, y se puso al lado de sus cõpañeros. los criados de don Luis rodearõ a don Luis, porq̃ con el alboroto no se les fuesse. El barbero viendo la casa rebuelta tornò a asir de su albarda, y lo mismo hizo Sãcho. Dõ Quixote puso mano a su espada, y arremetio a los quadrilleros, dõ Luis daua vozes a sus criados que le daxassen a el, y acorriessen a don Quixote, y a Cardenio, y a don Fernando, q̃ todos fauorecian a dõ Quixote. El cura daua vozes: la ventera gritaua, su hija se afligia, Maritornes lloraua, Dorotea estaua confusa, Luscinda suspensa, y doña Clara desmayada, el barbero aporreaua a Sãcho, Sancho molia al barbero: dõ Luis, aquiẽ vn criado suyo se atreuio a asirle del braço, porq̃ no se fuesse, le dio vna puñada, q̃ le bañò los dientes en sangre, el Oydor le defedia, dõ Fernãdo tenia debaxo de sus pies a vn quadrillero midiẽdole el cuerpo cõ ellos muy a su sabor. El ventero tornò a reforçar la voz, pidiendo fauor a la santa Hermãdad: demodo q̃ toda la vẽta era llantos, vozes, gritos, confusiones, temores, sobresaltos, desgracias, cuchilladas, moxicones, palos, coces, y esfusion de sangre: y en la mitad deste

caos, maquina, y laberinto de cosas se le represétò en la memoria de dõ Quixote, q̃ se veya metido de hoz, y de coz en la discordia del cãpo de Agramãte: y assi dixo có voz q̃ atronaua la véta Tẽgãse todos, todos embayné, todos se sossiegué, oygame todos si todos quieré quedar có vida. Acuya grã voz todos se pararõ, y el prosiguio, diziẽdo: No os dixe yo señores q̃ este castillo era encãtado, y q̃ alguna regiõ de demonios deue de habitar en el, en cõfirmaciõ de lo qual quiero q̃ veays por vños ojos como se ha passado aqui, y trasladado entre nosotros la discordia del campo de Agramante: mirad como alli se pelea por la espada, aqui por el cauallo, acullá por el aguila, aca por el yelmo, y todos peleamos y todos nõ nos entendemos, vẽga pues vuestra merced señor Oydor, y vuestra merced señor cura, y el vno sirua de Rey Agramate, y el otro de Rey Sobrino, y põganos en paz, porq̃ por Dios todo poderoso, que es gran vellaqueria q̃ tanta gẽte principal como aqui estamos se mate por causas tan liuianas: los quadrilleros q̃ no entendiã el frasis de dõ Quixote, y se veyã malparados de dõ Fernando, Cardenio y sus camaradas, no queriã sossegarse, el barbero si, porq̃ en la pẽdẽcia tenia deshechas las barbas, y el albarda: Sancho a la mas minima voz de su amo obedecio, como buẽ criado: los quatro criados de don Luis tãbié se estuuieron quedos, viẽdo quã poco les yua en no estarlo, solo el vẽtero porfiaua q̃ se auiã de castigar las insolẽcias de aquel loco q̃ a cada passo le alborotaua la véta: finalmẽte el rumor se apaziguò por entõces, la albarda se quedó por jaez hasta el dia del juizio, y la bazia por yelmo, y la véta por cãstillo en la imaginacion de don Quixote. Puestos

pues

pues ya en sossiego, y hechos amigos todos, a persuasió del Oydor, y del cura, boluieró los criados de dó Luis a porfiarle q̃ al momẽto se viniesse có ellos: y en tãto q̃ el có ellos se auenia, el Oydor comunicò có dó Fernando, Cardenio, y el cura, q̃ deuia hazer en aquel caso cótandoseles có las razones q̃ dó Luis le auia dicho: en fin fue acordado q̃ dó Fernãdo dixesse a los criados de dó Luis quié el era, y como era su gusto, q̃ dó Luis se fuesse có el al Andaluzia, dóde de su hermano el Marques seria estimado como el valor de dó Luis merecia, porque desta manera se sabia de la intẽció de dó Luis q̃ no boluería por aquella vez a los ojos de su padre si le hiziesse pedaços. Entẽdida pues de los quatro la calidad de dó Fernãdo, y la intẽcion de dó Luis, determinaró entre ellos, q̃ los tres se boluiessen a cótar lo q̃ passaua a su padre, y el otro se quedasse a seruir a dõ Luis, y a no dexalle hasta q̃ ellos boluiessen por el, o viesse lo q̃ su padre les ordenaua: desta manera se apaziguó aquella maquina de pẽdẽcias, por la autoridad de Agramãte, y prudẽcia del Rey Sobrino: pero viendole el enemigo de la concordia, y el emulo de la paz menospreciado, y burlado, y el poco fruto q̃ auia grãgeado de auerlos puesto a todos en tã có fuso laberinto, acordo de prouar otra vez la mano, resucitãdo nueuas pendencias, y desassossiegos. Es pues el caso, q̃ los quadrilleros se sossegaró por auer entreoydo la calidad de los q̃ có ellos se auiã cóbatido, y se retiraró de la pẽdẽcia por parecerles q̃ de qualquiera manera q̃ sucediesse auian de lleuar lo peor de la batalla: pero vno dellos q̃ fue el q̃ fue molido, y pateado por dó Fernãdo, le vino a la memoria q̃ entre algunos mãdamientos q̃ traia para prẽ-

der a algunos delinquẽtes, traya vno cõtra dõ Quixote, a quiẽ la Sãta Hermandad auia mandado prẽder por la libertad que dio a los galeotes, y como Sancho cõ mucha razon auia temido: imaginando pues esto, quiso certificarse si las señas que de don Quixote traya veniã bien, y sacãdo del seno vn pergamino topó con el que buscaua, y poniendosele a leer de espacio, porque no era buẽ lector, a cada palabra que leya ponia los ojos en dõ Quixote, y yua cotejando las señas del mandamiẽto con el rostro de don Quixote, y hallò que sin duda alguna era el que el mandamiento rezaua, y apenas se huuo certificado quando recogiendo su pergamino, y quiça tomo el mandamiento, y con la derecha asio a don Quixote del cuello fuertemẽte q̃ no le dexaua alẽtar, ya grãdes vozes dezia: Fauor a la Sãta Hermãdad, y para q̃ se vea q̃ lo pido de veras, lease este mãdamiẽto donde se contiene q̃ se prẽda a este salteador de caminos. Tomõ el madamiẽto el cura, y vio como era verdad quãto el quadrillero dezia, y como conuenia cõ las señas con don Quixote, el qual viẽdose tratar mal de aquel villano Maladrin puesta la colera en su pũto, y cruxiẽdole los hueſſos de su cuerpo, como mejor pudo el asio al quadrillero con enrrãbas manos dela gargãta, q̃ a no ser socorrido de sus cõpañeros alli dexara la vida antes q̃ don Quixote la presa. El vẽtero q̃ por fuerça auia de fauorecer a los de su oficio, acudio luego a dalle fauor. La ventera q̃ vio de nueuo a su marido en pendencias, de nueuo alço la voz, cuyo temor le lleuaró luego, Maritornes, y su hija pidiendo fauor al cielo y a los q̃ alli estauan. Sãcho dixo viendo lo q̃ passaua: Viue el Señor q̃ es verdad quãto mi amo dize

dẽ

de los encantos deſte caſtillo, pues no es poſsible viuir vna hora cõ quietud en el Dõ Fernãdo deſpartio al quadrillero, y a dõ Quixote, y cõ guſto de entrãbos les deſenclauijó las manos q̃ el vno en el collar del ſayo del vno, y el otro en la garganta del otro bien aſidas teniã: pero no por eſto ceſſauan los quadrilleros de pedir ſu preſo, y q̃ les ayudaſſen a darſele atado, y entregado a toda ſu volũtad, porq̃ aſsi conuenia al ſeruicio del Rey, y de la Santa Hermandad, de cuya parte de nueuo les pediã ſocorro, y fauor para hazer aquella priſió de aquel robador y ſalteador de ſendas, y de carreras. Reyaſe de oyr dezir eſtas razones don Quixote, y cõ mucho ſoſſiego, dixo. Venid aca gente ſoez, y mal nacida, ſaltear de caminos llamais al dar libertad a los encadenados, ſoltar los preſos, acorrer a los miſerables, alçar los caydos, remediar los meneſterоſos: a gente infame, digna por vueſtro baxo, y vil entendimiẽto, q̃el cielo no os comunique el valor q̃ ſe encierra a la caualleria andãte, ni os de a entender el pecado è ignorancia en que eſtais en no reuerenciar la ſombra, quanto mas la aſsiſtencia de qualquier cauallero andãte? Venid aca ladrones en quadrilla, que no quadrilleros, ſalteadores de caminos, con licencia de la ſanta Hermandad, dezidme quien fue el ignorante que firmò mandamiento de priſió contra vn tal cauallero como yo ſoy? Quien el que ignorò q̃ ſon eſſentos de todo judicial fuero los caualleros andantes? Y que ſu ley es ſu eſpada, ſus fueros, ſus brios, ſus prematicas, ſu voluntad? Quiẽ fue el menteeato, bueluo a dezir, que no ſabe que no ay ſecutoria de hidalgo con tantas preeminencias, ni eſen-

ciones

ciones como la que adquiere vn cauallero andante el dia q̃ se arma cauallero, y se entrega alduro exercicio de la caualleria. Que cauallero andante pagò pecho, alcauala, chapin de la Reyna, moneda forera, porrazgo, ni barca? Que sastre le lleuò hechura de vestido que le hiziesse? Que Castellano le acogiè en su castillo q̃ le hiziesse pagar el escote? Que Rey no le assentò a su mesa? Que dózella no se le aficionò, y se le entregò rendida a todo su talante, y voluntad? Y finalmente, que cauallero andante ha auido, ay, ni aura en el mundo, que no tenga brios para dar el solo quatrocientos palos a quatrocientos quadrilleros que se le pongan delante?

Capit. XLVI. De la notable auentura de los quadrilleros, y la gran ferocidad de nuestro buen cauallero don Quixote.

EN tãto q̃ dó Quixote esto dezia, estaua persuadiendo el cura a los quadrilleros como don Quixote era falto de juizio, como lo veyan por sus obras, y por sus palabras, y que no tenian paraque lleuar aquel negocio adelãte: pues aunque le prendiessen, y lleuassen, luego le auian de dexar por loco: a lo que respódio el del mandamiento: Que a el no tocaua juzgar de la locura de don Quixote, sino hazer lo que por su mayor le era mandado, y que vna vez preso, siquiera le soltassen trezientas. Con todo esso, dixo el cura, por esta vez no le aueis de lleuar, ni aun el dexara lleuarse, a lo que yo entiendo:

en

en efeto táto les ſupo el cura dezir, y tátas locuras ſupo don Quixote hazer, que mas locos fueran que no ellos quadrilleros, ſino conocieran la falta de don Quixote, y aſsi tuuieron por bié de apaziguarſe, y aũ de ſer medianeros de hazer las pazes entre el barbero, y Sancho Páça, que toda via aſsiſtiã có gran rancor a ſu pendencia: finalmente ellos como miẽbros de juſticia mediaron la cauſa, y fueron arbitros della, de tal modo, que ambas partes quedaron, ſino del todo contẽtas, alomenos en algo ſatiſfechas, porque ſe trocaró las albardas, y no las cinchas, y xaquimas. Y en lo que tocaua a lo del yelmo de Mambrino, el cura aſocapa, y ſin que dó Quixote lo entendieſſe, le dio por la bazia ocho reales, y el barbero le hizo vna cedula del recibo, y de no llamarſe a engaño por entonces, ni por ſiẽpre jamas Amen. Soſſegadas pues eſtas dos pendencias, que erã las mas principales, y de mas tomo, reſtaua que los criados de don Luis ſe contentaſſen de boluer los tres, y que el vno quedaſſe para acompañarle dó de don Fernando le queria lleuar: y como ya la buena ſuerte, y mejor fortuna auia começado a róper láças, y a facilitar dificultades en ſaber de los amãtes de la venta, y de los valiẽtes della, quiſo lleuarlo al cabo, y dar a todo felice ſuceſſo, porque los criados ſe contentaron de quanto don Luis queria, de q̃ recibio táto contento doña Clara, que ninguno en aquella ſazon la mirara al roſtro que no conociera el regozijo de ſu alma. Zorayda, aunque no entendia bien todos los ſuceſſos que auia viſto, ſe entriſtecia, y alegraua abulto conforme veya, y notaua los ſemblantes a cada vno, eſpecialmente de ſu

Eſpañol

Eſpañol, en quien tenia ſiempre pueſtos los ojos, y trabia colgada el alma. El ventero a quien ſe le pago por alto la dadiua, y recompenſa que el cura auia hecho al barbero, pidio el eſcote de don Quixote, con el menoſcabo de ſus cueros, y falta de vino, jurando que no ſaldria de la venta Rozinante, ni el jumento de Sancho ſin que ſe le pagaſſe primero, haſta el vltimo ardite. Todo lo apaziguò el cura, y lo pagò don Fernãdo, pueſto que el Oydor de muy buena voluntad auia tambien ofrecido la paga, y de tal manera quedaron todos en paz, y ſoſsiego, q̃ ya no parecia la venta la diſcordia del campo de Agramante, como don Quixote auia dicho, ſino la miſma paz, y quietud del tiempo de Otauiano: de todo lo qual fue comun opinion, que ſe deuian dar las gracias a la buena intencion, y mucha eloquencia del ſeñor cura, y a la incõparable liberalidad de don Fernando. Viendoſe pues don Quixote libre, y deſembaraçado de tãtas pendencias, aſsi de ſu eſcudero, como ſuyas, le parecio que ſeria bie ſeguir ſu començado viaje, y dar fin a aquella grandoauẽtura, para que auia ſido llamado, y eſcogido: y aſsi con reſoluta determinacion ſe fue a poner de inojos ante Dorotea, la qual no ſe conſintio q̃ hablaſſe palabra haſta que ſe leuantaſſe, y el por obedecella ſe puſo en pie, y le dixo: Es comun Prouerbio, fermoſa ſeñora, q̃ la diligencia es madre de la buena ventura, y en muchas, y graues coſas ha moſtrado la experieneia, que la ſolicitud del negociante trae a buen fin el pleyto dudoſo: pero en ningunas coſas ſe mueſtra eſta verdad, q̃ en las de la guerra, a donde la celeridad, y preſteza preuiene los diſcurſos

curſos del enemigo, y alcança la vitoria antes que el contrario ſe ponga en defenſa: todo eſto digo alta, y precioſa ſeñora, porque me parece, que la eſtada nueſtra en eſte caſtillo, y a es ſin prouecho, y podria ſernos de tanto daño, que lo echaſſemos de ver algun dia, porque quien ſabe ſi por ocultas eſpias, y diligétes aura ſabido ya vueſtro enemigo el gigante de que yo voy a deſtruylle, y dádole lugar el tiempo ſe fortificaſſe en algú inexpugnable caſtillo, a fortaleza contra quien valieſſen poco mis diligencias, y la fuerça de mi incanſable braço: aſsi que ſeñora mia, preuengamos, como tengo dicho, con nueſtra diligencia ſus deſignios, y partamonos luego a la buena ventura, que no eſtà mas de tener la vneſtra grandeza, como deſſea de quanto yo tarde de verme con vueſtro contrario. Callò, y no dixo mas don Quixote, y eſperò con mucho ſoſsiego la reſpueſta de la fermoſa Infanta, la qual cõ ademan ſeñoril, y acomodado al eſtilo de don Quixote, le reſpondio deſta manera: Yo os agradezco ſeñor cauallero el deſſeo que moſtrays tener de fauorecerme en mi grã cuyta, biẽ aſsi como cauallero, a quien es anejo, y concerniẽte fauorecer los huerfanos, y meneſterоſos: y quiera el cielo q̃ el vrõ, y mi deſſeo ſe cumplà, para q̃ veais q̃ ay agradecidas mugeres en el mundo: y en lo de mi parrida, ſea luego, q̃ yo no tẽgo mas volũtad q̃ la vra diſponed. vos de mi a toda vra guiſa, y talãte, q̃ la q̃na vez os entregò la defenſa de ſu perſona, y puſo en vras manos la reſtauracio de ſus ſeñorios, no ha de querer yr cõtra lo q̃ la vra prudẽcia ordenare A la mano d Dios, dixo dõ Quixote, pues aſsi es, q vna ſeñora

ſe

se me humilla no quiero yo perder la ocasion de leuantalla, y ponella en su heredado trono la partida sea luego porque me va poniendo espuelas al desseo, y al camino, lo que suele dezirse q̃ en la tardança està el peligro: y pues no ha criado el cielo, ni visto el infierno ninguno que me espãte, ni acobarde, ensilla Sancho a Rozinante, y apareja tu jumento, y el palafren de la Reyna, y despidamonos del Castellano, y destos señores, y vamos de aqui luego al punto, Sancho, que a todo estaua presente, dixo meneando la cabeça a vna parte y a otra: A y señor, señor, y como ay mas mal en el aldeguela que se suena, con perdon se ha dicho de las tocadas horadas, q̃ mal puede auer en ninguna aldea, ni en todas las ciudades del mundo, que pueda sonarse en menoscabo mio villano. Si vuestra merced se enoja, respondio Sancho, yo callarè, y dexarè dezir lo que soy obligado, como bue escudero, y como deue vn buẽ criado dezir a su señor. Di lo que quisieres, replicó don Quixo, como tus palabras no se encaminé a ponerme miedo: que si tu le tienes, hazes como quien eres y si yo no le tengo, hago como quiẽ soy. No es esso, pecador fuy yo a Dios, respondio Sácho, sino que yo tengo por cierto, y por aueriguado que esta señora que se dize ser Reyna del gran Reyno Micomicon, no lo es mas que mi madre, porque a ser lo que ella dize, no se anduniera hocicando con alguno de los que estan en la rueda a buelta de cabeça, y a cada traspuesta. Parose colorado con las razones de Sancho Dororea porque era verdad que su esposo don Fernãdo alguna vez a hurto de otros ojos auia cogido con los labios parte del premio

que

que merecian sus desseos. Lo qual auia visto Sancho, y pareciendole, que aquella desembolsura, mas era de dama cortesana, que de Reyna de tan gran Reyno. Y no pudo, ni quiso, responder palabra a Sancho, sino dexole proseguir en su platica, y el sne diziẽdo. Esto digo señor, porque si alcabo de auer andado caminos, y carreras, y passado malas noches, y peores dias, ha de venir a coger el fruto de nuestros trabajos, el que se està holgando en esta venta, no ay para que darme priessa, a que ensille a Rozinante, albarde el jumento, y aderece al palafrẽ, pues sera mejor que nos estemos quedos, y cada puta hile, y comamos. O valame Dios, y quan grande que fue el enojo, que recibio don Quixote, oyendo las descõpuestas palabras de su escudero. Digo que fue tanto, que con voz atropellada, y tartamuda lengua, lançando viuo fuego por los ojos, dixo: O vellaco villano, mal mirado, descompuesto, y gnorante, infacundo, deslenguado, atreuido, murmurador, y maldizière, tales palabras has osado dezir en mi presencia, y en la destas inclitas señoras? Y tales deshonestidades, y atreuimientos, osaste poner en tu confusa imaginacion? Vete de mi presencia, monstruo de naturaleza, depositario de mentiras, almario de embustes. silo de vellaquerias, inuentor de maldades, publicador de sandezes, enemigo del decorꝺ, que se deue a las Reales personas. Vete no parezcas delante de mi, so pena de mi yra: y diziendo esto, enarcò las cejas, hinchò los carrillos, mirò a todas partes, y dio con el pie derecho vna gran patada en el suelo, señales todas de la yra que encerraua en sus entrañas. A cuyas palabras, y furibundos ademanes, quedò San-

cho tan escogido, y medroso, que se holgara que en aquel instante se abriera debaxo de sus pies la tierra, y le tragara. Y no supo que hazerse, sino boluer las espaldas, y quitarse de la enojada presencia de su señor. Pero la discreta Dorotea, que tan entendido tenia ya el humor de don Quixote, dixo, para templarle la yra. No os despecheys, señor cauallero de la triste Figura, de las sandezes que vuestro buen escudero ha dicho. Porque quiça no las deue de dezir sin ocasion, ni de su buen entendimiento, y cristiana conciencia, se puede sospechar, que leuante testimonio a nadie: y assi se ha de creer sin poner duda en ello, que como en este castillo, segun vos señor cauallero dezis, todas las cosas van, y suceden por modo de encantamento. Podria ser, digo, que Sancho viuiesse visto por esta diabolica via, lo que el dize que vio, tan en ofensa de mi honestidad. Por el omnipotente Dios juro, dixo a esta sazon don Quixote, que la vuestra grandeza ha dado en el punto, y que alguna mala vision se le puso delante a este pecador de Sancho, que le hizo ver, lo que fuera imposible verse de otro modo, que por el de encantos no fuera, que se yo bien de la bondad, é inocencia deste desdichado, que no sabe leuãtar testimonios a nadie. Assi es, y assi sera, dixo don Fernando, pordo qual deue vuestra merced señor don Quixote, perdonalle, y reduzille al gremio de su gracia: *Sicut erat in principio*, antes que las tales visiones le sacassen de juyzio. Don Quixote respondio, que el le perdonaua, y el cura fue por Sancho, el qual vino muy humilde, y hincandose de rodillas, pidio la mano a su amo, y el se la dio, y despues de auersela dexado besar, le

ſar, le echo la bendicion, diziendo. Agora acabaràs de conocer Sancho hijo, ſer verdad lo que yo otras muchas vezes te he dicho, de que todas las coſas deſte caſtillo, ſon hechas por via de encantamento. Aſsi lo creo yo, dixo Sancho, excepto aquello de la manta, que realmente ſucedio por via ordinaria. No lo creas, reſpondio don Quixote, q̃ ſi aſsi fuera, yo te vengara entonces, y aun agora. Pero ni entonces, ni agora, pude, ni vi, en quien tomar vengança de tu agrauio. Deſſearon ſaber todos, que era aquello de la manta, y el ventero lo contò, punto por punto, la bolateria de Sancho Pança, de que no poco ſe rieron todos. Y de que no menos ſe corriera Sancho, ſi de nueuo no le aſſegurara ſu amo, que era encantamento. Pueſto que jamas llegò la ſandez de Sancho, a tanto que creyeſſe no ſer vẽdad, pura, y aueriguada, ſin mezcla de engaño alguno, lo de auer ſido manteado, por perſonas de carne, y hueſſo, y no por fantaſmas ſoñadas, ni imaginadas, como ſu ſeñor lo creya, y lo afirmaua. Dos dias eran ya paſſados los que auia que toda aquella iluſtre compañia eſtaua en la venta: y pareciendoles que ya era tiempo de partirſe, dieron orden, para que ſin ponerſe al trabajo, de boluer Dorotea, y don Fernando, con don Quixote a ſu aldea, con la inuencion de la libertad de la Reyna Micomicona, pudieſſen el cura, y el barbero, lleuarſele como deſſeauan, y procurar la cura de ſu locura, en ſu tierra. Y lo que ordenaron, fue, que ſe concertaron con vn carretero de bueyes, que acaſo acertò a paſſar por alli, para que lo lleuaſſe, en eſta forma. Hizieron vna como jaula, de palos enrrejades

capaz, que pudiesse en ella caber holgadamente don Quixote: y luego don Fernando, y sus camaradas, con los criados de don Luys, y los quadrilleros, juntamente con el ventero, todos por orden, y parecer del cura, se cubrieron los rostros, y se disfraçaron, quien de vna manera, y quien de otra: de modo, que a don Quixote, le pareciesse ser otra gente, de la que en aquel castillo auia visto. Hecho esto, con grandissimo silencio se entraron adonde el estaua durmiendo, y descansandò, de las passadas refriegas. Llegaronse a el, que libre, y seguro de tal acontecimiento dormia, y asiendole fuertemente, le ataron muy bien las manos, y los pies: de modo, que quando el despertò con sobresalto, no pudo menearse, ni hazer otra cosa, mas que admirarse, y suspenderse, de ver delante de si, tan estraños visages. Y luego dio en la cuenta, de lo que su continua, y desuaria da imaginacion le representaua, y se creyò, que todas aquellas figuras, eran fantasmas de aquel encantado castillo, y que sin duda alguna, ya estaua encantado, pues no se podia menear, ni defender. Todo apunto, como auia pensado que sucederia el cura, traçador desta maquina. Solo Sancho, de todos los presentes, estaua en su mesmo juyzio, y en su mesma figura: el qual aunque le faltaua bien poco, para tener la mesma enfermedad de su amo, no dexò de conocer quien eran todas aquellas contrahechas figuras, mas no osò desc oser su boca, hasta ver en que paraua aquel assalto, y prision de su amo. El qual tampoco hablaua palabra, atendiendo a ver el paradero de su desgracia. Que fue, que trayendo alli la jaula, le encerraron dentro, y le clauaron los

los maderos tan fuertemente, que no se pudieran romper a dos tirones. Tomaronle luego en hombros, y al salir del aposento, se oyò vna voz temerosa, todo quanto la supo formar el barbero, no el del albarda, sino el otro, que dezia: O cauallero de la triste Figura, no te de afincamiẽto la prision en que vas, porque assi conuiene, para acabar mas presto la auentura en que tu gran esfuerço te puso. La qual se acabará, quando el furibundo leon Manchado, con la blanca paloma Tobosina, yogiren en vno. Y a despues de humilladas las altas ceruizes, al blandò yugo matrimoñesco. De cuyo inaudito consorcio, saldran a la luz del Orbe, los brauos cachorros, que imitaràn las rumpantes garras del valeroso padre. Y esto sera antes, que el seguidor de la fugitiua ninfa, faga dos vegadas, a la visita de las luzientes imagines, con su rapido, y natural curso. Y tu, ò el mas noble, y obediente escudero, que tuuo espada en cinta, barbas en rostro, y olfato en las narizes, no te desmaye, ni desçontente, ver lleuar assi delante de tus ojos mesmos, a la flor de la caualleria andante. Que presto, si al plasmador del mundo le plaze, te veras tan alto, y tan sublimado, que no te conozcas, y no saldrã defraudadas las promessas, que te ha fecho tu buen señor. Y assegurote, de parte de la sabia Mentironiana, que tu salario te sea pagado, como lo veras por la obra, y sigue las pisadas del valeroso, y encantado cauallero, que conuiene que vayas donde pareys entrambos: y porque no me es licito dezir otra cosa, a Dios quedad, que yo me bueluo a donde yo me se. Y al acabar de la profecia, alçò la voz de punto, y diminuyola despues, con tan tierno acento,

38

que aun los ſabidores de la burla eſtuuieron por creer, que era verdad lo que oyan. Quedò don Quixote conſolado con la eſcuchada profecia, porque luego coligio de todo en todo, la ſignificacion de ella. Y vio que le prometian, el verſe ayuntados en ſanto, y deuido matrimonio, con ſu querida Dulzinea del Toboſo, de cuyo felice vientre, ſaldrian los cachorros, que eran ſus hijos, para gloria perpetua de la Mancha. Y creyendo eſto, bien, y firmemente, alçò la voz, y dando vn gran ſuſpiro, dixo: O tu quiẽ quiera que ſeas, que tanto bien me has pronoſticado, ruegote, que pidas de mi parte al ſabio encantador, que mis coſas tiene a cargo, que no me dexe perecer en eſta priſion, donde agora me lleuan, haſta ver cumplidas tan alegres, e incomparables promeſſas, como ſon las que aqui ſe me han hecho. Que como eſto ſea, tendre por gloria las penas de mi carcel, y por aliuio eſtas cadenas que me ciñen, y no por duro campo de batalla, eſte lecho en que me acueſtan, ſino por cama blanda, y talamo dichoſo. Y en lo que toca a la conſolacion de Sancho Pança mi eſcudero, yo confio de ſu bondad, y buen proceder, que no me dexarà, en buena, ni en mala ſuerte. Porque quando no ſuceda por la ſuya, o por mi corta ventura, el poderle yo dar la Inſula, o otra coſa equiualente, que le tengo prometida, por lo menos ſu ſalario, no podra perderſe, que en mi teſtamento, que ya eſtà echo, dexo declarado lo que ſe le ha de dar, no conforme a ſus muchos, y buenos ſeruicios, ſino a la poſsibilidad mia. Sancho Pança ſe le inclino con mucho comedimiento, y le beſò entrambas las manos

porque

porque la vna no pudiera, por estar atadas entrambas. Luego tomaron la jaula en hombros, aquellas visiones, y la acomodaron en el carro de los bueyes.

Capit. XLVII. Del estraño modo con que fue encantado don Quixote de la Mancha, con otros famosos sucessos.

QVANDO don Quixote se vio de aquella manera enjaulado, y encima del carro, dixo: Muchas, y muy graues historias, he yo leydo, de caualleros andantes, pero jamas he leydo, ni visto, ni oydo, que a los caualleros encantados, los lleuen desta manera, y con el espacio que prometen estos perezosos, y tardios animales. Porque siempre los suelen lleuar por los ayres, con estraña ligereza, encerrados en alguna parda, y escura nue, o en algun carro de fuego, o ya sobre algun Ipogrifo, o otra bestia semejante. Pero que me lleuen a mi agora sobre vn carro de bueyes, viue Dios que me pone en confusion. Pero quiça la caualleria, y los encantos destos nuestros tiempos, deuen de seguir otro camino, que siguieron los antiguos. Y tambien podria ser, que como yo soy nueuo caualler en el mũdo, y el primero que ha resucitado, el ya oluidado exercicio de la caualleria auenturera, tambien nueuamente se ayan inuentado otros generos de encantamentos, y otros modos de lleuar

a los encantados. Que te parece desto, Sancho hijo? No se yo lo que me parece, respondio Sancho, por no ser tan leydo como vuestra merced, en las escrituras andantes. Pero con todo esso osaria afirmar, y jurar, que estas visiones que por aqui andan, que no son del todo catolicas. Catolicas mi padre, respondio don Quixote, como han de ser catolicas, si son todos demonios, que han tomado cuerpos fantasticos, para venir a hazer esto, y a ponerme en este estado. Y si quieres ver esta verdad, tocalos, y palpalos, y veras como no tienen cuerpo, sino de ayre, y como no consiste mas, de en la apariencia. Par Dios señor, replicó Sancho, ya yo los he tocado, y este diablo que aqui anda tan solicito, es rollizo de carnes, y tiene otra propiedad, muy diferente de la que yo he oydo dezir, que tienen los demonios. Porque segun se dize, todos huelen a piedra azufre, y a otros malos olores, pero este huele a ambar de media legua. Dezia esto Sancho, por don Fernando, que como tan señor, deuia de oler a lo que Sancho dezia. No te marauilles desso, Sancho amigo, respondio don Quixote, porque te hago saber, que los diablos saben mucho, y puesto que traygan olores consigo, ellos no huelen nada, porque son espiritus, y si huelen, no pueden oler cosas buenas, sino malas, y hidiódas. Y la razon es, que como ellos donde quiera que estan, traen el infierno consigo, y no pueden recebir genero de aliuio alguno, en sus tormentos, y el buen olor sea cosa que deleyta, y contéta, no es posible q̃ ellos huelan cosa buena. Y si a ti te parece, que esse demonio que dizes, huele a ambar, o tu te engañas, o el quiere engañarte, con hazer q̃ no le tengas por

demo

demonio. Todos estos coloquios passaron entre amo, y criado, y temiendo don Fernando, y Cardenio, q̃ Sancho no viniesse a caer del todo en la cuẽta de su inuencion, a quien andaua ya muy en los alcances, determinaron de abreuiar con la partida, y llamando aparte al ventero, le ordenaron que ensillasse a Rozinante, y enalbardasse el jumẽto de Sancho, el qual lo hizo con mucha presteza. Y a en esto el cura se auia concertado con los quadrilleros, q̃ le acõpañassen hasta su lugar, dandoles vn tanto cada dia. Colgò Cardenio del arzon de la silla de Rozinante, del vn cabo la adarga, y del otro la bazia, y por señas mãdò a Sancho, que subiesse en su asno, y tomasse de las riendas a Rozinante, y puso a los dos lados del carro a los dos quadrilleros, con sus escopetas. Pero antes que se mouiesse el carro, salio la ventera, su hija, y Maritornes, a despedirse de don Quixote, fingiẽdo que llorauan de dolor de su desgracia, a quien dõ Quixote dixo: No lloreys mis buenas señoras, que todas estas desdichas son anexas, a los que professan lo que yo professo, y si estas calamidades no me acõtecieran, no me tuuiera yo por famoso caualler o andante. Porque a los caualleros de poco nombre, y fama, nunca les suceden semejantes casos, porque no ay en el mundo quien se acuerde dellos. A los valerosos si, que tienen embidiosos de su virtud, y valentia, a muchos Principes, y a muchos otros caualleros, que procuran por malas vias destruyr a los buenos. Pero con todo esso, la virtud es tan poderosa, q̃ por si sola, a pesar de toda la nigromancia, que supo su primer inuentor Zoroastes, saldra vencedora de todo trance, y dara de si luz en el mũdo, como la da

el ſol en el cielo. Perdonadme fermoſas damas ſi algun deſaguiſado, por deſcuydo mio os he fecho, que de voluntad, y a ſabiendas, jamas le di a nadie. Y rogad a Dios me ſaque deſtas priſiones, donde algũ mal intẽcionado encantador me ha puesto, que ſi de ellas me veo libre, no ſe me caera de la memoria, las mercedes que en eſte caſtillo me auedes fecho, para gratificallas, ſeruillas, y recompenſallas, como ellas merecen. En tãto que las damas del caſtillo eſto paſſauan con don Quixote, el cura, y el barbero, ſe deſpidieron de don Fernando, y ſus camaradas, y del capitan, y de ſu hermano, y todas aquellas contentas ſeñoras, eſpecialmente de Dorotea, y Luſcinda. Todos ſe abraçaron, y quedaron de darſe noticia de ſus ſuceſſos. Diziendo don Fernando al cura, dõde auia de eſcriuirle, para auiſarle en lo que paraua don Quixote, aſſegurandole, que no auria coſa que mas guſto le dieſſe, que ſaberlo. Y que el aſsimeſmo le auiſaria de todo aquello que el vieſſe que podria darle guſto, aſsi de ſu caſamiento, como del bautiſmo de Zoraida, y ſuceſſo de don Luys, y buelta de Luſcinda a ſu caſa. El cura ofrecio de hazer quanto ſe le mandaua, con toda puntualidad. Tornaron a abraçarſe otra vez, y otra vez tornaron a nueuos ofrecimientos. El ventero ſe llego al cura, y le dio vnos papeles, diziẽdole que los auia hallado en vn aforro de la maleta, donde ſe hallò la nouela del curioſo impertinente, y que pues ſu dueño no auia buelto mas por alli, que ſe los lleuaſſe todos, que pues el no ſabia leer, no los queria. El cura ſe lo agradecio, y abriendolos luego, vio que al principio de lo eſcrito, dezia: Nouela de Riuconete, y Cortadillo, por donde entendio ſer

alguna

alguna nouela: y coligio, que pues la del curioso impertinente, auia sido bueua, que tambien lo seria aquella, pues podria ser, fuessen todas de vn mesmo autor, y assi la guardò, con prosupuesto de leerla, quando tuuiesse comodidad. Subio a cauallo, y tambien su amigo el barbero, con sus amifazes, porque no fuessen luego conocidos de don Quixote, y pusieronse a caminar tras el carro, y la orden que lleuauan, era esta. Yua primero el carro, guiandole su dueño. a los dos lados yuan los quadrilleros, como se ha dicho, con sus escopetas: seguia luego Sancho Pança sobre su asno, lleuando de rienda a Rozinante. Detras de todo esto, yuan el cura, y el barbero, sobre sus poderosas mulas, cubiertos los rostros, como se ha dicho, con graue, y reposado cõtinente, no caminando mas, de lo que permitia el passo tardo de los bueyes. Don Quixote yua sentado en la jaula, las manos atadas, tendidos los pies, y arrimado a las verjas, con tanto silencio, y tanta paciencia, como si no fuera hombre de carne, sino estatua de piedra. Y assi con aquel espacio, y silencio, caminaron hasta dos leguas, q̃ llegaron a vn valle, donde le parecio al boyero, ser lugar acomodado para reposar, y dar passo a los bueyes. Y comunicandolo con el cura, fue de parecer el barbero, que caminassen vn poco mas, porque el sabia detras de vn recuesto q̃ cerca de alli se mostraua, auia vn valle de mas yerua, y mucho mejor q̃ aquel, donde parar queriã. Tomose el parecer del barbero, y assi tornarõ a proseguir su camino En esto boluio el cura el rostro, y vio q̃ a sus espaldas venian, hasta seys, o siete hõbres de acauallo, biẽ puestos, y aderecados, de los quales

fueron

fueron presto alcançados, porque caminauan, no con la flema, y reposo de los bueyes, sino como quien yua sobre mulas de Canonigos, y con deseo de llegar presto a sestear a la venta, que menos de vna legua de alli se parecia. Llegaron los diligentes a los perezosos, y saludaronse cortesmente, y vno de los que venian, que en resolucion era Canonigo de Toledo, y señor de los demas que le acompañauan, viendo la concertada procesion del carro, quadrilleros, Sancho, Rozinante, cura, y barbero, y mas a don Quixote enjaulado, y aprisionado, no pudo dexar de preguntar, que significaua llevar aquel hombre de aquella manera. Aunque ya se auia dado a entender, viendo las insignias de los quadrilleros, que deuia de ser algun facinoroso salteador, o otro delinquente, cuyo castigo tocasse a la santa Hermandad. Vno de los quadrilleros, a quien fue hecha la pregunta, respondio ansi: Señor lo que significa yr este cauallero desta manera, digalo el, porque nosotros no lo sabemos. Oyò don Quixote la platica, y dixo: Por dicha vuestras mercedes señores caualleros, son versados, y peritos, en esto de la caualleria andante, porque si lo son, comunicarè con ellos mis desgracias, y sino, no ay para que me canse en dezillas. Y a este tiempo auian ya llegado el cura, y el barbero, viendo que los caminantes estauan en platicas con don Quixote de la Mancha, para responder de modo, que no fuesse descubierto su artificio. El Canonigo, a lo que don Quixote dixo, respondio: En verdad hermano, que se mas de libros de cauallerias, que de las sumulas de Villalpando. Ansi que sino està mas que

en esto,

en esto, seguramente podeys comunicar conmigo, lo que quisieredes. A la mano de Dios, replico don Quixote. Pues assi es, quiero señor cauallero que sepades, que yo voy encantado en esta jaula, por embidia, y fraude, de malos encantadores, que la virtud, mas es perseguida de los malos, que amada de los buenos. Cauallero andante soy, y no de aquellos de cuyos nombres jamas la fama se acordò, para eternizarlos en su memoria, sino de aquellos que a despecho, y pesar de la mesma embidia, y de quantos Magos criò Persia, Braemanes, la India, Ginosofistas, la Etiopia, ha de poner su nombre en el templo de la inmortalidad, para que sirua de exemplo, y dechado, en los venideros siglos, donde los caualleros andantes, vean los passos que han de seguir, si quisieren llegar a la cumbre, y alteza honrosa de las armas. Dize verdad el señor don Quixote de la Mancha, dixo a esta sazon el cura, que el va encantado en esta carreta, no por sus culpas, y pecados, sino por la mala intencion de aquellos a quien la virtud enfada, y la valentia enoja. Este es señor, el cauallero de la triste Figura, si ya le oystes nombrar en algun tiempo, cuyas valerosas hazañas, y grandes hechos, se an escritas en bronzes duros, y en eternos marmoles, por mas que se canse la embidia en escurecerlos, y la malicia en ocultarlos. Quando el Canonigo oyò hablar al preso, y al libre, en semejante estilo, estuuo por hazerse la cruz de admirado, y no podia saber lo que le auia acontecido: y en la mesma admiracion cayeron todos los que con el venian. En esto Sancho Pança, que se auia acercado a oyr la platica

para

para adobarlo todo, dixo: Aora señores, quieranme bien, o quieranme mal, por lo que dixere, el caso de ello es, que assi va encantado mi señor don Quixote, como mi madre: el tiene su entero juyzio, el come, y beue, y haze sus necessidades como los demas hombres, y como las hazia ayer, antes que le enjaulassen. Siendo esto assi, como quieren hazerme a mi entender, que va encantado? Pues yo he oydo dezir a muchas personas, que los encantados, ni comen, ni duermen, ni hablan, y mi amo sino le van a la mano, hablará mas que treynta procuradores. Y boluiendose a mirar al cura, prosiguio diziendo: A señor cura, señor cura, pensaua vuestra merced que no lo conozco, y pensara que yo no calo, y adiuino adonde se encaminan estos nueuos encantamentos, pues sepa que le conozco, por mas que se encubra el rostro, y sepa que le entiendo, por mas que dissimule sus embustes? En fin, donde reyna la embidia, no puede viuir la virtud, ni adonde ay escaseza, la liberalidad. Mal aya el diablo, que si por su reberẽcia no fuera, esta fuera ya la hora, que mi señor estuuiera casado cõ la Infanta Micomicona, y yo fuera Cõde por lo menos, pues no se podia esperar otra cosa, assi de la bõdad de mi señor, el de la triste Figura, como de la grãdeza de mis seruicios. Pero ya veo que es verdad, lo q̃ se dize por ahi, que la rueda de la fortuna anda mas lista, q̃ vna rueda de molino y que los que ayer estauã en pinganitos, oy estan por el suelo. De mis hijos, y de mi muger me pesa, pues quando podian, y deuiã esperar, ver entrar a su padre por sus poertas, hecho Gouernador, o Visorey de alguna Insula, o Reyno, le veran entrar hecho moço de cauallos.

mallos. Todo esto que he dicho, señor cura, no es mas de por encarecer a su Paternidad, haga concien cia, del mal tratamiento que a mi señor se le haze, y mire bien no le pida Dios en la otra vida esta prision de mi amo, y se le haga cargo de todos aquellos socorros, y bienes, que mi señor don Quixote dexa de hazer en este tiempo que está preso. Adobame essos candiles, dixo a este punto el barbero. También vos Sancho, soys de la cofradia de vuestro amo? Viue el señor, que voy viendo, que le aueys de tener compañia en la jaula, y que aueys de quedar tan encantado como el, por lo que os toca de su humor, y de su caualleria. En mal punto os empreñastes de sus promessas, y en mal hora se os entró en los cascos la Insula, que tanto desseays. Yo no estoy preñado de nadie, respondio Sancho, ni soy hombre que me dexaria empreñar del Rey que fuesse, y aunque pobre soy Christiano viejo, y no deuo nada a nadie, y si Insulas desseo, otros desean otras cosas peores, y cada vno es hijo de sus obras, y debaxo de ser hóbre, puedo venir a ser Papa, quãto mas Gouernador de vna Insula, y mas pudiendo ganar tantas mi señor, que le falte a quien dallas. Vuestra merced mire como habla, señor barbero, q̃ no es todo hazer barbas, y algo va de Pedro a Pedro. Digolo porq̃ todos nos conocemos, y a mi no se me ha de echar dado falso. Y en esto del encanto de mi amo, Dios sabe la verdad, y quedesse aqui, porque es peor meneallo. No quiso responder el barbero a Sancho porque no descubriesse con sus simplicidades, lo que el, y el cura, tanto procurauan encubrir. Y por este mesmo temor, auia el cura dicho al Canonigo, que caminassen vn po-

vn poco delante, que el le diria el misterio del enjaulado, con otras cosas que le diessen gusto. Hizolo assi el Canonigo, y adelantose con sus criados, y con el estuuo atento, a todo aquello que dezirle quiso, de la condicion, vida, locura, y costumbres de don Quixote. Contandole breuemente el principio, y causa de su desuario, y todo el progresso de sus successos, hasta auerlo puesto en aquella jaula, y el disignio que lleuauan, de lleuarle a su tierra, para ver si por algun medio, hallauan remedio a su locura. Admiraronse de nueuo los criados, y el Canonigo, de oyr la peregrina historia de don Quixote. Y en acabandola de oyr, dixo: Verdaderaméte señor cura, yo hallo por mi cuenta, que son perjudiciales en la republica, estos que llaman libros de cauallerias. Y aunque el oydo lleuado de vn ocioso, y falso gusto, casi el principio de todos los mas que ay impressos, jamas me he podido acomodar a leer ninguno, del principio al cabo. Porque me parece, que qual mas, qual menos, todos ellos son vna mesma cosa, y no tiene mas este, que aquel, ni estotro, que el otro. Y segun a mi me parece, este genero de escritura, y composicion, cae debaxo de aquel de las fabulas, que llaman Milesias, que son cuentos disparatados, que atienden solamente a deleytar, y no a enseñar. Al contrario de lo que hazen las fabulas Apologas, que deleytan, y enseñan juntamente. Y puesto que el principal intento, de semejantes libros, sea el deleytar, no se yo como puedan conseguirle, yendo llenos de tantos, y tan desaforados disparates. Que el deleyte q̃ en el alma se concibe, ha de ser de la hermosura, y concordancia

que

que vee, o contempla en las cosas que la vista, o la imaginacion le ponen delante: y toda cosa q̃ tiene en si fealdad, y descompostura, no nos puede causar contento alguno. Pues que hermosura puede auer, o que proporcion de partes con el todo, y del todo cõ las partes, en vn libro, o fabula, donde vn moço de diez y seys años da vna cuchillada a vn gigante como vna torre, y le diuide en dos mitades como si fuera de alfeñique: y q̃ quãdo nos quiere pintar vna batalla, despues de auer dicho, que ay de la parte de los enemigos vn millon de competientes, como sea contra ellos el señor del libro, forçosamẽte mal q̃ nos pese auemos de entẽder, que el tal cauallero alcançó la victoria por solo el valor de su fuerte braço? Pues que diremos de la facilidad con q̃ vna Reyna, o Emperatriz, heredera, se conduze en los braços de vn andãte, y no conocido cauallero? Que ingenio, sino es del todo barbaro, è inculto, podra contẽtarse leyendo, q̃ vna grã torre llena de caualleros va por la mar adelante, como naue con prospero viento, y oy anochece en Lombardia, y mañana amanezca en tierras del Preste Iuã de las Indias, o en otras, que ni las descubrio Tolomeo, ni las vio Marco Polo? Y si a esto se me respondiesse, q̃ los q̃ tales libros componen, los escriuen como cosas de mentira, y q̃ assi no estan obligados a mirar en delicadezas, ni verdades. Responderles hia yo, q̃ tanto la mentira es mejor, quãto mas parece verdadera: y tanto mas agrada, quanto tiene mas de lo dudoso, y posible. Hanse de casar las fabulas mentirosas con el entendimiento de los q̃ las leyeré, escriuiendose de suerte, q̃ facilitando los imposibles, allanãdo las

grandezas, ſuſpendiendo los animos, admiren, ſuſpendan, alborocen, y entretégan, de modo q anden a vn mismo paſſo la admiracion, y la alegria juntas: y todas eſtas coſas no podra hazer el q̃ huyere de la veriſſimilitud: y de la imitacion en quien conſiſte la perfecion de lo q̃ ſe eſcriue, no he viſto ningun libro de caualleriás, q̃ haga vn cuerpo de fabula entero con todos ſus miebros: de manera, q̃ el medio correſponda al principio, y el fin al principio y al medio, ſino q̃ los componen con tantos miebros, q̃ mas parece q̃ lleuan intẽcion a formar vna quimera, o vn monſtruo, q̃ a hazer vna figura proporcionada Fuera deſto ſon en el eſtilo duros, en las hazañas increibles, en los amores laſciuos, en las corteſias mal mirados: largos en las batallas, necios en las razones, diſparatados en los viajes. y finalmẽte agẽnos de todo diſcreto artificio y por eſto dignos de ſer deſterrados de la Republica Chriſtiana como a gẽte inutil. El cura le eſtuuo eſcuchando cõ grande atencion, y pareciole hõbre de buen entendimiento, y q̃ tenia razon en quanto dezia: y aſsi le dixo, q̃ por ſer el de ſu meſma opiniõ, y tener ogeriza a los libros de caualleriás, auia quemado todos los de dõ Quixote, q̃ eran muchos. Y contole el eſcrutinio q̃ dellos auia hecho, y los q̃ auia condenado al fuego, y dexado cõ vida, de q̃ no poco ſe rio el Canonigo, y dixo, que con todo quãto mal auia dicho de tales libros, hallaua en ellos vna coſa buena, q̃ era el ſujeto que ofrecian, para q̃ vn buen entendimiento pudieſſe moſtrarſe en ellos, porq̃ dauan largo y eſpacioſo cãpo, por donde ſin empacho alguno pudieſſe correr la pluma, deſcubriendo naufragios, tor-

men

mentas,rencuentros, y batallas:pintando vn Capitan valeroſo,con todas las partes que para ſer tal ſe requieren, moſtrandoſe prudente, preuiniendo las aſtucias de ſus enemigos: y eloquente orador, perſuadiendo,o diſſuadiendo a ſus ſoldados:maduro en el conſejo, preſto en lo determinado, tan valiente en el eſperar como en el acometer. Pintádo ora vn lamentable y tragico ſuceſſo, aora vn alegre y no penſado acótecimiento: alli vna hermoſiſsima dama,honeſta,diſcreta, y recatada: aqui vn cauallero Chriſtiano,valiente,y comedido:aculla vn deſaforado barbaro fanfarron:aca vn Principe cortes,valeroſo y bien mirado: repreſentádo bondad, y lealtad de vaſſallos,grandezas y mercedes de ſeñores, ya puede moſtrarſe aſtrologo,ya coſmografo excelente, ya muſico, ya inteligente en las materias de eſtado: y tal vez le vēdra ocaſion, de moſtrarſe nigromante ſi quiſiere: Puede moſtrar las aſtucias de Vlixes, la piedad de Eneas, la valentia de Aquiles, las deſgracias de Ector, las trayciones de Sinon, la amiſtad de Eurialo, la liberalidad de Alexandro, el valor de Ceſar, la clemencia y verdad de Trajano, la fidelidad de Zopiro. la prudencia de Caton: y finalmente todas aquellas acciones que pueden hazer perfecto a vn varon iluſtre, aora poniendolas en vno ſolo, aora diuidiendolas en muchos: y ſiendo eſto hecho có apazibilidad de eſtilo,y con ingenioſa inuencion, q̄ tire lo mas q fuere poſsible a la verdad: ſin duda cópondra vna tela de varios y hermoſos lazos texida, q deſpues de acabada, tal perfeció y hermoſura mueſtre, q̄ cóhga el fin mejor que ſe pretende en los eſcritos, que es

enseñar, y deleitar juntamẽte, como ya tẽgo dicho. Porque la escritura desatada destos libros, da lugar a que el autor pueda mostrarse Epico, Lirico, Tragico, Comico, cõ todas aquellas partes q̃ encierran en si las dulcissimas y agradables ciẽcias de la Poesia, y de la Oratoria: que la Epica tãbien puede escreuirse en prosa, como en verso.

ap. XLVIN Donde prosigue el Canonigo la materia de los libros de cauallerias: con otras cosas dignas de su ingenio.

ASSI Es como V. m. dize, señor Canonigo, dixo el Cura, y por esta causa son mas dignos de reprehẽsion los q̃ hasta aqui hã compuesto semejantes libros, sin tener aduertencia a ningun buen discurso, ni al arte, y reglas por donde pudieran guiarse, y hazerse famosos en prosa, como lo son en verso los dos principes de la Poesia Griega, y Latina. Yó a lo menos, replicò el Canonigo, he tenido cierta tentacion de hazer vn libro de cauallerias, guardãdo en el todos los puntos que he significado: y si he de confessar la verdad, tengo escritas mas de cien hojas, y para hazer la experiencia, de si correspódian a mi estimacion, las he comunicado cõ hombres apasionados desta leyenda, dotos y discretos, y con otros ignorantes, que solo atienden al gusto de oyr disparates, y de todos he hallado vna agradable aprobacion: pero cõ todo esto, no he proseguido adelante, assi por parecerme q̃ hago cosa agena de mi profession, como por ver, q̃ es mas el numero d̃ los simples

que

que de los prudentes: y que puesto q̃ es mejor ser loado de los pocos sabios, que burlado de los muchos necios, no quiero sujetarme al confuso juyzio del desuanecido vulgo, a quien por la mayor parte toca leer semejantes libros: pero lo que mas me le quitò de las manos, y aun del pensamiento, de acabarle, fue vn argumento que hize conmigo mesmo, sacado de las comedias que aora se representan, diziendo: Si estas que aora se vsan, assi las imaginadas, como las de historia, todas, o las mas son conocidos disparates, y cosas que no lleuan pies ni cabeça, y con todo esso el vulgo las oye con gusto, y las tiene y las aprueua por buenas, estando tan lexos de serlo, y los autores que las componen, y los actores que las representan dizen, que assi han de ser, porque assi las quiere el vulgo, y no de otra manera: y que las que lleuan traça, y siguen la fabula como el arte pide, no siruen sino para quatro discretos que las entienden, y todos los demas se quedan ayunos de entender su artificio, y que a ellos les está mejor ganar de comer con los muchos, que no opinion con los pocos. Deste modo vendra a ser vn libro, al cabo de auerme quemado las cejas, por guardar los preceptos referidos, y vendre a ser el sastre del cantillo. Y aunque algunas vezes he procurado persuadir a los actores, que se engañan en tener la opinion que tienen, y que mas gente atraeran, y mas fama cobraran representando comedias, que hagan el arte, que no con las disparatadas: y estan tan asidos y encorporados en su parecer, que no ay razon, ni euidencia que del los saque. Acuerdome, que vn dia dixe

a vno deſtos pertinazes: Decidme, no os acordays que ha pocos años, que ſe repreſentaron en Eſpaña tres Tragedias, que compuſo vn famoſo Poeta deſtos Reynos, las quales fueron tales, que admiraron, alegraron, y ſuſpendieron a todos quantos las oyeron, aſsi ſimples como prudentes, aſsi del vulgo como de los eſcogidos, y dieron mas dineros a los repreſentantes ellas tres ſolas, q̃ treynta de las mejores que deſpues aca ſe han hecho? Sin duda, reſpondio el autor que digo, que deue de dezir V. m. por la Iſabela, la Filis, y la Alexandra? Por eſſas digo, le repliquè yo: y mirad ſi guardauan bien los preceptos del arte, y ſi por guardarlos dexaron de parecer lo que eran, y de agradar a todo el mundo? Aſsi que no eſtá la falta en el vulgo que pide diſparates ſino en aquellos que no ſaben repreſentar otra coſa. Si que no fue diſparate la Ingratitud vengada, ni le tuuo la Numancia, ni le le halló en la del Mercader amante, ni menos en la Enemiga fauorable, ni en otras algunas, q̃ de algunos entendidos Poetas hã ſido cõpueſtas, para fama y renombre ſuyo, y para ganancia de los q̃ las han repreſentado? y otras coſas añadia eſtas, con q̃ a mi parecer le dexè algo confuſo. pero no ſatisfecho, ni conuencido, para ſacarle de ſu errado pẽſamiento. En materia ha tocado V. m. ſeñor Canonigo, dixo a eſta ſazon el cura, que ha deſpertado en mi vn antiguo rancor que tengo con las comedias q̃ agora ſe vſan, tal que yguala al q̃ tengo con los libros de cauallerias, porque auiendo de ſer la comedia, ſegun le parece a Tulio, eſpejo de la vida humana, exemplo de las coſtumbres, y imagen de la verdad,

las

las q̃ aora se representan son espejos de disparates, exeplos de necedades, e imagenes de lasciuia. Por q̃ que mayor disparate puede ser en el sujeto q̃ tratamos, q̃. salir vn niño en mantillas en la primera cena del primer acto, y en la segunda salir ya hecho hõbre barbado? Y q̃ mayor, q̃ pintarnos vn viejo valiente, y vn moço cobarde, vn lacayo rectorico, vn paje consejero, vn Rey ganapã, y vna Princesa fregona? Que dire pues de la obseruãcia q̃ guardan en los tiẽpos en q̃ puedẽ, o podiã suceder las acciones q̃ representan. sino q̃ he visto comedia q̃ la primera jornada comẽnço en Europa, la segunda en Asia, la tercera se acabo en Africa, y ansi fuera de quatro jornadas la quarta acabaua en America, y assi se huuiera hecho en todas las quatro partes del mũdo. Y si es q̃ la imitaciõ es lo principal q̃ ha de tener la comedia, como es posible q̃ satisfaga a nigũ mediano entendimiento? q̃ fingiendo vna accion q̃ passa en tiẽpo del Rey Pepino, y Carlomagno, el mismo que en ella haze la persona prancipal, le atribuian q̃ fue el Emperador Eraclio, q̃ entrò con la cruz en Ierusalen, y el que ganò la casa santa, como Godofre de Bulló auiendo infinitos años de lo vno a lo otro, y fundadose la comedia sobre cosa fingida, atribuyrle verdades de historia, y mezclarle pedaços de otras, sucedidas a diferẽtes personas, y tiẽpos: y esto no cõ traças verisimiles, sino cõ patentes errores de todo pũto inexcusables: y es lo malo, q̃ ay ignorantes q̃ digan, q̃ esto es lo perfecto, y q̃ lo demas es buscar gullurias. Pues q̃ si venimos a las comedias diuinas, que de milagros falsos fingen en ellas, que de cosas apocrifas, y mal entendidas, atribuyendo a vn santo

los milagros de otro. Y aun en las humanas se atreuen a hazer milagros, sin mas respeto ni consideracion, que parecerles que alli estara bien el tal milagro, y apariencia, como ellos llaman, para que gente ignorante se admire, y venga a la comedia: que todo esto es en perjuyzio de la verdad, y en menoscabo de las historias, y aun en oprobrio de los ingenios Españoles: porque los Estrangeros q̃ con mucha pũtualidad guardan las leyes de la comedia, nos tienen por baruaros, e ignorantes, viendo los absurdos y disparates de las que hazemos. Y no seria bastante disculpa desto dezir, que el principal intento q̃ las Republicas bien ordenadas tienen, permitiendo que se hagã publicas comedias, es para entretener la comunidad con alguna honesta recreacion, y diuertirla a vezes de los malos humores que suele engendrar la ociosidad: y que pues este se consigue con qualquier comedia buena, o mala, no ay para q̃ poner leyes, ni estrechar a los que las componen, y representan, a que las hagan como deuian hazerse: pues como he dicho, con qualquiera se consigue lo que con ellas se pretẽde. A lo qual respondera yo, que este fin se conseguiria mucho mejor sin cõparacion alguna, con las comedias buenas, que con las no tales. Porque de auer oydo la comedia artificiosa, y bien ordenada, saldria el oyente alegre con las burlas: enseñado con las veras: admirado de los sucessos: discreto con las razones: aduertido con los embustes: sagaz con los exemplos: ayrado cõtra el vicio, y enamorado de la virtud: q̃ todos estos afectos ha de despertar la buena comedia en el animo del que la escuchare, por rustico y torpe que sea. Y

de

de toda imposibilidad,es imposible dexar de alegrar, y entretener,satisfazer,y contentar la comedia que todas estas partes tuuiere, mucho mas que aquella q̃ careciere dellas:como por la mayor parte carecen estas que de ordinario agora se representan. Y no tienen la culpa desto los poetas que las cõponen: porque algunos ay dellos que conocẽ muy bien en lo que yerran,y saben estremadamente lo q̃ deuen hazer. Pero como las comedias se hã hecho mercaderia vendible,dizen,y dizẽ verdad, que los representantes no se las comprarian,sino fuessen de aquel jaez:y assi el poeta procura acomodarse con lo que el representãte que le ha de pagar su obra le pide. Y que esto sea verdad, vease por muchas,e infinitas comedias que ha compuesto vn felicissimo ingenio destos Reynos,cõ tanta gala,con tanto donayre,con tan elegante verso,con tan buenas razones,con tan graues sentencias:y finalmente tan llenas de elocucion y alteza de estilo, que tiene lleno el mundo de su fama. Y por querer acomodarse al gusto de los representantes, no han llegado todas, como han llegado algunas al punto de la perfecciõ que requieren. Otros las componen, tan sin mirar lo que hazen, que despues de representadas tienen necessidad los recitantes de huyrse,y ausentarse,temerosos de ser castigados,como lo hã sido muchas vezes, por auer representado cosas en perjuyzio de algunos Reyes,y en deshóra de algunos linages. Y todos estos inconuinientes cessarian, y aun otros muchos mas, que no digo, con que huuiesse en la Corte vna persona inteligente y discreta,que examinasse todas las comedias, antes que se represen-

taſſen: no ſolo aquellas que ſe hizieſſen en la Corte, ſino todas las que ſe quiſieſſe repreſentar en España, ſin la qual aprouacion, ſello, y firma, ninguna juſticia en ſu lugar dexaſſe repreſentar comedia alguna: y deſta manera los comediantes tendrian cuydado de embiar las comedias a la Corte, y con ſeguridad podrian repreſentallas: y aquellos que las componen, mirarian con mas cuydado y eſtudio lo que hazian, temoroſos de auer de paſſar ſus obras por el riguroſo examen de quien lo entiéde: y deſta manera ſe harian buenas comedias, y ſe conſeguiria feliciſsimamente lo que en ellas ſe pretende, aſsi el entretenimiento del pueblo, como la opinió de los ingenios de España, el interes y ſeguridad de los recitantes, y el ahorro del cuydado de caſtigallos. Y ſi ſe dieſſe cargo a otro, o a eſte miſmo que examinaſſe los libros de cauallerias, que de nueuo ſe compuſieſſen, ſin duda podrian ſalir algunos con la perfeccion que vueſtra merced ha dicho, enriqueziendo nueſtra lengua del agradable y precioſo teſoro de la eloquécia, dando ocaſion que los libros viejos ſe eſcurecieſſen a la luz de los nueuos que ſalieſſen, para honeſto paſſatiempo: no ſolamé de los ocioſos, ſino de los mas ocupados. Pues no es poſsible que eſte continuo el arco armado, ni la códicion, y flaqueza humana ſe pueda ſuſtentar ſin alguna licita recreació. A eſte pũto de ſu coloquio, llegauan el Canonigo, y el Cura, quando adelantádoſe el baruero llegó a ellos, y dixo al Cura: Aqui ſeñor Licenciado es el lugar que yo dixe que era bueno, para que feſteando noſotros, tuuieſſen los bueyes freſco y abundoſo paſto: Aſsi me lo parece

a mi,

ami, respondio el Cura: y diziendole al Canonigo lo qne pensaua hazer, el tambien quiso quedarse cõ ellos, combidado del sitio de vn hermoso valle que a la vista se les ofrecia: y assi por gozar del, como de la conuersació del Cura, de quien ya yua aficionado: y por saber mas por menudo las hazañas de don Quixote, mandò a algunos de sus criados q̃ se fuessen a la venta, q̃ no lexos de alli estaua, y truxessen della lo que huuiesse de comer, para todos: porque el determinaua de festear en aquel lugar aquella tarde. A lo qual vno de sus criados respondio: Que el azemila del repuesto, q̃ ya deuia de estar en la venta traya recado bastãte, para no obligar a no tomar de la venta mas que ceuada. Pues assi es, dixo el Canonigo, lleuense alla todas las caualgaduras, y hazed boluer la azemila. En tãto que esto passaua, viendo Sãcho que podia hablar a su amo, sin la cõtinua assistencia del Cura, y el baruero, que tenia por sospechosos, se llegò a la xaula donde yua su amo, y le dixo: Señor, para descargo de mi conciencia le quiero dezir lo que passa cerca de su encantamento, y es: Que aquestos dos q̃ vienen aqui cubiertos los rostros, son el Cura de nro lugar, y el baruero, y imagino han dado esta traça de lleualle desta manera, de pura embidia q̃ tienen como vuestra merced se les adelanta en hazer famosos hechos. Presupuesta pues esta verdad, sigueſe que no va encantado, sino embaydo, y tonto. Para prueua de lo qual le quiero preguntar vna cosa, y si me responde, como creo que me ha de responder, tocarã con la mano este engaño, y vera como no va encantado, sino trastornado el juyzio. Pregunta lo

que

que quisieres hijo Sancho, respódio don Quixote, que yo te satisfare, y respondere a toda tu voluntad. Y en lo que dizes, que aquellos que alli van, y vienen con nosotros, son el cura, y el baruero nuestros compatriotos, y conocidos, bien podra ser que parezca que son ellos mesmos: pero q̃ lo sean realmente y en efeto, esso no lo creas en ninguna manera. Lo q̃ has de creer, y entender es, que si ellos se les parecẽ, como dizes, deue de ser q̃ los que me han encantado auran tomado essa apariencia, y semejança: porque es facil a los encantadores tomar la figura q̃ se les antoja, y auran tomado las destos nr̃os amigos: para darte a ti ocasiõ de q̃ pienses lo q̃ piẽsas, y ponerte en vn laberinto de imaginaciones q̃ no aciertes a salir del, aunq̃ tuuiesses la soga de Teseo: y tambien lo auran hecho, para q̃ yo vacile en mi entendimiento, y no sepa atinar de donde me viene este daño. Porq̃ si por vna parte tu me dizes, q̃ me acõpañan el baruero y el cura de nr̃o pueblo, y por otra yo me veo enxaulado, y se de mi, q̃ fuerças humanas, como no fueran sobrenaturales, no fueran bastantes para enxaularme: que quieres que diga, o piense, sino q̃ la manera de mi encantameto excede a quantas yo he leydo en todas las historias q̃ tratan de caualleros andantes q̃ han sido encãtados. Ansi q̃ bien puedes darte paz y sossiego en esto de creer q̃ son los q̃ dizes: porq̃ assi son ellos como yo soy Turco. Y en lo q̃ toca a querer pregũtarme algo, di, q̃ yo te respondere, aunq̃ me preguntes de aqui a mañana. Valame nr̃a Señora, respondio Sancho, dando vna gran voz, y es posible q̃ sea V.m. tan duro de celebro, y tan falto de meollo, que no

eche de ver que es pura verdad la que le digo: y q̃ en esta su prision y desgracia, tiene mas parte la malicia, que el encanto. Pero pues assi es, yo le quiero prouar euidentemente como no va encantado. Sino digame, assi Dios le saque desta tormenta, y assi se vea en los braços de mi señora Dulcinea, quãdo menos se piense. Acaba de conjurarme, dixo don Quixote, y pregunta lo que quisieres, que ya te he dicho que te responderé cõ toda puntualidad: Esso pido, replicò Sancho: y lo que quiero saber es, que me diga, sin añadir, ni quitar cosa ninguna, sino con toda verdad, como se espera que la han de dezir, y la dizen todos aquellos que professan las armas, como vuestra merced las professa debaxo de titulo de caualleros andantes? Digo que no mentire en cosa alguna, respondio don Quixote. Acaba ya de preguntar, que en verdad que me cansas con tãtas saluas, plegarias y preuẽciones, Sancho? Digo que yo estoy seguro de la bõdad y verdad de mi amo, y assi, porque haze al caso a nro quẽto, pregũto, hablãdo con acatamiẽto: Si acaso despues q̃ vuestra merced va enxaulado, y a su parecer encantado en esta xaula, le ha venido gana y volũtad de hazer aguas, mayores, o menores, como suele dezirse No entiẽdo esso de hazer aguas Sancho, aclarate mas, si quieres que te responda derechamente: Es posible que no entiende vuestra merced de hazer aguas menores, o mayores? Pues en la escuela destetan a los muchachos con ello. Pues sepa que quiero dezir. Si le ha venido gana de hazer lo que no se escusa! Ya, ya te entiendo Sancho: y muchas vezes: y aun agora la tengo, sacame deste peligro, q̃ no anda todo limpio.

C.

Cap. XL IX. Donde ſe trata del diſcreto coloquio que Sancho Pança tuuo con ſu ſeñor don Quixote.

HA, dixo Sancho, cogido le tengo: eſto es lo que yo deſſeaua ſaber, como al alma, y como a la vida. Venga a ca ſeñor: podria negar lo que comunmente ſuele dezirſe por ay, quando vna perſona eſtá de mala voluntad. No ſe que tiene fulano, q̃ ni come, ni beue, ni duerme, ni reſponde a propoſito a lo que le preguntan, que no parece ſino que eſtà encantado? De donde ſe viene a ſacar, que los que no comen, ni beuen, ni duermen, ni hazen las obras naturales que yo digo, eſtos tales eſtan encantados, pero no aquellos que tienen la gana que vueſtra merced tiene, y que beue quando ſe lo dan, y come quando lo tiene, y reſponde a todo aquello que le preguntan? Verdad dizes, Sancho, reſpondio don Quixote: pero ya te he dicho que ay muchas maneras de encantamentos, y podria ſer, que con el tiempo ſe huuieſſen mudado de vnos en otros: y que agora ſe vſe, que los encantados hagan todo lo que yo hago, aunque antes no lo hazian. De manera, que contra el vſo de los tiempos no ay que arguyr, ni de que hazer conſequencias: Yo ſe, y tengo para mi que voy encantado, y eſto me baſta para la ſeguridad de mi conciencia, que la formaria muy grande ſi yo penſaſſe que no eſtaua encantado, y me dexaſſe eſtar en eſta xaula, perezoſo y couarde, defraudãdo el ſocorro que podria dar a muchos meneſterоſos y neceſsitados, que de mi ayuda y amparo deuen tener a la hora de ahora preciſa y eſtrema neceſsidad. Pues con todo eſ

do esso, replicò Sancho, digo, que para mayor abúdancia y satisfacion, seria bien que vuestra merced prouasse a salir desta carcel, que yo me obligo con todo mi poder a facilitarlo, y aun a sacarle della, y prouasse de nueuo a subir sobre su buen rozinante, que tambien parece que va encantado segun va de malecolico y triste. Y echo esto, prouassemos otra vez la suerte de buscar mas auenturas: y sino nos sucediesse bien, tiempo nos queda para boluernos a la xaula: en la qual prometo a ley de buen y leal escudero de encerrarme juntamente con vuestra merced, si acaso fuere vuestra merced tã desdichado, o yo tan simple, que no acierte a salir con lo que digo. Yo soy contento de hazer lo que dizes, Sancho hermano, replicò don Quixote: y quando tu veas coyuntura de poner en obra mi libertad, yo te obedecere en todo y por todo: pero tu, Sancho veras como te engañas en el conocimiento de mi desgracia. En estas platicas se entretuuieron el caualiero andante, y el mal andante escudero, hasta que llegaron, donde ya apeados los aguardauan el Cura, el Canonigo, y el baruero. Deshuncio luego los bueyes de la carreta el boyero, y dexolos andar a sus anchuras por aquel verde y apazible sitio, cuya frescura cobidaua a quererla gozar, no a las personas tan encantadas como don Quixote, sino a los tã aduertidos y discretos como su escudero: el qual rogò al Cura, que permitiesse que su señor saliesse por vn rato de la xaula: porque sino le dexauan salir, no yria tan limpia aquella prision, como requiria la decencia de vn tal caualiero, como su amo. Entendiole el Cura, y dixo, que de muy buena

gana

gana haria lo que le pedia, sino temiera, que en viẽ dose su señor en libertad, auia de hazer de las suyas, y yrse donde jamas gentes le viessen: Yo le fio de la fuga, respondio Sancho Y yo y todo, dixo el Canonigo: y mas si el me da la palabra, como caualllero, de no apartarse de nosotros, hasta q̃ sea nuestra voluntad Si doy, respondio don Quixote, que todo lo estaua escuchando, quanto mas, que el que està encantado, como yo, no tiene libertad para hazer de su persona lo que quisiere. porque el que le encantò le puede hazer que no se mueua de vn lugar en tres siglos: y si huuiere huydo, le hara boluer en bolandas: y que pues esto era assi, bien podian soltalle, y mas siendo tan en prouecho de todos. y del no soltalle les protestaua que no podia dexar de fatigalles el olfato, si de allì no se desuiauan. Tomole la mano el Canonigo, aunque las tenia atadas, y debaxo de su buena fe y palabra, le desenxaularon, de que el se alegrò infinito y en grande manere de uerse fuera de la xaula. Y lo primero que hizo, fue, estirarse todo el cuerpo, y luego se fue donde estaua rozinante, y dandole dos palmadas en las ancas, dixo: Aun espero en Dios, y en su bendita madre, flor y espejo de los cauallos, que presto nos hemos de ver los dos qual desseamos: tu cõ tu señor acuestas, y yo encima de ti, exercitando el oficio para que Dios me echò al mundo. Y diziendo esto don Quixote, se apartó con Sancho en remota parte, de donde vino mas aliuiado, y con mas desseos de poner en obra lo que su escudero ordenasse. Mirualo el Canonigo, y admirauase de ver la estrañeza de su grãde locura, y de que en quanto hablaua, y

respõ-

reſpondia, moſtraua tener boniſsimo entendimiẽ-to, ſolamẽte venia a perder los eſtribos, como otras vezes ſe ha dicho, en tratandole de caualleria: y aſsi mouido de compaſsion, deſpues de auerſe ſentado todos en la verde yerua, para eſperar el repueſto del Canonigo, le dixo: Es poſsible, ſeñor hidalgo, q aya podido tanto con vueſtra mereed la amarga, y ociosa lectura de los libros de caualleria, que ſe aya buelto el juyzio de modo, que venga a creer que va encantado, con otras coſas deſte jaez, tan lexos de ſer verdaderas, como lo eſtà la meſma mentira de la verdad? Y como es poſsible que aya entendimiento humano, que ſe dè a entender que ha auido en el mundo aquella infinidad de Amadiſes, y aquella turba multa de tanto famoſo caualliero, tanto Emperador de Trapiſonda, tanto Flexmarte de Yrcania, tanto palafren, tanta donzella andante, tãtas fierpes, tantos endriagos, tantos Gigantes, tantas inauditas auenturas, tanto genero de encantamentos, tãtas batallas, tantos deſaforados encuentros, tanta bizarria de trajes, tantas Princeſſas enamoradas, tantos eſcuderos Condes, tantos enanos graciosos, tãto villete, tanto requiebro, tantas mugeres valiẽtes: y finalmente, tantos, y tan diſparatados caſos como los libros de caualleria contienen? De mi ſe dezir, que quando los leo, en tanto que no pongo la imaginacion en penſar, que ſon todos mentira, y liuiandad, me dan algun contento: pero quando caygo en la cuenta de lo que ſon, doy con el mejor dellos en la pared: y aun diera con el en el fuego, ſi cerca, o preſente le tuuiera, biẽ como a merecedores de tal pena, por ſer falſos, y embuſteros, y fuera del trato

que pide la comun naturaleza, y como a inuentores de nueuas ſectas, y de nueuo modo de vida: y como a quien da ocaſion q̃ el vulgo ignorante venga a creer, y a tener por verdaderas, tantas necedades como contienen. Y aun tienen tanto atreuimiẽto, que ſe atreuen a turbar los ingenios de los diſcretos, y bien nacidos hidalgos, como ſe echa bien de ver por lo que con vueſtra merced han hecho, pues le han traydo a terminos, que ſea forçoſo encerrarle en vna xaula, y traerle ſobre vn carro de bueyes, como quien trae, o lleua algun leon, o algun tygre, de lugar en lugar, para ganar con el, dexando q̃ le vean. Ea ſeñor don Quixote, duelaſe de ſi miſmo, y reduzgaſe al gremio de la diſcrecion, y ſepa vſar de la mucha que el cielo fue ſeruido de darle, empleando el feliciſsimo talento de ſu ingenio, en otra letura, que redunde en aprouechamiento de ſu conciencia, y en aumento de ſu honra. Y ſi toda via, lleuado de ſu natural inclinacion, quiſiere leer libros de hazañas, y de cauallerias, lea en la ſacra Eſcritura el de los Iuezes, que alli hallarà verdades grandioſas, y hechos tan verdaderos como valientes. Vn Viriato tuuo Luſitania, vn Ceſar Roma, vn Anibal Cartago, vn Alexandro Grecia, vn Conde Fernan Gonçalez Caſtilla, vn Cid Valencia, vn Gonçalo Fernandez Andaluzia, vn Diego Garcia de Paredes Eſtremadura, vn Garci Perez de Vargas Xerez, vn Garci Laſſo Toledo, vn don Manuel de Leon Seuilla, cuya lecion de ſus valeroſos hechos, puede entretener, enſeñar, deleytar, y admirar a los mas altos ingenios que los leyeren. Eſta ſi ſerà letura digna del buen entendimiento

dimiento de vuestra merced, señor don Quixote mio, de la qual saldra erudito en la historia, enamorado de la virtud, enseñado en la bondad, mejorado en las costumbres, valiente sin temeridad, osado sin couardia y todo esto para honra de Dios, prouecho suyo, y fama de la Mancha, do segun he sabido, trae vuestra merced su principio, y origen. Atentissimamente estuuo don Quixote, escuchando las razones del Canonigo, y quando vio que ya auia puesto fin a ellas, despues de auerle estado vn buen espacio mirando, le dixo. Pareceme señor hidalgo, que la platica de vuestra merced se ha encaminado a querer darme a entender, que no ha auido caualleros andantes en el mundo, y que todos los libros de cauallerias son falsos, mentirosos, dañadores, è inutiles para la republica: y que yo he hecho mal en leerlos, y peor en creerlos, y mas mal en imitarlos, auiendome puesto a seguir la durissima profession de la caualleria andante, que ellos enseñan, negandome, que no ha auido en el mundo Amadises, ni de Gaula, ni de Grecia, ni todos los otros caualleros de que las escrituras estan llenas? Todo es al pie de la letra, como vuestra merced lo va relatando, dixo a esta sazon el Canonigo. A lo qual respondio don Quixote: Añadio tambien vuestra merced, diziendo, que me auian hecho mucho daño tales libros, pues me auian buelto el juyzio, y puestome en vna jaula, y que me seria mejor hazer la enmienda, y mudar de lectura, leyendo otros mas verdaderos, y que mejor deleytan, y enseñan. Assi es, dixo el Canonigo. Pues yo, replicò don Quixote, hallo

por mi cuenta, que el sin juyzio. y el encantado, es vuestra merced, pues se ha puesto a dezir tãtas blasfemias contra vna cosa tan recebida en el mundo, y tenida por tan verdadera, que el que la negasse, como vuestra merced la niega, merecia la mesma pena, que vuestra merced dize que da a los libros, quãdo los lee, y le enfadan. Porque querer dar a entender a nadie, que Amadis no fue en el mundo, ni todos los otros caualleros auentureros, de que estan colmadas las historias, serà querer persuadir, que el Sol no alumbra, ni el yelo enfria, ni la tierra sustenta: porque que ingenio puede auer en el mũdo, que pueda persuadir a otro, que no fue verdad lo de la infanta Floripes, y Guy de Borgoña: y lo de Fierabras, con la prueue de Mantible, que sucedio en el tiempo de Carlo Magno, que voto a tal, que es tanta verdad, como es aora de dia? Y si es mentira, tambien lo deue de ser, que no huuo Hector, ni Aquiles, ni la guerra de Troya, ni los doze Pares de Francia, ni el Rey Artus de Ingalaterra, que anda hasta aora conuertido en cuervo, y le esperan en su Reyno por momentos. Y tambien se arreueran a dezir, que es mentirosa la historia de Guarino Mezquino, y la de la demanda del santo Grial, y que son apocrifos los amores de don Tristan, y la Reyna Yseo, como los de Ginebra, y Lançarote, auiendo personas que casi se acuerdan de auer visto a la dueña Quintañona, que fue la mejor escanciadora de vino que tuuo la gran Bretaña: y es esto tan ansi, que me acuerdo yo que me dezia vna mi aguela, de partes de mi padre, quando veia alguna dueña con tocas reuerendas: Aquella, nieto, se parece a la dueña

Quinta-

Quintañona: de donde arguyo yo, que la deuio de conocer ella, o por lo menos, deuio de alcançar a ver algun retrato suyo. Pues quien podra negar, no ser verdadera la historia de Pierres, y la linda Magalona, pues aun hasta oy dia se vee en la almeria de los Reyes, la clauija con que boluia al caballo de madera, sobre quien yua el valiente Pierres por los ayres, que es vn poco mayor que vn timon de carreta: y junto a la clauija, està la silla de Babieca. Y en Roncesuallés està el cuerno de Roldan, tamaño como vna grande viga: de donde se infiere, que huuo doze Pares, que huuo Pierres, que huuo Cides, y otros caualleros semejantes, destos que dizen las gentes, que a sus auenturas van. Sino digan me tambié, que no es verdad que fue cauallero andante el valiente Lusitano Iuan de Merlo, que fue a Borgoña, y se combatio en la ciudad de Ras, con el famoso señor de Charni, llamado Mosen Pierres: y despues en la ciudad de Basilea, con Mosen Enrique de Remestan, saliendo de entrambas empresas vencedor, y lleno de honrosa fama. Y las auenturas, y desafios que tambien acabaron en Borgoña los valientes Españoles, Pedro Barba, y Gutierre Quixada (de cuya alcurnia yo deciendo, por linea recta de varon) venciendo a los hijos del Conde de san Polo. Nieguenme assi mesmo, que no fue a buscar las auenturas a Alemania, don Fernando de Gueuara, donde se combatio con Micer Iorge, cauallero de la casa del Duque de Austria. Digan que fueron burla, las justas de Suero de Quiñones, del passo: las empresas de Mosen Luys de Falces, contra don Gonçalo de Guzman, cauallero

Caſtellano, con otras muchas hazañas, hechas por caualleros Chriſtianos, deſtos, y de les Reynos eſtrangeros, tan autenticas, y verdaderas, que torno a dezir, que el que las negaſſe, careceria de toda razon, y buen diſcurſo. Admirado quedò el Canonigo, de oyr la mezcla que dò Quixote hazia, de verdades, y mentiràs, y de ver la noticia que tenia de todas aquellas coſas, tocantes, y concernientes a los hechos de ſu andante caualleria, y aſsi le reſpondio: No puedo yo negar, ſeñor don Quixote, que no ſea verdad algo de lo que vueſtra merced ha dicho, eſpecialmente, en lo que toca a los caualleros andantes Eſpañoles: y aſsi meſmo quiero conceder, que huuo doze Pares de Francia, pero no quiero creer, que hizieron todas aquellas coſas q̃ el Arçobiſpo Turpin dellos eſcriue: porq̃ la verdad dello es, que fueron caualleros eſcogidos, por los Reyes de Francia, a quien llamaron Pares, por ſer todos yguales en valor, en calidad, y en valètia, a lomenos ſino lo erà, era razon q̃ lo fueſſen, y era como vna religiõ de las que aora ſe vſan, de Santiago, o de Calatraua, que ſe preſupone q̃ los que la profeſſan, han de ſer, o deué ſer caualleros valeroſos, valientes, y bien nacidos: y como aora dizen cauallero de ſan Iuan, o de Alcãtara, dezian en aquel tiempo: Cauallero de los doze Pares, porq̃ no fueron doze yguales los que para eſta religion militar ſe eſcogierõ. En lo de que huuo Cid, no ay duda, ni menos Bernardo del Carpio, pero de que hizieron las hazañas que dizen, creo que la ay muy grande. En lo otro de la clauija, que V. m. dize del Conde Pierres, y que eſtà junto a la ſilla de Babieca, en la armeria de los Reyes, confieſſo mi pecado,

ecado, que soy tan ignorante, o tan corto de vista, que aunq̃ he visto la silla, no he echado de ver la cla ija. y mas siendo tan grande como V m. ha dicho. Pues alli està sin duda alguna, replicò don Quixote. y por mas señas, dizen q̃ està metida en vna funda de vaqueta, porq̃ no se tome de moho. Todo puede ser, respondio el Canonigo, pero por las ordenes q̃ recebi, que no me acuerdo auerla visto: mas pues o que conceda q̃ està alli, no por esso me obligo a creer las historias de tantos Amadises, ni las de tan a turbamulta de caualleros como por ay nos cuen an: ni es razon, que vn hombre como vuestra merced, tan honrado, y de tan buenas partes, y dotado de tan buen entendimiento, se dè a entender, que son verdaderas tantas, y tan estrañas locuras, como las que estan escritas en los disparatados libros de caualleria.

Cap. L. De las discretas altercaciones que don Quixote, y el Canonigo tuuieron, con otros sucessos.

BVENO Està esso, respondio don Quixote, los libros que estan impressos con licencia de los Reyes, y con aprouacion de aquellos a quien se remitieron, y me con gusto general son leydos, y celebrados, de los grandes, y de los chicos: de los pobres, y de los ricos: de los letrados, è ignorantes: de los plebeyos, y caualleros: finalmente, de todo genero de personas, de qualquier estado, y condicion que sean, auian de ser mentira, y mas lleuando tanta

apariencia de verdad, pues nos cuentan el padre, la madre, la patria, los parientes, la edad, el lugar, y las hazañas, punto por punto, y dia por dia, que el tal cauallero hizo, o caualleros hizieron. Calle vueſtra merced, no diga tal blasfemia, y creame, que le aconſejo en eſto lo que deue de hazer, como diſcreto, ſino lealos, y verà el guſto que recibe de ſu leyenda. Sino digame, ay mayor contento, que ver, como ſi dixeſſemos, aqui aora ſe mueſtra delante de noſotros, vn gran lago de pez, hirui do a boruollones, y que andan nadando, y cruzando por el muchas ſerpientes, culebras, y lagartos, y otros muchos generos de animales ferozes, y eſpantables, y que del medio del lago ſale vna voz triſtiſsima, que dize: Tu cauallero, quien quiera que ſeas, que el temeroſo lago eſtas mirando, ſi quieres alcançar el bien que debaxo deſtas negras aguas ſe encubre, mueſtra el valor de tu fuerte pecho, y arrojate en mitad de ſu negro, y encendido licor, porque ſi aſsi no lo hazes, no ſeràs digno de ver las altas maravillas que en ſi encierran, y contienen los ſiete caſtillos de las ſiete Fadas, que debaxo deſta negregura yazen: y que apenas el cauallero no ha acabado de oyr la voz temeroſa, quando ſin entrar mas en cuentas conſigo, ſin ponerſe a conſiderar el peligro a que ſe pone, y aun ſin deſpojarſe de la peſadumbre de ſus fuertes armas, encomendandoſe a Dios, y a ſu ſeñora, ſe arroja en mitad del bullente lago: y quando no ſe cata, ni ſabe donde ha de parar, ſe halla entre vnos floridos campos, con quien los Eliſeos no tienen que ver en ninguna coſa. Alli le parece, que el cielo es mas tranſparẽte,

y que

y que el Sol luze con claridad mas nueua. Ofreceſe le a los ojos vna apazible floreſta de tan verdes; y frondoſos arboles compueſta, que alegra a la viſta ſu verdura, y entretiene los oydos el dulce, y no aprendido canto de los pequeños, infiniros, y pintados paxarillos, que por los intricados ramos van cruzando. Aqui deſcubre vn arroyuelo, cuyas freſcas aguas, que liquidos criſtales parecen, corren ſobre menudas arenas, y blancas pedrezuelas, que oro cernido, y puras perlas ſemejan. Aculla vee vna artificioſa fuente de jaſpe variado, y de liſo marmol compueſta. Acà vee otra a lo bruteſco adornada, adonde las menudas conchas de las almejas, con las torcidas caſas, blancas, y amarillas del caracol, pueſtas con orden deſordenada, mezcladas entre ellas pedaços de criſtal luziente, y de contrahechas eſmeraldas, hazen vna variada labor, de manera, que el arte imitando a la naturaleza, parece que alli la vence. Aculla de improuiſo, ſe le deſcubre vn fuerte caſtillo, o viſtoſo alcaçar, cuyas murallas ſon de mazizo oro, las almenas de diamantes, las puertas de jacintos: finalmente, el es de tan admirable compoſtura, que con ſer la materia de que eſtà formado, no menos que de diamantes, de carbuncos, de rubies, de perlas, de oro, y de eſmeraldas, es de mas eſtimacion ſu hechura? Y ay mas que ver deſpues de auer viſto eſto, que ver ſalir por la puerta del caſtillo, vn buen numero de donzellas, cuyos galanos, y viſtoſos trajes, ſi yo me puſieſſe aora a dezirlos, como las hiſtorias nos los cuentan, ſeria nunca acabar? y tomar luego la que parecia principal de todas, por la

mano al atreuido cauallero, que se arrojò en el feruiente lago, y lleuarle, sin hablarle palabra, dentro del rico alcaçar, o castillo, y hazerle desnudar, como su madre le parió, y bañarle con templadas aguas, y luego vntarle todo con olorosos vnguentos, y vestirle vna camisa de cendal delgadissimo, toda olorosa y perfumada: y acudir otra donzella, y echarle vn manton sobre los ombros, que por lo menos, menos, dizen que suele valer vna ciudad, y aun mas? Que es ver pues, quando nos cuentan, que tras todo esto, le lleuan a otra sala, donde halla puestas las mesas, cõ tanto concierto, que queda suspenso, y admirado? Que el verle echar agua a manos, toda de ambar, y de olorosas flores distilada? Que el hazerle sentar sobre vna silla de marfil? Que verle seruir todas las donzellas, guardando vn marauilloso silencio? Que el traerle tanta diferencia de manjares, tan sabrosamente guisados, que no sabe el apetito a qual deua de alargar la mano? Qual serà oyr la musica que en tanto que come suena, sin saberse quien la canta, ni adonde suena? Y despues de la comida acabada, y las mesas alçadas, quedarse el cauallero recostado sobre la silla, y quiça mondandose los dientes, como es costumbre, entrar a deshora por la puerta de la sala otra mucho mas hermosa donzella, que ninguna de las primeras, y sentarse al lado del cauallero, y començar a darle cuenta, de que castillo es aquel, y de como ella està encantada en el, con otras cosas, que suspenden al cauallero, y admiran a los leyentes que van leyendo su historia? No quiero alargarme mas en esto, pues dello se puede colegir,

que

que qualquiera parte que se lea, de qualquiera historia de cauallero andante, ha de causar gusto, y marauilla a qualquiera que la leyere. Y vuestra merced creame, y como otra vez le he dicho, lea estos libros, y vera como le destierran la melancolia que tuuiere, y le mejoran la condicion, si a caso la tiene mala. De mi se dezir, que despues que soy cauallero andante, soy valiente, comedido, liberal, bien criado, generoso, cortes, atreuido, blando, paciente, sufridor de trabajos, de prisiones, de encantos: y aunque ha tan poco que me vi encerrado en vna jaula, como loco, pienso por el valor de mi braço, fauoreciendome el cielo, y no me siendo contraria la fortuna, en pocos dias verme Rey de algun Reyno, adonde pueda mostrar el agradecimiento, y liberalidad que mi pecho encierra. que mia fe, señor, el pobre está inabilitado de poder mostrar la virtud de liberalidad con ninguno, aunque en sumo grado la posea. Y el agradecimiento, que solo consiste en el desseo, es cosa muerta, como es muerta la fe sin obras. Por esto querria, que la fortuna me ofreciesse presto alguna ocasiõ, donde me hiziesse Emperador, por mostrar mi pecho, haziendo bien a mis amigos, especialmẽte a este pobre de Sancho Pança, mi escudero, que es el mejor hõbre del mundo, y querria darle vn Condado, que le tengo muchos dias ha prometido, sino que temo, que no ha de tener abilidad para gouernar su estado. Casi estas vltimas palabras oyò Sancho a su amo, a quiẽ dixo: Trabaje V.m. señor don Quixote, en darme esse Condado, tan prometido de V. m. como de mi esperado, que yo le prometo, que no me falte

a mi

a mi abilidad para gouernarle: y quando me faltare, yo he oydo dezir, que ay hombres en el mundo, que toman en arrendamiento los estados de los señores, y les dan vn tanto cada año, y ellos se tienen cuydado del gouierno, y el señor se esta a pierna tendida, gozando de la renta que le dan, sin curarse de otra cosa: y assi hare yo, y no reparare en tanto mas quanto, sino que luego me desistirè de todo, y me gozarè mi renta, como vn Duque, y alla se lo ayan. Esso hermano Sancho, dixo el Canonigo, entiendese en quanto al gozar la renta, empero al administrar justicia, ha de atender el señor del estado, y aqui entra la abilidad, y buen juyzio, y principalmente la buena intencion de acertar, que si esta falta en los principios, siempre yran errados los medios, y los fines: y assi suele Dios ayudar al buen desseo del simple, como desfauorecer al malo, del discreto. No se essas filosofias, respondio Sancho Pança, mas solo se, que tan presto tuuiesse yo el Condado, como sabria regirle, que tanta alma tengo yo como otro, y tanto cuerpo como el que mas, y tan Rey seria yo de mi estado, como cada vno del suyo: y siendolo, haria lo que quisiesse: y haziendo lo que quisiesse, haria mi gusto: y haziendo mi gusto, estaria contento: y en estando vno contento, no tiene mas que desear: y no teniendo mas que desear, acabose, y el estado venga, y a Dios y veamonos, como dixo vn ciego a otro. No son malas filosofias essas, como tu dizes, Sancho, pero cõ todo esso ay mucho q̃ dezir sobre esta materia de Condados. A lo qual repli cò dõ Quixote: Yo no se q̃ aya mas q̃ dezir, solo me

guio

guio por el exemplo que me da el grande Amadis de Gaula, que hizo a ſu eſcudero Conde de la inſula Firme, y aſsi puedo yo ſin eſcrupulo de conciencia, hazer Conde a Sancho Pança, que es vno de los mejores eſcuderos que cauallero andãte ha tenido. Admirado quedò el Canonigo, de los concertados diſparates que don Quixote auia dicho, del modo con que auia pintado la auentura del cauallero del Lago, de la impreſsion que en el auian hecho las peſadas mentiras de los libros que auia leydo: y finalmente le admiraua, la necedad de Sancho, que con tanto ahinco deſſeaua alcançar el Condado que ſu amo le auia prometido. Ya en eſto boluian los criados del Canonigo, que a la venta auian ydo por la azemila del repueſto, y haziẽdo meſa de vna alhõbra, y de la verde yerua del prado, a la ſombra de vnos arboles ſe ſentaron, y comieron alli, porque el boyero no perdieſſe la comodidad de aquel ſitio, como queda dicho. Y eſtando comiendo, a deſhora oyeron vn rezio eſtruendo, y vn ſon de eſquila, que por entre vnas çarças, y eſpeſſas matas que alli junto eſtauan, ſonaua, y al meſmo inſtante vierõ ſalir de entre aquellas malezas, vna hermoſa cabra, toda la piel mãchada de negro, blãco, y pardo. Tras ella venia vn cabrero dandole vozes, y diziendole palabras a ſu vſo, para que ſe detuuieſſe, o al rebaño boluieſſe. La fugitiua cabra, temeroſa, y deſpauorida, ſe vino a la gente, como a fauorecerſe della y alli ſe detuuo. Llegò el cabrero, y aſiendola de los cuernos, como ſi fuera capaz de diſcurſo, y entendimiento, le dixo: A cerrera, cerrera, manchada, manchada, y como andays vos eſtos dias de pie coxo, que lobos

lobos os eſpanta. Hija no me direys que es eſto, her moſa? Mas que puede ſer, ſino que ſoys hembra, y no podeys eſtar ſoſſegada, que mal aya vueſtra con dicion, y la de todas aquellas a quien imitays. Bolued, bolued amiga, que ſino tan contenta, alomenos eſtareys mas ſegura en vueſtro apriſco, o con vueſtras compañeras: que ſi vos que las aueys de guardar, y encaminar, andays tan ſin guia, y tan deſcaminada, en que podran parar ellas? Contento dierõ las palabras del cabrero a los que las oyeron, eſpecialmente al Canonigo, que le dixo: Por vida vueſtra hermano, q̃ os ſoſſegueys vn poco, y no os acucieys en boluer tan preſto eſſa cabra a ſu rebaño, q̃ pues ella es hembra, como vos dezis, ha de ſeguir ſu natural diſtinto, por mas q̃ vos os pongays a eſtoruarlo. Tomad eſte bocado, y beued vna vez, cõ que templareys la colera, y en tanto deſcanſará la cabra. Y el dezir eſto, y el darle con la punta del cuchillo los lomos de vn conejo fiambre, todo fue vno. Tomolò, y agradeciolo el cabrero: beuio, y ſoſſegoſe, y luego dixo: No querria q̃ por auer yo hablado con eſta alimaña tan en ſeſo, me tuuieſſen vueſtras mercedes por hombre ſimple, q̃ en verdad que no carecen de miſterio las palabras q̃ le dixe. Ruſtico ſoy, pero no tanto, q̃ no entienda como ſe hade tratar cõ los hõbres, y con las beſtias. Eſſo creo yo muy biẽ, dixo el Cura, que ya yo ſe de eſperiencia, q̃ los montes crian letrados, y las cabañas de los paſtores encierran filoſofos. Alomenos, ſeñor, replicò el cabrero acogen hombres eſcarmentados: y para q̃ creays eſta verdad, y la toqueys con la mano, aunque parezca que ſin ſer rogado me combido, ſino os enfadays dello,

dello, y quereys, señores, vn breue espacio prestarme oydo atento, os contare vna verdad, que acreditte lo que esse señor (señalando al Cura) ha dicho, y la mia? A esto respondio don Quixote: Por ver que tiene este caso vn no se que de sombra de auentura de caualleria, yo por mi parte os oyre, hermano, de muy buena gana, y assi lo harā todos estos señores, por lo mucho que tienen de diseretos, y de ser amigos de curiosas nouedades, que suspendan, alegren, y entretengan los sentidos, como sin duda pienso q̄ lo ha de hazer vuestro cuento. Començad pues, amigo, q̄ todos escucharemos. Saco la mia, dixo Sancho, que yo a aquel arroyo me voy con esta empanada, donde pienso hartarme por tres dias, porque he oydo dezir a mi señor don Quixote, que el escudero de caualliero andante ha de comer, quādo se le ofreciere, hasta no poder mas, a causa que se les suele ofrecer entrar a caso por vna selua tan intricada, que no aciertan a salir della en seys dias, y si el hombre no va harto, o bien proueydas las alforjas, alli se podra quedar, como muchas vezes se queda, hecho carne momia. Tu estas en lo cierto, Sancho, dixo don Quixote, vete a donde quisieres, y come lo que pudieres, q̄ yo ya estoy satisfecho, y solo me falta dar al alma su refaccion, como se la dare escuchādo el cuento deste buen hombre. Assi las daremos todos a las nuestras, dixo el Canonigo: y luego rogò al cabrero, que diesse principio a lo que prometido auia. El cabrero dio dos palmadas sobre el lomo a la cabra que por los cuernos tenia, diziendole: Recuestate junto a mi, manchada, que tiempo nos queda para boluer a nuestro apero. Parece que lo entendio

entendio la cabra, porque en ſentandoſe ſu dueño, ſe tendio ella junto a el, con mucho ſoſsiego, y mirandole al roſtro daua a entender, que eſtaua atenta a lo que el cabrero yua diziendo: el qual començo ſu hiſtoria deſta manera.

Cap. I. Que trata de lo que contò el cabrero, a todos los que lleuauan a don Quixote.

TRES Leguas deſte valle eſtá vna aldea, que aunque pequeña, es de las mas ricas que ay en todos eſtos contornos, en la qual auia vn labrador muy honrado, y tanto, que aunque es anexo al ſer rico el ſer honrado, mas lo era el por la virtud que tenia, que por la riqueza que alcançaua: mas lo que le hazia mas dichoſo, ſegun el dezia, era tener vna hija de tan eſtremada hermoſura, rara diſcrecion, donayre, y virtud, que el que la conocia, y la miraua, ſe admiraua de ver las eſtremadas partes con que el cielo, y la naturaleza la auian enriquezido. Siendo niña fue hermoſa, y ſiempre fue creciendo en belleza, y en la edad de diez y ſeys años fue hermoſiſsima. La fama de ſu belleza ſe començo a eſtẽder por todas las circunuezinas aldeas: que digo yo, por las circunuezinas no mas, ſi ſe eſtendio a las apartadas ciudades, y aun ſe entrò por las ſalas de los Reyes, y por los oydos de todo genero de gente, q̃ como a coſa rara, o como a imagen de milagros, de todas partes a verla venian. Guardauala ſu padre, y guardauaſe ella, que no ay cãdados, guardas, ni cerraduras, que mejor guarden a vna donzella, que las del recato propio.

proprio, la riqueza del padre, y la belleza de la hija mouieron a muchos, assi del pueblo, como forasteros, a que por muger se la pidiessen, mas el como a quien tocaua disponer de tan rica joya, andaua confuso sin saber determinarse, a quien la entregaria de los infinitos que le importunauan, y entre los muchos que tan buen desseo tenian fuy yo vno, a quien dieron muchas, y grandes esperanças de buen sucesso, conocer que el padre conocia quien yo era, el ser natural del mismo pueblo, limpio en sangre, en la edad floreciente, en la hazienda muy rico, y en el ingenio no menos acabado: con todas estas mismas partes, la pidio tambien otro del mismo pueblo, q̃ fue causa de suspender, y poner en balança la voluntad del padre, a quié parecia q̃ con qualquiera de nosotros estaua su hija bien empleada: y por salir desta confusion determino dezirselo a Leandra, que assi se llama la rica, que en miseria me tiene puesto, aduirtiendo que pues los dos eramos iguales, era bien dexar a la voluntad de su querida hija el escoger a su gusto, cosa digna de imitar de todos los padres q̃ a sus hijos quiere poner en estado. No digo yo que los dexen escoger en cosas ruynes, y malas, sino que se las propongan buenas, y de las buenas que escoxan a su gusto: no se yo el que tuuo Leandra, solo se que el padre nos entretuuo a entrambos con la poca edad de su hija, y con palabras generales, que ni le obligauan, ni nos desobligaua tampoco. Llamase mi competidor Anselmo, y yo Eugenio, porque vays con noti-

cia de los nombres de las perſonas, que en eſta tragedia ſe contienen, cuyo fin aun eſtà pendiente: pero bien ſe dexa entender que ha de ſer deſaſtrado. En eſta ſazon vino a nro pueblo vn Vicente de la Roſa, hijo de vn pobre labrador del miſmo lugar: el qual Vicente venia de las Italias, y de otras diuerſas partes de ſer ſoldado: lleuole de nro lugar ſiendo muchacho de haſta doze años, vn Capitan, que có ſu compañia por alli acerto a paſſar, y boluio el moço de alli a otros doze veſtido a la ſoldadeſca, pintado con mil colores, lleno de mil dixes de criſtal, y ſutiles cadenas de azero: oy ſe ponia vna gala, y mañana otra: pero todas ſutiles, pintadas, de poco peſo, y menos tomo: la gente labradora, que de ſuyo es malicioſa, y dandole el ocio lugar, es la miſma malicia, lo notò, y contò punto por punto ſus galas, y preſeas, y hallò que los veſtidos eran tres de diferentes colores, con ſus ligas y medias, pero el hazia tantos guiſados, è inuenciones dellas, que ſino ſe los contarà huuiera quié jurara que auia hecho mueſtra de màs de diez pares de veſtidos, y de mas de veinte plumajes. Y no parezca impertinencia, y demaſia eſto que de los veſtidos voy contando, porque ellos hazen vna buena parte en eſta hiſtoria Sentauaſe en vn poyo q̃ debaxo de vn gran alamo eſtà en nueſtra plaça, y alli nos tenia a todos la boca abierta, pendientes de las hazañas que nos yua contando. no auia tierra en todo el Orbe que no huuieſſe viſto, ni batalla donde no ſe huuieſſe hallado: auia muerto mas Moros que tiene Marruecos, y Tunez, y entrado

en mas singulares desafios, segun el dezia, que Gãte, y Luna, Diego Garcia de Paredes, y otros mil que nombraua, y de todos auia salido con vitoria, sin que le huuiessen derramado vna sola gota de sangre: por otra parte mostraua señales de heridas, que aunq̃ no se diuisauan, nos hazia entender que eran arcabuzazos dados en diferentes rencuentros, y faciones: finalmente con vna no vista arrogãcia llamaua de vos a sus iguales, y a los mismos que le conocian y dezia que su padre era su braço, su linaje sus obras, y que debaxo de ser soldado, al mismo Rey no deuia nada. Añadiosele a estas arrogancias ser vn poco musico, y tocar vna guitarra a lo rasgado, de manera que dezian algunos que la hazia hablar: pero no pararon aqui sus gracias, que tambien la tenia de Poeta, y assi de cada niñeria que passaua en el pueblo componia vn romance de legua, y media de escritura. Este soldado pues que aqui he pintado, este Vicente de la Rosa, este bravo, este galan, este musico, este Poeta, fue visto, y mirado muchas vezes de Leandra desde vna ventana de su casa que tenia la vista a la plaça: enamorola el oropel de sus vistosos trajes: encantaronla sus romances, que de cada vno que componia daua veynte traslados: llegaron a sus oydos las hazañas que el de si mismo auia referido: y finalmente que assi el diablo lo deuia de tener ordenado, ella se vino a enamorar del antes que en el nacieste presuncion de solicitalla: y como en los casos de amor no ay ninguno que con mas facilidad se cumpla, que aquel que

tiene de su parte el deseo de la dama: con facilidad se concertaró Leandra, y Vicente, y primero que alguno de sus muchos pretendientes cayessen en la cuenta de su deseo, ya ella le tenia cumplido, auiendo dexado la casa de su querido, y amado padre, (que madre no la tiene) y ausentadose de la aldea con el soldado que salio con mas triunfo desta empresa, que de todas las muchas que el se aplicaua. Admirò el sucesso a toda el aldea, y aun a todos los que del noticia tuuieron: yo quedè suspenso, Anselmo atonito, el padre triste, sus parientes afrentados, solicita la justicia, los quadrilleros listos, tomaronse los caminos, escudriñaróse los bosques, y quanto auia, y al cabo de tres dias hallaron a la antojadiza Leandra en vna cueua de vn monte, desnuda en camisa, sin muchos dineros, y preciosissimas joyas que de su casa auia sacado: boluieronla a la presencia del lastimado padre, preguntaronle su desgracia, confessò sin apremio que Vicente de la Roca la auia engañado, y debaxo de su palabra de ser su esposo la persuadio que dexasse la casa de su padre, que el la lleuaria a la mas rica y mas viciosa ciudad que auia en todo el vniuerso mundo, que era Napoles, y que ella mal aduertida, y peor engañada le auia creydo: y robando a su padre, se le entregò la misma noche que auia faltado, y que el la lleuò a vn aspero monte, y la encerrò en aquella cueua, donde la auian hallado: contò tambien como el soldado sin quitalle su honor le robó quanto tenia, y la dexó en aquella cueua, y se fue. Sucesso que de

nueuo

nueuo puso en admiracion a todos Dino señor hizo de creer la continencia del moço, pero ella lo afirmò con tantas veras, que fueró parte para que el desconsolado padre se consolasse, no haziendo cuenta de las riquezas que le lleuauan: pues le auiã dexado a su hija con la joya, que si vna vez se pierde no dexa esperança de que jamas se cobre. El mismo dia que parecio Leandra, la desparecio su padre de nuestros ojos, y la lleuo a encerrar en vn monesterio de vna villa que està aqui cerca, esperando que el tiempo gaste alguna parte de la mala opinion en que su hija se puso. Los pocos años de Leandra siruieron de disculpa de su culpa, alomenos con aquellos que no les yua algun interes en que ella fuesse mala, o buena: pero los que conocian su discrecion, y mucho entendimiento, no atribuyeron a ignorancia su pecado, sino a su desemboltura, y a la natural inclinacion de las mugeres, que por la mayor parte suele ser desatinada, y mal compuesta. Encerrada Leandra, quedaron los ojos de Anselmo ciegos, alomenos sin tener cosa que mirar que cótento le diesse. los mios en tinieblas sin luz que a ninguna cosa de gusto les encaminasse con la ausencia de Leandra: crecia nuestra tristeza, apocauase nuestra paciencia, maldeziamos las galas del soldado, y abominauamos del poco recato del padre de Leandra: finalmente Anselmo, y yo nos concertamos de dexar el aldea, y venirnos a este valle, donde el apacentando vna gran cantidad de ouejas suyas proprias, y yo vn numeroso rebaño de cabras tambien mias, passa-

mos la vida entre los arboles, dando vado a nueſtras paſsiones, o cantando juntos alabanças, o vituperios de la hermoſa Leandra, o ſuſpirando ſolos, y a ſolas comunicando con el cielo nueſtras querellas, a imitacion nueſtro. Otros muchos de los pretendientes de Leandra ſe han venido a eſtos aſperos montes, vſando el miſmo exercicio nueſtro, y ſon tantos que parece que eſte ſitio ſe ha cóuertido en la paſtoral Arcadia, ſegun eſtà colmo de paſtores, y de apriſcos, y no ay parte en el dóde no ſe oyga el nombre de la hermoſa Leandra: eſte la maldize, y la llama antojadiza, varia, y deſhoneſta: aquel la condena por facil, y ligera: tal la abſuelue, y perdona, y tal la juſticia, y vitupera: vno celebra ſu hermoſura, otro reniega de ſu códicio, y en fin todos la deshonran, y todos la adoran, y de todos ſe eſtiende a tanto la locura, que ay quien ſe quexe de deſden, ſin auerla jamas hablado, y aun quiẽ ſe lamente, y ſienta la rabioſa enfermedad delos zelos, que ella jamas dio a nadie: porque como ya tengo dicho, antes ſe ſupo ſu pecado que ſu deſſeo: no ay hueco de peña, ni margen de arroyo, ni ſembra de arbol, que no eſtê ocupada de algun paſtor que ſus deſuenturas a los ayres cuente: el Eco repite el nombre de Leandra dóde quiera que pueda formarſe: Leandra reſuenan los montes: Leandra murmuran los arroyos, y Leandra nos tiene a todos ſuſpenſos, y encantados, eſperando ſin eſperança, y temiẽdo ſin ſaber de que tememos. Entre eſtos diſparatados, el que mueſtra que menos, y mas juyzio tiene, es mi competi-

dor:

cidor Anſelmo, el qual temiendo tantas otras coſas de que quexarſe, ſolo ſe quexa de auſencia, y al ſon de vn rabel que admirablemente toca con verſos, donde mueſtra ſu buen entendimiento, cantando ſe quexa: yo ſigo otro camino mas facil, y a mi parecer el mas acertado, que es dezir mal de la ligereza de las mugeres, de ſu inconſtancia, de ſu doble trato, de ſus promeſſas muertas, de ſu fe rompida: y finalmente del poco diſcurſo que tienen en ſaber colocar ſus penſamientos, è intenciones que tienen: y eſta fue la ocaſion ſeñores de las palabras, y razones que dixe a eſta cabra, quando aqui llegué, que por ſer hembra la tengo en poco, aunque es la mejor de todo mi apero. Eſta es la hiſtoria que prometi contaros, ſi he ſido en el contarla prolixo, no ſerè en ſeruiros corto: cerca de aqui tengo mi maxada, y en ella tengo freſca leche, y muy ſabroſiſsimo queſo, con otras varias, y ſazonadas frutas, no menos a la viſta que al guſto agradables.

(?)

Cap. LII. De la pendencia que don Quixote tuuo con el cabrero, con la rara auentura de los deceplinantes, a quien dio felice fin a costa de su sudor.

GENERAL Gusto causò el cuento del cabrero a todos los que escuchado le auian, especialmente le recibio el Canonigo, que con estraña curiosidad notò la manera con que le auia contado, tan lexos de parecer rustico cabrero, quan cerca de mostrarse discreto cortesano: y assi dixo que auia dicho muy bien el cura en dezir que los montes criauan Letrados: todos se ofrecieron a Eugenio, pero el que mas se mostrò liberal en esto, fue don Quixote, que le dixo: Por cierto hermano cabrero, que si yo me hallara posibilitado de poder començar alguna auentura, que luego, luego me pusiera en camino, porque vos la tuuierades buena, que yo sacara del monesterio (donde sin duda alguna deue de estar contra su voluntad) a Leandra a pesar de la Abadesa, y de quantos quisieran estoruarlo, y os la pusiera en vuestras manos, para que hizierades della a toda vuestra voluntad, y talante, guardando pero las leyes de la caualleria, que mandan que a ninguna donzella se le sea fecho desaguisado alguno, aunque yo espero en Dios nuestro Señor, que no ha de poder tanto la fuerça de vn encantador malicioso, que no pueda

pueda mas la de otro encantador mejor intencionado, y para entonces os prometo mi fauor, y ayuda, como me obliga mi profesion, que no es otra, sino es fauorecer a los desualidos, y menesterosos. Mirole el cabrero, y como vio a don Quixote de tan mal pelage, y catadura, admirose, y preguntò al barbero, que cerca de si tenia: Señor, quien es este hombre que tal talle tiene, y de tal manera habla? Quien ha de ser, respondio el barbero, sino el famoso don Quixote de la Mancha, desfazedor de agrauios, endereçador de tuertos, el amparo de las donzellas, el assombro de los gigantes, y el vencedor de las batallas. Esso me semeja, respondio el cabrero, a lo que se lee en los libros de caualleros andantes, que hazian todo esso que de este hombre vuestra merced dize: puesto que para mi tengo, ò que vuestra merced se burla, ò que este gentil hombre deue de tener vazios los aposentos de la cabeça. Soys vn grandissimo vellaco, dixo a esta sazon don Quixote: y vos soys el vazio, y el ménguado, que yo estoy más lleno que jamas lo estuuo la muy hideputa, puta que os pario, y diziendo, y hablando arrebatò de vn pan que junto a si tenia, y dio con el al cabrero en todo el rostro, con tanta furia que le remacho las narizes: mas el cabrero que no sabia de burlas, viédo con quantas veras le maltratauan, sin tener respeto a la alhombra, ni a los manteles, ni a todos aquellos que comiendo estauan, saltò sobre don Quixote, y asiendole del cuello con entrambas manos, no dudara de ahogalle,

si Sancho Pança no llegara en aquel punto, y le asiera por las espaldas, y diera con el encima de la mesa, quebrando platos, rompiendo taças, y derramando, y esparziendo quanto en ella estaua. Don Quixote que se vio libre, acudio a subirse sobre el cabrero, el qual lleno de sangre el rostro, molido a cozes de Sancho, andaua buscando agatas algun cuchillo de la mesa para hazer alguna sanguinolẽta vengança pero estoruauanselo el Canonigo, y el cura, mas el barbero hizo de suerte que el cabrero cogio debaxo de si a don Quixote, sobre el qual llouio tanto numero de moxicones, que del rostro del pobre cauallero llouia tanta sangre, como del suyo. Rebentauan de risa el Canonigo, y el cura, saltauan los quadrilleros de gozo, çuçauan los vnos, y los otros, como hazen a los perros quã do en pendencia estan trauados, solo Sancho Pança se desesperaua, porq̃ no se podia desasir de vn criado del Canonigo, que le estoruaua que a su amo no ayudasse. En resolucion estando todos en regozijo, y fiesta, sino los dos aporreantes que se carpian, oyeron el son de vna trompeta, tan triste, que les hizo boluer los rostros hazia donde les parecio que sonaua: pero el que mas se alborotò de oyrle fue don Quixote, el qual aunque estaua debaxo del cabrero, harto contra su voluntad, y mas que medianamente molido, le dixo: Hermano demonio, que no es posible que dexes de serlo, pues has tenido valor, y fuerças para sujetar las mias, ruegote que hagamos treguas, no mas de por vna hora, porque el doloroso son de aquella trõ-

peta

peta que a nuestros oydos llega, me parece, que a alguna nueua auentura me llama. El cabrero que ya estaua cansado de moler, y ser molido, le dexò luego, y dò Quixote se puso en pie, boluiendo assi mismo el rostro adonde el son se oya, y vio adesshora que por vn recuesto baxauan muchos hombres vestidos de blanco, a modo de diciplinantes. Era el caso, que aquel año auian las nuues negado su rocio a la tierra, y por todos los lugares de aquella comarca se hazian processiones, rogatiuas, y diciplinas, pidiédo a Dios abriesse las manos de su misericordia, y les llouiesse: y para este efecto la gente de vna aldea que alli junto estaua venia en procession a vna deuota ermita, que en vn recuesto de aquel valle auia. Don Quixote que vio los estraños trajes de los diciplinantes, sin passarle por la memoria las muchas vezes que los auia de auer visto, se imaginò, que era cosa de auentura, y que a el solo tocaua, como a cauallero andante, el acometerla: y confirmole mas esta imaginacion pensar que vna imagen que trayan cubierta de luto fuesse alguna principal señora que lleuauã por fuerça aquellos follones, y descomedidos Malandrines, y como esto le cayo en las mientes, con grã ligereza arremetio a Rozinãte, q̃ paciendo andaua, quitandole del arzon el freno, y el adarga, y en vn pũto le enfrenò, y pidiédo a Sácho su espada subio sobre Rozinãte, y embraçó su adarga, y dixo en alta voz a todos los que presentes estauan: Agora valerosa cópañia veredes quãto importa q̃ aya en el mundo caualleros que professen la ordé de la

de la andante caualleria: agora digo que veredes en la libertad de aquella buena señora que alli va cautiua, si se han de estimar los caualleros andantes: y en diziẽdo esto apreto los muslos a Rozinãte, porque espuelas no las tenia, y a todo galope, porque carrera tirada no se lee en toda esta verdadera historia, q̃ jamas la diesse Roziuãte, se fue a encontrar con los diciplinantes: bien que fueran el cura, y el Canonigo, y barbero a detenelle, mas no les fue posible, ni menos le detuuierõ las vozes que Sancho le daua, diziendo: A donde va señor don Quixote, que demonios lleua en el pecho que le incitan a yr cõtra nuestra Fé Catolica: aduierta mal aya yo, que aquella es procesion de diciplinantes, y que aquella Señora que lleuan sobre la peana es la Imagen benditissima de la Virgen sin manzilla: mire señor lo que haze, que por esta vez se puede dezir que no es lo que sabe. Fatigose en vano Sancho, porque su amo yua tan puesto en llegar a los enfauanados, y en librar a la Señora enlutada, que no oyò palabra, y aunque la oyera no boluiera si el Rey se lo mandara. Llegò pues a la procesion, y paró a Rozinãte que ya lleuaua desseo de quietarse vn poco, y con turbada, y ronca voz dixo: Vosotros, que quiça por no ser buenos os encubris los rostros, atẽded, y escuchad lo q̃ deziros quiero. Los primeros que se detuuieron fueron los que la imagen lleuauã, y vno de los quatro clerigos que cantauan las dedanias viendo la estraña catadura de dõ Quixote, la flaqueza de Rozinante, y otras circũstancias de risa que notó,

y des-

y descubrio en don Quixote,le respondio diziendo.Señor hermanò,si nos quiere dezir algo digalo presto,porque se van estos hermanos abriendo las carnes,y no podemos,ni es razon que nos detẽgamos a oyr cosa alguna,si ya no es tan breue que en dos palabras se diga.En vna lo dirè,replicò don Quixote,y es esta,que luego al punto dexeys libre a essa hermosa señora,cuyas lagrimas,y triste semblante dan claras muestras que la lleuays contra su voluntad,y q̃ algun notorio desaguisado le auedes fecho, y yo que naci en el mundo para desfazer semejantes agrauios,no consentire que vn solo passo adelante passe sin darle la desseada libertad q̃ merece. En estas razones cayerõ todos los que las oyeron,que don Quixote deuia de ser algun hombre loco:y tomaronse a reyr muy de gana,cuya risa fue poner poluora a la colera de don Quixote,porque sin dezir mas palabra sacando la espada arremetio a las andas: vno de aquellos q̃ las lleuauan dexando la carga a sus compañeros salio al encuentro de don Quixote enarbolando vna horquilla,o baston con que sustentaua las andas en tanto que descansaua, y recibiendo en ella vna gran cuchillada que le tirò don Quixote,con que se la hizo dos partes,con el vltimo tercio que le quedò en la mano dio tal golpe a don Quixote encima de vn ombro por el mismo lado de la espada,que no pudo cubrir el adarga contra villana fuerça,que el pobre dõ Quixote vino al suelo muy mal parado.Sancho Pança,q̃ jadeando le yua a los alcances,viendole caydo,dio vozes a su moledor,

que

que no le dieſſe otro palo, porque era vn pobre caballero encantado, que no auia hecho mal a nadie en todos los dias de ſu vida: mas lo que detuuo al villano no, fueron las vozes de Sancho, ſino el ver que don Quixote no bullia pie, ni mano, y aſsi creyendo que le auia muerto, con prieſſa ſe alço la tunica a la cinta, y dio a huyr por la campaña, como vn gamo: ya en eſto llegaró todos los de la cópañia de dó Quixo adóde el eſtaua, y mas los de la proceſsion q̃ los vieron venir corriendo, y con ellos los quadrilleros con ſus balleſtas, temieron algun mal ſuceſſo, y hizieronſe todos vn remolino al rededor de la imagen. y alçados los capirores empuñando las diciplinas, y los clerigos los cirïales, eſperauan el aſſalto, con determinació de defenderſe, y aun ofender ſi pudieſſen a ſus acometedores: pero la fortuna lo hizo mejor que ſe penſaua, porque Sancho no hizo otra coſa que arrojarſe ſobre el cuerpo de ſu ſeñor, haziendo ſobre el el mas doloroſo, y riſueño llanto del mũdo, creyendo que eſtaua muerto. El cura fue conocido de otro cura que en la proceſsion venia, cuyo conocimiento puſo en ſoſsiego el concebido temor de los dos eſquadrones: el primer cura dio al ſegundo en dos razones cuenta de quien era dó Quixote, y aſsi el como toda la turba d los diciplinantes fueron a ver ſi eſtaua muerto el pobre caualler, y oyeron que Sancho Pança con lagrimas en los ojos dezia: O flor de la caualleria, que con ſolo vn garrotazo acabaſte la carrera de tus tan bien gaſtados años! O honra de tu linaje, honor, y gloria de toda la Mancha, y aun de todo el mundo,

el

el qual faltando tu en el quedarà lleno de malhehores, sin temor de ser castigados de sus malas sechorias. O liberal sobre todos los Alexandros, pues por solos ocho meses de seruicio me tenias dada la mejor insula que el mar ciñe, y rodea! O humilde con los soberuios, y arrogante con los humildes, acometedor de peligros, sufridor de afrentas, enamorado sin causa, imitador de los buenos, açote de los malos, enemigo de los ruynes: en fin cauallero andante, que es todo lo que dezir se puede. Con las vozes, y gemidos de Sancho, reuiuio don Quixote, y la primer palabra que dixo fue: El que de vos viue ausente dulcisima Dulzinea, a mayores miserias que estas está sujeto: ayudame Sâcho amigo a ponerme sobre el carro encantado, q̃ ya no estoy para oprimir la silla de Rozinãte, porq̃ tengo todo este ombro hecho pedaços. Esso hare yo de muy buena gana, señor mio, respódio Sâcho, y boluamos a mi aldea en cõpañia destos señores q̃ su bien desean, y alli daremos ordẽ de hazer otra salida que nos sea de mas prouecho, y fama. Bien dizes Sâcho, respódio dõ Quixote, y sera grã prudẽcia dexar passar el mal influxo delas estrellas q̃ agora corre. El canonigo, y el cura, y barbero le dixeron que haria muy biẽ en hazer lo que dezia, y assi auiendo recebido grã de gusto de las simplicidades de Sancho Pança, pusieron a don Quixote en el carro, como antes venia. La procession, boluio a ordenarse, y a proseguir su camino. El cabrero se despidio d todos: los quadrilleros no quisieron passar adelante, y el cura les pagó lo que se les deuia el Canonigo pidio al

cura

cura le auisasse el sucesso de dó Quixote, si sanaua de su locura, o si prosegui en ella: y có esto tomò licẽcia para seguir su viaje: en fin todos se didiuieró, y apartaró, quedando solos el cura, y barbero, dó Quixote, y Pãça, y el bueno de Rozinãte, q̃ a todo lo q̃ auia visto estaua cõ tãta paciẽcia, como su amo. El boyero vnzio sus bueyes, y acomodò a dó Quixote sobre vn haz de heno, y cõ su acostũbrada flema siguio el camino q̃ el cura quiso, y a cabo de seis dias llegaró a la aldea de dó Quixote, à dóde entraró en la mitad del dia q̃ acerto a ser Domingo, y la gente estaua toda en la plaça, por mitad de la qual atrauesso el carro de dó Quixote. Acudieron todos a ver lo q̃ en el carro venia, y quãdo conocieró a su cõpatrioto, quedaró marauillados, y vn muchacho acudio corriendo a dar las nueuas a su ama, y a su sobrina, de que su tio, y su señor venia, flaco, y amarillo, y tẽdido sobre vn monton de heno, y sobre vn carro de bueyes. Cosa de lastima fue oyr los gritos que las dos buenas señoras alçaron, las bofetadas que se dieron, las maldiciones que de nueuo echaron a los malditos libros de caualleri as, todo lo qual se renouò quando vieron entrar a dó Quixote por sus puertas. A las nueuas desta venida de don Quixote, acudio la muger de Sãcho Pança, que ya auia sabido que auia ydo con el siruiendole de escudero, y assi como vio a Sancho lo primero q̃ le pregũtò fue, q̃ si venia bueno el asno? Sãcho respõdio, q̃ venia mejor q̃ su amo. Gracias sea dadas a Dios, replicò ella, q̃ tãto biẽ me ha hecho: pero cõtadme agora amigo q̃ biẽ aueis sacado de vuestras escuderias? q̃ saboyana me traeis?

que

traeys a mi? Que çapaticos a vueſtros hijos? No tray go nada deſſo, dixo Sancho, muger mia, aunque tray go otras coſas de mas momento, y conſideracion. Deſſo recibo yo mucho guſto, reſpondio la muger: moſtradme eſſas coſas de mas conſideracion, y mas mométo, amigo mio, que las quiero ver, para que ſe me alegre eſte coraçon, que tan triſte, y deſcontento ha eſtado, en todos los ſiglos de vueſtra auſencia? En caſa os las moſtrarè muger, dixo Pança, y por agora eſtad contenta, que ſiendo Dios ſeruido de que otra vez ſalgamos en viage, a buſcar auenturas, vos me vereys preſto Conde, o Gouernador de vna Inſula, y no de las de por ahi, ſino la mejor que pueda hallar ſe. Quieralo aſsi el cielo, marido mio, que bié lo aue mos meneſter. Mas dezidme que es eſſo de Inſulas, que no lo entiendo? No es la miel para la boca del aſno, reſpondio Sancho, a ſu tiempo lo veras muger, y aun te admiraràs de oyrte llamar ſeñoria de todos tus vaſſallos. Que es lo que dezis Sancho, de ſeño rias, Inſulas, y vaſſallos? reſpondio Iuana Pança, que aſsi ſe llamaua la muger de Sancho, aunque no eran pariétes, ſino porque ſe vſa en la Mancha, tomar las mugeres el apellido de ſus maridos. No te acucies Iuana, por ſaber todo eſto tan aprieſſa, baſta que te digo verdad, y coſe la boca. Solo te ſabre dezir aſsi de paſſo, que no ay coſa mas guſtoſa en el mundo, que ſer vn hombre honrado, eſcudero de vn caua llero andãte, buſcador de auenturas. Bien es verdad, que las mas que ſe hallan, no ſalen tan a guſto como el hombre querria, porque de ciento que ſe encuen tran, las nouenta y nueue ſuelen ſalir auieſſas, y tor cidas. Selo yo de expiriencia, porque de algunas he

salido manteado, y de otras molido. Pero con todo esso es linda cosa esperar los sucessos, atrauessando montes, escudriñando selvas, pisando peñas, visitãdo castillos, aloxando en ventas, a toda discrecion sin pagar ofrecido sea al diablo el marauedi. Todas estas platicas passaron entre Sancho Pança, y Iuana Pança su muger, en tanto que el ama, y sobrina de don Quixote, le recibieron, y le desnudaron, y le tendieron en su antiguo lecho. Miraualas el con ojos atraessados, y no acabaua de entender en que parte estaua. El cura encargò a la sobrina, tuuiesse gran cuenta con regalar a su tio, y que estuuiessen alerta, de que otra vez no se les escapasse, contando lo que auia sido menester para traelle a su casa. Aqui alçaron las dos de nueuo los gritos al cielo, alli se renouaron las maldiciones de los libros de caualle-rias, alli pidieron al cielo, que confundiesse en el centro del abismo a los autores de tantas mentiras, y disparates. Finalmente, ellas quedaron confusas, y temerosas, de que se auian de ver sin su amo, y tio, en el mesmo punto que tuuiesse alguna mejoria: y si fue, como ellas se lo imaginaron. Pero el autor desta historia, puesto que con curiosidad, y diligencia, ha buscado los hechos que don Quixote hizo en su tercera salida, no ha podido hallar noticia de ellas, al omenos por escrituras autenticas, solo la fama ha guardado, en las memorias de la Mancha. Que don Quixote, la tercera vez que salio de su casa, fue a Çaragoça, dondé se hallò en vnas famosas justas, que en aquella Ciudad hizieron, y alli le passaron cosas dignas de su valor, y buen entendimiento. Ni de su fin, y acabamiento, pudo alcançar cosa

alguna,

alguna, ni la alcançara, ni supiera, si la buena suerte no le deparara vn antiguo medico, que tenia en su poder vna caxa de plomo, que segun el dixo, se auia hallado en los cimientos derribados, de vna antigua ermita, que se renouaua. En la qual caxa, se auian hallado vnos pergaminos escritos con letras Goticas, pero en versos Castellanos, que contenian muchas de sus hazañas, y dauan noticia de la hermosura de Dulzinea del Toboso, de la figura de Rozinante, de la fidelidad de Sancho Pança, y de la sepultura del mesmo don Quixote, con diferentes epitafios, y elogios de su vida, y costumbres. Y los que se pudieron leer, y sacar en limpio, fueron los que aqui pone el fidedigno autor, desta nueua, y jamas vista historia. El qual autor no pide a los que la leyeren, en premio del inmenso trabajo, que le costo inquerir, y buscar todos los archiuos Manchegos, por sacarla a luz: sino que le den el mesmo credito que suelen dar los discretos, a los libros de caualleria, que tan validos andan en el mundo, que con esto se tendra por bien pagado, y satisfecho. Y se animara a sacar, y buscar otras, sino tan verdaderas, alomenos de tanta inuencion, y passatiempo. Las palabras primeras que estauan escritas en el pergamino que se hallò en la caxa de plomo, eran estas.

Los Academicos de la Argamasilla, lugar de la Mancha, en vida, y muerte, del valeroso don Quixote de la Mancha.

Hoc scripserunt.

(.?.)

El Monicongo Academico de la Argamasi lla, a la ſepultura de don Quixote.

EPITAFIO

EL caluatrueno, que adorno a la Mancha,
De mas deſpojos que Iaſon decreta,
El juyzio que tuuo la veleta.
Aguda donde fuera mejor ancha.
El braço, que ſu fuerça tanto enſancha,
Que llegò del Catay, haſta Caeta,
La muſſa mas horrenda, y mas diſcreta,
Que grauò verſos en broncinea plancha.
El que a cola dexô los Amadiſes,
Y en muy poquito a Galaores tuuo,
Eſtribando en ſu amor, y bizarria.
El que hizo callar los Belianiſes,
Aquel que en Rozinante herrando anduuo,
Yaze debaxo deſta loſa fria.

Del paniaguado Academico, de la Argamaſilla, in laudem Dulzineæ del Doboſo.

SONETO.

ESta que veys de roſtro amondongado,
Alta de pechos, y ademan brioſo,
Es Dulzinea Reyna del Toboſo,
De quien fue el gran Quixote aficionado.

Piſo

Pisó por ella el vno, y otro lado
De la gran Sierra Negra, y el famoso
Campo de Montiel, hasta el Eruolo
Llano de Aranjuez, apie, y cansado.
Culpa de Rozinante.)O dura estrella,
Que esta Manchega dama, y este inuito
Andante cauallero, en tiernos años.
Ella dexò muriendo de ser bella,
Y el aunque queda en marmores escrito,
No pudo huyr de amor, yras, y engaños.

Del caprichoso, discretissimo Academico, de la Argamasilla, en loor de Rozinante, cauallo de don Quixote de la Mancha.

SONETO.

EN el soberuio trono Diamantino,
Que con sangrientas plantas huella Marte,
(Frenetico) el Manchego, su estandarte
Tremola con esfuerço peregrino.
Cuelga las armas y el azero fino,
Con que destroça, assuela, raja, y parte,
(Nueuas proezas) pero inuenta el arte,
Vn nueuo estilo al nueuo Paladino.

Y ſi de ſu Amadis ſe precia Gaula,
Por cuyos brauos deſcendientes Grecia,
Triunfò mil vezes, y ſu fama enſancha.
Oy a Quixote le corona el Aula.
De Belona preſide, y del ſe precia,
Mas que Grecia, ni Gaula, la alta Mancha.
Nunca ſus glorias el oluido Mancha,
Pues haſta Rozinante en ſer gallardo,
Excede a Brilladoro, y a Bayardo.

Del Burlador Academico Argamaſilleſco, à Sancho Pança.

SONETO.

SAncho Pança es aqueſte en cuerpo chico,
Pero grande en valor, milagro eſtraño,
Eſcudero el mas ſimple, y ſin engaño,
Que tuuo el mundo, os juro, y certifico.
De ſer Conde no eſtuuo en vn tantico,
Sino ſe conjuraran en ſu daño,
Inſolencias, y agrauios del tacaño
Siglo, que aun no perdonan a vn borrico.
Sobre el anduuo, con perdon ſe miente,
Eſte manſo eſcudero, tras el manſo
Cauallo Rozinante, y tras ſu dueño.
O vanas eſperanças de la gente,
Como paſſays con prometer deſcanſo,
Y al fin parays en ſombra, en humo, en ſueño.

Del

Del Cachidiablo Academico, de la Argamasilla, en la sepultura de don Quixote.

EPITAFIO.

AQui yaze el caualler o,
Bien molido, y mal andante,
A quien lleuò Rozinante
Por vno, y otro sendero.
Sancho Pança el majadero,
Yaze tambien junto a el,
Escudero el mas fiel,
Que vio el trato de escudero.

Del Tiquitoc Academico, de la Argamasilla, en la sepultura de Dulzinea del Toboso.

EPITAFIO.

REposa aqui Dulzinea,
Y aunque de carnes rolliza,
La boluio en poluo, y ceniza,
La muerte espantable y fea.
Fue de castiza ralea,
Y tuuo assomos de dama,
Del gran Quixote fue llama,
Y fue gloria de su aldea.

Estos

Eſtos fueron los verſos que ſe pudieron leer, los demas por eſtar carcomida la letra, ſe entregaron a vn Academico, para que por congeturas los declaraſſe. Tieneſe noticia que lo ha hecho, a coſta de muchas vigilias, y mucho trabajo, y que tiene intencion de ſacallos a luz, con eſperança de la tercera ſalida de don Quixote.

(.?.)

Forſi altro cantera con miglior plectro.

FINIS.

TABLA DE LOS Capitulos que contiene esta famosa Historia del valeroso caualllero don don Quixote de la Mancha.

PRimera parte del ingenioso don Quixote de la Mancha. Fol.

Capitulo primero, que trata de la condicion, y exercicio del famoso y valiente hidalgo don Quixote de la Mancha.

Capitulo segundo, que trata de la primera salida que de su tierra hizo el ingenioso don Quixote. 4

Capitulo tercero, donde se cuenta la graciosa manera que tuuo don Quixote en armarse caualllero. 7

Capitulo quarto, de lo que le sucedio a nuestro caualllero quando salio de la venta. 11

Capitulo quinto, donde se prosigue la narracion de la desgracia de nuestro caualllero. 15

Capitulo sexto, del donoso escrutinio que el cura y el barbero hizieron en la libreria de nuestro ingenioso hidalgo. 18

Capitulo septimo, de la segunda salida de nuestro buen caualllero. 22

TABLA.

Capitulo octauo, del buen ſucceſſo que el valeroſo don Quixote tuuo en la eſpantable y jamas imaginada auentura de los molinos de uiento, &c. 25

PArte ſegunda, del ingenioſo don Quixote de la Mancha. 31

Capitulo nono donde ſe concluye y da fin a la eſtupenda batalla que el gallardo Vizcayno y el valiente Manchego tuuieron. 31

Capitulo decimo, de lo que mas le auino a don Quixote con el Vizcayno: y del peligro en que ſe vio, con vna caterua de Ianqueſes. 34

Capitulo vndecimo, de lo que le ſucedio a don Quixote con vnos cabreros. 38

Capitulo duodecimo, de lo que canto vn cabrero a los que eſtauan con don Quixote. 42

Capitulo treze, donde ſe da fin al cuento de la paſtora Marcela: con otros ſucceſſos. 46

Capitulo catorze, donde ſe ponen los verſos deſeſperados del difunto paſtor: con otros ſucceſſos. 52

TErcera parte del ingenioſo don Quixote de de la Mancha. 58

Capitulo quinze, donde ſe cuenta la deſgraciada auentura que ſe topo don Quixote en topar con vnos deſalmados Ianqueſes. 58

Capitulo deciſeys, de lo que le ſucedio al ingenioſo bidal-

go

go en la venta q̃ el se imaginaua ser castillo. 53
Capitulo diesisiete, donde se prosiguen los innumerables trabajos que el braue don Quixote, y su buen escudero Sancho Pança Passaron &c. 63
Capitulo diesiocho donde se cuentan las razones q̃ pasó Sancho Pança con su señor don Quixote: con otras auenturas dignas de ser contadas. 73
Capitulo diesinueue, de las discretas razones que Sancho passaua con su amo: y de la auentura que le sucedio con vn cuerpo muerto, &c. 80
Capitulo veinte, de la jamas vista, ni oyda auentura que con mas poco peligro fue acabada de famoso caualliero en el mundo como la que acabó el valeroso don Quixote 85
Capitulo veinte y vno, que trata de la alta auentura, y rica ganancia del yelmo de Mambrino. &c 93
Capitulo veintidos, de la libertad que dio don Quixote a muchos desdichados galeotes. 100
Capitulo veintitres, de lo que le aconteció al famoso don Quixote en sierra morena, que fue vna de las mas raras auenturas que en esta verdadera historia se cuenta. 170
Capitulo veintiquatro, donde se prosigue la auentura de la sierra morena. Dize la historia, que era grandissima la atencion con que don Quixote escuchaua al astroso caualliero de la sierra, el qual prosiguiendo su platica dixo: Quienquiera que seays, &c. 111

Capitulo veinticinco, que trata de las estrañas cosas que en sierra morena sucedieron al valiente caualliero de la Mancha: y de la imitacion que hizo a la penitencia de Beltenebros. 120

Capitulo veintiseys, donde se prosiguen las finezas que de enamorado hizo el nuestro don Quixote en sierra morena. 131

Capitulo veintisiete, de como salieron con su intencion el cura y el barbero: con otras cosas dignas de que se cuenten. 136

QVarta parte de la historia del ingenioso hidalgo don Quixote de la Mancha. 148

Capitulo veintiocho, que trata de la nueua y agradable auentura, que al cura y barbero sucedio en la misma sierra 148

Capitulo veintinueue, que trata de la discrecion de la hermosa Dorotea: con otras cosas de gusto y passatiempo. 158

Capitulo treynta, que trata del gracioso artificio, y orden que se tuuo en sacar a nuestro enamorado caualliero de la asperissima penitencia en que se auia puesto 166

Capitulo treinta y vno, de los sabrosos razonamientos que passaron entre don Quixote y Sancho Pança su escudero: con otros successos. 171

Capitulo treinta y dos, que trata de lo que sucedio en la

venta a todo la quadrilla de don Quixote. 178
Capitulo treinta y tres, donde se cuenta la nouela del curioso impertinente. 182
Capitulo treinta y quatro, donde se prosigue la nouela del curioso impertinente. 195
Capitulo treinta y cinco, donde se da fin a la nouela del curioso impertinente. 208
Capitulo treinta y seis, que trata de la braua y desco munal batalla que don Quixote tuuo con vnos cueros de vino tinto: con otros raros succssos que en la venta sucedieron. 215
Capitulo treinta y siete, que prosigue la historia de la famosa Infanta Micomicona: con otras graciosas aventuras. 220
Capitulo treinta y ocho, que trata del discurso que hizo don Quixote de las armas y las letras. 227
Capitulo treinta y nueue, donde el cautiuo cuenta su vida y succssos. 230
Capitulo quarenta, donde se prosigue la historia del cautiuo. 255
Capitulo quarenta y vno, donde todauia prosigue el cautiuo su succsso. 243
Capitulo quarenta y dos, que trata de lo que mas sucedio en la venta: y de otras muchas cosas dignas de saberse. 257
Capitulo quarenta y tres, donde se quenta la agradable historia del moço de mulas: con otros estranos acaecimien

cimientos en la venta sucedidos. Comiença. Marinero soy de amor. 262

Capitulo quarenta y quatro, donde se prosiguen los inauditos sucessos de la venta. 268

Capitulo quarenta y cinco, donde se acaba de averiguar la duda del yelmo de Mambrino. y de la albarda: y otras auenturas sucedidas con toda verdad. 274

Capitulo quarenta y seys, de la notable auentura de los quadrilleros, y la gran ferocidad de nuestro buen caualliero. 278

Capitulo quarenta y siete, del estraño modo con que fue encantado don Quixote: con otros famosos sucessos. 284

Capitulo quarenta y ocho, donde prosigue el Canonigo la materia de los libros de caualleria: con otras cosas dignas de su ingenio. 290

Capitulo quarenta y nueue, donde se trata del discreto coloquio que Sancho Pança tuuo con su señor don Quixote. 295

Capitulo cincuenta, de las discretas altercaciones que don Quixote, y el canonigo touieron con otros sucessos. 300

Capitulo cincuenta y vno, que trata de lo que contò el cabrero a todos los que llenauan al valiente don Quixote. 304

Capitulo cincuenta y dos, de la pendencia que don Quixote tuuo con el cabrero: con la rara auentura de

ra de los deceplinantes, a quien dio felice fin
costa de sio sudor. 3

Fin de la Tabla.

14 DAY USE

R[illegible] BORROWED

LOAN DEPT.

ICLF (N)

This book is due on the last date stamped below, or on the date to which renewed.

Renewed books are subject to immediate recall.

REC'D LD	
MAY 11 1959	RECEIVED
	FEB 22 '69 -10 AM
APR 29 1966 97	LOAN DEPT.
MAY 6 '66 92 RCD	MAY 9 1969 09
JUN 9 - 1966 66	
IN STACKS	
MAY 29 1966	
JUN 1 '66 72 RCD	
FEB 14 1969 21	

General Li[illegible]
University of
Berkeley

[illegible]-50m-9,'58

U.C. BERKELEY LIBRARIES
C003336174

UNIVERSITY OF CALIFORNIA LIBRARY